Los Oesterheld

Fernanda Nicolini
Alicia Beltrami

Sudamericana

Fernanda Nicolini y Alicia Beltrami

Los Oesterheld

Sudamericana

“Tiene que haber un lugar donde estas tragedias hechas de coraje y desencuentros se anoten a favor de la especie humana… tiene que haberlo.”

Ernie Pike, Héctor Germán Oesterheld

Para todos aquellos que fueron parte y compartieron esta historia.

Para Alejandro, por todo lo que vino y está por venir.
Para Antonia y Juana, que hacen que los días
sean siempre un poco más luminosos.

FERNANDA

Para Elisa y su abuelo Livio.
Para mi gran madre, hermanos y amigos:
sin ellos no hay música.

ALICIA

LA CASA DE BECCAR
1971

1

Como todos los sábados, Pablo Fernández Long salió de su casa, prendió un cigarrillo negro y caminó hasta la esquina. Eran las diez y media de una noche de invierno de 1971 y hacía frío. Metió la mano que le quedaba libre en el bolsillo del gamulán, cruzó la calle, rozó con el hombro la ligustrina que crecía despareja y empujó un portón de madera que nunca tenía traba. Antes de avanzar, miró hacia una de las ventanas del segundo piso. Le gustaba comprobar cuánto se parecía a la del dibujo. Del otro lado, estaba la casa del Eternauta. El punto cero de su universo, el origen de sus coordenadas.

Tocó timbre y esperó.

La parte residencial del barrio de Beccar, al norte del Gran Buenos Aires, terminaba ahí, contra la estación del ferrocarril Mitre. Unas cuadras antes, los caserones de los alemanes llegados después de la Segunda Guerra Mundial se alternaban con las quintas de gerentes de empresas extranjeras. A medida que la geografía se alejaba hacia el río, las edificaciones se volvían fastuosas. La de los Bunge y Born, dueños de la corporación más poderosa del país, era un palacio. Pero en esa frontera junto a la vía, de chalets de ladrillo pintado, los hombres no eran millonarios, aunque sí propietarios. También eran profesionales de misa

dominical, rutinas laborales ordenadas, indiscutido antiperonismo y cercos podados con esmero por un jardinero. Todos menos Héctor Oesterheld.

Pablo pensó en tocar timbre de nuevo, pero entró directamente. A veces llegaba en mitad de una partida de cartas y, entre los gritos, no lo escuchaban. Estela, la mayor de las Oesterheld, lo vio en la puerta y en lugar de darle un beso, lo recibió con una pregunta:

—Pablito, ¿leíste esto?

En la mano tenía un ejemplar de la revista *Cristianismo y Revolución* y lo que señalaba con el dedo era un artículo que llevaba por título “Los de Garín”, por el grupo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que había tomado esa ciudad un año antes a modo de operación fundacional. Pablo intuyó que esa vez no habría partido de Jodete o competencia de Dígalo con mímica. Y que aquello que había empezado tímidamente entre Héctor y él, comenzaba a ampliarse. En ese living cada vez más poblado —además de las cuatro Oesterheld, siempre había amigos, compañeros de facultad, de teatro o enamorados secretos— el afuera empujaba para entrar.

El artículo de Carlos Olmedo, líder de las FAR, proclamaba que a pesar de su origen como brazo armado del Che en Bolivia, reconocían al peronismo como la única fuerza social capaz de conducir a la liberación: “Es, fundamentalmente, una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella”, decía Olmedo.

—Y sí. La salida es el peronismo.

Comentó Héctor en un momento de silencio. Y lo repitió, como si escucharse fuera la conclusión de un proceso de convencimiento que había empezado años antes.

A Pablo se le vino una imagen a la cabeza. Muchas veces habían jugado a compararse con animales y a Héctor siempre lo asociaban con el rinoceronte. Por esa nariz ganchuda que tan poco le gustaba, por sus ojos juntos. Pero ahora parecía adoptar otro significado: el rinoceronte carga con una gran estructura vegetariana, algo lenta y parsimoniosa, que cuando empieza a tomar velocidad, arrasa con todo y no para. Héctor, de a poco, empezaba a tomar carrera.

Del otro lado de la sala, Elsa terminó de guardar la vajilla recién lavada y apagó la luz del comedor. Había cocinado carne al horno con batatas a la crema y, como todas las noches, la habían llenado de elogios. Le reconfortaba que su talento para la cocina se tradujera en uno de los momentos familiares más placenteros del día. Ver cómo las caras se iluminaban con el primer bocado. Pero ahora, parada ahí, casi en penumbras, esa sensación de bienestar se diluía. Le costaba unir la figura de su marido a la de la persona que hablaba de peronismo.

Para ella, en cambio, no era un descubrimiento ni una liturgia ajena sino el sonido, lejano, de una marca de clase. Había visto a las masas avanzar por las calles de su barrio un 17 de octubre de 1945. Había estado ahí, como una más, en la puerta del Hospital Militar de Belgrano, en donde decenas se sumaban a la columna que seguiría hasta Plaza de Mayo, y había vuelto a su casa para contarles a sus padres que los vecinos de ese barrio de inmigrantes, que los trabajadores de las caballerizas de la zona, estaban afuera, pidiendo por Perón.

2

Mi nombre es Elsa Sánchez de Oesterheld y soy la mujer de Héctor Germán Oesterheld, famoso en el mundo por haber escrito la historieta *El Eternauta*. En la época trágica de este país desaparecieron a mis cuatro hijas, mi marido, mis dos yernos, otro yerno que no conocí, y dos nietitos que estaban en la panza. Diez personas desaparecidas en mi familia. Pero prefiero recordar los años en los que fui feliz.

Cuando conocí a Héctor, yo tenía 17 y él 24. Estaba en el bar del club Arquitectura de Núñez con unas amigas y ni se me hubiera ocurrido fijarme en él porque no era muy guapo, la verdad, pero él se acercó y empezó a conversar conmigo. Le decían Sócrates porque sabía de todo, con una cultura general impresionante; a mí, que me apasionaba la literatura, la música, el teatro y había fantaseado con hacer danza clásica, eso me fascinaba. Y de a poco empecé a observar todo lo que leía, todo lo que hacía, era un tipo muy original, de una familia alemana que había sido muy paqueta; él nada que ver, eso no le interesaba, tenía amigos de cualquier lado, los del club, en donde jugaba muy bien al tenis, y los de la universidad. Y eso me encantaba porque era la oportunidad de hablar con gente con quien yo no había tenido posibilidad. Yo era de una familia muy modesta, de inmigrantes españoles. Fui a un colegio del Estado, en Nuñez, y después me mudé a las Cañitas, a lo de mis abuelos, porque a mi papá en el año 30 le fue muy mal. Tuve una hermana que falleció, Estela se llamaba, a los quince años. Supuestamente fue por una hepatitis B. Para mis padres fue terrible; ella era muy linda, muy inteligente y pacífica, igual que mi mamá; yo era tremenda como mi papá, inquieta. Tenía doce años cuando se murió, y hasta los 16 tuve una vida muy triste. Yo en realidad era tremendamente alegre, una persona que exteriorizaba

todo, pero volvía a casa del colegio y era muy duro. En aquel entonces fue una tía mía la que le sugirió a mamá que me mandara a un club, para socializar. Ahí en ese club cambió mi vida.

Cuando nos pusimos de novios, en mi primer cumpleaños me regaló este anillito con un brillantito, es lo único que me queda de aquella época, lo tengo siempre puesto, aunque no soy amiga de las joyas y esas cosas, y nunca las tuve porque con Héctor jamás tuvimos plata, él nunca tenía nada. Al mes de comprometernos le publicaron ese cuento, en el año 43, que se llamaba “Truila y Miltar”. Sucedió que un compañero de él de la facultad, José Santos Gollán, le pedía siempre escritos para leer. Entonces Héctor le dio este cuento y su amigo se lo dio a su padre, que era editor del diario *La Prensa*. ¡Y se lo publicaron! En ese tiempo él estudiaba Geología, pero tenía la carrera medio abandonada, sólo iba al cine, leía, estaba con amigos, y tenía problemas en la relación con su papá, que era un hombre muy enérgico y veía que su hijo no agarraba ningún camino. Pero parece que el amor lo impulsó a estudiar: con ese tema estuvimos cuatro años de novios. Yo no llegué a terminar la escuela secundaria porque pasé a la escuela nacional de música con el profesorado de armonía y empecé a estudiar piano porque mi hermana era muy buena pianista. En realidad yo tenía pasión por la danza, pero sabía que en mi mundo no iba a funcionar como bailarina, estaba destinada a ser la chica esquema de aquella época, y el mundo en ese entonces era muy limitado para una chica, una chica debía reunir ciertas condiciones. El padre era macanudísimo, nos queríamos mucho, teníamos una relación muy particular. Cuando nos pusimos de novios, Héctor llevó una foto mía y se la dio a la madre y le dice a su marido ¡mirá Fernando, con lo que nos vino Tito! Porque en la casa le decían Tito, yo siempre le

dije Héctor. Y cuando el padre vio la foto dijo, ah no, esta foto me la quedo yo, esa chica es para mí, y la puso en su mesa de luz. Ahí se dio algo muy simpático entre los dos porque yo era muy dada y me encantó el viejo, era medio criollazo; como había trabajado en el campo toda la vida, estaba todo el tiempo con gente campesina. Tenían campos en la provincia de Buenos Aires, no sé bien dónde… Héctor vivió un tiempo en el campo, de chico, cuando la familia tuvo problemas económicos. Y en Rosario. Ellos eran dos varones y tres mujeres. Después volvieron. Parece que el padre tenía cierta simpatía por los alemanes en la guerra, nada serio, y con Héctor chocaban, porque Héctor era todo lo contrario. Conmigo, en cambio, el viejo era divino, y se tranquilizó porque vio que el hijo empezaba a encaminarse.

En el 47 nos casamos y nos fuimos de luna de miel a las Cataratas, paramos en el Viejo Hotel Cataratas, una belleza, todo de madera, se podía escuchar el ruido del agua y Héctor estaba fascinado con los bichos. Nos casamos en una iglesia a una cuadra del Hospital Militar, en Belgrano, hicimos una fiesta en la confitería Ritz, era un sacrificio muy grande de los dos lados, él era agnóstico, pero la familia era terriblemente católica, yo no, pero sí creía en lo cristiano, en la figura de Cristo. Mis hijas estaban bautizadas y tomaron la comunión más por algo familiar, por los abuelos y porque en ese tiempo se estilaba.

Héctor estaba lleno de amigos y a la vez era un tipo muy para adentro, pero yo lo entendía, le decía que la Geología no le interesaba como carrera sino que le daba la posibilidad de estar en plena naturaleza solo, porque parecía muy dado pero en realidad era un hombre que siempre buscaba la soledad. Yo era muy vivaz, activa, extrovertida, me encantaba la vida, experimentar, y nos

complementábamos muy bien. Héctor se recibió, terminó su carrera, pero le quedó pendiente la tesis porque ahí ya estaba decidido a seguir escribiendo. Él siempre había escrito para chicos chiquitos, era un hobby pero al mismo tiempo soñaba con ser escritor. Después, cuando nos casamos, dejó la carrera, dejó el laboratorio del Banco Industrial en el que trabajaba, y decidió dedicarse a escribir. Antes lo hacía, pero en el banco le impedían firmar con su nombre, por eso en las obras para chicos firmaba Sánchez Puyol, Sánchez por mí y Puyol por la madre. Cuando vio que lo reclamaban de las editoriales para chicos, lo hizo su profesión y ahí entró en editorial Abril, donde le pidieron que hiciera una revista que se llamó *Gatito* y para mí fue lo más lindo que se hizo en la Argentina para chicos, la dibujaba Cses, de origen húngaro. Y después le pidieron que escribiera historietas. El que hacía los guiones en ese momento era Alberto Ongaro. Era del grupo de los italianos contratados por Abril, entre ellos estaban Hugo Pratt, Memo Letteri, Ivo Pavone, Faustinelli. Ongaro mismo le dijo a Héctor que ocupara su lugar: “Vos podés adaptarte, hacer cualquier cosa”. Héctor hizo dos o tres historietas que le aprobaron enseguida y se dio cuenta de que tenía posibilidades. Y también de que los chicos del secundario no leían libros y todavía no había televisión. “El chico común con una familia sin acceso a libros no tiene acceso a nada, entonces las historietas tienen que ser algo bien hecho, para que aprenda historia, ciencia, geografía, y estimule su imaginación”, decía. Empezó con *Bull Rockett* y el *Sargento Kirk*, yo que no leo las historias de aviones y de cowboys me divertía como loca, claro que era un tipo cultísimo, leía varios idiomas, alemán, inglés, francés, era científico y todo eso le daba la posibilidad de escribir sobre cualquier tema. Yo empecé a ayudarlo a trabajar, aprendí

dactilografía, vivimos los primeros años en un departamentito en Belgrano, hasta que quedé embarazada de la segunda. Al principio ninguno de los dos quería tener hijos enseguida y viajamos un poco por el país. Él estaba acostumbrado porque lo había hecho como geólogo de YPF, en donde también trabajó. Incluso ni bien nos casamos le habían ofrecido un puesto en San Juan pero él dijo que no, porque la vida de geólogo es horrible, yo tendría que haber vivido sola en la ciudad a los 22 años mientras él venía una vez por semana quién sabe de dónde. Ahí empezó con los cuentos para chicos, antes de ser padre. Y después, cuando dijimos de tener hijos, yo no quedaba embarazada. Fui al médico y me dijo que no pasaba nada raro, que esperara, que la salud reproductiva mía era una maravilla. Y quedé. No tuve nunca un problema, todos los partos naturales. Estela nació en el 52, Diana en el 53, Beatriz en el 55 y Marina en el 57. Cuando quedé embarazada de la segunda, nos mudamos al chalecito de Beccar, que tenía tres habitaciones y es el que aparece en *El Eternauta*. Necesitábamos más espacio, y nos gustó el barrio, el verde, que tuviera jardín. Sabíamos que íbamos a tener más hijos. Yo siempre quise tener cuatro. El varón no vino pero a mí no me preocupaba, me encantaban las nenas. Él estaba encantado, más que un padre era un abuelo. En Beccar nos decían la familia Conejín. La gente no entendía que estuviéramos todos en la casa todo el tiempo. Ahí había mucha gente extranjera que te encontrabas en la verdulería y se preguntaban qué hace este hombre, de qué vive, parecía que vivía de rentas. Lo veían en el jardín plantando flores con las cuatro nenas y llamaba la atención: ¿en dónde había un padre en esa época que estuviera todo el tiempo con los chicos?, sólo un loco, un escritor como él. Cambiaba pañales, hacía mamaderas, para él era una distracción, y cuando

veía que sus hijas lo reconocían y se reían, se volvía loco. Él les daba a leer los cuentos. Papu, le decían, ¿hiciste algo nuevo? ¿Terminaste este? Estaban todo el tiempo en las piernas de él. Era un padrazo. Tenía un escritorio y tuvo que donarlo para que durmieran Beatriz y Marina y pasó a trabajar en el living a la no che, en la mesa, hasta las cinco de la mañana. Después se tiraba a dormir en el sillón, o se levantaba a la madrugada, si tenía que entregar un trabajo. En esa casa estaba lleno de chicos y vecinos, primero para jugar con las nenas, y después bueno, después cambió. Yo me ocupaba de la casa, de las nenas y él de los dibujantes, que también venían. Las chicas fueron creciendo en un núcleo de artistas, ellas dibujaban, escribían, cantaban, vivían en un mundo idílico. La política existía pero nosotros estábamos al margen. Después empezó a venir a casa un sociólogo, un chico que se llamaba Pablo Fernández Long, y ahí mi marido ya hablaba de otras cosas.

3

En 1966, Pablo tenía 21 años y en el living de Beccar los únicos que trasnochaban eran Héctor y él. En ese entonces Héctor andaba por los 47 pero Pablo le decía Viejo: su pelo canoso, su andar algo encorvado y los anteojos invitaban al apodo. Bebían ginebra y hablaban del desembarco en Normandía, de la Guerra de Vietnam, de geología, de alguna novela que estuvieran leyendo, algún estreno en el cine, del existencialismo francés, de quesos. Podían sentirse como dos amigos, pero también como un padre y un hijo. Pablo lo había conocido a Héctor después de un paso fallido por el

seminario salesiano de Bernal, el mismo por el que había pasado Haroldo Conti. Al poco tiempo de ingresar, el Concilio Vaticano Segundo cambió las reglas de juego. Pablo y sus compañeros decidieron que saldrían a trabajar a las villas y los barrios pobres. Eso bastó para que el sector conservador y dominante de la Iglesia local los echara. El último verano de sotana, Pablo fue conminado a realizar trabajos pastorales en el colegio Don Bosco de San Isidro. En pleno enero, con treinta grados de calor, su único estímulo era una pila de ejemplares arrumbados de la revista *Hora Cero*. Se los devoró sin saber que el autor, y dueño de la editorial que acababa de cerrar, vivía a cincuenta metros de su casa.

Lo supo unos meses después cuando en el kiosco de diarios de la estación de Beccar vio cómo el protagonista de una de sus historietas preferidas, se materializaba frente a él: tenía la cara del corresponsal de guerra. Sólo le faltaba el birrete.

—Disculpemé, pero usted es idéntico a Ernie Pike.

Héctor sonrió y le dijo que sí, que era él. No sólo porque lo había creado, sino porque su ilustrador, Hugo Pratt, lo había dibujado a imagen y semejanza.

—Yo le dije en broma que hiciera a alguien apuesto como yo y el tano me devolvió el favor.

También le dijo que Ernie Pike había existido, se llamaba Ernie Pyle, era un periodista norteamericano, y había sido corresponsal durante la Segunda Guerra.

—¿Vos sos Fernández Long? Yo trabajé en el Banco de Crédito cuando tu papá era gerente, mandale saludos.

Pero Pablo no se quería despedir, quería que ese hombre le siguiera hablando, y le pidió que lo invitara a la casa. Héctor

accedió. Estaba acostumbrado a que los chicos le tocaran el timbre para saber cómo seguían las historietas.

—Ojo que yo no soy tan chico.

A partir de ese momento, quedó inaugurado el ritual de visitarlo cada sábado. Con el tiempo, además de las hijas de Héctor, también se convirtieron en presencias permanentes el hermano menor de Pablo, Miguel, y su mejor amigo, Eduardo Hurst. A ellos se sumarían los compañeros de facultad de Estela y de teatro de Diana. Ahora los trilobites también se mezclaban con los discos de los Beatles y de Serrat, con los partidos de Jodete o de Go —juego que el padre de Pablo había introducido en la Argentina—, con *Cristianismo y Revolución*.

En medio de todo eso, de a poco volvía a sonar —en los diarios, en las discusiones, hasta en los discursos del mismo presidente de facto, Agustín Lanusse— ese nombre silenciado a la fuerza que, en lugar de alejarse como un eco, se acercaba con más intensidad: Juan Domingo Perón.

4

La avioneta era un Cessna 172 alquilado, un monomotor de ala alta con capacidad para cuatro personas. Adelante estaba sentado Héctor. Atrás, Estela y Diana. El piloto era Pablo, con sólo 15 horas de vuelo y una misión: ir desde Don Torcuato, al norte de la provincia de Buenos Aires, hasta Rosario. Los 255 kilómetros podían ser recorridos únicamente de día: un principiante como él no tenía permiso para vuelo nocturno. La idea había surgido la noche anterior. Elsa servía el postre y una de sus hijas preguntó qué era de

la vida de los De la Riestra, esos primos por lado paterno que siempre prometían visitar. Deberíamos ir a verlos, sugirió Elsa. ¿Y si vamos en avioneta?, propuso Pablo. Esa noche, Elsa le había enseñado a Pablo a hacer fondue de queso y la ceremonia de transmisión de su arte culinario había disuelto, por un momento, la tensión que existía entre ellos. Hasta que Pablo hizo la propuesta, Héctor se entusiasmó al instante, sus hijas mayores se montaron al plan y Elsa contuvo su impulso protector. Nada de lo que les dijera iba a hacerlos cambiar de idea.

El día era diáfano. Desde el cielo, el contraste entre el verde y el marrón dorado del Paraná convertía al Delta en un paisaje hiperrealista. Hector pasaba los dedos por los relojes, observaba los controles, decía palabras como “flaps”. Sabía perfectamente cómo se componía un tablero. Tantas veces había escrito sobre aviones. Tantas veces les había dado vida a sus pilotos, sentado en la mesa del comedor. Ahora él estaba ahí. La aventura empezaba a ser real.

Se hizo más real cuando el pequeño Cessna tocó tierra. Primero lo hizo con sus dos ruedas traseras. Pero al bajar la de adelante, la nariz se sacudió, rabiosa. El avión parecía desarmarse.

—¿Es normal? —preguntó Héctor con más sorpresa que miedo.

—Totalmente normal, está todo bajo control —le respondió Pablo con el estómago apretado, consciente de que algo le pasaba a la rueda de adelante y que tenía que aplicar algún protocolo de emergencia: sólo quedaba darle motor al aparato, como si fueran a despegar pero sin levantar vuelo, para que el peso apenas recayera en esa rueda, hasta que el movimiento cesara. Y lo hizo.

Una vez en tierra, el incidente se diluyó. Pero mientras Héctor, Estela y Diana se ponían al día con sus familiares rosarinos, Pablo

no podía dejar de pensar lo que le había dicho el mecánico del aeropuerto.

—Está floja la rótula, pero no la podemos arreglar acá, así que despegá del mismo modo que aterrizaste.

Elsa me va a matar, pensaba Pablo. Le estrello al marido, a sus hijas. Igual también me estrello yo, eso es un consuelo. Apenas había probado el almuerzo. Lo único que lo calmaba era la actitud de Héctor. Cuando le contó lo que pasaba, el Viejo le sonrió.

—Ahora sí que vamos a tener algo para contar.

A la vuelta, Pablo no tuvo en cuenta un detalle: él no podía volar sin luz natural. Mientras sobrevolaban Don Torcuato, la torre de control no lo autorizaba a descender. Hasta que logró convencerlos de que todavía quedaba un poco de luz natural. De todos modos te vamos a prender los reflectores, le respondieron. Y así apareció, de pronto, la pista iluminada como en una película. El avioncito rengo tocó tierra, corcoveando.

Esa noche en Beccar la anécdota cobró dimensiones épicas. El Cessna era un avión de guerra y la pista, Pearl Harbor. Héctor lo amplificaba todo, como lo hacía muchas veces en las entrevistas, como lo hubiera hecho para alguno de sus personajes. Pero ahora el personaje empezaba a ser él.

Bull Rockett fue el primer gran éxito de Héctor como guionista y también el descubrimiento de una estructura narrativa que potenció en *El Eternauta* y que después decodificó en términos ideológicos. El héroe nunca puede ser solitario, el héroe tiene que ser en grupo. Era comienzos de 1952 y César Civita, dueño de editorial Abril, le pidió que creara un piloto de pruebas. Cuando, ya convertido en el

referente de la historieta argentina, le preguntaran por *Bull Rockett*, Héctor iba a repetir una respuesta varias veces ensayada. Le gustaba otorgarles a sus creaciones un origen casual que después viraba hacia una construcción mítica. También le gustaba camuflar su vanidad en historias de autor inicialmente incomprendido y luego, calurosamente elogiado. Entonces, contaba que como el personaje le parecía un poco limitado para el argumento, lo convirtió en un sabio, un técnico nuclear con conocimientos de todo tipo. Y que cuando se lo mostró a Civita, el italiano se lo rebotó porque no era lo que él había pedido. Sin embargo, la magia del personaje empezó a operar, como siempre sucedía con los personajes rechazados según el relato de Héctor, y a los pocos días Civita salió a los gritos de su oficina diciendo que *Bull Rockett* le encantaba. Junto con este personaje —a quien Paul Campani dibujó, desde Italia, a imagen y semejanza de Burt Lancaster—, aparecieron sus compañeros de aventura: el periodista deportivo que oficiaba de narrador, Bob Gordon; el supermecánico, Pic, y su madre, Mamá Pigmy. A pesar de que el piloto de pruebas todavía conservaba las características de un héroe clásico, lo colectivo le daba una dimensión más humana frente al público, lejos del estereotipo maniqueo al que las historietas norteamericanas lo tenían acostumbrado.

Héctor empezó a trabajar en la editorial Abril en 1947, cuando ya colaboraba con Códex, otro sello importante, fundado en 1944, de revistas infantiles, escolares y divulgación científica, y que recién en 1950 se ampliaría hacia la historieta. En un principio, decía Héctor, la escritura era sólo un hobby. Se acababa de recibir, después de ocho años de una carrera errática —con varios aplazos, períodos inactivos y otros en los que intentaba compatibilizar los exámenes con sus funciones como becario alumno en YPF o como corrector

en *La Prensa*—, y finalmente había conseguido un empleo formal y bien remunerado en el laboratorio de minería del Banco de Crédito Industrial, en Núñez. Eso le permitió casarse el 23 de junio de 1947, exactamente un mes antes de cumplir los 28.

A pesar de la distancia, existía una conexión entre la geología y la literatura. Se trataba de José Santos Gollán, el mismo amigo que había intercedido ante su padre, editor cultural de *La Prensa*, para que a Héctor le publicaran aquel primer cuento. Compañeros de secundaria en el Nacional Manuel Belgrano, empezaron juntos la facultad y en 1938 compartieron la comisión directiva del centro de estudiantes del doctorado en Ciencias Naturales. Más centrado en la vida académica que en la agitación política que caracterizó a los estudiantes herederos de la reforma universitaria, el centro de estudiantes publicaba una revista con artículos y novedades en el rubro y organizaba reuniones por cuestiones académicas. En 1947, José Santos Gollán, futuro biólogo, publicó *Pájaros sudamericanos*, un libro con ilustraciones de Axel Amuchástegui editado por Códex. Héctor le siguió los pasos en el rubro divulgación: ese mismo año publicó *Nidos de pájaros* y *Animales industriosos*, también por Códex y con el mismo ilustrador.

Los inicios de Héctor en Abril también tendrían su versión de fracaso redimido. Contaba que un amigo le había pedido que hiciera unos textos para un libro sobre la vida en el fondo del mar y que la experiencia había sido desastrosa: los textos no funcionaron. Pero, una vez más, su pluma incomprendida iba a encontrar un lugar en el tiempo. Diez días después lo llamarían de Abril para decirle que habían releído sus textos y que les parecían originales.

Pero recibiría otra versión quien se cruzara con Boris Spivacow. Según él, Héctor se le acercó en la calle y le dijo que trabajaba en

un banco, que era geólogo pero que escribía cuentos para chicos y que quería que le tomaran una prueba. Spivacow estaba preparando una colección de divulgación científica para chicos llamada “Hoy y Mañana” y le había encargado a la hija de José Ingenieros, Delia, el libro sobre la vida en el fondo del mar. Como el texto no lo había convencido, decidió probarlo a Héctor. Cuando leyó la nueva entrega, se dio cuenta de que había encontrado una buena pluma. A partir de ahí, Héctor se convirtió en uno de los principales autores de textos infantiles de Abril, junto con Nora Smolensky, Ruth Varsavsky, Beatriz Ferro y, en algunas ocasiones, María Elena Walsh y el propio Spivacow.

Spivacow —uno de los grandes nombres de la tradición editorial local, creador de Eudeba y del Centro Editor de América Latina— había sido parte de la génesis de Abril. Hijo de judíos rusos revolucionarios que habían emigrado antes de 1917, ponía anuncios en el diario *La Nación* en los que se ofrecía como profesor de castellano. A comienzos de la Segunda Guerra, la mayoría de sus alumnos eran alemanes e italianos judíos que huían de la persecución racial, entre ellos César Civita, Alberto Levi y Pablo Terni, a quienes les daba clase en el Hotel Nogaró. Entre las lecciones, los italianos le comentaban que planeaban poner una editorial para chicos y le preguntaban cuestiones técnicas y legales que no entendían. De los tres, Civita era quien tenía experiencia en el tema. En Italia, había trabajado con el célebre editor Arnoldo Mondadori como responsable de *Topolino*, la publicación infantil que reproducía los personajes de Disney, de los que Civita conservaba las licencias. Además, la Guerra Civil Española había truncado la importación de libros y la industria editorial local había empezado su proceso de sustitución de importaciones, de la mano de exiliados

españoles, con sellos como Emecé, Sudamericana y Losada. Finalmente, los tres italianos decidieron fundar una editorial y eligieron el nombre de un listado que el propio Spivacow les había escrito, en el que figuraba la palabra abril. “Es sinónimo de juventud”, les dijo.

Al poco tiempo Spivacow fue nombrado director general de publicaciones infantiles de la editorial y creó, entre tantas otras cosas, una de las colecciones que tuvo más repercusión en esa época: *Gatito*.

Spivacow había estudiado Matemáticas en la Facultad de Ciencias Exactas, era descontracturado para vestirse y para hablar, muy irónico, sabía idiomas, leía con voracidad y se declaraba comunista. Rasgos que facilitaban la afinidad con Héctor, a quien le llevaba cuatro años. Fueron buenos amigos hasta que Spivacow se molestó con Héctor y se distanciaron. Nunca dijo por qué. Muchísimos años después, cuando le pidieran que mencionara alguna caracterísi ca de Oesterheld, diría dos: que escribía extraordinariamente bien y que era muy vanidoso. Casi tan vanidoso como Hugo Pratt, al que le gustaba llegar a la editorial cantando baladas galesas para conquistar a las chicas.

Hacia 1951 y para revitalizar la sección historieta de la editorial que hasta ese momento se nutría de material extranjero, Civita contrató al llamado “Grupo de Venecia”, integrado por el guionista Alberto Ongaro y los dibujantes Paul Campani, Fernando Carcupino, Ivo Pavone, Bellavitis, Rinaldo D’Ami, Dino Battaglia y Pratt. Antifacistas, en la Italia de posguerra habían creado la revista *Asso di Picche*, reinventando la historieta moderna en ese país. En la pluma de Ongaro, la psicología de los personajes empezaba a ser más compleja.

Pero como Spivacow, a cargo de las ediciones, tenía la idea de elevar la historieta a género literario con buenos escritores y sólo contaba con Ongaro como guionista, les ofreció trabajo a algunos autores locales. Ninguno de ellos se entusiasmó, excepto un Conrado Nalé Roxlo a punto de jubilarse que veía la oportunidad de tener un buen retiro como empleado de Abril. Eso sí, lo haría con seudónimo para no rifar su prestigio literario. Fue ahí cuando Spivacow pensó en uno de los hombres más talentosos y prolíficos de la editorial: Oesterheld.

Héctor nunca había leído historietas en su vida. Al menos eso decía. De chico había devorado a Verne, a Salgari, a Stevenson, a Defoe. De adolescente a Melville, a Conrad, a O'Henry, a Jacobs. Ahora leía a Borges, a Quiroga y muchos policiales norteamericanos. También veía cine y se deslumbraba con John Ford, Elia Kazan o Howard Hawks. Sus intereses eran voraces y múltiples. Pero de historieta, nada. Se lo comentó a Ongaro, a quien solía ver fuera del trabajo porque vivían a dos estaciones de distancia, y el italiano le dijo que se animara, que con su pluma y su cultura general, podía escribir de lo que se le ocurriera.

El 31 de octubre de 1951 se publicó *Cargamento Negro* en la revista *Cinemisterio* de editorial Abril con ilustraciones de Eugenio Zoppi. Los protagonistas se llamaban Alan y Crazy y eran dos agentes ingleses en Egipto. Fue la primera historieta que Héctor escribió en su vida. Por esos días, Elsa le avisó que, finalmente, estaba embarazada.

19 de enero de 1961

Querido y queridísimo papito:

hoy, (esta mañana) comenzó a llover, eran mas o menos las 8, pero paro enseguida. A pesar de esa lluvia después hacia un calor de morirse.

primero fuimos con mamita a la carniceria, después a la verdulería y después a San Isidro a comprar una tela o que se yo que era lo que querian forrar con ella.

fuimos tambien a comprarle sapatillas a Beatriz y a Marina y unas ebillitas para Marina pero no encontraron por supuesto tambien habia que hacer una compra mas pero esa compra era gratis, era "mirar vidrieras" entre "charlas y carcajadas" y entre "hay que bonito es esto y que hermozo es aquello", en fin así se divertían mamita y abuelita que se habia quedado a dormir.

Yo como rara vez estaba con ganas de irme a casa por una razón.

La razón era de que esta mañana antes de salir mamita nos prometió bañarnos en la pileta de nosotros.

Como vez el tiempo es bastante loco.

El otro día no me acuerdo muy bien cuando era pero la cosa era que mamita nos leyó tu carta y nos emos reido muchisimo con los "excuse me, sir" pero hay algo que nos preocupa que es: "El desayuno tuyo" vos decias que mamita te hacia comer mucho pero hay balgame Dios con todo eso ya estabamos diciendo que hay no podés jugar al "tennis" con nadie asi que cuando vuelvas no vas a poder pasar por las puertas.

Papito querido yo te quiero mas que nunca, y así te mando muchos besitos. Tu hijita,

Estelita (9 años)

6

Cuando salieron del cine Gran Rex no dijeron nada. Caminaron por la avenida Corrientes, callados. Hacía calor. Estela se movía con ese modo particular, como si flotara, mientras se le balanceaba la botamanga del pantalón. Nicky la miraba de reojo. Nicky se llamaba Sergio Bronstein y la había conocido en el curso de ingreso a Filosofía y Letras. Le gustaba su pelo negro, larguísimo, con raya al medio. Le gustaba su manera de reírse, y de hablar poco; le gustaba que no fuera estridente pero que su presencia le anudara el estómago. También lo intimidaba. Pasaban mucho tiempo juntos y para los demás hacían una hermosa pareja. Para Estela, eran mejores amigos.

Ahora acababan de ver *Sacco y Vanzetti* y se habían quedado mudos. Estela llevaba en la mano el programa que le habían dado en el cine. Sobre la foto de Gian Maria Volonté y Riccardo Cucciolla caracterizados como los anarquistas asesinados, se leía: “La injusticia que conmovió al mundo”. Sonaba a eslogan pero a ellos los había atravesado. Tenían 20 años y sentían que ahí afuera estaba lleno de señales que alertaban que el mundo era un lugar planificadamente injusto.

Cuando no andaban por la facultad, en el cine o en algún café, estaban en la casa de Beccar. A Nicky, que había crecido en una familia judía acomodada, de izquierda y antiperonista, no le importaba la hora y media de viaje que lo separaba de su piso elegante de Barrio Norte ni volverse a las tres de la mañana, en

colectivo, muerto de frío. En una de esas ocasiones, mientras estudiaban en la mesa del comedor, apareció Héctor. Si aparecía Héctor después de cenar, era para jugar, a lo que fuera. Y Estela era la primera en seguirle la arenga. La noche anterior había sido el Jodete. El paisaje nocturno había reunido, una vez más, a un montón de amigos a la espera de que Héctor dijera “ob-vio”, diferenciando de manera exagerada la “b” con la “v” cada vez que tiraba una carta que le impedía jugar al otro. Era tramposo y solía tener a alguna de sus hijas como cómplice de sus trucos. Eso podía causar batallas de todos contra todos, discusiones irrisorias o enojos temporales que terminaban con él, sentado en el sillón, riéndose por lo bajo y negando cualquier cargo.

Pero esa noche no fueron las cartas sino Dígalo con mímica. Cuando le tocó el turno, Héctor salió corriendo. Primero fue a la cocina y después subió por las escaleras a su cuarto. Todos se quedaron en el living, esperándolo.

—¡Dale, Pa!, ¿qué hacés?

Le gritó Estela al ver que tardaba demasiado. Cuando bajó, llevaba sobre su ropa un camisón blanco, enorme, de Elsa; en la cabeza se había puesto un collar que hacía de corona, y en la mano agitaba una espumadera. Comenzó a salticar por el living travestido de hada madrina. Nadie adivinó de qué película se trataba. Entre las lágrimas que le saltaban de risa, Nicky la vio a Elsa que se asomaba por la escalera. Y se preguntó por qué no estaba en ese living. Por qué miraba la escena desde afuera.

Querido Papito:

Yo te adoro con toda mi alma.

Al ver que salio el avion casi me pongo a llorar hay papito como te quiero cuando llego la carta tuya nos leyo mamita ala noche y mamita se puso a llorar y Estelita y yo nos pusimos a yorar tambien.

Papito querido yo te adoro con todo mi corazon. El primer día que nos bañamos querian benir todos los chicos del barrio a bañarse en la pileta.

Todos los domingos bamos a misa reso por bos y cuando tomo la ostia le pido a Dios que tengas un buen beraneo y que no se caiga el avion.

Papito querido cuando boy a nadar siempre yevo tu toaya.

Tambien me siento en tu lugar.

Papito yo no se como me pude separar de ti.

Yo quiero que me traigas muchas cosas lindas.

Papito bos sos mi corazon.

Tanto te quiero que por el abrazo tan grande me saco los brazos.

Diana (8 años)

8

Estela era un sueño, la dulzura, la tranquilidad, tenía unos ojos que dejaba loca a la gente. Nadaba y buceaba cosas que le tiraban al fondo de la pileta en el Club Suizo de Tigre. Tenía mucho del padre, era una chica muy sensible, muy alegre, siempre con una sonrisa. No era coqueta, era muy linda, y se pusiera lo que se

pusiera le quedaba bien. Mi madre cosía y les hacía la ropa a las chicas. Estela vivía con una idea romántica de la vida, pero los chicos se enamoraban de ella y ella no. Ah, y cantaba: tenía una voz, era una cosa impresionante. Estábamos arriba y mi marido en ese entonces tenía el estudio ahí. Ella estaba cantando y había un tipo de canal Nueve con mi marido que lo venía a entrevistar a él y dice, perdoname, pero ¿quién canta? Ah, mi hija. ¿Tu hija? ¿Y cuántos años tiene esta chica con esa voz? Y ella estaría en segundo año del Northlands y cantaba en francés. En ese año, creo que el 65, ellas no querían más ir al Northlands. Además yo dije basta, me cansé de colegios carísimos, porque mi marido se había fundido con la editorial, no teníamos un peso, y era una locura pagar eso. Él había insistido en un momento con mandarlas ahí, estaba convencido de que lo mejor que les podía dar era una buena educación y, especialmente, idiomas. A él le gustaba la cultura europea y el colegio era inglés. Iba gente paqueta pero también muchos hijos de profesionales; aunque es cierto que ellas vivieron hasta ese momento en una campana de cristal, entre el colegio y la vida de club. Cuando se dejó todo eso ellas ingresan en la adolescencia a un medio popular donde empiezan a entender el mundo de la gente común. A las más grandes las cambiamos al Nacional de San Isidro y a las más chicas al Cardenal Spínola. Ya estaban con las ideas nuevas las chicas y al San Isidro lo hicieron mixto, y ahí Estelita me dijo que nunca más quería estar en un lugar que fuera de mujeres solas. Y los muchachos, encantados, no había ninguno que no se volviera loco con ella.

En cambio Diana, Diana, ¡el carácter que tenía! Todas eran muy femeninas menos Diana, que era volcánica. Una extraordinaria escritora, netamente literaria, era escribir y escribir y leía en una

forma voraz. Bueno, todas leían mucho, pero en Diana había una ansiedad y voracidad por saber que a mí me preocupaba un poco porque se angustiaba. Yo tengo todas sus composiciones y los tests del primario que son sorprendentes, esas composiciones de “La Vaca”, “el 9 de Julio”, “el 25 de Mayo”, siempre tenían algo sorprendente. En una palabra, sobresalía. A los 12 años se fue a trabajar. Al lado de casa había una señora alemana que era un encanto y que estaba como voluntaria en el hospital de San Isidro, y ella le dijo que quería ir también a cuidar nenes. Después cuando ya estaba en el Colegio Nacional, en segundo año, se iba de San Isidro al Hospital de Niños, en Capital, en tren. Y ahí cuidaba chiquitos, bebés, estaba loca por los bebés. Después volvió a San Isidro y se dedicó a poner vacunas de manera voluntaria, ella estaba en primera fila cuando llamaban gente, los sábados a las siete de la mañana estaba en la puerta del hospital. Un día, tendría 14 años, hacía un frío de morirse y entra a casa hecha una furia y dice: Acá, mirá todas las estufas que tenemos, mami, ¿cuántas estufas hay? Creo que tres o cuatro, pero no se usan, le dije. ¿Entonces me las puedo llevar al hospital que la gente se congela? Y se fue al hospital con las estufas cargadas en el auto del padre. Era impetuosa, y así como tenía tanta energía para hacer cosas, sufría horrores las frustraciones.

9

Entiendo tan bien lo que te pasa. Y por eso te voy a explicar algunas cosas. Me encanta que me dejaras esta carta en mi cama. Que volcaras en el papel todos tus sentimientos. Sé lo difícil que te

resulta explicarte con palabras. A mí me pasa exactamente lo mismo. Por eso querida mía, te suplico que siempre, y para siempre, hagamos lo mismo. Cuando quieras confiarme algo, escribime. Yo te contestaré de la misma manera. Y verás que fácil nos resultará a las dos comunicarnos, sentirnos unidas, indisolubles, con un vínculo que sobrepasa todo lo real, un vínculo que será nuestro, sólo nuestro, porque nadie más que nosotras dos sabría comprenderlo, y que nos hará fuertes, nos dará seguridad, nos hará sentir apoyadas la una en la otra, seremos una sola, hijita mía, y nos sentiremos orgullosas de éste secreto nuestro.

(…) Nunca te preocupes porque alguna maestra estúpida te compare con Estelita. Ella es también maravillosa, gracias a Dios todas lo son, pero de otra manera. No se las puede comparar. Es como si pretendiéramos elegir entre la luna y el sol. Los dos son maravillosos, y necesitamos de los dos. Ustedes son lo mismo: maravillosamente diferentes y cada una con valores propios. Y así tiene que ser siempre, cada una con su propia personalidad. Estelita es plácida, equilibrada, tranquila, dulce. Y vos sos alegre, impetuosa, temperamental, y sentimental y honda y con un corazón que debe ser una estrella de tanto que ilumina. Porque me das tanta felicidad, tanta dulzura en el alma que me hace tener otra vez confianza en la vida y me siento la mamá más feliz del mundo.

Bendito sea este aplazo que nos sirvió para abrirnos, para confiarnos, para ser amigas el resto de la vida. Y de paso para que tomes conciencia de tu propia responsabilidad y te esfuerces un poquito más y no vuelva a ocurrir una tontería como ésta. Mami estaba un poquito triste, pero ahora ya no me importa nada. Solo estoy contenta y te tengo una confianza como nunca me tuve yo

misma y sé que no me equivoco. Sos la mejor hija del mundo, mi Dani, no cambies en nada, te quiero así, única, tal cuál sos.

10

Diana entró en la habitación y el portazo retumbó en el pasillo del hotel de Tucumán donde se alojaban las egresadas del Cardenal Spínola. Su amiga Peri la esperaba sentada en la cama, recién terminaba de bañarse y aún tenía los ojos llorosos.

—Todo está mejor, aunque ya sabemos quién es quién en este grupo.

Le dijo. Así de categórica era Diana a sus 17 años. Así de categórica sería siempre. La discusión con sus compañeras había estallado unas horas antes, ese mediodía de octubre de 1971, cuando una de las chicas dijo que no sería apropiado comer junto a los choferes y guías porque no pertenecían a la "misma clase". Pese a que consideraba frivolidades muchos de los comentarios de sus amigas —como lo canchera que estaba María Esther Lovero, lo bárbaro que le quedaba el pelo corto a Raúl Padovani y lo buenmocísimo que estaba el rubio nuevo que había ingresado al programa de televisión *Música en Libertad*, el boom juvenil del momento—, trataba de aceptarlas porque, a fin de cuentas, las quería. Pero esta vez no pudo dejar pasar lo que escuchaba y dio pelea a favor de los choferes. Se sumaron voces y algún que otro llanto. Gran parte del grupo acordaba con la postura separatista, hasta se escuchó a otra decir que por el mismo motivo no saludaba al carnicero de su barrio.

La tensión, que iba a diluirse a medida que pasaran los días, la empujó a Diana a concretar lo que había imaginado antes de empezar el viaje: salir a caminar por la ciudad y sentarse en las plazas a conversar con la gente sin estar sujeta a los mandatos cronometrados de las excursiones. Ahora, cada vez que podía, se abría del grupo; casi siempre junto a Peri, a veces también se sumaba Titi Cafiero —hija del dirigente peronista Antonio Cafiero— y alguna otra compañera. La ciudad aún latía al pulso del Tucumanazo, la histórica manifestación obrero-estudiantil que a fines del año anterior se había levantado en repudio del cierre de los ingenios azucareros y de la situación económica y social de la provincia. Eso las conmovía.

Con Peri se habían conocido en el tercer año del Cardenal Spínola. Atrás había quedado el Northlands, uno de los tres colegios más caros y elitistas de la Argentina, donde se formaban las esposas de la clase dirigente. Diana pasaba a primer año cuando sus padres la cambiaron al Nacional San Isidro, una buena escuela pública. Pero al tiempo, Elsa prefirió enviarla al Cardenal Spínola, donde cursaban sus hermanas más chicas. De mujeres solas, en sus aulas se estudiaba, no se debatía.

A Peri la cautivaba el desparpajo y buen humor que Diana solía contagiar con una carcajada un poco grave. La veía llegar al colegio a la mañana temprano algo dormida, con el uniforme correctamente acomodado y el cabello largo y ondulado medio recogido y dos mechones sueltos como tirabuzones enmarcando su rostro, y se preguntaba cómo hacía para desaliñarse en cuestión de segundos. Diana no buscaba llamar la atención, simplemente la atraía. Su escritura era clave en ese despliegue: les dejaba notitas a sus compañeras en las que era capaz de destacar lo esencial de cada

una. “¡Quiero recorrer el mundo sin otro idioma que mi lápiz!”, apuntó en la tapa dura de su cuaderno, repleto de pensamientos garabateados con su letra indescifrable, como la frase de Santa Teresa de Jesús: “Vivir se debe la vida de tal suerte que viva quedo en la muerte”.

Si bien el acercamiento con Peri fue paulatino, hubo un día en que se hermanaron. Diana cumplía 16 años el 15 de octubre de 1969. Estaban en clase, sentadas bajo la eventual cercanía dispuesta por las monjas que cada mes cambiaban a las alumnas de lugar para evitar cualquier tipo de indisciplina, y Peri le pasó por debajo del banco una cartita en la que la saludaba por su cumpleaños y agradecía haberla conocido. Diana la leyó y le agradeció con una sonrisa. Apreciaba ese tipo de regalos. Eran gestos usuales en el universo moldeado en su casa y, en especial, reflejos del vínculo que Héctor mantenía con sus hijas cuando estaba de viaje. En sus cartas, él solía protagonizar historias insólitas y graciosas —como la visita a un zoológico para niños en el que vivían anguilas eléctricas en cuya cola el cuidador enchufaba el velador y se sentaba a leer el diario— con otras igual de amables pero con un tono más exigente, para que sus hijas se esforzaran en el estudio. Una de sus pocas exigencias era esa: que fueran buenas alumnas. El 16 de abril de 1961, Héctor le escribía a una Diana de 8 años desde Londres:

Vi pasar una fila de nenas de uniforme, eran de un colegio como el Northlands, todas con boina y corbata rojas, muy coquetas con sus blazers marrones y muy contentas y llenas de risa, cada una iba comiendo un gran chocolate. Me paré a mirarlas, era una gloria verlas, y en eso vi a mi lado a una negrita, de la misma edad que

ellas, que también las miraba. Era una negrita pobre, con un tapado muy viejo, con una piel en el cuello toda pelada.

Pasaron las nenas, y la negrita se quedó mirándolas, y vi que tenía una lágrima.

—¿Querés un chocolate? —le pregunté. Te compro uno.

—No. No tengo hambre —me contestó— , y se fue corriendo.

Pobre negrita triste que nunca podrá ir a un colegio así, que nunca podrá ir con su boina y su corbata colorada y su blazer, lo más coqueta y riéndose con las demás nenas.

El Cardenal Spínola funcionaba como una isla pese a que muchas alumnas pertenecían a familias vinculadas con el universo político del país. En general, Diana sabía cuándo y dónde expresar sus ideas, y en el colegio lo hacía como al pasar, en conversaciones informales durante el recreo, lejos de la mirada de algunas profesoras que solían considerar “románticas” sus opiniones. Así, alfajor en mano, podía batallar por causas como juntar dinero para una profesora recién separada o hablarles a sus compañeras sobre los principios de una nueva sociedad teorizados por Marx o Mao Tse-tung y de la revolución como el camino apropiado para conseguirlos. Le intrigaba, especialmente, el modo de adaptar esas teorías a la realidad argentina: ¿cómo sería la revolución en esta parte del mundo? También decía que anhelaba despojarse del instinto de posesión para aspirar a una sociedad dispuesta a buscar el bienestar colectivo por encima del individual. En tiempos en los que *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, era de lectura obligatoria, Diana hasta defendía que los hijos no fuesen necesariamente criados por sus madres biológicas, sino por las madres de la colectividad. Era 1971 y reproducía las

inquietudes que se discutían en el living de su casa o en los grupos de lectura de la parroquia Nuestra Señora de Lourdes en Beccar. En su cabeza retumbaba una frase que le había oído a Héctor, y que también quedó grabada en la memoria de su amiga Peri: “El socialismo en la Argentina es calvo”. Un modo elegante de decir que no existía.

11

Cuando Beatriz, Miguel y Eduardo entraron en la casa de Beccar, apenas podían disimular la excitación. Era tarde y Héctor estaba sentado a la mesa del comedor, garabateando unos apuntes. Beatriz se acercó para darle un beso. Después subió corriendo a saludar a su madre. Ya vuelvo, dijo, pero los tres hombres de la sala sabían que el ya vuelvo podía prolongarse un buen rato. Beatriz tenía 15 años y mantenía la regla de decirle a su madre qué había hecho y dónde había estado, aunque eso, ahora, implicara mentirle. A diferencia de Estela, que era más independiente y minimizaba los reclamos de Elsa, y de Diana, que la enfrentaba, Beatriz prefería contenerla. Podía entender que su madre se preocupara, podía entender que su madre tuviera otros planes para ella.

Héctor miró a los dos chicos sentados en el sillón y les preguntó cómo les había ido. Miguel y Eduardo le contaron con detalles: habían estado en una proyección clandestina de *La hora de los hornos* —el documental prohibido de Pino Solanas y Octavio Getino — en una casa antigua en algún barrio de la Capital. Eduardo y Miguel tenían un año más que Beatriz y entre toda esa gente que apenas pasaba de los 25 años, trataban de parecer adultos. Se

sentaron en el piso y una chica, con jean acampanado y chaleco, anunció que iban a pasar directamente la segunda parte del documental, “Acto para la liberación”, que incluía una crónica del surgimiento del peronismo y de los años de resistencia. Era probable que cayera la policía y ese tramo de la película les parecía el más importante. Había algo excitante en el ronroneo del proyector, en la figura de Evita que aparecía en la pantalla, en la fritura de las voces que rugían en la Plaza de Mayo. Los tres miraban, fascinados, imágenes prohibidas.

Hasta que la chica de los pantalones acampanados se paró.

—Está viniendo la policía, vamos a tener que salir por ahí.

Dijo con voz calma. Miguel y Eduardo tomaron de la mano a Beatriz, salieron a un patio, treparon una pequeña medianera y escaparon por el techo de la casa vecina. Unos días antes, el 17 septiembre de 1971, un exagerado operativo de seguridad había rodeado la Facultad de Ingeniería para secuestrar la película e impedir que se viera. Ahora ellos habían desafiado los manotazos de la censura y caminaban por la calle abrazados, como tres amigos que acaban de salir del cine.

No era la primera vez que iban a alguna reunión semiclandestina ni que participaban de un acto político. Los tres funcionaban como una pequeña usina que absorbía y procesaba todo lo que sucedía a su alrededor. De un modo algo caótico, podían ir a una charla de revolucionarios peruanos y salir hablando del marxismo de Mariátegui o participar de un acto relámpago de agrupaciones peronistas universitarias, como aquel de Facultad de Farmacia en el que vieron cómo un estudiante rompía con una masa la vidriera de una concesionaria Fiat en apoyo a la lucha de los trabajadores de Sitrac-Sitram, uno de los gremios que había protagonizado el

Cordobazo. Empezaban a experimentar la adrenalina de la violencia liberadora en el cuerpo.

También funcionaban como un trío de amor difuso en el que Miguel y Eduardo, que eran como hermanos, estaban enamorados de Beatriz. Les gustaba incluso cuando discutía, y solía discutirles todo, especialmente a Miguel: tenía argumentos y había leído tanto como ellos. Desde *Alicia en el país de las maravillas* hasta *El diario del Che en Bolivia* y el *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir. A Miguel le gustaba esa vehemencia, le gustaba cómo sus rasgos tan delicados se acentuaban cuando se le plantaba frente a una idea. Le gustaba eso, entre tantas otras cosas, pero todavía no se animaba a decírselo.

La primera vez que Miguel habló con Beatriz había sido un par de años antes, sentados en el piso, mientras comían un soufflé de choclo que Elsa les había subido a la habitación. Él, el más chico de la familia, había acompañado a sus padres Hilario y Nidia Fernández Long. Unas semanas antes, había sido a la inversa: Elsa y Héctor habían ido a cenar a su casa. La mamá de Miguel tenía especial aprecio por Elsa.

Por ese entonces, otros chicos de la cuadra también habían descubierto el paraíso a pocos metros de distancia: los hermanos Quique y Marcelo Manrique, hijos de un español que, como Héctor, había trabajado en el Banco de Crédito Industrial cuando Fernández Long era gerente. Marcelo estaba enamorado de Diana —con quien tendría un pequeño romance— y se había entusiasmado con la idea de ser el único varón entre cuatro mujeres. A veces se aparecía solo y si su hermano y su amigo Pepo tocaban el timbre, les indicaba a las chicas que dijeran que no estaba y corría a esconderse. El artilugio solía desmoronarse porque los otros dos se quedaban igual

y al cabo de unas horas, tenía que salir del escondite con la cabeza gacha. Pepo también era del barrio y su apellido no pasaba desapercibido: era uno de los siete hijos de Jorge Rojas Silveyra, el brigadier que se había levantado contra Perón en 1952 y que había sido repuesto en la Fuerza Aérea en 1955 por orden de Aramburu. Si bien el vínculo con Héctor y Elsa no iba más allá del de cualquier vecino —y si se cruzaban en alguna reunión, Héctor no se mostraba muy conversador: le costaba disimular que no tenía ninguna afinidad con ellos— los Rojas Silveyra eran muy cercanos a los Fernández Long porque eran consuegros: una Fernández Long estaba casada con un Rojas Silveyra.

Una tarde de principios de septiembre de 1971, Miguel y Pablo entraron en lo de Rojas Silveyra y escucharon que el hombre le pedía a su mujer que guardara los dólares para el viaje.

—Jorge, un poco de discreción que están los chicos acá —le reprochó ella—. Al fin de cuentas ellos están del otro lado en todo este asunto.

Rojas Silveyra se rio. Flamante embajador en España, estaba a punto de volar a Madrid para encontrarse con Perón. Lanusse, de quien era amigo personal, lo había elegido para que negociara la devolución del cadáver de Evita.

Hasta aquella cena del soufflé en la habitación de Beatriz, Miguel escuchaba hablar de las Oesterheld a través de Pablo, que además de pasar las noches del fin de semana en el chalet vecino, a veces iba al cine con Estela y Diana. A Miguel, la que más le llamaba la atención era Diana, que caminaba de un modo muy enérgico, casi siempre delante de las otras, liderando al grupo. Beatriz, en cambio, era menuda, no muy alta y, a pesar de su belleza idílica, de su pelo lacio, oscuro, que le cubría casi toda la espalda, la nariz respingada

y los ojos de pestañas largas, podía pasar inadvertida. Esa noche, entre bocado y bocado, Miguel se preguntaba de dónde habían salido estas chicas que en pocos minutos ya lo trataban como uno más y hablaban con total desprejuicio, que lo rodeaban y le hacían escuchar canciones de Joan Báez y le preguntaban si en verdad creía en dios.

Al día siguiente, lo primero que hizo Miguel fue contarle a Eduardo que había estado en lo de las Oesterheld. Y le habló, en especial, de Beatriz.

Miguel y Eduardo Hurst —a quien los Fernández Long apodaron "el Burro" por su manera de reírse, sin saber que le estaban dando, también, su nombre de guerra— se habían conocido en el Santa Isabel, un colegio de curas no demasiado estricto al que iban los hijos de las familias de buen pasar de zona norte. Eduardo se le acercó el primer día, después de que el chico rudo de la clase le diera la bienvenida a Miguel con una paliza. A partir de ahí formaron una dupla en la que Eduardo era el simpático, componedor y atractivo —el chico ideal para las madres—, y Miguel el arisco, visceral y de pensamientos extremos, que seducía más con su oratoria que con su aspecto.

Miguel no entendía por qué para su padre —que había sido decano de la Facultad de Ingeniería, que se reconocía como un intelectual humanista y democrático, que había renunciado a su cargo de rector de la UBA después de la Noche de los Bastones Largos—, Perón era una mala palabra. Y no se decían malas palabras en su casa. Para él, durante ese tiempo, Perón no había sido otra cosa que una figura lejana a la que veneraban la señora que lavaba la ropa en su casa y el jardinero, y a quien se sentía vinculado sólo por una fecha fortuita y emblemática: había nacido un

17 de octubre. Hasta que salió en el diario la noticia de que un grupo que se hacía llamar Montoneros había asesinado a Aramburu. Ese día, escuchó cómo festejaba, a pocas cuadras de su casa, la gente de las villas Sauce y Uruguay, que serían su geografía cotidiana un par de años después, y tuvo una sensación casi física: sintió ganas de alegrarse él también. A la noche, cuando salió a tomar algo con Eduardo y dos chicas a las que pretendían seducir, no pudieron hablar de otra cosa. Hasta los chistes eran sobre Aramburu. “Parece que lo iban a encontrar detrás de un vino Uvita”. “¿Por qué?” “Porque es un vino *muy bien custodiado*”, decían y se reían del eslogan del vino popular del momento. Las chicas se aburrieron muchísimo. Ellos terminaron eufóricos.

—Mirá lo que hicieron estos pibes, mirá lo que se puede hacer.

Se decían una y otra vez. Para Eduardo, en cambio, Perón no era una figura ajena pero sí igual de contradictoria. En medio de un entorno de familias conservadoras de San Isidro, que habían celebrado, y en algunos casos participado, de la llamada Revolución Libertadora que había depuesto a Perón, la suya era peronista. La librería Hurst Hermanos, que funcionaba en el frente de su casa y era atendida por Miguel, el mayor de los seis, solía ser la antesala de reuniones del Movimiento Revolucionario Peronista, la estructura semiclandestina que se había creado en 1964 para reorganizar el movimiento con independencia de la burocracia sindical. Algunos militantes del MRP se sumarían luego a las filas de Montoneros. No sería el caso de Miguel Hurst. Para 1971, militaba en el Movimiento Humanista Estudiantil de Filosofía y Letras —pata universitaria del MRP— y era uno de los fundadores de la revista *Envido*, una publicación de pensamiento político y ciencias sociales que abordaba el peronismo desde la izquierda a través de las lecturas

de sus revisionistas populares, como Arturo Jauretche y Hernández Arregui.

Miguel Hurst y Héctor se conocían por la librería. A veces, las conversaciones que empezaban entre libros seguían unos días después en la casa de Beccar. Fue en una de esas visitas que Miguel Hurst le propuso a Héctor hacer una historieta con contenido político, a tono con lo que se discutía en la revista *Envido*. El año anterior, Héctor había escrito *La Batalla de Chacabuco* y ese año, *Güemes, el guerrillero*, como parte de la colección "Epopeyas argentinas" que prometía narrar la historia tal como había sido ("con la gente común, los soldados y los hombres y las mujeres del pueblo, sufriendo y luchando junto a los grandes constructores de la nacionalidad"), pero que no prosperó más allá del segundo número. La idea de *Envido* lo entusiasmó, aunque no pudo concretarse.

12

Estela tomó una revista que estaba sobre la mesa del comedor y se detuvo a observar la tapa. Había una mujer dibujada en mini short, botas, panza al aire, un trago en la mano y pose sugestiva a lo chica James Bond. Los colores eran estridentes. A un costado, un recuadro anunciaba *Ernie Pike en Vietnam*. Había algo contradictorio en la composición de esa tapa. Sin dudas la chica sexy no venía a ilustrar al corresponsal de guerra que había inventado su padre y que ahora se metía en la guerra de la que leían todos los días en el diario, sino que daba cuenta de cierto pastiche editorial que intentaba recuperar la atención de un género en decadencia. La revista se llamaba *Top maxi historietas* y era

publicada por Cielosur, en tiempos en los que el único sello que lograba sostener tiradas considerables era Columba, a fuerza de historietas estandarizadas. El propio César Spadari, director de *Top*, haría el contacto para que Héctor entrara a trabajar en Columba al año siguiente, en 1972: cada vez que lo recibía a Héctor con el guión de *Ernie Pike en Vietnam* en la mano, desesperado por sumar colaboraciones, se preguntaba cómo podía ser que alguien con su talento, que había estado al frente de una de las mejores revistas de historietas como *Hora Cero*, se encontrara en esa situación laboral tan precaria.

—Ahora lo metí en Vietnam, ¿viste?

Le dijo Héctor a su hija mientras le mostraba un número anterior, el primero, de julio de 1971, en el que Pike volvía a escena con un texto de presentación: “La Segunda Guerra Mundial me sigue tan viva en el recuerdo como el primer día, y si el mundo estuviera en paz seguiría escribiendo como antes, sobre Normandía, o Tarawa, o El Alamein. Pero cañones y fusiles siguen su diálogo letal: hoy la guerra se llama Vietnam. Imposible seguir recordando la guerra vieja cuando el presente arde al rojo vivo. Por eso esta nueva etapa de mi carrera periodística, enteramente dedicada a la guerra que hoy, en este mismo momento en que me estás leyendo, lector, está desgarrando el cuerpo tan lleno de vida de un muchacho como tú”. Junto al texto, había una foto del propio Héctor personificado como el corresponsal de guerra.

La última vez que Héctor le había dado vida a aquel personaje había sido diez años antes en Frontera, su propia editorial, cuando por unos segundos el cielo pareció estar a los pies de la historieta. Ernie Pike nació en el primer número de *Hora Cero*, en mayo de 1957. Para dibujar la historieta, Pratt se documentó con una serie de

fotos de guerra que había robado de un baúl de *Il Gazettino di Venezia*, un periódico al que habían llegado miles de imágenes de la Segunda Guerra de corresponsales de todo el mundo. La intención de Héctor de narrar el infierno cotidiano del soldado anónimo, al que él le ponía nombre y circunstancia a través de la mirada humanista de Pike, se cruzó con el realismo documentado de Pratt para alumbrar la primera historieta de guerra en la que el enemigo no era el otro sino la misma guerra: al final de cada historia, todos podían morir, aliados o alemanes, del mismo modo y con los mismos miedos, heroísmos o miserias.

Dos años antes de la creación de Frontera, en 1955, Héctor era el principal autor de la revista *Misterix*, de Abril. Muchos de los personajes que ahí se publicaban habían sido ideados por él. Además de *Bull Rockett*, estaba *Sargento Kirk*, el primer gran trabajo con Pratt, esa dupla creativa compleja —porque se admiraban pero se celaban, porque se potenciaban pero competían — e insuperable. Héctor quería hacer a un desertor del ejército argentino, un Martín Fierro. Pero Civita, que intervenía en los inicios de cada tira, prefería un Western, aun cuando ese género ya había pasado de moda. Así nació Kirk, el desertor del ejército norteamericano que se reinventa en el Lejano Oeste junto a un grupo de amigos, también marginales. Con sus ilustraciones de Pratt redefinió el género, a pesar de que el italiano luego dijera que la historia no le gustaba, que Héctor le llenaba de texto los cuadritos y que él no quería dibujar miles de caballos como le pedía el guión.

En Abril, Héctor también había creado *El Indio Suárez*, un ex boxeador convertido en entrenador, que llevaba ilustraciones del español Carlos Freixas y en la que los conflictos personales de los personajes importaban mucho más que las contiendas.

Paralelamente, escribía cuentos y pastillas para la revista *Más Allá*, de ciencia ficción, y había incursionado en ese género en formato de cómic con *Uma-Uma*, en la que dos científicos y un agente del FBI se iban de vacaciones a una isla del Pacífico y terminaban combatiendo contra extraterrestres. Un joven Francisco Solano López, al que le habían pedido imitar el trazo de Campani para continuar con *Bull Rockett*, se encargaba de ilustrarla.

Para mediados de la década del cincuenta, en el país se editaban unas 60 revistas de historietas, una publicación como *Misterix* vendía 220 mil ejemplares por semana, el género se había instalado como un producto cultural masivo y Héctor era una firma reconocible y valorada. Sin embargo, el trabajo a destajo nunca era suficiente para mantener a su familia y en Abril le habían empezado a recortar algunas colaboraciones, lo que lo obligaba a trabajar con otras editoriales y a convertirse en un escritor orquesta, más atento a la cantidad que a la calidad. Fue en ese momento cuando se lanzó con la idea de un proyecto personal. En principio, para publicar versiones noveladas del *Sargento Kirk* y de *Bull Rockett*: sabía que sus personajes tenían prestigio propio, más allá de Abril. Además, lo atraía la posibilidad de sacarles a sus creaciones un rédito sin intermediarios. La editorial se iba a llamar Frontera, el logo dibujado por Joao Mottini iba a ser una suerte de Quijote pampeano —un indio sobre un caballo, con una tacuara y la mirada en el horizonte —, y como socio lo embarcaría a Jorge, su hermano.

Jorge era mayor que Héctor. Había estudiado agronomía pero también guardaba cierta veta intelectual. Era buen lector como los demás Oesterheld, escribía en secreto y sobre todo, admiraba a su hermano. Así que cuando Tito —como lo llamaba él— le propuso no sólo publicar historietas noveladas sino también una revista, Jorge

se metió de lleno en la empresa. En un principio estuvo a cargo de la parte administrativa, aunque más adelante se iba a animar a escribir. En el monopolio de la pluma de Frontera, sería el único al que Héctor le daría un espacio como autor. Elsa y Nelly, las hermanas, también iban a colaborar en ciertos trabajos puntuales: la primera como tipeadora y traductora; la segunda, como dibujante, convirtiendo a Frontera en un verdadero emprendimiento familiar, con las informalidades que eso implicaba.

Durante un tiempo, Héctor trabajó en paralelo para su editorial y para Abril porque no contaba con capital propio para ampliar su proyecto. Hasta que un día, se citó con Civita en un café y le contó que quería abrirse. Había conseguido que algunos amigos le prestaran el dinero. Lo que siguió con Civita fue la separación amistosa de bienes, como en un matrimonio civilizado. El italiano se quedó con *Bull Rockett,* su querido piloto de pruebas, y Héctor, con *Sargento Kirk*. Pero también con algo que no estuvo en aquella mesa de negociaciones: los mejores dibujantes de Abril. Francisco Solano López, Carlos Roume, Alberto Breccia, Ivo Pavone, Hugo Pratt, Carlos Vogt, Daniel Haupt, Eugenio Zoppi, Néstor Olivera, Julio Schiaffino, Leopoldo Durañona, Jorge Moliterni y Arturo del Castillo. A la mayoría de ellos los reunió en la casa de Beccar, les contó del proyecto y les ofreció pagarles más, ser socios en las ganancias y, una novedad para ese entonces, conservar la propiedad intelectual de sus ilustraciones.

A pesar de que, casi desde un principio, la promesa de mejores retribuciones se convirtió en pagos en cuotas, y la participación de las ganancias, en un cuadernito en el que Héctor anotaba aquello que ganarían en caso de que hubiera un excedente que nunca hubo, durante los dos primeros años de Frontera los dibujantes se

sintieron estimulados. Trabajaban con plena libertad, podían hacer sugerencias, pedir alguna historia o, incluso, alterar las indicaciones del guión. Cualquier dibujante que se dedicara al género quería ser parte de Frontera y de sus revistas *Frontera* y *Hora Cero*.

En esos años, Héctor formó las duplas con las que gestaría sus obras maestras: *Ernie Pike* y *Ticonderoga* con Hugo Pratt; *Sherlock Time* con Breccia y *El Eternauta* con Solano López.

13

La editorial era nuestra casa. Hugo Pratt vino durante años a cenar todos los días, era como mi segundo marido y me tenía loca porque aparecía a cualquier hora. Teníamos una relación muy de familia. En una época vivían todos los italianos juntos en una pensión, entonces venían a comer porque extrañaban a su familia, y ahí se armó un grupo muy lindo en torno a editorial Frontera. Eran todos tipos muy particulares. Hugo tenía una personalidad tremenda y había tenido una experiencia de vida increíble. Héctor escribió el *Ticonderoga* para él, el de los indios del norte de Estados Unidos, porque él se lo pidió. Pratt se había criado en Abisinia, había estado en un campo de concentración de chico, había sido correo de la Resistencia y también había vivido en África, y siempre andaba en el delirio de la aventura. Creo que el dibujo fue su manera de plasmar esa vida bohemia, de acción. Él había vivido un montón de cosas que Héctor no, porque Héctor siempre estuvo acá, con su vida tranquila. Una vez Hugo le regaló a Estelita un libro sobre Grecia, porque ella ya tenía siete años y dibujaba, y Hugo decía que iba a ser una gran dibujante. En esa época mis hijas eran chiquitas y

estábamos acostumbrados a que hubiera un gobierno y a los dos días las tropas en la calle y un cambio de gobierno. Pero el mundo en nuestra casa pasaba por lo cultural y no por lo político. Para cuando lo sacaron a Frondizi con un golpe, Héctor ya había empezado a publicar *El Eternauta*, que salía por entregas, y causó sensación y ahí se hizo más famoso. Yo creo que fue porque los jóvenes que lo leían ya estaban gestando una actitud humanística diferente de la de nuestra generación, empezaban a entender de otro modo las cosas. *El Eternauta* fue sensacional. Cuando a Héctor le empezó a ir mal, ellos, los dibujantes, se fueron a Europa porque ya todos, con el trabajo que habían hecho en Frontera, podían ser reconocidos afuera. Y se fueron porque mi marido estaba fundido. Él y su hermano Jorge se pelearon. Ninguno de los dos había sido bueno como administrador y parece que la imprenta los estafó: hacían más copias de lo que le decían y las vendían ellos. Porque mi marido no destruía los originales. Entonces los dibujantes le empezaban a decir cómo puede ser que *Hora Cero* venda mucho más que *Misterix* y que nosotros no veamos más plata, algo está pasando. A mí él no me decía que estaba lleno de deudas, yo no me quería enterar y no estaba de acuerdo con que él siguiera escribiendo historietas. Cuando la editorial cerró, mi propuesta era que cambiara, que volviera a algo de su carrera, a un empleo de verdad, que eso igual le iba a permitir seguir escribiendo pero en una forma más selectiva. Pero él no quiso, él siguió tratando de salir adelante en lo que estaba haciendo y empezó a escribir para toda publicación que se le cruzara.

Una de las primeras lecturas que Miguel hizo en clave política, mucho antes de ser parte del micromundo de la casa de Beccar, fue la del *Sargento Kirk*. En esta sociedad sólo se puede ser un desertor, se dijo cuando conoció la historia de ese personaje del Lejano Oeste que decide que en medio de una guerra injusta no hay lugar para él y se une a un miembro de una tribu diezmada, a un médico que atiende a los indios y a un ex bandido. Tres años después, en julio de 1974, Miguel y Eduardo publicarían la versión novelada del Sargento Kirk en el sello La Isla, una editorial que había creado Hilario Fernández Long junto al poeta Basilio Uribe. Héctor, que para esa época tenía buenos ingresos, no sólo le cedió el texto sino que lo autorizó a piratear el dibujo de Hugo Pratt para la tapa.

—Con todo lo que me debe ese tano a mí, usen la imagen tranquilos.

Héctor sabía que Pratt había publicado en Europa varias de sus historietas sin reconocerle el crédito. Estela fue quien copió el rostro del Sargento Kirk en blanco y negro y se encargó del arte de tapa y de la diagramación. La impresión terminó siendo de muy mala calidad y Uribe, indignado, se quejó de que la editorial La Isla nunca había publicado algo de tan bajo nivel.

El mapa de lecturas de Miguel viró de *Los Caudillos,* de Félix Luna a *Los condenados de la Tierra,* de Frantz Fanon y las obras completas de Lenin. Eduardo y Beatriz no se quedaban atrás y discutían si la dicotomía era Imperialismo y Nación o Proletariado y Burguesía. La respuesta de Miguel al dilema fue trocarle a un compañero de colegio el libro de Carlos Ibarguren sobre Juan Manuel de Rosas por el *Diario del Che en Bolivia*, y declararse marxista.

—¿Cómo es un marxista católico? ¿Los marxistas pueden creer que en una misa el cura convierte el vino en sangre?

Lo chicaneaba Héctor. Beatriz también se sumaba a las cargadas y Miguel se defendía, enojado. Tenía sus argumentos. Estaba Camilo Torres, estaban los curas del Tercer Mundo, estaban los artículos de *Cristianismo y Revolución*. En este contexto, Miguel también se preguntaba por qué su padre, admirador de Tomás Moro y Erasmo, afín a las corrientes modernizantes de la Iglesia, lo había librado a él a una educación guiada por el oscurantismo católico.

Héctor representaba todo lo contrario y, sin embargo, solía terminar este tipo de charlas lejos de las bromas y con una frase:

—Yo prefiero no discutir sobre religión porque es sacarle algo a alguien a cambio de nada.

El 4 de febrero de 1968, nueve sacerdotes de la diócesis de San Isidro le entregaron una carta al obispo Antonio María Aguirre en la que se reafirmaban como curas obreros y planteaban la necesidad de poder trabajar como cualquier otro hombre para ser parte de la comunidad. Más moderados que los curas del Tercer Mundo, también habían declarado su opción. “Queremos ser hermanos de los pobres. Nadie salva a nadie desde afuera”, escribían. La carta era una reacción a la intervención del obispo de San Isidro, quien había apartado a dos de ellos con el argumento de que se habían desviado de la línea pastoral. Los curas obreros eran en su mayoría españoles, pertenecían a la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, se habían empleado en fábricas de zona norte y los llamaban “El grupo de los Nueve”. La contraofensiva del obispo de San Isidro, acompañado por su vicario Justo Laguna, fueron cuatro pasajes a España a modo de vacaciones obligatorias. En solidaridad, los otros cinco renunciaron a sus parroquias y hasta un

grupo de setecientos laicos encaró a Aguirre en el atrio de la Catedral a la salida de una misa, pero el obispo los echó al grito de herejes. El 22 de febrero de aquel año, *La Razón* titulaba: “Abandonaron el país 4 sacerdotes extremistas”.

En ese contexto, para neutralizar la atracción de la izquierda y del cristianismo más combativo entre sus fieles, desde la jerarquía de la Iglesia se orquestaron las Semanas de la Juventud para alumnos de cuarto y quinto año de las escuelas católicas y grupos parroquiales de cada diócesis. Si bien intentaban sonar modernas y compatibles con la necesidad de que la Iglesia se acercara a los más pobres, los discursos estaban bien alejados de cualquier propuesta revolucionaria. Eduardo y Miguel participaron de esa primera semana en la Catedral de San Isidro. Entrenados en el arte del debate, se encargaron de alterar cada una de las discusiones grupales. El último día, después de que se presentaran las conclusiones en un plenario, Miguel se levantó, pidió la palabra y largó.

—Acá se habló del compromiso con el otro pero cuando un grupo de curas quiso hacer algo por el otro hace un par de años, los echaron. —Y subió la apuesta: —Además, muchos de ustedes saben que en las comisarías hoy se está torturando, y nadie dice nada. Al final todo esto son sólo buenas intenciones.

Al otro día, Jorge Casaretto, que por ese entonces se encargaba de la Pastoral de la Juventud, lo llevó a hablar con Justo Laguna. Con tono paternal, le dieron a entender que si quería seguir participando de las actividades de la Catedral, tenía que revisar sus ideas extremas. Miguel y Eduardo decidieron salirse del radar de los popes de la Iglesia de San Isidro y recalaron con Beatriz en la parroquia Nuestra Señora de Lourdes, a pocas cuadras de su casa,

a cargo de Jordi Catarineu, el hermano moderado de uno de los nueve curas expulsados. Allí, alumnos del Nacional San Isidro habían empezado a imprimir la revista *Gente Joven*, censurada por el rector unos meses antes. Los tres se sumaron a la publicación y más adelante lo harían Estela, con dibujos, y Diana, con poemas y artículos. Entre todos le cambiaron el nombre a la revista: le pusieron *Hombre Nuevo,* título que sólo duró una edición porque Jarito Walker, periodista, ex secretario de Redacción de *Gente*, en ese momento lanzaba su semanario *Nuevo Hombre*, en el que convivían el pensamiento marxista, el cristianismo y el peronismo revolucionario con los comunicados de las organizaciones armadas. El nombre, finalmente, se cambió a *De Pie*, por las 62 organizaciones de pie junto a Perón. Cualquier frase o simbología que aludiera al peronismo combativo los entusiasmaba.

15

Me acuerdo de que en casa las chicas empiezan a hablar del Che. Era un personaje muy atractivo, y Héctor no escapó a ese personaje. A mí también me atraía ese idealismo y hoy creo que es alguien que tuvo coherencia consigo mismo. Y en esos años Latinoamérica tenía semejante referente para la juventud que creo que Héctor se empezó a dar cuenta de la época en la que estaba viviendo, del cambio, y que los cambios los traían los jóvenes. Y eso lo hacía tener un apoyo sin condiciones a la juventud: sentía que cuando él era joven no había comprendido realmente cuál era el sentido de la identidad nacional. Él había vivido algo aislado en su mundo de creatividad, de lectura y de intelecto y nada más y, por lo

tanto, creo que empezó a valorizar al Che. En ese momento estábamos en el gobierno de Onganía, de facto, y el comunismo era la gran mala palabra. De pronto Héctor decidió hacer el Che Guevara y lo iba a dibujar Breccia. Y yo veía qué consecuencias podía traer todo esto: encima que teníamos dificultades de trabajo por cuestiones de mercado, complicarse políticamente me parecía una imprudencia total, entonces se lo comenté, le pregunté si estaba seguro de lo que iba a hacer, porque él nunca fue comunista, al comunismo lo criticó siempre, y me contestó que él no creía que fuera a haber problemas. Además, me dijo, no vamos a hacer al Che solo sino a los caudillos de Latinoamérica, las figuras que han tenido repercusión por las luchas libertarias. Claro, nadie iba a pensar que eso podía ser un peligro y me pareció razonable. Así que hizo el Che pero después parece que las ediciones las quemaron todas. Eso dicen. Lo que yo sé es que salió en los diarios que el autor del Eternauta ahora hacía historietas de subversivos y empezaron a llamar a casa. En la escuela de las chicas hacían comentarios y yo no podía creer que esa gente que nos conocía, que había venido a comer a casa, ahora hablara mal de nosotros.

16

En septiembre de 1968, Héctor fue a lo de Alberto Breccia y le propuso hacer una historieta sobre la vida del Che Guevara. Se habían conocido en editorial Abril pero se hicieron cercanos cuando el dibujante empezó a trabajar para Frontera. Su primera colaboración fue *Sherlock Time*, y su consagración, *Mort Cinder*, el hombre que moría y resucitaba con cada viaje en el tiempo. Héctor

tenía hasta el más mínimo detalle en su cabeza y en esa primera reunión, en la que también participó Enrique —el hijo de Breccia—, les contó prácticamente todo, hasta muchos de los diálogos que luego figuraron. El proyecto iba a integrar la colección “Biografías”, que incluía una serie de doce historietas biográficas sobre figuras históricas de América. *Vida del Che* sería la primera de la lista que sumaba a Augusto César Sandino, Tupac Amaru, Pancho Villa, Fidel Castro, Simón Bolívar, entre otros. La idea original era que saliera antes del fin del ciclo lectivo para entusiasmar a los estudiantes, pero finalmente se lanzó en enero del 69. A pesar del receso escolar, para marzo ya estaba por agotarse la tirada, que había sido distribuida en kioscos y revistas y publicitada en la vía pública.

El editor de la historieta era Carlos Pérez, quien había trabajado en EUDEBA, era jefe de producción en el Centro Editor de América Latina y empleado en la editorial de Jorge Álvarez. También dirigía sus sellos Carlos Pérez Editor y Escuela. *Vida del Che* saldría por Ediko S.C. Desde un principio, y hasta que el propio Álvarez aclarara cuarenta y cinco años después que sólo participó en la cocina del libro a través de charlas informales con Pérez, circuló la idea de que había sido editada por Álvarez. Tal vez fue producto de un malentendido o tal vez fue adrede: publicar un libro en esa editorial confería prestigio porque se compartía espacio con autores como Germán Rozenmacher, Rodolfo Walsh, Quino, Ricardo Rojo y un Manuel Puig que acaba de debutar con *La traición de Rita Hayworth*.

Hasta entonces, Héctor nunca había inscripto su obra en un marco ideológico tan explícito. Tampoco acostumbraba a hablar de política con sus ilustradores. Alberto Breccia era más bien un anarco

que no había votado en su vida y, aunque se decía de izquierda y antiperonista, no le interesaba profundizar al respecto. Durante los tres meses que les llevó hacer el trabajo —en el que el padre se encargaría de la primera parte, el Che médico, y el hijo, del Che combatiente— el único momento en que rozaron la política fue cuando Héctor le preguntó a Enrique por qué había decidido dibujar la serie. Y el joven de 23 años —que integraría JAEN (Juventud Argentina por la Emancipación Nacional, agrupación formada por Rodolfo Galimberti y Ernesto Jauretche, entre otros) y después Guardia de Hierro— le contestó que lo hacía por peronista. No obstante, cuando Pérez les ofreció mantenerlos en el anonimato para evitar cualquier problema con el gobierno de facto, Héctor redobló la apuesta con un compromiso deliberado:

—Una historia con un personaje como el Che no merece que se haga a escondidas. No sólo quiero firmarlo, sino que quiero mi nombre en la tapa.

Si bien en ese entonces a Héctor le interesaba más la faceta trágica del guerrillero, con *Vida del Che* sentó posición a favor de la lucha por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo. Todo un gesto que implicaba asumir un nuevo estatuto estético y político en el abordaje de la historieta de aventuras local. En ese sentido, en el único momento que opinó sobre el trabajo de los Breccia fue cuando le marcó a Enrique que no le gustaba cómo dibujaba a los campesinos bolivianos. En la línea expresionista inaugurada por su padre, Enrique les marcaba sus rasgos y Héctor le decía que, para él, los embrutecía.

Firmado con las iniciales E.V. —de un posible Eliseo Verón—, el prólogo despejaba cualquier duda acerca de la intención ideológica de la historieta. Decía: “Al encontrar los signos de la historieta, la

imagen del Che se incorpora al lenguaje que más ha contribuido a poblar el panteón de las figuras mitológicas de la sociedad de masas. Pero no hay que olvidar que la noción de mito no tiene, en la moderna ciencia de la comunicación, un sentido despectivo. Es, simplemente, sinónimo de ideología. Y la ideología, lejos de haber desaparecido como lo han pretendido algunos, no es otra cosa que el sistema de significaciones que nutre los procesos de acción y orienta en el mundo de hoy a los movimientos sociales".

El 10 de enero de 1969, a pocos días de salir a la venta, el diario *La Nación* publicó un editorial advirtiendo sobre el peligro de una historieta que pretendía la captación ideológica mediante la desfiguración de la verdad histórica. Bajo el título "Confusión" y sin nombrar a sus autores, el texto alertaba: "Ha sido realizada con los tintes más sombríos y toscos, propios de posturas revolucionarias que hasta en sus concepciones estéticas están ya superadas por nuestro tiempo, pero cuyo poder de penetración no puede, sin embargo, subestimarse", y consideraba que no resultaba adecuado mezclar en una sola lista de títulos a figuras tan disímiles por "la confusión mental que una serie de esta naturaleza puede ocasionar".

Desde la SIDE hicieron un par de llamadas a la casa de Beccar y Héctor respondió las preguntas pacientemente. También se comunicaron desde la Embajada de los Estados Unidos, pero con una estrategia que simulaba ser ajena a cualquier intimidación. Un periodista que conocía a Héctor desde la época de *Vea y Lea* le comentó que habían leído la historieta, que les había llamado la atención la calidad y que tenían la idea de hacer una serie sobre personajes norteamericanos para distribuir en América Latina. Comenzarían por Kennedy. Le propuso instalarse un año en

Estados Unidos para poder documentarse y recorrer los lugares en los que había vivido el presidente norteamericano.

Nada de eso sucedió. A los autores les dijeron que la editorial había sido allanada y la edición secuestrada por el gobierno militar. Tampoco fue así. No obstante, era una versión verosímil en tiempos de Onganía. A ese mito se le sumaría otro relato, escuchado por Enrique Breccia: que en el comedor de la casa del ministro del Interior del gobierno de facto de Ongañía, Guillermo Borda, estaba enmarcado el cuadro final de la historieta. Ese en el que el Che le ordena a su asesino que lo mate.

Carlos Pérez sería víctima de otra dictadura mucho más feroz que la de Onganía. En mayo de 1976 una patota lo secuestró en su departamento de Capital por sus vinculaciones con el ERP. Lo habrían fusilado en Campo de Mayo.

Otra era la vivencia de las chicas en relación a esta historieta. Las cuatro estaban un poco enamoradas del Che, incluso Marina que a sus 11 años se sintió desolada con la noticia de su muerte. Diana directamente estaba obsesionada con su figura y se sentía orgullosa por compartir los mismos gustos literarios: sabía que como ella, el Che adoraba a Cervantes —piedra basal en la casa Oesterheld—, Emilio Salgari, Julio Verne y Alejandro Dumas. Ahora creía que esta historieta había llegado para calmar el dolor de su muerte. Compenetrada con el texto, analizaba junto a su padre el uso de la tercera persona al inicio y la primera después, como recursos creativos que permitían introducir al lector en la piel de Guevara, yendo de la razón al sentimiento, del dicho a la acción en pos del bienestar general y el Hombre Nuevo. Ideas que apenas unos años después abrazarían con fuerza. En marzo de 1975, cuando estaba por irse de su casa para dedicarse de lleno a la militancia, al ser

entrevistado por Carlos Trillo y Guillermo Sacomanno, Héctor definió al Che como uno de sus intelectuales de cabecera y al *Diario del Che en Bolivia* como una pieza única. El guerrillero encarnaba en definitiva el modelo exacto de sus héroes, un hombre común al que las circunstancias ponen a prueba y, en su reacción, se revela para los demás y sobre todo para sí mismo como un ser extraordinario.

17

Para *El Eternauta* había dos dibujantes, que eran los mejores de ese momento, y Héctor estaba muy indeciso, le costaba mucho, tenía charlas eternas. Eran Breccia y Solano López. A mí Breccia siempre me pareció muy difícil. Pero Héctor estaba fascinado con él, que es un grandísimo dibujante para quien entiende de dibujo. Un día me dice, me tiene loco a quién poner, está este muchacho Solano López que es muy bueno pero muy joven. Ese día estaba parado al lado mío con las dos muestras en cada mano. No sé qué hacer, unos me dicen que Breccia no va a tener éxito, y que Solano sí, pero no sé. Y yo le digo, no tenés mucho qué pensar, ¿qué van a hacer, un libro de arte carísimo o una revista? Los dibujos de Breccia no van a comprarlos los chicos que vienen todos los días a pedir revistas, yo no lo compraría. Y me dijo, me convenciste.

A mí a veces me preguntaba. Yo no era una persona que le incitaba ideas, pero lo que me parecía se lo comentaba. Me gustaba mucho la pintura y el arte y había leído a los rusos y a los franceses y él me decía, ¿dónde leíste tanto? ¿Cuándo? Yo viví leyendo porque mamá tenía locura por la literatura y me lo pasaba a mí. Creo que la decisión de *El Eternauta* fue una buena decisión. Me

acuerdo de que Solano, tan jovencito, venía a casa a dibujar. Lo hacía en el escritorio de mi marido, que todavía tenía escritorio, hasta que nació Marina. La más chica mía nació justo cuando Frontera arrancaba y todos querían trabajar con mi marido. Todos estaban fascinados con él, hasta Borges. Héctor lo visitaba a Borges en la Biblioteca Nacional, cuando era el director. Héctor era fanático de él y a Borges le encantaba la ciencia ficción. No sé si habrá leído *El Eternauta* pero Héctor le contaba la historia y le decía que iba a ser una novela de ciencia ficción, y a Borges le encantaba que la ciencia ficción sucediera en Buenos Aires. Lamentablemente *El Eternauta* empezó saliendo en una revistita que costaba unos pocos centavos. A Héctor no le convencía eso pero había que ganar algo para poder vivir, yo le proponía que se fuera a Estados Unidos, porque ahí te daban una cantidad de dinero anticipada para poder vivir mientras escribía. El negocio acá era terrible, pero él insistía con hacer cosas acá y por eso abrió Frontera.

18

Héctor empezó una nueva entrega de las tres páginas de *El Eternauta* que se publicaban en *Hora Cero Semanal*. En uno de los cuadros dibujados por Solano, aparecía una pintada: “Vote Frondizi”. En enero de 1958 era eso lo que se leía en las paredes de Buenos Aires. A Héctor, además, algo le interesaba de aquel candidato a presidente que había escrito el libro *Petróleo y política* y que proponía un modelo desarrollista con especial atención en el autoabastecimiento energético. Ese mismo mes, el apoderado del Partido Justicialista, John William Cooke, y el representante de

Frondizi e ideólogo de su plan económico, Rogelio Frigerio, llegaban a un acuerdo secreto en Venezuela por el cual el peronismo apoyaría al candidato radical.

Delante de la pintada de Frondizi, Solano también había dibujado un tanque y una fila de soldados. Eran Juan Salvo, el Eternauta, y su ejército irregular; se dirigían por Libertador hacia un nuevo enfrentamiento en el estadio de River. “Seguimos avanzando por la avenida. Atrás quedó la rotonda de la General Paz. Con las señales del reciente combate quedaron las Escuelas Raggio, la Escuela de Mecánica de la Armada”.

Si las referencias a contextos locales, espacios reconocibles y personajes de fácil identificación empezaban a ser una de las marcas registradas de Oesterheld como guionista, *El Eternauta* se iba a convertir en la historia que guardaría, a partir de ese momento y hasta el final, sus huellas autobiográficas. En su versión original, con los detalles de contexto y geográficos; en su reversión de 1969, con intervenciones ideológicas que anticipaban su cambio de pensamiento. Y en su secuela de 1975, directamente con él como protagonista.

Esta característica estaba en su génesis, cuando ante la idea de crear una nueva historieta de ciencia ficción para su flamante editorial —ya había hecho *Rolo, el marciano adoptivo*, en la que un cielo porteño se llenaba de platos voladores— se puso a pensar en su barrio, su chalet, su familia. ¿Qué pasaría si nos quedáramos aislados en nuestra casa, rodeados de muerte y amenazados por un enemigo desconocido e inalcanzable, como unos Robinson Crusoe del suburbio?, se preguntó. Lo que para muchos luego generaría una lectura premonitoria, en ese momento para Héctor fue un disparador personal para ir en busca de la aventura. Así nacían

muchas de sus historias y así nacieron Juan Salvo y sus compañeros. Un grupo de hombres comunes que de pronto se encuentran actuando de manera extraordinaria para sobrevivir a una invasión extraterrestre. Y lo que empezó siendo una historia de setenta cuadros, se convirtió en la historieta insignia de Frontera. Era el mejor momento de la editorial y él sentía que estaba haciendo algo grande. Pensaba que quizá, hasta podía llegar a convertir a *El Eternauta* en esa novela consagratoria que tanto esperaban de él y que le daría orgullo a su familia.

19

Cuando Claudita tocó la puerta, Beatriz y Marina conversaban sentadas en el sillón del living. Esa tarde de febrero de 1968 hacía un mes que Héctor se había ido a Chile en un nuevo intento por remontar económicamente. Y, como en otras ocasiones, el viaje que sólo iba a ser de unos días, empezaba a estirarse. Claudita era Claudia Rojas, de quien las dos más chicas se habían hecho amigas hacía unos días. Ella había quedado encantada con los discos que las vecinas le habían hecho escuchar, especialmente uno de Herman's Hermits —el grupo pop de Manchester con flequillo a lo Beatle que formaba parte de la llamada "invasión británica"— que una amiga de Elsa había traído de regalo de los Estados Unidos. Ni bien entró fue directo al combinado, hizo girar el vinilo y las tres se pusieron a bailar. Estela y Diana, que estaban en el jardín, se acercaron a mirar por la ventana. Se quedaron ahí, espiándolas. La escena era tranquilizadora. Las hermanas solían estar muy atentas a lo que hacía Marina. Acababa de cumplir 11 años, era la menor de

la casa y la más introvertida. Ni siquiera compartía tiempo con sus compañeras de colegio. En verdad, nunca lo haría; un poco por timidez, otro porque nada se comparaba con los vínculos que le ofrecía su familia, su casa. Incluso en los recreos solía colgarse del cuello de Diana o Beatriz, lejos de las chicas de su curso. Las hermanas compartían esa devoción fraternal pero temían que la creciente distancia entre Héctor y Elsa pudiera afectarla, e ideaban infructuosas estrategias para que se relacionara con otros chicos de su edad. Uno de sus objetivos era su primo Martín, el hijo menor de Jorge, que solía visitarlos con su familia los domingos a la tarde. Ni bien llegaban, les ordenaban: Martín, Marina, salgan a jugar. Entonces ambos tomaban una bicicleta y daban vueltas por el barrio, pero al cabo de un rato volvían sin haber cruzado una palabra. En ese tiempo, Marina usaba siempre una remera que tenía dibujada una casa, un sol, una flor, una niña que manejaba un auto y una leyenda que decía “Marina, la petiza más amorosa”. Estela se la había pintado para su cumpleaños.

20

Las chicas fueron todas de absoluta vocación artística. En casa los libros, la cultura, el arte, los cuadros, los dibujos eran un alimento cotidiano. No sólo venían dibujantes ahora muy reconocidos, sino que se establecían conversaciones donde cada uno aportaba, y se discutían temas que estaban basados en todo lo que ellos habían leído y aprendido en sus viajes. A Estela le encantaba dibujar. Era muy precoz, habló y caminó muy rápido. Desde los dos años, cuando el padre estaba sentado en el

escritorio, ella le pedía dibujitos, y él nunca le negaba nada a una criatura que iba y lo interrumpía. Así que él le hacía unos cuantos dibujitos y después la sentaba en el escritorio con unos almohadones y le daba unos lápices y ella garabateaba. Pero a los tres o cuatro ya hacía dibujitos sola. Le gustaba dibujar ojos, tenía pasión con los ojos. El padre estaba fascinado. Ella se sentaba en cualquier lado a pintar y nos los mostraba a todos. Alberto Breccia me dijo que la mandara a Urruchúa, un maestro muy mayor con alumnos consagrados, y yo la llevé a la chiquilina de 15 años. Él siempre les daba vegetales para dibujar, era un fenómeno el viejo, y para él era una novedad tener una alumna de 15 años entre tantos tipos grandes. A ellos no les gustaba dibujar lechugas, rabanitos, zanahorias. Una noche agarró el trabajo de cada uno y decía: esto lo hiciste de mal humor, esto lo hiciste contento, y cuando vio el de ella, lo miró y ella temblaba por miedo a que la cargara, la mira y me mira a mí: esta chica ahora mismo la lleva al cine o al teatro a donde ella quiera, porque ha hecho un colorido maravilloso. Y ahí ella se quedó tranquila. Era un estudio por San Telmo. Yo la llevaba y me quedaba ahí hasta que terminara para que no volviera sola de noche. Estelita ahí ya iba al Nacional San Isidro y la juventud empezaba a volcarse a las carreras humanistas, yo era de la Comisión de Cultura de la escuela y me acuerdo de que los profesores me decían que ya nadie seguía carreras exactas, que todo era humanístico, y ahí empieza la transformación. Entonces ya cuando Estelita ingresa a la facultad, a Filosofía y Letras, empezamos a darnos cuenta del cambio brutal que se había establecido en una juventud universitaria.

21

Para principios de 1971, los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA habían implementado una nueva manera de organización frente a la intervención de la dictadura: los Cuerpos de Delegados, que emulaban el modelo de la organización sindical de las fábricas y descentralizaban el poder. Una estructura que, de algún modo, también reproducía la organización celular de los grupos armados y, en medio de una universidad vigilada, les permitía convocar a asambleas multitudinarias sin repartir un solo volante.

A la pregunta inicial de quién debía decidir dentro de la facultad, le siguieron consignas más radicales como el cambio de los programas de las materias y la impugnación de algunos profesores, acusados de colaborar con el gobierno de facto. En casi todos los casos, las reivindicaciones estaban motorizadas por los militantes independientes que no querían ser absorbidos por los aparatos existentes en la universidad. En esa transición entre las viejas identidades reformistas y las corrientes de la nueva izquierda, las facultades estaban llenas de siglas de grupos que se orientaban en el nuevo escenario de la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana y la Revolución Cultural China. Las antiguas estructuras de los partidos de la izquierda tradicional —el Partido Socialista y el Partido Comunista— se habían quebrado y los jóvenes de esas agrupaciones habían formado las nuevas corrientes críticas maoístas, trotskystas o leninistas. Entre todas ellas, los independientes comenzaban a orientarse hacia la comprensión del fenómeno peronista, que asomaba de un modo minoritario a través del FEN, Federación de Estudiantes Nacionales. En pocos meses,

la Juventud Universitaria Peronista se transformaría en la organización más importante de la facultad.

Fue un año de reuniones permanentes, tomas y posteriores desalojos, cierres temporarios de la facultad, policías dentro del edificio, marchas y actos relámpago con barricadas y molotovs en donde un joven Néstor Perlongher estaba a cargo de la autodefensa. También fueron días de reafirmar una definición que trascendía el universo estudiantil: el apoyo de las mayorías a la lucha armada. Gran parte de la generación que había crecido con el peronismo proscripto, fantaseaba con integrarse a algún grupo político militar como único medio para enfrentar de un modo genuino a la dictadura. Los partidos políticos, excepto el peronismo, habían sido funcionales a ella en casi todos los casos.

El secuestro de Luis Pujals el 17 de septiembre de 1971, máxima figura del ERP junto a Mario Santucho, reforzó esta postura, al punto de que en las asambleas de Filosofía y Letras se discutía cómo debía ser la revolución en la Argentina. El enfrentamiento era en términos de insurrección versus guerra popular prolongada, la misma disputa teórica que se había generado al interior de las agrupaciones armadas. FAUDI (Frente Antiimperialista Universitario de Izquierda, brazo estudiantil del PCR), la Tupac (Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combativa, de Vanguardia Comunista), y la TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista, vinculada con Poder Obrero) decían que el camino era generar más Cordobazos para que las masas tomaran el poder canalizadas por una vanguardia y abogaban por la tesis insurreccionista. El resto del arco de izquierda, incluidos los grupos cristianos, apoyaban la teoría prolongadista, que postulaba la

creación de un ejército del pueblo apoyado por la clase obrera que librara una guerra total.

En el medio, los PRT La Verdad —fracción que se declaraba en contra de la lucha armada— chicaneaban a los independientes.

—Ustedes parece que al final nunca toman una posición definida y hacen todo esto sólo para propiciar acciones violentas.

Fue en ese momento que Oscar Reyes, el máximo referente de los independientes y a quien le decían el Argelino por su parecido con uno de los protagonistas del film *La batalla de Argel*, concluyó: "La vía para la toma del poder es sin dudas la guerra popular prolongada". Estallaron los aplausos. La asamblea decidió votar. El noventa por ciento apoyó su moción.

Para fin de año, Montoneros establecía la necesidad de una guerra total, nacional y prolongada a través de un documento interno.

Por esos días, Estela todavía formaba parte de cierta masa estudiantil que no podía estar ajena a la agitación, pero que acompañaba de un modo inorgánico. Y si bien venía de una escuela pública en la que ya se empezaban a vislumbrar los cambios sociales, hasta 1969 las inquietudes y transgresiones de los alumnos del Nacional San Isidro habían pasado más por las expresiones artísticas y culturales que por la política.

De ahí que cuando Estela entró, tras su paso por el Northlands, no tardó en integrarse a un pequeño grupo al que lo deslumbraba el arte en todas sus formas. Eran Alfredo Prior, Daniel Iglesias, Ana María del Carmen Granada y Graciela Pini. Entre el pop, el hippismo y el Mayo Francés, se reunían en el chalet de Beccar en donde pintaban y escribían poemas colectivos. Además, editaban una revista literaria, iban a galerías de arte o al teatro. En 1969 fueron a

ver una obra del Clan Stível, que hacía furor con el unitario *Cosa Juzgada*.

Graciela Pini a veces se sentía un poco inhibida dentro del grupo: ella no pintaba, y apenas se animaba a esbozar algunos versos. Estela la integraba y también la invitaba a los té cena de los domingos que organizaba Elsa y a los que seguían yendo algunos vecinos con pretensiones románticas no correspondidas, como Pepo Rojas Silveyra. Héctor lo iba a retratar en la historieta *Dos entre la Gente*, que se publicó en revista *Gente* durante 1970, como el personaje de Pepo Salas, el polista exitoso, adinerado y candidato ideal al que la protagonista, hija de una familia de clase acomodada de Belgrano, rechaza para quedarse con Marcos, un estudiante de geología que ante una oferta de trabajo en Texas prefiere quedarse en la Argentina porque, dice, es un país en el que todavía hay mucho por hacer. Este pasado de geólogo que tantas veces se cruzaba en las historietas de Héctor, también era un punto en común para Graciela y Estela. Sus padres habían sido compañeros del laboratorio del Banco de Crédito Industrial, pero recién lo supieron una tarde que Héctor le preguntó a Graciela por su apellido y si era hija de Silvio. Su padre, químico, había muerto pocos meses antes y Héctor tenía un recuerdo especialmente cariñoso de él: era su compañero de bromas. Les gustaba, por ejemplo, impresionar a otro colega que tenía aprehensión por la sangre, simulando peleas que terminaban con manchones de salsa de tomate por todos lados. Eran dos hombres con más de treinta años que compartían el espíritu lúdico, bastante naif, en un ambiente que pretendía ser ascético. Mucho después, Graciela se preguntaría si Favalli, el científico sabio de *El Eternauta*, no estaría inspirado en su propio padre. El parecido físico con el dibujo era

llamativo —corpulento, morocho, con bigote y anteojos— y también la capacidad para resolver cuestiones con inteligencia práctica.

La despedida de quinto año fue la célebre vuelta olímpica que terminaba con todos los alumnos del San Isidro subidos al tren rumbo a Retiro cantando a los gritos “Vea, vea, vea, no sea animal, y sáquese el sombrero cuando pasa el Nacional”. Detrás de aquella consigna entre cándida y prepotente, ya había empezado a latir, en algunos, la marca de los levantamientos de las ciudades del interior durante aquel 1969 que tuvo su correlato en el colegio. Al día siguiente del Correntinazo, el 15 de mayo, la abanderada decidió dejar la bandera a media asta en homenaje a Juan José Cabral, el estudiante asesinado por la policía durante una manifestación de jóvenes de la Universidad del Nordeste que protestaban por el aumento del comedor universitario. Ese hecho iba a ser, para muchos alumnos del Nacional San Isidro, parte de la prehistoria de su militancia.

Si bien ahora la facultad a Estela la ponía en contacto con las nuevas definiciones políticas de la época, el arte seguía ocupando un espacio importante en su vida. Como en un juego de historias paralelas, la misma cercanía que tenía con Nicky en Filosofía y Letras, la tenía con Ernesto Melo en sus clases en Estímulo de Bellas Artes. Él también estaba enamorado de ella y no se animaba a decírselo. A los dos les atraían particularmente los talleres de Jorge Santa María, escultor y militante del PC, que los empujaba a salirse de los moldes, a experimentar con nuevos materiales. A veces ensayaban cadáveres exquisitos: Estela empezaba con una figura para que Ernesto la siguiera después. Así, mientras ella tomaba pedacitos de pastel con sus dedos finos, él trataba de registrar cada uno de sus movimientos.

—A veces percibo que tengo como unas cuerdas doradas que salen hacia el dibujo, hacia el papel —le dijo ella mientras bocetaba algo.

—¿Cuerdas?

—Sí, veo cuerdas doradas que vibran cuando estoy dibujando. No sé cómo explicarlo.

Después de esa escena, Ernesto sintió que finalmente habían llegado a un grado importante de intimidad, especialmente porque ella le contó que su madre no la entendía, que se había generado demasiada distancia entre ellas y que era algo que la angustiaba.

A los pocos días participaron de una muestra que había organizado la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos en contra de la censura. Ernesto presentó un dibujo un poco elemental de un pintor al que le cortaban las alas. Estela prefirió algo abstracto, con muchos colores. El día de la vernissage, caminaron juntos desde Estímulo hasta la Galería. Eran unas pocas cuadras por el centro porteño. Estela estaba especialmente alegre, y le dijo que quería que conociera a alguien. Ernesto rogó que no fuera un novio.

—Te presento a mi papá.

Héctor sonrió, lo saludó con un cómo estás, pibe y después pasó el brazo por la cintura de su hija.

Ernesto no sabía quién era. Tiempo después, sería alumno de Alberto Breccia, ilustrador de cómics, y posaría como Mort Cinder para una de las últimas versiones de este personaje.

Para fin de año, los dos decidieron hacer el ingreso a la Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano. Estela dejó Filosofía y Letras. Ernesto, Arquitectura. Ese mismo mes, diciembre de 1971, un decreto le quitó el primer premio del II Certamen de Investigaciones Visuales a “Celda”, una obra de Gabriela Bocchi y Jorge Santa

María —aquel profesor de Estímulo que los empujaba a experimentar— en la que recreaban un calabozo con un espejo, donde el espectador se veía junto a los nombres de los 273 presos políticos del gobierno de Lanusse. Entre ellos figuraban Mario Roberto Santucho y los líderes sindicales Raimundo Ongaro y Agustín Tosco.

Ernesto abandonó el curso de ingreso a Bellas Artes antes de dar los exámenes y no supo nada más de Estela, hasta que a mediados del año siguiente, una amiga en común le comentó que su amor imposible se había puesto de novia con alguien a quien le decían “el Vasco”.

22

Al principio pensaba que el Vasco me veía como una señora paqueta, pero con el tiempo me demostró lo contrario: nos quedábamos hasta cualquier hora charlando. Y Estelita estaba cansada y me decía yo me voy a dormir al sillón, charlen todo lo que quieran. Y yo me quedaba asombrada porque charlábamos de tango, por ejemplo. No sé si él sabía mucho de música pero era un tipo con cultura, se nota que se había formado. Tuve una relación excelente con el Vasco, mucho mejor de lo que nadie supuso. Él me vio como una mujer común pero que además tenía gustos culturales, y eso él lo respetaba. Ideológicamente estábamos en las antípodas y, sin embargo, creo que nadie de la familia conversó tanto como él conmigo. Y eso que era un fanático peronista y un convencido de que había que cambiar las cosas fuera por los medios que fuera, y yo no. Nunca jamás aflojé en mis convicciones.

Pero con él era especial, no sé por qué tenía esa necesidad de hablar conmigo.

23

Se los podía ver desde la calle, a través de la ventana del Bar Norte, sobre Avenida del Libertador. El Vasco hablaba, pero como si lo estuviera haciendo en voz baja. Con el cuerpo algo volcado sobre la mesa, se iba acercando cada vez más a Estela, que tenía los labios pintados de rojo —siempre se los pintaba— y se reía. Era imposible no reírse cuando el Vasco hablaba. Era ingenioso y le gustaba jugar con las palabras, especialmente si era para conquistar a la chica que todos querían tener.

Marcos entró en el bar y quiso sentarse en la misma mesa con intenciones parecidas a las de su compañero. Pero cuando intentó correr una de las sillas para unirse, la silla no se movió. Lo intentó de nuevo, y tampoco. Parecía pegada al suelo. Tan pegada como la mano del que la sostenía. Resignado, se sentó en otra de las tantas mesas ocupadas por los alumnos de la Belgrano, que solían hacer más bar que aula. Pensó: qué rápido que es este hijo de puta del Vasco. Y pidió una ginebra.

Faltaba un año, aún, para esta escena, que sucedería en 1972.

La Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano era una institución histórica. Había sido fundada por el propio creador de la bandera, y por sus aulas pasarían celebridades como Leopoldo Presas, César

Pelli, Pérez Esquivel y Julio Le Parc. Hacia principios de los setenta, era un muestrario de lo que pasaba en Buenos Aires. Por los pasillos de la casa señorial estilo francés ubicada en Cerrito y Arenales —con lámparas opalinas, mosaicos de arabescos, paredes con boiserie y salones con butacas forradas en terciopelo rojo— se cruzaban incipientes militantes políticos que cada dos pasos convocaban a una asamblea; hippies de pelo largo y camisas batik con la sonrisa de Timothy Leary; señoras que se habían aburrido de ser amas de casa y encontraban la liberación en la escultura, y adolescentes educados en escuelas conservadoras que se deslumbraban con el sexo libre y las canciones de Almendra.

El Vasco siempre estaba donde sucedían las cosas. En una fiesta o en una marcha. Junto con Carlos Mayor, Eduardo Rotundo, Roberto Tessi y Marcos Cesarsky, en la escuela eran conocidos como “los grandes” porque todos eran mayores de edad y a la Belgra no se podía entrar con 15. Formaban una suerte de vanguardia inorgánica que, mientras relojeaban a las alumnas nuevas, trasladaban las discusiones políticas de pasillo a las mesas del Bar Norte, y de ahí a las asambleas en la escuela. Como en Filosofía y Letras, para los primeros meses de 1971 habían organizado un cuerpo de delegados. Una de las primeras reivindicaciones mezclaba el feminismo y la conquista militante: lograron que las mujeres se libraran de la pollera hasta la rodilla a la que las obligaba el reglamento de la escuela y pudieran lucirse con jeans ajustados, un derecho adquirido, como la píldora.

A esa altura, las organizaciones armadas ya habían entrado en es cena y ocupaban los titulares de los diarios, pero si al Vasco y su grupito les preguntaban a qué respondían ideológicamente, no coincidían. Eran básicamente de izquierda y se entusiasmaban con

películas como *La China se avecina*, el film ensayo de Marcos Bellocchio sobre la expansión del maoísmo y *Las fresas de la amargura*, que mostraba las revueltas estudiantiles en las universidades de Estados Unidos. Lo demás era una marea de simpatías y vínculos inorgánicos que cruzaban de facultad en facultad, de cama en cama. El Vasco era el más esquivo a las definiciones: a los 23 años había leído toda la literatura marxista obligada de la época y podía argumentar cualquier pensamiento desde lo teórico, pero lo que lo entusiasmaba era ir a la trinchera. Era la pulsión del artista llevada al frente de combate. Usaba palabras como embute, sabía armar una molotov y no dudaba en tirarla contra un Ford Falcon para evitar que detuvieran a sus compañeros, como lo hizo durante una manifestación en Córdoba y Callao a la que habían convocado las diferentes facultades en lucha. ¿De dónde sacó ese bombazo? ¿Dónde lo armó? Sus compañeros percibían que su formación estaba cruzada por algo más que la militancia en la escuela.

Además de fama de agitadores políticos, los estudiantes mayores también se habían ganado el título de conquistadores seriales. El Vasco —flaco, no muy alto, de ojos negros, aindiados y ya portador del bigotón marca registrada del militante— era atractivo. Pero, sobre todo, era el más rápido y entrador. Una noche podían terminar a los revolcones en una de las tantas fiestas que se armaban en algún taller, en el bar La Rábida leyendo los ensayos de Rossana Rossanda sobre la revolución Cultural China, o en el Bárbaro, aquel clásico reducto de artistas plásticos del bajo porteño en el que, como groupies, se mezclaban con las estrellas del momento —Felipe Noé, Jorge de la Vega, Rómulo Macció y Federico Peralta Ramos— con la fantasía de ser, en algún futuro, uno de ellos.

El resto del tiempo, deambulaban por la avenida Corrientes. Paraban en la Giralda, en el Bar Ramos, leían el diario gratis, iban al cine, a galerías de arte, se encontraban con compañeros que hacían exactamente lo mismo que ellos. Y cuando estaban con mucho hambre, caminaban hasta La Herradura, un restaurante sobre la calle Libertad que ofrecía un menú de hígado con cebolla a la mitad de lo que costaba un plato en cualquier otro lado.

Suerte de nómade, nadie sabía bien de dónde venía ni dónde vivía. A veces se quedaba a dormir en el taller que Tessi tenía en el Conventillo de las Artes, un edificio frente a Tribunales en el que se alquilaban atelieres de tres por tres con un baño por piso. Duran te un tiempo también vivió con Graciela Sanz, otra de las más activas de la escuela y presidenta del centro de estudiantes por la JUP en 1972. El Vasco le subalquilaba la parte de arriba de su taller, que no era otra cosa que un cuartito debajo de la cúpula de un edificio estilo francés sobre la avenida que en ese entonces se llamaba Canning. El taller de la cúpula sería famoso por sus múltiples funciones: desde centro de inspiración y creación artística hasta sede fundacional de la JP de Bellas Artes, pasando por locación para fiestas que duraban hasta el día siguiente.

En esos años se convirtió en su amigo protector el escultor Alberto Heredia, a quien conoció a través de Marcos Cesarsky. Un artista inclasificable, genial, que construía esculturas con objetos desechables; que había despabilado a los críticos con su obra *Las Tres Gracias* —confeccionada con cajas de queso Camembert y huesitos de pollo—; que en una reunión despertaba tanta atracción como rechazo por sus modos extremos, entre la elegancia dandy, el humor siniestro y la irascibilidad etílica; que camuflaba su homosexualidad con historias de novias inverosímiles y que

después de su estadía en España, Francia y Holanda durante los sesenta, había vuelto fascinado con la idea de sentirse un europeo en Buenos Aires.

Hasta que apareció Marcos —su primer y único alumno— y con él, sus amigos de Bellas Artes que no podían dejar de leer en clave política el modo que tenía Heredia de traducir la realidad en arte. El día que el Vasco entró en su monoambiente de la calle Paraná, atiborrado de objetos inservibles, obras de arte y esculturas, el magnetismo entre él y Heredia fue casi inmediato. Había algo en la naturaleza autodesclasada de ambos que los atraía. Y quizá Heredia se había enamorado del Vasco a primera vista. Hasta el día de su muerte, en abril de 2000, dormiría con cuatro cuadros pintados por el Vasco colgados sobre el respaldo de la cama.

Heredia decía que a él no le interesaba el arte por el arte, sino para expresar la vida a través de él. Pero recién a partir del contacto con este grupo de jóvenes empezó a intervenir en la coyuntura específica de la Argentina de principios de los setenta, que lo llevó a participar en el Contrasalón de 1972, una muestra paralela al Salón Nacional de Bellas Artes en repudio a la censura que se ejercía sobre los artistas.

Mientras tanto, el Vasco sobrevivía con algunos trabajos temporales. A veces lo llamaba su primo, Rodolfo Mórtola, quien trabajaba como asistente de dirección de Leopoldo Torre Nilsson, para ofrecerle tareas de producción. Durante unos meses también fue ayudante de Antonio Berni, que solía contratar alumnos de Bellas Artes para sus proyectos. Otro de los empleos temporales y nunca demasiado bien pagos que conseguían los alumnos de la Belgrano era en el Teatro Colón: los tomaban por unos meses para hacer las escenografías de las óperas y ballets. Fue ahí donde

Jorge Pietra, también alumno de la Belgrano, se lo encontró al Vasco. Faltaba una hora para que Rudolf Nuréyev saliera a escena con su versión de *Cascanueces* y, mientras todo el mundo corría afiebrado detrás de bambalinas, el Vasco los miraba desde una escalera, vestido con ropa de fajina y un cinturón del que colgaban un martillo, una sierra y cables, como armas de un cowboy proletario.

—¿Qué hacés, Vasco?

—Les miro el culo a las bailarinas.

—¿Y por qué estás disfrazado así?

—Soy maquinista, estoy en la pesada.

Dijo y largó una carcajada. Los maquinistas eran los que se encargaban de manejar los telones.

24

En 1971 Diana escribió su ópera prima teatral. El tema que abordó fue la opresión. En la puesta en escena, a fines de ese año en una sala de la Casa de Cultura de San Isidro, los acomodadores recibían al público personificados como carceleros. El piso hacía de escenario, rodeado de gradas dispuestas en forma de círculo. La idea era que las actuaciones se vieran desde arriba para generar presión e incomodidad en el espectador. Diana interpretaba a la hija de una madre déspota; su amiga Corina Bisignani era esa madre. Algunas escenas las actuaban acostadas, simulando una pantalla plana para el auditorio. La estética de la obra era el fiel reflejo de la época en la que la búsqueda de nuevos lenguajes atravesaba a la mayoría de las manifestaciones artísticas. En esa línea de

exploración se movían Jorge Petraglia, Roberto Villanueva y el resto del staff docente que eligió ese texto —inscripto dentro del teatro del absurdo— para su acto de graduación del seminario de teatro, solventado por la Municipalidad de San Isidro. Como un ejercicio académico, los alumnos debían escribir una obra y Diana había superado las expectativas de sus maestros.

Había llegado a ese espacio en 1969. Tenía 15 años y buscaba exactamente lo que encontró: aprender a canalizar su creatividad y afinar su modo de expresión, tan distante de la encantadora delicadeza de sus hermanas. Arrebatada como era, los demás podían creer que era capaz de pasar por sobre las cosas como si no le dejaran huellas. Aún pesaba en su recuerdo el día que una compañera del Cardenal Spínola le preguntó si era capaz de sentir. Con extrañeza, sólo atinó a decirle que sí, aunque sintió pena de sí misma ante la imposibilidad de demostrarlo. Durante un tiempo, la sobrevoló el fantasma sobre su estilo. ¿Cómo no podían percibirla sensible, si lloraba al ver las estrellas o sufría las noches de lluvia? Atormentada, se lo confesó a Peri en una carta. “¿Sería tan insoportablemente flemática, tipa pensadora, que una ‘compañera’ no haya visto mi emotividad?” De chica, no había vez que no hiciera una escena al ver a una mujer pedir limosna con su bebé en brazos. Intentaba convencer a Elsa de que llevaran al niño a su casa para alimentarlo. La situación terminaba con berrinches que se repetían con cada pequeño que se cruzaba en la calle. Un mediodía llegó desconsolada a la casa de Beccar y Héctor se pasó la tarde explicándole acerca de la tristeza que sentirían la madre y el hijo al separarse, de lo complicado que sería criarlo y de la ilegalidad de la situación. Diana, que tenía 12 años, entendió las razones y abandonó los ataques de llanto, pero nunca dejó de enojarse. El

enojo también solía ser el registro de comunicación que tenía con Elsa, que se agudizó con el tiempo.

Durante su adolescencia era común que la madre le insistiera para que se peinara, se maquillara un poco o incluyera otro color que no fuera el celeste en la paleta de tonalidades de su ropa. Diana adoraba el celeste, decía que le provocaba la misma paz que le generaba mirar el cielo. Cada nueva sugerencia de Elsa era para Diana una nimiedad y, como ambas coincidían en su imposibilidad de callar lo que pensaban, las discusiones eran constantes. Elsa acostumbraba a decirle que confrontaban porque sus temperamentos eran similares; Diana ubicaba a su madre en el grupo de personas a las que el tiempo no modificaría y eso la entristecía. Le generaba una angustia tediosa, como la que vio reflejada por primera vez en *Esperando a Godot*, con puesta de Jorge Petraglia. Era 1971, fueron a verla con su amiga Peri al Centro Cultural San Martín y salieron impresionadas. A Diana le apasionaba el teatro. En ese espacio y durante esas clases, además de un modo de expresión, encontró el amor.

25

Una tarde de invierno de 1971, Diana irrumpió en la casa con su habitual vehemencia. Subió corriendo las escaleras seguida por un flaco de pelo largo, bigotes y cara de bueno que se paró cerca del combinado de música. Minutos después, bajaba con Marina del brazo, casi arrastrándola.

—Iña Iña, acá está, te presento a mi novio Rudy. Mirá qué lindo que es, Iña ñañaa.

Marina tenía 14 años. Estela la mimaba, Beatriz hacía de confidente y Diana era su cómplice. A las dos les encantaba escribir y conversaban durante horas sobre libros y autores; también jugaban. Les gustaba hablar deformando las palabras. Esa tarde, Marina supo que estaba frente al inventor de aquel juego que su hermana había introducido en la casa. Se llamaba Rodolfo Bourdieu y enseguida la iba a adoptar como a una protegida de la pareja. Y en ese esquema de complicidad, su apodo sería Iña.

Al verlo, Marina sonrió. Al instante estaban los tres hablando en su idioma inventado.

—Oña Iña, cómo che va?

—Bieñ, Ruñi, bieñ.

No era fácil imaginarla a Diana en pareja. Nunca hablaba de su intimidad, excepto por algo que compartía con Elsa: su adoración por los niños y su intenso deseo de ser madre. Pero, al igual que ella, temía no poder quedar embarazada. Entre sus amigas, sin embargo, percibían que no estaba muy interesada en los varones. Hasta podían considerarla algo andrógina para los cánones de ese entonces. Diana solía salir en defensa de la homosexualidad, como lo hacía de cualquier causa en minoría. Por eso sorprendió cuando apareció junto a Rudy.

—Me gusta. Es amoroso y me hace reír. También escribe.

Le confesó a Peri, y le mostró un poema escrito por él. Aludía a un hijo, al amor, a juguetes y al futuro.

Rudy era de una familia de San Isidro. Su papá, también Rodolfo, integraba la gerencia de Bourdieu Battaglia, la empresa familiar encargada de chequear la calidad de los granos de exportación. Ese puesto en la compañía le había permitido vivir bien junto a su esposa y poder educar a sus hijos Beatriz y Rudy en colegios

reconocidos. Pero quien comandaba el hogar era su mujer, Fanny Albertina Noceti de Bourdieu, una ama de casa sobreprotectora que tenía como prioridades formar a sus hijos como universitarios y católicos ejemplares. Ella dispuso que Rudy cursara el primario en el Colegio Labardén y el secundario en el tradicional San Juan el Precursor. También presionó para que se incorporara a los grupos juveniles de la Catedral de San Isidro.

—Hijo queriiiido, me voy con mis amigas a tomar el té a Harrods.

Rudy imitaba a su madre con voz de falsete, exagerando los modales de señora bien. Era su manera de describirla y uno de sus personajes preferidos en su repertorio de imitaciones. El vínculo entre ambos era conflictivo. Fanny ponía especial atención en su hijo: lo obligaba a jugar al rugby y soñaba con que fuera abogado aunque él quería actuar y escribir. De todos modos se inscribió en Derecho en la UBA. En la facultad se aburría terriblemente y después de unos cuantos años de cursada, empezó a trabajar en una metalúrgica y abandonó la carrera. También se anotó en el seminario de teatro de San Isidro, donde conoció a Diana. Tenía 23 años.

Diana, en cambio, sólo hacía lo que quería con total entrega. A fines de 1970 había empezado a escuchar el disco *Vinicius de Moraes en La Fusa con María Creuza y Toquinho*, al que hizo sonar durante meses. Desde entonces, cada vez que empezaba o terminaba de hacer algo que le gustaba, canturreaba: “E a coisa mais divina / Que há no mundo / É viver cada segundo / Como nunca mais”.

Y entre las cosas más bonitas de ese tiempo estaba Rudy. Era ocho años más grande, pero con la ternura suficiente como para acortar esa distancia y contenerla. Ni bien la conoció supo que con

su desparpajo encubría un excesivo sufrimiento por las injusticias. Y nadie mejor que él para escuchar sobre sus angustias y quitarle densidad. Volvía entonces a sus actuaciones favoritas —los solos de malambo o el Papa que hablaba en latín— y la hacía reír. A Rudy le encantaba esa risa tan brutal. Adoraba su estilo más bien reo, de jeans y camisas sueltas. No le demandaba que se peinara ni maquillara. Hasta le gustaba su gesto infantil de comerse las uñas. Para él, Diana, la más desfachatada de las Oesterheld, era naturalmente bella.

Una tarde Rudy le mostró una foto personificado como el Che y Diana creyó que lo que sentía por él definitivamente era amor. Nunca había estado enamorada y pensó que se trataba de eso.

26

—Si sos realmente mi amigo, tenés que besarlo a Milú.

Lo extorsionaba Beatriz a Miguel. Milú era un perro. A pesar de que Héctor decía que no leía historietas, el perro callejero de la familia se llamaba Milú, como el Fox Terrier de *Tintín*. Entonces Miguel, que tenía muy poca simpatía por los perros en general, le daba besos a Milú. Después Beatriz se recostaba en el sillón y estiraba las piernas sobre sus muslos para leerle esa misma historieta a la que Héctor consideraba una obra maestra a pesar de las objeciones ideológicas que pudiera hacerle.

—Acá, hasta el último cartelito está escrito en chino… ¿Ves cómo reproduce la realidad del lugar?

Miguel miraba los pequeños ideogramas copiados por Hergé, le miraba la boca a Beatriz mientras hablaba y un hormigueo le

recorría el cuerpo. Hasta que se acordaba de los besos a Milú y de un libro que Beatriz le había regalado para su cumpleaños. Era *El gran solitario del Palacio*, la novela de René Avilés Fabila, de 1968, sobre la masacre de Tlatelolco. En la primera página, había una dedicatoria: “A mi amigo Miguel”. La palabra amigo lo sacaba del campo de acción. Y, sobre todo, habilitaba todas las inseguridades posibles para un adolescente.

Todo cambió el 22 de diciembre de 1971. Cuando Miguel entró en la casa de Beccar, Beatriz estaba sentada en uno de los silloncitos del jardín. Se quedaron mirando las plantas, que se convertían en figuras extrañas a medida que desaparecía la luz. Hasta que él no aguantó más y la besó.

—Pensé que sólo te interesaba como amigo.

—Yo estaba muerta con vos, pero me parecías inalcanzable.

Lo primero que le pidió Beatriz como prueba de amor fue que dejara de fumar. Y Miguel, que fumaba diez Particulares por día, lo hizo. A los pocos meses, había engordado su edad en kilos: diecisiete.

27

—¿Y? ¿Se van a quedar a defender la escuela?

Cuando terminó la asamblea, el Vasco se fue acercando a los más tibios o los más tiernos, como Eduardo Stupía y Marcia Schwartz, que apenas tenía 16 años y lo miraba embobada. Más que la arenga pública, le gustaba el trabajo personal. Uno a uno. Les habían confirmado que la Belgrano iba a ser trasladada a un edificio en Barracas, al sur de la ciudad, que el general López

Aufranc (el mismo que en esos años importaría la doctrina francesa de exterminio aplicada en Argelia) le había vendido al Estado. Esa medida, para muchos, no sólo era una estrategia para desactivar la agitación estudiantil dentro de la escuela, sino para vaciarla de alumnos. Habían hecho pintadas y notas en radios, habían salido a la calle con un dibujo de Roberto Levingston —el presidente de facto que acababa de ser reemplazado por Agustín Lanusse—, sentado en un inodoro. Y habían participado en decenas de asambleas que finalmente terminaron en la decisión de la toma.

El que entrara en el edificio de la calle Cerrito durante los cuatro días que duró la toma en septiembre de 1971, podía sumarse a una guitarreada en la que sonaban canciones de Viglietti, discutir sobre maoísmo, practicar sexo express o sentarse en el baño a leer alguna de las revistas estudiantiles que circulaban en ese entonces, como *Carlitos, el pendejo indómito*. Impresa en papel celeste, traía un sobrecito con el retrato de Carlitos, que no era otra cosa que un vello púbico, enrulado, donado por algunas de las chicas de la Belgrano.

El Vasco era consciente de que lo que se estaba gestando ahí era algo más que una alegre acción estudiantil. Y que no podían ser víctimas de su candidez. Al segundo día confeccionó carteles con números y los puso sobre la chimenea. Cuando su compañero Tessi le preguntó qué significaban, el Vasco lo llevó a la puerta y le señaló un par de autos estacionados.

—¿Los ves?

—Sí.

—Son todos de los servicios.

Los carteles coincidían con las patentes.

Al tercer día, la toma era un éxito por la permanencia pero un fracaso en visibilidad. Hasta que llegó un joven Santo Biasatti, con una capa espesa de maquillaje y un micrófono que decía Canal 11, para informar sobre la situación en la Escuela de Bellas Artes. Atrás, un alumno que había pedido que por favor lo dejaran intervenir cuando llegaran las cámaras, pintaba un pared. En letras grandes empezó a escribir: “Viva la anaquía”. Se había comido la r y los hombres de la tele dijeron que preferían no mostrar esas imágenes, que iba a ser un papelón.

La toma finalmente trascendió cuando apareció la policía. El 20 de septiembre de 1971, a las siete de la tarde, los efectivos abrieron a los golpes la puerta trancada. Cuando una hora después formaron a los 139 detenidos en el patio de la seccional 15, el comisario preguntó de manera retórica quién era el cabecilla mientras los señalaba a Tessi y a un par más. El Vasco no estaba ahí. Nadie supo bien cómo había zafado, pero esa sería su marca de combatiente: el Vasco siempre zafaba. Apareció al día siguiente para montar pequeños operativos de apoyo a sus compañeros.

Junto con otras detenciones masivas de obreros y estudiantes, y de curas del Tercer Mundo, los alumnos de la Belgrano estaban inaugurado la Cámara Federal Penal, más conocida como el Camarón o Cámara del Terror, que no era otra cosa que un fuero especial para juzgar aquellos delitos que el gobierno consideraba de subversión. Cuando los llevaron a declarar uno por uno al despacho del juez Jaime Lamont Smart en la calle Libertad, fue el final de la inocencia. El interrogatorio venía acompañado de un pilón de fotos. Los servicios los habían vigiliado todo este tiempo, como había advertido el Vasco.

La toma y la detención de esa primavera de 1971 fue el prólogo de las luchas y movilizaciones que vendrían al año siguiente, cuando las discusiones sobre la revolución en otros países se vieran eclipsadas por el ingreso de gran parte de los estudiantes a la JP, arengados por un Perón que desde Madrid, en uno de sus mensajes a la juventud, exclamaba: “El fenómeno de las juventudes del mundo que se rebelan tiene su explicación y su razón de ser, más allá de la explicación superficial que le asigna la miopía de los que, en nombre del ‘orden’, quisieran someter a todos a su estúpida concepción de la vida y del Estado. Ellos no perciben que esas juventudes, plenas de derecho, comienzan a luchar por un destino que les corresponde por un determinismo histórico y que han de realizar, pese a quien pese, aunque sólo sea por fatalismo biológico. Ellos no advierten que los jóvenes que luchan pertenecen a las clases medias y pudientes, con una alta preparación intelectual, y con una moral superior a toda ponderación”.

EL ORIGEN DE LA MILITANCIA.
DEL LIVING A LA CALLE
1972

1

Barcelona, 13 de julio de 1961

Lo primero que hice al despertarme esta mañana fue ir al correo: me llevé una desilusión porque no encontré carta alguna. Creí que me había equivocado, repasé tus cartas, me encontré que sí que me habías escrito a Barcelona. Volví a la tarde cuando quedé libre del editor que me encontré aquí (ya te contaré en otra). Hablé con el de la oficina y aparecieron dos cartas. Y además me dieron otra que acababa de llegar, fechada el 7 de julio. La leí y ya todo se borró para mí, se me juntaron pena, vergüenza, rabia, tristeza. Elsita mía, hay mucho de irrebatible en tu carta, pero hay también cosas no justas. No te las reprocho: por mi culpa te he dejado caer en una situación verdaderamente atroz. Me decís que al no mandar más guiones he desamparado a las nenas. No, Elsita, no he desamparado a las nenas, la situación de Frontera es precaria pero no desesperada, ya verás que en un par de meses enderezo todo, no solo eso sino que le abriré nuevos caminos. Pero no es otra cosa…

2

Héctor, sabés perfectamente todo lo torcida que fue mi infancia. Pero yo, no sé por qué capricho de la naturaleza nací llena de alegría, de cariño y deseo de vivir. Me había jurado a mí misma no tener que ver nunca más nada con lo que me rodeaba. (…) Así fue que llegó el día que nos conocimos. Presentía la comprensión que necesitaba y estaba segura de no equivocarme. Y, efectivamente, para mí se abrió un mundo completamente desconocido. Fuiste todo lo que yo pensaba que tenías que ser. Además de muy enamorado, eras todo comprensión y ternura, me llenaste de delicadezas, me elevaste en ambiente y me hiciste conocer tantos pequeños placeres que vos ni te dabas cuenta, pero que yo no había tenido nunca. Pero lo que más te agradecía era la confianza en mí misma que me enseñabas a tener. Y así fue que nos casamos.

Y esa, Héctor, fue la época más feliz de mi vida. Esos 5 primeros años de nuestro matrimonio fueron tan felices para mí que creo que sin mucho esfuerzo podría reproducirlos día por día. Y me di toda.

A todo esto mi admiración por vos ya no tenía límites. No sólo era como marido sino como padre. Tu gusto por las letras se definió y te dedicaste por completo a escribir. Yo estaba tan segura de tu valor que no dudaba que en muy poco tiempo tu nombre sería respetado. Aunque trabajabas en un género que a mí no me gustaba, estaba segura que eso era una transición para algo de envergadura. Las circunstancias se complicaron y nos mudamos. Yo no estaba muy convencida de venir tan lejos, pero pensando en tu tranquilidad y la felicidad para las nenas, acepté venir afuera sabiendo que me iba a costar bastante adaptarme. Pero primero estaban ustedes. Y aquí

las cosas se empezaron a complicar. Yo absorbida por las chicas y vos por tu trabajo, nos alejamos.

Mientras tantos yo empezaba a estar sola. Aquella sensación de refugio seguro que tenía en vos empezó a faltarme.

3

—¡Llegó! ¡Llegó!

Gritó Diana, asomada desde la ventana de su cuarto mientras Héctor bajaba sus valijas de un taxi. Era agosto de 1961 y habían pasado siete meses desde la última vez que lo habían visto. Marina, de cuatro años, había repetido durante toda la mañana que ese día regresaba su papá. El plan inicial era que Héctor viajara a Europa durante un mes con el objetivo de colocar sus historietas en el mercado internacional. La editorial Frontera estaba quebrada y él, tapado por las deudas que había contraído incluso antes de empezar el proyecto.

El viaje se alargó de enero a agosto. Cuando Elsa lo vio llegar, tuvo que anudar esa mezcla de dolor, bronca y sensación de abandono con la que había convivido todo ese tiempo. Si quería conservar a su familia unida, debía creer en las promesas de su marido de que todo había sido para mejorar su situación económica. Y, voluntariosa como era, se propuso hacerlo una vez más.

Antes de viajar, Héctor le había asegurado a su hermano Jorge que le mandaría material para publicar en Frontera. A pesar de las señales de fracaso, Héctor insistía en monopolizar la escritura de los guiones y se negaba a delegar la tarea, excepto en su hermano. *Hora Cero Suplemento Semanal* hacía más de un año que había

dejado de publicarse, las revistas infantiles *Papito me cuenta* y *Mamita me cuenta* no habían tenido éxito y los grandes dibujantes, cansados de los pagos atrasados y parciales, habían empezado a colaborar para editoriales en el exterior, especialmente para la inglesa Fleetway. Además de que el salario real de los sectores medios y populares —o sea, de los principales lectores— había caído un 25 por ciento, las ediciones baratas mexicanas y la aparición de la televisión habían agobiado a la industria local.

Elsa nunca supo que su marido les había pedido préstamos a varios de los amigos con los que solían pasar las tardes en el club, hasta que el entorno empezó a murmurar. ¿Cómo un hombre que le debe plata a tanta gente se pasa medio año en Europa? ¿Nos habrá estafado a todos? Durante los primeros meses, y antes de que el viaje se convirtiera en escándalo, Elsa recibía cartas de Héctor con detalles sobre su derrotero por las casas editoriales europeas. Él se detenía especialmente en las conversaciones que mantenía con Leonard Matthews, director de contenido de Fleetway, que se había mostrado interesado en sus historietas —"está encantado", escribía — y quería publicarlas en Londres, algo que pese a ser verdad nunca se concretó. En esas cartas iniciales, el futuro siempre era prometedor. Alguna que otra vez Héctor deslizaba que estaba disconforme con el trabajo de su hermano Jorge o que creía que Pratt había causado mucho daño con sus chismes sobre los problemas de Frontera. También le daba a entender que en la vorágine del viaje le costaba escribir los guiones, pero nunca llegó a decirle que había dejado de hacerlo. Elsa lo supo por Jorge, que se lo contó cuando consideró que la situación ya era insostenible.

En abril de 1961, el cuarto mes de la gira europea, los hermanos acordaron en la distancia cederle la utilización de los títulos de

Frontera a la editorial Emilio Ramírez, que publicaba la revista *Vea y Lea*, a cambio de saldar una importante deuda de impresión. De este modo, Frontera dejaría de generar pasivos y las revistas quedarían bajo la dirección de Jorge. Pero en uno de los intercambios epistolares, Jorge sintió que su hermano le daba órdenes desde algún bello paisaje europeo mientras él intentaba tapar agujeros comerciales y familiares y se lo dijo en una carta. Bastó para que Héctor enmudeciera: dejó de mandarle guiones.

En esos días, además, a Beccar había llegado una carta desde Suiza. Era de Bruno Sopelsa, un joyero amigo que habían conocido en el Club Suizo, en la que le pedía a Héctor que enviara el dinero del costoso reloj que había comprado para su mujer. Bruno estaba apremiado y creía que Héctor había regresado al país. La carta desesperó a Elsa. Seguro que había vuelto a las andadas, como le decía a la compulsión de Héctor por regalarle joyas o prendas caras que lo obligaban a endeudarse. Héctor le explicaría por carta y con una historia enrevesada que cuando se dio cuenta de que iba a tener más gastos que los previstos en Europa, su decisión fue devolver el reloj. Pero a Elsa no le alcanzaba con eso. Las deudas y los cuentos sobre esas deudas la atormentaban.

4

En noviembre de 1961, Héctor decidió disolver la sociedad con su hermano. Sacó una última edición de la revista *Frontera* y en enero del año siguiente, lo reemplazó en la dirección de las tres restantes: *Hora Cero*, *Frontera Extra* y *Hora Cero Extra*. Los últimos

ejemplares salieron a la venta en mayo de 1963, bajo el sello Vea y Lea.

El golpe fue duro y agudizó la crisis con Elsa. Tenían una casa que no podían sostener. Mandaban a sus hijas a un colegio bilingüe que no podían pagar. Ella quería que Héctor volviera a su profesión de geólogo, que ganara dinero para vivir tranquilos. Héctor se sentía en una encrucijada. Estaba desesperado por ganar más dinero, y a pesar de que en sus cartas desde Europa le había dicho que le habían ofrecido dirigir *Vea y Lea* y que eso le iba a permitir que la historieta fuera sólo un hobby, lo cierto es que su entrada económica seguirían siendo las viñetas. De la libertad creativa de Frontera pasó a colaborar para cualquier publicación a la que tuviera acceso, incluidas las ediciones pirata. La mejor fuente de Oesterheld solía ser el mismo Oesterheld, alguien que había podido reversionar esa gran biblioteca de ciencia ficción y aventura que no sólo estaba en su garage, sino también en su cabeza.

En eso andaba cuando creó *Mort Cinder*, la historia del héroe que muere y resucita o, en sus propias palabras, la de la muerte que no termina de serlo. Tomó el encargo para la nueva *Misterix* de editorial Yago —la publicación con más calidad del momento, comandada por Francisco Romay, ex letrista de Abril y de Frontera—, por unos escasos pesos. Si le hubieran dado la mitad, lo habría hecho de todos modos. Le propuso la ilustración a Alberto Breccia, a quien le comentó su idea de crear una historia de viajes en el tiempo, como lo habían hecho con *Sherlock Time* para Frontera. Los primeros episodios los ideó a fuerza de oficio. Por la cantidad de trabajos que hacía, no tenía tiempo para detenerse a pensarla mejor. De lo que sí estaba seguro era de que en *Mort Cinder* habría angustia y tortura.

Mucho de ese clima también lo determinó Breccia. Su mujer se había enfermado gravemente, le habían hecho un transplante de riñón y, entre ida y venida a los laboratorios con certificado de indigencia para conseguirle los medicamentos que necesitaba —ganaba el diez por ciento de lo que le insumían los remedios—, dibujaba. A veces Héctor iba hasta su casa de Haedo para alcanzarle los guiones. Ahí también charlaban sobre los personajes. Era la primera vez que Héctor compartía el desarrollo de un guión con el dibujante y accedió a un pedido de Breccia: que a Mort Cinder no lo hiciera aparecer en la primera entrega porque necesitaba más tiempo para encontrarle la cara. Terminaría siendo la de su ayudante, el futuro dibujante Horacio Lalia, en ese tiempo jugador de fútbol. La primera aventura, entonces, lo tuvo como único protagonista al anticuario del barrio londinense de Chelsea, el viejo Ezra Winston, al que Breccia dibujó en espejo. Tenía su propio rostro: arrugadísimo, cansado, pero sumamente expresivo.

A pesar del contexto adverso, o por eso mismo, Oesterheld y Breccia estaban creando su mayor obra. Breccia siempre diría que *Mort Cinder* era lo mejor que había hecho. Al punto de que cuando la Fleetway se la quiso comprar, en 1966, él se negó: no quería desprenderse de esos originales que había hecho mientras su mujer se moría.

Un lúcido Oscar Masotta supo verlo en su libro de 1970, *La historieta en el mundo moderno*. Allí reconocía que la innovación de Oesterheld había sido la humanización de los personajes en creaciones como *Ernie Pike* o *Ticonderoga*. Nunca falta en esas historietas, decía Masotta, en medio de la violencia de la lucha, una reflexión que descubra la humanidad del enemigo. Cuando Breccia le preguntó a Masotta, durante la Bienal de Historieta de 1968, qué

pensaba de *Mort Cinder*, el crítico le dio a entender que reunía todos los requisitos para convertirse en un clásico, en una pieza inmortal. Y, por sobre todo, que le atraía el hecho de que el horror no estuviera representado directamente, sino a través de los modos de representarlo. Masotta estaba hablando de una obra de dos autores maduros.

Mort Cinder siguió hasta 1964, cuando la editorial dejó de pagar. El mercado de la historieta había entrado en una fase de crisis aguda: un año antes había cerrado *Patoruzito* y la nueva *Misterix* estaba por hacerlo.

La situación laboral y económica de Héctor, finalmente, mejoró cuando ingresó como empleado en Columba y en Atlántida, a principios de la década del setenta. Paradójicamente, ahora que trabajaba estable en dos de las editoriales más importantes —y también conservadoras— de la Argentina, las historietas de aventura le empezaban a interesar mucho menos que las historias de militancia juvenil.

5

En el año 64, mi marido terminó definitivamente con la editorial. Para Héctor era muy difícil expresar lo que sentía, no era una persona muy comunicativa, especialmente cuando se trataba de algo que le había costado tanto y a lo que tenía que renunciar. Eso le implicó a él muchas deudas, por lo tanto para una persona con tantas deudas y con un trabajo con tan poca valoración en cuanto al dinero, era muy difícil. Ahí fue cuando sacamos a las chicas de los colegios privados y la vida se redujo a vivir en casa; él a trabajar y

las chicas a ir al colegio. Nosotros alquilábamos aunque el alquiler era muy bajo porque nos protegía la ley de alquileres, que nos ayudó aunque fuera una cosa discutible, muy injusta. No sé lo que él pensaba pero naturalmente se nos puso muy dura la vida con un trabajo que no rendía económicamente, ¿cuántos cuadritos había que entregar para vivir? En un momento pareció que salíamos adelante cuando la editorial Emilio Ramírez compró Frontera, después la vendió, esta persona se la vendió a una empresa, creo que había un chileno, un grupo de tres o cuatro socios, que se llamó editorial El Atlántico, y se suponía que iba a volver a salir la obra de Frontera con todo. Le ofrecieron la dirección de las revistas y cotizaba en bolsa, una empresa que surgió con una promesa de grandeza. Era el año 64, lo mandan a Frankfurt a la Feria del Libro para tener contactos y se fue contentísimo. Y cuando volvió, al mes, la empresa estaba quebrada. Cuando él se fue a Frankfurt, hice una pequeña cena con amigos para despedirlo y yo estaba muy mal porque ya había tenido largas experiencias de estos viajes y estas cosas que eran inútiles. Entonces me acuerdo de que un amigo de él se enojó conmigo y me dijo: “Caramba, ni siquiera podés festejar”. Pero como yo sospechaba, le había dicho a Héctor que antes de viajar les pidiera que le dejaran los cheques firmados de los pagos porque ya había pasado un viaje muy largo con la gran angustia de no tener un respaldo económico ante una emergencia. Y bueno, le dieron unos cheques pero desgraciadamente no me equivoqué y cuando los fui a cobrar, estaban sin fondos. Ahí sí él quedó completamente perplejo y muy angustiado, porque pensaba que había salido de los malos años. Pienso que el tremendo esfuerzo mental de tener que hacer todo lo que tenía que hacer para sobrevivir y la angustia de saber que no era bien recompensado, le

debe haber generado cierto deterioro físico. Pasaban los años y todo seguía igual. A todo esto, acá había un cambio social y político tremendo, se agudizaba una inconformidad político-social; creo que esto le trajo a él un replanteo de su vida y empezó a entender cosas que nunca había entendido, quizá ninguno las habíamos entendido, el mundo había cambia do demasiado rápido.

6

A los 18, Diana estaba fascinada con un regalo que le había hecho Héctor: una revista en inglés sobre el Mayo Francés que en la tapa mostraba a una muchacha voluminosa, de expresión aguerrida y con un brazo en alto, subida a los hombros de un joven. La foto sintetizaba el nuevo modelo femenino: una mujer desinhibida y comprometida con su tiempo. Y, además, bella. En la casa de Beccar decían que Diana imitaba el look. Algo de eso había.

Héctor estaba más interesado en observar las reacciones y comentarios de sus hijas y de sus amigos que en las publicaciones en sí. Para él, la juventud se había convertido en un estímulo contemplativo. Hasta ese momento, había una sola fecha en el año en la que se apropiaba de un modo visceral de la vitalidad juvenil: los días de carnaval. Salía por el barrio con sus hijas y sus amigos para atacar a otros grupos de chicos a bombitas y baldazos.

En uno de los últimos carnavales que Pablo Fernández Long pasó en Beccar, vio cómo Diana y Héctor se lo tomaban tan en serio que podían tumbar a cualquiera con sus descargas de agua. Estaban desaforados. Héctor con cierta malicia, Diana con total desinhibición: después de bañar a alguien se reía a carcajadas con

la boca tan abierta que parecía que la mandíbula se le iba a salir. Esa noche, como otras veces, hubo cena de carnaval, en la que Elsa se lucía entre familiares y vecinos con la comida. Pero fue Héctor el que acaparó la atención. Cuando Nelly, su hermana, entró en la casa, lo vio vestido de mujer: con el rostro maquillado, una camisa blanca y una pollera arriba del pantalón. Al saludarlo, él impostó una voz aguda y le presentó al amigo con el que conversaba que estaba caracterizado como Caleb Lee, ese personaje que creía que la guerra era una fiesta de disfraces. Era el narrador y uno de los protagonistas de *Ticonderoga Flint*, la exitosa historieta creada por Héctor en los años de Frontera y dibujada por Pratt, que empezaba con un Caleb viejo empeñado en recordar sus aventuras durante la Guerra de los Siete Años en territorio norteamericano junto a Joe Flint, un muchacho conocido como Ticonderoga.

En uno de los cuadros, un personaje comenta acerca de la belleza de un cervatillo. “Todo lo que es joven es bello”, responde Héctor en la voz de Ticonderoga.

7

Desde la calle se podía ver la luz del living. Estaban los de siempre, el elenco estable de un viernes a la noche en la casa de Beccar a principios del 72. Estela entró y se quedó en la puerta. Alguien la escoltaba.

—Pasá, pasá.

El Vasco la siguió hacia el interior. Llevaba una campera de cuero y una media sonrisa que dejaba ver sus dientes torcidos. Saludó con

un “Buenas” y se quedó parado a cierta distancia, con las manos en los bolsillos. Las tenía congeladas.

—Mami, bajá que te quiero presentar a alguien.

Elsa ya había bajado la escalera. Finalmente iba a conocer al novio de su hija mayor.

—Qué tal señora, soy…

—Vasco, le dicen Vasco, mami.

—Encantada, Vasco. ¿Y de dónde venís que tenés esa cara de frío? Sentate que te traigo un buen plato de sopa.

Elsa se metió en la cocina y el Vasco se acomodó en el living. Tenía 23 años, cuatro más que Estela, y a los más chicos —Beatriz, Miguel, Eduardo, Marina— les pareció un tipo grande y un poco serio. Primero hubo silencio, después algún comentario sin importancia, y a los pocos minutos ya se estaban riendo. Cuando Elsa trajo el plato de sopa, el Vasco era uno más entre todos ellos.

El Vasco se llamaba Raúl Mórtola, como su padre, y su historia empezaba en Bella Vista, una ciudad de Corrientes recostada sobre el río Paraná, famosa por los carnavales, en donde lo conocían como el Negro. Era el mayor de cinco hermanos varones con los que casi no se crió: a los siete años, su padre lo mandó a estudiar a Buenos Aires con unas tías, razón por la cual nunca tendría una relación profunda ni afectiva con él.

El apellido Mórtola era uno de los que más sonaba en el pueblo. La mayoría de ellos estaban vinculados con la política, principalmente con el Partido Liberal, ultraconservador y el más antiguo de la Argentina, que había recuperado protagonismo junto con el radicalismo después del golpe del 55. Excepto por la fama de mujeriego que compartía con sus hermanos y primos, el padre del Vasco podía ser considerado la oveja negra de la familia: militante

radical, era miembro de la UCRI y seguidor de Alende, y se enorgullecía al decir que Arturo Frondizi había estado en su casa durante la campaña presidencial. Pero lo que más lo diferenciaba era que no había sido tan buen administrador de los bienes de la estirpe como los demás. Intentaba, una y otra vez, salvarse con negocios no del todo claros en los que terminaba estafado o perdiendo lo invertido. Por las noches, era común verlo de copas y chicas con sus amigos.

Huérfano desde muy chico, a él también lo habían criado las tías Concepción “Conce” Chávez y Florencia “Encha” Chávez. Eran docentes, solteras y para el tiempo que Raúl se casó, se mudaron de Bella Vista al barrio porteño de Flores, en la calle Bolaños, a unos metros de la avenida Rivadavia. Fueron ellas quienes, al ver que a su sobrino le estaba siendo difícil mantener una familia tan numerosa, le ofrecieron hacerse cargo del mayor, el Negrito, como habían hecho con él. A punto de empezar segundo grado, el Vasco se instaló en la casa de la calle Bolaños, un edificio de estilo francés con bibliotecas hasta el techo y dos señoras que lo atendían como si fuera un rey, pero que también le exigían como directoras de escuela. Cuando terminó la primaria lo inscribieron en una de las mejores secundarias técnicas del momento, la Otto Krause, a la que iban los futuros ingenieros de las familias tradicionales, y se ocuparon personalmente de que su sobrino nieto se convirtiera en un joven culto y preparado. Tampoco necesitaban obligarlo: el Vasco era inquieto e inteligente, devoraba y asimilaba cualquier libro que le pusieran delante. También era hábil con las manos. Le gustaba dibujar y lo hacía muy bien, como su padre.

En cada regreso a Bella Vista para las vacaciones de verano liberaba su costado salvaje y se convertía en el líder. Los chicos lo

seguían en banda. Le gustaba jugar a los cowboys en las barrancas y recrear escenas de combate que leía en las revistas de historieta que compraba en Buenos Aires. Su madre, Coti, que lo adoraba y lo sentaba en sus piernas siempre que podía, tuviera la edad que tuviera, compartía con él cierto sentido del humor ágil, de ocurrencias y chicanas. Era una madre cariñosa pero sumisa, que apenas podía llevar adelante la casa y soportaba estoica los engaños de su marido. Quien en realidad estaba a cargo de todo era Miguela, una chica de origen muy humilde a la que Coti había empleado para que la ayudara con la crianza de sus hijos y que terminó siendo como la hermana mayor para ellos. El Vasco la adoraba, y Miguela a él.

Para el fin del verano de 1964 —había cumplido los 16 años el 16 de diciembre— el Vasco decidió que no volvería a Capital. Había terminado segundo año de la Otto Krause y tanto la escuela como la casa de sus tías se le habían vuelto asfixiantes. Su adolescencia en plena década del sesenta era incompatible con las reglas domésticas de Conce y Encha, que lo seguían sobreprotegiendo y controlando. Se quedó en Bella Vista. Para sus hermanos, era el regreso del héroe, el hermano mayor que se había formado en la ciudad y que siempre sabía un poco más que todos ellos. Para su madre, era la oportunidad de compensar el tiempo perdido: si su hijo quería traer a sus novias, podía. Si su hijo quería que se quedaran en la casa a dormir, podían. Aunque en esa voracidad con las mujeres reprodujera lo que ella padecía de su marido, con él no se iba a negar a nada.

En ese tiempo, el Vasco se hizo inseparable de su prima Mónica Mórtola. Ella formaba parte de la rama más acaudalada de la familia, era excéntrica y desprejuiciada, amaba el arte y despreciaba

la monotonía; muchos años después se casaría con el pintor Antonio Seguí. También de sus compañeros del colegio: Carlitos Verrastro (hijo del principal referente del Partido Comunista en Bella Vista, un farmacéutico que los invitaba a cenar y los incluía en largas charlas de historia, filosofía y política) y Freddy Andino, hijo de un ex seminarista español que había vivido en África y, por ese entonces, militaba en el Partido Autonomista aunque guardaba, escondido, el Plan Quinquenal. A Freddy le encantaba mostrarles a sus amigos ese libro prohibido.

Para un lugar de poco menos de 20 mil habitantes como Bella Vista, el Vasco y su grupito eran adolescentes extraños. Quien recorriera la costa del Paraná después del mediodía, podía verlos desnudos, al sol, con el cuerpo embadurnado con una loción que ellos mismos habían inventado, una mezcla de aceite de coco y Coca-Cola. Habían descubierto una técnica de meditación: creían que si miraban fijamente al sol por unos minutos, y luego cerraban los ojos y trataban de tragar esa imagen amarilla que les quedaba en la retina, el cuerpo recibía todos los nutrientes necesarios, y la mente, la iluminación. Esa práctica los había llevado a declararse "orientalistas". Los atraía todo aquello que los sacara de lo convencional. Lo buscaban en los libros que encontraban en la biblioteca pública —fundada por Sarmiento—, en las revistas que traía la madre de Mónica de París, en los relatos que escuchaban de las antiguas maestras peronistas. Les gustaba, especialmente, provocar a los profesores que repetían la historia oficial. La Guerra del Paraguay era el tema favorito: a partir de un pequeño libro que les había recomendado la abuela materna del Vasco —*Guerra de Paraguay*, de José Fermín González— y de algunas historias que les habían contado los viejos del lugar, también se declararon

paraguayistas. “La verdadera víctima de lo que llaman la Guerra de la Triple Alianza fue Paraguay. Y Mitre fue un asesino”, repetían para escándalo de la escuela.

También podían pasar del juego de la copa —al Vasco le encantaba hacer chistes con los supuestos espíritus que invocaban — a García Lorca. Recitaban “Llanto por Ignacio Sánchez Mejía”, el poema que el andaluz había escrito para su amigo torero y compañero de la generación del 27, como un mantra. “A las cinco de la tarde / Eran las cinco en punto de la tarde / Un niño trajo la blanca sábana, a las cinco de la tarde / Una espuerta de cal ya prevenida, a las cinco de la tarde / Lo demás era muerte y sólo muerte, a las cinco de la tarde”, empezaba uno y los demás lo seguían como un coro de tragedia.

Cuando terminaron la escuela, el Vasco armó la mochila y dijo que se iba recorrer el país. La fantasía del viaje iniciático a lo Che Guevara era una marca de época. Al año siguiente, volvió a Corrientes Capital para hacer la colimba en el Comando del Ejército, y se reencontró con Freddy. Le relató algunas anécdotas de su recorrido por el interior, le mencionó a un grupo de jóvenes que se reunía en las sierras de Córdoba, y le nombró especialmente un lugar.

—La Pampa de Pocho, se llama. ¿No es cómico? Perón tiene su propia Pampa en Córdoba.

A pesar de la carcajada que largó después de decirlo, Freddy lo notó cambiado. El Vasco solía ser incontenible: si le pasaba algo, lo contaba. Y ahora lo estaba haciendo de un modo más medido, como si se esforzara por decir sólo lo necesario. Por momentos, incluso, le escuchaba repetir frases y palabras sacadas de algún otro lado. A los pocos días, el 15 de mayo de 1969, estalló el

Correntinazo. Freddy trabajaba en la Oficina de Turismo de la capital correntina y cuando salió a la plaza para sumarse a la protesta callejera, se lo encontró a su amigo, que venía desde Bella Vista.

—Tenía que estar acá. Hay que estar acá.

Estaba excitado, como si tuviera la certeza de que toda esa gente en la calle, dispuesta a enfrentarse al régimen, era el comienzo de algo.

Para principios de los setenta, los dos se instalaron en Buenos Aires. Freddy estudiaba Derecho y se había vinculado con un grupo de teatro que durante varios años representaría obras en el living de la elegante casa paterna del padre Mugica. Eso sería lo más cerca que iba a estar de alguna acción militante.

El Vasco entró en Bellas Artes y dejó de ser el Negro: sus compañeros ahora le decían Vasco.

8

Estelita tenía una vida interior muy fuerte. Muy para adentro. Yo no sé si ella estaba enamorada del Vasco o fascinada por el mundo nuevo que estaba descubriendo. Pero yo sabía que, cuando me dijo que se iba a casar, era una situación voluntaria y que nada la iba a hacer cambiar de opinión. Tuvieron un noviazgo muy corto, menos de un año, y se casaron enseguida y vinieron los amigos de él y los amigos nuevos de ella, que ya no eran los de la adolescencia. Ellos fueron los únicos que no se casaron por iglesia porque no creían ni querían. En cambio Diana sí lo hizo. Era una chica muy sensible, era muy especial. Nunca fui a ver sus obras de teatro, nunca supe, no me contaba. Héctor iba pero a mí no me avisaban, no me daban

la oportunidad. A mí me gustaba mucho el teatro. Una vez mis padres fueron a ver García Lorca y yo quería ir pero no me dejaron porque era muy chica. Diana a Rudy lo conoció en teatro, casi no tuvimos relación, fue con el que menos tuve contacto porque el vínculo fue muy cortito. Cuando me dijo que se iba a casar le dije que me parecía una locura y Diana me dijo eso lo decido yo. Y tenía razón.

Pero yo me daba cuenta de que ese casamiento no iba a funcionar, de que Diana se iba a hartar enseguida. Y se hartó.

9

En el verano de 1972, mientras empezaba a delinearse el nuevo grupo de teatro de Diana, Rudy le propuso casamiento. A los pocos meses, papeles y fiesta mediante, vivían juntos en un departamento que alquilaban en Acassuso.

La mañana del 12 de mayo de 1972 llovió mucho. Al atardecer, todavía caían unas gotas y los invitados esperaban a la novia dentro de la parroquia Nuestra Señora de Lourdes, en Beccar. Entre ellos estaba Albe Pavese, uno de los tres hombres del grupo de teatro. También era el autor de la música de “Ha llegado aquel famoso tiempo de vivir”, una canción que sonaba como un himno en las radios después de haber tenido su temporada de gloria en el Instituto Di Tella. Estaba sentado en un banco cuando Marina lo despabiló para pedirle que por favor cubriera la ausencia del guitarrista que debía musicalizar la ceremonia. Albe coordinó con el asistente del párroco, se sentó en el armonio y al primer cabeceo del cura empezó a improvisar una melodía. Un par de acordes

después, Diana entró en la iglesia del brazo de Héctor que intentaba, sin éxito, sosegar el andar de su hija. Llegaron al altar en tiempo récord. Rudy la miraba embobado. La veía hermosa con su medio recogido de siempre, maquillada como pocas veces y con un vestido blanco, largo y sencillo, todo un gesto para la época en la que la mayoría de las chicas de la zona elegía el exceso de encajes y puntillas.

La ceremonia fue breve y Diana se mostró algo indiferente ante el ritual.

—Qué Dios te bendiga.

La saludó una señora al salir de la parroquia.

—¡Y… si puede!

Le contestó mientras se quitaba el arroz del pelo y el ruedo de su vestido se empezaba a teñir de marrón por el barro. Unos días antes, le había confesado a Peri que pasaría por la capilla como una concesión familiar y Rudy estaba de acuerdo: él padecía especialmente las exigencias de su madre, experta a la hora de inmiscuirse en su vida. Al punto de que al día siguiente del casamiento, se apostó en la puerta del departamento en Acassuso para saber cómo su hijo había pasado la noche de bodas.

Después de la ceremonia hubo fiesta en la casa de Beccar. Héctor fue el asador a pedido de Diana, que quería un festejo relajado e informal. Acomodó la parrilla en el jardín y despachó trozos de carne con batatas asadas. En medio de los saludos a los familiares, los novios se escabullían y le daban una pitada a un porro para relajarse. En una de esas idas y venidas se cruzaron con Beatriz en la escalera. Diana la abrazó tan fuerte que el vestido de su hermana subió hasta la cintura. Beatriz se acomodó enseguida la ropa.

—Ay, ella tan seriecita. Debe ser que éste te está contagiando.

La chicaneó Diana. Se refería a Miguel, que miraba la escena desde abajo y recibía la frase como evidencia de la distancia que había con su cuñada.

Hacía unos cinco meses que Beatriz se había puesto de novia y Diana sentía que más que un enamorado, tenía un guardaespaldas que no la dejaba un minuto sola. Diana no perdía oportunidad para señalarle lo celoso y posesivo que era Miguel. El Vasco se paseaba y conversaba con todos, pero evitaba a un flaquito de pelo largo. Era Carlos Braña, el nuevo profesor de teatro de Diana, se tenían entre cejas desde la Escuela de Bellas Artes. Braña ya había egresado pero no olvidaba el rechazo que le generaba ver al Vasco espolear a los estudiantes para que militaran. Finalmente se cruzaron y ninguno de los dos pudo evitar provocar al otro. Se trenzaron en chicanas.

Diana, en cambio, todavía pivoteaba entre ambos mundos sin contradicciones y estaba especialmente entusiasmada con Braña, a quien había conocido a fines del año anterior en el seminario de teatro en San Isidro. Él se había acercado en busca de alumnos que pudieran interesarse en su proyecto: estaba experimentando con los lineamientos del *teatro pobre* del polaco Jerzi Grotowski que postulaba que el actor, como un monje budista, debía iniciar un camino de ascetismo para dejar de ser un intérprete de otro y expresarse a sí mismo. Junto a Diana y Rudy se sumaron Corina Bisignani —su testigo de casamiento— y Leticia Bottoni. Empezaron a reunirse en una de las salas de la parroquia hasta que el padre Jordi le sugirió a Diana que buscaran otro sitio. El ala conservadora de la curia lo acusaba ante el Obispado de San Isidro de permitir actividades opuestas a la moral cristiana. Entonces Carlos ofreció su

departamento de la calle Aguirre, en Villa Crespo, un espacio amplio y despojado al que iban tres veces por semana. Al tiempo se sumó Albe. Tras estos postulados de Grotowski iniciaban las clases cambiándose la ropa —que venía contaminada de realidad cotidiana — por un uniforme de actor, que no era más que una muda más cómoda para el intenso entrenamiento corporal. Un trabajo físico que solía durar una hora: con el agotamiento, decían, la mente dejaba de interferir y daba lugar a los mandatos del cuerpo. En esos estados, a veces provocados mediante la hiperventilación, empezaban con el trabajo actoral, que dejaba de lado el texto para concentrarse en la improvisación con el cuerpo. Carlos aventuraba una consigna y los cinco alumnos interpretaban con sus movimientos. Bailaban, se chocaban, caían, emitían sonidos, gritaban.

A las prácticas siguieron algunas presentaciones íntimas, para no más de diez espectadores. Al final de cada función, la consigna era que el público opinara sobre la performance. Héctor fue varias veces y sus devoluciones eran de las más esperadas, acertadas pero nunca severas.

Los integrantes del Grupo Aguirre —como les gustaba autodenominarse— también se reunían a comer y, en general, había una consigna: que cada uno llevara algún ingrediente para improvisar una comida. Una de esas noches, Diana y Albe descubrieron que cuando eran niños jugaban a ser personajes de Peter Pan. Él siempre era Peter. Ella, Wendy, la madre de los niños perdidos. Albe conocía la historia por la película de Disney y por una historieta, pero se enteró por Diana de que estaban basadas en el libro del escritor escocés James Matthew Barrie. Al encuentro siguiente, Diana se lo llevó. Era una edición vieja repleta de

anotaciones en los márgenes, la había sacado de la biblioteca de Héctor y le pidió a Albe que fuera cuidadoso. Su padre sentía un afecto especial por ese libro.

Del grupo, el que menos lograba compenetrarse era Rudy. Para Braña, a esa altura, era un alumno problemático. Sentía que su falta de entrega para este tipo de teatro los desnivelaba. Una noche le comentó su preocupación a Albe y se les ocurrió hacer unas clases desnudos para ver si conseguían aflojarlo. Los ejercicios funcionaron para todos menos para Rudy, inhibido por el hostigamiento que Braña ejercía sobre él y porque lo hacía delante de su mujer. Atrás quedaba el potencial actoral que desplegaba en el taller de teatro de San Isidro, donde también se destacaba por sus cuestionamientos a lo que considerara establecido. Braña, en cambio, exacerbaba su vínculo con lo dramático. Le gustaba andar con una Biblia bajo el brazo, lo que tiempo después reemplazó por un estuche rígido de violín, como si el hecho de portar algo ajeno a él, inútil, lo definiera. A Diana, esa excentricidad le atraía, lo que derivó en fascinación mutua.

En el medio, Rudy se retraía. A los pocos meses de casarse, iba a descubrir que sus inhibiciones emocionales eran la contracara de su ímpetu militante. Si con Diana no podían ser pareja, serían compañeros.

10

Lo cómico es que en agosto del 55, Héctor recibe una invitación para ir a una oficina de la Presidencia de la Nación, y naturalmente nos quedamos muy impactados porque no lo esperábamos ni

sabíamos de qué se trataba. Entonces fue y le propusieron hacer un guión con la vida de Perón. Iba a tener un sueldo, en fin, todos los beneficios posibles que nos hubieran venido magníficamente bien porque en ese momento estábamos realmente preocupados con las entradas que eran cada vez más magras y esperábamos a nuestra tercera hija, que estaba por llegar. Y bueno, lo pensó. Todo era un poco confuso y finalmente dijo que no. Tampoco hubiera llegado a hacer nada porque enseguida vino la Revolución Libertadora, lo sacaron a Perón y ahí se acabó todo.

11

Antes de entrar en la casa, se miraron y respiraron hondo para disimular la excitación. A Beatriz todavía le temblaban las piernas de las zancadas que había dado, escoltada por Miguel y Eduardo. Como el año anterior, habían escapado de la policía. Pero esta vez había sido mucho más real. Era 26 de julio de 1972 y cientos de personas habían marchado hasta el Policlínico Lanús, en el sur del Gran Buenos Aires, para exigir que el hospital volviera a tener su nombre original: Eva Perón. Había algo en esa multitud que les llamaba la atención. No eran militantes que se movían entre la clandestinidad y el agite, sino mujeres, chicos, madres con bebés en brazos, hombres mayores y trabajadores que peregrinaban convocados por un sentimiento colectivo que seguía intacto. Al frente de todo, la JP y miembros de la resistencia peronista motorizaban lo que, paradójicamente, el gobierno de Lanusse había terminado de impulsar con su fallido Gran Acuerdo Nacional, por el

cual pretendía reciclarse como presidente constitucional con apoyo popular: el peronismo en la calle pidiendo por el regreso de Perón.

Antes de la estampida, Miguel la levantó a Beatriz para que viera mejor, pero apenas ella asomó su cabeza sobre las otras, empezaron los tiros. La policía había aparecido por atrás. No había manera de hacer una barricada ni de protegerse de las balas y los gases. Había que dispersarse. Mientras lo hacían, escucharon cómo la gente golpeaba las puertas y gritaba “Por Perón”, “Por Evita”. Y las puertas se abrían.

Esa noche en Beccar fue complicada. Era miércoles y habían llegado demasiado tarde como para sostener una coartada. La casa estaba en silencio. Diana ya no vivía ahí y Estela muchas veces se quedaba con el Vasco en su cuartito de la cúpula. Como parte de una escena que se repetía cada vez con más frecuencia, Beatriz subió corriendo las escaleras a saludar a su madre. Y entonces, una vez más, Beatriz inventa alguna historia y la madre la mira con cara de no me tomes por tonta. Beatriz le pide que confíe en ella, mami confiá en mí, y la madre le dice que no puede hacerlo mientras le siga ocultando cosas, que por qué le miente si entre ellas nunca lo hicieron. Marina defiende a su hermana. La madre se siente impotente y se vuelve a preguntar en qué momento sus hijas construyeron ese universo paralelo y la dejaron afuera.

Al día siguiente, cuando Miguel fue a ver a Beatriz después de las seis de la tarde —recién a partir de esa hora tenía permitida la visita — la discusión entre madre e hija se había diluido, pero no las imágenes de la tarde anterior. Por primera vez se habían sentido parte de algo. La experiencia había superado cualquier charla de living.

En esos días tenían tanta ansiedad por poner en práctica sus definiciones ideológicas como por reconocerse físicamente. Las únicas limitaciones eran los espacios. La calle todavía era un lugar teñido por la moral represiva impuesta por Onganía: una tarde, en la puerta del cine California mientras esperaban para ver *Submarino amarillo*, un guardia se acercó y les dijo que se tenían que retirar de la fila, que no podían besarse en público. Se siguieron besando en algún zaguán de la zona y volvieron más tarde a ver la película, que no les gustó. En la casa de Beccar, en cambio, Elsa estaba acostumbrada a que estuvieran pegoteados, enredados en el sillón. Soltala que no se vuela, le decía a Miguel, un poco en broma y otro no tanto. Al igual que Diana, percibía que la ansiedad adolescente de Miguel podía convertirse en una actitud posesiva. Beatriz le había contado, como algo cómico, que en una de las salidas a Capital un hombre le había preguntado si no quería ser la tapa de un disco y que Miguel se había puesto loco, furioso de celos, y se lo había prohibido. A Elsa la alarmaban esas reacciones.

Uno de los pocos lugares en los que podían escabullirse de la mirada adulta era el terreno baldío que el padre de Miguel tenía a unas cuadras de su casa. Se quedaban ahí, tirados entre la maleza, mirando el cielo. A veces Beatriz se ponía a cantar su canción favorita, de María Elena Walsh: “Mirenmé, soy feliz, entre las hojas que cantan mientras atraviesa el jardín el viento en monopatín”. Cada tanto se tomaban el tren hasta la Capital. Iban al cine, caminaban por Corrientes, Miguel le regalaba algún disco —podía ser *Bridge over troubled water*, de Simon & Garfunkel, o *Por Vietnam*, de Quilapayún— y se sentaban en la confitería El Molino. A Beatriz le fascinaba el Imperial Ruso, una torta clásica del lugar hecha con merengue, crema y almendras.

Pero el refugio preferido era el departamento de Diana y Rudy en Acassuso. La complicidad entre las hermanas era complementaria. Si Diana actuaba como hermana mayor de Marina, y Estela como protectora de Beatriz, entre las del medio la relación era de pares. Tan opuestas como cercanas, ambas eran las más atadas a las exigencias del entramado familiar. Por eso, cuando necesitaban liberarse, se ayudaban entre sí. Ahora que Diana tenía su propio lugar, Beatriz se rateaba del colegio y se encontraba con Miguel ahí. Y entonces no había que esconderse ni cuidarse de nadie. La educación sentimental también podía ser una experiencia compartida. Para esa época, Eduardo estaba de novio con Sabrina Novoa. La hermana mayor de ella también les prestaba un departamento y algunas noches, en las que se suponía que habían ido al cine o algún baile, cada pareja se acurrucaba en un rincón del monoambiente; apagaban la luz y dejaban que los sonidos se confundieran.

Eduardo la había conocido a Sabrina a través de la parroquia de Beccar. Era hija de un comerciante español antiperonista y por la mañana trabajaba en el almacén que su familia tenía entre las avenidas Centenario y Rolón, en donde la clase media se mezclaba con la clase trabajadora de Beccar. Cuando iba a tomar el té-cena al que Elsa invitaba cada domingo, Sabrina sentía que se asomaba a otra realidad. Aunque los Oesterheld alquilaran, aunque la pintura de las paredes estuviera algo descascarada y la alfombra del living mordisqueada por el perro, el chalet quedaba del otro lado de la vía.

Ella, en ese entonces, añoraba una vida como ésa. Quería casarse con Eduardo, tener hijos, formar una familia. La entusiasmaba la idea del hombre nuevo, de la lucha por la justicia, de todo eso que hablaban en la parroquia cuando tomaban pasajes

del Nuevo Testamento y trataban de traerlos a la realidad de la Argentina. Pero también desconfiaba de las consignas revolucionarias altisonantes y no creía que la violencia fuera a acercar a las clases altas con las bajas. Por eso, a medida que su novio y sus amigos avanzaban hacia una idea de militancia con la lucha armada como horizonte, ella se refugiaba cada vez más en la cocina con Elsa. La ayudaba a preparar la tarta de frutillas o la famosa torta de mousse de chocolate, le pedía que le enseñara recetas, charlaban de todo. Ahí se sentía cómoda, segura. Y se preguntaba si Elsa tendría alguna sospecha del camino que estaban tomando sus hijas.

12

Yo siempre supe de la militancia de mis hijas, ellas eran de la Juventud Peronista como casi todos. Aun habiendo diferencias de opinión, ellas tuvieron total libertad para actuar. Yo discutí muchísimo cuando se fueron a Montoneros y las discusiones fueron especialmente con mi marido que era un tipo muy tranquilo, yo nunca pude comprender su cambio. En donde vivíamos no había muchos peronistas, al contrario. Cuando las chicas eran niñas mi marido jugaba al tenis con los Alemann, a quienes conocía del Club Suizo. No eran amigos pero compartían partidos de tenis. Uno de ellos terminó siendo secretario de Martínez de Hoz, así de paradójicas son las cosas. Los dejamos de ver hasta que nos reencontramos en el casamiento de una de las hijas de Fernández Long, porque los Long también los conocían. Éramos buenos vecinos con los Fernández Long, gente excelente con los que nos

queríamos como amigos. Pablo, el hijo mayor, tenía pasión por las cosas de Héctor. En ese tiempo no había una casa en la que no se discutiera sobre peronismo y antiperonismo. Mi casa no era la excepción. Pablo venía mucho y tenían un entendimiento muy grande con Héctor. Era un joven cultísimo y discutía todo apasionadamente, por qué sí, por qué no. Se cuestionaba que un pueblo tuviera afinidad con un partido como el peronista, te gustara o no, y ese partido no pudiera gobernar. Conversaban durante horas hasta que este muchacho se recibió y se fue a trabajar al interior.

13

En enero de 1972, Pablo se fue a vivir a Oberá, en Misiones. Se había recibido de sociólogo en la Universidad Católica y estaba convencido de que toda esa teoría cursada durante años tenía que tener su correlato en el trabajo territorial. Primero recorrió de mochilero Santiago del Estero, Tucumán y la Rioja pero finalmente se decidió por un contacto con el Movimiento Agrario de Misiones, MAM, organización campesina que nucleaba a los pequeños y medianos agricultores de la provincia y que se convertiría en el principal referente de las Ligas Agrarias del Nordeste. Cuando llegó a la sede del MAM, estaban en plena reunión de la Comisión Coordinadora Central, a punto de votar la convocatoria a una huelga por el precio del té. A Pablo le permitieron quedarse con ellos, pero a prueba. La adhesión a la huelga del MAM fue casi total: antes que entregar la cosecha por unos centavos, los colonos —así se autodefinían los pequeños productores surgidos de las corrientes migratorias, a los que el gobierno otorgó tierras que pertenecían a

comunidades aborígenes— preferían tirar el té en los caminos o frente a los centros de acopio. Iban a todo o nada. Eso implicaba cortes de ruta, clavos miguelitos en la ruta para impedir que los camiones transportaran la mercadería y protestas frente a los acopiadores que no adherían. La reacción oficial eran las detenciones diarias.

Una de las mayores redadas terminó con cientos de colonos —hombres, mujeres y chicos— detenidos en el escuadrón de Gendarmería de Oberá. A Pablo le tocó ir a ver al juez, Héctor Seró, a quien había conocido en su recorrida como mochilero y recordaba como una buena persona. Allí mismo Seró dispuso trasladar el juzgado al escuadrón de Gendarmería. Pidió que instalaran una mesita con tres sillas. Él se sentó en el medio, escoltado por el abogado del MAM y Pablo. Los detenidos fueron pasando durante varias horas. Seró anotaba nombre y apellido, domicilio, y ocupación, y les preguntaba la causa de la detención. Todos contestaban que estaban haciendo huelga porque no les pagaban un precio justo por el té. Eso alcanzaba para que el juez dispusiera su libertad. Fue un triunfo para el MAM que, finalmente, forzó a que se convocara a una reunión con los industriales y comerciantes compradores de té. El gobernador les exigió a las dos partes que en un plazo de diez días aportaran pruebas concretas para fundamentar sus argumentos. A través de la Federación Argentina de Cooperativas Agrícolas, Pablo consiguió que le enviaran los télex originales en los que figuraban los verdaderos precios de compra en Ámsterdam y Londres, en aquel entonces los dos mercados de té más importantes de Europa. Con eso en la mano, el gobernador ordenó a los industriales pagar lo que exigían los productores. “Si no lo hacen, los voy a meter presos a ustedes”, los amenazó. Pablo

salió de la reunión con el cargo de asesor del MAM y con la certeza de haber encontrado su lugar. De ahí en más, se dedicó a conocer la situación económica de los pequeños y medianos productores. Constató que los colonos y sus familias carecían de una atención médica elemental y de educación, que estaban incomunicados por falta de caminos, que estaban atrasados técnicamente por la ausencia de electrificación rural y que la tenencia de sus tierras era precaria. Y, también, que las huelgas y otras medidas de lucha hacían crecer al movimiento de masas.

El MAM tenía su correlato en las provincias de Chaco, Formosa, Corrientes y Entre Ríos, y reunía simpatizantes de todos los partidos políticos, incluso apolíticos, aunque gran parte de sus integrantes propiciaban un acercamiento al peronismo revolucionario. Pablo era uno de ellos. Si desde hacía unos meses había entendido que la liberación nacional llegaría de la mano del peronismo, en Misiones descubrió cuál era la forma. Sentía que cumplía el sueño de motorizar un cambio desde el interior del país y nadie mejor que Héctor para escuchar sus historias. Ni bien pudo disponer de unos días libres, regresó a Buenos Aires. La rutina en el living de la casa de Beccar seguía inalterable. Esa noche Héctor estaba especialmente atento y le hacía preguntas muy concretas. Después de unos cuantos vasos de caña paraguaya empezaron a fantasear cómo sería la historieta que narrara esos hechos. Las columnas de manifestantes llegarían a la Capital a destruir a la oligarquía, Pablo y sus compañeros liderarían la del MAM, que ingresaría por Avenida del Libertador, y el Vasco estaría al frente de la de los correntinos. Vendrían en tractores y a caballo portando banderas y carteles gigantes. La batalla central se libraría en la Plaza de Mayo. En

aquella historieta hipotética, todos querían un lugar que los definiera.

14

Para principios de 1972, el padre Jordi, de la parroquia de Beccar, les propuso a los jóvenes que participaban en los grupos de discusión que hicieran trabajo social en la villa. Así fue como Miguel y Beatriz entraron por primera vez en la Sauce. En ese entonces, la Sauce era un asentamiento que ocupaba poco menos de tres manzanas en un radio cercano a otras villas como la Uruguay y La Cava. Con una sola calle de tierra cubierta de cascotes que conducía a un corralón. Gran parte de sus habitantes eran inmigrantes del Litoral que habían llegado a fines de los cuarenta para trabajar en las fábricas de la zona, la mayoría textiles y de autopartes.

Aquel primer día, el grupo de la parroquia en el que también participaban un par de médicos, se instaló en una capillita que se usaba como sala velatoria y en la que los domingos el padre Jordi daba misa. El objetivo era ofrecer revisaciones médicas, vacunas y remedios gratis. A los pocos minutos se formó una larga cola de mujeres, niños y señores mayores. Los más jóvenes preferían mirar de lejos, desconfiados.

En determinado momento Miguel, que no sabía muy bien qué hacer, la buscó a Beatriz con la vista. La encontró parada en la fila junto a una mujer con un bebé en brazos, balanceándose. Reconocía ese modo que tenía de pararse, llevando el peso de una pierna a la otra, con un sutil movimiento. No podía estar quieta. Ésa

sería la primera imagen de cientos. Beatriz por los pasillos de la villa, Beatriz cambiando pañales, Beatriz tomando mate con Rosa, la madre de su ahijada; Beatriz con barro en la botamanga del jean, ahí, como una más.

Unos meses antes de entrar en la Sauce, Beatriz y Miguel habían empezado a ir a los cursos de alfabetización de Paulo Freire que se dictaban en el Instituto Superior de Cultura Religiosa, en la calle Rodríguez Peña. En una de las clases, apareció el padre Mugica, quien en medio de la charla les dijo que no alcanzaba con hablar de revolución. Beatriz sintió que estaba poniendo en duda su compromiso, y se lo dijo. A pesar de su suavidad que podía pasar por timidez, no le gustaba aceptar las cosas así como así. A lo que Mugica la increpó:

—¿Estás segura de que vos estás dispuesta a agarrar un arma en caso de que sea necesario?

Ella no tenía dudas de que estaba dispuesta a hacerlo. En rigor, lo que Mugica le estaba marcando era algo con lo que él ya se había enfrentado: la capacidad de renunciamiento.

Al salir del lugar, Beatriz no estaba enojada. Miguel sí. No le había gustado que un hombre apurara así a su novia por más que fuera Mugica, en ese entonces todo un referente. Ella, en cambio, se rio y le dijo que Mugica simplemente se había querido mandar la parte.

15

Lo primero que escuchó Estela cuando entró en la Escuela de Bellas Artes en marzo de 1972 fue el relato de la toma y el encarcelamiento del año anterior. Antes de que la profesora de

Grabado apareciera en el aula, Roberto Tessi, la voz cantante de la militancia en la escuela, ya estaba exhortándolos a que se unieran a la lucha por la defensa del edificio. El Vasco pudo haber estado ahí, junto a Tessi, en silencio. Y Estela lo pudo haber mirado por primera vez, sentada entre las decenas de alumnos que habían entrado en la Belgrano con el sueño, en principio, de ser artistas.

Si bien la mudanza del edificio estaba decidida, la actividad militante siguió tan intensa como el año anterior. Desde el principio, Estela se incorporó a las charlas de café de los alumnos más grandes y más comprometidos. Un poco porque era cercana en edad —estaba por cumplir 20—, otro porque los muchachos procuraron acercarse a ella no bien la vieron. A su vez, Estela formaba parte de un pequeño grupo de compañeros de curso en el que funcionaba, al igual que dentro de su familia, como hermana mayor. Recién salidos del secundario, muchos de ellos apenas entendían de qué se estaba hablando ahí afuera, no ya en el mundo, sino en la Belgrano. Estela era quien les daba seguridad.

El día que Tessi encaró directamente al grupito para decirles que tenían que pensar en algún tipo de acto relámpago que fuera bien visible, algunos dudaron. En medio de reticencias y temores, Estela encontró una alternativa.

—Hagamos algo, pero de lo que sabemos, que es el arte. ¿Por qué no intervenimos algún lugar con nuestros dibujos?

La idea sonaba un poco ingenua, pero también era inclusiva. Ninguno podía negarse. Fue una noche de otoño, entonces, que llegaron hasta el edificio del diario *La Nación*, en la calle Florida, empapelaron la puerta con dibujos que habían hecho esa semana, y salieron corriendo. El de Estela era la cara de un nene que, en lugar de ojos, tenía pepitas de naranja. A los pocos días, para el invierno

de 1972, la policía volvió a entrar en la escuela como el año anterior. No hubo detenidos sino la clausura definitiva del edificio hasta que se reabrió unos meses después en el barrio de Barracas.

Para ese entonces, las discusiones en el Bar Norte o en La Rábida ya iban más allá de la coyuntura edilicia. Estaban quienes hablaban de la necesidad de formar la JP en Bellas Artes, y quienes decían que para militar seriamente había que salir a hacer trabajo de base en el territorio. El Vasco estaba entre estos últimos. Había conocido al Gallego Fernández Palmeiro, militante del ERP que en febrero se había fugado de la cárcel de Devoto haciéndose pasar por su hermano y que por esos días estaba planificando la fuga de Trelew. El Vasco estaba fascinado con él. Una de sus anécdotas favoritas era que lo había visto desarmar a un policía con el dedo.

Finalmente, el Vasco decidió que dejaría Bellas Artes. Estela les anunció lo mismo a algunos de sus compañeros. Desde aquel día en el que Marcos Cesarsky había intentado sentarse a la misma mesa que ellos y no había podido hacerlo, el Vasco y Estela se habían vuelto inseparables.

Un mes después, los dos estaban en el estadio de Nueva Chicago junto con otras 20 mil personas en el primer acto lanzado con la consigna “Luche y Vuelve”, fórmula predilecta para las pintadas y arengas juveniles de los meses siguientes, a la espera del regreso de Perón del exilio en Puerta de Hierro. Al escenario subieron los abogados de presos políticos Mario Hernández y Rodolfo Ortega Peña, quienes descalificaron con vehemencia a un Lanusse que el día anterior había dicho, en una cena con mil militares, que Perón no venía “porque no le daba el cuero”. Frente a esa multitud, Ortega Peña tuvo su momento de histrionismo cuando dijo: “¿Saben lo que voy a hacer con el discurso que dio ayer Lanusse?”, y rompió unas

hojas en miles de pedazos que el viento esparció por el estadio. El público estalló en ovaciones. También compartieron micrófono un encendido Rodolfo Galimberti enfundado en una campera de cuero, ya en carácter de líder de la JP, y Norma Kennedy. El posible regreso de Perón había unido a la patria socialista y a la patria peronista que, en ese estadio, todavía se diferenciaban simplemente por los cantos.

A pesar de que la mayoría de los jóvenes todavía no estaban encuadrados en una organización armada, las consignas espontáneas que surgían daban cuenta de la afinidad que despertaban: “Lucha, lucha armada, Perón en la Rosada”, o “FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros”.

Estela y el Vasco se volvieron a ver con algunos de sus compañeros de la Belgrano en octubre, para su casamiento. Lo hicieron sólo por civil. La casa de Beccar se convirtió nuevamente en un escenario heterogéneo. Los amigos artistas podían deslizar un Viva Perón, carajo, mezclado con alguna consigna guevarista, en una interesante síntesis etílica. Un poco aturdidos, los familiares y amigos tradicionales de Beccar se preguntaban en qué momento las chicas Oesterheld, tan prolijas y encantadoras, se habían mezclado con chicos de pelo largo y bigotón que hablaban a los gritos como si el mundo sólo tuviera que escucharlos a ellos.

Mientras Elsa se desplazaba de un lado a otro atenta a que todos estuvieran cómodos, Héctor funcionaba como un centro de atracción aleatorio. En un momento en el que la música sonaba a todo volumen y un par de borrachos rompían media docena de copas con sus movimientos espásticos de baile, un grupito de Bellas Artes lo siguió hasta el garage.

—Pero Héctor, ¿usted peleó en la Segunda Guerra Mundial?

Quiso saber uno mientras se bajaba el vaso de vino de un sorbo. Héctor se rio y les mostró un libro de esa biblioteca inmensa que iba hasta el techo y que se extendía por el piso, sobre las sillas y la mesa de trabajo.

—Casi todas mis historias están acá, y salen de acá, de los libros. Así que lean, chicos.

Les dijo. Después alguien quiso saber si solía incluir a sus amigos en las historietas.

—Habrá que preguntarle a Chiche Gelblung.

Dijo, y se rio.

16

Chiche Gelblung no era su amigo pero Héctor cada tanto hacía chistes con él porque era uno de los periodistas del momento. Gelblung había sido corresponsal para la revista durante la Guerra de los Seis Días con el seudónimo Mariano Ovejero, y también se había perdido con Jarito Walker, el primer corresponsal estrella, en el Mato Grosso. Héctor, que se lo cruzaba en Atlántida, lo había incluido en una de sus aventuras de *Ernie Pike en Vietnam*, en la que un joven Gelblung ofrecía un mate a los soldados norteamericanos mientras Pike y uno de ellos conversaban acerca de la naturaleza de los héroes y se preguntaban qué era esa bebida con palito con la que andaba el periodista argentino: “¿No será pasto?”.

Hacia 1969, la editorial Atlántida se encontraba en un proceso de modernización estética y, a tono con las propuestas artísticas de los años sesenta, había decidido incorporar la historieta para adultos en

su revista de actualidad, *Gente*, que en ese entonces tenía una tirada de 700 mil ejemplares.

“A no sorprenderse que le traemos el cuento o el dibujo fácil. Hemos pensado muy bien el caso y terminamos por decidirnos por éste —para nosotros— nuevo idioma, porque lo consideramos el apropiado para llevar al lector, en toda su fuerza, la creación de los autores, a quienes hemos pedido una ‘historieta para adultos’ con toda la explosión imaginativa (en el guión y en el dibujo) con que puedan encarnar un tema muy de hoy: EL ETERNAUTA. Dentro de una semana comenzaremos la publicación de la historieta. Y será el comienzo de una nueva manera de comunicarnos. Usted y nosotros.”

Así se anunciaba la salida de *El Eternauta*. No hacía falta aclarar más. A doce años de su publicación original, quien no lo había leído, sabía al menos de qué se trataba. Al punto de que unos meses antes, el propio Héctor había anunciado en una entrevista en la revista *2001, periodismo de anticipación* —en la que él también colaboraba con textos de divulgación científica— que una productora de publicidad había comprado los derechos con la intención de llevar *El Eternauta* a la animación televisiva, y que el corto iba a competir en la Bienal Mundial de Historieta en el Instituto Di Tella. El proyecto nunca se concretó, excepto por unos pocos minutos para un piloto en el que originalmente iba a actuar Héctor como presentador.

Los lectores, entonces, esperaban encontrarse con la conocida historia de Juan Salvo, pero la versión que apareció el 29 de mayo de 1969 en *Gente* —que traía en tapa al conductor Roberto Galán y a sus secretarias Joyce, Gladys, Jorgelina, Dorita y Celia, y anunciaba: “Sensacional: una historieta en *Gente*. Desde hoy: El

Eternauta”—, iba a venir con cambios que generarían rechazo entre los lectores. Especialmente porque el dibujo ya no estaba en manos de un clásico Solano López sino de un experimental Alberto Breccia. El guión tampoco estaba en manos del mismo Oesterheld. En una década, su pulsión por narrar una historia gestada en esa mezcla de lecturas clásicas de aventuras con las noticias de avances tecnológicos abrigados por la Guerra Fría, había encontrado otro motor creativo en el contexto político de la Argentina de fines de los sesenta: *El Eternauta* de *Gente* salió el mismo día que se produjo el Cordobazo.

Mientras los estudiantes y trabajadores tomaban de manera masiva las calles de Córdoba y resistían la represión policial y militar ordenada por Onganía, en la ficción, un grupo de amigos intentaba sintonizar la radio para entender el origen de la nevada que aniquilaba a cualquiera que se expusiera a ella. Si en la versión original de *El Eternauta* los locutores radiales hablaban de desconcierto y de una amenaza ajena y externa (“Otra información de Washington: han fracasado hasta ahora todos los intentos de establecer comunicación con la vasta zona de Sudamérica afectada por el incomprensible fenómeno”), ahora las víctimas, el enemigo y sus cómplices estarían claros desde un principio: “Comandante en Jefe Provisional… Nevada Mortífera… vasta zona latinoamericana… despiadado ataque extraterrestre… traición inconcebible grandes potencias. Sudamérica entregada al invasor para salvarse… lucharemos igual… por más solos que estemos y por terrible que haya sido el golpe inicial, sobrevivientes en la emergencia… sacrificio”.

El Ejército dejaría de ser un aliado de la resistencia popular para ponerse en el lugar de poder autoritario, capaz de fusilar a un civil

por disentir con una orden. Los integrantes del chalet de Vicente López también serían otros: a la lucidez y sapiencia de Favalli, encargado de resolver cualquier situación con su técnica, se le sumaría su mirada política. Él le explicará a Juan Salvo que la traición a la que alude el comandante de la radio es la de los grandes países, que negociaron salvarse a cambio de entregar América del Sur. “Sí, Juan, toda Sudamérica será el territorio de los invasores. Empezaron la conquista atacando con la nevada a las ciudades, es una guerra total de exterminio.”

Curiosamente, las cartas de lectores que empezaron a llegar a partir de la tercera entrega —número que tenía en tapa una foto de Augusto Timoteo Vandor con el título “El dramático momento que vive el país. La muerte de Vandor. Los atentados terroristas”—, no se quejaban del texto, sino de la ilustración. La transgresión no estaba en las palabras sino en esas imágenes que transmitían sin condescendencia y de modo dramático, las mismas que se reproducían en los diarios: barricadas, autos incendiados, fuego en las calles, uniformados apuntando a civiles. Los lectores, en sus exigencias, hablaban de un dibujo que carecía de sentido historietístico, pedían ilustraciones más sencillas y menos artísticas dirigidas a “gente normal” y se quejaban de la intelectualización de Breccia.

Carlos Fontanarrosa, director de Atlántida, no iba a perder tiempo ni público. Justificó el final abrupto de la historieta, cuatro meses después, con un editorial en el que responsabilizaba a su ilustrador. Desde Nueva York, entre elogios al cine norteamericano y críticas al nacional, hacía referencia, con tono de director de escuela desilusionado, al fracaso de *El Eternauta*: “Que me disculpe Breccia, un gran dibujante y diría artista, pero nosotros en nuestra misión de

lograr comunicación no debíamos habernos entregado a la forma estética de su dibujo, que por momentos la hizo ininteligible. Aquí también la forma, el adorno, el medio, se convirtió en fin y quedó a mitad de camino nuestra intención".

A pesar de los problemas, les encargaron otro trabajo para la revista: un guión ilustrado para un especial de la llegada del hombre a la Luna. Pero esta vez con dibujos y texto clásicos, nada raro. Jarito Walker, el que los alentaba en las propuestas transgresoras, había renunciado casi a la par de la salida del primer capítulo de *El Eternauta*, cuando se negó a cubrir el Cordobazo desde el punto de vista oficial. Pero Héctor y Breccia eran profesionales siempre necesitados de ingresos, así que aceptaron las condiciones. El pedido fue de un viernes para un lunes, por lo que Héctor se instaló ese fin de semana desde la mañana hasta la noche en el estudio que el dibujante tenía en el segundo piso de su chalet de Haedo. Mientras Héctor escribía a mano en la mesa de la cocina, Breccia y su hijo avanzaban con las ilustraciones en la planta alta. Cada una hora, Héctor subía y les pasaba material.

En determinado momento, a Breccia le llamó la atención que Héctor no hubiera aparecido después de un largo rato y mandó a una de sus hijas, Cristina, a ver qué pasaba. Cuando ella bajó a la cocina, vio a Héctor con medio cuerpo adentro de la heladera. Con un cuchillo y el abrigo puesto, comía pedazos de queso directamente de una horma. A Cristina, que tenía la misma edad que Estela y había empezado sus primeros trazos como ilustradora, le causaba gracia que Héctor nunca se sacara el sobretodo. Con la barba apenas crecida, el pelo canoso mal peinado y el abrigo, daba la imagen de un vagabundo que siempre encontraba un momento para sentarse en el sillón y contarles historias a ella y a su hermana

menor, Patricia. Para Cristina, sería el hombre más culto que jamás conocería. Para Patricia, una promesa que nunca se iba a poder cumplir. La última vez que lo vio, el 12 de marzo de 1975, Héctor le regaló una servilleta en la que escribió: “Vale por un cuento que alguna vez haremos juntos”. Patricia tenía 19 años, estaba decidida a ser dibujante, como todos en su familia, y lo había acompañado a su padre a encontrarse con Héctor en un bar en una galería en Florida y Santa Fe.

Después del fracaso de *El Eternauta*, Breccia cortó su vínculo con *Gente*. No así Héctor, que también trabajaba para *Billiken*, de la misma editorial. Al año siguiente, el 1 de enero de 1970, volvió a publicar en la revista. La historieta se llamaba *Dos entre la Gente*, con ilustraciones de Roberto Regalado, y era una tira juvenil por encargo. Una vez por semana, se encontraba con Regalado en un bar de la avenida Paseo Colón, a una cuadra de la editorial, y le pasaba el guión. Le salía fácil, decía, porque con sus hijas tenía de dónde inspirarse.

17

Yo no conozco los detalles de cómo *El Eternauta* llegó a *Gente*, pero parecía una oportunidad muy buena y Héctor lo convocó a Alberto para hacerlo. *El Eternauta* estaba grabado en la piel de la gente tal cual había salido en la década del cincuenta. Cada persona que leyó el original se sintió parte de él y ellos no lo supieron ver. Alberto es una persona a la que yo quiero y respeto muchísimo y hasta el final de su vida he tenido contacto con él, una persona de total honestidad y generosa. Pero tenía un dibujo muy

torturado que no tenía nada que ver con el de Solano López que era muy accesible a todos. Al final empezó a salir todo cortado y los lectores se quejaban. Me acuerdo de que un día lloré de desesperación por las cartas horribles que llegaron. Yo supongo que a Héctor le dolió enormemente pero no decía nada. Él trataba de formar una pared, una máscara, y darle para adelante.

18

El entusiasmo con el que Diana y Rudy abordaron su proyecto de pareja se aplacó a los pocos meses de casarse. Los poemas que adornaban el departamento, la foto de Rudy personificado como el Che que colgaba en el cuarto y el resto de los objetos a Diana empezaban a asfixiarla. Se sentía cada vez más lejos de su marido, lo que no pasaba inadvertido para nadie. Puertas adentro, la revolución sexual que defendían perdía ímpetu ante los mandatos de otro tiempo que moldeaban sus emociones. Rudy, como buena parte de su generación, intentaba dinamitar el corsé cristiano que lo había formado. Pero lo que en realidad sucedía, era que estaban enredados en una limitación que Diana no se animaba a reconocer: desde siempre había estado unida a Rudy por un amor más fraternal que pasional. Hicieron un último intento por salvar la pareja y fueron a un sexólogo amigo de Héctor. El médico fue claro: no tienen ningún problema, les falta mucho que aprender y sólo deben relajarse. Pero a esa altura era imposible. El tema, directamente, era motivo de debate familiar en la casa de Beccar.

El vínculo matrimonial se volvió insostenible. Rudy trataba de responder con humor, pero estaba deprimido. Lo único que lo

entusiasmaba era que los dos habían empezado a buscar espacios de militancia y se habían vinculado con las FAR. Finalmente, en noviembre de 1972, seis meses después de haberse casado y con 19 años recién cumplidos, Diana pudo decirle que quería separarse. Meses después, él le aconsejaría a un compañero de Villa Argentina, en donde había empezado a militar, que cuando las historias se terminan es mejor cortarlas a tiempo. Todavía seguía dolido y enamorado.

19

Marina tenía 15 años e iba extrañar los juegos y consejos de Rudy. Pocas veces expresaba lo que le pasaba, pero con él se abría. Le mostraba lo que escribía y le hablaba de los chicos que le gustaban. No eran muchos y los mantenía a la distancia. En su proyecto de diario íntimo que había intentado a sus 13 años, y que le duró tan sólo un día, apuntó: “Hay uno que sí me gusta, Juancho Alessandro, feo pero amoroso”.

A pesar de su extrema timidez, el 9 de junio de 1972, Marina fue sin invitación a una fiesta de cumpleaños a cinco cuadras de su casa. Era de un amigo de sus amigos, y cuando el cumpleañero, Mario, abrió la puerta, ella se excusó.

—Disculpame que vengo de colada. Te traje un regalo. Espero que te guste.

El dueño de casa la invitó a pasar y le agradeció los dos discos. No sólo le gustaban los Bee Gees y Hurricane Smith, sino que quedó fascinado con Marina. No pudo dejar de pensar en ella en toda la noche. La buscaba con la mirada y se tranquilizaba al ver

que todavía nadie la había sacado a bailar. Trataba de disimular su interés, se acercaba a ofrecerle bebida y sandwichitos y le decía que disfrutara tranquila. Hasta que finalmente se animó a invitarla a la pista, en el centro del garage. Marina aceptó y Mario se olvidó de todo lo que sucedía a su alrededor. Le encantaba su pelo negro hasta la cintura y su tez oliva. Y cómo le sonreía.

Desde ese día, Mario salía a caminar por el barrio con la intención de encontrarla. En general la veía salir del colegio o en la puerta de su casa, a veces en bicicleta, casi siempre sola. La saludaba y seguía su camino. No es que fuera tímido, pero Marina lo inhibía. Y sentía que a ella le pasaba lo mismo. Entonces volvía a recordarla en el garage con su saquito de pana sobre la polera azul y el colgante sobre su pecho, y se daba aliento diciéndose que la próxima vez se animaría a decirle algo. Pero el ritual seguía siendo el mismo.

—Hola Marina.

—Hola Mario.

Y ninguno de los dos se animaba.

20

Mis hijas eran cuatro chicas excepcionales. Yo nunca en mi vida me imaginé que me iban a desaparecer las cuatro. No entendía cómo el padre creía que era una aventura que iba a vivir. Héctor siempre, siempre, aún en las cosas más irracionales, les daba la razón a los jóvenes. Era más como un abuelo.

21

—A ver, compañeros, porque acá somos todos compañeros, ¿no? Aunque algunos nos conocemos bien y otros no tanto… la nena, si, la nena ¿cuántos años tenés?

—Diecisiete.

Beatriz siempre parecía una nena. Miguel estaba al lado de ella, con sus kilos de más. A este gordito pituco sólo le falta el sobretodo, pensó Camote. Era de los más grandes y su apodo le serviría de inspiración a Héctor para la historieta del *Evita Montonera*, cuatro años después. Más atrás, un poco escondido, asomaba su cabeza Bichi, que miraba embobado. Acostumbrado a enamorar a toda chica que se le cruzara, Beatriz sería, desde ese momento, su amor casi imposible.

El que se había puesto al frente de la reunión y llevaba la voz de mando era Fidel, el anfitrión, el peronista de la Sauce. Era dueño de una carnicería en Beccar y todavía no había cumplido los treinta años, pero para los más jóvenes era el referente político de la villa. Esa tarde los había convocado porque tenían que organizarse, dijo. Fidel hablaba sabiendo que ahí estaban mezclados vecinos sin mucha conciencia política, hijos de familias acomodadas que habían venido por la parroquia, empleados del intendente radical Melchor Posse y pibes un poco vagos pero inquietos como Bichi.

—Lo que importa es que a partir de ese momento hay que empezar a trabajar acá, para nuestra gente.

Había que mejorar los pasillos, arreglar techos, conseguir materiales, hablar con los vecinos, palear la zanja. Y, algo muy importante, había que conseguir un lugar para armar una unidad básica, como tenían en otros barrios. Porque a partir de ese

momento, todos allí serían JP. No hacía falta cumplir ninguna condición, más que identificarse con el movimiento.

Cuando salieron de la reunión, Beatriz y Miguel no tenían dudas: lejos habían quedado la parroquia y el asistencialismo despolitizado.

A los pocos días, hicieron una pintada en una garita de colectivo de Beccar. Trazaron una V y una P con tiza y carbón, escribieron “Liberación”, y la llamaron a Diana para que les sacara una foto: Beatriz posa junto a la consigna y Miguel hace una morisqueta detrás de un árbol. Era su primera acción militante y nadie les había dicho que lo hicieran. Simplemente imitaron lo que veían en otras paredes del barrio. Miguel puso “Montoneros”.

Por el momento, el vínculo con las organizaciones armadas era más un deseo idealizado que una realidad concreta, con el reflejo de un hecho que los había conmovido directamente. Fue el 15 de agosto, cuando vieron las imágenes de la rendición de los presos de Rawson en la tele que estaba en la habitación de Héctor y Elsa, a la que Miguel casi nunca entraba. En la pantalla, Mariano Pujadas decía en tono calmo que él y sus compañeros afirmaban la lucha contra la dictadura y la construcción de la patria socialista, y le pedía a un médico que los revisara para luego entregarse. Junto a él estaban Ana María Villarreal —la mujer de Santucho—, Alberto Camps y el Negro Mena, entre otros. Una semana después, Miguel llegó del colegio, prendió la tele y vio, en el noticiero del mediodía, que esos mismos militantes que se habían entregado en el aeropuerto de Trelew estaban muertos. El argumento de que habían querido fugarse duró apenas unas horas. Los habían fusilado. Cuando confirmaron que el velatorio se haría en la sede del Partido Justicialis ta de avenida La Plata, con Eduardo se fueron hasta Capital. De ese día, a Miguel le quedaría el recuerdo de la madera

de los cajones, las puntillas de las mortajas, la multitud que se amontona en una sala pequeña, y el ruido de un tanque que quiere entrar, que va a arrasar con todo, incluso con los muertos. También le quedaría una idea en la cabeza: ya no alcanzaba con que otros se jugaran la vida, él también tenía que hacer algo.

Lo mismo le diría Diana a su amiga Peri al día siguiente de la masacre. Esa injusticia les estaba pidiendo acción.

Para fines de octubre, el local en donde iba a funcionar la unidad básica de la Sauce estaba casi listo. Eligieron como nombre el de Carlos Capuano Martínez, miembro del grupo fundador de Montoneros a quien la policía había matado un mes antes mientras acudía a una cita en un bar de Barracas. Elegir ese nombre era toda una definición política.

22

El 10 de agosto de 1972, cinco días antes de la fuga de la cárcel de Rawson, los presos de FAR y Montoneros firmaron un extenso documento en el que hacían explícita la necesidad de fusionar a las dos organizaciones armadas, algo que se iba a concretar formalmente después de octubre de 1973. El texto estaba en gran medida basado en lo que Carlos Olmedo, abatido el año anterior por la policía durante una operación en Córdoba, había escrito a principios de 1971 como parte de una polémica con un grupo del ERP. La organización de Santucho caracterizaba al peronismo como una ideología burguesa, deformante, y sostenía que sólo un partido marxista-leninista podía ser la vanguardia de la clase obrera para su liberación. Del otro lado Olmedo —que había militado un tiempo en

la Federación Juvenil Comunista y se había entrenado en Cuba durante el proceso de formación de las FAR— demolía sus argumentos con erudición, pero también con ironía, usando las mismas herramientas de análisis teórico: “El marxismo, bien conocido y utilizado es un arma poderosa. Conocido a medias o desconocido sirve solamente para complicar las cosas en lugar de ayudar a comprenderlas mejor. Un mal marxista, con poco estudio y muchas pretensiones, es como un jugador de fútbol que no levanta la cabeza: al final se enreda con la pelota, y termina tirándola afuera. ‘Se marca solo’, dirá la tribuna. Algo parecido le ha ocurrido a la izquierda en este país”.

Con estas ideas como base, en aquel documento previo a la masacre de Trelew, las cúpulas de FAR y Montoneros hacían un *racconto* del proceso histórico del peronismo que los ubicaba ahora a ellos como vanguardia, marcaban las limitaciones político-ideológicas de Perón para organizar al pueblo y apuntaban el objetivo de constituir un Ejército Peronista al que llamarían montonero. Como conclusión, se definían por la guerra popular prolongada para la toma del poder para la construcción del socialismo, sin dejar de lado, todavía, el foquismo. Premisas que la conducción nacional montonera abandonaría, maquillaría y retomaría de un modo más o menos errático durante las diferentes etapas de la organización.

Para el tiempo en el que la participación en las unidades básicas se hizo una exigencia de militancia, Rudy le comentó al Vasco de una que se estaba rearmando, en pleno microcentro porteño. Ubicada en Tucumán 422, se llamaba Juan José Valle y estaba sostenida por Chiche, una vieja gloria de la Resistencia. En el último año, allí se habían empezado a reunir miembros de las FAR, las

FAP, el MRP —sin decir que lo eran— y jóvenes sin otro encuadre que la inquietud política. Para la superficie, eran todos peronistas.

El edificio en el que funcionaba la unidad básica era un deslumbrante petit hotel de dos pisos, con una gran puerta de madera maciza, escalera señorial y carpintería original, algo descuidado y con escasos muebles. Una tarde primaveral de 1972, el Vasco y Estela subieron y preguntaron si se podían unir.

—Claro, compañeros, pasen, recién empezamos.

Ahí estaban Osvaldo Mantello y Liliana Bietti, que eran pareja, venían de San Martín y habían entrado de casualidad, una tarde que salían del cine; Cristina Olivé, que estudiaba Derecho en el Salvador y otros jóvenes de extracción social similar, algunos con cierta experiencia de militancia estudiantil. Pocos eran estrictamente del barrio excepto por el Tucu, un chico flaquito que usaba pantalones cortos, de padre ferroviario, y que cada dos por tres decía que había que poner caños, como una reencarnación adolescente de la Resistencia. Enseguida, el Vasco empezó a funcionar como una suerte de líder. Allí daban por sentado que estaba encuadrado y, sin preguntar, seguían sus sugerencias. Y él actuaba como si lo estuviera. Pero lo cierto era que especulaba con que algunas de las organizaciones lo contactaran. Y para eso, había que demostrar capacidad de trabajo. Las primeras tareas en el barrio fueron de pintadas por el “Luche y Vuelve” y timbrazos para charlar con los vecinos, tomar pavas y pavas de mate, preguntarles sobre sus necesidades, acompañar a las madres al hospital o a los chicos a la facultad de odontología para que les arreglaran los dientes. Se sentaban en los patios y en las habitaciones que hacían de living, cocina y dormitorio a la vez y escuchaban. Era el primer paso para demostrar que la Juventud Peronista estaba dispuesta a luchar por

ellos y por la vuelta de Perón, el hombre que les había dado entidad como clase.

Perón volvió el 17 de noviembre. La noche anterior, el grupo de la unidad básica salió en colectivo rumbo a Ezeiza. A las once de la noche llegaron a una casa que habían conseguido a pocos kilómetros del aeropuerto. Eran casi cuarenta personas y acamparon ahí. Con las primeras luces del día, atenuadas por la lluvia, empezaron a caminar hacia el aeropuerto. Estaban empapados y congelados cuando, al llegar a una lomada desde la que se veía el Río Matanza, vieron cómo una fila de tanques y de efectivos de caballería los habían encerrado. Empezaron a retroceder, corriendo. Varios recibieron sablazos de la caballería y volvieron a sus casas con marcas en todo el cuerpo y sin haber visto a Perón. Lo verían al día siguiente, en Gaspar Campos, la casa de Vicente López en la que el futuro presidente sería testigo, finalmente, de su condición de líder de jóvenes que apenas habían nacido cuando él, 17 años antes, había dejado el país.

23

¡Peeeeerón! ¡Peeeeerón! ¡Peeeeerón!

Si el 17 de noviembre la imagen del paraguas del secretario de la CGT, José Ignacio Rucci, protegiendo a Perón de la lluvia en Ezeiza sería parte de una imagen mítica, el día siguiente amaneció con un sol radiante. Al mediodía, iba a pegar directo en la cabeza de las casi cuarenta mil personas que gritaban el nombre del General en Gaspar Campos. Se trepaban a los árboles para verlo, o saltaban,

en estado de euforia colectiva cada vez que aparecía en la ventana, escoltado por Isabel y López Rega.

Héctor estaba ahí. Había ido con Beatriz y Miguel. Cuando veía que su hija y su novio coreaban consignas, sonreía, pero no cantaba. Cuando Perón salía a saludar, lo observaba en silencio. Ya se había convencido de que el peronismo era la alternativa de masas para lograr un cambio radical, pero la figura de Perón le generaba contradicciones. Sin embargo, en el tren de regreso a Beccar desde Gaspar Campos, se puso a cantar. Le había causado gracia una de las consignas. “Los peronistas, joda, joda, joda. Y los gorilas, lloran, lloran, lloran.” Lo repitió varias veces. El rinoceronte estaba en carrera.

24

Rudy cerró el año como coordinador de un grupo de jóvenes que se juntaban a leer y analizar textos políticos. Eran unas quince personas, entre las que también estaba Diana, con quien se seguían viendo, aunque sólo como compañeros de militancia. Las reuniones eran los fines de semana en el departamento al que Rudy se había mudado después de la separación. El artista plástico Juan José Cambre, a quien había conocido en una fiesta, le había ofrecido un cuarto en el estudio que él alquilaba junto a unos estudiantes de arquitectura. Ubicado entre las calles Boedo y Venezuela, en Capital, tenía casi como único mueble un colchón en el piso. Ninguno de los inquilinos sabía de los vínculos de Rudy con FAR, pero su cambio de comportamiento durante los meses que compartieron les hacía suponer que estaba relacionado con alguna

organización política: empezó a cuidarse de todo lo que contaba y a aparecer sólo por las noches para dormir. A los jóvenes que capacitaba, en cambio, los impresionaba por su locuacidad y formación teórica.

A esa altura, Diana tenía que elegir entre la militancia o la actuación. La resolución del dilema fue casi natural: si ella quería cambiar la sociedad, el espacio debía ser otro. Esperó un próximo encuentro para decírselo a sus compañeros. Cuando terminaron con el ritual de cambiarse la ropa, dijo que tenía algo importante para contarles.

—Chicos, ésta será mi última clase. Lo pensé mucho y la verdad es que siento que tengo otra misión en la vida.

Pese a la sorpresa, todos supieron que la decisión estaba tomada. También se imaginaron que esa misión era la militancia y que por su temperamento, se entregaría a tiempo completo. Carlos Braña no pudo resistirlo y reaccionó con furia.

—Andate de acá y no vuelvas nunca más.

Le gritó. Diana se fue dando un portazo.

Para el grupo fue el principio del fin. A los pocos días, un patrullero detuvo a Albe y a Carlos cuando salían de la casa de Aguirre. Los vecinos se habían quejado por ruidos extraños y la policía los tenía vigilados. Tuvieron que pasar la noche en la comisaría.

Después de esa escena, el equipo se disolvió y Corina Bisignani se fue a vivir con Diana. Tras su separación de Rudy, había regresado por unos días a la casa familiar de Beccar y necesitaba recuperar su independencia. Con Corina, además de ser grandes amigas, compartían el interés por la militancia.

25

Hacía un par de días que en la unidad básica del Petit Hotel estaban en huelga de hambre, aunque nadie se lo tomaba demasiado en serio. El Vasco, Estela y sus compañeros habían decidido sumar se a la campaña “Por una Navidad sin presos políticos” a la que convocó la JP en diciembre de 1972. Para esa época, los presos políticos en las cárceles federales eran más de 1.500, de un total de 5.800 en carcelados. Entre los presos estaba Rulo, un compañero de la unidad básica que vivía en el edificio Kavanagh, tenía una buena colección de discos, le gustaba el arte, era bastante arrojado y que por personalidad e intereses comunes se había hecho muy amigo del Vasco. Lo habían detenido unas semanas antes en el acto de homenaje a Fernando Abal Medina y Carlos Ramus, miembros fundadores de Montoneros asesinados por la policía dos años antes en una pizzería de William Morris. Raúl estaba en Devoto y ellos, en el petit hotel de microcentro, a mate y agua, en medio de un ambiente de estudiantina. Una de esas tardes, Cristina Olivé, que se había puesto de novia con Rulo, vio a un hombre mayor, canoso, algo encorvado, subir las escaleras y saludar con un abrazo a Estela. Aunque lo reconoció, no se acercó. Vio cómo Héctor se quedaba en un rincón de la sala con su hija y con el Vasco, mientras miraba todo lo que pasaba a su alrededor como un espectador bien atento.

LA REVOLUCIÓN Y LA IDENTIDAD PERONISTA.
LA INCORPORACIÓN A MONTONEROS
1973

1

Para Beatriz, el año 73 arrancó con un viaje en tren, una carta y una discusión. Miguel la había invitado a pasar unos días a Necochea, donde veraneaba con la familia todos los años. Nidia, su mamá, le extendió la propuesta a Elsa y a Marina, previendo que a una chica de 16 años no la dejarían viajar sola con su novio.

Elsa se entusiasmó con el plan. Hacía varios años que no se tomaba vacaciones —lejos habían quedado los veranos familiares en Villa Gesell— y ni bien se sentó en el vagón del tren les dijo que lo que más le gustaba de viajar era mirar, atenta, el paisaje. Ese comentario alcanzó para que sus hijas, con malicia adolescente, le hicieran bromas cada vez que cabeceaba. Entre el fastidio y la paciencia, ella lo tomaba como lo que era: una mezcla de excitación por el viaje y bobera juvenil. El episodio, sin mayor importancia, se amplificó cuando a los pocos días Elsa encontró una carta que Beatriz le había escrito a Diana burlándose de ella.

Hubo discusión, reproches, pedidos de perdón, y la carta nunca llegó a destino. En ese mismo momento, sin embargo, Diana

escribía otra en la que intentaba poner en palabras la distancia que crecía entre madre e hijas.

Las vacaciones siguieron en estado de tregua. Cada vez que podían, Miguel y Beatriz se escapaban a los médanos y se besaban con ansiedad primeriza. De esos días iba a quedar una polaroid de pelos que se vuelan en la playa de Quequén. Nidia se sostiene la permanente. Elsa, con un vestidito Jackie y lentes oscuros, sonríe para la cámara. A los chicos apenas se les ve la cara. Como si se escondieran de la escena.

2

Querida mami,

Es difícil, mami, ponerme a hablar de mí, y entonces es difícil hacer que los otros me comprendan. (…)

Cómo explicarte que te comprendo y te respeto tu dolor?

Cómo explicarte que conozco la soledad, que no vamos a ponerla en comparación con la tuya, porque nunca dos soledades son iguales, pero que la conozco también, conozco la pena, el dolor y la angustia.

Aunque te parezca mentira, sé de esas cosas, y muchas más, pero las conozco solo porque las he vivido, y las he vivido porque aunque no lo parezca tengo 19 años y en esos 19 años no ha habido un solo día igual al otro, todos han sido diferentes, todos me han enseñado algo nuevo. Que solo las experiencias nos hacen crecer y aunque no lo creas, he tenido muchas, sobre todo el año pasado, que requerían de mí una entereza y un dominio total, y eso,

quien no lo vive no puede llegar a darse cuenta jamás. He tenido que vivir grandes sobresaltos, y por ellos, porque tuve que afrontarlos, es que te digo que me siento madura, porque sé de qué forma los afronté, y bajo qué circunstancias. Yo no quiero que hablemos de mi separación, de mi vida pasada, de mis comportamientos. Yo sólo te pido que dejes que el tiempo vaya a mi lado pero teniendo fe en mí, porque yo la tengo y fe significa aceptar que soy ya bastante grande, y eso no quiere decir que no pueda cometer errores, pero sí, también que mediante los aciertos puedo ir formando mi camino.

Yo quisiera poder explicar muchas cosas, algunas son hasta inexplicables para mí, pero creo que ya es inútil hablar y hablar, pero sólo eso te pido, que tengas fe en mí, que no pienses que estoy en la ruina total, que no pienses que no me importa nada de nada.

Porque si por fuera soy dura y agresiva te puedo asegurar que las cosas las siento muy hondamente porque en mí también hay sentimientos como yo jamás dudé que en vos los hubiera. Por eso mami, comprendo tu dolor, tu pena y tu vacío, porque sé hasta qué punto las cosas te duelen y te llegan.

Está amaneciendo ya, espero que las cartas les lleguen bien y que los poquitos días que les quedan en el mar, los disfruten por todos nosotros juntos.

Estela y el Vasco han hecho unas pulseras divinas y collares pintados. Fui a la casa de ellos y le estamos insistiendo a Estela que venga el fin de semana a tomar sol. Ellos están muy bien y es lindo tenerlos cerca.

El otro día fui con abuelita a ver "Adiós cigüeña", y nos gustó a las dos muchísimo. Casi nos agarra la lluvia, pero menos mal, llovió cuando estábamos en el cine. Es una macana que nuestro teléfono

no ande. Abuelito está bien también rezongando porque los pibes de al lado le hacían bochinche con unas motonetas.

María me compra casi todos los días dos choclos para no perder la costumbre y por la cara de nostalgia que a veces tiene me doy cuenta que te extraña mucho. Pero ya faltan pocos días, y todos estarán de vuelta.

Mami, quisiera que este beso grande que te mando, lo recibas como realmente sincero de mi parte y que de veras sepas hasta qué punto los he extrañado, y cómo corrió una gran lágrima de mí el día que se fueron, tal vez la misma que corra el día que lleguen.

Diana

PD: Traigan caracoles y las caras serenas y quemadas. El lunes estaremos todos para recibirlos. Es bueno saber que pronto regresan.

3

Bichi la vio parada en la entrada de la Sauce, frente al almacén en el que él se juntaba a tomar cerveza con sus amigos. Le llamó la atención el color de su piel. Beatriz, tan blanca, estaba bronceada. Detrás de ella apareció Miguel. Siempre era más fácil si estaba Miguel. Beatriz lo paralizaba. A él, que a los 17 años ya tenía mujer, una hija y nunca se inhibía frente a una chica, lo dejaba un poco tartamudo. “¿Por qué creés que vos vivís en la Sauce y otros, a unas cuadras nomás, viven en mansiones?”, le había preguntado Beatriz al poco tiempo de conocerse. La flaca me mira pero también

está mirando lo que pasa a mi alrededor. Me pregunta cosas pero a la vez se da cuenta de lo que pienso y no digo. Lo entiende todo. Eso sentía Bichi cada vez que estaba frente a ella. Con Miguel, en cambio, podía soltarse. Se habían hecho amigos en poco tiempo. Por esos días, Bichi lo invitaba a los corsos de Victoria, en donde les tiraban besos a las travestis y se mezclaban con murgueros. Si para Miguel eso era parte de una educación sentimental a contracorriente del racismo inculcado en su clase, para Bichi era la contracara de su iniciación en la militancia. Había sido por Miguel que a Bichi le empezó a interesar más hablar de política que de mujeres. Fue el día que lo vio con una pala limpiando la zanja y pensó: si este flaco, que podría estar en su casa pasándola bien, está acá ayudando, cómo yo no voy a hacer lo mismo por la gente de mi barrio. Y se puso a palear con él. Ese impulso inicial encontró su sostén teórico en una serie de lecturas que Miguel y Beatriz le fueron pasando. Empezó con *Actas Tupamaras*, el texto que recogía la experiencia de la guerrilla urbana uruguaya narrada por sus propios protagonistas. Había algo de espíritu justiciero, pero también de aventura, en esas páginas que lo encendían. Después siguió con *Pasaje de la Guerra Revolucionaria*, del Che, y con *Guerra del Pueblo, Ejército del Pueblo*, del general Giap. Sentía que apropiarse de palabras como plusvalía, explotación, imperialismo, táctica, estrategia o foquismo, lo acercaban a un ideal de militante y lo alejaban del prejuicio que asociaba a la villa con la ignorancia.

Hasta ese momento, Bichi, que se llamaba Leonardo Fermín Martínez, se sentía peronista simplemente porque había escuchado hablar de Evita desde chico. Su madre, correntina, la invocaba en voz baja, como a una santa. En cambio su padre, entrerriano, al llegar a la Sauce empezó a trabajar en la Municipalidad de San

Isidro para Melchor Posse, ya intendente, y se hizo radical. Lo único que le importaba al padre de Bichi era que su hijo estudiara, y al ver que a los 14 años le interesaba más vaguear, lo inscribió en la Escuela de Mecánica de la Armada, en donde duró sólo un mes. Bichi volvería unos años después, pero esposado y encapuchado. La relación con su padre se cortó cuando tomó un hacha y le dijo que estaba dispuesto a matarlo si volvía a levantarle la mano a su madre. El padre lo echó de la casa y Bichi recaló en lo de las travestis, tres amigas que vivían en un asentamiento cercano y que lo adoptaron como a un hijo. Ellas también le insistían para que terminara la secundaria. Pero a Bichi en ese entonces sólo lo entusiasmaba el fútbol, el bar, jugar a las cartas y estar con chicas. Incluso cuando conoció a Marisa, quien sería su mujer de toda la vida, en un carnaval, y con quien enseguida tuvo a su primera hija. En eso andaba Bichi a principios de los setenta cuando los chicos del otro lado de la avenida Centenario entraron en la villa.

Al regresar de Necochea, Beatriz y Miguel empezaron a ir todas las tardes a la Sauce. Sólo tenían que cruzar la vía y caminar quince cuadras. Mientras los punteros de Posse buscaban afiliar vecinos a la UCR con la marcha peronista de fondo, desde la unidad básica Capuano Martínez —empapelada con afiches de Cámpora— salían carretillas con arena, ladrillos y cal. Desde aquel momento y durante varios meses, en la Sauce se hicieron baños, techos y zanjas. Todos participaron. Beatriz se organizó con las mujeres para vender comida y juntar fondos para construir la garita de colectivo. También hicieron los pasillos. Los días de lluvia, esas falsas veredas se convertían en ríos de lodo que entraban en las casas y lo infectaban todo.

—No podemos vivir en este chiquero.

Se quejaban los vecinos en las reuniones en la Capuano a la que cada vez se sumaban más personas. Entonces alguien se acordó de que a pocos kilómetros de ahí, había una calera en la que depositaban residuos molidos de piedra. Era un polvo que fraguaba con agua y sal y que quedaba más duro que el cemento. Se consiguieron un par de chatas, voluntarios para cargar ese polvo que se metía por los bronquios y tachos de 200 litros para hacer la mezcla. En un par de semanas, los pasillos quedaron listos.

“Para que la gente se interese en la política, hay que hacer cosas”, pensaba Bichi. A esa altura, podía entender por qué Miguel y Beatriz estaban ahí. Y por qué eso mismo se repetía en otros barrios: Eduardito había empezado a ir a la Uruguay y a La Cava, y le insistía sin éxito a su novia, Sabrina, para que lo siguiera. Otros se habían acercado al Bajo de San Isidro, Boulogne, Villa Adelina, San Fernando. A veces Miguel y Beatriz iban a esas otras villas en las que Bichi tenía amigos y hacían reuniones, coordinaban trabajos y se pasaban material. También organizaban fiestas, siempre había alguna excusa para hacerlo. Esas noches, Bichi sacaba los parlantes a la calle, le cambiaba el nombre a la unidad básica por el de “Club Isidoro Cañones” y, no bien podía, la invitaba a Beatriz a bailar, que era bastante patadura. A veces chamamé a pedido de algunos vecinos, pero casi siempre rock. Cuando Bichi bailaba, no había nadie mejor que él.

Si a principios de 1973 los chicos de las clases medias y altas que se identificaban con la JP habían entrado en la villa, ahora eran ellos, los pibes de la villa, quienes querían ser parte de la militancia. Esa integración social y geográfica, con base territorial en los barrios pobres, sería parte del ADN de la Columna Norte. El mismo ADN díscolo y horizontalista que la enfrentaría con la Conducción

Nacional, especialmente cuando Galimberti tuviera a su cargo la Secretaría Militar y pasaran a llamarla las 3M: los Montoneros Más Malos.

Y aunque por esos días nadie se refería explícitamente a Montoneros, todos tenían la palabra en la cabeza. Más allá de la figura de Perón y de la Juventud Peronista como un manto que cubría a todo aquel que quisiera involucrarse en la militancia, pertenecer a una organización armada era considerado como un avance hacia un grado superior de compromiso.

4

—No pasa, este micro no pasa…

—Pero, oficial, ¿no se da cuenta de que traemos colchones y alimentos?

—El Ejército se ocupa de eso, ustedes no tienen nada que hacer acá. A ver si van dando la vuelta.

Zurditos de mierda. El Vasco escuchó cómo el soldadito, más joven que él, largaba la puteada por lo bajo. Junto con los compañeros de la unidad básica estaban en un micro algo destartalado a pocos kilómetros de la frontera con Santa Fe. Le habían pedido al chofer que tomara una ruta alternativa porque tenían la sospecha de que podían interceptarlos, cosa que sucedió de todos modos: el Ejército los esperaba en el camino secundario. El objetivo era llegar a San Justo, una localidad santafecina que unas semanas antes, el 10 de enero de 1973, había sido arrasada por el tornado más violento registrado en la historia del hemisferio sur hasta ese momento, con 63 muertos y más de 200 heridos. Una

tragedia así era la oportunidad de insertarse en el territorio. Y especialmente de sacudirse la modorra de enero, que les había aletargado un poco el ímpetu militante. Desde diciembre, mientras Estela ilustraba libros escolares sin descanso —había conseguido un encargo importante— el Vasco no había hecho demasiado. Sólo fabricado algunas artesanías en cuero para que unos amigos las vendieran en la Costa y mirado tele en la casa de Beccar hasta tarde los fines de semana. Desde *Abbott y Costello* hastas las películas de *Trasnoche sin cortes*.

Ahora se había puesto al mando de un operativo para desembarcar en la militancia real, eso que ansiaba todo joven de la JP. Mientras daban la vuelta, resignados, alguien se acordó de otra tragedia ocurrida unos días antes. Otro temporal había provocado la caída del paredón de una fábrica que lindaba con una villa, en Avellaneda. Trece personas habían muerto aplastadas dentro de sus propias casas. El micro encaró, entonces, para la zona sur del Gran Buenos Aires.

Así llegaron a Villa Argentina, que no era otra cosa que una franja de casitas de madera, chapa y cartón que se extendía entre el paredón desplomado y las vías del tren. Según un censo de 1973, allí vivían 300 familias en 180 casillas. Territorio dominado por el hombre fuerte de la UOM de Avellaneda, Herminio Iglesias —ya candidato a intendente, unos meses antes había desatado una balacera gangsteril durante un congreso del PJ contra Juan Manuel Abal Medina, secretario del movimiento peronista y hermano del fundador de Montoneros— la caída del paredón podía ser la puerta de entrada a la villa pero no aseguraba la permanencia. No sólo había que disputar el espacio políticamente, sino también evitar el “paracaidismo”. Para los habitantes de la villa, los de afuera eran

“los del asfalto”, y siempre lo serían. Había que identificar y aliarse, entonces, con un líder natural, capaz de movilizar a sus vecinos. Era la primera lección en el manual del militante que se lanzaba al territorio.

Uno de esos referentes naturales era Miguel Medina, un tucumano inquieto y atlético, que ya venía con cierta experiencia de militancia social. Había nacido en la capital provincial en una casa muy humilde pero donde se valoraba la lectura. Fanático de la historieta, siempre que aparecía algún ejemplar de *Hora Cero* en el kiosco, se lo compraba, sin imaginar que quince años después iba a conocer a su autor. Su madre, que había enviudado cuando él nació, trabajaba lavando ropa en las casas de la aristocracia tucumana. Cuando Miguel tenía 12 años, se vinieron a Buenos Aires para tratar al hermano mayor de una secuela que le había dejado la poliomielitis. Al llegar, el espacio que un familiar les había prometido en su casa, no era tal: terminaron en la habitación de un tío. Hermanos, primos, madres, todos hacinados en una casilla con piso de baterías de autos que exudaba sustancias tóxicas. Miguel, que venía con todas las fantasías de instalarse en una gran ciudad, miró a su alrededor y preguntó: “¿En serio, mamá, vamos a vivir acá?”. Nunca había visto una villa antes. A partir de ese momento, su madre se dedicó a hacer y vender pan y él, que había completado la primaria, ya no tendría posibilidades de seguir estudiando: debía trabajar. A los 16 se sumó a uno de los grupos de jóvenes que congregaba Jerónimo Podestá, en ese entonces obispo de Avellaneda, uno de los primeros en plantear una pastoral con fuerte contenido social. A fines de los sesenta, Podestá dejó los hábitos para casarse con Clelia Luro, una colaboradora de la que se había enamorado. Eso generó un escándalo no sólo en la diócesis sino a

nivel nacional y diluyó el trabajo de los grupos católicos en las villas por un tiempo. Recién para principios del 72 algunos jóvenes se volvieron a acercar a Villa Argentina. En ese entonces, ninguno de esos jóvenes lo convenció demasiado a Miguel.

Hasta que en medio de la tragedia del paredón, en la que una de sus hermanas resultó herida en la médula —iba a morir siete meses después— apareció este grupo de la JP comandado por el Vasco. Eran casi treinta. A los pocos días se les sumaron otros militantes de Avellaneda que habían empezado a reunirse en las unidades básicas de la zona y que no tenían más organización que el proyecto de armar una coordinadora que nucleara a los catorce barrios del partido. Entre ellos estaba Vicente, al que le decían Cocho y que se haría compinche del Vasco. Muchos años antes, cuando tenía 14, en el asado de un vecino había conocido a Raimundo y Rolando Villaflor, el Negro Granato, Juan Zalazar y Domingo Blajaquis, figuras de la Resistencia Peronista a quien Rodolfo Walsh inmortalizó en sus crónicas de 1968 compiladas en el libro *¿Quién mató a Rosendo?* Los viejos peronistas lo adoptaron como un joven heredero. Cuando él les decía que era el único de la JP en su barrio, ellos le respondían:

—Paciencia, que ya van a ser miles.

Cuando llegó a Villa Argentina, comprobó que tenían razón.

Desde un inicio, el Vasco se manejó como el líder. Lo primero que hizo fue recorrer Villa Argentina casa por casa. Le pidió a Miguel que lo presentara entre los vecinos. Todos los domingos, cerca del mediodía, se aparecía por la villa para sentarse a conversar. Exageraba su tonada correntina y llamaba a todos “chamigo”. A la tercera semana, ya lo esperaban con facturas, choripán o un vaso de vino. Y si se atrasaba, preguntaban por él.

—Negro, ¿cómo no le vas a aceptar un vaso a alguien que te recibe en su casa?

Lo retó un día a Miguel, que no había querido tomar vino a las diez de la mañana. A Miguel le causó gracia que el Vasco se sintiera más villero que él.

A partir de ese momento, si había un problema en el barrio, lo llamaban al Vasco para que lo solucionara. Y él se hacía cargo, pero a su modo. Podía conseguir cemento a punta de pistola para que un vecino terminara de hacer el piso de su rancho o plantarse frente a cualquiera que denigrara a alguien de la villa. Cuando se enteró de que en el hospital se negaban a entregarle el cuerpo de su hija a un vecino, el Vasco se presentó frente al director del hospital y apoyó el arma sobre el escritorio: le dieron el cuerpo y un cajón sin cargo. En otra ocasión le contaron que en la escuela habían rapado a una de las nenas de la villa porque tenía piojos y fue personalmente a decirle a la maestra que ni se le ocurriera volver a hacerlo. Esa mezcla de simpatía provinciana y matonismo guevarista lo hacía magnético. Las señoras lo adoraban y lo invitaban para que les contara historias de Corrientes, y los pibes chorros lo respetaban.

Alberto Seindlis, que también venía de la unidad básica del petit hotel, solía acompañarlo. Alto, peinado a la gomina y generalmente vestido con camisas celestes, era parejo en edad y un militante disciplinado que compensaba su seriedad con su facilidad para vincularse, de una manera llana. Le gustaba asegurarse de que todo ese palabrerío militante que se reproducía en documentos, libros y volantes, fuera accesible para la gente del barrio. Él se encargó de explicarle a Miguel qué era la plusvalía en pocas líneas:

—Un laburante trabaja ocho horas. Con que trabaje cuatro ya está, lo demás es plusvalía, un plus extra que se lleva la patronal.

En los meses en los que se reconstruyeron las viviendas, Alberto era el primero en llegar a la villa. A las siete de la mañana tocaba las puertas y arreaba a los hombres. Incluso los domingos, puteadas de por medio. También por eso, por su capacidad de trabajo, lo respetaban en el barrio: podía llevar y traer un carro pesadísimo lleno de material sin ayuda. Junto con el Vasco y Rudy no sólo serían los principales referentes de Villa Argentina, sino que quedarían unidos por las hermanas Oesterheld. Hacia 1973, sin embargo, aún faltaban unos años para que Alberto se enamorara de Marina.

Primero iba a conocer a Estela y a Diana, que a pesar de ya no ser parte estable del grupo, solía ir a la villa. A diferencia de otros ámbitos, en donde se hacía llamar Dina, la identificaban por su nombre y por su escaso protocolo a la hora de hablar.

—Che, Miguel, decile al Gordo que no es mi tipo, eh.

El Gordo era un vecino que andaba enloquecido con ella, pero Miguel prefirió hacerse el desentendido y le preguntó por qué.

—No te hagas el piola que vos sabés, ¿no ves que me desnuda cuando me mira?

Así era Diana. Así también podía ser Cristina, la mujer de Rulo, que iba en minifalda y era igual de potente y descontracturada. Eso, al Vasco, lo ponía nervioso. Algo de su ADN de caudillo correntino afloraba en ciertas situaciones.

—Mirá, mirá Rulo, cómo está vestida Cristina, tu mujer, decile que se tape un poco.

—Que se ponga lo que quiera, Vasco, no me rompas las pelotas. ¿O vamos a ser machistas?

—No es de machista, es para que nadie se confunda.

—Si quieren mirarla, que la miren, ella sabe cuidarse. Y si yo quiero mirar, también miro. Vos tampoco sos un santo, ¿no?

Rulo no creía en la fidelidad conyugal como un valor militante. El Vasco, en cambio, la predicaba, aunque después violara las mismas reglas que les exigía a los demás.

Pero por esos días de matrimonio apenas estrenado, daban la imagen de pareja ideal. Estela era la mujer dulce y comprensiva que equilibraba el costado visceral del Vasco. Ella era la que cocinaba guisos horribles y aguados en las peñas, y también la que podía seguir una discusión hasta el final sin levantar la voz pero con argumentos irrebatibles. La que amasaba pan con la madre de Miguel y la escuchaba durante horas, en admirable resistencia a su locuacidad, y también la que organizaba a las mujeres en los actos. La del poncho rojo y una gran panza de embarazada que alguna vez, junto a Cristina, se hizo pasar por abogada para sacar de la comisaría a un par de compañeros a los que habían detenido por hacer una pintada.

El 8 de febrero de 1973, una semana después del derrumbe del paredón, el campamento de la JP se instaló en un terreno en el fondo de la villa. Una gran carpa hacía de comedor y centro de reuniones. Otras, de habitaciones para quien se quedara con su bolsa de dormir. En el medio estaba el fogón. A media mañana se desayunaba choripán con un vaso de vino, a la tarde se picaba piedra para mezclar con cemento y hacer los contrapisos del barrio y a la noche se guitarreaba.

La inauguración oficial fue unos días después del desembarco. Hubo baile y vino barato, hasta que a medianoche alguien pidió que se dijeran unas palabras y Miguel Medina se mandó. Algo nervioso, agradeció que se hubieran acercado a ayudarlos, habló de la

solidaridad, de Perón, de recuperar la dignidad, y de muchas otras cosas que luego le iba a ser imposible recordar. Pero supo que había estado bien porque al terminar, todos se acercaron a felicitarlo.

El paso siguiente, como estaba sucediendo en todas las villas, era armar una junta vecinal. Miguel encabezó la lista. Con 25 años, le ganó la presidencia por 112 votos contra 86 al otro candidato, un puntero de Herminio Iglesias.

El día de la elección, los vecinos vitoreaban el nombre de Miguel mientras lo llevaban en andas. Emocionado, Alberto miraba la escena desde un costado, y cuando finalmente Miguel pudo pisar el suelo, se le acercó.

—Una vez me dijiste que desde que vinimos a la villa aprendiste muchas cosas, pero yo no voy a poder enseñarte nunca lo que vos generaste hoy. ¿Sabés cómo se llama eso? Amor de la gente y eso nadie te lo enseñó. Eso ya era tuyo.

—Boludo, me vas a hacer llorar.

—Es verdad, compañero. Esto es algo muy grande para nosotros. Un gran aprendizaje.

A la par de los trabajos en la villa, se desarrollaba la campaña presidencial. El peronismo no tenía competencia real, pero algunos opositores hacían sus intentos basados en cálculos que subestimaban el campo popular y la premisa de que entre los pobres, todo voto tiene su precio.

—Van a venir los de Nueva Fuerza, esos de Chamizo Ondarts. ¿Qué hacemos? —les dijo una mañana Miguel.

—Ustedes, los que están con nosotros, borrensé —indicó el Vasco—. Que se quede la gente común y que les acepten la guita. Después la usamos para hacer cosas en el barrio.

El “nosotros” todavía era una palabra delimitada por el ancho universo de la JP. Pero le faltaba un encuadre. La mayoría del grupo estaba a la espera de que alguna organización armada los contactara oficialmente.

Sucedió una tarde después de la elección de Cámpora y tuvo el tinte épico de un western. Un hombre de anteojos y pipa les dio una cita junto a las vías, en una zona descampada. Cuando llegaron al lugar, se pararon en fila. Habían ido el Vasco, Rulo, Alberto y su amigo Osvaldo, cuyo verdadero nombre era Armando Peremiansky. Parecían un pequeño ejército irregular uniformado con el bigotón crecido hasta las comisuras de los labios, el paquete de cigarrillos negros en el bolsillo de la camisa a cuadros, los jeans acampanados y el fierro en la espalda. Del otro lado, la figura se fue acercando, hasta que se paró a cierta distancia. Fue breve: a partir de ese momento se iban a incorporar a la organización, les dijo. Hablaba de FAR. Él haría de enlace y ellos pasarían a ser parte de una Unidad Básica Revolucionaria, UBR. Era el eslabón más bajo del encuadramiento.

Las conversaciones para la fusión de FAR y Montoneros ya estaban avanzadas pero, por el momento, cada organización seguía incorporando cuadros a sus filas. Ese potencial sería, además, una carta de negociación de espacios de poder en la composición de la Conducción Nacional. Entre Montoneros y FAR, el grupo del Vasco prefería a esta última: la de Carlos Olmedo, Roberto Quieto, Julio Roqué y Marcos Osatinsky. Básicamente porque se reconocían más de izquierda que peronistas.

A los pocos días, izaron una bandera en el campamento, junto a la carpa mayor de la villa. La abuela de uno de los militantes, Pablo Masciángelo, le había bordado la estrella de cinco puntas en

lentejuelas rojas. Cada vez que veían los destellos en la tela, les daba ataques de risa.

5

Ya era de noche y de a poco la casilla de Teodoro Urunaga, en la Villa 21 de Barracas, conocida entonces como Padre Kaplan, se empezó a poblar. Adriana Fazzio iba por primera vez y sospechaba que el resto de los asistentes también. Ella estudiaba Trabajo Social y hacía unos meses que había recalado junto a su novio en una unidad básica en avenida Entre Ríos y avenida Belgrano. Desde allí la destinaron a la villa. Sentados en las camas que oficiaban de sillones, también estaban otros jóvenes profesionales que integraban los Equipos Político Técnicos que la Tendencia enviaba al territorio. La que abría y cerraba la puerta, sonriente y enérgica, era Diana, quien los recibió como Dina. Había llegado un par de meses antes, después de una gran inundación, y ya era la referente entre los vecinos. Si bien motorizaba varias actividades, esa noche sólo les contó sobre la escuela para adultos que planeaban instalar junto con la Dirección Nacional de Educación del Adulto, DiNEA, en uno de los galpones del ferrocarril. Y se entusiasmó cuando uno de ellos, que era abogado, explicó los detalles de la consultoría jurídica gratuita que brindaba en los barrios junto a un grupo de colegas. No bien terminó de hablar, Diana coordinó una próxima reunión, se frotó las manos y lo miró a Teodoro, el dueño de casa.

—Vamos a hacer un quilombo bárbaro, vamos a hacer de todo.

Teodoro era extremadamente organizado. Trabajaba como maestro mayor de obra y al terminar su jornada, destinaba gran

parte de su tiempo a mejorar las condiciones de vida en el barrio. Allí tampoco tenían luz eléctrica, cloacas, atención médica ni agua corriente. Sólo funcionaban dos canillas públicas para cinco mil familias. Pero Teodoro estaba especialmente obsesionado con hacer un dispensario que tuviera una puerta de vidrio. Entre tanta madera y chapa, el vidrio era símbolo de un futuro prometedor. Para él, que había logrado salir de la extrema pobreza en Paraguay y podía ahora con sus 25 años alimentar a su mujer y a su hija, el futuro siempre sería mejor si mediaba el esfuerzo colectivo. No le interesaba alinearse detrás de un partido político, sólo exigía a los vecinos tanto como a sí mismo.

—Sean puntuales. El domingo a las ocho de la mañana los quiero ver acá, no lleguen ocho y un minuto porque puede ser peligroso.

Impostaba rigidez al convocar a los adolescentes que colaboraban con las tareas para la villa aunque solía terminar la frase guiñándole un ojo a Diana sin que ellos lo vieran.

Llamada peyorativamente la Villa de los Paraguayos, los hombres solían trabajar en la construcción o en las fábricas de la zona como los Talleres Metalúrgicos TAMET, la alimenticia Sasetru o la cementera Alegre Pavimento, y las mujeres, como empleadas domésticas. Como en los demás barrios, organizaron una junta vecinal y Diana participó activamente de la campaña que le ganó la elección a los comunistas. “Vote Amarilla que es la lista de la villa”, vociferaba con el megáfono por los pasillos: Teodoro fue elegido presidente, Ricardo Gamarra Ortiz, vicepresidente y Oscar Zalazar, tesorero. Acondicionaron una pequeña casilla de madera en la calle Labardén al 1200, la llamaron Casa Amarilla, y se convirtió en el epicentro del barrio. Allí Vicky Walsh y otras compañeras daban apoyo escolar a los chicos.

Diana no paraba. Los vecinos la veían risueña y tierna, pero también exigente. Atributos ideales para que en poco tiempo se convirtiera en un cuadro político de Montoneros dentro de la villa.

Para ese entonces, la organización comandada por Firmenich tenía su cara visible en las agrupaciones de masas que reflejaban las demandas de los diferentes frentes sociales. A la JP Regionales que durante 1972 había territorializado la militancia en los barrios, se sumaron la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la Agrupación Evita, el Movimiento Villero Peronista (MVP) y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). En conjunto, eran conocidas como la Tendencia Revolucionaria del Movimiento Peronista.

La Villa 21 era una de las 450 que integraba el Movimiento Villero a nivel nacional. Se ubicaba entre el Riachuelo y las avenidas Vélez Sarsfield, Juan de Garay y Boedo. La responsable política de la zona era Laura Di Doménico, a quien todos conocían como la Gallega Pilar.

La unidad básica más cercana a la villa estaba en la esquina de José A. Cortejarena e Iguazú, en Parque Patricios. Allí, un grupo de abogados —profesores adjuntos en la cátedra de Abel Fleitas Ortiz de Rozas, de la Facultad de Derecho de la UBA— habían instalado una consultoría jurídica gratuita. A partir del contacto con Diana, se enfocaron en la situación de los inmigrantes. Fue ella quien planteó que en la villa era necesario empezar por la radicación de los extranjeros. Urgía legalizarlos para que pudieran demandar mejores condiciones laborales. Como tenían llegada directa a Lelio Mármora, director de Migraciones de Cámpora, pudieron avanzar sin rodeos. Encargaron la logística a Teresa Godoy, una jovencita paraguaya

que tenía que completar los expedientes de cientos de vecinos en una mesa improvisada en una vereda de la villa. También comandaba colectivos repletos de extranjeros que partían de madrugada hacia las oficinas de gobierno. Radicaron a habitantes de barrios cercanos e incluso a paraguayos indocumentados en su propio país. El trabajo era un éxito y a Diana se le ocurrió ir por más: consiguió evitar el traslado de los vecinos logrando que personal de Migraciones se instalara en la villa para agilizar los trámites junto a Teresa.

Teresa Godoy había llegado a Buenos Aires a sus 15 años, en 1969. Sus padres la habían enviado con una familia de descendientes alemanes para que pudiera estudiar y evitar el futuro de trabajo rural al que solía estar condenada la hija de un campesino paraguayo en Misiones. Pero una vez en la ciudad, sus responsables la sometieron como empleada doméstica y Teresa buscó refugio en la casa de una amiga, en donde la adoptaron como una más de la familia. Pudo ir a un colegio nocturno, estudiar francés y cursar dactilografía en la Pitman. Al poco tiempo, había entrado como empleada en una fábrica de envases de medicamentos, primero como operaria y, después, como administrativa. A principios de 1973, cuando parecía que todas sus dificultades iniciales estaban superadas, sus padres le avisaron que se habían venido a Buenos Aires y que estaban viviendo en la Villa 21. La primera vez que los visitó, sintió desprecio. Por ellos, por todos los que vivían hacinados ahí. Ahora tenía un sueldo, se vestía a la moda, usaba minis y botas, no tenía nada que ver con ese mundo. Quiso convencerlos para que se mudaran, pero no tuvo éxito. Ellos se sentían parte de esa comunidad y, además, su madre había empezado a colaborar con la JP.

Cada vez que Teresa los visitaba, su mamá le insistía para que conociera a sus nuevos amigos. Le decía que eran médicos, odontólogos, abogados, sociólogos. Rociaba con agua el piso de tierra de la casa para que no levantara polvareda y los recibía con mate y tortas fritas. Así fue cómo Teresa tuvo su primer encuentro con Diana. Conversaron durante horas. Esa chica estaba empecinada en hacerle entender que la causa de la miseria radicaba en las políticas económicas, y la solución, en la organización y acción colectiva. Después comprobó que hacía lo mismo con los vecinos: se esforzaba para que entendieran el por qué de cada situación. Si a la ronda de mates se acercaba una señora que se quejaba del maltrato de su marido, trocaba el consuelo por una diatriba contra el machismo y el lugar de la mujer en el mundo capitalista. Pero a diferencia de algunos militantes que podían engolarse con discursos teóricos, ella apelaba a lo emocional, a lo concreto y cotidiano. Después de días de charla, Teresa no sólo dejó de pensar que debía sacar a su familia de la villa sino que se instaló con ellos en un cuartito. Y empezó a militar.

Con Diana se hicieron muy amigas y una tarde le preguntó si no quería ser asistente de un escritor que necesitaba alguien que supiera tipear a máquina, bien y rápido. Teresa aceptó y desde ese momento su tarea sería retirar casetes de la editorial Columba, donde ese hombre tan amable la sentaba frente a su escritorio mientras él terminaba la historia. A veces veía cómo garabateaba en un papel. Otras, cómo cerraba los ojos y narraba frente al grabador como si dentro de su cabeza se estuviera proyectando una película. En el medio de la aventura había referencias a planos, indicación de diálogos y su famoso punto, punto, punto. Así le decía Héctor a los puntos suspensivos.

—Eso que escribís parece magia negra.

Le decía su papá mientras ella desgrababa. Cuando los casetes había que retirarlos en Beccar, uno de los hermanos menores de Teresa le hacía de cadete. Entonces Héctor lo esperaba con un sándwich y un vaso de jugo.

Una tarde Diana le confesó quién era ese señor con modales de abuelo. Y Teresa entendió por qué se sentía tan a gusto con él.

6

El 11 de marzo de 1973 Beatriz no votó —recién en septiembre de ese año iba a cumplir los 18—, pero fue con Héctor y Miguel a festejar a Santa Fe y Oro, en el barrio de Palermo, el triunfo de Cámpora. Desde el balcón de ese departamento en el que funcionaba el búnker camporista, Miguel Bonasso, secretario de Prensa durante la campaña, anunció la victoria del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) y nombró a los militantes caídos en esos años.

—¡Presente!

Le respondían desde abajo, con brazos en alto y manos en V.

La expectativa final estaba puesta en el 25 de mayo, el día en el que un presidente peronista volvería a la Casa Rosada después del 55. Si desde aquel golpe los gobiernos de facto se habían aliado a los monopolios extranjeros mediante la cesión de recursos naturales, la desnacionalización de industrias y la sobreexplotación laboral y el endeudamiento —Lanusse se iba dejando una deuda externa de 6.500 millones de dólares—, la figura de Cámpora significaba recuperar las banderas que las bases peronistas habían

levantado en los años de resistencia. Esas que se formularon en el plenario de la CGT de los Argentinos —la central obrera que reunía a los gremios que no habían negociado con los gobiernos de facto— en 1968, y que contemplaban la protección de la industria nacional, la reforma agraria, la nacionalización de la siderurgia, el petróleo, la electricidad, la carne y el sistema bancario, el repudio de la deuda externa contraída en esos años y, especialmente, la subordinación de las Fuerzas Armadas a un Estado Popular.

Todo eso se cifraba para la izquierda peronista en Cámpora, el hombre fiel a Perón que iba a asumir en el aniversario de la Revolución de Mayo con una impronta mucho más tímida que la esperada. En cambio, para el peronismo que, reivindicando su lealtad al líder, sostenía los principios de la Tercera Posición y proclamaba la patria peronista frente a la patria socialista, iba a representar una derrota dentro del movimiento.

En las villas, como en casi todas las unidades básicas, estuvieron de vigilia. En la Sauce pintaron banderas improvisadas en sábanas que donaron las vecinas. Beatriz no se quedó para no tener otro motivo de enfrentamiento con Elsa. Todavía intentaba conservar cierto equilibrio familiar. Simplemente se levantó antes de que amaneciera, se puso los jeans acampanados, las botas con algo de taco que le daban un poco más de altura, un abrigo marrón, se cruzó su cartera y bajó a la cocina. Héctor ya estaba ahí. Salieron juntos. En la esquina se les unieron Miguel y Pablo, que había venido de Misiones. Cuando llegaron a la unidad básica Ramón Cesaris, en Rolón y José Ingenieros, Miguel recibió el brazalete de la JP.

Desde hacía un par de meses, la Cesaris se había convertido en el centro neurálgico de los militantes de zona norte. Ahí estaban

ahora los de la Sauce, La Cava, la Uruguay, San Isidro, Boulogne y Beccar. Los vecinos de las villas y los chicos de los grupos cristianos de la Catedral. Todos avanzaron por José Ingenieros hasta la estación. En el camino, como una columna imantada, se les sumaban más personas. Lo hicieron los trabajadores de la metalúrgica Del Carlo y los de la autopartista Fitam, también los de las textiles Copet y Vucotextil. En el tren tuvieron que amontonarse. Los vagones venían repletos. A Héctor le cedieron un asiento junto a la ventanilla. Cada tanto sacaba la cabeza y el viento le sacudía el pelo blanco.

Cuando Beatriz y Miguel saltaron al andén en la estación de Retiro, sintieron en el cuerpo el sonido atávico de los bombos y redoblantes, que se expandía en esa estructura de acero monumental. Se miraron con vértigo y se sintieron parte de un ejército invencible.

Los militantes de la Ramón Cesaris ya estaban en la calle a la espera de que la columna avanzara desde Retiro hasta Plaza de Mayo cuando vieron pasar a Antonio Cafiero enfundado en un traje impecable y con el pelo engominado hacia atrás. En la Sauce lo conocían porque el dirigente peronista solía ir a una cancha de fútbol armada en un terreno en el fondo de la villa. Ahí se juntaban a jugar y a comer asados un grupo de políticos, empresarios y militares retirados de la zona. Cuando entraban por la calle principal, tiraban monedas desde las ventanillas de los autos. Y cuando les faltaban jugadores, invitaban a alguno de los vecinos. En ese momento, Cafiero se dirigía a la Casa Rosada como uno de los 800 invitados especiales a la asunción, una masa ecléctica y peronista con infaltables como José Francisco Sanfilippo, Chunchuna

Villafañe, José Ignacio Rucci, Irma Roy, Carlos Mugica y Pino Solanas.

De pronto, Bichi escuchó el silbido de un megáfono y una voz conocida que anunciaba que en pocos minutos iban a avanzar por Florida, que se mantuvieran dentro de la columna. La voz era la de Miguel, que subido a un monumento y con sus 18 años, organizaba a una multitud. Al anuncio le siguió otro estallido de bombos y redoblantes. En ese momento, Miguel se bajó de la estatua y con aerosol pintó una lanza y un fusil. Cuando en el 79, antes de romper con la organización, volvió clandestino al país, el símbolo montonero seguía ahí, apenas borroneado.

Llegaron a la plaza eufóricos. Mientras marchaban hacia uno de los vértices de la Casa Rosada, la columna empezó a hacer presión contra los cadetes de Marina que habían formado un cordón por Avenida de Mayo. A centímetros de los uniformes y de las bayonetas caladas, jóvenes que habían crecido con los militares en la calle gritaban “Se acabó la represión”, frase celebratoria que duró sólo unos minutos. Cuando empezaron los gases, a Miguel se le aflojaron las piernas y se le nubló la vista. Pablo y Beatriz lo sostuvieron para que no cayera al piso. Cuando reaccionó, se miró la mano: no se había desvanecido por la represión policial sino por un aerosol de pintura que había explotado. Ahora todos corrían, se caían, se tapaban la cara. Bichi lo vio a su vecino, el Gordo Mingo, desplomarse sobre un carrito de sándwiches. También vio, mientras trataba de proteger a un grupo de mujeres, cómo alguien empujaba el carro con el Gordo Mingo adentro.

Hasta que, de pronto, los disparos y los gases cesaron. Fue Leonardo Bettanin, diputado electo por el Frejuli, quien anunció que las Fuerzas Armadas y la policía se retiraban de la Plaza. A partir de

ese momento, la seguridad del acto quedaba en manos de la JP. Miguel se acomodó el brazalete rojinegro. Había dejado de ser blanco de balas y gases, para pasar a custodiar a sus compañeros.

Finalmente, a la una y media del mediodía, Lanusse entró en el Salón Blanco de la Casa Rosada para entregarle el bastón de mando a Cámpora, que lo recibía escoltado por sus pares de Chile, Salvador Allende, y de Cuba, Osvaldo Dorticós. Mientras las cámaras del cineasta cubano Santiago Álvarez registraban el paso de mandato, la Marcha Peronista retumbó en el edificio. La estaban cantando afuera, y también adentro. Lanusse, inmutable, la escuchó entera, con la estrofa montonera incluida: “Ayer fue la Resistencia / hoy Montoneros y FAR / y mañana el pueblo entero / en la guerra popular”. Después, el hombre que había soñado con ser el nuevo Perón, se subió a un helicóptero y dejó la Casa Rosada.

Ésa fue la primera vez que Beatriz escuchó a su padre entonar la marcha.

7

A partir del 25 de mayo de 1973, quienes militaban en un frente de masas esperaban ser incorporados a Montoneros. Algo que la organización había empezado a hacer desde 1972 de manera selectiva y que se volvió vertiginoso después de la elección de Cámpora y la posterior fusión con FAR. Fue lo que se llamó “el engorde” y significó, básicamente, la capitalización por parte de Montoneros del trabajo de base de los militantes inorgánicos. Todo aquel que tuviera algún tipo de capacidad de movilización en las agrupaciones de superficie probablemente tuviera su

encuadramiento en la estructura clandestina y pasaría a integrar, como primer paso, una UBR. Era el eslabón más bajo del encuadramiento y estaba formada por aspirantes que dependían de un oficial. Ese oficial, a su vez, integraba una Unidad Básica de Combate (UBC). Las UBC reportaban a una Columna y las Columnas a su Regional. Por encima de todo estaban el Consejo Nacional y la Conducción Nacional.

A Miguel le llegó la cita en la Cesaris. Fue Tito, el delegado de la JP que le había entregado el brazalete el 25 de mayo, quien lo citó en el Jockey Club de San Isidro. La tradicional confitería y lugar de reunión de la aristocracia de zona norte se había convertido en una oficina montonera camuflada según la lógica que rezaba que, para pasar inadvertidos, había que mimetizarse.

—Soy de Montoneros y queremos que vos y tu compañera se incorporen a la orga. Sabemos el trabajo que hicieron en la villa, nos interesa que se sumen.

Tito se lo dijo sin preámbulos. En ese momento Miguel sintió que finalmente su militancia empezaba a ser valorada. Con Beatriz lo habían hablado y estaban de acuerdo: la lucha armada era la alternativa de cambio. El gobierno de Cámpora implicaba sólo un paréntesis, una tregua.

Su oficial responsable sería Jorge Todesca, en ese entonces un militante enjuto que estaba por egresar de la Facultad de Economía. En la superficie, y como parte del doble encuadre, seguirían como miembros del Movimiento Villero Peronista. Miguel salió eufórico de la reunión. Pero la reacción de Beatriz, al escuchar la propuesta, no fue la misma.

—Pero por qué nos llaman sólo a nosotros dos y no a Bichi, por ejemplo. ¿Qué pasa con los de la villa?

Miguel le dijo, con ingenuidad, que seguramente los sumarían luego. No tenía modo de darse cuenta de que el verticalismo de Montoneros reproducía la misma lógica de clase que pretendía combatir. Los villeros rara vez ingresarían a la estructura como miembros orgánicos. A partir de ese día, dejaron de usar sus nombres. Eligieron ser Cacho y María y todos empezaron a llamarlos así. También pasaron a compartir un ámbito con Alfredito, que militaba en la San Cayetano, una villa pegada a la Sauce, y con Rosita, algunos años mayor que ellos y de las más activas en la Cesaris. A pesar de que como ella, paleaban una zanja o tomaban mate con los vecinos, también compartían su origen social.

Alfredito se llamaba Ricardo Lañin y había crecido en una familia de clase media del barrio porteño de Paternal. Se había vinculado con las FAL al entrar en la Facultad de Filosofía y Letras y cuando vio que la izquierda no llegaba a comprender el fenómeno que generaba el regreso de Perón, pidió un enganche con el peronismo. Lo enviaron a una unidad básica de San Fernando. Su primera tarea fue armar bombas caseras con latas, gelamón, una mecha, un detonador, un fusible y poxipol. Como una suerte de enlace entre la resistencia peronista y Montoneros, las bombas servirían para cortar las líneas del Ferrocarril Mitre y alentar una insurrección popular en caso de que se impidiera el regreso de Perón aquel 17 de noviembre. Alfredito fue a Ezeiza y, como todos, volvió empapado y sin haber visto a Perón. Al día siguiente le dieron un nuevo destino: la unidad básica Ramón Cesaris. Rosita había sido la encargada de montar la Cesaris por pedido de Montoneros. Rubia, de ojos claros, enérgica, y de ánimo risueño, se llamaba Ana Soffiantini, era de Chivilcoy y había arrancado su militancia estudiantil en el PC. Su novio de entonces era peronista y se burlaba de su militancia

comunista, le preguntaba cómo podía ser que en su partido hablaran de proletariado y después se refirieran a los laburantes como negros de mierda. Un par de discusiones le alcanzaron a Rosita para cambiar a Lenin por Perón. Además, su novio no era simplemente un militante de la JP: tenía contactos con Juan García Elorrio, director de *Cristianismo y Revolución*, y era íntimo amigo de los hermanos Lizaso, de Julio Troxler y del grupo de la Resistencia de la unidad básica de Munro. Al poco tiempo del Aramburazo, Montoneros los contactó para incorporarlos. La cita fue con Firmenich, que apareció con una curita en la mejilla: el país estaba empapelado con su foto y su marca más reconocible, un lunar, podía delatarlo. A partir de ese momento, la zona de militancia de Rosita sería el norte del Gran Buenos Aires. Ahí conoció a Luis Onofri, el Loro, con quien finalmente formó pareja después de separarse de su novio Miguel Omes, luego asesinado por la Triple A.

Desde Montoneros les encargaron al Loro y Rosita que abrieran una unidad básica en zona norte para absorber el trabajo territorial que la JP había empezado a hacer en los barrios y villas. Lo hicieron junto a Tito, delegado de San Isidro. El lugar elegido fue un local sobre la avenida José Ingenieros, casi Rolón, en Beccar. Era un punto estratégico entre La Cava, la Sauce y la Uruguay. Le pusieron Ramón Cesaris, por el estudiante del Nacional Buenos Aires que la policía había matado unos días antes en el acto en William Morris.

El alma máter de la Cesaris iba a ser Plácido Ranno, a quien bautizaron como el Tío. Peronista de la Resistencia, jubilado de Obras Sanitarias, vivía solo en un chalet en frente de la unidad básica y había salido como garante del alquiler del local. Desde el primer día, el Tío ofreció su casa como una extensión de la Cesaris.

Se convirtió en un padre adoptivo y quien quisiera, podía cruzarse a toda hora a su cocina. Ahí Rosita aprendió a comer entraña a la plancha y Beatriz, que siempre tenía frío, tomaba café. También ahí se juntaban al final del día con guitarra y vino a inventar canciones. O se quedaban toda la noche de guardia, en tiempos en los que las unidades básicas se volvieron blanco de ametrallamientos y atentados por parte de la Triple A y en la Cesaris pusieron dos bombas —el 13 de diciembre de 1973 y el 28 de mayo del año siguiente— que destruyeron el frente del local. En los dos casos, el Tío se presentó en la comisaría para hacer la denuncia, lo que iba a quedar registrado en un informe de la Dirección de Inteligencia de la policía de la provincia de Buenos Aires.

Hasta el pase a la clandestinidad de Montoneros en septiembre del 74 —que obligó a levantar los lugares de superficie—, gran par te de las operaciones, romances, separaciones y peleas de la Columna Norte tendrían su génesis en la Cesaris. Y, también, en lo del Tío, quien iba a desaparecer en abril del 77.

8

Un grupo de periodistas se había concentrado en la puerta del diario *La Opinión*, en pleno microcentro. Era principios de junio y hacía una semana que el diario no salía. A su director, Jacobo Timerman, se le había metido en la cabeza que Montoneros iba a tomar el diario para convertirlo en una cooperativa. Por eso, cuando la comisión interna le reclamó por aumentos de sueldo y por un despido, el hombre reaccionó de un modo salvaje. Quería, dijo, que los supuestos complotados y el gobierno que estaba por asumir

recibieran un mensaje claro: él no se iba a dejar tocar por nadie. No sólo rechazó el pedido de los delegados, sino que prohibió las asambleas en el horario de trabajo. Los empleados, entonces, quitaron sus firmas y decidieron trabajar a reglamento. Timerman redobló la apuesta: directamente declaró un lockout y recién lo levantó once días después, por orden de una conciliación obligatoria. Eso no evitó que los periodistas Juan Gelman, Silvia Rudni, José María Pasquini Durán, Carlos Ulanovsky, Aníbal Walfsich, Gabriel Zadunaisky y dos telefonistas —Diana Guerrero y María Cristina Suárez— recibieran su telegrama de despido.

—Che, mirá, nos apoya hasta Ernie Pike. ¿Cómo se llama ese tipo?

—Oesterheld.

Miguel Garaycochea, del gremio de canillitas, el mismo que había fundado el MRP con Gustavo Rearte y ahora era uno de los armadores de la JTP, reconoció al personaje entre las casi cincuenta personas que gritaban consignas y sostenían carteles en la puerta de *La Opinión*. Carlos Aznarez, que trabajaba en la revista *Primera Plana* —también fundada por Timerman— le sopló el nombre y se detuvo en el aspecto de Héctor: llevaba un sobretodo gris y los zapatos negros recién lustrados. Le llamó la atención la elegancia del calzado, que contrastaba con un carpetón de cuero algo ajado que rebosaba de papeles debajo de su brazo.

Aznarez y Garaycochea también usaban la unidad básica Juan José Valle, la del petit hotel, para reunirse con el incipiente grupo del Bloque Peronista de Prensa. Ahí habían colgado un afiche con la cara de Timerman y la leyenda “Buscado, va a morir en fuego cruzado”. Paradójicamente, en tres años Timerman pasaría de aliado de las dictaduras y detractor de Montoneros, a detenido-

desaparecido y luego denunciante internacional del terrorismo de Estado.

Aznarez se lo volvería a cruzar a Héctor en otros actos en los que además de hablar sobre historieta, tenían largas charlas de política. En realidad, era Héctor el que le preguntaba sobre su militancia.

—No sabés lo que a mí me hubiera gustado avisparme un poco antes. Contame de los años de la Resistencia.

Héctor estaba fascinado con la historia de Aznarez, que en ese entonces tenía 26 años. Precoz, había arrancado a los 13 con los famosos enfrentamientos de “Laica o Libre”, desatados por la puesta en vigencia del artículo de un decreto de la Revolución Libertadora que habilitaba a las universidades privadas que se acababan de crear, como la Católica y la del Salvador, a expedir títulos universitarios habilitantes. También había sido parte de la primera UES y del MRP. Ya como periodista, había trabajado en *Cristianismo y Revolución*. A eso se sumaba que en 1971 había estado seis meses preso por un atentado fallido y que allí, en la cárcel, se incorporó al FAP-Peronismo de Base. A principios de los setenta, había empezado a militar en prensa, en la agrupación 26 de julio junto con Vicky Walsh —y después con Rodolfo, su padre—, que se desmarcaba de la burocracia sindical y cuestionaba la táctica del péndulo de Perón que iba de los burócratas a los trabajadores de a pie.

En eso estaba Aznarez, incorporando periodistas al Bloque Peronista de Prensa, la agrupación gremial dentro de la JTP, cuando en un acto en una sede de SMATA en homenaje a Evita, le deslizó un comentario a Héctor.

—Viste que estamos armando una agrupación de prensa con los compañeros, para hacerle frente a los burócratas de nuestro gremio,

no sé si…

—Sí, sí, algo me comentaron.

—Debés estar con mucho trabajo, ¿pero no te gustaría venir a alguna reunión?

—Puede ser, estoy con ganas.

Hacía un tiempo que Diana le decía que tenía que pasar de la teoría a la acción. Y Diana podía ser realmente insistente. A los pocos días de aquella charla con Aznarez, Héctor se sumó a las reuniones que a veces se hacían en la sede del Sindicato de Publicidad y otras, en la Asociación de Periodistas de Buenos Aires. Allí se encontraban Lilia Ferreyra, Silvia Rudni, Jorge Bernetti, Rubén Caletti, Yaya Ascone, Jarito Walker, Luis Bruschtein y Miguel Bonasso, entre otros. Uno de los que nunca faltaba era Mempo Giardinelli, quien también ofrecía su casa. Fanático de la historieta, lo conocía a Héctor porque tres años antes lo había entrevistado en Beccar. En aquella ocasión habían hablado de los rosales que Héctor cultivaba en el jardín. La noche que lo vio sentado en el living de su propia casa en medio de ese grupo juvenil de periodistas combativos, Mempo volvió a preguntarle por las flores, como para sacar algo de conversación. Al principio, en esas reuniones Héctor permanecía callado y sólo daba su opinión si se lo pedían. Y eso resultaba sospechoso: los ideales revolucionarios eran propiedad de los jóvenes y un hombre mayor despertaba todo tipo de conjeturas. “¿Alguien sabe cuántos años tiene?”, “me dijeron que desde hace años que milita en el PC”. En el mano a mano, sin embargo, pocos parecían tan comprometidos con el peronismo como Héctor.

Al año siguiente, Mempo iba a abandonar las reuniones. Se lo volvió a cruzar a Héctor en editorial Columba, en donde lo habían contratado como *ghost writer* para novelar al *Sargento Kirk*. Ahí, en

el quinto piso del edificio de Riobamba y Sarmiento, Héctor tenía su oficina. Volvieron a hablar de historieta y también de política, pero sin entrar en detalles. El último encuentro sería en el otoño de 1976. La ciudad se había transformado en un escenario oscuro y vigilado. Mempo tenía que entregarle un capítulo de aquel Kirk novelado y se encontraron en un bar de microcentro. Antes de sentarse en una de las mesas del fondo, Héctor miró hacia todos lados. Mempo sintió que era un blanco móvil. Y, también, que había pasado un siglo desde aquella noche en la que se apareció en la reunión del BPP con un ejemplar de *El Descamisado* bajo el brazo, abrió la revista en una doble página ilustrada y les preguntó qué les parecía.

9

Cuando Ricardo Grassi vio a ese hombre de nariz partida en la puerta de su oficina, empezó a rastrearlo entre imágenes mentales: lo encontró en sus lecturas adolescentes, dibujado por Pratt. Ricardo era el codirector de *El Descamisado*, que todavía no había salido a la calle. Su debut estaba previsto para el 22 de mayo, tres días antes de la asunción de Cámpora. Montoneros lo había elegido para armar el semanario porque reunía su condición de militante encuadrado —venía de la organización Descamisados—, con la de joven profesional con reconocimiento: ese mismo verano lo había entrevistado a Perón en Madrid para el diario *Mayoría* y había tenido sus cinco minutos de fama. Ahora, junto a Yaya Ascone y Jarito Walker, estaban a punto de lanzar la revista que funcionaría como órgano de difusión legal y de referencia para la militancia de la JP desde el 22 de mayo de 1973 hasta el 8 de abril de 1974.

Jarito propuso incluir una historieta en la revista y sugirió que se la pidieran a Héctor. A Ricardo le pareció bien. Mucho mejor que la propuesta que había recibido unos días antes, cuando lo llamaron para ofrecerle una fotonovela montonera. El solo hecho de imaginar a Firmenich y Arrostito posando le pareció tan gracioso como patético.

No había una idea previa de cómo debía ser la historieta, pero sí varias dudas. ¿Cómo hacemos para que sea una historia política sin personajes estereotipados que bajen línea o se manden discursos solemnes?

—La historieta es un género literario para contar historias. Y todo género tiene sus reglas: si no se respetan, no se sostiene —les respondió Héctor, que había escuchado en silencio todas las inquietudes preliminares.

—¿Y entonces?

—Que tenemos que centrarnos en una trama que atrape al lector, no en las frases célebres. Tenemos que transmitir de un modo natural, y a través de un clima, lo que queremos decir.

Un mes después, aquella charla había quedado en el olvido. Por de cisión del propio Héctor, el discurso de barricada muchas veces iba a desplazar a la sutileza literaria. Si desde siempre había pensado al género como una herramienta didáctica, ahora tenía que serlo más que nunca.

El 12 de junio de 1973, debutó en el número 4 de *El Descamisado* con un unitario sin firma titulado “La historia de los villeros: de la miseria hacia la liberación”. Allí ensayaba un tono documental para narrar el surgimiento del Movimiento Villero Peronista. En la voz de tres villeros, denunciaba el plan de erradicación de villas de Onganía, se burlaba de los jóvenes comunistas que iban a hablar de

materialismo dialéctico, y proclamaba como organización auténtica al MVP. Le siguió otro unitario, “Perón, la reconquista del gobierno”, que en cinco páginas recorría los dieciocho años de exilio, pasando por el pacto con Frondizi, los golpes, el Cordobazo, el ajusticiamiento de Aramburu, la masacre de Trelew y la asunción de Cámpora. El cuadro final estaba dedicado al regreso definitivo del líder. “Sólo asumiendo el poder en su totalidad podrá el peronismo reconstruir al país y alcanzar el socialismo nacional”, decía. Salió en el número 5, que traía en la tapa una foto del General, sonriente, con el título “¡Vuelve Perón, carajo!”. La revista estuvo en los kioscos el 19 de junio. El triunfalismo de la tapa duraría menos de 24 horas.

10

Tras la asunción de Cámpora, la JP anunció, y concretó, la toma de algunas universidades, colegios y reparticiones públicas para expulsar de sus cargos a aquellos funcionarios que habían estado comprometidos con la dictadura. Pero la Juventud Sindical —creada por Rucci en febrero de ese año y devenida en fuerza de choque—, se adelantó en algunos casos con tomas “preventivas”: querían asegurarse ellos mismos los cargos frente al avance de la Tendencia. Bajo el lema “ni yanquis ni marxistas”, ocuparon desde hospitales y universidades hasta colonias turísticas pasando por radios y canales de televisión. Las tomas se convirtieron en un caos en el que ni siquiera el ministro del Interior, Esteban Righi, llegaba a distinguir el origen de cada una. Entre todas estas ocupaciones a

nivel nacional, el grupo de Villa Argentina tuvo su propio triunfo frente a la Juventud Sindical de Avellaneda.

Los hombres de Herminio Iglesias habían tomado el Policlínico Perón a punta de pistola. La asamblea de trabajadores del hospital repudió la ocupación y convocó a los medios, pero después de una semana, los ocupantes seguían ahí. Una mañana, el Vasco, Rudy, Alberto y Cocho, entre otros, entraron de manera disimulada en el edificio. Cada vez que se topaban con algún hombre de Iglesias, el Negro Cambá, un vecino que trabajaba como guardaespaldas del gobernador Oscar Bidegain, se le ponía bien cerca, los demás lo rodeaban, y lo desarmaban.

—Ya está, flaquito, andate a tu casa y decile a Herminio que la toma terminó.

Le advertían con irónica amabilidad. Cuando llegaron a la oficina del director, encontraron a un hombre de Iglesias con los pies sobre el escritorio. Antes de que pudiera manotear sus dos nueve milímetros, el Negro Cambá hizo su movimiento intimidatorio.

—No te lo aconsejo.

Le dijo mientras se abría el sobretodo y le mostraba la itaka. Sin mayor resistencia, le sacaron las armas y le dejaron un mensaje.

—Éstas son para la revolución, y decile a tu jefe que los muchachos de la JP le devolvemos el hospital al pueblo.

Durante una semana, los compañeros de Villa Argentina, incluidas las mujeres, montaron guardia en el policlínico para asegurarse de que los matones de Iglesias no se asomaran por ahí.

Por esos días, la directiva del responsable fue que diversificaran el trabajo para incorporar nuevos militantes. El Vasco, Rudy y Alberto se quedarían en Villa Argentina. Los demás volverían a Capital y se sumarían al Movimiento de Inquilinos Peronistas en el

barrio de Once. Consiguieron un local también en la calle Tucumán, pero a metros de la avenida Pueyrredón y sin la elegancia del petit hotel: era un cuadrado de dos pisos con varias habitaciones, típico de ese barrio. Lo llamaron Ateneo 20 de Junio.

Con el cambio de unidad básica, que coincidió con la fusión fáctica de FAR y Montoneros, apareció un nuevo responsable. Parecía más joven que la mayoría de ellos, aunque no lo era, y se hacía llamar Felipe. Así lo habían bautizado sus compañeros del Nacional de Morón por el personaje de Mafalda. Muy simpático, buen mozo, con el pelo castaño claro que le caía sobre los hombros, estaba especialmente atento a las chicas. Una tarde entró en el bar de la esquina y se sentó en la misma mesa de Cristina Olivé. La abogada de las minifaldas era atractiva y sensual, de cara exótica y boca grande. Felipe empezó a coquetearle sin demasiados preámbulos. No sabía que estaba embarazada —la mesa le tapaba la panza— ni que se había casado con Rulo a los tres meses de haberlo conocido. Ella tampoco sabía que ese chico encantador se llamaba Ariel Ferrari, era el hijo del artista Léon Ferrari, y que unos meses después conquistaría a una de sus compañeras, Liliana Bietti.

Cuando Cristina les contó a las demás mujeres lo que había pasado, les dio pie para que las otras hicieran sus propias confesiones. Les encantaba sentarse en el bar y hablar de romances, lances, compañeros que les gustaban. Una de ellas lo había visto a Firmenich en una movilización y había quedado extasiada.

—Pasó al lado mío, yo no lo podía creer.

Contaba como si hubiera visto a John Lennon. La energía sexual era tan potente como la convicción revolucionaria y, además, ellas

tenían fama de ser las más lindas de Capital: las chicas de la Once eran muy solicitadas en peñas y fiestas por los solteros de las otras circunscripciones. Estela escuchaba y sonreía, pero nunca hablaba de cuestiones personales.

En la Once se enfocaban en el trabajo reivindicativo en los hoteles familiares de Buenos Aires que funcionaban como conventillos para los inmigrantes. La humedad, las paredes descascaradas, el baño y la cocina compartidos con otras 30 personas y las exigencias inhumanas de los dueños era un denominador común. Para 1973, unas 500 mil personas vivían en estas condiciones. Ahora, con un gobierno peronista en el poder, el MIP buscaba organizar a las familias con delegados en cada hotel o pensión, para exigir mejoras en las condiciones sanitarias e higiénicas, frenar los desalojos e impedir los aumentos arbitrarios.

Por ese entonces, se seguían sumando militantes a la unidad básica. Estela era la encargada de recibir a los nuevos. El día que Lalo —Bernabé era su nombre y llegaría a ser el segundo de mando del Ejército Montonero— entró en el Ateneo de Once y la vio en la puerta, quedó fascinado. Se preguntaba si esa chica embarazada era montonera. Le parecía que todos allí eran bellos y entusiastas. Nacido en una familia cubana adinerada que había emigrado a Estados Unidos con la revolución, cuando a los 21 le llegó la solicitud para hacer el servicio militar en medio del conflicto de Vietnam, decidió viajar a Buenos Aires, donde conoció a unos artesanos de San Telmo que le ofrecieron alojamiento. Eran todos peronistas y con ellos empezó a militar y a revalorizar la revolución cubana y a despreciar el imperialismo, algo que se profundizó cuando se mudó al departamento que Rudy compartía con el grupo de estudiantes de arquitectura. A Rudy le encantaba la historia de

Bernabé y, aunque eran casi de la misma edad, lo adoptó de un modo paternal y lo bautizó como Lalo.

A los pocos días de su llegada a la UB de Once, Lalo tuvo que hacer el curso de formación política de rigor, que también estaba a cargo de Estela. Ella lo ubicó junto a otras ocho personas en una de las habitaciones del fondo y les pidió que escucharan con atención. La voz de Perón retumbó en el lugar, empastada por la fritura del long play. Cada tanto, Estela levantaba la púa y hacía preguntas. La mayoría reconocía el audio de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*, el documental de Solanas y Getino en el que Perón hablaba muy entusiasmado de la guerra integral, la guerra de guerrillas, las luchas de liberación, la necesidad de una organización revolucionaria, citaba a Mao, y confirmaba la necesidad de un trasvasamiento generacional.

Después de Ezeiza, aquellas palabras funcionaban como el puente que los seguía uniendo a Perón.

11

A mí Ezeiza me marcó para toda la vida. Supuestamente era la reconciliación de un país entero. Fueron todos, mi marido y mis hijas. Mi hija más chica tenía 14 años y salieron como a las cuatro de la mañana. Me quedé sola en la casa con una angustia inexplicable, una intranquilidad que no podía comprender de dónde me venía. En un momento dado me fui a cortar pasto al jardín para descargar mi angustia y escucho por la radio o por la televisión, no recuerdo bien, lo que estaba ocurriendo, eran las dos, tres de la tarde y me entero de los tiros y la matanza. Nunca me voy a olvidar

lo de Ezeiza porque fue la primera muerte que padecí. No la muerte de los demás sino la mía, interna, a través de la desesperación, del terror. Hasta que poco a poco empezaron a llegar mis hijas. No decían nada porque no podían. Yo tampoco les dije nada. Para colmo, Diana apareció a las tres de la mañana. Fue un infierno.

12

El 20 de junio, Héctor, Beatriz, Marina y Miguel salieron desde la Cesaris hacia Ezeiza. Eran cientos y los colectivos los habían conseguido en la municipalidad, a cargo de Norberto Gabino, el intendente peronista que le había ganado a Posse con el apoyo de la JP. Pero que no bien asumió, desplegó una impronta autoritaria que desembocó en un conflicto con sus empleados y en la intervención de su gobierno un año después.

—Yo les doy los micros para ir a recibir al General, pero acá no me vengan con Cacho, Pocho, Pepe. Acá me dicen sus nombres reales.

Le dieron nombres completos, pero inventados. Como se suponía que era un festejo y lo importante era mostrar el poder de movilización, desde la organización se bajó la consigna de que nadie debía ir armado.

En Villa Argentina, el operativo para conseguir transporte tuvo la impronta del Vasco y sus compañeros. Fueron lo suficientemente convincentes con algunos choferes de micros de línea para conseguir que se los cedieran. Un par de horas antes de que saliera el sol, ya tenían una larga fila de colectivos listos en el centro de Avellaneda. Para el mediodía la temperatura iba a ser primaveral,

pero a esa hora todavía hacía frío y Estela se calzó su poncho rojo. Diana se sentó al lado de ella. No bien llegaron al Jagüel, unos 13 kilómetros antes de Ezeiza, bajaron de los colectivos y extendieron una bandera gigante con la leyenda FAR-Montoneros. La misma con la que iban a avanzar hasta el palco. Los militantes de Dock Sud, además, habían hecho un busto de Perón de papel maché. Un mito posterior iba a esparcir la versión de que adentro había armas. Pero lo cierto es que sólo los responsables de la seguridad llevaban armas cortas. Las largas, las de guerra, aparecieron después, sospechosamente de casualidad: unos pocos kilómetros antes del predio de Ezeiza, dos hombres que se habían quedado con el auto en la banquina pidieron ayuda. El Vasco, Rulo y Osvaldo se acercaron al Falcon amarillo para empujarlo. Cocho se quedó a un costado y llegó a ver que en el asiento de atrás había un par de metras. Les hizo señas a sus compañeros, que las manotearon por la ventanilla. Cuando el auto finalmente arrancó, a Cocho le pareció raro que los hombres, a los que en ese momento reconoció como fuerza de choque de la UOM, les sonrieran. No había modo de que no se hubieran dado cuenta de lo que habían hecho.

La actitud de la policía también les iba a resultar llamativa cuando avanzaran junto al borde de la vía al ritmo de “Vea, vea, que manga de boludos, ahora la picana se la meten en el culo”, y los efectivos del cordón policial, que iban en moto, los miraran con media sonrisa.

—Vayan, vayan nomás por el costado.

Les dijeron y los desviaron por un lateral para que avanzaran hacia el palco. Ahí se escuchó la voz de Leonardo Favio, locutor oficial del evento, pidiendo que no siguieran. Sobre su pedido, otra voz sonó como un grito de guerra: “La Patria Socialista se la meten

en el culo”. En ese momento empezaron los disparos a mansalva desde la tarima construida sobre el puente.

Una semana antes, en las reuniones que mantuvo el Comité de Recepción, integrado por Norma Kennedy, Rucci, Lorenzo Miguel, Jorge Osinde —todos ellos representantes del peronismo ortodoxo — y un neutralizado Abal Medina, para organizar el operativo de regreso de Perón al país, Osinde había sido esquivo en detalles pero terminante en la conclusión: él se iba a encargar de la seguridad del palco desde donde hablaría el General. Eso significaba, en realidad, asegurar que sus propias organizaciones, esas que estaban lanzadas a combatir la llamada infiltración marxista dentro del movimiento —el Comando de Organización (CdO), la Concentración Nacional Universitaria (CNU) y la reeditada Alianza Libertadora Nacionalista (ALN)—, ocuparan las primeras filas frente a Perón. Para eso, reemplazó a los policías federales por miembros de estas agrupaciones, militares retirados y matones sindicales munidos de armas largas. La policía, en cualquier caso, debía mantenerse al margen.

Como militar experto en inteligencia, al frente del servicio secreto del Ejército y de la Policía Federal durante las dos primeras presidencias de Perón, la figura de Osinde había servido para alimentar los mitos antiperonistas. En 1951 no tuvo reparos en torturar a tres militares que se habían levantado contra Perón —eran Rodolfo Larcher, Julio Alsogaray y Alejandro Lanusse—, y en 1953, de repetirlo con un grupo del comando civil que había detonado dos bombas en la Plaza de Mayo que causaron la muerte de seis personas y heridas en noventa mientras Perón se dirigía a los trabajadores en un acto de la CGT. El gobierno peronista, con sobrado respaldo popular, no necesitaba de la violencia estatal para

sostenerse en el poder ni para enfrentar a los comandos civiles, pero las aberraciones de Osinde sirvieron para que la oposición reforzara ante la opinión pública la idea de Perón como un dictador fascista.

Pocos se acordaban del sadismo de Osinde cuando, reconciliado con Lanusse y Alsogaray, los mismos a los que había pasado por la picana, se ofreció para convencerlo a Perón de que aceptara el Gran Acuerdo Nacional y no se presentara a elecciones de 1973: él también soñaba con ser su sucesor. Con Cámpora electo y la derecha peronista provisoriamente derrotada, quiso volver a las entrañas del poder secreto. Pero en lugar de asumir funciones de inteligencia, lo nombraron secretario de Deportes y Turismo, cartera dependiente del Ministerio de Bienestar Social. El artífice de su incorporación al gabinete fue López Rega, quien también sumó a los policías exonerados de la fuerza subinspector Rodolfo Eduardo Almirón y subcomisario Juan Ramón Morales. En junio se les unió el comisario Alberto Villar, el mismo que había interrumpido el velatorio de los fusilados en Trelew con sus tanquetas, y que Cámpora había pasado a retiro un mes antes. El nacimiento de la Triple A se acaba de rubricar con esos nombres.

A partir del 25 de mayo, Osinde se encargó de reclutar grupos de choque y se erigió en el garante, frente a López Rega pero también frente a la derecha no peronista y los militares, de que el gobierno no se desviaría hacia ninguna revolución.

Aquel 20 de junio, su misión se iba a traducir en 3.000 hombres alrededor del palco instruidos para asegurar que ningún “comunista”, como llamaba él a los miembros de la Tendencia, ganara posición por sobre ellos, los “verdaderos peronistas”, los

que, retomando una frase de Perón, combatían tanto “a los imperialismos de derecha como a los de izquierda”.

Rucci iba a reforzar los planes de Osinde con su propia gente. Los hombres de la UOM Capital se pusieron al frente de la Juventud Sindical y controlaron las rutas de acceso; Herminio Iglesias no tuvo problema en que varios funcionarios de la municipalidad de Avellaneda llevaran ametralladoras, y lo propio hicieron los de SMATA. Ubicados a la derecha del palco, la mayor cantidad de armas largas se concentró en ese sector. El operativo silencioso se completó con las ambulancias que partieron del Ministerio de Bienestar Social cargadas de armas y con el Automóvil Club Argentino, que cedió su red de comunicaciones. El jefe de su custodia se encargó de comandar las torturas de los militantes secuestrados en el Hotel Internacional de Ezeiza.

Cuando empezaron los tiros, Rulo pensó que eran fuegos artificiales y pidió que no corrieran, hasta que vio una bala que rebotaba contra el pasto y escuchó al Vasco que decía los hijos de puta están tirando desde el palco. Se sacó el brazalete de la JP, tomó del brazo a Cristina, su mujer, que estaba embarazada, y a otras dos compañeras, y trató de sacarlas de ahí. Tenían que correr en zig zag, pero no sabían bien adónde. Enfilaron hacia un bosquecito, junto con otro grupo de la villa, encabezado por Estela, que hizo a tiempo para sacarse el poncho rojo y pasarle, camuflada en el abrigo, su arma corta a un compañero. Ahí se quedaron cuerpo a tierra, las madres protegiendo a sus hijos, que lloraban. Sobre sus cabezas volaban las balas, en un fuego cruzado que nadie comprendía.

El bosque al que habían corrido se encontraba entre el palco y el Hogar Escuela, un complejo que desde el 8 de junio estaba ocupado

por miembros del CdO. Una desinteligencia en las comunicaciones le hizo creer a Osinde que el lugar había sido tomado por “los comunistas”, y desde el palco empezaron a tirar en esa dirección. Desde el Hogar Escuela respondieron con la misma violencia.

César Vigne, que también era del grupo, se encontró un bebé tirado en el piso en medio de la estampida y frenó para levantarlo. Se lo dio a la primera mujer con la que se cruzó para seguir corriendo, pero no hizo a tiempo: un grupo del CdO ya había agarrado a otro compañero al que le decían “el Tierno” y ahora estaban a punto de hacer lo mismo con él. Los llevaron hasta el Hogar Escuela y los ataron a las mesitas del jardín de infantes que funcionaba allí. En un momento, lograron escaparse. De no haberlo hecho, habrían sido del grupo de los torturados en el Hotel Intercontinental.

El Vasco y Cocho se parapetaron detrás de un auto para proteger la salida de sus compañeros. Alberto, en otro. Los tres estaban armados. A través de señas, Alberto les indicó que desde los árboles también venían tiros. Cocho estaba a punto de sacar su arma cuando el Vasco lo frenó.

—No, Cochito, vos no tires. Dame la metra que nos afanamos.

Cocho se la pasó y vio, sorprendido, cómo el Vasco podía sacar de a un tiro. Apuntaba hacia los árboles, de donde venían las ráfagas, y disparaba.

—Vasco, la puta que te parió, es una metra, ¿cómo sacás de a un tiro?

—Es pulso, boludo, es solo pulso.

Siguieron así pero no por mucho tiempo. Tenían pocas balas y los tiros desde los árboles no cesaban.

—Ahora, sí, Cocho, hay que rajar.

Salieron corriendo mientras Leonardo Favio, acurrucado en la cabina blindada que habían dispuesto en el palco, simulaba una serenidad imposible: “Viva Perón, Viva el General Perón. Viva Isabel Perón. Larga vida al General Perón”, repetía. Treparon por un terraplén y el Vasco sintió que una bala le rozaba la pierna; por reflejo, se tiró rodando por el montículo. Estuvo a punto de desmayarse del mareo. Cuando se repuso, agradeció a su suerte. El plomo sólo le había roto una parte del jean y rasguñado apenas la pantorrilla. Un rato después, Rulo, que había conseguido subir a su mujer embarazada y a las otras dos compañeras a un auto para que las sacaran de ahí, se lo encontró sentado en el suelo. Era la primera vez que lo veía tan serio.

—¿Qué mierda pasó, Negro?

—No sé, pero por suerte estás bien, Vasquito —le respondió Rulo y lo ayudó a levantarse.

La Columna Norte había quedado rezagada. Los de la Cesaris ni siquiera se habían bajado de los micros cuando empezó el desbande. Miguel sacó la cabeza por la ventanilla y vio que una ambulancia de Bienestar Social les impedía el paso. Se bajó del micro y se acercó al vehículo. Llevaba su brazalete de la JP. Dos tipos con escasa apariencia de médicos y pocas ganas de conversar le dijeron que se volviera al colectivo.

—Yo me vuelvo si ustedes mueven la ambulancia.

—No te conviene, pibe, parece que adelante hay quilombo.

—Ése es nuestro problema, si no corrés la ambulancia vamos a armar quilombo nosotros.

La efervescencia de Miguel contrastaba con la calma socarrona de los supuestos médicos. Cuando volvió al micro, Héctor le preguntó si no había visto qué pasaba. Mientras Miguel discutía con

los de Bienestar Social, desde el colectivo veían cómo un tercer médico, sentado en la parte de atrás de la ambulancia, levantaba la metralleta y le apuntaba en la cabeza.

Finalmente se bajaron y empezaron a caminar. Pero ya no había hacia dónde ir. No había a quién recibir.

Eva, de Villa Argentina, estaba internada en el Policlínico Perón por una operación de un tumor en el útero, y escuchó el sonido de helicópteros, primero, y de las camillas, después. Se asomó al pasillo y vio cómo entraban los heridos, uno atrás de otro.

—Vienen para acá, vienen para acá.

Gritó una enfermera histérica. Detrás de ella avanzaba un grupo de hombres. Al frente iba el Vasco, que había llegado al hospital con algunos heridos. El hermano mellizo de Eva, que se llamaba Juan Domingo, le había comentado que ella estaba internada, y el Vasco fue directamente a verla.

—Hola, Eva, ¿cómo te sentís? ¿Cómo te están tratando acá?

—Bastante mal, Vasco. La supervisora se la pasa gritando y recién me puteó de arriba abajo porque me levanté de la cama.

—Eso no puede ser, vos quedate tranquila.

Le dijo y salió de la sala. A los pocos segundos, de lejos se escuchó una discusión. A partir de ese momento, a Eva la trataron como a una paciente de lujo.

Si Elsa había estado al borde del ataque de nervios desde que escuchó las noticias del tiroteo, esa noche tuvo razones para colapsar: a Beccar habían vuelto todos menos Diana. Estaban a punto de salir de recorrida por los hospitales de zona sur cuando, finalmente, llegó. Nadie preguntó nada y ella tampoco contó que en lugar de volver a Beccar, esperó, con Miguel Medina y otros compañeros, que llegaran todos a Villa Argentina. Cuando apareció

el último vecino, cerca de medianoche, cantaron la Marcha Peronista, con la estrofa montonera incluida. Y se quedaron tomando vino y guitarreando, para disimular la tristeza.

13

—¡Ese Perón es un facho! ¡Finalmente es un facho!

—Sos un idiota, Guaraní, ustedes los zurdos son todos unos idiotas y jamás van a entender lo que es el pueblo peronista.

Respondió Tito con furia. Tito se llamaba Jorge Gurrea y era responsable de la unidad básica Mártires de Trelew, en Parque Patricios. El Guaraní era un joven paraguayo que había llegado al país seis años antes impulsado por su espíritu aventurero más que por necesidad. De izquierda, tenía una mirada menos indulgente sobre Perón.

Una semana antes, el 13 de julio de 1973, había renunciado la dupla Cámpora-Solano Lima después de 49 días en el poder. Las maniobras para desplazarlos fueron tan evidentes como las disputas internas del peronismo. Asumió provisionalmente Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno de López Rega, y convocó a elecciones. La explicación de Montoneros sobre la inclinación del líder hacia la derecha del movimiento fue la teoría del cerco, que lo situaba a Perón como una figura neutral rodeada de traidores y conspiradores. Para romper el supuesto aislamiento, promovieron una reunión con Perón, quien el 21 de julio recibió a la conducción de la JP Regionales en la residencia de Olivos. Allí le pidieron sortear la mediación de su secretario privado, López Rega. Perón los derivó con Juan Esquer, jefe de su custodia, pero a las

pocas horas un despacho de la agencia *Télam* informó que el mediador sería Lopecito. El Guaraní estaba furioso con Perón. Pero más lo había sorprendido la reacción de Tito, un cuadro político tan popular en el barrio como admirado por él. No podía entender su actitud y quedó paralizado, hasta que lo despabiló la intervención de Diana.

—Me parece, Tito, que ésas no son formas de tratar a un compañero.

Dijo, y pidió una reunión para hablar sobre el tema. Aunque Tito fuera diez años mayor y compartieran el mismo nivel político —él como responsable de la Mártires de Trelew; ella, como responsable de la unidad básica de la Villa 21—, fue Diana la que tomó cartas en el asunto.

En el siguiente encuentro, Tito hizo su autocrítica y le pidió disculpas al Guaraní —cuyo verdadero nombre era Augusto Barreto —, quien se sintió reconfortado: había pensado en cambiarse de circunscripción por el incidente. Tito era hijo de un trabajador y gremialista de Sanidad que había estado preso durante la Revolución Libertadora. Peronista por tradición familiar, se había criado en Parque Patricios y vivía en un conventillo a dos cuadras de la unidad básica Mártires de Trelew, que él mismo había ayudado a crear a fines de 1972. También lo llamaban el Sonata, por su costumbre de hablar con modismos del lunfardo. Al poco tiempo de entrar en funcionamiento, la unidad básica ya era parte de la geografía barrial, y sus militantes, gente de confianza para los vecinos.

—Son montoneros, no son médicos, no tengas miedo.

Le decía una madre a su hijo para que el chico no se resistiera a la jeringa, en medio de una campaña de vacunación contra la

poliomielitis que había organizado la JP.

Para lograr esa confianza organizaban fiestas nocturnas. Cerraban el paso al tránsito, montaban tablones para la bebida e improvisaban una pista en la calle. Allí, entre el humo de los choripanes y la música a todo volumen, Diana desplegaba entusiasta un repertorio de pasos en cualquier ritmo.

Aunque la relación entre los compañeros que trabajaban en el barrio y los que lo hacían en la villa era fluida, la militancia en la villa era mucho más dura. Allí, Diana ponía el cuerpo a toda hora. Siempre de buen humor y con modos contenedores, aun cuando mostraba su costado inflexible. No sólo a Tito le tocó hacer su autocrítica a instancias de ella. Si creía que algún compañero había tenido un desliz —podía ser cenar en un restaurante o negarse a colaborar en los quehaceres de la casa— lo mandaba a reflexionar o hacer tareas complementarias. Pero dejate de joder, cómo vamos a tomar un taxi, vamos en colectivo. Ah, mirá, los compañeros de la villa no pueden comer duraznos como el que te estás comiendo. Están muy caros. Con un estilo intransigente que trataba de no ser agresivo, con sus comentarios, Diana siempre encontraba algo que señalar.

14

La historieta de *El Descamisado* se llamó *Latinoamérica y el Imperialismo, 450 años de Guerra* y apareció en el número 10, el 24 de julio de 1973. El título de tapa decía “Se rompió el cerco del Brujo López Rega”.

También con ilustraciones de Leopoldo Durañona, a diferencia de los unitarios, llevaba firma. La de Héctor por convicción, la de Durañona por candidez. Cuando Jarito le preguntó si estaba seguro de firmarla, él no entendía por qué no. A pesar de no tener ninguna militancia, se sentía peronista. Además, ya había ilustrado notas políticas —como la del ajusticiamiento de Aramburu— para *Hombre Nuevo*, el proyecto anterior de Jarito. Pero, sobre todo, lo entusiasmaba que su nombre estuviera junto al de Héctor, con quien había trabajado ya en tiempos de Frontera. Para Durañona, meticuloso y puntual en sus entregas, Héctor era una suerte de genio distraído. Siempre despelotado, le pasaba los textos a último momento o directamente se los dictaba por teléfono. Punto, punto, punto, le decía a él también. Es mejor que decir tres puntos, pensaba Durañona, le da más tiempo para pensar lo que viene después. Alguna vez, incluso, llegó a duplicar los pedidos.

—Uh, perdoname Leopoldo, pero me acabo de dar cuenta de que este trabajo se lo había dado antes a otro y ya me lo trajo ayer, lo siento mucho.

La improvisación se compensaba, casi siempre, con el estímulo que sus textos generaban. Durañona se compenetraba con cada una de las historias, aunque fueran inventadas de apuro. Qué cabeza brillante, pensaba mientras delineaba un soldado japonés, un partisano o un cowboy.

Para la época en la que apareció *El Descamisado* solían cruzarse en Columba, en donde Héctor les daba vida a *Roland el Corsario*, la *Brigada Madelain*e y al exitoso *Kabul de Bengala*. Pero cuando tuvieron que charlar sobre la historieta que iban a hacer, Héctor prefirió ir al departamento que Durañona tenía en Barrio Norte. Entró y se sentó a la mesa del comedor, sin sacarse el impermeable gris.

Durañona dedujo que estaba cansado, porque se quedó en silencio, mirando un par de cuadros de la pared. Hasta que se encendió, de pronto, y le empezó a contar lo que tenía pensado: quería hacer la historia de América Latina y de la independencia de la Argentina pero desde el punto de vista de los colonizados, de los supuestamente vencidos, con personajes anónimos como héroes y con las luchas de liberación como eje. Su aspiración final, dijo, era que en las escuelas del país la usaran para enseñar el otro lado de la historia. Algo que, efectivamente, después sucedió en algunas comunidades rurales y villas.

La primera entrega se llamó “La España Imperialista” y arrancaba con una página en la que aparecían el presidente uruguayo Juan María Bordaberry escoltado por militares; la Casa de la Moneda, en Chile, atacada por tanques en un primer intento de golpe de Estado, y los matones de Osinde disparando desde el escenario en Ezeiza. El cuadro siguiente era la llegada de Hernán Cortés a México y la posterior masacre del pueblo de Moctezuma. La entrega terminaba con una foto de Perón y un globo de texto: “El azote del imperialismo que, al suprimir la libre determinación de los pueblos, la soberanía de las Naciones y la independencia económica de los países, los priva de su libertad esencial”. La idea de hacer collage con una foto real había sido de Héctor.

A pesar del envión inicial, *Latinoamérica y el Imperialismo* a Héctor le iba a insumir más tiempo del que disponía y, también, le iba a generar algunas tribulaciones. Ahora que los trabajos de Billiken y Columba los podía resolver con cierta celeridad y ya no tenía que hacer malabares para generar ingresos, en lugar de estar más tranquilo se sentía inseguro. Como si hubiera vuelto a un grado cero de su oficio, tomó conciencia de que ya no estaba inventando

relatos a partir de datos históricos, sino reversionando la historia a partir de la coyuntura. Ya no era el dueño de la conciencia de sus personajes, sino el vocero de figuras reconocidas y consagradas —o ninguneadas— por la historia. Eso implicaba, primero, documentarse a toda velocidad. Y, después, elegir un lugar desde dónde narrar.

Si bien los libros de Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui y Abelardo Ramos eran parte de su biblioteca, una de las principales fuentes de Héctor para esta nueva historieta sería *Historia Argentina*, la edición en tomos de José María Rosa, el célebre historiador revisionista que establecía una línea de continuidad entre San Martín, Rosas y Perón. Muchos de los que integraban la redacción de "El Desca", como le decían a la revista, tenían una formación de izquierda y asociaban el revisionismo de Rosa —y, en consecuencia, el enfoque de la historieta— con el nacionalismo de derecha. Roberto Carri, desde su mirada de sociólogo formado en el marxismo y como colaborador externo de *El Descamisado*, se lo comentó a Jarito. Incluso Rodolfo Walsh, a quien no le gustaba el lenguaje retórico, en alguna reunión íntima con otros periodistas llegó a hacer la misma observación.

Pero el primero en hacer objeciones públicas fue el historiador Norberto Galasso con una carta de lectores a propósito de la entrega del 4 de septiembre de 1973 en la que se presentaba a Moreno como un personaje europeizante que sólo defendía los intereses de Buenos Aires. En el número siguiente, la respuesta de *El Descamisado* intentó ser ecuánime: reconocían que con Moreno se les había ido la mano al señalarlo como uno de los principales enemigos del proceso de liberación nacional, pero no estaban dispuestos a reivindicarlo como prócer nacional. Al fin de cuentas,

representaba a los liberales, decían. También salían en defensa de sus autores con el argumento de que la premura de los tiempos periodísticos les impedía ampliar la investigación histórica.

La polémica se reanudó por una discusión en plena redacción. Héctor no iba regularmente pero cuando lo hacía, conversaba bastante con los fotógrafos y los diagramadores. Cuando pasó por el escritorio de Daniel Iglesias, apodado el Sordo, el joven diagramador que había diseñado el logo de la revista, le preguntó qué le parecía esta nueva entrega. Sabía que era uno de sus detractores.

—Sigue demasiado rosista.

Le respondió, seco. Daniel no era peronista ni militaba en Montoneros, y se había formado políticamente entre anarquistas y comunistas. Héctor se quedó callado y él siguió:

—Rosas era un hacendado retrógrado y, más allá de su nacionalismo, formaba parte del antimodernismo que impedía la llegada de ideas de izquierda.

La respuesta de Héctor fue que a él no le interesaba hacer hincapié en el nacionalismo —había leído atentamente la carta de Galasso— sino en el federalismo antiimperialista de Rosas en contraposición con el imperialismo de los unitarios. A lo que Daniel, envalentonado porque alguien mayor lo escuchaba con tanta atención, buscó lucirse con sus lecturas marxistas.

—Según Marx, en la revolución norteamericana no tuvieron nada que ver los negros, el problema era económico entre una incipiente burguesía industrial y la clase hacendada, y acá Rosas representa eso, esa clase dueña de la tierra.

El Sordo subía la voz sin que Héctor variara su volumen. Ninguno de los dos se corrió de su postura.

Tres años después, Héctor les reconoció a Guillermo Saccomano y a Carlos Trillo que la experiencia había sido una de las más exigentes de su carrera. “Eso de *El Descamisado* fue algo nuevo. Es como ocurre con cualquier género literario, una manera de hacer potable ese compromiso, y hacer un aporte útil. Tengamos presente que la historieta de *El Descamisado* era una referencia constante a la actualidad. Después, aparte de otros problemas que hubo con *El Descamisado*, entró a fallar la documentación y la continuó, cuando yo la dejé, Jorge Morhain. Esa historieta, aunque pudiera tener doce o catorce cuadros, me costaba mucho más esfuerzo que tres guiones para Columba. No sólo había que documentarse sino encontrar claves que tuvieran que ver con el presente. Eso fue una cosa que surgió del trabajo, al hacerlo. No fue inicialmente deliberado. Después le encontré esa vuelta y realmente quedó como uno de los aportes más originales.”

15

Más problemas tuve con Héctor. La época más feliz de mi vida fue hasta principios de los años setenta, cuando él empezó a ver las cosas desde otro lugar. Al principio él había leído y sabía sobre la Guerra Civil Española a través de mucha gente que vino a refugiarse a la Argentina. Si bien siempre pensó que el mundo era una injusticia que había que cambiar, nunca decía que debía ser por medio de la violencia. Cuando los primeros años trabajó en relación de dependencia, ¿de quién se hizo amigo? De dos peones: uno era judío y el otro árabe; se llevaban mal y Héctor se encargaba de sentarlos y amigarlos. Uno se ocupaba de servir el café y el otro de

ordenar y limpiar. Era una situación muy cómica. Lo adoraban, lo llamaban por teléfono para que interviniera, charlaban para pedirle que fuera a ayudarlos. Él me contaba todo, nunca tuvimos problemas de diálogo aunque a mí me quedaban dudas de lo que pensaba, porque pensábamos diferente, y cuando se acercó a Montoneros fue más reservado. Y lamentablemente, la dirigencia Montonera fue muy irresponsable, perdió el rumbo y traicionó a sus propios militantes, y eso es algo que yo no puedo comprender. De nadie. Ojo, la lucha política tiene sentido porque no vivimos para comer y dormir nada más, pero cuando ya empieza a tener una ideología de violencia o de aceptar la violencia como hecho necesario, ahí deja de tenerlo.

16

El sábado 18 de agosto, se anunció que Isabel Perón completaba la fórmula presidencial. Ese mismo día, la Conducción Nacional de Montoneros bajó la orden de criticar la decisión. Los rumores de la mala salud de Perón —a punto de cumplir 78 años y con severos problemas cardíacos que los partes oficiales camuflaban como gripes— hacía evidente el peligro que significaba que la vicepresidencia quedara en cabeza de Isabel y su sombra, López Rega. Cuatro días después, Firmenich dirigió a los cuadros de la JP un discurso que marcó un momento clave en la historia de las relaciones de Montoneros con Perón. Ante 50 mil personas en el estadio de Atlanta, en un acto por el primer aniversario de la masacre de Trelew, se refirió a la candidatura del ex presidente como la máxima aspiración por la que habían luchado durante

dieciocho años, pero cuestionó la de Isabel. La multitud estalló al grito de “No rompan más las bolas, Evita hay una sola”.

Las cuatro Oesterheld estaban allí. También Héctor que, como parte del Bloque Peronista de Prensa, se ofreció a sostener uno de los parantes de la bandera que los identificaba. En la otra punta, en uno de los ingresos al estadio, Rudy y el Vasco se hacían cargo de la seguridad. Desde el escenario, Firmenich hizo públicas las diferencias ideológicas con Perón al resaltar que el Pacto Social —como se llamó al acuerdo entre empresarios y sindicalistas propiciado por el mismo Perón para contener la inflación y controlar las pujas por la distribución del ingreso— sólo tendría un sentido revolucionario si era conducido por la clase trabajadora organizada. De todos modos, convocó a votar masivamente por el líder pero, también, “a enderezar el proceso”.

La jornada terminó en una pizzería. Se pusieron a contar chistes y un compañero eligió uno que circulaba en esos días:

—Parece que Evita no dijo “cuidenme al General”, sino “cuidense del General”.

17

“¡Allende, Allende no se suicidó, lo mataron los yanquis, la puta que los parió! ¡Atención, atención, toda la cordillera va a servir de paredón! Hasta el viejo hospital de los gorilas / llegó el fascismo mal herido / porque el pueblo chileno, atrevido / lo sorprendió dormido y lo atacó. / Después vino la CIA protectora / y viendo que el fascismo se moría / le puso un corazón de oligarquía / y Pinochet contento gobernó.”

Mientras avanzaban por Avenida del Libertador hacia la embajada de Chile, perfeccionaban los cantos para conjurar el estado de alarma. No sólo la JP había convocado a movilizarse, sino también la izquierda. Después de la marcha, Héctor cenó en lo de Estela y el Vasco, que todavía vivían en un departamento de la calle Moldes. En poco tiempo tendrían que dejarlo y mudarse con Diana. El lugar era pequeño y cálido, y tenía las huellas de una vida previa: lo habían decorado con mandalas, cuadros, dibujos hechos por ellos mismos y fotos. Allí el Vasco aflojaba su rol de líder militante y se mostraba cariñoso con Estela. La besaba y abrazaba delante de sus compañeros. A veces, la llamaba pequeño saltamontes por su manera de caminar.

Compraron empanadas para todos. Aquella noche, a diferencia de otras veces, Héctor estuvo completamente apagado. Sólo Estela sabía que el golpe en Chile significaba, para su padre, otro proyecto trunco.

18

En 1968 Héctor viajó a Santiago de Chile. Y, como había sucedido con su recorrida por Europa, lo que iba a ser una escapada de negocios de una semana se convirtió en una estadía de más de un mes. Tres años antes, el guionista chileno Carlos Cornejo había cruzado la cordillera en calidad de joven periodista fanático de las historietas para entrevistar a los referentes argentinos del género. Divito y Quino lo citaron en sus propios estudios. Héctor, en cambio, se acercó al Hotel Tres Sargentos, en pleno centro porteño bajo los 35 grados de enero.

—Preferí evitarte el tren.

Le dijo a su entrevistador, que sabía de su casa de Beccar porque sabía todo lo que se podía saber de Héctor, al punto de que para sortear la llegada esporádica de las revistas a Chile, Cornejo había comprado por correo y de una sola vez, cien números de *Hora Cero Semanal*. Lo cierto es que para ese entonces Héctor no tenía un lugar de trabajo y en sus respuestas se notaba el peso de haber cerrado Frontera. Especialmente porque no tenía ningún proyecto a largo plazo.

—Nos comió el éxito. Se nos fueron las estrellas, seguimos con los ayudantes, pero hubo problemas con la distribución.

Explicó. Cornejo tuvo la sensación de que Héctor iba a decir algo más que finalmente no dijo. En esa charla quedó en el aire la posibilidad de llevar sus trabajos a Chile. Un tiempo después, el dibujante Alberto Vivanco —con quien Cornejo hacía la famosa tira *Lolita* en el *Clarín* de Chile— asumió como director de algunas publicaciones de la editorial Lord Cochrane, y los socios chilenos retomaron aquella posibilidad. Héctor viajó a Santiago con una propuesta de publicaciones infantiles que a Vivanco le pareció fantástica, pero no así a los que tomaban la decisión final en la editorial. Para superar este primer gran obstáculo, sentados en un parque frente al río Mapocho, los tres cranearon un plan: iban a introducir de a poco y disimuladamente historietas de Héctor en la revista de humor *El Pingüino* hasta transformarla en una publicación totalmente *oesterheldiana*. Estaban seguros de que el público mismo iba a estar de acuerdo con ese cambio. Para eso, Héctor debía quedarse más días y dejar material listo para publicar.

Sabía cuál era el costo con Elsa, que ya en una carta le había reprochado que el hotel en el que estaba parando era de lujo. Él le

respondió que podría haber sido de lujo en el siglo anterior, pero que ahora cada mañana tenía que matar las mismas diez cucarachas, y que si se quedaba ahí era porque le prestaban la máquina de escribir. Las demás líneas eran una explicación entusiasta de su trabajo en Chile. Estaba seguro de que con este trabajo se iba a reponer definitivamente del golpe de Frontera. “Yo no soy ningún genio, más de una vez me lo hiciste notar, pero acá todos creen que lo soy”, escribió.

El día que entró en la redacción de la revista *El Pinguino*, lo acompañaba el dibujante Oski, quien desde hacía un tiempo se había convertido en una figura del ambiente cultural. Si Oski se caracterizaba por ser algo hosco, Héctor se mostró completamente expansivo y respondió todas las preguntas que le hicieron. Les sorprendió que le gustaran los Beatles —si hasta había hecho una historieta biográfica del grupo—, apoyara la Revolución Cubana y condenara la guerra de Vietnam. Igual que ellos.

Héctor dejó listo el material en Chile y volvió a la Argentina. Algunos de sus trabajos se publicaron, pero al tiempo recibió una llamada de Vivanco: la editorial había cambiado de dueño. Sin embargo, a los dos años surgió una nueva posibilidad. Con el triunfo de Allende, Vivanco asumió al frente de la División Periodística de la Editorial Nacional Quimantú, sello que había pasado a ser estatal en 1971. Uno de sus proyectos fue reactivar la sociedad con Héctor, especialmente porque ahora sí había una afinidad ideológica entre la editorial y el autor. Quimantú se proponía publicar libros a bajo costo, disponibles en kioscos de diarios, para que la cultura fuera un bien accesible.

El 11 de septiembre de 1973 Pinochet cerró Quimantú y quemó miles de libros de los 10 millones que se habían impreso en esos

dos años de existencia. Héctor nunca llegó a publicar sus historietas en esa editorial.

19

Lo mataron a Rucci. Ésa fue la frase que empezó a circular el 25 de septiembre después del mediodía. José Ignacio Rucci era el líder de la burocracia sindical dentro del movimiento, uno de los artífices de la masacre de Ezeiza y el que en cada discurso alentaba a combatir a los infiltrados comunistas. Pero era también el secretario general de la CGT que, desde su asunción en 1970, había sorprendido hasta al propio Perón por su lealtad. Había promovido, con su inquebrantable verticalidad, todo lo que el General planificaba: desde desplazar a José Paladino y apuntalar la consolidación de Cámpora como delegado y luego como cabeza de fórmula presidencial, hasta erigirse, tres meses antes de su muerte, en una pieza clave para conseguir el polémico Pacto Social que propiciaba, entre otros puntos, el congelamiento de precios, tarifas y salarios. Era uno de los hombres más apreciados por Perón, incluso uno de los pocos que se animaban a hacerle bromas. El General lo quería. ¿Quién le estaba tirando un muerto dos días después de haber ganado las elecciones con el 62 por ciento de los votos?, fue la pregunta generalizada que le siguió a la noticia.

La CGT decretó un paro general inmediatamente, mientras el general Iñíguez, jefe de la Policía Federal, declaraba por radio y televisión que el atentado se lo había adjudicado el ERP. Al día siguiente, tanto el ERP como el ERP-22 de Agosto negaron su responsabilidad y sumaron más desconcierto. En las unidades

básicas, las versiones se superpusieron. A la cabeza de las hipótesis estaban la CIA y el CdO. ¿Para qué? Para culpar a Montoneros y complicar más su relación con el líder. A nadie se le escapaba que las paredes de la ciudad estaban pintadas con la frase “Rucci traidor, a vos te va a pasar lo mismo que Vandor”, pero pocos se imaginaban que la organización en la que militaban la iba a hacer efectiva sin hacerse cargo. Para las últimas horas de la tarde, a través de decenas de citas, varios militantes confirmaban la versión de que Montoneros había estado detrás de la operación. Algo que la Conducción Nacional nunca iba a hacer de manera oficial.

En la UB de José A. Cortejarena e Iguazú, el discurso oficial coincidía con el de la organización: la Operación Traviata, como la rebautizaron tiempo después con humor negro en alusión al eslogan publicitario de la galletita por los “23 agujeritos” en el cuerpo de Rucci, había sido un éxito militar. La justificación política era todavía más simple: se trataba del símbolo de la burocracia sindical que había negociado con gobiernos de facto y patronales y asesinado a compañeros. Entre los militantes, en cambio, las opiniones eran contrapuestas. Atacar a ese hombre es declararle la guerra a Perón y, por lo tanto, un error táctico, pensaban varios al escuchar las explicaciones. Consideraban que los argumentos tenían muy poca profundidad y cuando la discusión se truncaba, aparecía la palabra subordinación, tan antipática en un ámbito de decisión colectiva. Si hasta ahora se habían caracterizado por debatir y organizar las acciones entre todos, ¿por qué de pronto tenía que ser diferente?

En el territorio, hubo desconcierto. En Villa Argentina, el tenor de los comentarios se repetía: “¿Mataron a un peronista?” “Pero Lorenzo Miguel tiene peor fama que Rucci.” “Si al menos hubieran

matado a López Rega.” En zona norte, la reacción fue similar. “¿Antes luchábamos contra los milicos y ahora estamos luchando contra Perón?”

“Me cortaron las patas”, dijo el líder ante el cadáver en el salón de la CGT. Lo que se cortó no fue sólo el fino hilo que a esa altura unía a Perón con Montoneros, sino el cordón umbilical que sostenía a toda la JP dentro de un mismo útero: a partir de ese momento, surgió la Lealtad —opción que reconocía a Perón como único conductor y que se presentó oficialmente a fines de ese año sin mucha sobrevida— como la primera gran fractura dentro de la organización, y que funcionó no sólo como una alternativa a la línea de Montoneros sino también como una opción de salida para todos aquellos militantes que no estaban de acuerdo con las acciones de lucha armada durante un gobierno peronista.

20

Esa tarde, sus compañeras del Cardenal Spínola se reunían para organizar los últimos detalles del viaje de egresados. Pero Beatriz les dijo que no podía ir. Lo que no les dijo era que iba a un local de Once con su padre y con Miguel para comprarse su primera arma. El territorio empezaba a disputarse en otros términos dentro del mismo peronismo.

A pesar de las contradicciones, el 23 de septiembre de 1973 a ninguno de ellos se le hubiera ocurrido votar a otro que no fuera Perón. Incluso Elsa lo hizo. Les anunció a sus hijas y a su marido que su voto sería Perón-Perón y después largó una suerte de

lamento profético: “Miren lo que me hacen hacer, ojalá yo esté equivocada”.

A Miguel le gustaba estar con el Vasco y con Estela. A diferencia de Diana, con quien chocaba constantemente, ellos eran cariñosos y lo mimaban como a un hermano menor. Miguel era fanático de los animales exóticos: en su casa tenía sapos, pájaros, patos y había criado peces luchadores de Siam. Aquel 17 de octubre, mientras con sus padres celebraban sus 19 años, Estela, el Vasco, Héctor y Beatriz tocaron timbre en su casa. Beatriz traía una caja casi tan grande como ella. El Vasco, ansioso como era, no podía contenerse.

—Dale, abrila, abrila.

Lo apuraba. Él y Estela habían tenido la idea. Miguel la abrió y ahí adentro había un pequeño yacaré. Lo bautizaron Alelí. Durante los meses siguientes, entre movilizaciones, actos e incursiones a la villa, Beatriz y Miguel irían con Héctor a los Lagos de Palermo a pescar madrecitas para darle de comer.

Pero cuando se trataba de militancia, el Vasco y Estela ya no lo trataban como alguien menor sino como un par. Sucedía cuando el Vasco se lo llevaba a un rincón apartado y le contaba datos de alguna operación. Estela, en cambio, prefería hacerle una caricia en la espalda y decirle:

—Miguelito, me la vas a cuidar a Bi, ¿no?

Cuidar a Beatriz ya no era una frase del acervo machista. Miguel lo supo un sábado a la mañana en la calle principal de la Sauce cuando un miembro del CdO los paró y les dijo que si no se iban del barrio, los mataba. Lo hizo tocándose el bolsillo de su pantalón oxford. Perón todavía no había asumido como presidente pero el ala sindical del peronismo, más aún después de la muerte de Rucci, había salido a recuperar terreno. Miguel sabía que si se iba, no iba a

poder volver al barrio. El sol, demasiado brillante, le impedía ver bien al hombre, pero podía reconocer el bulto en el bolsillo. Los quemo a los dos, eh, insistía. A Miguel le sería imposible recordar qué le respondió, pero algo dijo, a toda velocidad, con suficiente convicción como para disimular el miedo. Era una cuestión de ganar la parada con actitud, como decían en el barrio. Beatriz estaba al lado de él, muda. El hombre los miró fijamente, como si grabara sus rasgos en la retina, y se fue. A Miguel se le aflojaron las piernas.

Después del episodio, Héctor los llevó a la armería de Once. Les compró a cada uno un revólver Rubi extra calibre 22 de punta hueca y alta velocidad. Él había estado en Ezeiza, habían apuntado con un arma larga a su yerno desde adentro de una ambulancia de Bienestar Social. Unos meses después vendrían los entrenamientos milicianos, los simulacros de operaciones y las operaciones reales, pero en ese momento Beatriz y Miguel empezaron a practicar por su cuenta. Tener un arma también era estar dispuesto a usarla. Lo hacían en seco, sin disparar, en el jardín de los Fernández Long o en algún descampado de la villa. Hacían desenfunde y tiro instintivo. Desarmaban, armaban, limpiaban. Miguel era hábil y buen instructor, y en algún momento llegaría a sentir una riesgosa fascinación por el poder de fuego. También le gustaba verla a Beatriz con su pequeño cuerpo en posición de tiro. Hasta el último día, guardaría un arma en la cartera negra que siempre llevaba cruzada hacia adelante.

Para fin de año, los volvieron a amenazar de muerte. Fue una noche, mientras volvían en tren desde Capital a Beccar. Un hombre se le acercó a Miguel y le dijo al oído que tenía la orden de matarlos. A vos y a tu noviecita, le dijo. Arrastraba las palabras y se sostenía de su hombro. Estaba borracho. Le advirtió que era policía, que

trabajaba para López Rega, y siguió caminando hacia el vagón siguiente. Aquella vez no sintieron miedo. Eran montoneros, iban a ganar.

21

El Vasco la tomó a Marina por la cintura y la pellizcó.

—Mirá qué grande que está la nena, eh.

Dijo mirándolo a Miguel. La imagen resultaba cómica: Marina era más alta que el Vasco. Flaca, estilizada, con un rostro que combinaba los rasgos exóticos de Estela con la perfección de Beatriz, a sus 16 años era toda una mujer que se movía con una elegancia particular, entre lánguida y sensual. En una de las eternas noches de Beccar, la habían apodado la Pantera, por el modo de caminar de la Pantera Rosa.

Ahora, lejos de esa chiquita que escuchaba las conversaciones de los grandes acurrucada bajo el brazo de Héctor, quería que la trataran como a una más. Eso significaba, básicamente, empezar a militar.

Beatriz proponía llevarla a la villa con ella, como ya había hecho algunas veces, y Miguel se negaba con determinación: como militante orgánico y responsable de un grupo, pensaba en términos de encuadramiento. Si Marina estaba en el colegio secundario, lo que correspondía era que militara en la UES, la agrupación de superficie de los estudiantes secundarios. Finalmente ganó su postura.

Como primera medida, convinieron que al año siguiente se cambiara de colegio: podía empezar cuarto año en el Instituto 20 de

Junio, un secundario privado como el Cardenal Spínola pero laico. Marina estuvo de acuerdo. Era relativamente nuevo en la zona y a pesar de ejercer una disciplina tan estricta como el resto, era mixto y, lo más importante, asistían chicos de las clases medias y populares. Coincidía con el objetivo de la organización de abrir nuevos frentes de militancia en esos espacios.

Durante los últimos meses de tercer año, Marina completó hojas y hojas de un cuaderno Éxito 70. Se encerraba en su cuarto a escribir poemas que después solía mostrarles a sus hermanas. Su escritura reflejaba sus cambios. Si los textos de años anteriores estaban poblados de referencias infantiles como querer una luna para jugar a la pelota, adorar a nubes lloronas e invitaciones a ser un pájaro, los últimos meses daban cuenta del tránsito hacia la adolescencia. “Yo soy el cadáver de mí misma pero soy la madre pariendo un nuevo ser”, escribía. En sus poesías también se colaba algún personaje que gritaba “Viva la Patria”.

Durante ese tiempo, el chalet de Beccar había dejado de ser un espacio de reunión de familiares y amigos. Diana y Estela ya no vivían en la casa, y Beatriz estaba casi todo el tiempo afuera, con Miguel. De todos modos, todavía quedaban los almuerzos familiares de los domingos. Lo que más le gustaba a Marina era el ritual que repetían con Diana después de la sobremesa. Se iban juntas al jardín con una fuente repleta de uvas y charlaban hasta que Diana se quedaba un poco dormida en el hombro de su hermana. Una de esas tardes, hojeó el cuaderno de Marina y descubrió que estaba especialmente triste. Ante la insistencia, Marina le confesó que extrañaba compartir momentos en familia. Diana la abrazó y después la atacó con cosquillas. Cuando se fue, le dejó de regalo unas líneas en su cuaderno: “En un lugar del universo, un pájaro

vuela en atardecer / En un lugar del universo, el Principito y Marina ríen / No confundir: Marina es el Principito. / En un lugar del mundo, Nañi e Iña, pueden seguir riendo”.

22

—Papi, queremos casarnos.

—¿Cuándo?

—Y, pronto.

—Qué alegría, hijita, qué alegría.

Beatriz y Héctor seguían teniendo sus encuentros privados. Él siempre se las arreglaba para estar solo con cada una de sus hijas. Y cada vez que podía les insistía, tanto a Beatriz como a Miguel, para que avanzaran con el tema. Elsa reaccionó igual que con sus dos hijas mayores: le parecía una locura. Beatriz ni siquiera había terminado la escuela, su novio era un vago que no estudiaba ni trabajaba, ¿por qué tenían que tomar una decisión así, apresurada, si todavía eran unos niños? ¿Lo hacían como un acto de rebeldía? ¿Y por qué su marido estaba tan feliz con la idea? ¿No había nadie sensato en su familia? A veces sentía que iba a enloquecer de impotencia.

Fijaron la boda para el 4 de enero del año siguiente, un mes después de que Beatriz terminara el colegio. Habría iglesia, vestido blanco, fiesta en el jardín de Beccar, luna de miel en el Parque Nacional Los Alerces, un departamento en Acassuso —regalo de Hilario Fernández Long—, parientes por parte de ambas familias y amigos que poco tenían que ver con la militancia. Había rituales que cumplir, concesiones a un orden familiar que era difícil de quebrar.

La nota disonante, sin embargo, la pondría el cura. Cuando Beatriz y Miguel fueron a Lourdes a pedirle al párroco que los casara, el sacerdote les preguntó si creían en Dios. Ellos le respondieron que no. Beatriz nunca había creído y Miguel ya no lo hacía.

—Entonces no puedo casarlos.

Les dijo él, con insólita rigurosidad para un acto que la mayoría de las personas consideraba más social que religioso. Beatriz le contó el episodio a Rosita, su compañera de ámbito, que para esa altura ya se había convertido en una figura maternal. No te preocupes que yo les consigo un amigo mío que no va a tener problema en casarlos en su iglesia, la consoló. Esa persona era Jorge Adur, el Turco, en ese entonces al frente de la iglesia Nuestra Señora de la Unidad de Olivos y futuro capellán de Montoneros.

Cuando Miguel se dio cuenta de que en pocas semanas estaría casado, entró en un estado de duda existencial. Quizá no era lo que realmente quería. Lo cierto era que ya no podía retroceder. Había que avanzar, dejar que las cosas sucedieran. Además, si con Beatriz se querían, no tenía por qué salir mal, pensaba.

O sí.

El 28 de diciembre se casaron por civil. En la foto es Héctor quien sale en primer plano, dando su consentimiento con una firma: Beatriz era menor de edad. Esa noche, en lugar de hacer la reunión familiar a la que se acostumbraba después del trámite, fueron al Luna Park. Los Huerque Mapu presentaban el disco *Montoneros* en un festival de cierre de año de la JP. Cuando los músicos Hebe Rosell y Naldo Labrín, escoltados por las fotos de Perón y Evita y por una gran bandera de Montoneros, entonaron los primeros acordes, Beatriz lo miró a Miguel, después a Eduardito, y se tomó

de sus brazos. Desde el escenario cantaban: “Somos pueblo peronista / somos pueblo de Perón. / Se acabarán los traidores, / vamos de liberación”.

Estrofas que el propio Firmenich había supervisado.

SER PARTE DE UNA ORGA.
ENTRE VERTICALISMOS Y DISIDENCIAS
1974

1

A pesar de que compartían una historieta semanal en *El Descamisado*, hacía varias semanas que Héctor no hablaba con Leopoldo Durañona. Simplemente se comunicaban a través de los guiones de *Latinoamérica y el Imperialismo*. Allí Héctor le hacía unas pocas anotaciones acerca de los dibujos, y con eso alcanzaba. Pero ese día, 22 de enero, Durañona necesitaba hablar con él. Quería ponerlo al tanto de que no iba a poder entregar a tiempo porque el cadete le había traído el texto casi sobre la hora. Y eso lo mortificaba, no le gustaba incumplir plazos. Llamó a la casa de Beccar pero no lo encontró: Elsa le dio a entender que no sabía dónde estaba su marido. A Durañona no le extrañó, estaba siendo difícil ubicarlo. Las últimas veces que había ido a buscar guiones a aquel chalet, había sido ella la que se los había entregado. Marcó el número de *El Descamisado* y pidió por Jarito. Le explicó que estaba atrasado y que no iba a poder entregar ese día. El capítulo se llamaba “Ramírez” y narraba la historia de los vencedores de la Batalla de Cepeda. Con los originales bajo el brazo, al día siguiente Durañona fue hasta la redacción de *El Descamisado*. Le resultó

extraño que el lugar estuviera cerrado. Se quedó un rato esperando hasta que apareció el Sordo y le contó lo que había pasado.

—Primero fue una patota, después cayó la cana. Ahora no sé cómo sigue esto. Dejame los dibujos a mí que yo me encargo.

Esa mañana, una banda de civil, armada con itakas, había entrado a la fuerza en el edificio y encapuchado y encerrado en la oficina de Grassi —que estaba de vacaciones— a los pocos que se encontraban a esa hora en la redacción. En medio de culatazos y simulacros de fusilamiento, los hombres de civil gritaban "¿dónde están las armas?" y "¿dónde está Dardo Cabo, cuándo viene?".

Paradójicamente, los salvó la Policía Federal. Justo en el momento en el que la patota entraba en el edificio, Jarito se acercaba desde la esquina. Se metió en el bar de enfrente, llamó a la policía y dijo que estaba ocurriendo un asalto. Cuando la Federal llegó al grito de "Qué está pasando acá", mientras los empleados de *El Descamisado* seguían encapuchados y con la cara contra la pared, el jefe de la patota se identificó como miembro del Ministerio de Bienestar Social. Una manera elegante de decir Triple A. El trato en Coordinación Federal, donde los llevaron detenidos, no fue mejor. Pero al menos aseguraba su blanqueo. Los liberaron a la madrugada.

Cuando Durañona se enteró de lo que había pasado, por primera vez agradeció que Héctor se hubiera atrasado con el guión. Él podría haber estado ahí.

Después del capítulo de "Ramírez", seguirían sólo cinco entregas de *Latinoamérica y el Imperialismo*. La última escrita por Héctor se llamó "Urquiza también perdió" y salió el 26 de marzo de 1974. Continuó Jorge Claudio Morhain a pedido de Jarito, con dibujos de Rubén Sosa. Morhain había coincidido con Héctor unos años antes

en *Casco de Acero*, una revista de dudosa legalidad dirigida por Andrés Cascioli que sonaba demasiado a *Hora Cero*. ¿Qué hace un genio como Oesterheld trabajando para una publicación pirata?, pensaba en aquel entonces el joven guionista, sin animarse a preguntárselo. Como su sucesor en *El Descamisado*, llegó a publicar sólo un capítulo, “Los fusilamientos de Villamayor”. Con la clausura de la revista y su reaparición como *El Peronista,* la historieta dejó de salir.

Para ese entonces, Héctor ya tenía la cabeza puesta en otras dos actividades: la reversión de *Guerra de los Antartes* que había empezado a publicar en el diario *Noticias*, y sus acciones como militante del Bloque Peronista de Prensa.

2

Buenos Aires, 8 de marzo de 1974

Iña querida:

Te escribo ahora porque te tengo lejos y quisiera que estuvieses aquí conmigo, y escucharíamos juntas los autos que pasan por la avenida tocando bocina porque son recién casados.

Hoy es viernes, Iña, y será que estuve caminando largo por el centro y me metí en librerías viejas, revolví libros, buscaba uno muy antiguo, el que fuera, quería que tuviese olor a altillo, terminé leyendo ahí mismo uno sobre un guerrillero. Me compré dos mazapanes en Bonafide y me los iba comiendo por la vereda mientras me paraba en los quioscos y la gente pasaba y decía: “Qué

rico, nena!" Después me metí en el baño de un bar y me peiné, porque hoy me había lavado la cabeza y cuando salí afuera me gustaba sentir que mi pelo volaba con el viento y brillaba en el sol de una plaza que atravesé despacito cuando una pareja se divertía en un banco y una viejita se iba cansada. Bueno, después dejé pasar algunos colectivos, porque quería ir sentada en una ventanilla, pero terminé subiendo en uno repleto y éramos sardinas. Será que caminé mucho a la tarde y cuando iba por la plaza sentí un olor a jardín y a montañas, que escuchaba una vocecita que me decía "vení, Diana, vamos a jugar a las nenas".

Y por ahí andabas, Iña, metida en mi tarde, como no podrás escaparte nunca, y cuando menos me lo espero estoy lagrimeando en una esquina del colectivo.

Será que pasan muchas cosas, Iña. Tantas, que a veces me olvido que me gusta el dulce de ciruela y sobre todo ha pasado tiempo, y en ese tiempo han pasado hechos, y también pasé yo dentro de ellos, y ahora me busco un ratito, para preguntarme cómo me siento.

Pasa, Iña, que hace mucho que no puedo ir a casa un domingo entero, y caminar mucho en el jardín, con vos al lado, mirar por TV alguna película con enamorados, y comer tranquila, para que después duermas una siesta apoyada en mí.

Y entonces pienso en mis domingos, que llego tarde a casa, y quiero abarcar en pocas horas lo que busco durante la semana y al irme pienso que me olvidé de correr con Milú, de ver las fotos viejas y de afanar uvas de la heladera.

Pasa, Iña, que pasa el tiempo y no todos ven si algo le pasa a Diana. Y entonces si nadie lo ve, quiero mostrarlo, es difícil, Iña,

porque encima soy muy torpe explicando y, generalmente, provoco rechazo en algunos, cuando más los estoy llamando.

Yo quería contarte algunas cosas, porque estás siempre en mis tardes, y porque pienso que estás durmiendo en mi cuarto, y porque pediste un libro de política, aunque no lo leas, me acuerdo cuando yo pedí lo mismo, y entonces el compañero más fiel era el diario con sus noticias.

Parece que voy cambiando, Iña, estoy cambiando. Ese cambio que no ve cualquiera todos los días, quizás sólo lo veo yo, pero creo que nada depende de mí misma, solamente, sino de todo lo que está a mi alrededor.

Iña, estoy luchando.

Eso no es nuevo y eso lo hacen muchos, pero ahora estoy mucho más adentro y siento entonces que mi lucha abarca muchos más aspectos. Yo pienso ahora, mientras trabajamos, pienso en los compañeros caídos y en los compañeros que vienen luchando hace ya tiempo, que son ellos los que permitieron que llegáramos a esta etapa. Pienso muchas veces en María Angélica Sabelli, que era una combatiente de la FAR, y cuando voy por la calle pienso que ella miraba los árboles y la gente, como cualquiera de nosotros. Y que ahora se está trabajando en los barrios, en las villas, en las fábricas y quisiera que vieran los compañeros caídos, cómo estamos creciendo, que han sido ellos los que posibilitaron esto, hoy hablar de lucha es hablar con un barrio entero que quiere salir a pelear, o lamentarte porque muchos otros no quieren mover un pelo. Bueno, pienso en Mariano Pujadas, el frío que habrá tenido aquella noche en Trelew, con su sweater blanco, y pienso la alegría que tendrían todos ellos, cuando se enteraron que diez compañeros habían logrado escaparse y llegar a Chile. Pienso en las noches del Ché,

cuando tomaba mate con sus soldados y después se iba bajo un árbol y escribía un diario garabateado, y cómo debe haber extrañado Cuba, esos tres meses finales de la guerrilla en Bolivia, caminatas largas sin comida, y mucho combate (…)

Todo eso, Iña, hace que la Diana que hoy saluda cuando va a casa, sea otra Diana, que arde y hierve. (…)

Voy desprendiéndome de muchas cosas. Tantas cosas que en otro momento me hubiera costado haber dejado, pero ya no, porque te decía, cada vez me siento más dentro de la lucha. Y en todo esto estoy, Iña, y quiero irme a vivir a la villa, porque poco a poco voy perteneciendo más a ese campo, al campo de lucha, que a ningún otro. Y ese suelo es mi suelo de trabajo y en él me quiero entregar totalmente sin falsedades ni romanticismo, porque sé lo que es una villa, después de haber estado un año pateándola de punta a punta. Y soy consciente de que nunca podré ser una villera, porque no pertenezco a su clase social, pero tampoco ese es el objetivo, el objetivo es poder trabajar más profundamente ahí, reforzando el trabajo en esa medida. Iña querida, puedo desprenderme de tantas cosas ahora que realmente noto que me sobran, y no necesito para vivir, otra cosa que un techo y cuatro paredes. Vas a tener que ayudarme para hacérselo digerir a mamá, no? (…)

Iña, querida, sos como la noche, y con mi noche siempre hablo (…) y quiero compartir mi alegría con vos, Iña, alegría de entrega, de lucha, de muerte y vida nueva.

Diana

Diana cada vez iba menos a Beccar. El trabajo en la villa le consumía casi todo el tiempo, especialmente sábados y domingos. En esas semanas, además, en el barrio estaban en estado de alerta: el gobierno había empezado a aplicar el Plan Alborada que, comandado por López Rega, proyectaba erradicar las villas trasladando a sus habitantes a zonas periféricas. El MVP, como organización, se resistía a las acciones de gobierno con marchas y petitorios, pero Diana insistía con que, para movilizar, primero había que hacer el trabajo de concientización. Que cada vecino estuviera formado para defender sus derechos. Y en eso no era arrebatada, sino paciente y didáctica.

—Tenés que ser lo más plural posible. Que todos opinen y hablen y después se ve. Lo mejor es que no quede que vos decidís sobre ellos. No seas muy frontal porque va a haber todo tipo de gente. Básicamente, tenés que ser indulgente con los demás y exigente con vos misma.

¿Por qué indulgente con los demás si estamos reclamando algo justo?, pensaba Celia González mientras la miraba a Diana comer tomate como si fuera una manzana. Con cada mordida, el jugo le ha cía una nueva mancha a la camisa. Celia era una adolescente que había llegado de Corrientes con dos hijos pequeños y en la Villa 21 comprobaría lo que Diana le repetía: que ella era buena madera para convertirse en un cuadro político. Ahora integraba el MVP que, si bien junto con el MIP era una organización de masas marginal dentro del movimiento peronista, durante esos meses había tenido no sólo expansión territorial sino también presencia formal con dos congresos nacionales, el primero en Santa Fe y el segundo en Córdoba.

Este último, convocado para el 19 y 20 de enero, coincidió con el ataque del ERP a una de las unidades militares más grandes y poderosas del país: el Regimiento 10 de Caballería Blindada y el Grupo de Artillería Blindada 1, en la localidad de Azul. El operativo para robar armamento —organizado por Roberto Santucho y dirigido en el terreno por Enrique Gorriarán Merlo— finalizó con bajas considerables para ambos bandos. Las muertes del jefe del Regimiento 10, el coronel Camilo Gay, y su mujer, Hilda Irma Casaux; la del conscripto Daniel González, que estaba de guardia, y el secuestro del teniente coronel Jorge Ibarzábal, asesinado diez meses después, desencadenaron la furia de Perón.

Ese domingo al mediodía, cuarenta uniformados ingresaron con sus FAL en alto al ex Colegio Sagrado Corazón de la ciudad de Córdoba, donde se realizaba el congreso del Movimiento Villero, con la excusa de que un anónimo había denunciado la toma del establecimiento por parte de la Juventud Peronista. En rigor, se trataba de una intimidación a los militantes y al gobernador cordobés, Ricardo Obregón Cano, ligado a la Tendencia y cuya presencia estaba prevista para el cierre del cónclave. Algunos compañeros, entre ellos Bichi, improvisaron un cordón humano para resguardar a los demás de la policía. Bichi había viajado como delegado del MVP de San Isidro, cargo para el que había sido elegido unas semanas antes en un plenario. Se sentía orgulloso de su rol, pero un poco inseguro, y como Diana también viajaba, Beatriz le ofreció hacerle una cita con ella. Aquel día en Córdoba finalmente la policía se retiró. Obregón Cano, que un mes después iba a ser destituido por un golpe policial comandado por Antonio Domingo Navarro, pudo cerrar el encuentro ante unos 800 asistentes.

Pero la euforia generada en el congreso villero se esfumó con las palabras de Perón de esa noche por cadena nacional. Enfundado en su uniforme de teniente general, cargó contra el gobernador bonaerense Oscar Bidegain por su tolerancia con el accionar del ERP en Azul y llamó a aniquilar al terrorismo criminal:

—El gobierno nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar al mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizando todos los medios necesarios.

A los cuatro días renunció Bidegain y asumió el vicegobernador, Victorio Calabró, vinculado con el sindicalismo ortodoxo. Ese mismo día dejaron sus bancas ocho diputados de la JP en rechazo al proyecto oficial de reforma del Código Penal, conscientes de que era un artilugio legal para perseguir a las organizaciones armadas.

En este contexto y como parte de la Tendencia, el MVP tomaba distancia de los lineamientos del gobierno al que consideraba abroquelado en el Pacto Social y, puntualmente, criticaba las condiciones tramposas para el traslado de los vecinos de la Villa de Retiro a las viviendas en Ciudadela en el marco del plan de erradicación. Ante la negativa de las autoridades de concederles una entrevista, el MVP convocó a una marcha para el 25 de marzo.

—Recuerden, compañeros: mañana a la tarde marchamos a la Plaza de Mayo. Queremos casas sin trampa, tenemos que frenar la erradicación.

Anunciaba Diana por los pasillos de la villa. Escuchar su propia voz amplificada le daba risa y la obligaba a alejar el megáfono de su boca cada vez que terminaba una frase.

El clima festivo de la convocatoria no duró mucho. Al día siguiente hubo marcha, represión y una víctima mortal. Cuando una de las

columnas avanzaba desde la Villa 31 por Leandro N. Alem, la guardia de infantería empezó a disparar gases lacrimógenos, hasta que un agente directamente accionó su itaka. Uno de los balazos mató a Alberto Oscar Chejolán, de 37 años. Al otro día, 60.000 villeros de Retiro no fueron a trabajar. El padre Mugica ofició una misa, aunque no había participado de la movilización: tras su paso fugaz como asesor del Ministerio de Bienestar Social después del triunfo de Cámpora —cargo no rentado que abandonó por diferencias con López Rega—, junto con otros curas tercermundistas estaba a favor de que se aceptaran las viviendas.

—Elevo mi plegaria a una víctima de la violencia criminal, al hermano que dio la vida por la patria y por su pueblo.

Rezó el cura. Un mes después sentó su posición en una entrevista que le hicieron para el diario *Mayoría* afín al Partido Justicialista. Bajo el título *La ultraizquierda en las villas*, criticaba la falsa representación de los villeros por parte de la Tendencia, a la que acusaba de no admitir ninguna disidencia en las asambleas. Consideraba que los vecinos estaban contentos con el plan que, aunque no fuera el ideal, estaba supervisado por Perón y podía ser mejorado. Estas diferencias con Montoneros, entre otras, iban a ser usadas para culpar a la organización de su asesinato, perpetrado por la Triple A el 11 de mayo.

En el comunicado oficial sobre la muerte de Chejolán, se alegó que estaba ebrio y que había sido atropellado por un camión. El diario *Noticias* lo desmintió al día siguiente en la tapa con cuatro fotos del momento de la represión. *El Descamisado* reforzó la prueba con dos imágenes clave. Un fotógrafo de la revista *Siete Días*, Carlos Pesce, había registrado el instante exacto en el que el agente gatillaba, y también el cuadro siguiente: Chejolán en el piso.

Por una cuestión de tiempos, *Siete Días* no publicó las fotos pero, sin que su autor supiera, llegaron a la redacción de *El Descamisado*, que las editó con gran despliegue y una flecha que señalaba al autor del disparo. En esa misma entrega, Montoneros responsabilizaba a López Rega del hecho. El 8 de abril, el ministro del Interior, Benito Llambí, firmó el decreto de clausura de *El Descamisado*.

Dos semanas después iba a resucitar con el nombre de *El Peronista*. En su interior, una crónica narraba un acto en Villa Saldías en conmemoración de Chejolán. La ilustraba una gran foto de una multitud con el brazo derecho en alto y los dedos en V. En un margen, casi cayéndose de cuadro, el Vasco hace el gesto mientras baja la cabeza para que la cámara no registre su rostro. Sus bigotes y las entradas en las sienes son inconfundibles. Junto a él está Abel, su nuevo compañero de militancia.

4

A Abel Roth le habían dado una cita para el primer día de 1974. Hacía mucho calor y el Riachuelo estaba especialmente espeso. Abel vivía en Isla Maciel y para cruzar a la Capital tenía que tomarse el bote. Atravesó la Boca por Almirante Brown hasta Paseo Colón, bordeó el Parque Lezama y continuó hasta la Plaza Dorrego, pleno San Telmo, el lugar convenido. En la calle no había nadie. En la plaza, tampoco. Se sentó en un banco y esperó unos minutos. Ni siquiera en la primera cita su nuevo responsable iba a ser puntual.

El Vasco llegó con cara de haber brindado hasta tarde y le contó que la organización quería armar una UBR en la Isla y lo quería incorporar como aspirante junto a otros compañeros. El tono formal,

de protocolo, iba a desaparecer a los pocos minutos. Durante los siguientes dos años, el Vasco y Abel estarían mucho tiempo juntos y harían cosas por fuera de las reglas militantes. Cosas tan simples como ir a ver *La captura del Pelham 1,2,3* a algún cine de Corrientes y, después, a comer pizza a Güerrin. En esas ocasiones, en lugar de hablar de política, hablaban de películas, de las armas que se usaban en las películas, de libros, muchas veces de Boca. El Vasco decía que su escena favorita de *El Eternauta* era aquella en la que los invasores hacían mierda la cancha de River.

Rara avisen un barrio obrero, Abel era algo introspectivo, le gustaba leer, era fanático de los Beatles, se vestía a la moda con pantalones oxford y zapatos con plataforma, y estudiaba Derecho en la UBA. De extracción peronista, en 1972, junto con la kiosquera del barrio, su vecino Rubén “Pipi” Masuani, obrero naval formado en el anarquismo, pero incorporado al MRP y secretario de prensa del Sindicato de los Obreros Navales, y otros tres chicos de la JP de Avellaneda abrieron una unidad básica.

Uno de los primeros en acercarse a la UB fue el dramaturgo Juan Carlos Gené, junto con algunos de los actores con los que hacía el famoso programa de televisión *Cosa Juzgada*, como Marilina Ross y Federico Luppi. Llegaron a montar un espectáculo en el club de la Isla en el que Gené imitaba a Lanusse y repetía un chiste que había salido en la revista *Hortensia*: “Hombres y mujeres de mi patria ¿por qué carajo son todos peronistas?”. Después, ya sin Gené y sus actores, vino la campaña por Cámpora. Afiliaron vecinos y fiscalizaron las elecciones. En el recuento de votos, Abel comprobó que el 77 por ciento había votado al Frejuli y se sorprendió. Hasta ese momento, la mayoría de la gente del barrio decía ser radical, herencia de los tiempos del intendente conservador Alberto Barceló,

que con su perfil feudal y su poder basado en el fraude, había polarizado las afinidades políticas: o se era conservador o se era radical, y en Maciel prevalecieron los segundos. También comprobó que la mayoría de esos votos peronistas venían de la villa de atrás.

La Isla Maciel era uno de los barrios más antiguos de Avellaneda. La fama de la Isla entre los marineros primero, y los varones de clase media porteña después, radicaba en los prostíbulos. Con no más de veinte manzanas, había nacido como una extensión de la Boca. Allí, en esa porción de tierra que en realidad era una península del partido de Avellaneda, separada de La Boca por el Riachuelo, los inmigrantes genoveses reprodujeron la misma arquitectura de casas de chapa acanalada y madera dispuestas en forma de conventillo. Una calle separaba al barrio de Villa Tranquila, el asentamiento que había crecido con los inmigrantes del interior que a fines de los cuarenta buscaron trabajo en el puerto, los astilleros, los frigoríficos y las curtiembres instaladas en la ribera.

En esa zona, entre la villa y los prostíbulos, también había empezado a militar un grupo de la parroquia Nuestra Señora de Lima, del barrio de Montserrat. Los lideraba el cura Pablo María Gazzarri, conocido como el Gallego. No muy alto, de pelo castaño y algo ondulado, siempre vestido de civil, y con una boca que abría muchísimo cuando se reía, había iniciado su militancia en Descamisados a poco de ordenarse, en 1971, y había pasado a Montoneros tras la fusión. A diferencia del padre Mugica, Gazzarri no había separado su opción por los pobres de la lucha armada.

Cuando el primer día de 1974 fue a la cita en plaza Dorrego, Abel ya lo había visto al Vasco por la Isla. Primero, cuando se presentó en una reunión un día antes de la marcha a Gaspar Campos para romper el cerco y les aseguró que no había riesgos, que podían ir

tranquilos; él mismo había hecho el relevamiento de la zona. Y luego, para fin de año. Abel y Pipi le habían pedido a Gazzarri que les diera un curso de autodefensa porque sabían que tenía montado un polígono de tiro en la cúpula de la parroquia de Monserrat. El cura accedió pero les dio una cita en un departamento en el centro donde los recibió el Vasco. La lección incluyó cómo defenderse de una agresión en caso de no estar armado, cuánto era el tiempo de espera en una cita, a qué había que prestarle atención en estos encuentros, cómo hacer el control antes y después de una acción y, finalmente, instrucciones básicas del uso de un arma. En esa ocasión, les adelantó la idea de armar la UBR en la Isla.

Con la fusión de FAR y Montoneros, la disputa de poder de ambas organizaciones se resolvió en una primera medida de integración: los grupos que respondieran a FAR tendrían como responsable a alguien de Montoneros; los de Montoneros, a alguien de FAR. A esto se sumó la atomización del poder para reforzar la estructura vertical con la creación de una Conducción Nacional de ocho miembros —cinco por Montoneros, tres por FAR—, y un Área Federal a través de la cual la conducción podía tener control nacional y la centralización de los recursos económicos. Si Montoneros llevaba ventaja en el trabajo de frentes, la organización de Quieto tenía cuadros mejor formados. Y eso se tradujo en la reorganización de las UBC y las UBR: muchos de FAR fueron ascendidos antes de la fusión para poder quedar al frente de los grupos de aspirantes. Fue en este contexto que el Vasco llegó a Isla Maciel como oficial. A partir de ese momento, él y Gazzarri serían los responsables en la Isla.

—Nosotros somos la columna Rosa Luxemburgo y la del Gallego, la Fray Luis Beltrán.

Al Vasco le gustaba dejar en claro que él venía de la R y que no era un “cristianuchi” como los de la M. En esos términos —de origen ideológico, y nivel y fama de combatividad— se medían también las diferencias entre FAR y Montoneros.

5

—Anita, ¿había que traer un fierro?

—Creo que no, además, yo no tengo. ¿Vos tenés?

A Ana Villa le daban ataques de risa cuando Héctor se aparecía con cara de nada y le hacía ese tipo de preguntas. Ana era periodista, trabajaba en el *Mundo* —el diario financiado por el ERP que iba a ser clausurado en marzo de ese año—, estaba casada con Luis Bruschtein, y con Héctor se habían conocido en las reuniones de periodistas militantes que compartían con Mempo.

Ahora, como parte de la JTP, debían cumplir con una de las tantas tareas asignadas a sus miembros: custodiar el local que la agrupación tenía en la avenida San Juan. Lo de custodiar no era otra cosa que permanecer atento, y dar aviso de cualquier movimiento extraño. El manejo de las armas, todavía, estaba reservado para unos pocos. Ana —que era rebelde frente a las directivas de la Conducción Nacional, cuestionaba la idea de una elite iluminada y siempre se iba a resistir a que la incorporaran a la organización—, se alegraba cuando la mandaban a hacer guardias con Héctor. Con él era imposible aburrirse. En esos días, además, los dos se sentían unidos por un mismo tipo de emoción. Héctor estaba fascinado con la idea de ser abuelo —Estela estaba a punto de parir— y Ana, que tenía casi la misma edad que ella, acababa de

confirmar su segundo embarazo. Eso no impedía que, además de las guardias, las reuniones y los plenarios, siguieran compartiendo algunas acciones relámpago. Por lo general eran en alguna esquina cerca de los diarios *La Nación, Clarín* o *La Prensa*, y en apoyo a conflictos de trabajadores. Había que ir en pareja, tirar una molotov y dejar una volantera mariposa, que expulsaba cientos de papeles al aire. Ahí estaba Héctor, siempre puntual, a la espera de que el compañero —o la compañera— asignado le diera su molotov para reventar la vidriera de *La Prensa*, en Avenida de Mayo, y luego salir caminando como quien sale de una oficina pública.

—¿Vos trabajás en *Billiken* y ahí no saben nada de esto?

Le preguntaba Ana, cuando se encontraban en algún bar. Muchas veces, ella lo recibía con un vaso de vermouth y papas fritas sobre la mesa: con el embarazo, le había dado por antojo tomar vermouth con ingredientes. Y eso, a Héctor, le hacía mucha gracia.

—No, no se imaginan nada. Con esta cara que tengo, ¿quién va a pensarlo?

Lo cierto era que en Atlántida había una importante militancia sindical interna que tenía entre sus agitadores al dibujante Eugenio Zoppi y a su mujer, Delia, que trabajaba como letrista y solía estar de campana en la puerta cada vez que hacían asambleas clandestinas en la redacción. Pero quizá por diferencias ideológicas —Zoppi era del PC—, o porque Héctor estaba más interesado en una militancia amplia que en las reivindicaciones propias de los dibujantes, el vínculo laboral entre ambos —que había nacido con *Cargamento negro*, la historieta debut de Héctor, continuado en los días de Abril y Frontera, el Estudio Espartaco (creado por Zoppi en los sesenta), y los proyectos truncos de Chile, hasta los últimos años en Atlántida— siempre se mantuvo al margen de la política.

Después de las acciones de agitación y propaganda, venían las reuniones de evaluación. A veces se hacían en el departamento que Ana y Luis habían alquilado en el barrio de Catalinas, en la Boca. Ahí, la noche podía estirarse con cena y sobremesa. A Luis Bruschtein, que en ese momento tenía 24 años y estaba a cargo de la prensa de JTP a nivel nacional, lo conmovía que un tipo reconocido como Oesterheld participara en reuniones y plenarios como uno más entre ellos, sin hacer pesar ni su edad ni su fama. A la vez, sabía que podía ser muy paternal: Ana le había contado que antes de alguna acción, Héctor siempre les pedía que lo dejaran a él chequear el lugar. En esas noches largas, cuando el temario del día ya estaba cerrado y se relajaban con una copa de vino, Héctor hablaba especialmente de sus hijas. Las leyes del tabicamiento impedían dar detalles, pero él no podía evitarlo.

—Muchachos, tengo una casita con jardín en zona norte y no saben cómo me gustaría invitarlos a comer un asadito para que se conozcan con las chicas, pero si mi mujer se entera, me mata.

Se lamentaba. Ellos, a su vez, aprovechaban para preguntarle sobre su vida pasada, la de geólogo, y de su vida paralela, la de guionista de historietas.

De la primera, Luis guardaría la anécdota de una pérdida. Él, como Héctor, había estudiado en Ciencias Exactas y en su departamento tenía un microscopio que no funcionaba. Cuando Héctor lo vio, se ofreció a arreglarlo y se lo llevó. Un tiempo después, entre mudanzas intempestivas y exilios, Luis se acordó del microscopio, que nunca más volvió a ver. De la vida paralela, la de guionista, Ana recordaría una propuesta que finalmente nunca se concretó —Héctor se había ofrecido para darles un curso de guión a los del grupo del BPP— y una pequeña clave acerca de su método

de trabajo. Ella, como la mayoría de los que se cruzaban con Héctor por esos días, no había resistido la pregunta: “¿Y, qué pasa mañana en los Antartes?”.

—Por disciplina me olvido de lo que ya escribí. ¿Sabés lo que sería tener todo eso en la cabeza, Anita?

—Por favor, por favor, dame una pista.

Le rogaba ella. Héctor se reía, pero no largaba un solo dato. Sabía, de todos modos, que al día siguiente, cuando la leyera, Ana iba a reconocer alguna palabra, tal vez alguna idea, de lo que solían discutir en las reuniones.

6

El 19 de febrero, la policía detuvo en Rosario a Roberto Quieto. Lo acusaban de llevar documentos falsos. En sus declaraciones al diario *Noticias*, el número dos de la Conducción Nacional aseguró que su detención formaba parte de la escalada represiva contra la JP. Tres días después, la tapa del diario publicó un nuevo titular sobre la situación de Quieto y el retiro de contratapa, en la sección de entretenimientos, un cuadro de historieta. Allí aparecía la figura de un hombre con un arma y el rostro tapado y una serie de preguntas: “¿Qué pasa en base Martínez? ¿Qué clase de guerra es ésta? ¿Quiénes son los Antartes?”. La página estaba compartida con la viñeta de humor de Napoleón.

Napoléon era el mismo que había firmado como Napo en 1970, cuando *Guerra de los Antartes* salió publicada en la revista *2001*. Ahora, su lugar lo ocupaba Gustavo Trigo, quien había trabajado varias veces con Héctor y aceptó sin dudar cuando escuchó la

propuesta en un bar de Corrientes y Callao. A partir de ese momento, iba a recibir el guión por teléfono o en su estudio de la calle Honduras. “Cuando ganemos seremos al fin más respetados”, le dijo Héctor en uno de esos encuentros y Trigo, para hacerle una broma, lo llevó al Hipódromo de Palermo: desde la tribuna del paddock, vieron al jockey Eduardo Jara ganar una carrera imposible.

Héctor retomó Antartes con un seudónimo (la segunda semana empezó a firmar como Francisco G. Vázquez) y algunas pocas variantes. Ya en su primera versión, como en *El Eternauta* de *Gente*, el eje narrativo era una guerra de liberación de Sudamérica, que había sido entregada por las potencias imperialistas a un grupo de invasores instalados en una base en la Antártida. La acción transcurría en 2001 y, para ese tiempo, el país estaba bajo un gobierno popular, comandado por Eleuterio Medina, a quien el pueblo llamaba “Chango”, líder de la resistencia frente al invasor. Y si en la primera versión, el sobreviviente que narraba lo sucedido se llamaba Mateo Rivas y en la de 1974, troca su nombre por el de Coya, el presidente popular pasará de ser “el Chango” Medina en 1970, a ser “el Grone” Andrada en 1974.

La referencia al “Negro” Quieto no se les escapaba ni a los periodistas del diario ni a los militantes. Con el tiempo, *Guerra de los Antartes* sería probablemente la pieza más declamativa y militante dentro de un diario que se reconocía peronista pero había decidido, en sus orígenes, adoptar el tono informativo para eludir la retórica montonera y posicionarse como una fuente más de información. Esto es: que la línea de la organización llegara en forma de noticia tal como otras líneas ideológicas lo hacían a través de *Clarín*, *La Nación* o *La Prensa*.

Los periodistas, varios de los cuales también estaban encuadrados en Montoneros, eran profesionales brillantes. Así lo había pensado Paco Urondo, uno de los ideólogos de *Noticias*, que actuaba como enlace con la Conducción Nacional y también como parte de la dirección colegiada del diario de la que participaban Horacio “el Perro” Verbitsky, a cargo de Política; Juan Gelman, como secretario de Redacción, y Miguel Bonasso, quien ponía la cara como director, y a quien todos llamaban Cogote. También Rodolfo Walsh, jefe de Información General, solía participar de la mesa chica. Internamente, se consideraba que en *El Descamisado* se hacía periodismo de barricada y en *Noticias*, periodismo de calidad.

Cuatro meses después de su debut, el 17 de junio, *Guerra de los Antartes* iba a salir en tapa con un título gigante: “La respuesta de Andrada. ¿Qué harán los Antartes?”. Al lado, una viñeta mostraba al Grone Andrada en el balcón de la Casa Rosada, con los brazos abiertos frente al pueblo reunido en la Plaza de Mayo. De su boca salía una orden: “¡Guerra a los Antartes!”. La historieta hacía furor y desde la redacción habían querido explotar el suspenso que había generado la última entrega. Entre los miembros de la Conducción Nacional, *Guerra de los Antartes* era leída cuadro a cuadro, más como fanáticos de Héctor —la mayoría había crecido leyendo sus historietas— que como órgano censor: nunca intervenían en lo que se publicaba ni tenían relación directa con Héctor, pero solían hacer comentarios con cada entrega. A veces hasta los sorprendía lo alineado que estaba el Viejo, como le decían, con las discusiones y posturas que se iban dando dentro de la organización. Con el Grone Andrada en tapa, sin embargo, saltó una pequeña alarma. Al día siguiente de la publicación, Carlos “Pingulis” Hobert le pidió a Jorge Lewinger, Josecito, que hablara con Héctor para que bajara un poco

el tono. Creían que la historieta había ido más allá de lo que en ese momento proponía Montoneros.

Josecito lo citó a Héctor en un café de la calle Chile, cerca del local central de la JP. Lo apreciaba —se habían hecho amigos en *El Descamisado*— y valoraba su nivel de convicción, por eso no fue ni demasiado formal ni demasiado enfático. Sólo le deslizó que evitara las referencias muy explícitas.

—Y tratá de que al Grone Andrada no lo dibujen parecido al Negro Quieto, que después de que salió en los diarios todos lo reconocen.

—No te preocupes que al Grone no le queda mucha vida.

Le respondió Héctor con su risita afónica.

7

Estela tuvo un embarazo fantástico y Miguelito nació tres días después de mi cumpleaños. Yo estaba loca de contenta. Siempre decía este bebé va a nacer el día de mi cumpleaños y va a ser el primer varón que voy a tener. Y al final nació el 23 de marzo de 1974 y fue varón. Ya no me acuerdo por qué le pusieron Martín Miguel, no sé si habrá sido por Güemes, esos dos siempre hacían todo muy a la criolla. Ellos no eran nada católicos pero a Miguelito lo bautizaron, yo creo que un poco por la familia, puede ser que por mí, y el padrino fue Jorgito, mi sobrino cura, que era muy amigo de Estela, y la madrina fue María, la mujer que me ayudó a criar a mis hijas, una maravilla de persona que estuvo siempre conmigo. Yo estaba loca con mi nieto y, al principio me lo traían mucho, lo veía seguido… después ya no. Después ya no.

8

—El Vasco eligió ponerle Martín, y yo elegí ponerle Miguel por vos.

Le dijo Estela a Miguel Fernández Long con el bebé en brazos, y le sonrió.

—No le mientas, si sabemos que es por el más grande de todos los gauchos, así que no te agrandes, Miguelito.

Intervino el Vasco. Miguel nunca iba a saber la versión oficial de por qué le habían puesto Martín Miguel a ese bebé que él cuidaría luego en contextos menos relajados. Ahora estaban sentados en el living de una casa que con Beatriz conocían bien: era la parte de atrás del PH en el que vivían los padres de Elsa, sobre la calle Huergo. La misma en la que se habían hecho arrumacos, cuando venían a visitar a los abuelos durante su noviazgo. El Vasco y Estela se habían mudado allí hacía pocos días, después de un paso fugaz por el departamento que Diana había compartido con su amiga Corina, en un bello edificio estilo francés en la esquina de Avenida del Libertador y Teodoro García, una de las zonas más elegantes de Belgrano. El propio Héctor, que pagaba parte del alquiler, había intervenido para que Corina cediera su lugar. No le dijo por qué pero le pidió que por favor se fuera. A cambio, le ofreció que alquilara el departamento en el que antes habían vivido Estela y el Vasco. Corina, advertida por un amigo, no lo aceptó, era probable que estuviera marcado. En cambio, sí recibió de Héctor una suerte de indemnización para conseguir otro lugar para vivir. Ese departamento iba a funcionar como oficina de Héctor y redacción improvisada del *Evita Montonera*.

—Me voy a trabajar, porque acá la gente trabaja.

Anunció el Vasco después del almuerzo y esta vez no era un chiste, aunque sonara así. Con el nacimiento del hijo, algunas cosas habían cambiado. Estela había suspendido su militancia por un mes, hasta que pudiera dejar al bebé al cuidado de su abuela o de Elsa. El Vasco, además del cambio territorial, ahora tenía un trabajo remunerado como seguridad del diario *Noticias* junto con Miguel Medina y otros compañeros de Villa Argentina.

El área de seguridad del diario no era otra cosa que el entrepiso del edificio. Ahí había cuchetas para los que hacían guardia y una cocina improvisada en la que se calentaba agua para el mate, pero también se hacían guisos en los que, alguna vez, hasta llegaron a guardar algún fierro de apuro. El café, muchas veces, salía con pedazos de verduras.

—Si al café le ponemos cebolla, ¿qué les ponemos a los cañones?

Podía quejarse Paco Urondo después de que en una reunión de trabajo en el diario, a Raúl Alfonsín le sirvieran un cortado con trozos de cebolla.

En los papeles, Julio Troxler figuraba como el jefe de la custodia. Con la renuncia forzada de Oscar Bidegain —que lo había nombrado jefe de la policía de la provincia—, la organización lo designó en ese puesto para que no quedara desempleado. Pero quien organizaba la seguridad era el Vasco. Él armaba los turnos de 24 horas por 48 y era a quien Bonasso llamaba cada vez que sucedía algo raro. Le decía “Negro Raúl” y pensaba que era de la villa como sus compañeros de guardia. Desde su lugar de director de un diario y de militante intelectual, le costaba imaginar que uno de sus custodios venía de una familia tradicional de Corrientes y que se había formado tanto como él. Menos aún que era el cuñado de

Oesterheld. La relación de Bonasso con los de la guardia, a los que solía describir como lúmpenes, era ambigua. Le molestaba, por ejemplo, cuando Miguel Medina entraba en su despacho sin golpear, algo que hacía continuamente.

—Pero no, Miguelito, no podés mandarte así, como pancho por tu casa.

—¿Cómo, Cogote? ¿Acaso acá no somos todos compañeros?

Le respondía Miguel, rápido a la hora de hacer valer las fórmulas repetidas en las reuniones.

Eran tiempos, de todos modos, en los que nadie podía subestimar las tareas de seguridad. En el período de un mes, la Policía Federal iba a secuestrar y torturar a una de las secretarias del diario, Luisa Galli, junto a su compañero, Eusebio Maestre. Y el cuerpo de Liliana Ivanoff, que también trabajaba en *Noticias*, iba a aparecer acribillado y violado en Monte Grande. La habían secuestrado mientras hacía una pintada en ese barrio para convocar a la plaza del 1 de mayo. A eso se sumaban las amenazas explícitas al diario y personales a su director.

El bautismo de fuego, literal, fue en la madrugada del 9 de marzo cuando una bomba estalló en el frente del edificio. Una semana antes, habían puesto otra, falsa, en la vereda y el Vasco le pidió al paraguayo Ramón, también de Villa Argentina, que la revoleara al me dio de la calle. Ramón lo hizo a toda velocidad y no pasó nada. Pero cuando esa noche dos hombres se bajaron de un taxi y volvieron a dejar algo en la vereda, el Vasco lo atajó:

—No, Ramoncito, ésta es de verdad. ¡Pusieron una bomba!

Gritó y les ordenó a sus compañeros que se tiraran al suelo con las manos en las orejas y los dientes bien apretados para que la explosión no se los volara. El artefacto destrozó el local de la planta

baja, el despacho de Bonasso y la sala de reuniones, pero no hubo heridos.

—¿Cómo sabías que ésta era de verdad, Vasco?

Le preguntó Ramón. El Vasco le dijo que los que la pusieron habían sido mucho más rápidos que la vez anterior y que, casualmente, el policía de la vereda de enfrente no estaba.

Algunas tardes, Héctor pasaba por ese entrepiso y saludaba. El Vasco era uno más: nadie ahí, excepto Miguel Medina, sabía de su vínculo. Casualmente era Miguel quien lo demoraba a Héctor en su camino hacia la redacción. Le preguntaba, como todos, qué iba a pasar al día siguiente en Los Antartes y Héctor siempre le respondía lo mismo.

—Ah, no, pibe, para saber vas a tener que comprarte el diario.

9

En la Uruguay, Mantecol hacía de contacto entre los militantes de la Cesaris y la villa y no se despegaba de Beatriz. A él también lo enamoraba. Mantecol —Alfredo Ayala— tenía pinta de gringo, voz aflautada y era hijo de un policía peronista correntino al que habían echado de la fuerza durante la Revolución Libertadora y que, viudo, se había instalado con sus hijos en la Villa Uruguay. A los 19 años, estimulado por su padre, Mantecol fue elegido delegado de su pasillo. Lo primero que hizo fue organizar un censo. En 1971, allí vivían 668 familias, distribuidas en siete manzanas. Peronista por un sentimiento heredado, el trabajo comunitario lo hacía más por solidaridad de clase que por conciencia política. Hasta que la noche del 26 de julio de 1972, el mismo día que Beatriz, Miguel y Eduardo

vieron a una multitud concentrarse frente al Policlínico Lanús y tuvieron su epifanía peronista, un grupo de muchachos entró en la Uruguay con antorchas en la mano. Bajo el reflejo naranja, cantaron la Marcha Peronista. Mantecol se les unió. Ésa fue la primera vez que la JP entró en la villa —en rigor era un grupo de FAR— y también el momento en el que Mantecol tomó conciencia de que él quería ser un militante político: fue uno de los primeros villeros en participar de las reuniones de la Cesaris, aunque al principio se sintiera el último orejón del tarro. Con él también estaba Goyo. Seductor, mujeriego y borrachín pero uno de los más avezados y temerarios dentro de la Uruguay —él decía que era porque había sido chorro—, era la contracara de Mantecol, a quien cargaban porque al primer estruendo se metía debajo de la cama. A Beatriz le gustaba estar con Goyo, le gustaba su disposición para sumarse a lo que hubiera que hacer. Ya se había ganado su fama por una acción bastante espectacular que le cambió la vida a los vecinos de las villas: durante años, la sudestada inundaba La Cava, la Sauce y la Uruguay. El agua de los canales que pasaban por detrás de esos terrenos, en lugar de bajar hacia el Río de la Plata volvía hacia los barrios pobres porque los clubes náuticos cerraban las compuertas de desagüe que daban al río. No querían que la lluvia arrastrara suciedad hacia la zona donde amarraban sus yates y veleros. La solución era poner un poco de dinamita. Y Goyo lo hizo. Las compuertas volaron. Sin compuertas, el agua podía seguir su curso.

Para febrero de 1974, todo el grupo de la Cesaris, sin saberlo, tendría su última participación masiva en la Uruguay. También con fuego, pero no festivo. Miguel estaba con Alejandro Sackmann —el Gurí— reunido en la Cesaris cuando escucharon que desde la calle alguien gritaba que se quemaba la Uruguay. Salieron corriendo

hacia la villa. Junto con Marcos Lohlé —Pucho— fueron los primeros en llegar y se encontraron con una mujer que se negaba a dejar su casa porque no quería perder los sillones. Era lo más valioso que tenía. Pucho la convenció de que saliera, mientras Miguel y Gurí entraban en la casa y, entre las llamas, cargaban dos silloncitos pesadísimos con el tapizado gastado. Para cuando llegaron el Ejército y la gente del Ministerio de Bienestar Social, los de la Cesaris ya se habían organizado. A las mujeres y a los chicos los ubicaron en la Escuela 33. Para los hombres necesitaban improvisar otro lugar y alguien señaló que en un local en La Cava, unos punteros de López Rega habían guardado una carpa gigante. Un vecino prestó su camión y con los más pesados del barrio, fueron hasta La Cava, entraron el vehículo de culata, rompieron la puerta y se llevaron la carpa. Esa noche, y las siguientes, Beatriz durmió en la escuela con las mujeres, mientras Bichi, Miguel y otros compañeros hacían guardia en la puerta. A veces veían a algunos a merodear por ahí, y ellos se preguntaban si se animarían o no a entrar. A esa altura, el territorio se defendía fierro en mano. Una de esas madrugadas, un zorro gris que pertenecía al CdO lo intentó: se le cruzó a Bichi y le apoyó el arma en la espalda. Se conocían del barrio, pero Bichi sabía que ese tipo era capaz de sacudirlo, así que se quedó quieto unos segundos. Hasta que escuchó dos voces conocidas que le hablaban despacito a su verdugo:

—Rajá si no querés que te boletiemos.

Eran Miguel y Gurí, que habían salido detrás de un árbol y ahora le apoyaban un caño en la cabeza al matón.

Después vino la sospecha de que este incendio, como tantos otros que se reproducían en villas del conurbano, estaba vinculado con el plan de erradicación. Después de las cenizas, venían las

topadoras. Por eso el operativo de reconstrucción fue inmediato, con cantos frente a la fábrica de calzado La Llave y de Suavestar —“Somos de la villa, queremos zapatillas”, “Somos de Perón, queremos un colchón”—, comitivas que irrumpían en la municipalidad para que les proveyeran material, y el trabajo coordinado con ingenieros para que rediseñaran las manzanas. La noticia salió publicada en el diario *Noticias*. “El MVP reconstruye la Villa Uruguay destruida por un incendio”, decía la bajada, sobre una foto que mostraba a un grupo de vecinos en la puerta de la Municipalidad de San Isidro con banderas y niños con los dedos en V.

Ésa fue la última vez que los militantes de la Cesaris, encuadrados en el Movimiento Villero Peronista, trabajaron de manera organizada y multitudinaria en la villa.

De a poco, los espacios se iban a ir cerrando.

10

—Si me vas a dejar, no me dejes por Anita que no me cae na da bien.

Al principio, el tema podía surgir con una ironía acerca de Ana María González, de quien todos los varones de la Cesaris estaban un poco enamorados, y a la que las chicas no querían: les parecía que en lugar de militar, sólo buscaba seducir. Pero a medida que el tiempo pasaba, las dificultades entre Miguel y Beatriz se traducían en escenas realmente tristes. No discutían. Beatriz lloraba y Miguel se quedaba callado. Como si el matrimonio hubiera succionado el vértigo del enamoramiento, cada vez se entendían menos. La

primera dificultad surgió a nivel sexual. Beatriz se mostraba apática. Cuanto más le insistía Miguel, más se alejaba ella.

Al igual que con Diana y Rudy, el problema se volvió un tema compartido. La familia seguía funcionando como núcleo de debate, juicio y decisión. Todos opinaron y concluyeron que ellos también debían ir al sexólogo. Fueron en dos oportunidades y el profesional repitió el diagnóstico que les había dado a Diana y Rudy:

—Los problemas sexuales en sí no existen, tienen que darse tiempo, son muy jóvenes.

Pero quizá no fuera sólo el sexo lo que los distanciaba. Miguel también sentía que le faltaba esa intensidad que le daba la militancia o que, a veces, le despertaban otras chicas de la unidad básica, como Ana María González, y especialmente Silvia, La Pelito.

Hacia afuera, sin embargo, los compañeros los veían como una pareja idílica. Rosita, que durante un tiempo vivió con ellos, los llamaba el pequeño gran matrimonio. Para marzo de 1974, Rosita se había mudado unos días al departamento de la joven pareja en Acassuso, después de una de sus tantas peleas con su compañero, el Loro. Era tan querida como Beatriz en la villa y se ocupaba de traducir en un idioma de igual a igual toda esa maraña de ideas y consignas que los militantes duros como su compañero, a veces también como Miguel, montaban con palabras crípticas. Con ellas, en cambio, nunca se sentían inferiores. Rosita, además de confeccionar documentos para la Columna Norte junto con una compañera —les decían Tuco y Pesto y su cobertura era una papelera llamada El Papelón— era la responsable del grupo de Beatriz en la Uruguay. A la mañana, iban juntas a abrir la unidad básica, organizaban las actividades del día y después caminaban por la villa. Por esos días trabajaban con un grupo de mujeres que

se prostituían para mantener a sus hijos. Promovían que tuvieran sexo con protección, hablaban sobre la violencia doméstica, se ocupaban de que sus hijos estuvieran vacunados y que fueran a la escuela. Después se volvían juntas al departamento de recién casados.

Fue una de esas noches de huésped temporario que Rosita lo conoció a Héctor. Aunque las reglas del tabicamiento no lo permitían, ella sabía que Héctor era Oesterheld y que estaba vinculado con Prensa. Él mismo se lo había dado a entender en sus encuentros. Lo que a Rosita le llamaba la atención era que los visitara solo. Hasta que lo escuchó hablar de Elsa, a veces con enojo, otras con resignación y pena, y dedujo que estarían separados. Por lo demás, le gustaba su presencia. Se reían mucho juntos y congeniaban en su humor. A él le encantaba tomar whisky con longaniza. La cortaba en rodajas, de a poco, mientras hacía durar el líquido ámbar del vaso mientras Rosita lo imitaba. Hasta ese momento, nunca había tomado whisky. Eduardo y Sabrina, su novia, también iban a ese departamento, en donde para Sabrina se repetía cierta lógica de la casa de Beccar: si la charla derivaba en alguna discusión política, ella se ponía a ordenar la casa, a limpiar la cocina, a preparar algo para comer. No podía entender que en ese lugar a nadie le interesara el orden. Cada tanto, Beatriz tenía arranques domésticos. Pero también podían ser causa de conflicto con Miguel.

—Estás loca, ¿cómo vas a planchar?

—Tengo que planchar, tengo las camisas arrugadas.

—¡Pero vamos a volar por los aires! Escuchá bien, te prohíbo planchar en esta casa.

Miguel guardaba un pequeño arsenal en un embute en el placar. Su disponibilidad hacia la organización era total. Si había que buscar armas, guardarlas o hacer guardia en alguna unidad básica, Miguel se anotaba en todas. En cada ámbito se realizaban evaluaciones sobre el desempeño político, ideológico y operativo para considerar ascensos o mayores responsabilidades dentro de la estructura. En la ficha de evaluación de Miguel, el casillero de disponibilidad siempre tenía la mejor calificación, al igual que su capacidad para organizar a los compañeros. Esto le valdría el ascenso como responsable de la UES de San Isidro.

En cambio Beatriz no iba a pasar de aspirante. Estaba todo el día en la villa, iba al frente en las movilizaciones o salía a la madrugada a hacer pintadas pero también tenía su resistencia frente a la endogamia de la organización.

—Es domingo, no podemos pasarnos todo el día acá discutiendo un documento o pedirle a la gente del barrio que pierda una tarde entera escuchándonos a nosotros.

Se quejaba. Y eso le valía una evaluación negativa en la ficha del militante: “Muestra desinterés por la vida interna de la organización”.

A Beatriz le molestaba el internismo. Y el reunionismo. Y ésas no eran buenas señales para una estructura que de ahí en más necesitaría soldados incondicionales para fortalecerse.

11

Faltaba una semana para el 1 de mayo y en el plenario de la JP en Avellaneda se discutía la conveniencia o no de ir a la plaza. Abel, que había ido en calidad de delegado de Isla Maciel, sabía que en

realidad en esos plenarios no se resolvía nada —casi todo ya venía masticado desde arriba o se definía luego en el bar de la esquina entre los de mayor rango— pero les comentó a algunos de sus compañeros lo que había escuchado en la Facultad de Derecho, donde estudiaba: López Rega estaba preparando una emboscada para la Columna Norte e iba a haber represión en la plaza. Abel tenía la expectativa de que en algún momento la dirigencia de Montoneros se abriera de Perón. No podían compartir el mismo partido con el CdO, la CNU y demás fuerzas de choque que se habían convertido en el enemigo interno. Los ataques a las unidades básicas de la JP y a los militantes se volvían cada vez más salvajes y contaban, en la mayoría de los casos, con complicidad y hasta participación policial.

El 30 de abril, salió una solicitada titulada “La Organización Montoneros, a pesar de las amenazas y la intimidación, convoca al pueblo a Plaza de Mayo”, en la que la organización justificaba su decisión. Después de mencionar las detenciones y torturas de varios de sus militantes; el asesinato de Liliana Ivanoff, la clausura de *El Descamisado* y el allanamiento de locales de la JTP, el texto respondía la pregunta: ¿A qué hay que ir? “A reafirmar la identificación popular con los postulados del 11 de marzo, es decir, la opción por la Liberación contra la Dependencia; por la participación popular y contra el continuismo gorila; por la movilización de la masa peronista y contra la represión y la tortura; a reclamar la defensa del salario y contra el Pacto Social; a pedir la repatriación de los restos de Evita; a reclamar tierra y vivienda para los villeros; a exigir la inmediata libertad de los presos peronistas.”

Un año antes, los micros que salían de la Isla y de los barrios de Avellaneda hacia la plaza explotaban de gente, no sólo de militantes

sino de familias peronistas. Pero aquel 1 de mayo, Abel vio cómo muchos de los vecinos se quedaban: tenían miedo.

—Negro, ¿la vas a cuidar?

—Yo la cuido, Vasco, andá tranquilo.

Le dijo Abel mientras Estela se agachaba por debajo del cordón que habían armado con palos para contener a la columna que avanzaba hasta la plaza para ubicarse junto a la Catedral.

—Hola, Abel, yo soy Marcela. El Vasco me habló de vos.

—Y a mí de vos, así que es como si nos conociéramos, ¿no?

El Vasco, que ese 1 de mayo estaba a cargo de la seguridad de toda la columna, le había dicho varias veces a Abel que su compañera no iba a la Isla porque estaba embarazada. Los días previos al nacimiento de su hijo había estado especialmente nervioso porque el parto se atrasaba y él no podía contener la ansiedad. Un mes y medio después, Marcela estaba ahí. Cuando el Vasco le pidió que la cuidara, con un guiño de ojo, Abel pensó que lo hacía no sólo porque era un poco machista, sino porque ella venía sin militancia previa. Poco a poco Abel comprobó que el Vasco se había encargado de formarla. Durante los meses siguientes, con Estela iban a salir a relevar lugares de zona sur. Avellaneda, Lanús, Gerli. Chequeaban ubicación, movimiento, horarios y referencias de bancos, comisarías y concesionarias que pudieran ser blancos de operaciones.

—Cualquier cosa somos una pareja y nos conocimos en Bellas Artes.

Le dijo ella la primera vez que salieron juntos. El “minuto” era indispensable en ese entonces: qué decir en caso de que los pararan y les pidieran documentos. Si con el Vasco en esas recorridas las charlas podían derivar en cualquier tema y las

recorridas, con una cerveza en el bar Roma o en la pizzería Banchero, con Estela siempre giraban en torno a cuestiones de militancia. Los dos eran particularmente reservados y hablar de la situación política, de algún documento que había bajado la Conducción o de los problemas de la Isla, era el mejor modo de pasar varias horas juntos. A veces, igual, se les escapaba algún comentario sobre una canción de los Beatles o de Serrat: también compartían ese fanatismo.

—Vasco, ¿qué hora es?

—Tu última hora, Negro.

Abel y Pipi se rieron. El Vasco se quedó cerca de ellos, del lado de afuera de la columna, mientras un grupo de militantes armaba una bandera de Montoneros con letras que traían escondidas entre la ropa. El gobierno había prohibido entrar en la plaza con insignias militantes pero la Conducción Nacional había dado la orden de desafiar la veda.

Unos minutos después, Perón encendía la plaza con un "Compañeros", seguido de una ovación que luego iría mutando en los cantos y consignas que ponían de manifiesto la división en aquella plaza.

—Hace veintiún años que en este mismo balcón, y con un día luminoso como el de hoy, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque venían días difíciles… No me equivoqué, ni en la apreciación de los días que venían, ni en la calidad de la organización sindical, que a través de veinte años… pese a esos estúpidos que gritan…

—¡Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical!

—Decía que a través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon…

—¡Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General, está lleno de gorilas el gobierno popular!

Perón, de saco y corbata, levantaba las manos desde el balcón de la Casa Rosada. A su derecha, López Rega elevaba el mentón en un intento de disimular su escasa estatura y aplaudía enérgicamente después de cada intervención presidencial. A su izquierda, Isabel miraba al frente, rígida. Unos minutos antes, media plaza la había silbado mientras presentaba a las reinas de belleza.

—Por eso, compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento…

—¡Rucci traidor, saludos a Vandor! ¡Montoneros, Montoneros, Montoneros!

—Compañeros, nos hemos reunido nueve años en esta misma plaza, y en esta misma plaza hemos estado todos de acuerdo en la lucha que hemos realizado por las reivindicaciones del pueblo argentino. Ahora resulta que, después de veinte años, hay algunos que todavía no están conformes de todo lo que hemos hecho…

—¡Si éste no es el pueblo, el pueblo donde está!

Pipi y Abel estaban furiosos. Ni siquiera tenían ganas de cantar o de responderles a los de adelante, esos a los que Perón estaba elogiando y que coreaban “¡Conformes, conformes, conformes,

General!”. Estela permanecía callada, con un rictus serio que pocas veces llevaba en la cara.

Cuando el Vasco se acercó y les dijo vamos, la gente se está yendo, los tres pensaron que era una orden de la Conducción —que monitoreaba todo desde un departamento céntrico junto con Rodolfo Walsh, a cargo de interceptar las comunicaciones de la policía—. Después supieron que el primer movimiento había sido espontáneo y que la Conducción rápidamente decidió respaldar esa retirada, especialmente cuando vieron la velocidad con que la gente se replegaba, en medio de enfrentamientos. Mientras las columnas de JP y Montoneros se desconcentraban y la derecha sindical repartía palazos, Perón seguía en el balcón.

—Compañeros, anhelamos que nuestro movimiento sepa ponerse a tono con el momento que vivimos. La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de nuestro movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha. Por eso compañeros, esta reunión, en esta plaza, como en los buenos tiempos debe afirmar decisión absoluta para que en el futuro cada uno ocupe el lugar que corresponde en la lucha que, si los malvados no cejan, hemos de hacer…

—¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!

—Compañeros, deseo que antes de terminar estas palabras lleven a toda la clase trabajadora argentina el agradecimiento del gobierno por haber sostenido un pacto social que será salvador para toda la República… tras ese agradecimiento y esa gratitud puedo asegurarles que los días venideros serán para la reconstrucción nacional y la liberación de la nación y del pueblo argentino. Repito compañeros, que será para la reconstrucción del país y en esa tarea está empeñado el gobierno a fondo. Será también para la liberación,

no solamente del colonialismo que viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan de adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero…

—¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!

De espaldas al líder, muchos lloraban y puteaban mientras se alejaban del palco. Otros todavía no entendían qué pasaba. Cuando un vendedor de banderitas se le acercó a Pipi para ofrecerle una, él lo rechazó con un “Andá a vendérselas a Perón”. El vendedor lo miró desconcertado y le preguntó si era para tanto, mientras llegaba el eco de la voz del líder que Pipi hubiera preferido silenciar. Para mí, Perón no va más, a partir de hoy no va más, que nadie me venga con Perón o Muerte, se decía a sí mismo.

—Finalmente, compañeros, deseo que continúen con nuestros artistas que también son hombres de trabajo; que los escuchen y los sigan con alegría, con esa alegría de que nos hablaba Eva Perón, a través del apotegma de que en este país los niños han de aprender a reír desde su infancia…

—¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!

—Queremos un pueblo sano, satisfecho, alegre, sin odios, sin divisiones inútiles, inoperantes e intrascendentes. Queremos partidos políticos que discutan entre sí las grandes decisiones…

—¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!

—Para finalizar compañeros, les deseo la mayor fortuna, y espero poder verlos de nuevo en esta plaza el 17 de octubre.

Al discurso le siguieron los tiros. Diana, que había ido con los vecinos de la Villa 21, hizo de guía por las calles menos concurridas. Con su mejor cara de ingenua, convencía a cada patrullero que los

interceptaba que los dejaran seguir. Llegaron al barrio sin complicaciones.

A los dos días, *El Peronista* publicó una gran edición fotográfica. Una de las tomas era a nivel del suelo y lo que se veía era una plaza semivacía y llena de basura y piedras.

12

La Gallega Pilar lanzó la orden con el dedo levantado.

—Vamos a llevarnos el lavarropas porque los compañeros con hijos lo necesitan más que ustedes.

Mostraba, como de costumbre, su gesto impenetrable mientras Diana asentía por detrás con una mueca que ridiculizaba la actitud de su responsable. El lavarropas era un flamante regalo de casamiento de una pareja de compañeros que ahora debía socializarlo. Era parte de una norma de la organización que regulaba la distribución del dinero y establecía, también, que había que aportar un porcentaje del sueldo para que los militantes de tiempo completo pudieran recibir una asignación. El propio Firmenich era quien muchas veces fiscalizaba, o vetaba, los montos asignados. En tiempos de clandestinidad, este control excesivo y discrecional tendría consecuencias fatales. A pesar de que ambos trabajaban, los recién casados vivían de una manera muy austera. El único elemento de lujo en la casa era ese lavarropas. También el departamento de dos ambientes que habían comprado con un crédito del Hogar Obrero iba a quedar, en cierto modo, a disposición de la organización. Ubicado en Barracas, cerca del diario *Clarín* y a nombre de dos profesionales —ella trabajadora social; él, abogado

— la Gallega Pilar lo usaba para reuniones de ámbito. Sin saberlo, la pareja recibía en su hogar a parte de la Secretaría Política de la Columna Capital, integrada por Marcelo “El Monra” Kurlat, Roberto “Pippo” Stefano y Carlos “Pingulis” Hobert. En esas ocasiones, debían salir del lugar, sin importar la hora que fuera.

Era difícil enfrentar la determinación de la Gallega Pilar. Altiva y algo distante, generaba sensaciones ambiguas entre sus subordinados. Iniciada en el Comando Camilo Torres dirigido por Juan García Elorrio y que funcionó como una especie de precélula de Montoneros, había coqueteado con Guardia de Hierro hasta converger en Montoneros e incluso llegar a ser una de las secretarias del bloque de diputados de la Tendencia. Era hija de un comisario y los militantes más aguerridos la admiraban y solían repetir la leyenda de que era capaz de correr cinco kilómetros mientras disparaba con cualquiera de sus manos. También era común verla en las unidades básicas de Parque Patricios y Pompeya, detrás de una mesa llena de documentos, hablando sin parar e impartiendo directivas mientras se acomodaba su pelo, enroscando una cola detrás de la cabeza que se le desarmaba a los pocos segundos. Además de un cuadro político relevante, representaba el modelo de la militante extrovertida, con el mismo desenfado para encarar a un tipo que le gustaba que para detener un colectivo a punta de pistola para que sus compañeros pudieran viajar. Y esto, a muchos hombres, los subyugaba. A las mujeres, en cambio, solía generarles resistencia. Frente a ella, Diana representaba todo lo contrario, con su megáfono, sus volantes y sus reuniones de vecinos para resolver los conflictos colectivamente.

Sin embargo, eran tiempos en los que muchos pensaban que los modos de la Gallega Pilar empezaban a ser más efectivos frente a

la escalada de violencia.

13

En la UB de la Villa 21, los temas de conversación entre Teresa, Adriana Fazzio y Diana previos a las reuniones podían ir desde la militancia hasta los piojos. Especialmente los de Diana, que eran resistentes a todos los preparados que las mujeres del barrio habían probado en su pelo y que a ella no le preocupaban demasiado. Al contrario, alguna vez fueron una fuente para su ironía.

—Mis piojos deben salir del sueño de mi madre de peinar a sus hijitas de pelo largo.

Decía, tapada con su poncho marrón apelmazado.

Pero esa tarde de invierno, Diana las sorprendió con una confesión demasiado personal para su estilo reservado: hacía más de un año que se veían todos los días y apenas sabían que había estado casada.

—Estoy empezando a salir con alguien y me gusta mucho.

Dijo con una novedosa timidez. Ese alguien era Raúl Araldi. En ese momento entendieron por qué andaba tan inquieta, casi con ansiedad adolescente.

La organización solía armar parejas entre pares. Era el modo, se decía, de que sus miembros sobrellevaran la entrega excesiva que implicaba la militancia. La soltería no era buena en estos casos y una compañera les hizo de Celestina. Raúl era conocido como Pocho y tenía una trayectoria nutrida desde que había ingresado a la organización con un grupo de estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional y con quienes operaba para una UBC de

Avellaneda. Hasta principios de 1974 había militado también en la JTP, donde llegó por su trabajo sindical en el Instituto Nacional de Farmacología y Bromatología, y para lo que incluso recibió capacitación en Cuba. Aún era estudiante universitario cuando entró a trabajar en el Departamento de Química del instituto. Allí, a finales de la década del sesenta, promovió junto a un grupo de compañeros la creación de Organización y Lucha, una agrupación opositora a la conducción de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) que estaba manejada por burócratas sindicales. Si bien él era un peronista declarado e identificado con las FAP, la agrupación reunía en su mayoría simpatizantes de izquierda. En cuestión de meses empezó a hacerse fuerte en Capital y a extender sus redes a algunas ciudades del interior. Raúl, a quien todos llamaban el Negro Raúl, también comenzó a ser una figura relevante. Aunque de perfil bajo en las asambleas y lejos del rol de vocero, era un aglutinador natural. Un morocho ganador y simpático que se sabía atractivo, y que a veces abusaba de la confianza en sí mismo.

En tiempos del Luche y Vuelve, Organización y Lucha empezó con los primeros síntomas de crisis por definiciones políticas de sus integrantes. Era 1972 y pasaba lo mismo en la mayoría de los espacios militantes. En ese entonces, Raúl ingresó a Montoneros.

14

Beccar empezaba a quedar cada vez más lejos para Héctor. Estaba decidido a separarse, a mudarse a Capital, a asumir definitivamente la militancia, pero algo lo frenaba. Le costaba terminar de aceptar que en su casa ya no encontraba aquello que lo

había hecho feliz durante tantos años. A veces no volvía a dormir y se quedaba en lo de sus hijas. Consciente de esa situación o tal vez entusiasmada por su reciente noviazgo, cuando Diana se enteró de que Ofelia, la mamá de su compañera Adriana, estaba triste porque su marido la había dejado, propuso arreglarle una cita con Héctor. El encuentro fue en lo de Adriana y no fue a solas. Héctor llegó junto a Diana y un poco tenso. Ella trataba de relajarlo aunque con bromas que lo incomodaban. Lo mismo hizo con Adriana cuando entró en el departamento y vio que había comprado la comida en una rotisería.

—Ah, mirá lo que vamos a comer. Las compañeras de la villa hubieran amasado algo.

El asunto no cobró importancia y Héctor enseguida acaparó toda la atención. Pero lejos de lo imaginado por las chicas, en lugar de encantar a la audiencia con sus historias de geólogo o de guionista, eligió un novedoso tono pedagógico para adoctrinar a Ofelia, una ama de casa peronista más bien conservadora. Le explicaba las causas de la injusticia social y le decía que era necesario actuar para eliminarlas. Las hijas de ambos se miraban, entre la vergüenza ajena y la carcajada contenida. El encuentro, sin duda, fue un fracaso, aunque Héctor la llamó a Ofelia un par de veces. La última vez, a principios de 1975, lo hizo con un objetivo concreto y misterioso: le pidió que llevara un paquete papel madera, bastante pesado, a determinado lugar. La mujer cumplió amablemente con el recado y durante años se preguntó qué había transportado en sus manos. Mucho tiempo después supo que eran revistas *Evita Montonera* que se distribuían clandestinamente.

La política trajo una barrera en mi relación con Héctor. Nos habíamos entendido en todo desde tan jóvenes hasta que llegó este tema. Pero bueno, él era el que hacía o deshacía con su trabajo, con su obra y con su vida. Creo que se relacionó con los obreros de prensa y se metió en el sindicalismo. Igual esto es todo una suposición mía, los detalles no los tengo. De sus contactos políticos de la época de la militancia no conozco a nadie. Y lo más tragicómico es que yo, que era de origen humilde, pasé a ser gorila porque no apoyaba esa forma de militancia.

16

El 2 de julio de 1974 hizo mucho frío en Buenos Aires y la lluvia cayó de manera intermitente durante todo el día. Miles de personas se habían empezado a concentrar en el Congreso la noche anterior. Hacia la madrugada, la cola para entrar en la capilla ardiente en la que iba a reposar el cuerpo de Perón se extendía por más de diez cuadras. La Columna Norte intentó llegar por la avenida Córdoba pero unos mil metros antes del Congreso, una brigada antidisturbios de la Policía Federal los interceptó. Hubo forcejeos hasta que una fila de policías se formó a lo ancho de la avenida y apuntó con sus pistolas lanzagases. En ese mismo momento, en la Catedral Metropolitana, el cardenal Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires, ex vicario castrense y hombre cercano a Onganía y a Lanusse, oficiaba una misa de cuerpo presente. En su homilía, decía: “Perón fue enemigo de la violencia en medio de una desatada tempestad de violencia y terrorismo que intenta suprimir las estructuras e instituciones de la república para sustituirlas por un

socialismo de Estado que es materialista y totalitario (…) El enemigo del que hay que librarse es el odio, la violencia y el terrorismo organizado".

Beatriz estuvo todo el tiempo con las mujeres de la Uruguay, La Cava y la Sauce. Algunas lloraban desconsoladamente. Se calmaban y volvían a llorar. Cada tanto se escuchaba un Viva Perón, carajo. Miguel pasaba de un lado a otro. Eran muchos y había que estar atentos: a la seguridad, a qué podían comer, a la cola que apenas avanzaba, a los empujones y las provocaciones. A veces cruzaban alguna mirada o Miguel le preguntaba a Beatriz si estaba todo bien, pero había tristeza en esos intercambios. Definitivamente no estaban funcionando. Casi como una imagen final, alguien de la Cesaris les tomó una foto. Miguel, alto, grandote, con un abrigo largo, le pasa el brazo por encima de los hombros a Beatriz, también con un tapado, tan flaquita, tan chiquita que apenas le llega al pecho. De fondo, el Congreso y miles de personas que esperan para ver a su líder.

Después Beatriz le dijo que se iba.

—Hace mucho frío y las mujeres están cansadas, ya no pueden esperar más acá.

—Pero hay que resistir, tenemos que aguantar un poco más, no te vas a ir justo ahora.

—Me voy, no te enojes, amor, pero me voy.

Miguel se enojó y Beatriz se fue sin ver a Perón. Los demás tampoco pudieron verlo. La Columna Norte había quedado frente a las vallas metálicas. Detrás del vallado, los borcegos lustrados de los soldados brillaban en la noche. También los caños de los FAL. Les dijeron que no podían pasar, que la capilla ardiente se cerraba, pero ellos siguieron ahí —los militantes, la gente de los barrios, de

las villas— haciendo presión frente al cordón. Diana también estaba cerca. Alentaba a los compañeros a tener paciencia para ingresar. Todo podía estallar, en cualquier momento. Hasta que finalmente se decidió la retirada. La ciudad, que parecía más oscura que nunca, empezaba a vaciarse. Miguel tuvo el presentimiento de que ese día se vaciaría para siempre: ya no habría movilizaciones, ni festejos en la plaza, ni miles de personas encolumnadas tras una bandera, eufóricas. Sintió el vértigo de lo que termina, y buscó con la mirada una imagen que lo calmara. Ahí estaba La Pelo, Silvia Di Florio, la que tocaba la guitarra y cantaba en las noches en la casa del Tío, con su cabellera negra, su piel cetrina y sus 16 años.

17

Carlos Aznarez le había preguntado alguna vez a Silvia Rudni, compañera en el diario *Noticias* y de militancia en prensa, si Héctor estaba incorporado a la orga.

—Todavía no, pero puede estarlo.

Le respondió ella en esa ocasión, a principios del 74. Además de verse en las reuniones de prensa, Aznarez y Héctor se cruzaban esporádicamente en el diario. A veces estiraban las charlas con un café de por medio. En ninguna de aquellas ocasiones Aznarez le habló explícitamente de Montoneros, hasta que una tarde llegó a la UB Juan José Valle y entre el grupo que le habían asignado como responsable, estaba Héctor. Allí, en el mismo Petit Hotel de la calle Tucumán en el que Estela y el Vasco habían iniciado su militancia, Héctor ingresaba a Montoneros como un aspirante más.

18

Desde que Norberto “el Cabezón” Habegger, del Área Federal, había entrado en *Noticias* con el cargo de subdirector para desplazar a Paco Urondo —la dirigencia montonera pretendía intervenir cada vez más los contenidos del diario, pero se había encontrado con la resistencia de sus periodistas fundadores que no querían sacrificar el criterio periodístico— la seguridad de *Noticias* se había vuelto un poco más profesional. Ahora estaban provistos de armas cortas y largas en un embute debajo de las camas.

Pero esa madrugada, la del 28 de agosto, cuando desde las ventanas el Vasco y su tropa vieron que dos patrulleros cortaban la calle y otros entraban de contramano y estacionaban sobre la vereda, las armas quedaron ahí. Y ellos también, en el entrepiso, mientras el comisario Villar subía los escalones de dos en dos, enfundado en un sobretodo negro y con una chalina blanca como extraño toque de distinción. Si los anteriores intentos de impedir la salida del diario habían sido a través de la patota de la Triple A que él comandaba, esta vez llegaba en calidad de jefe de la Policía Federal del gobierno de Isabel con una orden de clausura. Al llegar al descanso del primer piso, levantó la cabeza y gritó:

—¡Todos abajo!

Miguel Medina pensó en el Vasco. Ojalá al loco no se le ocurra hacerse el cowboy. Coincidía con Bonasso en su exceso de audacia, pero el Vasco era lo suficientemente inteligente como para medir circunstancias. A los muchachos de seguridad se les sumaron otros redactores del diario que se habían quedado en una reunión de ámbito. Habegger también estaba ahí. Una vez en el primer piso, Villar les ordenó que se pusieran en círculo. Miguel creyó que los

iban a fusilar, así, sin más. Se le vino a la mente la noticia que el diario había publicado el día anterior en la que Carlos Baglietto, militante de la JTP, contaba cómo había sobrevivido a un fusilamiento en un basural de Quilmes, en el que habían muerto sus compañeros Pablo Van Lierde, de 22 años y miembro de Montoneros, y Eduardo “el Roña” Beckerman, de 19 años, dirigente de la UES. En su relato, insistía que los asesinos actuaban como policías.

Sin embargo, Villar tenía ensayada una entrada menos escabrosa y más teatral, que luego sería narrada con infinidad de variantes, incluso por Bonasso que no había estado ahí. Después de preguntar cuál era el escritorio de Rodolfo Walsh se paró frente a ellos.

—Yo sé que ustedes son Montoneros y que tienen un cajón con mi nombre, pero yo tengo un cajón con el nombre de cada uno de ustedes.

Dijo, mientras los señalaba y miraba uno por uno. Dos meses después, el primer día de noviembre, un comando montonero voló con cuatro kilos de trotyl el yate en el que el hombre que había celebrado la muerte de Ortega Peña con un “qué noche fantástica”, salía a dar un paseo por el Tigre.

En el último número de *Noticias*, *Guerra de los Antartes* escalaba en tensión: un compañero estaba a punto de traicionar al Coya, héroe y jefe de la Resistencia, para salvarse. La cara transpirada del Coya, que espera la delación escondido, lleva un continuará.

Héctor nunca continuó *Guerra de los Antartes*. Pero a los pocos meses, en su cabeza iba a aparecer un nuevo personaje, explícitamente montonero: Camote.

19

La cita era en el Jockey Club de Martínez y la había coordinado Miguel Fernández Long. Pelito estaba sentada en una mesa del fondo: sabía que la chica a la que esperaba, y de la que sería responsable, se llamaba Liliana, tenía un año más que ella y nunca había militado. También sabía que era la hermana de Beatriz y eso la ponía nerviosa. El flechazo con Miguel desde el velorio de Perón había crecido en intensidad, pero él y Beatriz todavía seguían juntos.

Finalmente, todo fue más simple y concreto de lo que se había imaginado. Mientras la luz del fin del invierno de ese 1974 entraba por las ventanas, Marina se sentó frente a ella y se ocupó de disolver la incomodidad. Las dos eran tímidas, pero si Pelito tendía a dar rodeos para decir lo que pensaba, Marina era directa. Después de escuchar una pequeña explicación de por qué estaban ahí, fue al grano.

—Perfecto. ¿Cómo seguimos?

—El próximo paso es que conozcas al resto de tus compañeros.

La presentación fue en la Ramón Cesaris. En un rincón, amontonados, estaba un grupo de cinco militantes de la UES, todos compañeros del Colegio Nacional de San Isidro. Iban a participar en una manifestación y tenían que completar papelitos con sus nombres y teléfonos de control por si la policía los detenía. En ese momento, Miguel entró con Marina.

—Compañeros, ella se llama Liliana y viene del Instituto 20 de Junio.

Era una doble buena noticia: iban a sumar una nueva integrante al grupo y otro colegio en el cual abrir militancia. Hasta ese entonces,

en el Bajo de San Isidro el único secundario que tenía una agrupación activa de la UES era el Nacional; el objetivo era ampliar el frente hacia otras escuelas de todo el partido de San Isidro.

Marina estaba exultante como pocas veces.

—Si hubiese sido por mí me habría sumado mucho antes. Pero bueno, ahora me dieron permiso.

Les contó a sus compañeros mientras Miguel le daba un papelito para que completara sus datos.

—¿Para qué voy a llenarlo si vos me conocés?

Dijo con un gesto entre ingenuo y cómplice. Sin saberlo, se estaba destabicando con Lali. Aunque los cinco compañeros del Nacional se conocían entre sí, los vínculos se cerraban más, y Lali —que era el sobrenombre de Adriana Babich— reconoció en ella alguna familiaridad con Beatriz, tres años mayor, a la que conocía de la parroquia Nuestra Señora de Lourdes, adonde se había acercado más por interés social que religioso. Una tarde vio cómo en un cuarto de la iglesia un grupo de jóvenes leía y discutía *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* y se quedó. Tras un paso veloz por la iglesia, Lali llegó a la Cesaris. Era una adolescente de ojos grandes y mirada inquieta aunque algo tímida, que se sentía mucho más chica que los demás. Esa tarde de la presentación también sintió cierto alivio. Había empezado a dudar de su interés por militar —el horizonte de la lucha armada la expulsaba— y pensó que si ella dejaba, Liliana podía ocupar su lugar.

Desde el lanzamiento oficial de la UES como agrupación de superficie de Montoneros en abril del 73, en el Sindicato del Calzado —cuando Galimberti convocó a formar milicias populares y le costó su cargo como secretario de la JP—, los militantes bregaban por

una nueva currícula secundaria y normas de conducta y vestimenta menos rígidas, también dictaban apoyo escolar a niños de zonas marginales o participaban de todo tipo de acción solidaria organizada incluso por otros frentes de la organización. En esas actividades andaban en el partido San Isidro cuando Miguel se presentó como su nuevo responsable. Fue una semana antes de la muerte de Perón, como consecuencia de una reestructuración interna de la organización que en la práctica significó centralizar los frentes en una única columna. Se llamó territorialización y para la UES de San Isidro significó depender de una UBR de territorio, que a su vez respondía a la jefatura de la Columna Norte. Eso exigía insertar un cuadro político con experiencia en trabajo de base para potenciar el frente. El cuadro era Miguel, que, como aspirante, iba con la promesa de ser evaluado para obtener una promoción como oficial. Llegó con el objetivo de captar y formar militantes en todo el Partido de San Isidro, que incluía el Bajo y el Alto como dos sectores bien diferenciados. El Bajo —Martínez, Beccar, Acassuso y San Isidro— estaba formado por militantes de clase media y media alta, más integrados grupalmente y disciplinados. Los del Alto —Boulogne y Villa Adelina— eran de extracción más popular y sobre ellos pesaba el calificativo de “folclóricos”, el término con que la organización definía lo que no se acomodaba a las pautas de funcionamiento. Los estudiantes del Alto se resistían a mezclarse con los “chetos” del Bajo. Y viceversa.

Miguel tenía apenas tres o cuatro años más que los chicos, pero a esa altura se sentía un viejo lobo. Los reunía a leer y a debatir documentos y los impulsaba a analizar la coyuntura política dentro de los colegios. Formarlos implicaba, además, exigirles disciplina.

—Quiero verlos en quince minutos en el Bar Lácteo.

Los convocaba, de repente, para ver la capacidad de respuesta. Los chicos, que habían ideado una cadena de comunicación grupal, respondían en el acto. Ese bar chiquito con una barra, sobre la que charlaban mientras comían panchos con queso, ofició de base operativa de la UES hasta un poco después del pase a la clandestinidad.

Su estilo era de construcción colectiva. Así se fue ganando el respeto del grupo, que se sentía protegido y escuchado. También así les bajaba línea, pero con margen para que todos discutieran. Marina prefería escuchar.

—¡Ahí llega la muda!

Comentaban entre algunos al verla llegar. Hablaba sólo si tenía algo para decir. Era más de la acción que del debate. Donde hubiera que estar, estaba. Lo que hubiera que hacer, lo hacía.

Militaban tiempo completo y eso implicaba que en la escuela, el resto de sus compañeros los etiquetaran como los raros que andaban en política. La división ideológica a veces se traducía en acusaciones que los excedían completamente, como cuando el 28 de abril de ese año el ERP mató al juez Jorge Vicente Quiroga, integrante de la Cámara Federal en lo Penal que había absuelto a los marinos responsables de la masacre de Trelew, y el hijo de juez increpó a dos de ellos dentro del aula:

—Ustedes mataron a mi padre.

Aunque en pocos meses los entrenamientos militares iban a estar a la orden del día, en la UES casi ninguno accedía a las armas. Entre los estudiantes, en 1974, todavía era una excepción.

La Triple A firmó por primera vez un asesinato el 31 de julio. Fue el del abogado de presos políticos y ex diputado por la JP, Rodolfo Ortega Peña. Después de la muerte de Perón, hubo unas pocas semanas de tregua en las que la Conducción Nacional salió a respaldar a Isabel con la idea de que en ese momento sólo restaba sostener lo que quedaba del gobierno peronista. Pero ahora, con la Triple A con vía libre bajo la dirección de López Rega, Montoneros, que siempre se había definido como una organización político-militar, iba a empezar a reforzar la segunda parte del término. El paso siguiente era la resistencia armada.

El 6 de septiembre, Firmenich anunció en conferencia de prensa el pase a la clandestinidad. Cuatro días antes, salió el último número de *La Causa Peronista*. “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu”, decía la tapa. Adentro, se narraba al detalle aquel acto fundacional que pretendía ser mítico. Ahora, el número uno de la organización leía, impasible, un comunicado en el que después de enumerar las razones para pasar a la llamada Segunda Resistencia —represión, tortura y asesinato de militantes, prohibición de actos públicos, atentados a unidades básicas, la clausura del diario *Noticias*, entre otros ítems que buscaban demostrar que el de Isabel no tenía nada que ver con el gobierno peronista que se había elegido el 11 de marzo— convocaba a reasumir las formas de lucha armada y a organizar al pueblo en milicias para encarar una guerra popular integral. Si desde el año anterior, el ERP era mencionado en los medios como la “organización declarada ilegal”, a partir del 7 de septiembre de 1974, Montoneros sería la “organización autoproscripta”.

Lo que luego se consideró, incluso por el propio Firmenich, como uno de los mayores errores estratégicos y políticos de Montoneros,

en ese momento se tradujo básicamente en el cierre de las unidades básicas y espacios legales, y el refuerzo de las medidas de seguridad en el territorio: se suponía que los frentes —JUP, UES, MVP— debían seguir funcionando, pero bajo reglas estrictas de tabicamiento. Algo que, en la mayoría de los casos, se volvía impracticable.

Cuando el documento bajó a los barrios y a las villas, en cada reunión de ámbito se simuló una discusión sobre algo que ya no tenía sentido discutir. La decisión que había tomado la Conducción Nacional no era apelable.

—A mí me piden que me tabique pero todos ustedes saben dónde vivo y hasta el nombre de mi perro, ¿qué significa que pase a la clandestinidad?

Se quejó Bichi con su grupo de la Sauce. Goyo, de la Uruguay, tampoco había entendido a qué se referían. Beatriz lo había llevado a un lugar en el centro de Buenos Aires y ahí, frente a un auditorio que desbordaba, Juan Carlos “Canca” Gullo, referente de la JP, había hecho el anuncio.

—¿De qué habla este tipo?

—Que hay que hacer las reuniones en lugares seguros porque la Triple A sino nos va a empezar a hacer mierda, Goyito.

Le resumió Beatriz. Miguel Medina hizo un planteo similar en Villa Argentina.

—¿A dónde quieren que nos vayamos si nosotros somos villeros y vivimos acá, en el mismo lugar donde militamos? Para ustedes es fácil; para nosotros, casi imposible.

Dos veces por semana, Saúl Shvartzberg tocaba timbre en el edificio de Libertador y Teodoro García. Ahí, en el primer piso de un departamento que apenas tenía un par de muebles y estaba lleno de cajas con regalos de casamiento embalados —objetos que Estela y el Vasco dejaron de transportar en su segunda mudanza, previendo que habría más—, se sentaba en la máquina de escribir y tipeaba los guiones que Héctor le iba pasando para enviar a Récord o a Columba. Lo hacía en dos copias, con papel carbónico. Pero ese día no llegó a sentarse: sobre la mesa de trabajo había un bolso enorme, cerrado y antes de que pudiera preguntar qué era, Héctor le dijo que tenían que suspender las tareas de ese día.

Saúl se hacía llamar Lito, era estudiante de sociología, venía de una familia de clase media y, a pesar de su origen judío, había empezado a militar en la Isla Maciel tras los pasos de una chica del grupo del cura Gazzarri que le gustaba no sin ciertas contradicciones: cada vez estaba menos convencido de que la lucha armada fuera la alternativa. Sus discusiones eran especialmente con el Vasco, con quien no tenía una buena relación. Sin embargo, fue el primero en ayudarlo cuando necesitó trabajo. El Vasco le pasó una dirección y le dijo que ahí lo iba a recibir un hombre que buscaba un secretario. Le avisó que era el padre de Marcela y que era guionista de historietas. Nadie, en la Isla, tenía que saber que iba ahí. Al principio, frente a Héctor, Lito se sintió algo inhibido: ese hombre era mayor que su papá y siempre parecía muy ocupado, desbordado de trabajo. Luego, a lo largo de todo ese año, llegarían a conversar, incluso, de cuestiones personales. Héctor le hablaría del dolor que le causaba la incomprensión de su mujer, y Lito llegaría a deslizarle que él no se llevaba muy bien con el Vasco.

Muchas veces, Héctor estaba de acuerdo con sus apreciaciones sobre su yerno.

—Así que hoy, querido, tomate el día libre porque unos compañeros necesitan el departamento.

Le dijo Héctor y Saúl se fue sin preguntar nada. Al día siguiente, el 19 de septiembre, un comando montonero de unas cuarenta personas, la mayoría de Columna Norte, secuestró a los hermanos Born después de una planificación de casi nueve meses de la que muy pocos estaban al tanto. La inteligencia había estado a cargo de Rodolfo Walsh y uno de los puntos de control fue ese departamento de Belgrano: al día siguiente, y con el diario en la mano, Héctor dedujo para qué se lo habían pedido.

22

—¿Qué te pasa, María?

—Tengo frío, Sarita, ¿no hace frío?

—¿Querés entrar?

—No, me quedo un rato y me voy, ya me tengo que ir.

Sara estaba asomada a la ventana de su casa en La Cava y Beatriz, sentada sobre una piedra, del lado de afuera. Casi siempre que la visitaba se sentaba ahí. Sara tenía quince años, era inquieta y muy perceptiva. Hija de padres peronistas, vivía en una casilla de madera en la Neyer, un sector de La Cava, que no era otra cosa que un ambiente con una cama matrimonial, la de sus padres, y dos camas marineras: como eran cuatro hermanas, dormían dos por colchón, una a los pies de la otra.

Junto a sus dos hermanas mayores, Sara había empezado a militar no bien la JP ingresó a la villa. Su propia madre —una de las pocas mujeres de La Cava con escolarización completa, y docente de DiNEA— las estimulaba para que lo hicieran y las llevaba a todas las movilizaciones. Beatriz era de las que más hablaba con Sara. A veces en su casa, a veces en lo del Tío, cuando aún existía la Cesaris, después de esas reuniones en las que Beatriz solía pedir que se considerara a las mujeres como pares de los varones. Había otras chicas en la unidad básica que no le prestaban atención o que Sara sentía que le demostraban su superioridad. Pero Beatriz no. Cuando la miraba, Sara pensaba que esa chica era alguien demasiado dulce y buena para un mundo que cada vez se volvía más violento. Y no le gustaba verla triste. Sara intuía que era por Miguel, a quien ella conocía como Cacho. A veces hablaban de hombres, de por qué hacían lo que hacían, de cómo había que manejarse con ellos. Sara estaba de novia con un chico algo mujeriego: Bochinche, un militante de San Fernando, obrero metalúrgico que iba a desaparecer dos años después. Beatriz no solía contarle de su vida íntima, pero ese día le dijo que estaba segura de que se iba a separar. Sara no entendía por qué una pareja tan perfecta podía terminarse.

Beatriz y Miguel se separaron en octubre, un mes después de que la Cesaris cerrara con el pase a la clandestinidad. Miguel acababa de cumplir los veinte años, era oficial, y estaba al frente de la UES de San Isidro. Beatriz tenía 19 y seguía en el nivel más bajo de la estructura. En las últimas conversaciones, ella repetía algo que no podía superar.

—Cómo nos vamos a separar si yo soñé tener hijos con vos.

Repetía. Y Miguel no podía imaginarse con un hijo, no en ese momento, no con ella.

Miguel iba a ser padre dos años después con otra mujer.

23

Diana después se puso en pareja con un chico que era un encanto. Se conocieron en la militancia. Raúl era una maravilla, el muchacho para ella. Él era de clase humilde, estudioso como loco, le faltaba una materia para recibirse de bioquímico. El padre me mostró la libreta con las notas y la más baja era 8.50. Solito solito, sin ayuda. Ahí sí vi que ella estaba muy bien. Estaba enamorada, era feliz.

24

En 1974, Raúl Araldi iba a alterar el ritual que cumplía desde que había nacido su ahijado, cinco años antes: cada 29 de octubre, se instalaba desde la mañana temprano en la casa de su hermano Hugo y ayudaba con los preparativos del festejo. Inflaba globos mientras conversaba con el papá de su cuñada, un viejo sindicalista de Luz y Fuerza que, aunque ferviente admirador de Frondizi, reconocía avances políticos a Perón. Aquella vez hizo un paso fugaz y reapareció después del mediodía acompañado por Diana. Unas horas después, mientras llegaban los invitados, su madre lloraba desconsolada en su cuarto y la mujer de Hugo, su nuera, trataba de calmarla.

—La chica está embarazada de Raúl y ni la conozco.

Diana llevaba un embarazo de un mes y medio. Se la notaba contenta y serena. Raúl, en cambio, se mostraba más contenido. No estaban casados y eso lo incomodaba. Así como era simpático y galante, también era conservador. Había crecido en una familia tipo de clase media. Sus padres habían llegado en los años cuarenta desde Pergamino, en busca de trabajo. Se instalaron en Martínez y Juan Bautista, el papá, se dedicó a la construcción. Soledad, la mamá, a los quehaceres del hogar. Ella, una mujer dulce y conversadora, era la perdición de los dos hermanos. El papá, en cambio, era un hombre un tanto hosco y silencioso, fanático de las carreras automovilísticas.

Raúl era el orgullo de la familia. Egresado del Nacional San Isidro, estudiante universitario y con trabajo, lo que decía siempre era tenido en cuenta. A fines de 1970, se mudaron a otra casa, también en Martínez, en la que Juan Bautista construyó un cuarto en la terraza para que Raúl instalara su propio laboratorio químico. Pero el hijo modelo, en cambio, puso un mimeógrafo con el que hizo panfletos para la agrupación Organización y Lucha. Unos meses después se mudó a Capital.

Ahora, apenas enterado de que iba a tener un hijo, necesitaba mudarse y para eso había recurrido a su gran amigo Adolfo Poggio, a quien conocía del Instituto de Farmacología y Bromatología. Después de las elecciones de Cámpora, habían dejado de verse con frecuencia. A Raúl lo habían enviado a capacitarse a Cuba y a su regreso, había renunciado a su trabajo en el instituto. Desde entonces, era un militante rentado de dedicación exclusiva y, en tiempos de clandestinidad, era muy riesgoso alquilar un lugar con documentos propios. Fue la mujer de Adolfo quien se encargó de los

trámites con la inmobiliaria y quien durante casi un año pagó mensualmente el alquiler del departamento que la pareja ocupó en Salguero al 400, en Almagro. En esos dos ambientes, Diana esperó el nacimiento de su primer hijo, Fernando.

25

Miguel había planeado un encuentro de tres días de formación en Valeria del Mar. Sería una reunión de lectura, debate y aprendizaje de disciplina militante y también una oportunidad para cohesionar al grupo de la UES. Era mediados de diciembre y de los doce estudiantes que iban a participar, todos pertenecían al Bajo. Los del Alto, no bien terminaban las clases, en lugar de tomarse vacaciones tenían que seguir con sus trabajos o sumarse a las tareas familiares. El punto de reunión para tomar el micro fue la casa de Tristán Bauer. Hacía apenas un par de semanas que Tristán se había sumado a la UES, pero ya traía cierta experiencia: a los 12 años proyectaba *Operación Masacre* en las iglesias y unidades básicas de la zona con un proyector 16 mm Bell & Howell con el que su papá y su padrino pasaban películas en su casa. Casi todos en el barrio conocían a los Bauer, una familia de once hermanos que vivía en una suerte de mansión con las puertas abiertas las 24 horas. Miguel había estado varias veces allí, en tiempos en los que hacía la revista *De Pie* y Tristán también participaba.

Pero aquella noche, previa a la partida, la casa estaba vacía. Los Bauer, de buen pasar, ya estaban de vacaciones. Mientras los militantes iban llegando y hacían un tour por las habitaciones, el Ruso, un nuevo compañero y amigo de Tristán, trataba de

conquistar a Marina sin éxito. Ella respondía de un modo cordial, sin demasiado interés, y cruzaba miradas cómplices con Miguel. Había una afinidad silenciosa con su ex cuñado que no se había alterado a pesar de la separación de Beatriz y el romance de Miguel con Pelito.

A Jorge Anró —otro de los estudiantes al que llamaban Lito— también le gustaba Marina y aunque sus compañeros le decían que ella moría por él, la timidez era más fuerte. Eran militantes dispuestos a hacer una revolución, pero también adolescentes que se sonrojaban frente a la chica que les gustaba. Lito trataba de compensar su falta de arrojo sentimental con su predisposición dentro del grupo: Miguel, que había dividido al grupo en células simulando la estructura de la organización, lo había nombrado a él como responsable de una de ellas. A su cargo habían quedado Marina, Lali y Namba. Ya en Valeria del Mar, después de armar las carpas los cuatro salieron a caminar. La playa, alejada de la ciudad le daba al viaje una buena cuota de aventura de supervivencia. Lito aprovechó para lucirse y les enseñó a juntar almejas y mejillones entre las rocas. A la noche, aquella caminata tuvo su consecuencia dramática: estaba tan insolado y con la piel tan enrojecida, que apenas podía mover los labios para dar las indicaciones sobre la comida. Después de cenar, la temperatura de su cuerpo se mimetizó con el fogón. Todo resultaba tan idílico que el malestar pasó a segundo plano. Ajenos a las fricciones dentro de Montoneros, se asomaban a la militancia desde un micromundo en el que la voluntad colectiva y el intercambio estaba por sobre las disputas de poder. Algo que, sin embargo, lo enfrentaba a contradicciones cuando las decisiones de la Conducción desarmaban esta premisa y Miguel, como oficial, terminaba replicando el famoso “saludo uno,

saludo dos". Sucedió con el pase a la clandestinidad. Tema que esa noche también salió en las charlas.

—¿Cómo vamos a hacer si tenemos que seguir cursando? Nosotros quedamos muy expuestos. Yo ahora terminé de cursar, pero el resto no, se quejó Lito.

—Es una necesidad estratégica, no podemos exponernos como blanco fácil al enemigo. Acá hablamos de repliegue y resistencia como primer paso, a eso hay que sumarle la profundización del conflicto para generar conciencia de que éste no es un gobierno popular, ¿o acaso no estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para lograr una revolución?

Justificaba Miguel, que era capaz de convencer de algo y luego de lo contrario a una misma audiencia. En otra ocasión hubiera podido seguir por un largo rato, pero esa noche estaba particularmente disperso: la Pelo lo tenía embobado y, por disciplina militante, tenía que reprimir las ganas de darle un beso. Él también no era otra cosa que un chico enamorado.

Ella, mientras tanto, acompañaba las canciones de Daniel Viglietti que tocaban en la guitarra una y otra vez. No era la primera vez que Pelito participaba de un campamento militante. El año anterior había estado en Salta. Hija de una pareja de colaboradores de las FAR —sus padres habían sido amigos de Carlos Olmedo y Juan Pablo Maestre—, su precocidad la había llevado a participar de las reuniones iniciales de la UES y de algunas en la unidad básica de los Lisazo, en Munro. Dentro del grupo, ella se sentía veterana en relación a Marina y a Namba, que venían de hogares protectores y estaban ávidas por absorber los códigos de la militancia.

Namba se llamaba María Fernanda Noguer, era hija de un teniente retirado de la Armada, estudiaba en el Cardenal Spínola y

había llegado al grupo a través de su novio. A diferencia de Marina, era extrovertida y lograba contagiar su entusiasmo. A veces, incluso, a la propia Lali, que contaba las horas que faltaban para volver a su casa. Ya la primera noche había decidido que definitivamente no quería seguir, después de cumplir con sus horas de guardia asignadas junto a otros dos compañeros. Cuando terminó su turno, intentó despertar a Namba, que era su relevo. Pero como no pudo, siguió ella. Eso le valió una reprimenda.

—Las normas revolucionarias están para cumplirse.

Le dijo Miguel al día siguiente. Lali masticó su bronca y se prometió no repetir el error. Pero esa noche llovió y cuando fueron a consultar qué debían hacer, Miguel les dijo que abandonaran la guardia y que se fueran a la carpa. Estaba tan dormido que al otro día no recordó la escena y volvió a sancionarla por haber descuidado el campamento.

—Yo querría terminar el colegio y estudiar una carrera universitaria. Todavía no sé cuál, pero si sé que quiero militar en la JUP.

Escuchó que decía Marina mientras preparaba el desayuno.

—A mí me gustaría ingresar a la JTP.

Acotó Lito. Lali no dijo nada. Al poco tiempo iba a decir que sus padres no la dejaban militar. Lo que para muchos compañeros era una realidad que los enfrentaba con sus familias, para ella resultó una excusa liberadora.

CLANDESTINOS.
LA VIDA BAJO LAS REGLAS DE LA LUCHA ARMADA
1975

1

Cada uno mojó su medialuna en el café con leche. A la Negrita le gustaba ese ritual, que se iba a repetir sólo cuatro o cinco veces, lo suficiente para que le quedara grabado. Durante un tiempo, Héctor y ella se citaron en la confitería Cosdel de Martínez, en la esquina de Alvear y Santa Fe. Como era una de las más antiguas de Columna Norte, a Graciela “la Negrita” García le habían encargado que atendiera a Héctor. Atender significaba mantener el contacto orgánico con alguien que estuviera en una situación particular o desenganchado de su grupo. La Negrita no sabía muy bien en qué situación estaba Héctor, pero le gustaban esos encuentros. Especialmente porque ella, en ese entonces tan enérgica, combativa, a veces sacada, sentía que entraba en un paréntesis de su adrenalina montonera. Estar con él implicaba, necesariamente, bajar las pulsaciones, salir de la urgencia y permitirse hablar de otros temas. Casi siempre de literatura. Como estudiante trunca de Letras, encontraba en él un interlocutor ideal para compartir, por un rato, los ecos de su vida pasada. A veces, mientras estaban

enfrascados en alguna de esas charlas, la Negrita llegaba a ver por el rabillo del ojo que del otro lado de la ventana le hacían señas. Eran Gurí y Pucho —con quienes compartía ámbito— que con actitud infantil se reían de la situación. Qué hacía ella tomando un café con el papá de María.

Por aquellos días ya estaba en pie la idea de armar el Partido Peronista Auténtico con gran parte de los gobernadores depuestos de la Tendencia —Bidegain, Martínez Baca, Cepernic, Obregón Cano— y los "jetones", aquellos viejos dirigentes afines a la izquierda peronista que pudieran moverse legalmente en tiempos de clandestinidad. Muerto Perón y, según Montoneros, con el peronismo vaciado de sus principios, la idea del Movimiento Auténtico y su Partido era disputar esa identidad política y convocar a quienes no se sintieran representados por Isabel y López Rega. Sería, además, el último intento político de Montoneros por disputarle espacio a un gobierno peronista —apuntalado por el capital concentrado, la oligarquía rural y los grupos parapoliciales— pero por fuera del propio movimiento peronista.

—Vos sos madura, te vas a llevar bien con los viejos.

Le había dicho su responsable. Además de Héctor, la Negrita veía a Arnaldo Lisazo, quien sería una de las caras visibles de la iniciativa. Héctor nunca apareció oficialmente como miembro del Partido Auténtico, pero iba a colaborar para su armado en Avellaneda, junto a Estela, en momentos en los que los militantes ya tenían que repartirse entre la afiliación masiva y las operaciones armadas.

En abril, el Partido Auténtico, que no podía llevar la palabra “Peronista” por una decisión judicial, se presentó en las elecciones de Misiones. Se llamó a comicios adelantados después de que el gobernador, Juan Manuel Irrazábal, y su vice murieran en un sospechoso accidente de avión tras una entrevista con Perón y López Rega. Pablo Fernández Long estaba en la lista como diputado provincial. Sacaron menos votos de los que esperaban, pero alcanzaron para que él y Juan “el Negro” Figueredo —dirigente popular carismático, secretario de la JP y fundador de varios sindicatos en Misiones, al que la dictadura desapareció en 1976— obtuvieran sus escaños en la legislatura misionera.

Desde su partida, en 1972, Pablo había vuelto muy pocas veces a Beccar. Para las fiestas, los casamientos, algún cumpleaños. Los primeros dos años, el hábito de caminar hasta lo de Héctor se siguió repitiendo. Pero las que antes eran conversaciones sin tapujos, desbocadas, empezaron a ser charlas un poco más medidas. Pablo se daba cuenta de que en ese living todos se mordían la lengua porque andaban en algo. Y él también: como militante del MAM, se había incorporado a Montoneros.

El último encuentro, a fines del 74, no fue en la casa de Beccar. Héctor consiguió un chalet cerca de San Fernando, en un barrio tranquilo, para pasar el fin de semana y allí fueron con Marina y Beatriz, que se acababa de separar. Comieron unos pavos secos que les vendió un vecino y charlaron hasta la madrugada. Pablo se había dejado un bigotito finito y usaba boina. Las chicas y Héctor lo cargaban, le decían que cómo podía estar tan guapo y solterón. Tenía treinta años, y a esa edad, todos tenían o debían tener pareja.

Él, en ese momento, recordó una cara. Y un nombre: Victoria.

Victoria Vaccaro era una fotógrafa de *El Descamisado* —además estaba encuadrada en el área federal de prensa— con la que Héctor más de una vez se había sentado a tomar un café para charlar de la historieta que hacía para la revista. En una de aquellas ocasiones, ella le comentó que debía viajar a Oberá para hacer unas fotos y él le dijo que tenía un muy buen amigo viviendo allá. Victoria —que tenía casi la misma edad de Pablo y mezclaba su belleza y su andar sensual con su disciplina militante— también estaba soltera. Con intención o no, Héctor estaba haciendo de Celestino.

Victoria viajó a Misiones, Pablo la recibió en calidad de representante del MAM, y el encuentro fue un desastre. Con la idea de extrema austeridad, él la ubicó en un hotel de mala muerte en el que ni siquiera cerraba la puerta. Con todos los equipos de fotografía encima, Victoria se tuvo que ir de madrugada a otro hotel.

—Me recibió un boludo que se creía el Che Guevara.

Se quejó en la revista cuando volvió a Buenos Aires. Un año después, para mediados de 1975, el boludo no le iba a parecer tan boludo y Héctor volvería a reunirlos.

3

A partir de su separación, Beatriz se mimetizó completamente con la vida de la Sauce y la Uruguay. La invitaban a comer, se quedaba a dormir, salía a la noche con Bichi, iba a alguna fiesta en la villa y así camuflaba su tristeza y su ánimo taciturno. La habían apodado “la Guacha Madrugada”: era la última en irse a dormir.

Durante el día, siempre pasaba por lo de Rosa Velázquez, de la Sauce. Beatriz le había pedido ser la madrina de su hija, Carmen,

recién nacida. No importaba que ella no creyera en ningún dios, lo que importaba era en qué creía Rosa. Se encargó de comprarle el ajuar de bautismo y propuso que la ceremonia fuera en Luján.

—Es la patrona de la Argentina, y además la basílica es hermosa.

Le dijo a Rosa para convencerla de hacer tremendo viaje. Lo cierto era que quería evitar que el bautismo fuera en la parroquia de Lourdes, la de Beccar. Ahí todos la conocían y podía ser peligroso. Fueron en colectivo a Luján y el padrino —un albañil amigo del marido de Rosa— pagó el remise de vuelta. A partir de ahí, Beatriz visitaba diariamente a su ahijada, a quien llamaba Carminia. Se podía quedar horas sentada con la beba en brazos, mirándola.

—Carminia, Carminia, mi linda Carminia.

Repetía. A veces Rosa se sentía celosa. No de que meciera a su hija, sino de que estuviera en su casa. Beatriz le parecía tan bella que temía que su marido se enamorara de ella. Incluso llegó, en algunas ocasiones, a esconderse para que pareciera que no había nadie en la casa. Después se arrepentía y la hacía pasar. Beatriz era consciente de lo que generaba en algunas mujeres. Le había pasado con una novia de Goyo, Mónica, quien sufría enfermizamente de celos y si podía, evitaba cruzarse con ella. Hasta que un día Beatriz fue a la casa, la sentó y le dijo que ella era muy hermosa pero que tenía que demostrarlo para sentirse más segura. A Mónica, su madre la había criado con mucho temor por lo que los hombres le pudieran hacer en la Uruguay y la obligaba a vestirse como una monja. Eso la había convertido en una chica algo opacada. Al día siguiente de ese encuentro, Beatriz le llevó de regalo un corpiño armado, un pantalón oxford y una camisa que le marcaba el cuerpo. Cuando Goyo la vio, un poco en broma un poco en serio, le dijo:

—Ahora ni loco me voy con María.

En lo de Rosa, los celos iniciales se disipaban con las charlas, que casi nunca eran de política. Beatriz sabía que Rosa colaboraba con Cafiero, a quien iban a nombrar ministro de Economía de Isabel Perón luego del Rodrigazo.

—Si vos creés que trabajar para él es un modo de mejorar tu situación, me parece bien.

Le dijo Beatriz una vez y nunca volvieron a hablar del tema. Las conversaciones eran sobre lo cotidiano, las necesidades de la niña, las vacunas, la comida. Cada tanto Beatriz hablaba de su madre. Decía que era una mujer muy elegante, y que ella la quería mucho.

Sin embargo, el vínculo entre Elsa y sus hijas seguía ríspido. Algunas noches, Beatriz dormía en Beccar y escuchaba sus quejas: necesitaba plata, la casa se venía abajo, nadie se preocupaba por ella, Diana que estaba lejos, apenas podía ver a su nieto y su padre era un irresponsable total. Beatriz trataba de darle respuestas que de algún modo la conformaran. Pero en una de esas ocasiones le contó que estaba trabajando de pantalonera. Beatriz había entrado como operaria en un taller textil a pocas cuadras de la Sauce, obedeciendo a otra de las directivas de la Conducción Nacional: la proletarización. Elsa se sintió desolada.

Al día siguiente llamó a lo de los Fernández Long. Nidia, la madre de Miguel, era una de sus confidentes: las dos padecían la misma incertidumbre en relación a la vida de sus hijos. Pero del otro lado de la línea la atendió Miguel, que había pasado por su casa, algo que hacía esporádicamente. A veces, con Eduardo usaban el garage para cambiarle la patente a algún auto.

—No lo puedo creer, vos que no la soltabas ni a sol ni a sombra y de un día para otro te aburriste del matrimonio y la dejaste así, sola.

Miguel le respondió que nunca en estos años le había interesado realmente qué pensaban sus hijas ni por qué hacían lo que hacían, que ella prefería culpar a los demás de sus males. Elsa se quedó callada unos segundos y, sin perder la compostura, le respondió:

—Yo sé lo que todos ustedes piensan de mí, pero yo no soy una idiota, simplemente no estoy de acuerdo con lo que hacen vos, mis hijas, mi marido porque creo que no se dan cuenta de cómo van a terminar. Yo sí me doy cuenta.

Elsa no era la única que culpaba a Miguel de la situación de su hija. Después de la separación, Héctor y Diana reaccionaron de manera mucho más implacable. No podían perdonarle su volatilidad, su falta de convicción y, sobre todo, que la hubiera lastimado a Beatriz. Se lo hicieron saber un día a fines de 1974 que Miguel entró en el Jockey Club de San Isidro y se encontró con todos los Oesterheld sentados a una mesa. Estela y el Vasco fueron los primeros en levantarse a saludarlo. Estaban con Miguelito, a punto de cumplir nueve meses. Beatriz también se levantó y Marina le sonrió desde la mesa. Elsa lo saludó con frialdad, y Diana y Héctor directamente lo miraron con desprecio. En ese momento Miguel pensó que la escena era una locura: no podían reunirse así, a plena luz del día en un lugar público. Fue la última vez que Miguel los vio a todos juntos.

4

La noticia no era alentadora. Y ni Teresa Godoy ni Adriana Fazzio pudieron disimular su preocupación cuando Diana les contó que en

unos meses se iba a vivir a Tucumán porque la organización necesitaba reforzar la militancia en esa zona.

—Pero no se preocupen que voy a seguir viniendo y vamos a organizar todo para que continúen sin problemas.

El tono entusiasta de Diana no alcanzaba para matizar lo que las tres sabían: Tucumán era la primera línea de fuego. En febrero habían desembarcado en esa provincia miles de efectivos del Ejército que, como parte del Operativo Independencia autorizado por el decreto secreto 261 del gobierno de Isabel Perón, tenían el objetivo de ejecutar "las operaciones militares que sean necesarias para neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la provincia". La salida del Ejército de los cuarteles estaba comandada por el general Acdel Vilas, jefe de la V Brigada de Infantería, quien convocó a todas sus unidades, con el apoyo de la Policía Federal y provincial. Para Vilas, la guerrilla local era el producto de una conspiración del marxismo internacional y por eso la lucha para exterminarla debería ser tanto militar como cultural. Los blancos serían los guerrilleros, los colaboradores y todo aquel que profesara la ideología —aun sin usar armas— en gremios, escuelas, iglesias, espacios económicos y políticos. Con los métodos de guerra contrarrevolucionaria aprendidos del ejército francés y de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) —puestos en práctica en Argelia y en Indochina— convirtió a la provincia en la antesala de la represión ilegal que sería aplicada en todo el país a partir del 24 de marzo del año siguiente. Entre sus máximas estaba la de no enfrentar a la guerrilla con métodos militares convencionales y la de no respetar ni a la autoridad política ni a la ley. El fracaso de las operaciones militares anteriores —decía unos años después en su libro inédito *Diario de Campaña*— se debía a

que el Ejército trataba a los guerrilleros como delincuentes comunes, los entregaba a la justicia y eran liberados a los pocos días sin haber podido vincularlos con la guerrilla. “Aplicar el mismo régimen a los subversivos significa suicidarse. Es como querer curar una pulmonía con aspirinas”, escribió. Sólo enviaría al juez a quienes considerara inofensivos mientras que el resto sería interrogado al margen de la legalidad.

Aunque al día siguiente del desembarco del Operativo Independencia hubo secuestros y caídas de altos mandos montoneros en la zona sur de Tucumán, en un principio la represión apuntó al ERP y a su Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez, instalada en los cerros de esa provincia desde 1974. La organización liderada por Roberto Santucho pretendía generar una zona liberada en el monte y a partir de allí avanzar territorialmente y ganar posiciones. Durante el año anterior había atacado numerosos objetivos militares. Extrapolando el modelo del ejército popular vietnamita, descontaba que la clase obrera y el campesinado tucumano formarían filas contra el Ejército argentino hasta la toma del poder.

Si bien la definición de Montoneros, a diferencia del ERP, era la de una organización guerrillera urbana, el trabajo político en la provincia intentó adaptarse a la geografía local con una idea de guerrilla semirrural. Si en la ciudad la militancia estaba enfocada en los barrios y en las universidades, en el resto del territorio se vincularía con la industria azucarera, que involucraba tanto la producción agrícola como la industrial. Montoneros se propuso aprovechar esa fuerza social y política nucleada alrededor de los ingenios tucumanos, cuya estructura clave era la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA), gremio con una

histórica trayectoria de lucha. Dentro de los sindicatos que la formaban, muchos de sus delegados eran miembros de Montoneros. La estrategia central de la organización era armar una estructura de militantes que viviera en los cañaverales del sur provincial, ubicados a la vera de la ruta 38, y que tuviera su retaguardia política en los pueblos. Nunca pudo concretarse más que de modo experimental recién en 1976 y como sitio de resguardo, bajo el nombre de “Patrullas del llano”. Sin embargo, a partir de fines del 74 también se contempló la utilización del monte como posible escenario de operaciones. El armado de la Columna Monte estuvo a cargo de Marcos Osatinsky, quien propuso una fuerza de unos cien militantes divididos en cuatro pelotones, los que serían reclutados a partir de una convocatoria voluntaria. El plan —que se derrumbaba a medida que el cerco militar avanzaba— era impracticable a los ojos de quien conociera la geografía del monte tucumano: húmedo y de vegetación selvática en las zonas bajas y medias donde pretendían instalarse, se compraron carpas grandes y pesadas, inconvenientes a la hora de moverse con celeridad, y hasta se pensó en llevar alimento para astronautas.

La Columna Monte nunca se iba a constituir como estaba previsto, pero Raúl Araldi aún no lo sabía. Iba a ser el jefe de uno de los cuatro pelotones que subirían al monte y estaba a la espera de nuevas directivas. Desde la detención del responsable de la Regional Tucumán, Roberto “Palometa” Pirles en marzo de 1975, la conducción de esa estructura todavía intentaba recomponerse.

Diana iba a viajar después del nacimiento de su hijo, previsto para junio. Ahora la desvelaba la idea de dejar armada la estructura para que todo lo que habían logrado en el barrio no se diluyera. En ese momento, además, habían organizado a las mujeres dentro de la

Agrupación Evita para que hicieran compras colectivas al por mayor y luego vendieran los productos en el barrio, en un intento de paliar la inflación. Diana era consciente de que a las tareas reivindicativas había que traccionarlas desde la militancia política, y para eso necesitaba dejar a alguien a cargo. La eligió a Teresa, pero sin decírselo. Tenía carisma e inteligencia intuitiva, aunque había que foguearla. Primero le pidió que se fuera de la villa, que era por seguridad. Teresa lo hizo contra la opinión de algunos compañeros que le decían que se iba a aburguesar. Se mudó junto a otra compañera a un departamento en Once que también iba a funcionar como lugar de reunión. En medio de la austeridad del decorado resaltaba el juego de comedor que Héctor le había regalado. Durante todo ese tiempo, la relación entre tipeadora y guionista se había convertido en un vínculo filial que, para los que no los conocían, podía dar lugar a malas interpretaciones. Algunos decían que eran pareja; otros, directamente, que ella era una amante a la que él mantenía. Lo cierto es que Teresa estaba de novia con Papón, un estudiante de Medicina que había llegado a la villa como referente de la UES, con una nutrida trayectoria militante que había iniciado en el Colegio Nacional Buenos Aires, pero que empezaba a criticar la rigidez de la organización. Diana creía que la postura de Papón respondía a una falta de compromiso revolucionario. Sin embargo, dio su aprobación al noviazgo, algo que para Teresa era vital: no hubiera podido soportar la mirada condenatoria de su amiga. No era la primera vez que Diana intervenía en la vida sentimental de Teresa. Lo había hecho en tiempos en que Teodoro, que estaba casado con una compañera de la villa, le decía que tuvieran una historia.

—Convocalo a una cita y charlalo bien para que no siga, él también tiene que ser consecuente con nuestros principios.

—¿Pero si se siente mal con mi rechazo?

—Sé cariñosa pero firme y va a entender.

Le recomendó. Era, en definitiva, la fórmula que usaba ella con sus pretendientes. Lo hizo con Marcelito, Rubén Strauss, que le había declarado su amor en el 118, el colectivo que solían tomar juntos cuando salían de la villa.

—Me parece que me estoy enamorando.

Le dijo y le dio un beso. Diana lo recibió pero enseguida le dijo que no.

—Te quiero mucho. Sos mi socio en muchas cosas, pero no.

El entrenamiento secreto de Teresa consistía también en llevarla a reuniones de ámbito superior. A Teresa la deslumbraba, sobre todo, la elegancia de esos departamentos en los que se juntaban. A veces se perdía contemplando algún mueble, un empapelado, las bibliotecas, quizá un cuadro, mientras las charlas quedaban como un telón de fondo. A veces eran en un idioma algo difícil para ella.

—La reunión estuvo muy interesante pero hay muchas cosas que no entiendo. Eso de superestructura, oligarquía golpista, economía capitalista dependiente…

—Todo se te va a ir aclarando, nosotras nos tenemos que ocupar de organizarnos y de defender los intereses de los de la villa, de los del barrio.

—Sí, lo sé, pero mucha gente empieza a tener miedo y se está alejando.

—Vos confiá.

5

—Tienen que irse de la casa ya… cayó Sabrina en la estación de Beccar y la están paseando, la llevaron a la farmacia de mis viejos.

Eduardo Hurst, el Burro, estaba desencajado y Beatriz no terminaba de entender la situación. Se habían encontrado en la entrada de la Uruguay, que en pocas horas también se podía convertir en un lugar peligroso.

—¿Cómo que cayó Sabrina? ¿Qué pasó?

—Flaca, no hay tiempo, decile a tu viejo que salga ya de la casa.

6

Sabrina soltó los panfletos que debía volantear en la estación de Beccar, pero cuando quiso correr no pudo. Un policía la sujetó del brazo, le mostró los papeles y le dijo: “Nena, creo que se te cayó algo”. El volante, hecho a mano con letra imprenta, tenía como título “El látigo de Isabel” y denunciaba la complicidad del gobierno de la viuda de Perón con la política de desabastecimiento, la persecución a trabajadores y el asesinato de militantes por parte de la Triple A. Eran las ocho de la noche y a Sabrina la llevaron a la comisaría quinta de Beccar. Ahí estaba Juan Carlos Rebollo, comisario temido en la zona por encabezar razias en las villas y amenazar a sus habitantes. La metieron en un cuarto al que llamaban la peluquería y le hicieron preguntas sobre sus compañeros, sobre los volantes, sobre unos papeles que habían encontrado en su casa. Cuando el que la interrogaba le preguntó qué más tenía para darles, ella ingenuamente respondió que sólo tenía una guitarra. Después la

trasladaron al COT1 —Centro de Operaciones Tácticas 1— de Martínez, que ya funcionaba como centro clandestino, con los ojos vendados. Ahí la torturaron. Entre sesión y sesión de tormento, la sacaban y la paseaban por Beccar y San Isidro para que reconociera personas. Le pedían los nombres reales. La llevaron a la farmacia de los Hurst y a la casa de los Oesterheld: cuando le señalaron el chalet de Beccar, justo frente a donde la habían detenido a ella, lo vio casi abandonado. El pasto estaba muy crecido y los postigones despintados y desvencijados.

—Acá vivía mi amiga Beatriz, a la que no vi más.

Era cierto. Después de la separación de Miguel y Beatriz, Sabrina dejó de verla. Para ese tiempo, presionada por Eduardo, había empezado a militar tímidamente en el Bajo de San Isidro. Ahora, entre el pánico y la candidez, no sabía qué debía decir, qué no. Cuando, después de algunos días, un juez la citó porque había recibido denuncias de tortura, no se animó a reconocerlo. Pensaba que si lo hacía, la iban a torturar más. Finalmente, ordenaron su traslado a un penal. Con 18 años y sin estar encuadrada en Montoneros, pasó cinco meses en la cárcel de Olmos con una fibrosis pulmonar derivada de una bronquitis no tratada, mientras en la orga se la declaraba traidora por haberle dado información al enemigo. Desde la Conducción Nacional se sostenía que la tortura podía y debía ser soportada. Premisa con la cual en agosto el Consejo Nacional Montonero de Córdoba resolvió que Fernando Haymal debía ser ejecutado por la justicia revolucionaria, acusado de haberle proporcionado información a la policía bajo tortura, que sirvió para la captura de diez compañeros entre los que estaba Osatinsky. “El principal método que el enemigo tiene hasta ahora para investigar a la Organización es la aplicación de torturas a los

compañeros que logra detener. Los compañeros que han caído desde el principio hasta ahora han sido torturados. De ese conjunto, cuyo número oscila entre 800 y 1000, el 95 por ciento pasó con éxito la tortura sin entregar ningún dato de importancia al enemigo. Hay un 4 por ciento que entregó algunos datos y un 1 por ciento o menos que declaró todos los datos que conocía. Esta estadística demuestra por sí sola que la tortura es perfectamente soportable y no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica", se adoctrinaba desde el *Evita* en octubre de ese año.

Cuando, un mes antes de esa publicación, Sabrina salió en libertad, le dieron una cita con el Gurí en un bar. Él le pidió que hiciera una declaración escrita sobre lo que había pasado. También le dijo que la organización le prohibía ver al Burro, su novio. Sin embargo, con Eduardo se siguieron encontrando durante un tiempo, en la casa de otra militante, a escondidas y a riesgo de que a él también lo expulsaran de Montoneros.

7

Con la caída de Sabrina el 8 de mayo de 1975, Héctor y Marina se fueron a Capital. Beatriz prefirió esconderse en la Sauce. Iba a ser más fácil encontrar lugar para dos personas que para tres, les dijo. A Héctor le dieron una cita con Clara, una colaboradora que junto a su marido militaba en zona norte. Tenían dos hijos chicos, de 4 y 6 años, y vivían detrás de la casa de los padres de él, en una zona muy tranquila de Devoto. El chalet daba a un baldío que desembocaba en las vías del tren y por ahí iban a entrar y salir Héctor y Marina durante los siguientes seis meses. Para todo el

barrio, ese señor canoso, al que llamaban Germán, y su hija eran familiares del interior que habían venido a quedarse por un tiempo. Tenían que cuidarse especialmente de un pariente de Clara que vivía a la vuelta y estaba en el Ejército.

El primer sábado que pasó en la casa de Devoto, Héctor sacó una reposera al jardín, se sentó al sol y empezó a hablar solo. Desde adentro, los anfitriones lo espiaban desconcertados. Le veían aspecto de viejo loco, así, desarrapado. A los pocos días, Héctor les dijo quién era y les mostró el grabador en el que registraba los guiones. Les habló de lo que estaba haciendo ahora, la adaptación de *20 mil leguas de viaje submarino* para Billiken, que había empezado el año anterior con muchísimo éxito. También les contó que en Récord querían reeditar *El Eternauta* en formato de libro. Eso lo entusiasmaba especialmente.

Si en el mercado editorial Columba representaba la producción de una historieta estandarizada para un público masivo sin demasiadas exigencias y, desde lo ideológico, una línea explícitamente reaccionaria —se fiscalizaba que los policías y los soldados fueran siempre los buenos: a fin de cuentas sus publicaciones se repartían en los cuarteles—; Récord venía a representar todo lo contrario. Con su revista *Skorpio*, buscaba devolverle cierto prestigio a la historieta. Había repatriado las creaciones de Pratt dando a conocer su *Corto Maltés*, y convocado tanto a ilustradores reconocidos de la talla de Breccia, Arturo del Castillo y Solano López, como a jóvenes guionistas como Guillermo Saccomanno. También prometía ser un buen negocio para sus dueños, el agente editorial italiano Álvaro Zerboni y su socio local y ex empleado, Alfredo Scutti: las historietas se hacían con sueldos argentinos pero después se comercializaban en Europa, principalmente Italia, a precios internacionales.

Héctor fue uno de los últimos en sumarse. Como sucedía en cada lugar al que llegaba, su aparición, si bien silenciosa, fue un acontecimiento. Se sabía que su entrada previa en Columba había generado malestar en el guionista estrella, Robin Wood, autor talentoso pero que admiraba a Héctor a regañadientes: no podía disimular la molestia que le generaba que a Oesterheld lo consideraran un genio y a él, simplemente un buen guionista. En Récord, en cambio, nadie se sintió desplazado con su incorporación sino todo lo contrario. Muchos de ellos se habían formado con él y lo reivindicaban como el máximo autor de la cultura popular. Lo que no quitaba que algunos, como Saccomanno, se sintieran un poco inhibidos, a pesar de su amabilidad. Quien se animó a hablarle el primer día que lo vio fue el guionista Eugenio Zappietro, que firmaba como Ray Collins, había hecho su primera historieta policial —la renombrada *Precinto 56*— a pedido de Hugo Pratt para Misterix y era fanático declarado de Héctor desde los 16 años.

—De chico yo andaba con una barra de amigos, sabe, y nos alegramos cuando leímos en *Hora Cero* que las historietas se iban a empezar a vender en Brasil porque eso significaba que la revista iba a seguir por mucho tiempo más.

Le dijo en la entrada de Récord. Héctor bajaba del ascensor y Zappietro lo interceptó. No podía contenerse. No sólo se sabía sus historias de memoria, sino que había continuado algunas de ellas en su paso por Abril, como *El Indio Suárez* y *Santos Palma*. Y, sin embargo, nunca lo había tenido enfrente. Siguió:

—Humildemente quiero decirle que nosotros, los que estamos acá, arrancamos desde donde usted llegó, usted nos allanó el camino.

—Bueno, gracias, es un poco mucho…

—¿Y me permite decirle otra cosita? Yo creo que su mejor trabajo es *Mort Cinder*.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque usted ahí se mete a fondo con la interioridad del personaje y lo poco que yo he hecho hasta ahora se inscribe en esa búsqueda que usted ya había empezado con *Ernie Pike*.

Héctor lo escuchó atento y sonrió halagado, pero no dijo nada más. Zappietro era un personaje particular dentro de Récord. Lector apasionado, escritor de novelas románticas primero y de historietas después, lo que más llamaba la atención, además de sus modos ceremoniosos, era su otra profesión: policía. Para 1975, tenía el cargo de subcomisario y estaba al frente de la revista oficial de la Policía Federal y de un programa de radio y otro de televisión, los dos sobre prevención. Él mismo hacía chistes sobre su condición de botón. En la redacción, de todos modos, era muy apreciado. Ésa fue la única vez que conversaron. Un año y medio después, con Héctor ya desaparecido, el propio Pratt le iba a pedir a Zappietro que hiciera averiguaciones. Y lo hizo. Su respuesta fue que Héctor no constaba en ningún registro, ni en los de su fuerza ni en los militares.

La entrada en Récord también iba a significar para Héctor la posibilidad de volcar en una obra final su nueva vida. Después del éxito de la reedición de *El Eternauta*, Scutti le iba a pedir una segunda parte. Probablemente no la que el director de Récord imaginaba. Mientras tanto, iba a reeditar varios de sus clásicos como *Ernie Pike*, *Sargento Kirk* y *Ticonderoga*, crear otro western, *Loco Sexton*, y hasta incursionar en el género de terror con *Nekrodamus*.

En esos textos trabajaba los fines de semana, sentado en el jardín de la casa de la calle Navarro a la altura de Chivilcoy, en donde vivió con Marina desde mayo hasta diciembre de 1975. Él dormía en un escritorio en la planta baja, en el que también escribía, y ella en un cuarto de juegos en el segundo piso. A la mañana, salían por el baldío del fondo sin que los vecinos los vieran para tomarse el tren, y volvían alrededor de las siete de la tarde. A veces Marina no volvía, y cuando estaba, apenas abría la boca. Con el padre era cariñosa, incluso en público, pero con los demás le costaba mucho relacionarse. Héctor, en cambio, se quedaba en largas sobremesas con Clara y Carlos, los dueños de casa. Les contaba de su vida de geólogo, de sus viajes por el interior y de su trabajo en el laboratorio del Banco Industrial.

—Es como si hablara de otra vida… Como si de repente me hubiera animado a dar un salto y estuviera en otro universo.

Les dijo una de esas noches.

—¿Y cómo te animaste a dar el salto?

—Por mis hijas.

Clara y Carlos, que habían empezado su militancia con un grupo católico, también estaban convencidos de que la única opción de cambio era la lucha armada. Pero habían decidido no incorporarse a la organización porque tenían dos hijos chicos y creían que protegerlos era su responsabilidad como padres. Seguían con su militancia de base en barrios de zona norte y colaboraban con la organización en cuestiones de logística. En ese tiempo, confeccionaban carteras con doble fondo para esconder armas.

Con el correr de los días, la confianza hacía que las charlas nocturnas pasaran de la historieta y la geología a cuestiones más personales. Si la preocupación de Héctor por la seguridad de sus

hijas era un tema presente, su crisis y separación de Elsa era otra constante.

8

Él en un momento me dijo que iba a tomar sus rumbos, que se iba a trabajar a otro lado y que se iba a ir de casa por razones de seguridad. Le dije que hiciera lo que le pareciera. Así que se fue con Beatriz y Marina. Igual las chicas siguieron viniendo a casa. Y la casa seguía siendo la casa de mami, porque es así, yo no dejaba de ser la mamá que siempre había sido. Y Héctor también venía a casa cuando quería y se veían con las chicas acá. Esto fue en el año 75 más o menos. Me dijo que quería realizar su vida a través de algo que nunca había hecho y que ahora podía hacer. No sé a dónde fue, andaba por Belgrano, otra vez me dijeron que estaba por el Tigre. Mucha gente que viajaba en la línea de tren lo había visto.

Beatriz se había casado, se había separado, estaba muy desorientada y lo único que la gratificaba era su relación con el padre. Pero, por otro lado, necesitaba a su mamá desesperadamente y después de ir se estuvo en contacto conmigo permanentemente, casi todos los días.

9

Cuando supo lo de Sabrina, Miguel dio la orden de levantarse del barrio y de la villa por unos días. No se iban a arriesgar. Consiguieron una quinta en Garín en donde aprovecharon para

entrenarse físicamente de día y distenderse de noche. Había algo del espíritu de complicidad, lúdico, gestado en la Cesaris, que revivía cuando aparecía una guitarra, alguna botella de vino y la pulsión juvenil encontraba otros canales. Bichi, en cambio, no podía conectar con nada de eso. Su mujer estaba en el hospital, acababa de parir a su tercer hijo, y Miguel le había prohibido salir de la quinta para ir a verla.

—Pero es mi hijo, Cacho, ¿cómo no voy a estar ahí? Marisa no me lo va a perdonar nunca.

—Bichi, no podés. Como responsable te prohíbo salir de acá, ponés en riesgo tu vida y también la nuestra.

Bichi obedeció, aunque internamente creía que si no podía estar en el nacimiento de su propio hijo, había algo de la militancia que no encajaba con su realidad. Lo que terminó por perturbarlo definitivamente fue la presencia de Beatriz. Estaba completamente enamorado de ella, no lo podía soportar. Tampoco podía soportar que Miguel coqueteara con la Pelo a pocos metros de ella. La segunda noche, en medio de un baile improvisado en el living de la quinta, Bichi lo llevó a Miguel a la cocina y se lo dijo.

—No podés hacer lo que estás haciendo, Cacho, la vas a lastimar a la Flaca, no podés ser tan jodido.

A pesar de que sabía que Bichi estaba enamorado de Beatriz, a Miguel le sorprendió el planteo. Le explicó que él y Beatriz habían decidido ser libres el uno del otro y que estaban de acuerdo en que si no querían reproducir la hipocresía de la generación de sus padres, debían ser sinceros con lo que sentían. Que por eso se habían separado.

—Bichi, te aseguro que María es mucho más fuerte y madura que nosotros dos, quedate tranquilo.

Ésa era la explicación de Miguel, pero a Bichi no lo convenció. Beatriz estaba ahí, callada, tan metida para adentro. Muchos compañeros percibían, y algunos sabían, que Beatriz seguía sufriendo por Miguel y que eso la haría refractaria a cualquier otra relación amorosa.

10

A pesar de que se lo había cruzado alguna vez en Columba, el joven Guillermo Saccomanno no se animaba a pedirle una entrevista a Héctor y le preguntó a su amigo y colega, Carlos Trillo, si podía interceder. Trillo, que venía de trabajar en *Patoruzú* y *Satiricón*, no tuvo problema: con Héctor se conocían desde hacía tiempo.

Unos meses antes, Saccomanno había viajado por primera vez a Europa y había entrevistado a Umberto Eco, que seis años antes, en 1969, había escrito el prólogo a la primera edición de *Mafalda* en italiano, en plena revalorización de la cultura popular a partir de su obra *Apocalípticos e Integrados*. Luego, en París, estuvo con Pratt, que había publicado el *Sargento Kirk* en italiano sólo con su nombre y que no tuvo problemas en atribuirse también otros guiones de Héctor durante toda la charla. Finalmente, en España, se reunió con un grupo de historietistas que se oponían a Franco —ya en sus últimos días— y que se agrupaban alrededor de la revista de historietas *Bang!* Oesterheld, para ellos, era una megaestrella. Herederos del Mayo Francés, estaban particularmente deslumbrados con *El Che*. La consideraban una obra magna, tanto por los textos como por las ilustraciones expresionistas de los

Breccia y querían una entrevista con el que consideraban el mejor historietista en lengua española.

Saccomanno y Trillo lo citaron a Héctor en una confitería de Santa Fe y Pueyrredon, El Olmo, y allí le hicieron la propuesta. Héctor se mostró encantado con la idea de que la revista fuera extranjera. El encuentro siguió con un almuerzo en un restaurante de la avenida Santa Fe, King George. Ya se habían bajado una botella de vino y el reportaje todavía no había empezado. Finalmente fueron al departamento en el que Saccomanno vivía con su mujer, Lucía Capozzo. Allí Héctor se sentó en un sillón. Detrás de él, sobre su cabeza, colgaban dos pósteres del dibujante Moebius: uno con figuras de cowboys y otro, de Pieles Rojas. Lucía le preguntó si le podía hacer unas fotos y Héctor sonrió para la cámara. Era fin del verano y llevaba una camisa color claro de mangas cortas y un pantalón de vestir. El pelo le caía lacio sobre un costado de la cara. Completamente blanco, contrastaba con el vello oscuro de sus brazos fornidos. A los pocos minutos se prendió el grabador. Serían poco más de las tres de la tarde. Le preguntaron todo lo que le querían preguntar. Estaban sorprendidos por la soltura y el humor en sus respuestas, y por lo actualizado que parecía, tanto en cine como en literatura. Se hicieron las nueve y media de la noche y seguían sacando y poniendo casetes, hasta que se acabaron. Entonces pidieron una pizza y siguieron conversando. Era marzo de 1975 y Héctor todavía vivía en Beccar. Fue en esas horas, ya sin grabador, que hablaron de política. Les dijo que reivindicaba la lucha de la juventud peronista y hablaron de la coyuntura, en términos generales. Sus entrevistadores, de todos modos, intuían que estaba siendo cauteloso.

La entrevista se publicó con las fotos en aquel departamento. Durante un tiempo, los jóvenes guionistas lo seguirían viendo en Récord. Hasta que Héctor dejó de ir y empezaron los rumores de que andaba clandestino. Una tarde, Lucía lo vio. Cuando volvió a su casa, se lo comentó a su marido:

—Lo crucé en la calle, con bigotes y sombrero. Pero miró para otro lado, como evitándome.

—O quizá como protegiéndote.

Era 1976 y ésa fue la última imagen que tuvieron de él.

11

Yo empecé a trabajar un poco antes de que Héctor se fuera de casa, a fines del 74. Él nunca había querido que yo trabajara, pero a lo último ya no podía decirme nada. Trabajé con el hermano de Magdalena Ruiz Guiñazú que era ciego. Se llamaba Alejandro. Él escribía, sacó un premio con *La Deuda*, una novela preciosa. Ahí trabajé casi dos años, y después, en el 76, entré en el Banco Galicia. Ese trabajo lo conseguí de audaz. Me dijeron que el banco tomaba gente, entonces yo dije bueno, yo de bancos no sé nada y tampoco me interesa, pero si tengo que trabajar, no voy a estar pretendiendo que me acomoden, ¿no? Y finalmente me tomaron como secretaria de uno de los gerentes, un francés que se llamaba Roland Soulas. Fue el tipo más bueno que he visto. A mí me quería muchísimo. Y las chicas entonces empezaron a llamarme al banco, que era más seguro. Me llamaban para vernos, para encontrarnos.

12

Desde el pase a la clandestinidad, una de las directivas de la Conducción Nacional —entre tantas que figuraban en el documento publicado en el primer número del *Evita Montonera*— era replegarse en los organismos de masas. “Es fundamental conquistar o crear un ‘espacio’ seguro para nosotros, que son los Organismos de masas: cuerpos de delegados, sindicatos, comisiones internas, organismos vecinales, escolares, deportivos, centros de estudiantes. Estos centros de poder popular nos servirán para la Retirada pero también para la Resistencia y la Contraofensiva.” El texto reforzaba la idea con una frase prestada del acervo maoísta: “Debemos movernos como pez en el agua”.

El Vasco solía repetir esta frase en Maciel.

—¿Cómo hacemos para movemos como pez en el agua? Sencillo: si acá en la Isla tenemos tres clubes, entonces tenemos que copar la dirección de los tres clubes.

Pipi y Abel se miraban con sorna. Ellos eran de ahí, no tenían que mimetizarse. Después de Estela, el último en sumarse al grupo había sido Ernesto Salas, un egresado del colegio San Agustín, de Barrio Norte, que quería militar en el territorio. Un tiempo antes se había contactado con alguien de la Isla que le propuso que hiciera una reunión con todos aquellos que estuvieran interesados como él. Alguien de la organización, llamado Vasco, iría a hablarles, le dijo. Ernesto la organizó en su casa. Venía de una familia de clase media antiperonista, y vivía con sus padres en un departamento en Guido y Ayacucho, en pleno barrio de Recoleta. Con 19 años y un paso fugaz por la JUP, estaba especialmente interesado en el tema de la lucha armada, a diferencia del resto de los presentes en aquella

reunión que terminarían siendo jueces, abogados y escribanos. Después del encuentro, el Vasco decidió que sólo Ernesto y su amigo catalán, Jordi, estaban preparados para entrar en el grupo. En ese momento, Ernesto lo vio al Vasco como al típico militante comprometido, un poco esquemático pero muy responsable. No iba a pasar mucho tiempo hasta que se encariñara con él y especialmente con Estela, con quien iba a compartir algunas operaciones.

Su primera cita fue en el Bar Roma, en la Boca. Era un sábado de enero a las dos de la tarde y allí, y en esa calle, sólo estaban Ernesto y su contacto, una chica a la que llamaban “Queque”.

—Esos mocasines acá no van.

Fue lo primero que le dijo. Ernesto se miró sus zapatos de la tradicional casa Guido. A los pocos días, como parte de un aprendizaje intensivo de códigos populares, cambió no sólo sus zapatos sino su modo de caminar, de hablar, de pararse. Se dejó el bigote, se empezó a peinar para atrás con gomina, se volvió inseparable de una campera verde y pasó a llamarse “el Negro”.

Finalmente, el Vasco y su grupo consiguieron copar la comisión interna del Club Unión. Pipi como presidente, Abel como secretario y el Vasco como vocal. Marcela y sus compañeras se quejaban porque las mujeres no podían ser parte del club y las destinaban a la comisión de madres.

Ubicado debajo del puente de Avellaneda, era el más chiquito de los tres clubes del barrio. En esa esquina, un año y medio antes, habían filmado *La Mary*, y veinte años después, Leonardo Favio rodaría su *Gatica*. Durante los primeros meses de 1975, el trabajo en la Isla no era otro que ir cada tarde al buffet a tomar ginebra y charlar con la gente. Allí se juntaban todos: chorros, policías,

trabajadores del puerto y jubilados. En su patio, además, se hacían los cumpleaños, las peñas, algún bautismo o entregas de premios inventadas por el Vasco para convocar a los socios.

Lo cierto es que la comisión directiva de un pequeño club de barrio no era la de una fábrica ni la de un sindicato y el poder de acción era mínimo, casi inexistente. De todos modos, entrado 1975, la Conducción Nacional iba a dar un nuevo giro ambiguo en su estrategia y, en medio del armado del Partido Auténtico, empezó a reforzar la idea de que podía convertir a sus miles de militantes en una verdadera fuerza de combate. Ya no sólo tenían que saber defenderse, ahora tenían que prepararse para combatir.

Tener armas no era fácil y había que salir a conseguirlas. Si para la Columna Norte, que era la de mayor capacidad operativa, la financiación era todo un problema, la Columna Sur sufría la misma condición que los habitantes de la zona: los recursos eran escasos y muchos se preguntaban qué había pasado con los 60 millones de dólares que se había pagado de rescate por los hermanos Jorge y Juan Born. La mayoría de las armas, entonces, eran robadas a policías, recuperadas en operativos o compradas en el mercado negro. Casi todas de calibre menor, como un 38 corto o una 22; cuanto mucho una pistola con repetición. Algunas de las transacciones se hacían en el fondo de la Isla, en la zona de prostíbulos, un lugar sórdido en el que el Vasco hablaba como correntino y se movía con bastante familiaridad.

Estela no era ingenua. Le habían llegado rumores de que su compañero andaba con otras mujeres. A veces lo hablaba con Ana, una militante de la que se había hecho muy amiga. Muchas veces tomaban juntas el colectivo 95 de regreso a Capital. Ana adoraba a Miguelito. Jugaba con él, le cambiaba los pañales y a veces hasta lo

llevaba a casa de sus padres cuando Estela no tenía con quién dejarlo. A pesar de transmitir serenidad, Estela convivía con el temor de que le pasara algo a su hijo. Ana lo experimentó en carne propia un día que le pidió que fuera a determinada esquina de Gerli, que ahí alguien le iba a entregar a Miguelito.

—¿Con quién me tengo que ver?

—No importa, lo vas a reconocer a él.

Ana fue y no encontró a nadie. Esperó unos diez minutos y se volvió a la casa en la que estaban reunidos. Cuando Estela la vio sin su hijo, se volvió loca. Se le transformó la cara y salió rugiendo como una leona. Al rato volvió más calmada. Había hablado por teléfono y estaba todo bien. Una de sus hermanas, que era la que lo estaba cuidando, se había atrasado.

En ese vínculo que habían entablado, en el que también hablaban de hombres y de dificultades de pareja, Ana se preguntaba por qué Marcela estaba con el Vasco. Para ella era el típico machista que cuando su mujer lo enfrentaba con un simple “esto lo vamos a hablar en casa”, bajaba la cabeza y trataba de reconquistarla con algún gesto galante. Pero siempre llegaba a la misma conclusión: Marcela estaba enamorada de él.

13

—Compañeros, ya sabemos que la patronal no está dispuesta a ofrecer nada. Creo que a esta altura no hay más nada que analizar, hay que actuar. Y si nadie se anima, yo me ofrezco.

Beatriz habló decidida en la reunión de ámbito. A pesar de su usual silencio, si decía algo era porque estaba segura, y eso la

volvía convincente para el resto. Frente a la idea de la cúpula montonera de especializar a los cuadros de combate, Galimberti, como líder fáctico de la Columna Norte y a pesar de su fama de fierrero, sostenía que los milicianos debían continuar con sus tareas políticas dentro de las villas y de las fábricas y que, si participaban de operaciones armadas, tenía que ser como herramienta política y en sintonía con las demandas obreras. Y en eso Norte contaba con una ventaja: si en el resto del país la JTP había resultado un sello frente a la burocracia sindical, en Norte estaba conformada por un poder real, especialmente a partir del control de la comisión interna en los astilleros Astarsa por parte de la agrupación Alesia, con delegados encuadrados en Montoneros. Y a pesar de que no podían acceder a los cargos de mando en el sindicato y que el vínculo con la Conducción Nacional iba a ser cada vez más conflictivo —en muchos casos, porque los responsables orgánicos eran ajenos a las fábricas y no entendían la lógica sindical; en otros, porque Montoneros insistía en la militarización de los delegados— para 1975 los navales de la JTP eran los referentes de los trabajadores de Tigre, San Fernando, San Isidro y Beccar.

El grupo de Beatriz ya había intervenido en apoyo a un conflicto de la Del Carlo a fines del año anterior, en el que los propios trabajadores habían tomado de rehén a los gerentes. Afuera, ellos hicieron el apoyo amenazando con incendiar bidones de combustible. Esta vez, la acción que se discutía en la reunión de milicianos era en relación a la Fitam, la fábrica de accesorios para autos ubicada en Diego Palma y Rolón, en la que los trabajadores estaban de paro en un contexto de crisis generalizada. El salario real había perdido un 40 por ciento de su valor en seis meses, el costo de vida aumentado un 200 por ciento y los ajustes por

paritarias se habían suspendido, lo que había empujado a formar las Coordinadoras Interfabriles, la novedad sindical de 1975. Seccionales, comisiones internas de fábrica, agrupaciones sindicales e incluso militantes políticos obreros, lograron por primera vez una coordinación de las luchas y conflictos que rompía con la disciplina cerrada de la dirigencia peronista.

La Fitam, además, era emblemática para los militantes de la zona: el 27 de diciembre de 1973, dos hombres asesinaron a Hugo David Jaime de cuatro balazos cuando se subía a un colectivo a la salida de la fábrica. Jaime tenía 42 años, cinco hijos, era militante de la Felipe Vallese, la histórica agrupación metalúrgica adherida a la JTP, y estaba enfrentado a la comisión interna que respondía a la UOM de Vicente López. Dos meses después, un pelotón de Montoneros mató a Félix Villafañe, uno de los miembros de la UOM señalado como autor de los disparos contra Jaime. La lógica de las represalias se iba a agudizar con la muerte de Perón y con las acciones violentas de la Triple A.

En aquella reunión en la Uruguay, se resolvió que le pondrían una molotov al auto de uno de sus gerentes, de madrugada, en un horario en el que estuvieran seguros de que nadie pasaría por ahí. Tenían en claro que no harían terrorismo. Uno de ellos se ofreció a poner la bomba y Beatriz, a hacer la contención. Ya lo había hecho otras veces. Todos estuvieron de acuerdo. Sólo faltaba que el responsable aprobara la operación. Ninguna decisión podía tomarse de manera horizontal, ni siquiera una simple pintada, para la que también había que armar un operativo de seguridad. Unos meses antes, mientras garabateaban una consigna en una pared del Mercado de Beccar de madrugada, un policía que vigilaba el lugar los apuntó con su arma. Nunca supieron si el hombre estaba

dispuesto a disparar porque Beatriz disparó primero. Le dio un tiro en el pie. No era momento para averiguar las verdaderas intenciones del efectivo.

Finalmente, días más tarde la bomba destrozó el auto del gerente de la Fitam.

14

A escondidas de su marido, Soledad de Araldi solía darle a Diana un bolso con ropa que ella misma compraba, y algo de dinero. Sabía que su hijo, Raúl, no estaba en Buenos Aires y la desvelaba la idea de que su nuera y su futuro nieto no tuvieran plata para comprar comida o vestirse. Acompañada por Cuqui, su otra nuera, se encontraban con Diana en la esquina de Cabildo y Juramento como si fuera una cita militante. Soledad le daba el paquete mientras caminaban algunas cuadras. Nunca se veían en una casa, excepto en una ocasión en la que Diana la visitó a Cuqui, en Martínez. Se apareció con su panza bastante crecida y se sentó en la cocina a tomar mate. Un tiempo antes, Diana le había pedido que le enseñara a tejer, sin éxito, y esa tarde le insistió para que lo intentara de nuevo.

—Dedicate a los idiomas, nomás. No hay caso con vos.

Le dijo Cuqui, como cortando la conversación. Estaba nerviosa. No por la presencia de Diana en su cocina sino por lo que pudiera pasarle. Ella, como madre, sentía que esa chica no era muy consciente de lo que significaba tener un hijo en esas condiciones. Hacía tiempo que quería pedirle que dejara la militancia y esa tarde se animó.

—Diana te voy a pedir un favor, no te enojes con lo que te voy a decir, pero por qué no se abren ahora que va a nacer tu hijo.

—No, no podemos.

—¿Cómo que no? Nadie te va a venir a buscar. Te vas a vivir con Elsa, tenés a tu hijo en paz…

—Nooooo. Estás loca, ¿vos no tenés convicciones?

Diana la cortó tajante. Le parecía un planteo imposible. De las cuatro hermanas, era la más intransigente frente al deber ser militante. No vacilaba, por ejemplo, si tenía que disponer el arresto de un militante para que hiciera una autocrítica aunque eso afectara a otros compañeros. Sucedió un domingo durante ese verano: Adriana y su marido habían organizado un asado con dos parejas amigas en un club al que solían ir a pasar el día, pero Diana les cambió los planes. Necesitaba su departamento para llevar a un compañero arrestado y ellos se tenían que quedar con él, vigilando. Ellos obedecieron. Pero también le dedicaron unas buenas puteadas por lo bajo. La militancia perdía su componente de goce.

Durante ese tiempo, algunos vecinos de la villa comenzaron a alejarse. Los mismos que habían abierto sus casas, de a poco cerraban sus puertas. Algunos en desacuerdo con el uso de las armas; otros, por temor a la represión, que se materializaba en los asesinatos de la Triple A pero también en los operativos de la policía, que interrumpía cualquier reunión y se llevaba a decenas de personas detenidas. Diana, sin embargo, insistía.

—La dispersión mediante el temor es el método del enemigo. Mantenernos unidos es nuestra alternativa.

Pero el miedo calaba incluso en su ámbito más cercano, como en la propia Teresa, que se acababa de enterar de que había sido elegida para reemplazarla.

—Te promocionan a suboficial, lo va a anunciar el responsable del comando en una próxima reunión. Ya te voy a explicar todo con más detenimiento.

Teresa sintió algo extraño en el estómago, mezcla de orgullo, miedo y ansiedad. La habían elegido a ella, entre tantos compañeros más preparados, justo ahora que su madre le pedía que dejara la organización. La principal promotora de su compromiso político le sugería que hiciera un viaje, visitara a sus parientes en Paraguay o en Misiones y tomara distancia para pensar un poco mejor qué quería hacer con su vida. Atormentada por sus contradicciones, la reacción de Teresa era enfrentarla. Cómo iba a dejar el barrio justo ahora que la habían elegido. No había conversación que no desembocara en una pelea.

15

El 10 de junio, Diana llamó a su cuñado, Hugo, para que la acompañara a la clínica Bazterrica. Había empezado con las contracciones y estaba sola. Raúl había viajado a Salta. Hugo y sus padres pasaron a buscar a Elsa por Beccar y la levantaron a Diana en una esquina de Capital. A la noche, y después de un parto simple y rápido, nació Fernando. Hugo tuvo que firmar los papeles para poder retirar al bebé de la clínica. Al llegar a su casa, le dijo a su mujer.

—Cuqui, me nació otro hijo.

—Ay, qué boludo, mirá lo que decís. ¿Cómo le pusieron?

—Fernando Carlos.

Cuqui no podía creerlo. Era el nombre que había elegido para el bebé que había perdido a fines del año anterior. Se mordió los labios, pero descargó su bronca una semana después, cuando apareció su cuñado.

—Raúl, no me gusta lo que hiciste. ¡Me robaste el nombre!

En ese momento estaba furiosa y aprovechó también para recriminarle por qué no había estado en el parto.

La represión cambiaba permanentemente los planes en la Regional V de Montoneros, que con cabecera en Tucumán incluía a las provincias de Salta, Jujuy, Santiago del Estero y Catamarca. Raúl había sido destinado a Salta, para reforzar la estructura de la organización que para esa fecha estaba prácticamente devastada. La provincia había sido intervenida por el gobierno nacional en noviembre del año anterior, quitando de su puesto a Miguel Ragone, el último gobernador vinculado con la Tendencia que seguía en pie, y los métodos represivos que Acdel Vilas aplicaba en Tucumán, también se habían extendido a Salta.

Antes de viajar a esa provincia, Diana se instaló en lo de sus suegros. Necesitaba ayuda con su bebé recién nacido y esa casa estaba menos expuesta que la de Elsa. De todos modos, la llegada de Fernando iba a alterar las normas de seguridad. Unos días después del nacimiento se organizó una gran fiesta por el día del padre en la casa de los Araldi y no faltó nadie. Allí fueron Héctor, Elsa, las cuatro chicas. Además del Vasco, Miguelito, y tíos y primos por parte de Raúl. El nuevo bebé era el centro y la excusa para diluir cualquier tensión. Como si un paréntesis temporal los hubiera transportado a otro contexto, esa tarde nadie habló de política. Sí, en cambio, de historieta. A través de Diana, Cuqui se había hecho fanática de la obra de Héctor y, al igual que tantos, se preguntaba

por qué ese hombre talentoso no se dedicaba a escribir novelas. Esa tarde se quitó la duda y se lo preguntó.

—Pero, Cuqui, ¿creés que la historieta es un género menor?

—No, Héctor, al contrario, pero me parecen que son tan buenas las historias que dan para desarrollar un libro de cada una.

—Pero si vos le comprás un libro a tu hijo, ¿lo lee? Yo quiero llegar a los jóvenes.

16

En junio salió el quinto número de *Evita Montonera* a cinco pesos. Un recuadro pedía disculpas por la demora en su publicación —la anterior era de abril y su precio era de tres pesos— y alegaba: “Compañeros destinados a la redacción del *Evita* son absorbidos permanentemente por los distintos conflictos vividos en el país con motivo de las paritarias y el proceso político consecuente. Además debe sumarse entre otras dificultades nuestra inexperiencia en una prensa clandestina masiva, que también genera problemas de distribución”. El resto de la revista, que traía en tapa una foto de la marcha masiva de trabajadores a Plaza de Mayo del 27 de junio con el título “El pueblo dijo basta”, hacía un resumen de la salida del gobierno de López Rega y de su hombre en el Ministerio de Economía, Celestino Rodrigo, que con su famoso Rodrigazo había provocado una devaluación del 150 por ciento, la duplicación de las tarifas de los servicios públicos y el transporte, y el aumento del combustible, facilitando la licuación de las deudas de las grandes empresas pero también de los salarios.

Promediando la revista aparecía *Camote*, una historieta sin firma y con ilustraciones en las que se adivinaba un trazo ajeno a la historieta profesional y más cercano al boceto artístico —quizá de su hija Estela, tal vez del Vasco—, que Héctor había ideado también en su reposera del jardín de Devoto.

Camote no era otra cosa que la historia de un militante montonero: el protagonista, que lleva ese apodo, llega a una cita en el centro porteño cuando ve que dos hombres intentan apresar al compañero con el que debía encontrarse.

—¡Hijos de puta! ¡No se lo llevarán!

Grita Camote y dispara con su "rubí punta hueca" que, dice, no es gran cosa.

—La puta, más cana… ¡Qué música, ése es el 38 de Mario!… ¡No rajó, tira desde la esquina, quiere sacarme!… Los despisté, pero perdí la cartera cuando me caí… Gran boludo… la cartera con el sobre de la quincena, el nombre legal, la fábrica.

A partir de ese momento, Camote tiene que pasar a la clandestinidad y guardarse. Lo hace en la casa de Celina, otra militante.

—¿Una piba? ¿Qué tal está?

—Y, Susana Giménez no es…

Celina vive en un barrio obrero con calles de tierra y es hija de Anselmo, un tornero que se enfrenta a la burocracia sindical y que va a ser entregado por un compañero de la comisión interna. Junto con otros compañeros de la fábrica, Camote se va a encargar de ajusticiarlo matando al sindicalista que lo entregó. Con ese final, se despide de Celina, con quien tiene un enamoramiento platónico pero a quien deja de ver para seguir con su militancia.

—Che, esto de militantes montoneros es muy aburrido…

Dijo al pasar Perdía en una reunión de la Conducción Nacional mientras hojeaba la revista.

A la primera entrega de *Camote* en aquel número del *Evita Montonera* le seguía una nota sobre la represión de los trabajadores de la industria azucarera en Salta.

A la capital de esa provincia se acababa de mudar Diana.

17

Jueves 17 de julio de 1975

Querida Mami y Marina, María y Milú

Por fin puedo sentarme un rato a escribirles. Creo que se podrán dar cuenta de qué es lo que más ocupa mi tiempo, cada tres horas soy una maquinita que se pone en marcha, prepara mamadera, caza al crío, lo cambia, lo acuna, lo mete a dormir. Evidentemente todo cambia ahora porque estoy sola, es todo diferente a cuando estaba con ustedes, pero me las estoy arreglando lo más bien, y el pobre Fernando a veces tiene que quedar llorando. Toda esta semana estuve aclimatándome a todo esto, desde la zona hasta la pensión, etc. Los días se han pasado volando, me parece que hace meses que estoy acá. Demás está decirles que estoy muy contenta.

Todo el miedo sobre el viaje se me fue enseguida porque la vieja de arriba es una salteña macanuda que enseguida se puso en papel de abuela. Me decía muy seria que "este chico ya es un hombre como traga y como rezonga" y decía que ahora los chicos nacen más adelantados porque este ya para la cabeza. Lo que fue mi

tortura fue que los pañalines sirven como un pañuelito, en realidad lo malo es el portapañales, el pobre negrito se mojaba todo. Suerte que había calefacción ahí y yo ponía a secar la ropa mojada. Llegué a las 13 horas del lunes, como verán un poco retrasadito el tren.

Hacía calor en Salta cuando llegué. El amigo de Chiche me esperaba y cargamos todo en un taxi (al chico también), y fui para la pensión. La pensión es muy linda, muy familiar, porque hay muchos matrimonios con chicos, hay otro nene que nació el 9 de junio. Tenemos un cuarto grande para nosotros con bastante lugar para la cantidad de ropa. Hay una mesa con sillas donde nos hacen la comida. La pensión es de esas casonas antiguas con patio en el medio, y al fondo están las piletas donde lavamos la ropa y un jardincito. Chiche me fue a ver al tren cuando paramos en Tucumán, porque él estaba allí y subió al camarote a vernos y eso me dio una alegría muy grande. Ya el martes el vino al mediodía a la pensión y comenzamos a vivir juntos otra vez. Para él era todo nuevo, y nos hemos quedado largos ratos juntos mirando a Fernando. Por supuesto después viene la parte de acostumbrarse al hijo, los llantos a cada rato, los pañales y los eructos. Él se va acostumbrando de a poco. sobre todo porque el niño tiene mucha polenta. A Chiche le gusta alzarlo y pasearlo, y mirar las caritas que pone. Fernando sigue estando cada día más lindo. No come más 180, salvo raras excepciones. Se mantiene con 150 y está lo más bien. Durante el día no le gusta dormir mucho, pero a veces lo tiene que hacer a la fuerza porque yo lavo la ropa y Chiche trabaja. De noche está durmiendo mucho más. a veces se duerme 5 horas o saltea comida. El chichón todavía no se le fue. Vamos a esperar unos días, sino lo llevamos al médico. No es que estemos asustados, pero por precaución. Por aquí nadie me cree que apenas

tiene un mes. Les parece de más. Como vos decías, María, el otro día dijo "ajo" de pura casualidad, pero hace sonidos divinos. La verdad es que tanto al padre como a mí se nos cae la baba. (Ahora está llorando) (Ya le voy a dar la mamadera porque sino me devora).

Todo por aquí es como yo ya lo conocía. La pobreza, la aridez del lugar, son cosas que nos hacen pensar mucho. Por eso estamos aquí. Yo quisiera que todos ustedes pudieran ver todo esto. Son cosas que me dan más ganas de seguir aquí y viviendo para eso. Además la gente aquí es totalmente diferente, no habla sola como dice Soledad, hay un trato mucho más humano. Tenemos un grupo de amigos, que también son compañeros, y ellos también tienen hijos. El otro día fuimos nosotros tres con un matrimonio y dos nenes en un rastrojero a un cerro. Chiche y yo juntamos berros para hacer ensalada. Fue una tarde hermosa. En diez minutos ya estábamos rodeados de naturaleza. Fernando se va a poner lindo acá con tanto sol y aire puro. Al otro día que yo llegué hubo helada. Aquí en la capital solo se veían puntitos blancos cayendo pero en otras zonas caía con ganas. Dicen que el frío tardó en venir, pero vino con todo.

Lamento que esta carta sea tan corta pero es que Chiche no está y estoy sola con Caincito que me está erutando en el hombro, y el correo me va a cerrar. Además quiero ir cuando haya sol, por el nene.

Ahora que mi semana se va a regularizar más, les prometo mandar una carta con más lujo de detalles. Quiero que les den un beso de mi parte a Estela, Vasco y Miguelito, a Bi, a papi, a Soledad, Juan, Hugo, Cuqui y Martín, los abuelos, las tías y toda la familia. Yo guardo muy adentro las caras de todos el día que me fui, cuando a ustedes se les hacía un nudo en la garganta y a mí

también. Pero ya ven, estamos cerca a pesar de todo, yo quiero que me escriban pronto porque quiero saber de todos ustedes.

Los tres juntos los llenamos de besos a todos, y queremos tener noticias pronto. Otro beso en sus mejillas y otro gran abrazo salteño.

Diana, Fernandito y Chiche
Flia Araldi
Dirección: Caseros 1053 - Salta (Capital)

A escribir pronto porque por ahí nos tenemos que mudar de pensión

18

Para Marina, irse de la casa familiar tras la detención de Sabrina también implicó cambiar de colegio y de ámbito de militancia. Le pesaba la separación de sus compañeros del partido de San Isidro. Habían estado juntos casi un año y venían de hacer la operación más resonante para ellos. Había sido el domingo anterior al inicio del ciclo lectivo. Pintaron las fachadas de dos colegios del Bajo —el 20 de Junio y la Escuela de Comercio de San Isidro— y también el patio interno del Colegio Nacional de San Isidro. A las pocas semanas lo repitieron en apoyo a un paro docente. Esa vez, dejaron una falsa bomba en la puerta del colegio —que no era otra cosa que una caja con una piedra adentro, cables a la vista y excesivo olor a kerosene— que habían confeccionado en el sótano de la casa de Tristán.

De un día para el otro pasó a la UES de General Sarmiento y a la Escuela Normal General José Gervasio Artigas, de San Fernando. Ahora estaba en una zona obrera y su nuevo nombre de guerra era “la Pantera”, el apodo familiar que sus compañeros enseguida asociaron a su modo de caminar. No tardó mucho en contar que era la hija de Héctor Oesterheld, tal vez como un modo de generar aceptación: la mayoría de sus nuevos compañeros de la UES lo habían leído. Mario Barrios, Marito, era uno de ellos. Nacido en una casa peronista en Manuelita, leía poesía y escribía algunas líneas tímidamente. Mucho de lo que leía le llegaba a través de Pancho —Francisco Arrúa—, un amigo del barrio tres años más grande que podía comprarse libros porque trabajaba. Con Marina sintió adentrarse a otro mundo, distante y anhelado. Ella ya no vivía en Beccar pero contra toda norma de seguridad, solía pasar por allí. Extrañaba algo que ya no existía, la dinámica de un hogar que se había desarmado. La primera vez que fueron juntos, le mostró la casa mientras sonaba Pink Floyd. Había puesto el disco *El lado oscuro de la luna*. Después comieron y vieron fotos viejas guardadas en el garage. Marina también le presentó a Héctor, con quien solían encontrarse en algún bar. Conversaban sobre cualquier cosa, casi nunca de militancia. Y lo siguieron haciendo, incluso en pleno 76, por lo general en el microcentro porteño sin otra norma de seguridad que la de sentarse cerca de una salida y de frente. Marito estaba acostumbrado a que Héctor iniciara conversaciones con preguntas retóricas o planteara dilemas para ayudarlos a pensar más allá del sentido común.

—Esta historia está bien contada, aunque eso mismo puede pasar también en una familia obrera. ¿Cómo sería el no de una señora de clase trabajadora?

Les dijo en una oportunidad al salir de un cine de la calle Corrientes. Habían visto una película francesa en la que una pareja con un hijo adolescente se separaba por decisión de la mujer. Ella no quería continuar y el hombre no podía entenderlo. Una mirada que era novedosa para la época.

El nuevo destino de Marina implicaba, necesariamente, el contacto con una realidad mucho más heterogénea, con una población conformada mayoritariamente por familias obreras pero también por trabajadores vinculados con los cuarteles de Campo de Mayo, el Palomar y las Bases de Morón, y con una marcada penetración católica. Una amalgama particular. El trabajo aquí no era fácil; a veces, casi imperceptible: la rigidez de las escuelas les impedía penetrar entre los estudiantes. Tampoco había una dedicada formación de cuadros, sino que los militantes recibían las indicaciones para realizar las actividades —volanteadas, pintadas o relevamientos—, y la instrucción política se reducía a leer el *Evita Montonera* y los documentos que les pasaba el Negro Chichín, a cargo del grupo. Cada vez que llegaba una revista —de manera esporádica, demorada— Marina cumplía con el ritual de leerles en voz alta *Camote*. Pero, en general, Marina nunca ocupaba el centro de la escena. Se sentaba en el borde del sillón y permanecía en silencio. Excepto cuando se reía, que era seguido. En ese espacio no se hacían demasiados cuestionamientos. La admiración hacia la Conducción y la confianza ciega de que no iban a equivocarse no se discutía. Todavía.

Entre la tarde del 25 de julio y la madrugada del 26, el aniversario de la muerte de Evita, se produjo el llamado bautismo de las milicias “para golpear a la oligarquía, al imperialismo y a sus fuerzas represivas”, como se explicó luego en el *Evita Montonera*. Hubo operaciones simultáneas en todo el país, pero sobre todo en la Capital y el Conurbano. Se incendiaron concesionarias, bancos y coches; se ametrallaron oficinas públicas, comisarías y dependencias militares; se cortaron calles con molotovs, se tiraron bombas en negocios y galerías comerciales. Los grupos de milicianos avanzaban por la calle como un ejército irregular organizado, capaz de dispersarse entre la gente con sólo oír una sirena. Fue una demostración de fuerzas.

La operación del grupo de la Isla Maciel iba a ser en la plaza de Avellaneda. Estela y sus compañeros tenían que cortar las cuatro esquinas con molotovs para impedir que los patrulleros llegaran mientras un grupo de oficiales ametrallaba el frente de la comisaría. Todo estaba cronometrado y exigía precisión. Estela, que tenía en su cartera un bulón con un trapo embebido en nafta, debía prenderlo con el encendedor de Ernesto Salas; después él revoleaba la damajuana con combustible al medio de la calle y ella tiraba encima el trapo encendido. En ese instante de confusión, se iban a tirar cientos de volantes. Todo salió bien, excepto por un desfasaje de segundos. Una de las parejas asignadas no llegó a cortar su calle y un patrullero logró pasar y empezó a disparar. Para ese entonces, Estela y Ernesto ya habían empezado a correr. Después de un par de metros, él la abrazó.

—Tranquila, Marcela, tranquila, ahora sigamos caminando.

Ninguno de los dos sabía qué había pasado con los demás. Cuando Ernesto le pidió el encendedor que le había prestado, ella le

dijo que no lo tenía.

—Me puse un poco nerviosa y tiré todo.

En Norte, el bautismo de los milicianos tuvo su despliegue sobre Avenida del Libertador. En el mismo momento en el que Estela revoleaba el bulón encendido, Beatriz se paró frente a un auto y le apuntó con su arma para impedirle el paso. Cuando el conductor, después de dar marcha atrás, se perdió por una arteria lateral, ella tiró su molotov para cortar la avenida. Su compañero, Pirata, tenía que hacer lo mismo, pero la calle era de adoquines y al tomar envión para revolear la botella, tropezó. Ya se escuchaba la sirena de la policía cuando Pirata sintió que alguien lo levantaba del brazo con una fuerza sobrenatural. Le sorprendió que María, tan chiquita, hubiera podido hacerlo.

—Si nos agarran, decí que somos novios.

Le dijo ella mientras corrían al costado del club de Rugby CASI. Pararon un momento para recuperar el aire, pero los patrulleros seguían pasando. Simularon besarse contra un paredón por unos minutos y después caminaron hasta el bar de Beccar en el que debían hacer el control.

20

Después de la ofensiva miliciana, la orden en Norte fue levantarse de los lugares de militancia por unos días. En situaciones de emergencia, una alternativa eran los hoteles alojamiento. Había que ir de a dos y Miguel armó las parejas. A Bichi le tocó con Beatriz: acordaron ir al Hotel Micos, un albergue transitorio en San Fernando bastante usado por los militantes.

La habitación era amplia, con empapelado oscuro, acolchado floreado en tonos rosados y un olor pregnante a desodorante de ambiente. Sin decir nada, se sentaron en la cama, de espaldas, uno en cada costado. Bichi se sacó la camisa, el pantalón y se quedó en calzoncillos. No se animaba a moverse. No sabía cómo hacerlo. Le temblaban las piernas. Hasta que sintió que María le acariciaba la espalda y lo traía al centro de la cama. Ésa fue la primera vez que estuvieron juntos. Hubo otras, no muchas, en las que Bichi siempre sintió lo mismo: que ella no estaba del todo ahí. Que ofrecía su cuerpo, como si esa comunión también fuera parte de su entrega militante, pero sin estar ahí realmente.

Bichi era un hombre casado y la información de la relación llegó a un nivel superior. El resultado fue su degradación de Bichi y la separación del grupo. Se lo acusó de deficiencias morales. A partir de ese momento tendría que hacer tareas de base —alguna pintada, repartir prensa, robar un auto, chequear el movimiento de algún policía— en solitario.

21

Con Beatriz siempre teníamos muchas charlas, hasta el último día las tuvimos. Yo le decía que ella estaba en una edad en la que tenía que estudiar y formarse para aprender a pensar por sí misma. Cuando aprendas a pensar por vos misma, le decía, desde tu profesión, sea lo que sea, desde ahí vas a poder ayudar al prójimo. Yo siempre traté de inculcarles el respeto por las clases desposeídas, porque yo venía de ahí, y ellas lo sabían.

22

Un año después de aquel encuentro no muy prometedor en Misiones, Victoria y Pablo se volvieron a ver. Ella había regresado, pero esta vez se alojó en la casa de un compañero. Cuando Pablo supo que estaba ahí, le dijo que tenía el sábado libre. El flamante diputado por Misiones ya no se hacía el Che Guevara y la salida fue más que agradable. La afinidad era evidente.

Victoria venía de una familia antiperonista de Barrio Norte. Había estudiado Fotografía y después Sociología, había viajado por todo América Latina con Sergio Caletti, su primer marido, y a su regreso, a través de Norberto Habegger, había entrado en la agrupación Descamisados. En plena campaña de Cámpora, se incorporó como fotógrafa del aparato de prensa del Frejuli y empezó a militar en Villa Carazza, Lanús, con el nombre de Tita. Para cuando Pablo la conoció, ya era un cuadro montonero.

En el recuerdo de Pablo, Héctor iba a ser el artífice de un guión con final feliz entre él y Victoria después de algunos encuentros esporádicos. Fue a principios de octubre de 1975. Por su cargo, Pablo viajaba cada vez más seguido a Buenos Aires y, cuando podía, se cruzaba con Héctor. En aquella oportunidad, el viejo lo citó en una oficina en el centro. Cuando Pablo llegó, reconoció la cabellera que caía sobre un cuerpo menudo. Victoria estaba sentada del otro lado del escritorio. Podía ser pura casualidad: tanto ella como Héctor estaban en contacto permanente, especialmente ahora que la prensa militante circulaba mano en mano. Pero Pablo sabía que no. El viejo estaba al tanto de toda la historia y era capaz de haber armado el encuentro. En definitiva, era un romántico.

Cuando Victoria lo llevó a Pablo a la casa de su madre, a mediados de diciembre, le dijo: mamá, miralo bien porque él va a ser el padre de mis hijos. Se sentía feliz.

23

El lanzamiento oficial del Partido Auténtico en la Columna Sur se hizo en mayo en un club de Wilde con un asado multitudinario a cargo del Vasco. A los pocos días, Estela lo citó a Cocho y le pidió que reuniera a los viejos peronistas de Avellaneda que se identificaban con la Resistencia.

—Va a venir alguien de la organización a hablar con ellos, queremos incorporarlos al partido.

Le dijo mientras caminaban por la avenida Mitre. A Cocho lo sorprendió la actitud de Estela. Ya no parecía la chica callada, a la sombra del Vasco, que había conocido dos años antes en Villa Argentina. Ahora sonaba como alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo. Una semana después se encontraron en Avellaneda. Estela vino acompañada por Héctor, a quien presentó como Germán. Cocho no sabía quién era pero enseguida se sintió cómodo. La charla fluía. No iban a pasar muchas cuadras hasta que descubriera el vínculo por un descuido de Héctor, a quien se le escapó un “hijita” al final de una respuesta.

—¡Viejo boludo! —lo retó Estela—. Bueno, Cocho, como te darás cuenta, es mi viejo, se deschavó solo.

Los tres se tentaron y a partir de ese momento, Héctor no disimuló más. La agarraba a Estela de la mano y se la acariciaba, o la abrazaba. Caminaron treinta cuadras, desde Avellaneda hasta

Lanús, y quedaron en hacer dos reuniones más para definir el armado. Las hicieron, y cuando ya estaba todo listo para reunirse con unas ocho personas a las que Cocho había contactado, el Partido Auténtico dejó de existir.

Desde ese momento, los militantes encuadrados dejarían de hacer tareas políticas en el barrio para concentrarse en las operaciones militares. A los que tenían algún tipo de habilidad técnica, los destinaron a tareas de logística. El Vasco, a su vez, dejó de ser responsable de la Isla Maciel para armar un pelotón en Avellaneda. También, cada tanto, desde el Área Federal lo convocaban para tareas de seguridad. Así fue como se conocieron con Victoria, sin saber ninguno de los dos quién era el otro. A ella le habían encargado supervisar una serie de imprentas clandestinas en el interior de la provincia de Buenos Aires. Una semana antes, tuvo una cita en un departamento con la persona que le iba a hacer de custodio. El Vasco llegó agitado y con un nene en brazos.

—Está todo cagado, ¿te molesta si lo cambio?

—Qué hermoso, ¿cuánto tiene?

—Un año y medio.

Victoria no pudo resistirse y le hizo fotos a Miguelito. En la imagen iban a aparecer también las manos del Vasco.

24

Los primeros días de octubre de 1975, en Bella Vista celebraron el regreso del hijo pródigo: el Vasco había vuelto a Corrientes después de tres años. Estaba con un compañero y cargaban muchos bolsos. En su casa sabían que se había casado, que tenía

un hijo, y no mucho más. Su madre lo abrazaba y lo besaba, le hacía preguntas que él respondía con bromas y evasivas. Ella sabía que militaba, pero no entendía por qué había desaparecido así, por qué no quería saber nada con su familia. Cuando en un momento de distracción de su hijo, revisó los bolsos que habían guardado debajo de la cama y vio que estaban llenos de armas, dejó de hacerle preguntas. El asunto iba en serio.

El Vasco y su compañero durmieron esa noche ahí y a la mañana siguiente salieron temprano.

—Tenemos que seguir viaje para el norte, viejita. La madre lo abrazó como si supiera que ésa sería la última vez.

25

Para exhibir un salto de calidad hacia la construcción del ejército popular, Montoneros planificó tres grandes operaciones contra las Fuerzas Armadas, que hasta entonces eran exclusividad del ERP. La última fue el ataque al Regimiento de Infantería de Monte 29 en Formosa, el 5 de octubre de 1975, y para la Conducción Nacional fue un éxito: aunque el saldo fue la muerte de trece montoneros, diez conscriptos, un sargento primero y un subteniente, resaltó que habían demostrado su capacidad y despliegue militar y habían obtenido armas. En los mandos medios montoneros, especialmente entre los disidentes de Columna Norte, se creía lo contrario: habían sido demasiadas vidas a cambio de armas.

La primera operación había sido el 22 de agosto con el hundimiento del buque *Santísima Trinidad* —provista de misiles, era la joya más preciada de la Armada— en la base naval de Puerto

Belgrano. Y la segunda, seis días después, la voladura del avión Hércules C-130 de la Fuerza Aérea en Tucumán.

En realidad, la idea del ataque al Hércules surgió cuando un militante recordó que debajo de la pista de aterrizaje del aeropuerto pasaba un caño de desagüe en el que jugaba cuando era niño. El dato fue clave para que sus superiores pensaran un atentado contra la presidenta Isabel Martínez de Perón, que tenía planeado viajar a Tucumán en esos días. Detalles del operativo se ultimaron en una oficina que la Conducción de la Regional tenía a pocas cuadras de la plaza histórica de San Miguel de Tucumán, sobre la calle Las Heras. Sólo tenían acceso los cuadros de jefatura. La habían abierto en abril, tras la caída de la conducción anterior, y simulaba ser un sitio de venta de libros de contabilidad: Ediciones El Contador SRL. El responsable era Oscar De Gregorio, el Sordo, también miembro de la Conducción Nacional, y más que un director de empresa parecía un empleado público un tanto excéntrico, algo desalineado, que fumaba pipa sin parar. Finalmente, como el viaje de Isabel se postergaba, decidieron hacerlo sin su presencia. Con ciento catorce personas a bordo del Hércules, casi todos gendarmes que regresaban a San Juan tras haber participado del Operativo Independencia, durante el carreteo de despegue un comando montonero detonó a distancia la carga explosiva que había instalado en el caño debajo de la pista. Murieron seis gendarmes y resultaron heridos otros cincuenta. Mientras la columna de humo negro se elevaba sobre la ciudad, en la oficina de jefatura ubicada a unos 3 kilómetros del aeropuerto, los compañeros celebraban el éxito del operativo.

Las Fuerzas Armadas aprovecharon estas operaciones para asociar a Montoneros con el terror —distribuyeron entre los diarios

fotos de soldados muertos— y para posicionarse como garantes de la seguridad interna: al día siguiente del ataque al Regimiento de Formosa, el gobierno de Ítalo Lúder, presidente interino por licencia de Isabel, las incorporó al Consejo de Seguridad Interna en la lucha contra la subversión. Jorge Rafael Videla, comandante en jefe del Ejército, iba a declarar, en su discurso en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos: “Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la paz del país”. El golpe de Estado ya estaba decidido y elaborado en un documento que se conoció como “Orden de batalla del 24 de marzo”.

26

En Salta, Diana aprovechaba los días de primavera para pasear por la ciudad con Fernando. Vivían en una pensión a seis cuadras de la plaza principal y de la Casa de Gobierno, en donde cuatro años atrás había estado con sus compañeras del Cardenal Spínola. Se sentía distinta, madura. Fernando tenía tres meses y medio, decía ajó hasta cuando tomaba la mamadera y con la mano derecha se sacaba el chupete cada dos minutos. Ese solo gesto la emocionaba y la llevaba a pensar cuánto, y qué rápido, había cambiado su vida.

Con el bebé a cuestas, viajaba periódicamente junto a Raúl a las afueras de la ciudad, donde intentaban reconstruir algo de la estructura local, que en ese entonces era un apagado reflejo de tiempos promisorios. Montoneros había tenido su momento de mayor penetración política en la provincia durante la gestión del gobernador peronista Miguel Ragone junto al campesinado, los

estudiantes y docentes universitarios, la administración pública y el transporte. A fines del 74, la intervención de la gobernación pondría fin a esa suerte de primavera salteña. Ya para el 75 la represión legal e ilegal, potenciada por el Operativo Independencia, haría coincidir la crisis político-institucional de la provincia con la debilidad de las estructuras de la organización dentro de ella.

Diana y Raúl habían depositado sus expectativas de reconstrucción en el Partido Auténtico, en especial cuando a fines de agosto los ex gobernadores de Santa Cruz y Mendoza, Jorge Cepernic y Alberto Martínez Baca, viajaron a Salta para convencer a Ragone de sumarse. El entusiasmo duró poco: Ragone desistió y, ante el desolador panorama local, en pocas semanas la pareja le dio forma a la posibilidad de instalarse en Tucumán.

Raúl empezó a viajar varias veces por semana al búnker que la Conducción de la Regional tenía sobre la calle Las Heras. Tenía 28 años y era el más joven de todos los jefes, aunque muy respetado. Llegaba siempre de buen humor.

—¿Qué hacés? ¿Tomamos unos mates?

Solía saludar con un tincazo en la cabeza a un contador jovencito que junto a un amigo eran las caras visibles de la oficina. El contador apenas pasaba los 20 años, había participado en la JUP, y miraba a sus compañeros treintañeros con la distancia que genera la admiración. Raúl la acortaba con su charla, mientras leían los diarios en “la sala de los contadores”, como llamaban a una de las habitaciones. Solían sumarse Julia, la supuesta secretaria de la empresa, y un cura canadiense que oficiaba de vendedor. Después Raúl cruzaba la puerta de la otra sala, donde se hacían reuniones de las que sólo participaban los jefes y en las que un par de veces estuvo Quieto.

27

Inés llegó a la cita bastante nerviosa. Era en un bar cerca de la 9 de Julio y se sentía obligada a agradarle a la persona con la que se iba a encontrar. De eso dependía conseguir una casa dónde vivir, algo que no era muy sencillo en su situación. Estaba embarazada de siete meses, tenía un hijo de un año y medio y acababa de salir de la cárcel. Del otro lado de la mesa se encontró con un señor mayor. Tomaron un café y no hizo falta mucho más. Él le contó un poco acerca de los dueños de casa y le dijo que la iba a llevar hasta el lugar. La casa era la de Devoto y el hombre era Héctor.

Inés, nombre de guerra de Graciela Iturraspe, militaba en Columna Norte como parte de la llamada “Banda de Galimberti”. En la madrugada del 27 de junio, la policía entró en el departamento que Inés compartía con su compañero, Jorge Taiana, en el barrio de Palermo, y los detuvo por posesión de armas. Unas semanas antes habían pedido plata a sus responsables para poder mudarse porque sospechaban que el encargado del edificio los podía delatar, pero la plata nunca llegó. A los dos los iban a blanquear como presos políticos. Pero primero a Taiana lo torturaron y a ella la internaron en el Hospital Fernández. Con un embarazo incipiente, pesaba menos de cuarenta y cinco kilos y llevaba encima semanas de agotamiento entre el trabajo político en fábricas San Martín con su pequeño hijo a cuestas y el ritmo vertiginoso que le imprimía Galimberti a cada operación. Cuando la policía la detuvo, apenas podía caminar.

Del hospital la trasladaron a la cárcel de Devoto. Cuatro meses después salió en libertad gracias a una resolución del juez Raúl Zaffaroni y a la intervención de su suegro, Jorge Alberto Taiana, el famoso médico de Perón, que evitó que la pusieran a disposición del

Poder Ejecutivo. Su padre había arreglado para que se fuera al sur y dejara de militar, pero ella decidió quedarse con sus compañeros. Sabía que si lo hacía, tenía que pasar completamente a la clandestinidad y en esa situación llegó a la casa de Devoto, en la que enseguida se convirtió en un miembro más de esa rara familia extendida. Para los vecinos, era una prima de Clara que vivía en Bariloche y que había venido a Buenos Aires porque cursaba un embarazo complicado.

La complicación real sucedió unos días después cuando Nicolás, su hijo de un año y medio que también había pasado esos cuatro meses en Devoto, se contagió de meningitis. Internarlo era imposible —en su condición de clandestina no podía quedarse en el hospital con él— por lo que Clara consiguió que el pediatra de sus hijos lo atendiera dos veces por semana en la casa. Durante un mes, Nicolás se debatió entre la vida y la muerte. Sólo tenía reflejo de succión y el médico había prescripto que le dieran mamaderas con agua fría constantemente. Durante el día, Inés subía y bajaba escaleras con su panza de casi ocho meses. Por momentos, el calor de noviembre se hacía insoportable. El alivio llegaba a la noche con Héctor, que se quedaba junto a ella para hacerle compañía y para relevarla con la ida y venida de mamaderas.

—Vos descansá, que ahora ese trabajo lo hago yo.

Le decía. Entonces Inés aprovechaba para dormir junto a la cuna. Otras veces se quedaban conversando hasta la madrugada. Él le contaba historias. Inés sabía quién era porque Clara se lo había dicho. Una de esas madrugadas también le habló de *El Eternauta*.

—Yo escribí sobre esa familia de clase media que a la noche se juntaba a jugar a las cartas y que de repente encuentra una causa mayor por la cual salir a luchar. Y a mí y a mis hijas nos pasó eso

mismo… Entonces a veces me pregunto quién fue primero, si ellas con su militancia o yo con algunas ideas que ya estaban ahí…

También hablaban mucho sobre la coyuntura. A Héctor le gustaba escuchar lo que pensaba Inés y, en general, coincidía. Para fines del 75, la Columna Norte empezó a plantear la necesidad de ampliar los espacios de debate frente a la propuesta de la Conducción Nacional de estructurar la organización según el centralismo democrático, que para el ala disidente de Norte tenía mucho de centralismo y poco de democrático. Héctor estaba de acuerdo con los planteos de apertura del debate y con la premisa de que en los momentos más duros, era necesario descentralizar la organización. Algo que Rodolfo Walsh iba a hacer explícito en sus papeles, esos documentos redactados a fines de 1976 en los que criticaba, y debatía con la Conducción, el rumbo que había tomado la organización. A veces, sin embargo, Héctor también tenía sus dudas.

—Yo también creo que hay que tener un oído en lo que piensa la gente. ¿Pero esto no nos desbandará, Inesita?

Los días en la casa de Devoto terminaron una semana antes de Navidad. Clara y su familia se iban a pasar las fiestas fuera de la ciudad y ellos no podían quedarse solos. Nicolás ya se había repuesto de su meningitis y Héctor estaba especialmente entusiasmado: finalmente se había comprado una casita en la zona del Tigre, algo con lo que había soñado toda la vida. El dinero provino de la división del departamento de casados de Beatriz y Miguel, con quien Héctor seguía enojado.

Hubo una última cena a modo de despedida. Clara e Inés se iban a reencontrar unos meses después, cuando Inés volviera

nuevamente en busca de refugio. Héctor también iba a recurrir a ella, uno días después del golpe del 76, para pedirle un favor.

—Necesito conseguir un cura para bautizar a mi segundo nietito, uno confiable, Clarita, entendés a lo que me refiero.

—Sí, no te preocupes que yo tengo uno que es compañero.

Le dijo ella. Ese cura era el Gallego Gazzari, el mismo de Is la Maciel, que ahora estaba como párroco en Nuestra Señora del Carmen, en Villa Urquiza.

28

La última vez que me vi a solas con Héctor fue a fines del 75. Me dijo que ya no iba a venir a casa, que estaba instalado definitivamente en otro lugar. Después me dijeron que se había comprado una casa en el Tigre. Yo le dije es tu decisión y vos sabrás lo que hacés, pero la responsabilidad de la vida de las chicas está en vos. Fue en una confitería en pleno centro, se llamaba La Marina, mirá qué paradójico, a las tres de la tarde, un día de mucho calor. Yo entré y dije no vino; pero estaba en un rincón como escondido. No fue una conversación a los gritos. Jamás. Ante mí no defendió ninguna postura. En ese momento no lo hice, pero me hubiera gustado preguntarle ¿cómo es que llegamos a esto?

29

Hacía calor, el año estaba por terminar y los compañeros de ámbito de la UES de General Sarmiento conversaban sentados en

una mesa del bar 25 de Mayo, en San Miguel. De pronto, Marina se levantó, saludó con un beso a cada uno y se fue. Detrás de ella se paró el Negro Chichín, el responsable del grupo.

—Ya vengo, voy a decirle algo a la compañera.

Al rato, él y Marina volvieron abrazados. Todos confirmaron las sospechas de un romance. Los cinco estaban pendientes de ella; más allá de su belleza, era la única mujer estable del grupo y se desvivían por mimarla.

El Negro Chichín se llamaba Jorge Gerardo Fernández y era hijo de un obrero ferroviario de San Martín, donde había participado de la creación de la UES local. Aunque poco agraciado físicamente, su formación política y su voz de locutor eran armas infalibles de seducción. Las compañeras, además, veían en él al modelo de hombre entregado a una causa, inteligente y aguerrido.

Con Marina no dio muchas vueltas. Se le sentó al lado una noche en la que ella tocaba la guitarra en la casa de una colaboradora, en Malaver, y le dijo algo al oído. Un par de canciones después, Marina abandonó la guitarra y conversaron hasta que se fueron juntos. A pesar de la seguridad en la conquista, al Negro Chichín en el fondo le costaba creer que esa chica bella y fina lo eligiera a él, un morocho petiso y de orejas grandes, con cabello lacio y duro. La inexperiencia de Marina, sumada a su timidez, tampoco ayudaba, y terminarían formando una pareja algo distante, extraña. Ella, sin embargo, estaba contenta. Era su primer novio y la deslumbraba su seriedad para manejar al grupo. Chichín era rígido para impartir órdenes; a veces exageraba y los citaba a reuniones a horas de la madrugada. A su lado, Marina sentía que empezaba a fortalecer su carácter.

30

Con su degradación y la separación del grupo, Bichi también abandonó todas sus ilusiones con Beatriz. Especialmente cuando la vio con Pucho en la entrada de la Sauce, contra un poste. Se estaban besando. Pucho era Marcos Lohlé, uno de los que había empezado su militancia en la Catedral de San Isidro. Durante los meses de legalidad había sido delegado del Consejo del Bajo de San Isidro por la JP y ahora lo habían destinado como responsable del grupo de la Uruguay.

Pucho sabía que Bichi estaba enamorado de Beatriz. También que Mantecol estaba fascinado con ella: lo había escuchado decírselo, mientras ella largaba una carcajada cariñosa. Él también había caído bajo su raro influjo, mezcla de sensualidad sutil y estoicismo militante. Le gustaba su piel, suave y luminosa, que tuviera manos y pies tan pequeños y, sobre todo, que en el barrio la adoraran. Cuando se quedaban a dormir en la Uruguay, Beatriz prefería hacerlo en lo de Pedro Ramallo y Marta, a quien llamaban Virulana. Vivían en una casilla de lona, quizá la más humilde de la Uruguay. Pedro bebía y podía ponerse violento con su mujer, pero si Beatriz estaba ahí, se volvía una seda. Así, ella protegía a Virulana y Pedro los protegía a ellos. Era el primero en irlos a buscar a la entrada del barrio o en acompañarlos hasta la salida, en tiempos en los que moverse por la zona era cada vez más peligroso.

A pesar de la compartimentación, Pucho sabía que Beatriz veía a su madre. Voy a ver a mamá, le decía ella, como una hija aplicada. También supo que para fin de año se había mudado con su padre a una casa del Delta, porque ella misma lo invitó a conocerla. Fueron con Mantecol en colectivo. Se suponía que debían ir tabicados, así

que trataron de no prestarle atención al recorrido del colectivo. Para Mantecol era difícil: conocía tan bien la zona que podía identificar hasta los pastizales del borde de la ruta. Por eso, cuando Beatriz los fue a buscar a la entrada de un camino de tierra, él sabía que estaban cerca de Benavidez, quizá Villa La Ñata. A Pucho le llamó la atención la altura de los eucaliptos. En la casa los esperaban Héctor y Marina. Él los saludó con un abrazo y les ofreció un café. La pequeña mesa de la cocina estaba llena de libros y papeles y el sol daba en una galería. De pronto, por primera vez en mucho tiempo, Pucho se sintió seguro. Estaban alejados, nadie conocía esa casa, nada les podía pasar ahí. De día salieron a caminar y de noche jugaron a las cartas. Como en los tiempos de Beccar, Héctor hacía trampa y se reía sin parar cuando lo descubrían. Durante la cena, le pidió a Mantecol que le contara de su vida.

—¿En serio fuiste delegado de la villa a los 19 años? Qué bien, pibe. ¿Vos manejabas 180 familias?

Mantecol estaba encantado con los elogios de Héctor, a quien llamaba Don Germán. Un escritor como él se interesaba por su historia. Mantecol, además, elaboraba junto con Pucho un periódico que se llamaba *El villero en lucha*. A falta de prensa oficial legal, desde la Conducción Nacional pedían que cada agrupación o frente generara su prensa. Para hacerlo, Mantecol se había robado una máquina de escribir de una de las concesionarias que habían incendiado el 25 de julio. Eso le había valido una sanción: si la operación no contemplaba llevarse objetos, nadie se podía llevar nada, rezaba el código montonero. Para principios de 1976, Pucho volvió a ir a la casa del Delta. Aquella vez Marina no estaba y Héctor parecía más callado. Beatriz también se había vuelto más introvertida y taciturna. Unas semanas antes habían secuestrado a

Roberto Quieto, el número tres de la organización, en una playa de San Isidro mientras pasaba la tarde con su familia, a pesar de que él mismo había redactado un documento en el que exhortaba a los militantes a no acercarse a sus parientes durante las fiestas por cuestiones de seguridad. A los milicianos se les ordenó hacer pintadas y ataques incendiarios para exigir su liberación. También repartir volantes. Fue lo que hizo Lito, que aún trabajaba para Héctor como tipeador. En lugar de darle los manuscritos para pasar a máquina, Héctor le entregó una pila de volantes para que repartiera en la puerta del diario *La Opinión*. Lito lo hizo muerto de miedo: la caída de Quieto, a quien admiraba, le había hecho tomar conciencia del peligro al que estaba expuesto. Luego vino la contraorden y hubo que pintar “Quieto traidor”, sin más explicación. La Conducción infirió que el jefe montonero, probablemente el cuadro mejor formado y con mayor capacidad de análisis político de todos ellos, había cantado. En los días subsiguientes cayeron casas operativas, una cárcel del pueblo y decenas de militantes. Héctor y todos los que hacían el *Evita* debieron levantar el departamento de Belgrano. Quieto había estado ahí, alguna vez, reunido con los miembros del Área Federal de Prensa. A partir de ese momento, además, todo montonero debía llevar la pastilla de cianuro consigo. Si estaba en duda la resistencia frente a la tortura, la orden era no entregarse vivo.

Internamente, algunos empezaban a preguntarse si estaban embarcados en una revolución o en un sacrificio con final incierto. De eso hablaron en la casa del Delta. En el último tiempo, Pucho solía escuchar que lo que estaba haciendo era una locura. Se lo decía Adolfo Pérez Esquivel, luego premio Nobel de la Paz, a quien conocía del barrio.

—Quizá sea un sacrificio, pero sea lo que sea, hay que seguir.

Dijo Héctor. A Pucho le sorprendió la convicción de Héctor. Hasta ese momento, creía que el padre de Beatriz era un adherente entusiasta que apoyaba a sus hijas. Ese día se dio cuenta de que aquel hombre estaba dispuesto a llegar hasta el final.

LA REPRESIÓN.
EL COMIENZO DE LAS CAÍDAS
1976

1

Cuando se sabía que venía el golpe, yo les dije que todo esto era una locura. Queridas, es como querer parar un tren con las manos. Ustedes no pueden hacer nada contra un Ejército que tiene la metodología de la destrucción y los medios para hacerlo. ¿Qué van a hacer? Tienen todas las de perder. Ellas me decían que era una exagerada. Y yo les terminaba diciendo: “Ojalá algún día me tengan que decir ¿viste, mami, cómo exagerabas?”. Pero si yo no me equivoco, ¿qué?

2

Héctor entró en el estudio de Radio Belgrano y el joven Martín García —periodista, fanático de las historietas y conductor de un programa llamado *Cinco para Buenos Aires*—, no podía creer que ese hombre estuviera una vez más ahí, sentándose junto a un micrófono. Sin conocerlo, le había propuesto hacer un programa en

el que, cada martes de febrero, recorrieran su obra como guionista. Héctor estaba encantado.

—Y como prometimos el martes pasado, volvemos a estar con Héctor Oesterheld hablando de sus personajes, pero antes de entrar en sus personajes vamos a charlar un poco de usted.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Le gusta el café con leche?

—Mucho, sobre todo a la mañana. Una taza bien grande con mucho pan, manteca y dulce de leche.

—¿Fuma?

—No fumo, nunca aprendí a fumar.

—¿Cómo somos los porteños?

—Y no podría decirlo porque son como yo.

—¿Cómo es usted?

—Como los porteños (*risas*). Es muy difícil definir así en tan pocas palabras. Basta con leerme.

—¿Le gusta tomar mate?

—También me gusta tomar mate.

—Qué le gusta más: ¿charlar en la cocina con amigos o en un café?

—Prácticamente los cafés, salvo en la época de estudiantes, nunca más los frecuenté. No porque no me gustara el café ni tuviera nada contra ellos, sino en realidad por falta de tiempo. Vivo un poco lejos, en las afueras, durante mucho tiempo he vivido en Beccar, después me he mudado y también vivido en centro, ando de un lado a otro.

—¿Qué lugares le gustan más de Buenos Aires?

—Esa sí que es una pregunta difícil porque cuando ando por el centro me gusta tanto que, cuando puedo evitarlo, no tomo colectivo ni subte sino que camino. Más de una vez si tengo que ir de Retiro a Constitución me atravieso todo el centro a pie, me gusta mucho caminar por el centro, pero a la vez también me gusta mucho la vida en las afueras, así que no se cuál me gusta más.

—¿Le gusta la pizza con fainá?

—Prefiero el faina solo, la pizza me gusta pero me parece que no es comer, el faina es más comida.

—Y seguimos con el señor Héctor Oesterheld hablando de sus personajes, de sus creaciones y curiosamente de un aspecto que hace un poco distinta a la historieta argentina de otras historietas del mundo que es la amistad…

”Hay un aspecto de la amistad que se encuentra en *Bull Rockett*, se encuentra en el *Sargento Kirk* y se va a encontrar en muchos otros personajes suyos, y es que de alguna manera todos forman una familia. Incluso en el *Sargento Kirk* está el Chatoga, el indiecito huérfano que es un poco el hijo de la familia, pero donde curiosamente, salvo en *El Eternauta*, no hay una familia de verdad. Si bien hay un sentido de la amistad que une, y todo un sentido de familia de esa amistad, es decir, de integración, de vida en común, de compartir la vida y un poco la filosofía de la vida; pareciera que hay un cierto desarraigo en todos los personajes. Como si pudiéramos ser amigos pero a la vez fuéramos profundamente individuos, desconectados o desenchufados de una realidad previa. Como si la realidad fuera elegida… yo me junto con tal amigo y con tal otro amigo, pero no hay una familia previa…

—Esto es algo nuevo que no lo había pensado, no se me había ocurrido reflexionarlo antes. Encuentro muy justa la observación que

suelen ser amistades entre desarraigados. Ahora empiezo a pensar… destacar la amistad de gente que no tiene ningún vínculo, que no tiene incluso ninguna razón para ser amigo y que la vida los junta y está esa solidaridad de un ser humano por otro y la amistad nace sola, sin necesidad de un parentesco, sin necesidad de ninguna relación anterior. Quizá es más válida esa amistad, la amistad que nace porque sí, la amistad que nace de una necesidad de cada uno de darse, que en el fondo es el único motor que deberíamos tener… darnos.

—Hablando de cosas nuestras, hubo una historieta que usted hizo con Carlos Roume, el gran dibujante de caballos además de otras cosas, que fue *Patria Vieja*, donde comenzó a verse la historia argentina desde abajo, la gente simple, la gente pueblo, cómo vivió la gesta emancipadora argentina, y muchas otras historias que surgieron desde el campo. Eso también fue una cosa nueva cuando se hizo.

—Sí, *Patria Vieja* yo diría que más que desde abajo fue la historia vista desde adentro, y por supuesto que de un modo u otro la historia la hacen los de abajo, es una historia vista desde abajo y desde adentro. En su momento fue un enfoque original dentro de la historieta porque empezó a verse una historia nuestra diferente de la conocida, no tanto porque fuera revisionista, sino porque eran historias humanas, de cualquier gente que podría ser la de hoy viviendo en 1810 o 1820, yo creo que ésa fue una de las razones del éxito desde el principio, que la gente se reconocía en esas historias, es decir, las creía como que las podía vivir. Por ejemplo, hay una historieta previa al combate de San Lorenzo con unos chicos que son chicos de la Argentina de siempre, eran chicos en 1812 y son los mismos chicos que hoy podrían estar en un baldío.

Yo creo que ése fue el mérito mayor de la historieta, hasta ese momento se veían los personajes de la historia nuestra siempre muy acartonados, muy duros, como si a San Martín nunca le hubiesen dolido las botas o nunca hubiera tomado un mate muy caliente. En *Patria Vieja* se trató pintar esa historia sentida, esa historia vivida. Desgraciadamente quedó muy a mitad de camino, no se pudo hacer nunca como yo lo hubiera querido desarrollar. Es una de mis viejas aspiraciones poder retomar esa manera de enfocar nuestra historia.

—*Patria Vieja* también significó la asunción por parte de la historieta de algo que no registraba la historia, que era la cantidad de héroes anónimos que quedaron y que también hicieron el advenimiento de una nueva patria.

—Justamente el enfoque de *Patria Vieja* era ése, contar la historia que no se contó nunca. Es como si hoy quisiéramos reflejar la Argentina actual y en lugar de contar lo que hacen los personajes que manejan la política, la economía, hiciéramos historias de gente sencilla. Seguro que para el historiador del futuro, esa historia que haríamos con la gente común será la historia válida.

3

A mediados de febrero, en los alrededores de la comunidad rural de Tapia, a unos 30 kilómetros al norte de San Miguel de Tucumán, un grupo de cuadros montoneros se reunió por tres días para analizar la experiencia fallida del Partido Auténtico, el golpe de Estado que se avecinaba y los pasos a seguir. Horacio Campiglia, el responsable de la regional Tucumán al que todos conocían como Ignacio, estaba al mando del campamento. Entre sus cuadros

directivos también se encontraban Raúl y Diana, que desde mediados de diciembre del año anterior se habían mudado a Tucumán, después de que el Ejército y la policía arrasaran con Salta.

Por la cantidad de caídas, la Regional Norte había sufrido reducciones significativas de sus Columnas y, ante la negativa de la Conducción Nacional de sacar a los militantes de la zona, el monte reaparecía como espacio de retaguardia. Al ambicioso proyecto de Osatinsky, de subir con cien militantes, le había seguido el Plan H, como llamaban a la idea de que un grupo más pequeño, de no más de veinte, se instalara en el monte y desde ahí bajara para hacer operaciones. Pero esta experiencia también quedó trunca antes de empezar: en octubre del 75, Ricardo Haidar, Campiglia y Carlos Tello, otro cuadro de jefatura de Tucumán al que llamaban Felipe, subieron a los campamentos del ERP para ver cómo trabajaban ellos y sumar experiencia. A las pocas semanas, el Ejército descubrió el campamento de la Comandancia del ERP, uno de los cuatro que tenían distribuidos en las sierras del Aconquija, en el límite con Catamarca. El crédito del desmantelamiento de la Columna del ERP se lo iba a llevar, una vez más, Acdel Vilas, que volvía a concentrar todos sus saberes de táctica y estrategia para exterminar a la guerrilla: en lugar de subir al monte a ciegas, como habían hecho los soldados comandados por Menéndez durante el 74, hizo inteligencia en las bases de apoyo ubicadas en ciudades, pueblos y colonias. Sus pelotones controlaban hasta la cantidad de mercadería que cada familia consumía para descartar la existencia de excedentes con los que pudieran abastecer a la Compañía. También solían pintar los techos de las viviendas como señal de haber sido censada. Pero la herramienta para obtener información

no sería otra que el secuestro y tortura de militantes y pobladores. Así fue como, a través de un campesino, llegaron hasta el sitio en el que se alojaba Roberto Santucho junto con otros cinco compañeros. Los seis lograron escapar en medio de un tiroteo y se refugiaron en el campamento más cercano. Conocían el monte y sabían que la espesura del lugar los iba a favorecer. De todos modos, esa misma noche decidieron reubicar los campamentos y bajar a un grupo de combatientes, junto con las mujeres y los montoneros que habían ido de visita.

—Ey, soy Felipe.

Tuvo que aclararle el oficial montonero a otro cuando se encontraron en la ciudad. En un mes en los cerros —la mitad alimentándose sólo a base de naranjas silvestres endulzadas con caña de azúcar— había bajado unos 30 kilos.

Ahora, al calor del agobiante verano tucumano y en los alrededores de Tapia, los cuadros montoneros intentaban darle forma a la idea de la retaguardia en los cerros. Para eso, un pequeño grupo debía subir para estudiar qué zona era más segura, cómo hacer un abastecimiento efectivo y en qué lugares armar embutes con armas y alimentos. Entre los quince asistentes que participaban del encuentro, cuatro eran mujeres. Y todas se burlaban del estilo cada vez más militarista de la organización.

—Pero mirá la boludez que nos hacen hacer.

Comentaba Diana al ver que debían cuadrarse antes de tomar la palabra o que tenían que anteponer el rango para dirigirse a un compañero. De todos modos, eran detalles menores en relación a lo que estaban expuestos. Cada tanto escuchaban los helicópteros que patrullaban la zona o veían pasar, hacia el este, camiones del Ejército repletos de tropas. Por seguridad, decidieron levantar el

campamento y volver en grupos de dos y tres a la ciudad. A los pocos días se enteraron de que cerca de donde habían estado, en la zona del dique El Cadillal, un grupo de compañeros que exploraban el lugar se había enfrentado con el Ejército. En el tiroteo había muerto Juan Carlos Alsogaray, el Hippie, hijo del teniente general Julio Alsogaray —jefe del Ejército durante el gobierno de Onganía— y sobrino de Álvaro Alsogaray. También cayó un pelotón del ERP que había empezado a recorrer la zona con la idea de armar un segundo frente rural.

Tras estas bajas, Raúl se encargó de rearmar la Secretaría Militar reclutando militantes desperdigados, hasta que lo relevó Carlos Lebrón, que llegó a la zona a reforzar el trabajo militar. La aparición de Lebrón —el ex teniente de navío que se había sublevado contra Lanusse desde la ESMA, en 1972—, era un signo de la importancia que la organización le daba a Tucumán. Era, además de un sitio mítico para todo combatiente, un escenario complejo: al ser el centro represivo del país, los obligaba a redefinir estrategias permanentemente. Y, a su vez, debían aprovechar el espacio para hacer operaciones impactantes. Una de ellas, aunque fallida, sería contra el general de brigada Antonio Bussi, quien en diciembre de 1975 reemplazó a Acdel Vilas al frente del Operativo Independencia. A días de asumir, dejó en claro que sería tan o más implacable que su antecesor: “Buscaremos a los delincuentes subversivos, y si alguno se queda y se entrega lo enviaremos a la justicia, y si no, lo mataremos”. Bussi tenía por costumbre usar los autos operativos de los militantes caídos como un gesto de poderío y ostentación, por lo que atentar contra él resultaba, en apariencia, bastante sencillo. Se colocó un explosivo en el limpiaparabrisas de un auto que luego se simuló abandonar en una pinza en la zona sur de la provincia. Bussi,

efectivamente, usó el vehículo un par de semanas. Tucumán, una ciudad de clima subtropical, experimentaba una extraña sequía y en ese lapso nunca llovió. El explosivo finalmente estalló, pero cuando enviaron el auto al lavadero.

Tras entregarle una estructura militar bastante armada a Lebrón, Raúl emprendió finalmente la subida al monte. Era el responsable de la unidad que se había armado en aquella reunión de febrero. Eran cuatro, estaban bien provisionados y tenían la misión de explorar la zona durante veinte días sin generar vínculos con los lugareños.

Raúl era el primero en despertarse y se encargaba de levantar al resto. Después de desayunar, escondían los palos y lonas que hacían de carpa entre la vegetación y salían a reconocer el terreno. Una de las reglas básicas de la guerrilla en el monte rezaba que a mayor movilidad, menor riesgo, por lo que cada tres o cuatro días se mudaban de lugar. Usaban un uniforme de fajina que los protegía de los insectos y que a las pocas semanas, ajado y sucio, parecía más bien la ropa de trabajo de un hachero. Eso a Raúl le gustaba: una de sus obsesiones era pasar por lugareño y le dedicaba horas a imitar la tonada y los modismos tucumanos.

—¡Y qué hay, culiao!

Solía decirle a Juan Martín, uno de sus compañeros, y lo hacía reír. Era tucumano y si bien en su adolescencia había practicado montañismo, tenía que esforzarse para sobrellevar los días en el monte. Sentía que su espalda no iba a resistir el peso de la mochila que cargaba durante horas. Raúl, en cambio, no parecía sufrir su naturaleza urbana. Su extremo voluntarismo era su arma de adaptación. Como Diana, era alegre y firme. Si había que explicar algo, lo hacía con total claridad. Si había que dar alguna orden, no le

temblaba el pulso. Estaba convencido de que iban a ganar. No podía ser de otro modo, menos ahora que su mujer esperaba un segundo hijo.

4

Tucumán, 25 de marzo de 1976

Querida mami y flía:

Como ven ya estoy lo suficientemente lejos como para escribir unas líneas. Estoy instalada en la hermosa casita del joven matrimonio. Espero que todos, aunque sea por turnos, tengan la oportunidad de disfrutar lo que yo disfruto. La casita es bastante amplia, dormitorio, living, comedor y cosina (sic)*. La tienen muy bien puesta y es bastante fresca. El jardín también es bastante grande y tiene mucha sombra. ¡Con higuera!, pero todavía no hay higos (cosa que no me importa porque no me gustan). Diana se va a poner hecha una pelota. Hay un patio muy lindo, mejor dicho una galería, donde comemos. En el medio de la mesa hay una maseta* (sic) *hecha por Chiche. Él se preocupa mucho por las plantas y ya plantó lechuga. Las cosas crecen muy bien.*

La vida en este hogar aparte de ser muy linda y apacible, es un plato. No es para menos. Chiche se va a trabajar y Diana se queda de ama de casa. El problema es que tiene que hacerle competencia a la Soledad, yo creo que le sale muy bien. El otro día le hizo un reportaje a su marido para preguntarle si le gustaba más la comida de ella o la de su mamá y él claro, contestó que eran dos cosas

distintas, que patatín, que patatán, que la de su mamá. Pero tiene en cuenta que la Sole tiene más experiencia, más variedades, mejores elementos y más plata. Teniendo en cuenta todo eso, él está muy contento con la comida de su mujer. Yo estoy de acuerdo. El otro capítulo es Moncholo. Es un bebé divino que se hace querer cada día más. En realidad cambió un poco de cuando estaba allá de lo que es acá. Allá, como es lógico, se encontraba un poco perdido con tanta gente. Por un lado le hace muy bien, así se acostumbra. Acá está más tranquilito y más travieso. Diana lo deja gatear por toda la casa y se queda jugando en el piso y poniéndose mugriento. Se mata de risa todo el día y juega con una papa. No molesta para nada, solo algunas noches (anda medio resfriado) y cuando ya no quiere dormir más pretende que la madre se despierte y se ponga a jugar, entonces grita "mamamamamamamá". Habla todo el día y cada vez que me mira se ríe, cosa que me está acomplejando porque yo no le hago morisquetas. En fin, es la pelotita más linda del mundo.

El viaje fue muy tranquilo. Yo me hice amiga de la chica de mi asiento que me contó toda su vida. Tucumán es lindísimo. No conozco mucho porque hacemos vida de hogar y hacer excursiones con Fernando es más complicado. Pero este fin de semana vamos a salir, esperemos que no llueva. Por lo que pude ver, me gusta mucho. La ciudad es grande y comercial. Hay bastantes estudiantes y no se ve mucha pobreza. En las afueras debe ser distinto.

Bien, sacando mi preocupación por todo lo que está pasando allá, estoy muy contenta. Llego el miércoles a las 12.30.

Un beso muy grande a los abuelos y al Vasco, Estela y Miguelito. Especialmente para éste, con su nuevo año cumplido. También para María, para Marina y para vos. Hasta pronto,

Beatriz

PD: Querida mami, Iña

Aprovecho la carta de mi huésped para mandarles un beso. Acá estamos, luego de los hermosos días con ustedes, otra vez en el dulce hogar. Está haciendo fresco y por suerte ya tengo los pantalones de Fernando. Beatriz es una gran compañía, si no me paso las tardes sola hasta que viene Chiche. Me da lástima pensar que pronto se va. Fernando está chocho con ella, la agarra de los pelos y la levanta de la cama. Y Bi lo pasea a upa y en el cochecito.

Bueno, flía, un beso a cada uno y a ustedes dos de Diana.

5

El número de marzo de *Evita Montonera*, que cada vez salía con más retraso, traía como nota central el juicio revolucionario a Quieto, en el que se lo condenaba a muerte en ausencia por “delación bajo tortura”, entre otros cargos. Pero poco antes de imprimirla, la Conducción tuvo que incluir un nuevo documento. En la madrugada del 24 de marzo, las Fuerzas Armadas tomaron el poder: el teniente general Jorge Rafael Videla, por el Ejército; el almirante Emilio Eduardo Massera, por la Marina, y el brigadier Orlando Ramón Agosti, por la Fuerza Aérea se constituyeron como gobierno de facto al derrocar a Estela Martínez de Perón.

“Es el golpe total. Su proyecto económico es la recesión, que asegure las superganancias de los monopolios. Su proyecto político es la dictadura de los monopolios. Su proyecto militar es el exterminio de toda resistencia popular”, decía el texto redactado a

contrarreloj en el *Evita*. El diagnóstico sonaba acertado. El nuevo ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, que al momento de su nombramiento era el presidente del directorio de Acindar Industria Argentina de Aceros —con el antecedente de que el año anterior, una violenta represión en la acería y en la ciudad de Villa Constitución había dejado como saldo más de veinte asesinados— y presidente del Consejo Empresario Argentino, sería el gestor de la internacionalización de la producción y el predominio del capital financiero por sobre el capital industrial. Muchas empresas locales se convertirían en grandes grupos monopólicos trasnacionales en detrimento de las pequeñas y medianas empresas y de la clase obrera. El Ejército, por su parte, ya había dividido al país en cinco zonas, con subzonas, áreas y sus respectivas dependencias y centros clandestinos. Su objetivo militar figuraba explícitamente en el documento redactado en octubre de 1975 bajo el título “Directiva del Comandante General del Ejército”: “Operar ofensivamente contra la subversión en el ámbito de su jurisdicción y fuera de ella en apoyo de las otras Fuerzas Armadas, para detectar y aniquilar las organizaciones subversivas”.

En ese mismo número del *Evita*, unas líneas más abajo de aquel pronóstico preciso y desolador, se abonaba la repetida teoría que circulaba entre los militantes de “cuanto peor, mejor”: con un gobierno militar en el poder, el enemigo sería mucho más fácil de identificar y el pueblo sabría a quién apoyar. “El auténtico peronismo va a dar un salto cualitativo. Este peronismo que ahora, además de saber por qué y contra quién lucha, sabe cómo luchar y con la conducción de Montoneros, se convertirá en el pilar del Movimiento de Liberación Nacional”, concluía.

En Norte, muchos festejaron convencidos de que ahora estaban más cerca de ganar la mentada guerra popular y prolongada, sin saber que esa misma madrugada los camiones del Ejército se habían apostado en la entrada de las fábricas con listados que, en la mayoría de los casos, los propios gerentes habían entregado. A partir de ese día, de astilleros Astarsa se iban a llevar a veinticuatro trabajadores; de la Ford, a treinta; de la metalúrgica Decarlo, a toda la comisión interna; de Cerámicas Lozadur, a doce; de Laboratorios Squibb —en donde a diferencia de las otras fábricas, uno de sus directivos les avisó a los miembros de la comisión interna y les facilitó dinero para que se fueran—, a seis; de Bendix, a ocho; de Grafa, a veintiuno.

En las villas directamente entraron a las patadas. Para ese entonces, Montoneros había ordenado levantarse del territorio. Quienes aún permanecían era porque vivían ahí, como muchos de los obreros de la zona, que quedaron sin respaldo ni recursos de la organización para irse. En los meses siguientes, la Columna Norte iba a pedir apoyo económico a la Conducción para resguardar a sus cuadros y, específicamente, a los militantes de Astarsa. El argumento de Norte era que si ahora estaban constituidos como un partido de cuadros, correspondía al aparato hacerse cargo de sus militantes orgánicos y de su Ejército. Para eso necesitaban diez millones de pesos. La respuesta de la Conducción fue negativa. “Éstos querían transformar al partido en un banco hipotecario”, iban a ironizar luego.

Ese 24 de marzo, Sarita estaba con su hermana en José Ingenieros y Rolón, en la esquina donde había funcionado la UB Cesaris, cuando vio pasar tanques y camiones llenos de soldados que frenaban a la altura de La Cava, en donde vivía. Desde ese

momento, los uniformes, las pinzas y los retenes serían parte de su geografía diaria. De noche, escuchaban puertas que se abrían a golpes, gritos, tiros, persecuciones por los techos, por los pasillos, y a su padre que les decía, tranquilas hijitas, ustedes no salgan por nada del mundo. Todos los días se enteraban de algún secuestro. El primero fue el de Froilán Barrios —Lalo—, un chico que había ido a la escuela con Sara y que trabajaba en una fábrica de Beccar. La patota volvió a su casa a la hora de habérselo llevado y bajo amenazas le pidieron a su hermanita, de 9 años, que les dijeran dónde estaban las armas. Ella señaló el techo y Sarita vio cómo se llevaban un pequeño arsenal.

El padre de Sara empezó a llevarlas los fines de semana al Tigre, en donde trabajaba. Quería sacarlas de ese infierno, lo que finalmente hizo en 1979, cuando se fueron de La Cava y le dejaron la casa a la madre de Froilán, el compañero de Sara secuestrado.

Bichi se guardó por su cuenta. Durante meses, una patota de la ESMA estuvo detrás de él. Algunos de sus antiguos compañeros habían caído en ese campo de concentración de la Marina y eran llevados a marcar al barrio. Más de una vez Bichi se iba a escapar de una caída segura: tenía una moto con la que sabía huir hábilmente por los pasillos de la villa. Y la patota no se animaba a entrar sola allí, sólo lo hacía con apoyo de las policía o el Ejército. Pirata, de La Cava, primero se escondió en el techo de una casa de la villa y después en un galpón abandonado en la Sauce. Por las noches pensaba que si no moría asesinado por los militares, iba a morir de frío. A Tino, compañero de Pirata, lo ataron a un árbol y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Sólo se salvó porque el grupo de tareas, que había salido de Campo de Mayo, lo creyó muerto. Al Gordo Mingo, cuñado de Camote, le pasaron un cinto por el cuello y

mientras lo ahorcaban, le pedían que les dijera cuál era su nombre de guerra. Mingo no entendía: a él siempre le habían dicho Mingo.

La represión, que empezó por las fábricas de Norte el primer día del golpe y siguió por las villas, en sólo pocos meses iba a desarmar a la columna montonera de mayor penetración en esos espacios. Y si hasta julio todavía pensaban que podían combatir porque las estructuras y los cuadros aún estaban en pie, para fin de año, gran parte de sus militantes iban a estar desaparecidos, muertos o exiliados.

Tampoco Beatriz imaginó lo que se venía cuando despachó la carta. Después de mucho tiempo, se sentía bien. La tristeza por la separación de Miguel había empezado a menguar y empezaba a reponerse de un aborto. A las relaciones fugaces y frustradas, primero con Bichi y después con Pucho, les habían seguido otras, igual de inestables, igual de ajenas para ella. En ese entonces los hijos se tenían en pareja, con un compañero, siempre y cuando no interfirieran con las exigencias del combate. Pero Beatriz no había tomado la decisión por orden de la orga, como pasaría en otras ocasiones, sino en soledad. Ahora estaba viviendo en la casa del Tigre con su padre y había conocido a alguien en La Cava. Era rubio, flaco, apuesto y bastante reservado. En el barrio le decían “Juan Sin Tierra” porque nunca se sabía bien de dónde venía ni con quién andaba.

Su nombre era Carlos “Cacho” Della Nave, había crecido en una familia peronista de Lanús y en 1967 se había ido de mochilero al norte con la intención de unirse a la guerrilla del Che en Bolivia. En 1970 lo detuvieron durante un operativo en Luján, junto con un compañero, Alejandro Baldú. En un principio no legalizaron su captura y los torturaron en Coordinación Federal. Baldú iba a morir

en una de las sesiones de picana y a Della Nave lo mantuvieron drogado y reducido a sirviente. Tenía que barrer, servir café y baldear pasillos. Luego contó que a los pocos días, su cuerpo se había acostumbrado a la droga y que sólo necesitaba simular que seguía dopado para que lo dejaran moverse libremente por el lugar. Una semana después de su captura, miembros de su grupo identificados con las siglas FAL —sería la primera acción firmada de las Fuerzas Armadas de Liberación— secuestró al cónsul paraguayo Waldemar Sánchez en la ciudad correntina de Ituzaingó. Era un funcionario de baja categoría pero sus captores lograron que se cumpliera parte de su exigencia: que mostraran a la prensa a sus compañeros detenidos. Della Nave apareció con severas marcas de tortura. Baldú ya estaba muerto. El cónsul fue liberado y Della Nave, legalizado y trasladado a Devoto.

Cuando Beatriz lo conoció a fines de 1975, Montoneros lo había mandado a Norte a guardarse: había estado preso en otras dos oportunidades y ya estaba demasiado identificado para seguir militando en su estructura. Se instaló en La Cava, completamente clandestino, y se incorporó al núcleo duro de la disidencia de Norte. Pero los de mayor rango se resistían a que ascendiera. A pesar de que venía con algunas credenciales de combatiente, en Norte nunca terminaron de aceptarlo. Era una suerte de desclasado y estaba solo. Y estar solo lo hacía todo más difícil. Beatriz lo conoció en La Cava. Ella también estaba sola. Al poco tiempo, se fueron a vivir juntos al Tigre.

Beatriz al principio no decía que era su novio, pero le gustaba mucho ese muchacho. Rubio y lindo chico. Me lo trajo un día a casa. Me dijo mirá mami, éste es Fulanito. Ella me contaba poco y nada igual, pero las veces que nos veíamos me hablaba de él contenta. No sabés lo que hace, mami, unos muebles que te vas a volver loca, le voy a pedir que te haga uno. Después ese chico me buscó, fue el que me dijo lo de Beatriz, pero esa es otra historia.

7

El 11 de marzo se hicieron varias acciones de propaganda en conmemoración de la elección de Cámpora que, en rigor, buscaban denunciar las políticas represivas del gobierno de Isabel. Victoria estaba haciendo la contención de su grupo cuando escuchó disparos y lo vio a Rolo, uno de sus compañeros, caer sobre el asfalto. Casi por instinto, corrió hacia donde estaba. Lo escuchó decir Viva Montoneros, carajo. Después ella se agarró la panza: el policía que había matado a su compañero, también la había herido a ella. El estómago se le empezó a hinchar y, a partir de ese momento, todo se convirtió en una película borrosa de la que ella iba a entrar y salir de modo intermitente. Primero en el asiento de atrás de un Citroen manejado por una mujer, médica, en la búsqueda desesperada de una posta sanitaria. Después sobre la mesa de madera de un comedor, con un médico que le dice que van a hacer todo lo posible por salvarlos, a ella y a su bebé. Es un cirujano del ERP y ése es un quirófano clandestino montado en una casa.

Cuando Pablo llegó al lugar, ya la habían operado y la mantenían sedada. Le dijeron que estaba fantástica y que el embarazo seguía su curso, y a él le costó imaginar cómo habría estado, entonces, unas horas antes. La postal era desoladora: del cuerpo de su mujer salían cables y sondas. La bala, que entró por la espalda, había rebotado dentro del estómago y del intestino y le había hecho doce perforaciones. Cuando Victoria se despertó, apenas podía moverse. Parezco de Treblinka, decía ella y se reía al ver su cuerpo consumido. A los dos meses ya estaba recuperada. Para la organización se había convertido en una heroína, una sobreviviente del combate. A ella, sin embargo, la experiencia la había llevado hacia la dirección contraria. No bien se incorporó, pidió el desencuadre. Si Montoneros estaba dispuesto a sacrificar a sus militantes en volanteadas por una locura militarista, ella no iba a estar al frente de eso ni a llevar a sus compañeros hacia ese final.

Victoria no se fue de Montoneros pero dejó de ser oficial de Lanús. A partir de ese momento se concentraría en tareas del Área Federal de Prensa.

8

El 23 de marzo de 1976 en los kioscos de Buenos Aires apareció un nuevo semanario. Se llamaba *Información*, sus responsables eran Jarito Walker, Paco Urondo y Luis Guagnini, y pretendía ser un medio legal y frentista, más amplio que su antecesor, *El Auténtico*, que había salido unos pocos meses en apoyo al partido. Para concretarlo un grupo de periodistas, algunos de ellos ex diario *Noticias* y *El Descamisado*, se reunieron de manera intermitente

durante varios meses en una oficina sobre la calle Chile, a una cuadra del desaparecido local central de la JP. Guagnini la bautizó “el astillero” por el cuento de Juan Carlos Onetti: el lugar tenía un aire gris, burocrático, y allí todos tenían la sensación de trabajar para una revista que nunca iba a salir. Entre sus secciones, también se contemplaba una de historieta y Héctor era el encargado de convocar a los dibujantes. Le había propuesto a Breccia reeditar a *Mort Cinder*. Para diferenciarlo del jefe de Política, Germán Rodríguez, a quien llamaban “el Germán Joven”, en aquellas reuniones a Héctor le decían “el Germán Viejo”.

Información salió, inoportunamente, un día antes del golpe. Con el título “Todo está naufragado” en letras gigantes, una foto mostraba en primer plano a Jorge Rafael Videla, y un adelanto de la nota principal: “En tres palabras Ricardo Balbín definió, ante el país, el estado de la crisis: ‘Todo está naufragado’, dijo”.

Así fue el debut y despedida de *Información*, que permaneció colgada en los kioscos hasta mediados de ese año. Cada vez que el Germán joven veía una, la compraba: su nombre estaba ahí, junto con los del resto del staff. Bonasso y Walsh eran de los que se habían opuesto a su publicación. No eran tiempos para salir con un medio legal, decían, sino todo lo contrario. En la cabeza de Walsh ya estaba la idea de armar ANCLA, la agencia clandestina de noticias con nombre equívoco adrede, que iba a lanzar su primer cable el 20 de agosto de 1976.

A las pocas semanas del golpe, los Germán, el joven y el viejo, se volvieron a ver en la casa del Delta. Jarito le había pedido a Héctor que se la prestara para hacer un entrenamiento con el grupo que tenía a cargo. Ahora también ellos, que eran básicamente cuadros

políticos, debían estar preparados para incorporarse a las demás estructuras como milicianos.

Fueron tabicados, por tierra. Cuando llegaron al punto de encuentro con Héctor, unas cuadras antes de la casa, dedujeron que estaba cerca del Delta. La vegetación era abundante y se podía sentir el sonido del agua. Entraron por una puerta de hierro y vidrio repartido que daba a una cocina con paredes un poco despintadas. Ahí, sentados a la mesa, pasaron un buen rato armando y desarmado una 9 milímetros. Jarito era el instructor y Héctor se había sumado como espectador atento, hasta que en un momento pidió practicar él también. Después hicieron asado en una parrilla en medio de ese jardín agreste rodeado de eucaliptus, hablaron de la coyuntura y se rieron de un operativo de propaganda fallido en el que no habían logrado forzar a un chofer para que abandonara su camión.

—El tipo estaba pegado al volante y nos decía: “De acá a mí me sacan muerto”. ¿Qué íbamos a hacer? ¿A matarlo para poder colgar un cartel de Montoneros?

Contaba Jarito, quien después de esa acción fue sancionado por su superior, Vicky Walsh, por no haber sido más violento con el chofer. Jarito tenía 35 años; Vicky, diez menos. Terminaron jugando al truco hasta la madrugada.

9

A Héctor le gustaba esa serenidad que le daba el Delta, con su geografía única de vegetación salvaje y cursos de agua lodosa que también otros escritores, militantes como él, habían elegido como su

lugar en el mundo: Rodolfo Walsh, Haroldo Conti. Tanto como le gustaba cuando, alguna que otra vez, a la casa llegaban compañeros que traían sus hijas. Nunca sabían las coordenadas pero no tardaban en darse cuenta de que el colectivo que se habían tomado en Tigre los había llevado hacia el Norte. Quizá ese sonido de agua que escuchaban a lo lejos fuera el Paraná de las Palmas, o el Río Luján, tal vez algún arroyo por Villa La Ñata. Fue Marina quien invitó a unos veinte compañeros a comer un asado a principios del 76. Llegaron guiados por ella, caminando y a los gritos como un grupo adolescente de excursión, despreocupados para su evidente aspecto de militantes. Los esperaban Héctor y Beatriz, que estaban especialmente ansiosos porque conocerían al Negro Chichín, el novio de Marina. No bien llegaron, los chicos se apoderaron del parque: un grupo armó un partido de fútbol, otro una rueda con guitarra y unos pocos se quedaron cerca de la parrilla. Tenían miedo de que quien se había encargado del asado quemara la carne de tan borracho que estaba. El vino y el sol habían sido una combinación letal. En eso estaban cuando La Polaca —Eva Piwowarski— entró en la casa en busca de un baño y descubrió una habitación llena de revistas de historietas. Héctor estaba ahí, en silencio, simulando alguna tarea mientras ella miraba todo con fascinación. Se habían conocido unos meses antes, cuando Marina reunió a unos siete compañeros de la UES a los que les gustaba escribir en una casa que le habían prestado en un barrio obrero de zona norte. Ninguno sabía qué hacía allí hasta que Héctor tomó la palabra.

—Ustedes están acá porque entiendo que les gusta la escritura y quisiera ver si podemos hacer un grupo para que empiecen a escribir. Mi nombre es Héctor Oesterheld…

A medida que Héctor hacía su presentación, su audiencia abría más los ojos. El taller de escritura no prosperó: era demasiado riesgo. Pero la Polaca y Héctor siguieron encontrándose por su cuenta. Ella era de San Martín y fue la única que continuó escribiendo. Se veían en bares, en donde ella le pasaba los textos y él le hacía una devolución.

—Esto está muy lindo, está muy bien, pero sólo alcanza para una página de historieta. Hay que desarrollarlo más.

En general los encuentros terminaban en una pizzería de San Miguel o de Munro, a donde se sumaba Marina. En ese vínculo, el tabicamiento no era tan estricto. La Polaca sabía que eran padre e hija, que Marina tenía una hermana que vivía en Tucumán, que tenía dos sobrinos, que no dormía en su casa de Beccar y que desde principio de año estaba dando vueltas por pensiones y casas de compañeros.

En ese deambular, la mayoría de las veces Marina estaba con Marito, que desde febrero también había abandonado la casa de sus padres. El 24 de marzo no los sorprendió: los encontró caminando juntos por Los Polvorines, yendo a lo de unos compañeros para ver si podían alojarlos esa noche. Durante el día, Marina se movía con su grupo de General Sarmiento. Ya no estaba Chichín, que desde principios de marzo hacía la colimba en Zapala, provincia de Neuquén, y la estructura de la UES no lograba reafirmarse. La última actividad significativa había sido a principios de año, detrás de la estación de trenes de Muñiz, en donde el Ejército descargaba rollos de alfalfa con los que alimentaba a los caballos de Campo de Mayo. Como solían dejarlos a la intemperie antes de entrarlos en las caballerizas, planearon incendiarlos. Era algo sencillo pero de fuerte valor simbólico. Se metían con Campo

de Mayo y estaban excitados. En pocos días chequearon la vigilancia y los puntos de escape. La tarde anterior dejaron un bidón con nafta y una mecha resguardados en un sitio cercano, por donde pasaron a retirarlos a la una de la madrugada. Rociaron la alfalfa con el combustible, extendieron la mecha y la encendieron. Al otro día, la zona desbordaba de custodia.

10

En abril Montoneros anunció que dejaba de ser una organización político-militar para pasar a ser un partido revolucionario de cuadros. Sería el Partido Montonero, con un congreso nacional y un consejo, lo que dejaba a las columnas y a las regionales con escasa autonomía. Este cambio abrevaba en la teoría de la Conducción —integrada entonces por Mario Firmenich, Roberto Perdía, Carlos Hobert y Raúl Yager— de que el peronismo estaba agotado históricamente y que ellos serían el partido de vanguardia que, a través del Movimiento Montonero, iba a encarnar una nueva identidad política —el montonerismo— y a conducir a la masa obrera. El documento publicado en el *Evita Montonera* concluía con la sentencia temeraria “El peronismo ha quedado agotado y el pueblo, huérfano”, que Walsh iba a desmentir en uno de sus documentos posteriores al señalar que en tiempos de crisis, el pueblo se refugia en lo conocido. Y lo conocido siempre sería el peronismo.

Ya se había hecho la división entre Ejército montonero —con pelotones de combate y grados militares—, y Milicias montoneras, dependientes de la estructura política, organizadas en secretarías e

integradas por milicianos que debían actuar como fuerzas paramilitares de hostigamiento, apoyo logístico a los pelotones y propaganda. Su lema: “No irse a dormir sin haber realizado la acción del día contra el enemigo”.

Esto significaba que la respuesta de la Conducción Nacional al nuevo escenario que planteaba el golpe de Estado era la de un enfrentamiento abierto de un ejército contra otro basado en la premisa teórica de una guerra y de desgaste en la que el tiempo jugaría a favor de las fuerzas revolucionarias. Con esta idea de aparato contra aparato, durante los primeros meses de dictadura Montoneros montó una campaña para eliminar a todo aquel que vistiera uniforme policial. Sostenía que en esta etapa, las luchas de masas pasarían a un segundo plano, al igual que los instrumentos políticos.

El Vasco, ahora como oficial de Gerli, se movía siempre con su pelotón. Eran cuatro: él, Hugo Rodríguez —de sólo 18 años, al que apodaban el Indio—, Néstor Leyes y Alberto Seindlis, que se hacía llamar Omar. La Columna Sur estaba dividida en dos subzonas, Sur I y Sur II, y ellos debían operar en la primera, que abarcaba Avellaneda, Gerli, Lanús y Lomas de Zamora. Muchas veces, antes de alguna acción, hacían tiempo en la casa de Miguel Medina, en Villa Argentina. Se quedaban jugando a la lotería hasta la madrugada con su madre. Siempre ganaba el Indio, que se quejaba de su sobrenombre: con sus rasgos tehuelches, decía, más que un apodo de guerra llevaba un cartel de neón sobre su cabeza.

—¿Quiere ganar, doña? ¡Juegue conmigo!

La arengaba a la madre de Miguel, que los protegía como si fueran sus propios hijos, especialmente al Vasco, a quien adoraba.

Miguel, en cambio, se iba poniendo cada vez más nervioso.

—Aguante, chamigo, que ya nos vamos.

Lo calmaba el Vasco.

—Pero son las tres de la mañana, si entra la cana acá, muere un montón de gente.

Y entonces el Vasco lo abrazaba, le decía que iban a ser cuidadosos, y le pedía que los acompañara hasta la salida. Miguel cruzaba con ellos la villa, después la vía y un puentecito, y los veía desaparecer en la noche cerrada.

Un año antes, cuando Miguel se quejaba de que no lo convocaban para operativos armados, a pesar de que estaba incorporado a la orga y aportaba parte de sus ingresos como pintor, el Vasco le decía que los que tenían que arriesgar la vida eran los que más tenían, a los que nunca les había faltado nada.

—Ustedes vivieron explotados toda su vida, mirá cómo viven, mirá dónde viven, mirá si van a dar la vida, ustedes la dan todos los días.

Ahora su discurso había cambiado radicalmente. Necesitaban soldados y la idea era armar un pelotón en la propia villa. Miguel se resistía.

—No es de cagón, Vasco, mi vida es lo de menos, lo que me importa es el trabajo en la villa, si me voy de acá, ¿quién sigue? ¿no lo podés entender?

Miguel sabía que el Vasco usaba esa mezcla de prepotencia y carisma para lograr lo que quería. Y que no lo iba a dejar tranquilo. La prueba había sido aquella vez que fue al club —en el que los de la villa le habían ganado las elecciones a los del “asfalto”— con cuatro compañeros, Rudy entre ellos, y un bolso pesadísimo. Le pidió a Miguel que le cediera el patio para hacer orden cerrado y Miguel le respondió que estaba en pedo. El Vasco se fue enojado pero a la semana siguiente volvió con el mismo grupo y con los

mismos bolsos. Estaban vestidos como jugadores de fútbol. Cuando don Enrique, el presidente del club, les preguntó si eran buenos jugando, Rudy empezó a correr de un lado a otro, presa de su histrionismo.

—Don Enrique, usted les da una pelota a éstos y se la pinchan de un tiro.

—Sí, sí, Miguelito, les vi la cara. Dejemos que entrenen tranquilos.

Para principios de 1976, lo del club se había transformado en una anécdota simpática, pero el Vasco iba a hacer un último intento con Miguel. Entró en su casa y le dijo:

—Miguel, vamos a dar una vuelta.

—Vasco, eso dice la cana cuando te va a matar, no me digas así.

—No, perdón, quiero charlar con vos.

Y entonces volvieron a tener la misma conversación. El Vasco diciendo que había que salir a combatir y Miguel insistiendo en que si lo sacaban a él de su lugar, ni siquiera ellos iban a tener retaguardia.

—Vasco, ustedes tienen que abandonar la teoría de que la gente va a salir en armas porque no va a pasar, yo no veo que acá en el barrio nadie ande con esa idea.

—Bueno, Monseñor, entonces me entrego.

Le dijo el Vasco, se levantó la camisa, se sacó los dos 45 de la cintura y se los puso en la mano a Miguel. Era común que el Vasco le hiciera chistes con la idea de que, como había querido entrar en el seminario, a veces hablaba como un cura.

—Vasco, yo te quiero mucho y sos un ejemplo para muchos acá, pero para mí dejaste de serlo.

Le dijo y se fue. Aunque se iban a seguir cruzando y el Vasco se iba a desvivir en disculpas, la relación entre los dos no volvió a ser

la misma. Muchos años después, Miguel les dedicaría un libro de recuerdos a sus compañeros de Villa Argentina que incluía un poema que llevaba por título “El Vasco”.

11

No bien vio la casa que le había asignado la organización, Pascualito se dijo que no le gustaba nada: parecía una ratonera. Era un chalet con techo a dos aguas tipo duplex idéntico a otros tres, a pocas cuadras de la avenida Maipú, en Vicente López. No tenía salida ni por el fondo ni por el techo, tampoco terraza. Si bien no iba a funcionar como casa operativa, Pascualito —que hasta ese momento había vivido en La Plata con el Chacho, Alberto Molinas, jefe montonero que iba a morir junto con Vicky Walsh— era un obsesivo de las medidas de seguridad. De todos modos, no tenía demasiada opción. Su mujer, María Inés, estaba embarazada de pocos meses, recién llegaban a Norte, y en mayo de 1976 casi ningún lugar era seguro. A pesar de que sabía que iban a compartir el chalet con un compañero, no pensó que su anfitrión sería más viejo que su propio padre. Pascualito, que se presentó como Julio según decía su documento falso, no tenía idea quién era Héctor. Con sus 19 años, nunca había leído ninguna historieta ni le interesaba. Cuando el primer día vio que en la mesa del comedor había un montón de hojas oficio manuscritas, pensó que ese hombre era alguien de logística que estaría armando planos.

Con el golpe y la consecuente reorganización de los militantes del área de prensa, a Héctor lo asignaron a la estructura de enlaces. Se había establecido un sistema de citas prefijadas para hacer circular

la información y la tarea de los enlaces era hacer de correo entre estructuras. Su aspecto de abuelo inofensivo lo hacía ideal para esa función. Les dejó la casa del Delta a su hija Beatriz y a Juan sin Tierra, y alquiló ese chalet de Vicente López. Cuando llegó Pascualito, enseguida empezaron a funcionar como una familia. Héctor era muy paternal con María Inés —le insistía con que se cuidara cuando fuera a tomar el tren, que esos primeros tres meses de embarazo eran muy delicados— y muy compinche con él, que a pesar de la compartimentación, cada tanto le daba algunas pistas de su vida. Pascual, que luego sería mano derecha de Firmenich en el exterior, no sólo tenía cierto aspecto de policía que él mismo procuraba recrear meticulosamente —su pelo a la gomina bien peinado para atrás, su ropa impecable, su bigotito, sus movimientos marciales, su conocimiento y manejo de armas, además de su medallita de la Virgen siempre en el pecho— sino también fama de combatiente precoz. Hijo de un reconocido juez de La Plata, había empezado a militar en el Partido Justicialista de esa ciudad a los 12 años. A los 16 era interventor de actas y a los 17, responsable de la UES, alineado con la rama más ortodoxa de Montoneros. Antes del golpe, lo detuvieron durante una pinza en Ensenada y lo torturaron. Su caso iba a salir con algunas variantes en *Evita Montonera*, como un ejemplo de militante que había resistido. A Héctor le interesaba especialmente esta historia: quería entender cómo era el comportamiento de alguien en esa situación extrema. Incluso, un tiempo después, llegó a bocetar un guión con algunas situaciones de secuestro y tortura que quedarían entre sus borradores.

—Viejo, no te creas que fue de guapo que aguanté. Yo no sé qué hubiera pasado cinco minutos después.

Le decía Pascualito, y Héctor insistía:

—Julito, se me ocurre que podría escribir algo que te tenga de protagonista, ¿no?

—No, estás loco, eso es violar todas las normas de seguridad.

—Pero ya lo hice para el *Evita* con un obrero, ahora podría hacer otra con vos, que serías de otra clase social.

Después de ese comentario, entre halagador y temerario, Pascualito se cuidó de contarle otra de las historias que cargaba: había sobrevivido a la Triple A gracias a una bala que quedó atascada. Aquel día de 1975 salía de la casa de sus padres, donde había ido a buscar un Bagual 22 —un pequeño revólver— para cubrir una cita, cuando dos Falcon lo empezaron a seguir. Caminó en dirección contraria pero al dar la vuelta, otro hombre lo estaba esperando. Pascualito vio el caño de la 45 que lo apuntaba y escuchó el click. Pero la bala no salió, lo que le dio tiempo de escapar en zig zag mientras su perseguidor lo tiroteaba. Devolvió algunos tiros hasta que finalmente se metió en una casa que tenía la puerta abierta. La familia que vivía allí lo escondió. Todavía tenía en la mano el diario con el que debía ir a la cita. Cuando lo desplegó, vio tres agujeros de bala. A partir de ese momento le atribuyó a la Virgen de Luján su fortuna, y lo haría todas las demás veces que lograra salvar su vida.

En la casa de Vicente López, las historias y conversaciones circulaban de noche, después de que alguno de los tres hubiera cocina do. A Héctor le gustaba preparar salsas bien condimentadas y más de una vez Pascualito lo veía entrar en la cocina con una bolsa en la mano. Al principio pensaba que era material de la orga pero después se dio cuenta de que no: a veces era un queso, otras un salame o un paté.

—Fui al centro y traje una cosita rica, a los gustos hay que dárselos en vida.

12

“Tu mamá está muy enferma, viajá inmediatamente”, escribió Marina en un telegrama y lo despachó hacia la guarnición militar de Zapala. Iba dirigido a Chichín. Era un modo supuestamente críptico, pero demasiado trillado en ese entonces, de alertarlo de que había pasado algo en su casa. La habían allanado. El telegrama nunca llegó a manos de Chichín —lo retuvieron en el mismo destacamento — pero el conscripto que repartía el correo llegó a avisarle lo que decía.

Chichín armó su bolso y se escapó. Caminó decenas de kilómetros hasta que se animó a hacerles dedo a los camioneros. Lo primero que hizo cuando llegó a Buenos Aires fue concertar una cita con Marina. Ella sabía que el encuentro no iba a ser amoroso sino todo lo contrario: estaba al tanto de que habían interceptado el telegrama y de que si él estaba vivo, era gracias al chico del correo. Eso significaba que había hecho las cosas mal.

—¿Cómo vas a mandar un telegrama? ¡Estás loca!

Repetía Chichín, furioso, mientras caminaban. Marina trataba de explicarle que había sido una decisión de todos los compañeros y que ella sólo lo había enviado. Estaba demasiado nerviosa y eso no ayudaba. Él no entraba en razones.

—Eso no hace una buena militante, parece que no hubieras aprendido nada en este tiempo.

La discusión se extendió y Marito, que había acompañado a Marina por pedido de ella, no terminaba de entender bien qué pasaba.

Esa tarde terminaron con su relación. Chichín, como desertor del Ejército Argentino, tuvo que pasar a la clandestinidad y se fue de General Sarmiento. Marina se volvió más taciturna. Era su primera separación, su primera pérdida amorosa. Pero, sobre todo, se volvió más dura. Como si de esa ruptura hubiera quedado una deuda que se propuso saldar.

13

Pascualito entró en la casa y lo vio a Héctor con un destornillador en la mano. Sobre la mesa del comedor había una radio gigante.

—¿Qué estás haciendo con eso?

—Me voy a ver a mi nieto al norte y tengo que llevar algunas cositas.

—¡Viejo!

Héctor lo miró como despabilándose y enseguida se dio cuenta de que había hablado de más.

—Y bueno, ahora lo sabés, tengo una hija y vive lejos.

—¿Pero vas a llevar ese armatoste?

—Julito, vos todavía no te acostumbrás a la idea de que a un viejo como yo nunca lo paran. ¿Sabés las veces que en las pinzas en el tren o en el colectivo me dijeron: “Señor, circule”?

—Igual, ¡eso es circense!

—Dejate de joder, está perfecta.

Se trataba de una radio vieja, a válvula, que Héctor había vaciado para poder cargar con armas y documentos. Para que funcionara, en su interior le había conectado una Spyka. Pero al prenderla, el sonido no era el de una vieja radio a válvula, sino el de una radio mucho más pequeña. Además, pesaba una tonelada.

Al día siguiente, Héctor salió exultante. Hacía frío y se había puesto un saco de lana y, arriba, un sacón azul marino, cruzado. También llevaba anteojos. A Pascualito le hacía gracia su aspecto, tan alejado del prototipo de montonero.

—Entonces volvés en cinco días, no me tengo que preocupar, ¿no?

—Claro que no, Julito, voy a una cita espectacular.

A la semana, ya con Héctor de regreso, Pascualito estuvo, nuevamente, a punto de caer. Pero volvió a zafar. Estaba en Recoleta por tocar el portero eléctrico —siempre lo hacía por seguridad— en un departamento sobre la calle Pacheco de Melo que le había dejado a una compañera, cuando el encargado se le acercó.

—Debe haber una confusión, porque arriba lo están esperando por unos temas de *guerrilia*.

Le dijo. Era correntino y creía que Pascualito, con su traje impecable, su pelo engominado y el maletín en la mano izquierda con el dedo extendido para evitar que se abriera, era un policía de civil o algo por el estilo. En el hall, dos personas hacían que arreglaban una luz. Una estaba subida a una escalera; la otra, atenta a la conversación que el encargado tenía del otro lado del vidrio.

—Voy a ir a la comisaría a aclarar todo este asunto, no puede ser que…

Pascualito no terminó la frase porque vio que los dos hombres venían hacia la puerta. En el reflejo logró distinguir la trompa de un Falcon que salía de un garage en frente. Empezó a correr en contramano hasta que vio a un repartidor de empanadas estacionado con la ventanilla baja. El hombre le cedió el auto sin resistencia. Se subió, con una mano puso primera y con la otra, la pastilla en la boca. A las pocas cuadras, cuando comprobó que ya no lo seguían, empezó a escupir desesperadamente. Llegó a la casa de una colaboradora en Belgrano, con la certeza de que se estaba muriendo. A pesar de que no había mordido la pastilla, tenía los labios hinchados y un gusto amargo en la boca. Ella le hizo un lavaje casero y lo obligó a vomitar varias veces. Después lo acostó en la cama pero él se negó a quedarse.

—Me tengo que ir. Si no, me voy a morir acá y en casa no van a saber nada y van a tener que levantar todo.

Cuando llegó a Vicente López, Héctor estaba ahí. Escuchó lo que había pasado. Después Pascualito le dio indicaciones para el hijo que estaban esperando y que, creía, ya no iba a conocer.

—¿Y hace cuánto pasó todo esto?

—Hace cuatro horas.

—Olvidate, Julito, vos no te morís más.

Le dijo Héctor, que se había dejado un gran bigote que le caía lacio sobre el labio superior. Apenas tuvieron tiempo de celebrar la resurrección. A los pocos días, iban a dejarse de ver por varios meses. Pascualito había ideado un sistema de seguridad por el cual, antes de entrar en la casa, tenían que chequear en un poste de luz, a unos cien metros, que no estuviera puesta la señal de alarma, que no era otra cosa que una chapita de Coca-Cola incrustada en una ranura.

Ese día, cuando Pascualito vio la chapita en la ranura, no sabía qué había pasado ni quién había caído, pero era consciente de que las reglas de seguridad que él mismo imponía eran para cumplirlas estrictamente. Así que se levantó del lugar y esperó a la cita de reenganche que tenía con su compañera, quien por una confusión nunca llegó. Ella era quien había puesto la chapita tras escapar de un operativo. Durante mucho tiempo, Pascualito no supo qué había pasado con ella. Con Héctor —que tras la emergencia volvió a la casa del Tigre— también iba a perder todo tipo de contacto.

Destino o casualidad —Pascualito lo atribuiría a los designios de la Virgen de Luján— los tres iban a reencontrarse varios meses después, el 25 de noviembre de 1976, el día del nacimiento de María Fernanda, la primera hija de la pareja.

14

Diana no se despegaba un segundo de Fernando, excepto cuando creía que llevarlo a alguna cita o actividad era riesgoso. En ese caso lo dejaba al cuidado de compañeras, en general militantes de la JUP de Tucumán con las que intentaba reactivar el frente universitario. Montoneros había sido especialmente fuerte en las facultades de Medicina, Derecho y Filosofía, y en la Universidad Tecnológica, pero Diana, como responsable, sabía que no eran buenos tiempos para sumar militantes: apenas podían retener a los que alguna vez se habían comprometido. Se dedicaban, entonces, a planificar volanteadas o pintadas con consignas por la recuperación de la universidad. Además, ella también trabajaba para Documentación, en la estructura de Logística del Área Federal. Con

las caídas, los militantes tenían que cubrir varios espacios a la vez. Sumado a que Raúl se internaba en el monte por semanas, se sentía un poco desbordada. La escritura seguía siendo su espacio de catarsis y las cartas a Elsa, un modo de extender la conexión que había experimentado con su madre un mes antes, cuando viajó con Raúl para bautizar a Fernando. La maternidad había resignificado su relación con ella. “Te cuento para vos que ahora que soy madre y estoy permanentemente dándole cariño a mi hijo, hay momentos que se extraña mucho el cariño de la propia madre, y una de mis mayores alegrías allá fue el sentirme tu hija, otra vez rodeada de tu cariño, de las cosas diarias, como de los consejos por Fernando, y ese esmero tuyo para que los demás se sientan bien, luego vos.”

El bautismo de Fernando fue la última vez que se reunió toda la familia. Dos imágenes congeladas de aquella ceremonia mostrarían a Teresa, la madrina y compañera de Diana, sosteniendo a Fernando; junto a ella, al padrino y gran amigo de Raúl, Adolfo Poggio. Diana se ríe. Tiene a Miguelito en brazos. Detrás, Elsa se asoma con un gesto extraño: podría ser de emoción, pero también de dolor. Sabe que esa postal, la de todos ellos juntos, ya no es real.

Después de la iglesia no hubo más que un breve brindis familiar, en contra de toda norma de seguridad. De todos modos, las cuatro hermanas habían organizado pasar la tarde siguiente en el Delta, a orillas del río. También de aquel encuentro quedaría una imagen congelada. Las cuatro sonríen, sentadas sobre el pasto. Los dos niños están entre ellas. Más atrás, Raúl sostiene una caña de pescar y Juan Sin Tierra mira hacia la lente, contento. El sol está por caer.

La tarde del bautismo también fue la de despedida para Diana y Teresa. Se saludaron en la parada del colectivo. Las dos eran

fuertes y no lloraron, pero se abrazaron con más intensidad que otras veces. Días antes habían sufrido la primera gran pérdida de la Columna Sur Capital. Se trataba del Gordo Miguel —Diego Miguel Mester—, miembro del Ejército Montonero, que estaba a punto de ser padre. Había sido interceptado por una pinza de la Policía Federal mientras iba con un compañero en una camioneta operativa. No acataron la orden de alto y abrieron fuego contra un patrullero hasta que, a las pocas cuadras, chocaron contra un colectivo. El acompañante logró escapar pero el Gordo Miguel murió acribillado. Diana aprovechó su venida a Buenos Aires para oficiar una ceremonia en la casa de la viuda, en Parque Patricios. Allí estaban Adriana, Teresa, La Negra y Lidia. Amontonados en el pequeño departamento, les ordenó que formaran filas, juntaran los talones, irguieran el pecho e hicieran la venia.

—¡Fiiiiiirmes!

Dijo con tono marcial antes de empezar la proclama, que finalizó con un agradecimiento y una arenga a prepararse para responder al enemigo.

—En lo individual, tenemos que capacitarnos, y en cuanto al pueblo tenemos que redefinir nuestro método de trabajo en las bases… Des-can-sen.

Si dos meses antes se había reído de los modismos militares en el campamento de cuadros en Tucumán, sorprendió a los asistentes que ella los reprodujera frente a militantes de menor rango. Adriana ya estaba aterrorizada: habían allanado su departamento y con su compañero vivían en uno prestado. Se exilaron el 1 de julio. Teresa, en septiembre. Pero antes tendría noticias de Diana a través de Héctor, que había viajado a Tucumán y le traía una carta en la que le contaba que el “pibe” —como se refería a Fernando— estaba

divino y le deseaba mucha suerte. Para entregársela, Héctor la citó en un bar en el centro. La mañana estaba nublada y el encuentro fue breve pero muy emotivo.

—Los tiempos están muy complicados para que sigamos trabajando juntos…

La despidió Héctor. Le dio un beso en la frente, la abrazó un largo rato y se fue. Teresa lo vio partir con su espalda algo encorvada, su campera de color claro y un portafolios desbordado de papeles debajo de un brazo. Se sentía desolada: no sólo ya no habría guiones para mecanografiar. No supo más nada de él, ni de Diana, hasta entrados los años ochenta, ya en Paraguay, donde había escapado cruzando el río en bote. Ahora trabajaba de periodista y lo estaba entrevistando en Asunción a Robin Wood, aquel guionista también paraguayo, que se había sentido amenazado con el talento de Héctor en Editorial Columba.

—Al zurdo de Oesterheld los milicos ya le dieron su merecido. Lo agarraron y no se sabe nada de él ni de sus hijas.

15

Ya casi no había sol y caminaron por las calles de La Lucila, cerca de la estación. El frío de junio se sentía más ahí, en ese barrio de casas bajas y baldíos. Miguel tenía un sobretodo negro; Beatriz, su tapado marrón y la cartera cruzada. La noche anterior ella había dormido en la Sauce, en la misma cama con la mujer de Camote. Cuando sentía miedo, prefería quedarse en la villa. Ahora, con Miguel, conversaban como dos viejos compañeros de militancia. Él bajaba línea y Beatriz insistía con sus dudas, le preguntaba cómo

veía la situación y volvía a las críticas de siempre, esas que ya era casi imposible expresar en otros ámbitos y que se resumían en una palabra: internismo. No estaban oyendo a las bases, se estaban convirtiendo en soldados, se estaban deshumanizando. Miguel era consciente de todo eso, pero ahora los problemas eran otros, más urgentes. La falta de armas, la falta de recursos para alquilar casas, el cambio constante de responsables, el enfrentamiento de la Columna con la Conducción Nacional. De todos modos, él traía la adrenalina del combate en el cuerpo. Venía de varias operaciones exitosas y tenía confianza en sus compañeros. En el Burro, que seguía siendo su mejor amigo; en Francisco, su responsable. Se sentían una banda, se pintaban las cartucheras con la tacuara y el fusil y estaban convencidos de que podían ganar.

En ese momento, ninguno de los dos mencionó la posibilidad de abrirse. No estaba en su imaginario. ¿Ir a dónde? ¿Hacer qué? ¿Abandonar a los compañeros, los amigos, los hermanos? Tantas veces habían hablado con Beatriz de las caídas, de las torturas, y ahora empezaban a suceder. Coincidían en que no había que dejarse atrapar vivo y que, si pasaba, había que resistir. Muchos años después Miguel comprendió que habían subestimado el poder de la tortura y que esa misma división entre los que resistían y los que no, se convirtió en un arma de dominación del grupo hegemónico de Montoneros, que calificaría entre fieles y traidores. Y si apenas había tiempo de llorar al compañero —el duelo se hacía con una pequeña formación y un saludo marcial— lo que quedaba era estudiar y aprender de cada caída: qué no hacer, cómo cuidarse mejor, qué no repetir.

Cuando se despidieron con un beso, era de noche. Antes de separarse, Miguel le habló como su oficial responsable.

—Te prohíbo que mañana la vayas a ver a tu mamá, como me dijiste. Es una orden.

—No te preocupes que no voy a ir.

Mintió Beatriz.

16

El 19 de junio nos encontramos con Beatriz y fuimos a tomar el té juntas al Jockey Club de Martínez. Cada vez que la veía trataba de hacerle entender en lo que estaban metidas y yo creo que ella estaba en una lucha desesperada entre las razones que yo le daba, que eran perfectamente estimables, y las que ella compartía con sus compañeros de militancia. Eran charlas terribles porque yo trataba desesperadamente de buscar argumentos para convencerla de que decidiera hacer una vida plena. Me escuchaba y evidentemente después de charlar conmigo la cabeza le quedaba dando vueltas. Pero bueno, salir de eso era muy difícil. Y entonces ese día en la confitería ella me dice: te voy a contar algo que te va a alegrar. Voy a dejar la militancia y me voy a inscribir en Medicina. Ay, querida, no podés decirme algo mejor. ¿Qué fue lo que te decidió? Lo estuve pensando y creo que vos tenés razón. Lo único que ya no puedo ingresar este año porque es muy tarde, tengo que ingresar el año que viene. Pero yo te prometo que el año que viene voy a ingresar a Medicina. Eso sí, mami, no pienses que voy a ser una médica de sanatorio, yo me voy a ir a trabajar como médica rural. Mi contestación fue: te felicito, hija, pero hacelo, a mí no me importa dónde lo hagas, pero hacelo. Si esa es tu elección, ahí sí te voy a apoyar. Era un sábado a la tardecita y como a las seis y media me

dijo mami, me voy porque me están esperando en La Cava, y se fue feliz. El domingo no supe nada de ella y el lunes estoy en el tren yendo a trabajar y se me acerca este muchacho rubio que era como su novio, muy arregladito, y me dice señora por favor bájese que tengo que hablar con usted. Y yo le digo que no, que no podía faltar al trabajo, que acababa de conseguirlo, y entonces ahí me dijo que el sábado Beatriz no había vuelto. Y se me paralizó el mundo. Seguí como un autómata en el tren. Después él me dijo que nos encontráramos a las nueve de la noche en una pizzería y se fue, y yo me bajé del tren y corrí a un teléfono público y llamé a todas las personas que pensé que podían ayudarme y ahí empezó el vía crucis. Me habían seguido a mí, esa tarde, en la confitería.

17

Aquel sábado 19 de junio, un grupo de tareas salió en una camioneta Fiat desde Campo de Mayo a hacer su recorrido. Como tantas otras veces, en la caja cubierta llevaba a un grupo de secuestrados. Con las manos y los pies atados con alambres, tenían que afilar la vista a través de unos pequeños agujeros hechos en las ventanillas pintadas de blanco. Uno de ellos la reconoció.

—Ésa es María.

Beatriz venía caminando por Alvear, la avenida que pasaba por la esquina del Jockey Club. Sería cuestión de segundos. Dos hombres caen sobre ella y le inmovilizan los brazos para que no se tome la pastilla. Ella grita. Me secuestran. Me secuestran. Pero nadie ve nada, nadie dice nada. Le ponen una capucha y la suben al baúl de un Falcon, con la rapidez y sincronización de quien tiene cada

movimiento estudiado. Su destino será el centro clandestino de Campo de Mayo, dependiente del Ejército, en el que los torturadores compiten en salvajismo con los perros, entrenados para morder y desgarrar los músculos de los recién llegados a modo de bienvenida.

Elsa iba a convivir con el recuerdo de aquel encuentro, convertido luego en relato y carga, por el resto de su vida. Pero treinta y ocho años después, cuando ya su memoria empezaba a confundir pasado y presente, uno de los ex detenidos de Campo de Mayo que estaba en la camioneta le cambiaría el desenlace a la historia con su declaración ante un juez. Nadie siguió a Elsa como ella iba a creer casi toda su vida: a Beatriz la marcaron.

18

Diana de mi alma, en mi vida ya están insertados muchos sufrimientos, muchos dolores y angustias, mucha desesperación. Pero ni en los momentos más negros pensé que me iba a tocar vivir o mejor sería morir en la agonía, el sufrimiento inhumano en que me veo, en esta incertidumbre e impotencia, en esta pesadilla monstruosa que me pone a prueba y, lo vuelvo a repetir, me sumerge en este dolor inhumano que nunca jamás comprenderé y aceptaré porque es irracional, inútil, puesto que está basado en tanto dolor, en tanta destrucción, en tanta iniquidad.

La desaparición de Beatriz, esa hija mía que salió de mis entrañas (supongo que ahora comprenderás lo que eso significa para una madre), el impenetrable misterio que quedó desde el momento que me separé de ella en Martínez, a las 6 y media de la tarde del

sábado 19 de junio hasta hoy, 5 de julio, en que ya estoy convencida de lo peor, hace que no pudiera materialmente escribirte. Realmente no encontré la forma y el coraje de decirte todo lo que aquí está pasando porque este caos no tiene explicación posible.

El lunes a la mañana cuando tomé el tren para ir al trabajo me encontré con el rubio que me dio la tremenda noticia que mi Beatricin no había llegado el sábado a casa de su padre. Como Marina también se había ido, porque cometieron la misma estupidez de la vez pasada cuando justamente Marina no debía moverse de casa, yo no tenía idea de lo que pasaba porque, por supuesto, cuando más necesitaría alguien querido a mi lado, siempre estuve sola. Llegué a Retiro con la sensación de que me asfixiaba y la llamé a Mora para que Jorge hiciera algo. Nadie, absolutamente nadie se imaginará jamás lo que es ir a trabajar disimulando semejante drama. A la noche, cuando regresé, desde luego que ya estaban en casa y Jorge se puso a mi disposición para hacer lo imposible para averiguar algo.

A partir de esa noche empezó mi viacrucis por las comisarías. En Beccar me hicieron ir cuatro veces para la denuncia de paradero. No sé por qué se resisten a hacerla. En la de San Isidro lo mismo, hasta que por fin lo conseguí en la de Martínez. Solo yo sé lo que fue esto. No solo por el hecho en sí, sino por las encrucijadas en que me ponían las preguntas y mi terror de convertirme en delatora de mis otras hijas (…) Después fui a San Martín a presentar el Habeas Corpus, que me llegó en una carta que recibí anónima y donde estaban los papeles preparados. (…) La realidad es que no tengo familia, porque en un momento semejante, solo tengo una palabra de ternura de toda esa gente que despreciaron y que hoy es la que se arriesga a mi lado, por ayudar de alguna manera, aunque la

situación es tan terrible que nadie puede hacer mucho. El sábado pasado fui a ver a un camarista de gran actuación en este momento. Me recibió en su casa, hablé con él tres horas, le expliqué mi drama y jamás olvidaré cómo me atendió y escuchó. Pocas veces vi un ser humano tan cálido y comprensivo. Ahí mismo lo llamó al juez Spangenberg y hizo que me recibiera en forma personal. Es el que tiene el juzgado que tramita el habeas corpus. Fui al otro día y me aconsejó que viera a un militar en Campo de Mayo. Allá me llevó Jorge. Te juro que entrar en esa zona es espantoso. Realmente estamos en guerra. Fue horrible. Me atendió muy bien y prometió hacer todo lo posible pero de ahí no salimos. (…) El odio hará que nos matemos los unos a los otros y mi hija no se va a salvar de este horror. Estaba con Mamá y María cuando sonó el teléfono y era Juan, el rubio, y me dijo que era casi seguro que mi hija la habían matado con un grupo de 17 que había muerto el día anterior. No sé si alcanzás a comprender los días y las noches de locura infernal en que estoy y todavía teniendo que ir al trabajo sin que nadie se de cuenta de lo que me pasa (…) Perdoname si soy muy dura, pero tengo las entrañas al rojo vivo y ya no puedo más…

Hijita mia querida, en medio de todo este horror, de este infierno, acabo de recibir tu carta. No puedo decirte lo que esto ha sido para mí, tratá de imaginar la necesidad ya delirante que tengo de estar con alguna de ustedes, de poder hablar, de consolarnos, y de querernos más que nunca, de unirnos, de protegernos. Esta es la única comunicación que tengo con una de mis hijas desde hace ya cerca de un mes. Marina me habla por teléfonos públicos y nada más. Estelita me habló dos veces y me doy cuenta de que está

aterrada. Con tu padre no sé cómo se comunican, pero por supuesto para él hay forma de hacerlo… Si por lo menos Marina se hubiera quedado a mi lado, si me dejaran ver al nene, si tuviera alguna manera de darles un beso, un abrazo, una ternura. Tengo la sensación que todas han muerto. Que mis nietitos son un sueño, que yo ya no soy yo. Creo que mi salud mental está probada hasta lo increíble. A fuerza de vivir en la ficción, en nuestra casa se gestó la novela de ciencia ficción más terrible que jamás cerebro alguno pudo crear: la destrucción y degradación de toda una familia en forma sistemática en camino hacia el horror…

19

—La mataron, estos hijos de puta la mataron a la flaquita María.

El cuerpo de Beatriz apareció en un descampado detrás de la Uruguay. El que lo vio fue el Gordo Mingo, que al llegar a la Sauce lloraba, convulsionado, como la iban a llorar las señoras y los vecinos de las villas. Luego, muchos allí iban a sentir su presencia. Eso decían. Que a veces les parecía escuchar su voz, o verla pasar por un pasillo.

El comunicado oficial fue publicado en todos los diarios nacionales el sábado 3 de julio, en los que el titular de tapa era la bomba colocada por Montoneros en el comedor de la Superintendecia de la Policía Federal. También en tapa y con el título “Abatióse en Boulogne a 17 guerrilleros”, el diario *La Prensa* reproducía: “El Comando de Institutos Militares informa que ayer, 1 de julio, aproximadamente a las 23,00 horas, efectivos de la guarnición militar de Campo de Mayo que se desplazaban por

Avenida Márquez, en la zona del Arsenal Esteban de Luca, de Boulogne, provincia de Buenos Aires, fueron atacados por delincuentes subversivos mediante disparos de armas de fuego y granadas de mano.

”Los efectivos repelieron la agresión abatiendo a doce extremistas en las proximidades de avenida Sucre y Don Bosco.

”Los restantes delincuentes trataron de huir siendo perseguidos por efectivos militares y policiales hasta la intersección del camino a Bancalari con la calle Uruguay de la misma localidad donde después de un violento enfrentamiento fueron abatidos otros cinco extremistas.

”De los efectivos militares fue herido de consideración un suboficial y en forma leve dos soldados, resultando dañado un vehículo e inutilizado el equipo radioeléctrico del mismo”.

Además del cuerpo de Beatriz, entre los de los cinco militantes que, según el comunicado, se habían enfrentado con armas y granadas mientras intentaban huir de un operativo, estaba el de Raúl Moro, el Negro Ricardo, el mismo que había sido detenido junto con Ana María González unos días antes de que ella colocara la bomba que había matado al jefe de policía Cesáreo Cardozo. Este dato le daría al fusilamiento del grupo el carácter de represalia, más allá de que Moro fuera el único vinculado al hecho.

El 19 de junio, el mismo día de la caída de Beatriz, habían allanado y volado con explosivos la casa de los padres de Ana María en Punta Chica. Ella ya no vivía ahí y era una de las personas más buscadas de la Argentina por la policía y los grupos de tareas.

Ana era compañera en el Normal 10 de Belgrano de María Graciela, hija de Cardozo, a quien habían nombrado jefe de la Policía Federal el 31 de marzo. Cuando se lo contó a uno de sus

responsables en una reunión de la Cesaris, quedó bajo la órbita de Horacio Mendizábal, jefe militar de Montoneros: el plan era que se hiciera íntima de la chica. Durante casi dos meses, Anita compartió horas de estudio y cenas familiares en las que, contaría luego, Cardozo se jactaba del refinamiento de ciertos métodos de tortura y esbozaba teorías del estilo “los guerrilleros matan porque no tienen otra cosa que hacer”. Quince días antes de que la operación se concretara, la detuvieron junto con el Negro Ricardo en un bar. Los torturaron a pesar de que ella había invocado el nombre del propio Cardozo, que finalmente sirvió como salvoconducto para que la liberaran ese mismo día. Al Negro Ricardo, en cambio, lo trasladaron a Campo de Mayo, el mayor centro clandestino de detención del país, y el más salvaje.

Bajo la órbita del general Carlos Guillermo Suárez Mason, jefe del I Cuerpo del Ejército, el mando directo en Campo de Mayo lo ejercía Santiago Omar Riveros, desde el Comando de Institutos Militares. A él respondían el jefe de brigada Fernando Humberto Santiago, responsable de la subcomandancia, y el coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen, jefe de Inteligencia y a cargo del funcionamiento del Campito. Así habían bautizado al lugar por donde pasarían unos 4.000 detenidos desaparecidos, el centro clandestino montado en unos galpones y una serie de construcciones precarias alejadas de los otros edificios, en donde años atrás había vivido y criado animales el encargado rural de Campo de Mayo. Los secuestrados permanecían allí sentados o acostados sobre colchones de lana, encapuchados y con las manos y los pies atados con alambre y engrillados a la pared. Las ventanas estaban tapadas con frazadas y la luz eléctrica encendida las 24 horas. A veces los colchones no alcanzaban —en los pabellones más grandes había unos cincuenta

— y debían compartirlos entre dos y hasta tres. Nadie tenía permitido pararse excepto cuando un guardia los soltaba y los formaba en fila para ir al baño. Los inodoros eran letrinas cavadas en la tierra por los propios secuestrados y estaba estipulada sólo una ducha por semana de la cual a veces salía agua caliente, a veces fría, según el humor de los guardias. A unos setenta metros de los galpones estaban las oficinas de los interrogadores. En una de esas seis salas de tortura, pegado en la pared, había un organigrama de la Columna Norte de Montoneros en el que se iban completando nombres. De los tres grupos de tareas a cargo de la inteligencia, secuestro y tortura de los detenidos, el Grupo 2 estaba específicamente abocado a Montoneros. Su jefe era Carlos Francisco Villanova, un agente de inteligencia de la Policía Federal a quien apodaban Gordo 1, que permanecería cuarenta años dentro de la fuerza sin ser identificado, llegando a ser candidato a concejal por Vicente López. En aquel entonces, cuando decía llamarse Claudio Federico Vargas, se encargó especialmente del exterminio de Norte. Le gustaba decir: “Yo soy un combatiente de la burguesía y mi trabajo tiene una perspectiva de veinte años”.

En una de las seis salas de tortura de Campo de Mayo, Tito la vio a Beatriz. Ahí se hacía llamar Tito pero en realidad era Goyo, su compañero de la Uruguay, a quien los militares habían secuestrado un par de meses antes y obligado a colaborar con ellos. El mismo que había puesto los caños de agua en la villa y el bobinado para la luz, el que había volado las compuertas de los clubes náuticos por los aires para que el barrio no se inundara, el que le coqueteaba pero nunca le había tocado un pelo. Parado junto a los torturadores, sabía que iban a ser especialmente duros con ella. No porque la consideraran un cuadro importante, sino porque creían que venía de

una familia con dinero: la posibilidad de hacerse con un buen botín los entusiasmaba mucho más que la guerra ideológica. Estaba desnuda y con el cuerpo destrozado, pero consciente. Tito se aseguró de que los verdugos no estuvieran mirando y se le acercó.

—No cantes, Flaquita, que acá no saben nada de que nos conocemos de la villa.

Ella no le respondió. Tampoco lo miró. Él estaba ahí, haciendo todo lo que él creía que había que hacer para sobrevivir.

20

El 7 de julio yo recibo un llamado telefónico en mi casa, para que por favor me presentara en la comisaría de Virreyes, y ahí su pe que me esperaba lo peor. Me acompañó mi cuñada, la mujer de Jorge Oesterheld, que me pasó a buscar. Era un día frío, espantoso. Nos atendió el comisario y me dijo que él en realidad no sabía qué había pasado, que a él le habían entregado los cadáveres los del Ejército, que le habían dado nada más que los cuerpos de cinco chicos menores, tres varones y dos chicas, y que lo único que quería hacer era entregarme el cadáver. También me dijo: “Este país está loco, yo tengo policías que son peronistas pero salen a la calle y pasa un auto y lo ametrallan, yo no entiendo nada”.

21

En algún momento entre la desaparición de Beatriz y el llamado desde la comisaría, el pedido por su paradero llegó a oídos de

Videla. El propio Jorge Rojas Silveyra se lo pidió en persona. La respuesta del jefe máximo de la represión ilegal fue que nada podía hacerse. Pero de los cinco cuerpos, todos llevados a la morgue del cementerio de San Fernando como NN, el de Beatriz fue el único al que le dieron reconocimiento.

El día del entierro en San Fernando, a Elsa la acompañaron Jorge Oesterheld con su mujer y sus hijos. A Jorgito, el mayor, que se acababa de ordenar sacerdote, le llamó la atención que hubiera tantos empleados con bolsas de arpillera en el lugar. No había otros entierros en ese momento. Tuvo miedo, pero no se animó a comentarlo con su familia. También tuvo la certeza de que en esas bolsas había armas y que esos falsos trabajadores estaban a la espera de alguien. Y entendió por qué ni Héctor ni las chicas estaban en ese momento ahí, con ellos.

22

Después de la caída de Beatriz, Marina dejó el Colegio Nacional de San Miguel en donde había empezado a cursar magisterio y se cortó el pelo. Marito la acompañó a la peluquería y cuando salieron, ella no paraba de tocarse la cabeza. Su pelo negro, tupido, sedoso había desaparecido por completo. Se lo había cortado como un varón. Con Marito seguían yirando de casa en casa y de pensión en pensión, a veces hasta dormían en vagones de trenes. Algo que además de ser peligroso, a Marina le pesaba: un tiempo atrás Diana le había mandado una carta en la que le preguntaba si estaba de acuerdo en hacerse cargo de Fernando en caso de que a ella le pasara algo y todavía no le había respondido. “Esto es algo serio

porque es posible, entendés, y como alejado de la flía no puede estar (por los abuelos, etc.) queremos que vos seas la que se haga cargo de él. Quiere decir que viva con vos, que te encargues de su educación y que si te mudás, te lo llevás. Todo esto si estás de acuerdo. (No es tarea fácil ni tampoco se la puede agarrar al vuelo.) Vos pensalo", le escribió Diana.

El 27 de junio Marito cumplía 19 años y ese día ni siquiera habían conseguido una cama. Amanecieron muertos de frío en la plaza San Martín, en Retiro. Luego fueron a encontrarse con Héctor.

—Hoy cumple los años Marito.

—Entonces vamos a comer a un restaurante.

Eligieron uno en la calle Cerrito. El almuerzo fue un momento de sosiego como solía serlo cuando se encontraban los tres. Marito imaginó que podían pasar perfectamente por un profesor y dos alumnos. Sin embargo, notó que Héctor estaba más inquieto que de costumbre.

—¿Qué piensa tu mamá sobre tus actividades políticas, Marito?

A Marito le pareció rara la pregunta. Nunca hablaban de cuestiones personales y menos de militancia. Hacía cinco meses que él no dormía en la casa de sus padres. Se había ido después de escuchar su nombre mientras caminaba hacia lo de una vecina. "Ése es Marito." La voz que lo señaló era de mujer y salió de adentro de un Ford Falcon. Llegó a lo de la vecina en pánico, esperó un par de horas y, a partir de ahí, no volvió al barrio. A sus padres los seguía viendo en citas y así se enteró de que en mayo una patota había allanado su casa. Buscaban a su papá, Mariano Barrios, el referente peronista de Manuelitas. Frente a su mujer y a su hija, le hicieron un simulacro de fusilamiento. Después lo

cargaron en un auto. Cuando volvió a las dos horas, estaba desfigurado de los golpes.

23

Desde comienzos de año, en Tucumán no pasaba un día sin que recibieran noticias sobre caídas de compañeros. En mayo, el Ejército que ya había desarmado al ERP —con la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez reducida a un grupo que deambulada por los cerros del sur provincial— apuntó todo el aparato represivo hacia las estructuras montoneras. A Bussi le llevaría sólo cuatro meses destruirlas. Mientras tanto, lejos de la enloquecedora rutina de las citas y con la protección del monte, la unidad de Raúl seguía con la tarea de desarrollar un mapa de la retaguardia. Eran cinco y se movían entre el Siambón y la Quebrada de Lules, detrás del cerro San Javier. Para fines de julio llevaban cerca de dos meses arriba y tenían un buen manejo del territorio. Habían categorizado los caminos accesibles y los riesgosos —en general usaban el sendero Pindapoy, bautizado así por los envases de bebida que descartaba un lugareño que solía recorrerlo a caballo—, y el tiempo que les llevaba recorrerlos. Tenían identificados los puestos del Ejército y los horarios de los militares. Sabían que los rastrillajes eran permanentes y que estaban cerca, pero también habían aprendido a sacar provecho del cansancio de sus enemigos. Un par de veces consiguieron alimentarse durante varios días de las latas de campamentos caídos o abandonados, que los soldados, para ahorrar fuerzas, no se tomaban el trabajo de limpiar. Eso implicaba,

además, reducir las peligrosas excursiones a los poblados, las que debían hacer de noche y de a dos.

La vida en el monte no era fácil, menos aún en pleno invierno. Raúl había implementado una rutina diaria de 40 minutos de ejercicios para combatir el frío antes de cada recorrida. A eso se sumaban una serie de exigencias que hacían de las acciones más simples de la vida cotidiana, algo complejo: bañarse en el arroyo era sumamente arriesgado —lo hicieron sólo dos veces en toda la estadía— porque podían verlos o identificar algún rastro de jabón; para prender fuego sin hacer humo debían sacarle la corteza a las ramas y la grasa que cocinaban debía ser racionada: era la energía diaria y le correspondía una cucharada a cada uno. Un día Raúl descubrió que alguien usaba de más y pidió una reunión.

—Compañeros, ¿qué hacemos con esto? Si no nos respetamos entre nosotros, ¿para qué estamos luchando?

Esa vez no hubo sanciones. En general no las había porque todo se resolvía con diálogo. Como subjefe estaba Gerardo Romero, al que llamaban Emerson, pero las decisiones solían tomarse en grupo más allá de las jerarquías. A Raúl le gustaba conversar y escuchar a los compañeros, aunque no podía evitar bajar línea.

—¿Qué lees, Polo? Tenés que leer.

Polo era Hugo Montoya, tucumano nacido en una estancia cercana a La Cocha, en el sur de la provincia, donde su papá trabajaba como peón. Había cursado hasta tercer grado en una escuela rural y era reticente a leer. Si sabía hacerlo, era gracias a la popular revista *El alma que canta*, el único texto que había en su hogar. Su formación venía, básicamente, de la acción católica y comunitaria. A principios de los setenta se había asentado en Embarcación, una ciudad salteña que había crecido gracias a la

instalación de talleres ferroviarios y a la agricultura. Allí fue uno de los fundadores y el secretario general del Sindicato de Trabajadores Rurales y Afines, lo que le permitió, durante la primavera camporista, recorrer las fincas de la zona para exigirles a los patrones que cumplieran las condiciones laborales de sus 400 afiliados. Era común que en los obrajes, más que condiciones laborales, se vivieran situaciones de esclavitud. Si bien los días en el monte serían para él como unas vacaciones del obraje —del grupo, fue el único que engordó— y también su carta de supervivencia tras el golpe militar cuando los mismos patrones de las fincas fueron a buscarlo personalmente para entregarlo, Polo tenía muchas dudas de seguir. Lo atormentaba la idea de dejar sola a su mujer, que acababa de ser madre de su tercer hijo. Tampoco le encontraba un sentido político a lo que estaban haciendo. La única acción relevante, hasta ese momento, había sido recuperar parte de las armas robadas en el ataque al Regimiento 29 de Infantería de Monte, en Formosa. Y eso, en sí, había sido una operación disparatada. Montados en caballos alquilados, como gauchos de utilería, los cinco cruzaron un predio lleno de turistas hasta llegar a la zona en donde estaban las armas cubiertas con lonas, a mitad de camino entre los pueblitos Raco y el Siambón, y a unos pocos kilómetros de donde armaron su campamento. El bulto estaba a la vista, a apenas unos 30 metros de aquellos visitantes. Polo sentía que todos sabían lo que estaban haciendo y que en cualquier momento fracasarían. Pero cargaron las armas envueltas en lonas de carpa y bolsas de plástico, volvieron a cruzar el predio frente a aquel público que prefería hacer de cuenta que no pasaba nada, subieron a una camioneta y se fueron.

El vínculo con la organización era mediante citas semanales en una posta a la vera de un acantilado entre Villa Nougués y San Pablo. Allí mismo, Campiglia se despidió de ellos. Llegó un día en bicicleta con la novedad de que lo trasladaban a Buenos Aires porque la estructura en Tucumán estaba devastada. También allí tuvieron que despedirse del médico del grupo que, en un intento por ir al baño, desbarrancó y se quebró la clavícula. Sin jefe, médico ni colaboradores en la estructura urbana para abastecerse, se les hacía difícil subsistir y se limitaban a tener citas de control con algún compañero que subía a la posta. Fue en uno de esos contactos, que Raúl supo que a Diana le había pasado algo.

24

El 28 de julio Diana tenía una cita en la casa de Pancho Bernuchi, un compañero que el año anterior había compartido oficina de jefatura con Raúl. Como no tenía con quién dejar a Fernando, caminó con él en brazos las diez cuadras que separaban su casa, en el barrio Ciudadela, hasta el lugar del encuentro. Ahí la esperaban Paula, la mujer de Pancho, cuyo verdadero nombre era Jorgelina Almenares, y Ramón Gil —al que conocía como Chito—. Cuando llegó Diana, Pancho no estaba. Había salido con su hijo pequeño y estaba tardando más de lo previsto. Decidieron esperarlo en estado de alerta. Cuando escucharon ruidos afuera, supieron que no era él, pero les sorprendió la parsimonia con la que el comisario inspector Timoteo Marcial abrió la puerta, como si no esperara encontrar nadie adentro. Apenas asomó su cuerpo recibió un disparo. Lo que siguió fue un tiroteo con el grupo de policías y

militares que venía con él. Mientras Jorgelina y Ramón resistían, Diana trataba de pensar. Estaba con su hijo y embarazada de seis meses, no había modo de que saliera viva combatiendo. Sus compañeros, al frente del tiroteo, no resistirían mucho más. Corrió hasta una habitación y dejó a Fernando en la cama, a resguardo de los tiros. Después, escapó con Ramón por el fondo de la casa.

En ese momento, entró la patota. Jorgelina estaba muerta y Fernando seguía donde lo había dejado Diana. La policía lo iba a entregar ese día a la Sala Cuna Instituto de Puericultura Alfredo Guzmán, donde lo registraron como NN. Pero quien lo sacó del dormitorio fue el entonces policía Mario “Malevo” Ferreyra. Según el relato del propio Ferreyra, cuando terminó el tiroteo entró solo en el comedor de la casa y escuchó el llanto de un bebé que provenía de una de las habitaciones. Dio aviso a sus superiores por walkie talkie, le advirtieron que podría ser una trampa y le dieron la orden de disparar. No obstante, Ferreyra ingresó al cuarto y ametralló una cama vacía a la espera de una respuesta. El colchón se sacudió pero nadie acusó recibo. En la otra cama seguía Fernando, llorando, cubierto con una colcha. El Malevo sería felicitado por el jefe de policía por su “valentía” y “destacada actuación”, y luego condecorado con un Diploma al Mérito durante la celebración por el Día del Policía.

Al día siguiente del operativo, el Comando del III Cuerpo de Ejército emitió un parte a los medios, que *La Opinión* reprodujo bajo el título “Fueron ultimados ocho sediciosos”. El diario se refería a enfrentamientos en La Plata y en Tucumán, y detallaba que el segundo había sido “en una vivienda de la calle Crisóstomo Álvarez 2178 de la ciudad de Tucumán, que fue allanada por efectivos conjuntos de la V Brigada de infantería y policías provinciales. Tres

fueron los guerrilleros muertos —dos mujeres y un varón— y aquí las fuerzas de seguridad tuvieron una baja; el comisario principal Timoteo Marcial, de 47 años". En la nota, sólo se identifica a Jorgelina. Pero lo cierto es que en la casa —ubicada en Crisóstomo Álvarez 2588, a cuatro cuadras de la dirección oficializada— no había otros militantes y, en el momento del tiroteo, a Pancho lo estaban torturando en la Jefatura Central de Policía, sede de uno de los centros clandestinos de detención de la provincia. Horas después iba a morir en la mesa de torturas.

25

—Va venir una compañera que no tiene dónde dormir y nos pidieron si podíamos alojarla.

Escuchó Juan Martín. Estaba tomando mate en la casa de unos amigos de la adolescencia y colaboradores, Jorge Rondoletto y su mujer Azucena, cuando sonó el timbre y la vio entrar a Diana.

Se abrazaron. Desde el campamento en Tapia, aquel en el que ella se reía de los modos marciales de sus compañeros, que no se veían. Juan Martín había dejado el monte para integrar la patrulla del llano, una unidad instalada en los cañaverales del sur de la provincia. De noche dormían sobre colchones improvisados con hojas entre las cañas, que con sus casi tres metros de altura funcionaban como un reducto impenetrable, y de día participaban de operaciones armadas y de propaganda. Él estaba destinado a la zona de San Pablo y Famaillá y había bajado a la ciudad por una cita de control.

Pero de nada de esto iba a hablar con Diana. El tema exclusivo y recurrente era Fernando. Ella se preguntaba cómo estaría su hijo y se repetía, como un mantra tranquilizador, que todo iba a salir bien porque sus suegros ya estaban al tanto. Cuando Raúl supo lo que había pasado, bajó del monte y coordinó el operativo para alertar a sus padres.

En Buenos Aires, los Araldi supieron todo a través de una compañera que viajó desde Tucumán. Se presentó en la casa de su tía, Irma Araldi, en Martínez, y pidió que convocaran a la familia. Frente a todos contó lo que había pasado y les transmitió un pedido: que fueran a buscar a Fernando a la Sala Cuna. Soledad y Juan Bautista la miraron aterrados. No sólo por lo que les esperaba a ellos sino también por lo que podría pasar con esa chica de no más de veinte años que, paradójicamente, buscaba transmitirles tranquilidad.

—No tengan miedo. No hay peligros porque acá no me conoce nadie.

Les dijo y después les dio las coordenadas para que se movieran seguros en Tucumán. A la mañana siguiente, Juan Bautista y Soledad se encontraron con la mensajera en Retiro. Iban a viajar juntos en tren a Tucumán, pero en vagones separados. Después de esa vez, los padres de Raúl debieron repetir el viaje. Tomaban el tren a la madrugada y regresaban al otro día. En la primera incursión a la Sala Cuna los recibió una monja que al ver que los papeles sólo acreditaban vínculo filial con Raúl pero no con Fernando, los contactó con un juez que les indicó las constancias que debían presentar para iniciar los trámites. A los pocos días volvieron a cargar el bolsito con ropa y fueron con todos los papeles. En ninguna de las dos ocasiones tuvieron contacto con Raúl ni con

Diana, pero se arriesgaron a pasar disimuladamente por el frente de la casa donde había vivido su hijo. Era en la calle Frías Silva 231, y allí habían estado un mes antes para el cumpleaños de Fernando. Ahora un policía estaba apostado en la puerta y otro en la esquina. Al mes siguiente se instalaría a vivir un tiempo el propio Roberto “el Tuerto” Albornoz, comisario inspector mayor y jefe del Departamento de Inteligencia (D-2) de la policía provincial, junto a su amante María Elena Guerra, también agente de policía. Ella seguiría en la casa hasta el 15 de octubre de 2009. Ese día —casualmente el mismo que Diana hubiera cumplido 56 años— fue desalojada por el juez federal Daniel Bejas en un juicio iniciado por Fernando y que integra la megacausa Jefatura de Policía I. Al año siguiente, Albornoz y Guerra fueron condenados por violación y usurpación de domicilio, considerados delitos de lesa humanidad. Ella enfrentaría un nuevo juicio por daño agravado por destrozar el sistema eléctrico antes de verse obligada a devolver la casa. Fernando se la cedería luego a Julio Marini, hijo del primer propietario con quien Raúl había empezado los trámites de compra.

Recién el 10 de agosto, los padres de Raúl pudieron volver a Buenos Aires con su nieto en brazos. Cuando Hugo y Cuqui la vieron bajar a Soledad del vagón, se asustaron. Apenas podía caminar y estaba descompuesta. Había viajado aterrorizada. En cualquier momento nos descubren a los tres y nos matan, se repetía. Nadie los descubrió, pero la sensación iba a persistir en su cuerpo por el resto de su vida.

Juan Martín había vuelto a la casa de sus amigos, pero esta vez no la encontró a Diana. Ellos tampoco sabían nada. Y eso no era una buena señal.

Diana había caído unos días antes, el 7 de agosto, en una esquina de la ciudad de Tucumán, a pocas cuadras de la Sala Cuna. Estaba sola. Raúl estaba seguro de que había ido a buscar información sobre su hijo. Juan Martín fue secuestrado una semana después, el 14 de agosto, junto con un compañero mientras almorzaban en el comedor de un club deportivo que funcionaba como parada de camioneros. Los sorprendieron alrededor de ocho personas, entre las que estaba el teniente primero del Ejército Arturo Félix González Naya, caracterizados de paisanos que simulaban ser atendidos. Los trasladaron a la Jefatura Central de Policía, donde funcionó un centro clandestino de detención neurálgico dentro del mapa de la represión en la provincia. Allí, Albornoz comandaba el Servicio de Información Confidencial (SIC), como llamaban internamente a la estructura especial —integrada por medio centenar de policías— que tenía la misión de investigar e individualizar personas, secuestrar, torturar y controlar todo lo que sucedía en ese centro clandestino. González Naya era en ese entonces el supervisor militar del SIC. Cuando Juan Martín llegó se encontró con un salón amplio lleno de detenidos tirados en el piso, con las manos atadas y los ojos vendados. Era el salón de espera para los interrogatorios que se realizaban en las dos salas de tortura contiguas al despacho de Albornoz. Durante los tres primeros días fue torturado desde las ocho de la mañana hasta la medianoche. Después de una de esas sesiones, vendado y atado al elástico de una cama, escuchó gritos de una mujer y a un efectivo que la insultaba.

—Hija de puta, aquí no se muere nadie si no queremos nosotros.

Juan Martín reconoció en los gritos la voz de Diana. Después se encargó de confirmarlo con uno de sus verdugos.

—Se cortó las venas, pero la salvamos.

También la reconocería Juan Carlos Clemente, un militante apodado “el Perro” que, quebrado, en pocos meses pasaría a integrar las filas de la policía provincial. Ese día estaba tirado en el piso de la sala de interrogatorios cuando escuchó el griterío y a alguien que decía: “La Dina se quiere suicidar”. Después la vio pasar, ensangrentada y del brazo de dos personas. Ésa fue la última vez que se escuchó hablar de ella. Hasta que 34 años después, el Perro desenterró del patio de su casa dos biblioratos que había robado en la policía.

El centro clandestino en Jefatura funcionó bajo la órbita del III Cuerpo de Ejército, a cargo de Luciano Benjamín Menéndez, y de Bussi, como el jefe de la V Brigada de infantería y gobernador de la provincia. Ubicado entre las calles Santa Fe y Junín y avenidas Salta y Sarmiento, en pleno centro de la ciudad, estaba dividido en dos áreas, separadas entre sí por una playa de estacionamiento: la de los interrogatorios, con sus respectivas salas de tortura y una oficina administrativa donde se registraban los operativos de secuestro, traslado de detenidos y se recopilaba información; y el área de calabozos. Los secuestrados estaban tirados en el piso con las manos atadas, comían dos veces por día las sobras de las comidas de los presos comunes. Podían bañarse cada cuatro o cinco días: en verano lo hacían vestidos y en invierno, desnudos; siempre con agua fría, sin toalla para secarse y con los ojos vendados. La decisión sobre su destino la tomaba una Comunidad Informativa, un órgano en el que estaban representados el conjunto

de los servicios de inteligencia que operaban en la zona y que respondía al coronel Alberto Luis Cattaneo. Las posibilidades eran tres: Libertad; Disposición al Poder Ejecutivo Nacional, cuando eran legalizados; y Disposición Final (DF), cuando determinaban su asesinato. La mayoría de los oficiales tenía una historia anterior de represión policial, en especial a partir del onganiato.

A fines de 1977 dispusieron el desmantelamiento de ese centro. En ese momento, el Perro —que había trabajado en el área de administración del SIC archivando los papeles— ya se desempeñaba como policía y rescató los biblioratos, mientras otros tantos eran arrojados a una fogata. En 2010 los entregó como prueba en el juicio Jefatura de Policía I. Las dos carpetas de unas 250 páginas se convirtieron en una pieza excepcional en los juicios de lesa humanidad por ser la primera y única vez que se accedió a documentación producida por los genocidas que corrobora en detalle el terrorismo estatal. Incluye memos internos, fotografías de militantes y diferentes listas que detallan desde “Operativos aprobados pendientes de ejecución” hasta una “nómina de cadáveres identificados por la sección dactilografía durante el año 1975”. Hay también una que lleva como título “Índice de declaraciones de delincuentes subversivos”: son nueve páginas escritas prolijamente a máquina con los nombres ordenados alfabéticamente de 293 personas detenidas en Jefatura, con sus respectivos alias y destino. En el número 175 figura Diana Oesterheld, Dina. Junto a su nombre, la leyenda “Disposición Final”.

A Carlos no le daba miedo morir, lo obsesionaba la tortura. Tenía 20 años, era parte del Servicio de Informaciones que manejaba Walsh y todos los días salía a cubrir citas vestido con el mismo par de jeans, el mismo par de zapatillas, su saco de lana y las dos pastillas en su bolsillo. Necesitaba dos para descartar el error. Entre sus 17 y 19 años había estado detenido en varias dependencias —en una comisaría de la Boca, en la central de la Policía Federal, en Devoto, en la cárcel de máxima seguridad de Resistencia— y había visto cómo torturaban a compañeros. Sabía de qué se trataba y, también, que era inaguantable. A pesar de que su mujer había dejado de militar y él era aspirante, su departamento de Almagro funcionaba como casa operativa: allí se hacían reuniones y se guardaban compañeros. Para él, ya no había lugares seguros. Sólo se sentía a salvo cuando se encontraba con Héctor en alguna cita. Podía ser en el subte o por la calle. Siempre en Capital. Parecían padre e hijo y Héctor actuaba como si lo fueran. Carlos no sólo tenía la edad de Estela sino que había sido compañero de ella en la Escuela de Bellas Artes durante los primeros meses de 1972. Su primer encuentro con Héctor había sido en el diario *Noticias*, adonde Carlos entró a trabajar en el laboratorio fotográfico. Ya para ese entonces tenía militancia territorial en la Boca y en prensa de Montoneros. Pero su vínculo con él iba a tener su momento fundante en una calle de la ciudad de Córdoba, después de un encuentro por el lanzamiento del Partido Auténtico. Caminaban en grupo por el centro cuando un Falcon con tres hombres adentro se les puso a la par. Héctor se adelantó para captar la atención del coche, que después de un par de metros siguió su camino. La acción —sencilla pero de riesgo en pleno 1975— sería comentada y elogiada.

Ahora, aquella sensación de protección se reeditaba. En uno de esos encuentros, Carlos le comentó que no sabía cómo hacer para no morirse de hambre y de frío. Tenía que sobrevivir con la asignación como militante, que equivalía al sueldo mínimo de un obrero, y no le alcanzaba. Tampoco se le cruzaba por la cabeza pedir más plata. Entonces Héctor le dio un consejo que resultó una fórmula de supervivencia.

—Carlitos, vos salís temprano y te comprás una longaniza, la envolvés y te la guardás en el bolsillo para ir comiéndola despacio, en rodajitas. Después, un par de veces al día entrás en una pizzería y te pedís una porción de faina y un cafecito. Con el café te calentás y con el faina recuperás energía. Y ahí tu dieta tiene todo lo que necesitás. Vas a ver que funciona.

Y funcionaba, en un momento en el que todo parecía descomponerse. A Jarito Walker lo habían secuestrado en un cine de Caballito, no sin que antes se subiera al escenario y gritara su nombre dos veces. Paco Urondo se había tomado la pastilla en Mendoza mientras la patota lo perseguía. Todos los días desaparecía o moría un compañero. Lo sabían por el boca en boca, por las emergencias que saltaban en los teléfonos, pero también por los cables de ANCLA, que Rodolfo Walsh y su equipo clandestino elaboraban, y que ellos hacían circular. Allí se describían las caídas, el funcionamiento de los grupos de tareas, los secuestros, las torturas, la ESMA, Campo de Mayo, los simulacros de fusilamiento. La información figuraba con una precisión sorprendente. Lo que Carlos no sabía era que dentro de ese número de desaparecidos y asesinados, Héctor tenía dos hijas. Y le hubiera costado imaginarlo: cada vez que él flaqueaba y sentía que no podía seguir, aparecía Germán, el Viejo, con su sobretodo, su bigotón y sus palabras de

aliento. Ese hombre era como una llamita en medio de la noche oscura.

28

Miguel Medina escuchó una balacera y salió corriendo a la calle junto a sus compañeros de trabajo para ver de qué se trataba. Había conseguido un puesto como albañil en la obra en la que Rudy era jefe de personal, en Wilde. Cuando se asomaron a la vereda ya no se escuchaban tiros, pero Miguel vio que la caseta de seguridad, elevada algunos metros, estaba toda agujereada. Era 19 de agosto y a pocos metros de ahí, un pelotón de Montoneros había ejecutado al general Omar Actis, designado por la junta militar como presidente del ente que debía organizar el Mundial 78. En el medio del operativo, el hombre de la caseta intentó dispararles, pero apenas se asomó con su FAL, lo repelieron.

El capataz les dio permiso para que se fueran temprano. Mientras se cambiaban, un compañero le comentó a Miguel que le había parecido ver a Mórtola detrás de un auto, vigilando todo lo que pasaba. En la obra lo conocían por un paso fugaz que el Vasco había tenido en ese trabajo. Pero Miguel no pudo comprobar si su amigo había participado del operativo. Cuando salió a la calle, estaba desierta. Sólo se escuchaba la sirena de un patrullero a lo lejos.

Algunos años después, se le iba a adjudicar el operativo a un grupo de la ESMA como parte de la disputa de poder entre la Marina y el Ejército. Y si bien con la muerte de Actis y su reemplazo por el almirante Carlos Alberto Lacoste —que iba a dar vía libre a las

intenciones de Massera de hacer negocios faraónicos con el Mundial— se vio beneficiado el jefe de la Armada, la operación fue planificada desde la Columna Sur. El objetivo era boicotear un Mundial que pretendía mostrar a la Junta Militar como un gobierno poderoso que había pacificado y ordenado al país. La prueba de que la ejecución estuvo a cargo de un pelotón montonero fue un reloj: el Rolex que llevaba Actis llegó como trofeo de guerra a uno de los jefes de la columna, que a su vez se lo entregó a Roberto Perdía.

La respuesta del Ejército fue lo que se conoció como “la masacre de Fátima”: el 20 de agosto, 30 cadáveres aparecieron fusilados y dinamitados en el kilómetro 62 de la ruta 8, en la localidad de Fátima, partido de Pilar. Habían sido trasladados desde el centro clandestino que funcionaba en Coordinación Federal y desde Campo de Mayo y ejecutados de un tiro en la cabeza. Luego, con la detonación de una bomba, los cuerpos aparecieron esparcidos en un radio de treinta metros. Rodolfo Walsh, en su documento “Historia de la guerra sucia en la Argentina” redactado a fines de noviembre de ese año, entre todas las denuncias de represión incluyó la masacre como parte de un método de represalias de las Fuerzas Armadas y de las fuerzas de seguridad. El texto circuló por todas las redacciones, pero ningún medio lo publicó.

29

Aunque ya no iba a Villa Argentina, Cocho seguía en Avellaneda y tenía a cargo algunos grupos de milicianos, pero no se llevaba bien con su nuevo responsable, el Gordo José. El principal conflicto era

que, para operaciones de riesgo, le enviaba chicos que apenas sabían manejar armas.

Era mediados del 76 y le dijeron que iba a tener una cita con una compañera de mayor rango de la Secretaría Política para analizar su situación. Cuando llegó a la esquina acordada, la reconoció enseguida. Se había cortado el pelo, pero seguía igual de bella.

—Compañera Marcela, qué alegría volver a vernos.

Se abrazaron. Se habían visto por última vez antes del golpe y habían compartido una situación algo cómica: mientras caminaban por Avellaneda, Estela se resbaló y se cayó en un charco con verdín. Cocho la llevó a su casa y le prestó ropa de su mujer. Si hubiera sido por ella, habría seguido con el vestido todo enchastrado. Ahora, esos días de verano estaban muy lejos y el invierno parecía interminable. Le contó lo que le pasaba y ella le prometió que se iba a ocupar del tema. A la semana se volvieron a encontrar.

—Ya está, ahora tu responsable soy yo.

Le dijo. Un mes después, los dos iban a estar a cargo de la contención de un acto relámpago de propaganda en la avenida Pavón, a la altura de Gerli. Los equipos de seguridad eran tres, dispuestos para bloquear la entrada de la policía. A ellos les habían asignado vigilar una diagonal que salía a Pavón. Cuando en medio de la operación escucharon las sirenas, se miraron y se dijeron que no había alternativa: el patrullero avanzaba por la diagonal y ellos tenían que pararlo. Cocho estaba con una carabina 22 y Estela con una nueve milímetros. Empezaron a tirar, cada uno parapetado detrás de un árbol. Por unos segundos, a Cocho se le vino una imagen a la cabeza: él y el Vasco disparando en Ezeiza contra los árboles. Había pasado una eternidad desde ese día.

Finalmente lograron frenar al patrullero mientras los milicianos se dispersaban. Enseguida un auto de contención llegó para relevarlos.

—¡Ahora corran!

Les gritaron desde el auto. Ellos lo hicieron en zig zag y en contra de las agujas del reloj, como estaba indicado. Hasta que llegaron a lo de una compañera, descansaron un momento y cada uno siguió para su casa.

Hacía tiempo que Estela y el Vasco no tenían una casa propia. Con la caída de Sabrina, habían tenido que levantarse del PH familiar de Belgrano y, desde entonces, padecerían el mismo problema que la mayoría de sus compañeros: la falta de un lugar seguro. Más de una vez iba a saltar la emergencia, en mitad de la noche, y ellos iban a tener que salir de imprevisto, dejando los platos sucios en la pileta, con Miguelito a upa y los bolsos cargados de fierros.

Para mediados del 76, la Columna Sur todavía estaba casi íntegra pero, como en las otras zonas, padecían la falta de recursos para comprar o alquilar casas. Después de una estadía breve en un conventillo en la Boca, terminaron en lo de Ana, esa compañera con la que Estela había compartido charlas íntimas en los viajes en colectivo hacia la Isla. Ana había pasado al área de Logística, trabajaba en la Ítalo Argentina y vivía con su marido Juan, oficial de zona sur, en una casa en Avellaneda. Se habían casado pocos días antes y como Ana no tenía plata ni para el vestido, Estela le prestó el suyo. El matrimonio estaba encantado con tenerlo a Miguelito en la casa, que con casi dos años y medio se la pasaba jugando al fútbol en el patio y los llamaba tíos. Era demasiado alto para su edad y los pañales le incomodaban. Un día, Juan llegó con una pelota nueva y le dijo que se la daba a cambio de los pañales. A

partir de ese momento, Miguelito empezó a usar el inodoro. A veces, Ana lo lleva a casa de sus padres, que lo cuidaban como a un nieto.

La convivencia, en cambio, no era tan armoniosa con el Vasco. La estadía se empezó a alternar con días de arresto en la casa por diferentes motivos. El arresto significaba no sólo la reclusión, sino también leer documentos y ayudar con las tareas domésticas, algo que el Vasco raramente hacía. Ana se quejaba de que no era capaz de lavar un plato sucio y que cuando ellos se iban a trabajar, él se quedaba en la cama matrimonial durmiendo. En una ocasión el Tata Sapag, que era oficial de Sur II y solía reunirse con Juan, lo levantó en peso:

—Vasco, yo lo siento mucho pero acá los compañeros trabajan todo el día. Así que vos vas a tener que encargarte de la limpieza de toda la casa, ¿estamos?

Para ese entonces, Estela ya no vivía con ellos. Se había mudado con Miguelito a una casa con otros compañeros. A Ana y a Juan les dijo que era por un tema de seguridad, pero ellos sabían que hacía tiempo que las cosas entre ella y el Vasco no estaban bien. Estela se quejaba con su amiga de que no lo soportaba, de que estaba pasado de revoluciones y de que se hacía difícil perdonarlo una y otra vez. Pero había días en los que Ana la notaba ya no enojada sino triste, apagada, ausente, como si una neblina le cubriera sus ojos grandes. Cuando muchos años después supo que en sólo un mes Estela había perdido a dos de sus hermanas, pudo entender la razón de ese estado nebuloso más allá de los problemas de pareja.

El Vasco no duró mucho en aquella casa sin Estela. Una tarde, Ana volvió de trabajar y vio que no estaba. A la media hora llegó Juan, que tampoco sabía nada de él. El Vasco estaba tabicado, por lo que tenía prohibido salir de la casa sin la guía de ellos: se

suponía que no debía saber dónde quedaba. Su ausencia, entonces, significaba que algo había pasado y que tenían que levantarse. Habían empezado a guardar lo indispensable en bolsos cuando sintieron que alguien caminaba por el pasillo que separaba a la casa de la calle. Juan tomó el arma, dispuesto a disparar si era necesario. Hasta que escuchó que alguien pedía que le abrieran la puerta y reconoció la voz del Vasco.

—¿Sos boludo? ¿Qué mierda hiciste? ¿Cómo vas a salir de la casa?

Juan, que solía ser el más paciente y comprensivo de la pareja, estaba desencajado. Y hubiera querido agarrarse a piñas, especialmente después de escuchar la excusa del Vasco.

—La extrañaba a Marcela, y salí a ver si la encontraba.

Le dijeron que se fuera. A partir de ese día, Ana sólo iba a tener noticias de Estela y el Vasco a través de su marido, que se los seguía cruzando en reuniones. Supo, por ejemplo, que los dos se habían enfermado de hepatitis. Pero recién iba a saber el verdadero nombre de Marcela un año y medio después, cuando cayera secuestrada en el Vesubio y una compañera de Isla Maciel se lo contara. Ya en democracia, Ana pudo reunirse con Miguelito y con Elsa, a quien rastreó para devolverle el vestido de novia de su hija.

30

—Diana no aparece. Tendrías que viajar a Tucumán a presentar un hábeas corpus.

Marina se lo pidió a Elsa desde un teléfono público, en Florida. Le dijo, además, que era la única que podía hacerlo porque no estaba

en riesgo como el resto de la familia. Marito, a su lado, escuchaba cómo el tono de Marina se hacía cada vez más seco hasta que, en medio de lo que parecía una discusión, cortó.

—¿Qué pasó?

—Mi mamá no entiende un carajo. Ahora se puso a llorar como loca, qué se yo. Nunca aceptó nuestra militancia y está peleada con mi papá.

En esos días, la muerte era una variable cotidiana a la que se le decía “perder”. Ir a una cita implicaba la posibilidad de morir o de enterarse de nuevas muertes, y no había demasiado espacio para el duelo: había que seguir con la convicción de que se lo hacía por el que había caído. Sobre eso hablaban entre los compañeros. Sentían que el mejor antídoto contra el terror era vivir plenamente. Militar pero también enamorarse y tener hijos con la premura que les imponía la realidad. La contracara de esa intensidad eran los estallidos repentinos, las crisis inesperadas que ponían al desnudo la tensión diaria. Marina lo experimentó el día que creyó que Manuel, su responsable, había caído. Se puso a llorar, desconsoladamente, entre angustiada y furiosa. No había modo de calmarla.

Manuel, que había quedado a cargo del grupo después de que a Chichín lo destinaran a la colimba, había estado enfermo durante tres días y no había podido avisar. Pero lo cierto era que la estructura de General Sarmiento estaba desintegrada y ellos se sentían completamente abandonados. Tras una sucesión de caídas, el responsable directo de Manuel se fue sin avisar y no hubo reemplazo para él. La Columna Norte era la más golpeada del Gran Buenos Aires y no había militantes para cubrir los espacios.

Finalmente el grupo se desarmó y Marina pasó como miliciana a la Secretaría de Prensa, Agitación y Propaganda. Cambió su nombre de guerra por el de Valentina, la sensual protagonista de la historieta de Guido Crepax, y se mudó a una casa en Villa Adelina con un grupo de compañeros, entre los que estaba Miguel. Hacía un año que no la veía a Marina y le dio especial alegría reencontrarla. Había crecido, se parecía cada vez más a Estela en su andar, y hasta le provocaba cierta atracción. Verla en la terraza mientras lavaba la ropa con su pollera cortita le generaba sensaciones nuevas. Pero lo que más le gustaba de su presencia era recuperar esa familiaridad de los tiempos de Beccar.

Ahora, además, compartían un ámbito de militancia. Después de un año errático, Miguel había vuelto a militar en su zona originaria. Hacia fines del 75 lo habían despromovido de la conducción de la UES de San Isidro por considerarlo poco orgánico. Él solicitaba más armas y recursos para proteger a su gente al tiempo que requería mayor autonomía para decidir y realizar acciones de propaganda armada. Sus reclamos coincidían con los de la disidencia comandada por Galimberti pero, incluso para ellos, Miguel se había vuelto incontrolable. Estaba pasado de ganas de operar, decían. Sus discusiones eran con Mercedes Depino, la máxima responsable de la UES de Norte que estaba alineada con Galimberti. Pero en lugar de negociar, Miguel iba al choque permanentemente.

La consecuencia fue su traslado a una villa en San Martín en la que el trabajo político era casi nulo. Lo rescató su amigo del alma, Eduardito. Como oficial de San Fernando, le dio un nuevo nombre con documentos falsos y lo mandó a la Villa 25 de Mayo, una de las más bravas de la zona. Miguel volvió a sentirse como pez en el agua. En esos primeros días del 76 llegó desde La Plata Marcelo

“Francisco” Ravé. Como nuevo jefe de la unidad, lo reincorporó a la estructura. Empezaron a funcionar con esa autonomía que Miguel tanto había reclamado. Se autodenominaban “la banda de Francisco” y salían a patrullar la zona en autos operativos listos para actuar militarmente. También se sentaban a tomar una cerveza en un bar, a comer en una parrilla o armaban pequeños operativos simplemente para ir al cine. Los días eran festivos y se sentían invencibles. Incluso cuando empezaron a caer compañeros, ellos todavía creían que podían ganar.

Hasta que los mataron a Eduardo y a Francisco.

En la madrugada del 4 de agosto, el Ejército, en conjunto con la Policía Federal y la Bonaerense, cercó la casa en la que vivían junto con Liliana “la Tana” Corti, en ese entonces pareja de Eduardo, y el hijo de ella, Horacio Pietragalla, de sólo cinco meses, a quien su madre escondió en la bañadera tapado con frazadas. Horacio iba a ser apropiado por el teniente coronel Hernán Tefzlaff, quien se lo entregó a la mujer que trabajaba como empleada doméstica en su casa, y recién a los treinta y tres años pudo recuperar su identidad.

Los tres cuerpos fueron llevados a Campo de Mayo. Unas horas después de aquel tiroteo, Miguel se abrazaba con la Pelo y otro compañero. Se sostenía en ellos para no caerse mientras repasaba mentalmente una imagen: Eduardito sentado en la cocina de su propia casa, unos días antes de morir. Lo había visto Nidia Fernández Long, su madre. Sorprendida por esa presencia, le preguntó qué hacía ahí.

—Vine acá porque necesitaba un poco de paz, sólo un poco de paz.

Por ese entonces, el enfrentamiento de la Columna Norte con la Conducción Nacional era abierto. Además de reclamar la autonomía

de las columnas y la descentralización del presupuesto, Norte también la acusaba de avanzar en la definición de políticas sin haberlas discutido previamente, como la construcción del movimiento montonero, y pedía la convocatoria a un Congreso Nacional del partido para ratificar o no la legitimidad de la conducción. La Columna de La Plata y sectores de la Columna Oeste, Sur y el Litoral se sumaron al pedido. Pero en septiembre, la Conducción rechazó la convocatoria. Consideró que contribuía al internismo y a abandonar la lucha real con el enemigo. También se argumentó con cuestiones de seguridad que todos comprendían: pocos creían que fuera el momento adecuado para realizar un encuentro nacional. La contrapropuesta fue un referéndum en el que sólo podrían votar los cuadros superiores bajo la moción de si la Conducción debía o no imponer la línea del partido. Ganó el sí. Incluso los más críticos, como Walsh, terminaron votando a favor, con la idea de que no podían cambiar de rumbo bruscamente en ese momento crítico.

Con esa legitimidad renovada, la Conducción Nacional intervino la Columna Norte. En la casa de Villa Adelina, considerada un pequeño foco de disidencia, hubo una reunión: alguien de la nueva jefatura de Norte —alineado con la Conducción Nacional— quería comunicarles los nuevos parámetros para la zona. La persona apareció encapuchada. Frente a ella, Marina, la Pelo y otros compañeros miraban atónitos. El primero en reaccionar fue Miguel.

—¿Qué es esa capucha? Me parece una hijaputez que mina la moral de la tropa. Estamos acá haciendo seguridad y si fuera necesario vamos a morir para que te escapes y vos con esa bolsa en la cabeza.

Dijo, enfurecido. Debajo de la capucha habló Leticia, oficial primera, quien le bajó los humos al instante con un simple “acá no te hagas el cocorito”, y siguió encapuchada. Antes de irse, Leticia les soltó una amenaza:

—Vamos a ver qué pasa de ahora en más con cada uno de ustedes.

No pasó nada y el ritmo de la casa siguió con sus vaivenes en ese invierno infinito del 76. A veces se sentían animados y se quedaban hasta tarde tocando la guitarra. Algunas noches podían ser hasta quince personas, que terminaban durmiendo amontonadas en las pocas camas que había. En el silencio de la madrugada, las pesadillas podían generar llantos o gritos. Pero también se escuchaban los movimientos y sonidos contenidos del sexo.

Durante veinte días, también Miguelito vivió allí. Estela y el Vasco se habían enfermado de hepatitis y Marina se hizo cargo de él. Los compañeros se turnaban para cuidarlo, pero con quien más se entusiasmaba era con Pepe Villagra, que tenía una moto y cada tanto lo llevaba y lo traía junto con Marina. A sus dos años y medio, Miguelito empezaba a nombrar todo y eso era un riesgo. El Vasco le había enseñado que a las armas se les decía “pucho”. Pero un día, mientras Miguel revisaba el sistema de recarga de una Bataan 71, Miguelito le preguntó qué era.

—Una escopeta.

Le dijo sin darse cuenta. A partir de ese momento, cada vez que veía un arma, Miguelito le decía pucho. Excepto a la escopeta.

Carlos Aznarez ahora era parte del grupo de periodistas que había armado ANCLA junto a Walsh. Ese día tenía que encontrarse con un compañero del Servicio de Inteligencia, pero en su lugar apareció Héctor. Carlos se habría alegrado de verlo si no hubiera sido por la profunda tristeza que leyó en la mirada de aquel hombre al que él había incorporado a la organización tres años antes. Mientras caminaban por una calle céntrica, Héctor le dio unos papeles. Antes de despedirse, Carlos intentó decirle algo para animarlo.

—Viejo, la cosa está mal, pero vamos a salir adelante.

—Yo tengo una mochila cargada de piedras por otras cosas. A vos te lo puedo contar porque la conocés: perdió mi hija en Tucumán.

Carlos y Diana se habían conocido cuando ella militaba en la Villa 21 y él en Prensa, y coordinaron una volanteada frente a *Clarín*. Se habían visto por última vez en julio y de casualidad, en la calle. Diana había venido por una cita federal y caminaron juntos un trecho largo. En ese entonces, dentro de la organización todavía sobrevolaba la idea de una posible victoria y, sin embargo, Carlos la notó muy preocupada.

—No estarás en La Plata que está terrible, ¿no?

—No, pero igual estamos todos muy localizados en cualquier lado. Caen compañeros donde sea.

En ese viaje, Diana se había enterado de la caída de sus compañeros de la comisión vecinal de la Villa 21. La noche del 29 de abril, una patota entró en la villa y secuestró a Teodoro Urunaga, Ricardo Gamarra Ortiz, Oscar Zalazar y a su mujer, María Esther Peralta, que estaba embarazada. Antes de sacarlos a las patadas y empujones delante de los vecinos que miraban aterrados, los

picanearon con el cable del velador en la casilla donde había funcionado la unidad básica. Los primeros días de mayo, los cuerpos acribillados de los tres hombres aparecieron en Parque Centenario. Habían sido brutalmente torturados. La mayoría de los compañeros se enteraron a través del diario y, una vez más, la noticia era falsa: hacía referencia a la muerte de extremistas como consecuencia de un enfrentamiento con la policía luego de que atacaran la seccional 11 de la Policía Federal. Nada decía sobre María Esther, que sigue desaparecida. En represalia, un pelotón montonero atacó la comisaría 28, de Parque Patricios, de donde salían y entraban los vehículos de los secuestradores.

32

—Vos sos la mujer de Miguel, ¿no?

—Sí

—Me alegro mucho de que estén juntos.

A la Pelo se le encogió el pecho. Héctor la abrazó. Y no había dudas de que era sincero en el gesto. Había pensado en ese encuentro mentalmente durante todo el trayecto, mientras miraba al suelo para no reconocer el camino a la casa en el Delta: le pesaba ser la novia de Miguel y estar frente al papá de Beatriz, ahora que ella estaba muerta. Unos meses después le mandó a Miguel la versión de tapa dura de *El Eternauta*: tenía una dedicatoria cariñosa en señal de reconciliación.

Para el mediodía, ya eran varios en ese jardín agreste. Entre ellos estaba Victoria, totalmente recuperada y con su embarazo avanzado. En la parrilla, un chanchito se asaba lentamente. Héctor,

con un repasador al hombro y la barba crecida, permanecía callado frente al fuego.

33

El 10 de septiembre del 76 yo estaba con Mary, una muchacha que había estado toda la vida con nosotros, desde que las chicas eran chiquitas, y era la madrina de Martín. Estábamos solas, yo tenía el dormitorio arriba y ella, abajo. Yo, como no dormía porque vivía en insomnio total, veía televisión hasta las cuatro de la mañana. Ahí ya estaba en un estado de dolor tal… creo que cuando uno está con ese dolor ya no hay miedo, no hay nada, desaparece todo, casi que deseaba que pasara algo conmigo y que se acabara, porque vivir la angustia que yo vivía por cada una de mis hijas era más de lo que un ser humano podía soportar. Esa noche eran las dos, tres de la mañana, y de pronto siento un estallido y veo los vidrios de la ventana que se rompen. Y pensé: esto es una bomba que estalló en la vía del ferrocarril. En realidad era una bomba que me tiraron a mí, a la ventana del dormitorio, y pegó debajo de la ventana que había un alero, dejó un agujero en el alero y el estallido rompió también los vidrios de la ventana. Entonces yo salto de la cama con un batón de abrigo que tenía puesto, porque me moría de frío, y en el momento que me asomo veo que está toda mi casa iluminada con reflectores y que había una fila de militares apuntando con ametralladoras. Entonces alguien me grita por el altavoz que apague la luz y baje inmediatamente, que si no me tiran. Yo no entendía nada, pero si me demoraba un poco más en reaccionar, me tiraban. Más de una vez pensé: por qué no lo hice. Pero bueno,

tenía que vivir. Entonces apago la luz y bajo, y cuando bajo dicen: prenda la luz del porche, después abra la puerta, si no lo hace, le tiramos. Usted y las personas que haya. Yo sentía el ruido de los seguros de las armas. Entonces le digo a Mary, venga Mary que tenemos al Ejército en casa. Abrí la puerta, se abalanzaron un montón de tipos, contra ella y contra mí, nos tiraron contra la puerta del garaje, con las manos arriba, y nos amenazaban con las ametralladoras. Me preguntaban quién estaba adentro, y si mi marido estaba. Les dije que no, que hacía un año que no lo veía y era verdad, hacía un año que se había ido y yo no sabía dónde estaba. ¡No mienta! Bueno, entren, qué podía hacer. Así que nos arrastraron a las dos y entramos en el living y me dice el militar, dónde está su marido, entonces le dije muy tranquila, yo no sé dónde está mi marido, no tengo idea, acá no sé lo que ustedes buscan, pero en esta casa estamos esta señora y yo, está toda abierta, no hay un solo mueble con llave. Era cierto, siempre estaba abierta, no había llaves, además estaba medio derrumbada. No hay nada de nada, lo único que les pido es que me respeten porque ésta es mi casa. Todo lo que quieran mirar, miren, está a disposición de ustedes. Y lo desconcerté totalmente. Era un tipo flaco, alto, con una boina muy encajada, con su traje de fajina. Se quedó completamente descolocado. Miró a los tipos que nos apretaban a mí y a la otra chica, y les dice, suelten a la señora, y me soltaron inmediatamente los gorilones esos que eran unos pedazotes de tipos impresionantes. Entonces yo los miré y les dije así me gusta, porque usted está hablando con una señora, me alegro de que se haya dado cuenta. Claro, ellos estaban acostumbrados al terror, y entonces me dijeron: Mire señora, discúlpenos, pero tenemos que hablar unas palabras con usted. Bueno, bueno, todo lo que quieran.

Y me empezaron a hacer preguntas sobre mi marido. Lo primero que me preguntaron era si era judío, les dije que no. Les dije que era católico, no practicante, que no éramos de una fe, pero me di cuenta de que había persecución con la idea de que era judío. Y me espanté, qué estaba pasando en este país. Me hacían preguntas sobre la ocupación de mi marido, yo les decía lo que hacía y me dijeron, no no, políticamente. Yo políticamente no sé. Desde que se fue que yo no sé qué hace, en qué está. Lo que sí les puedo decir es que acá no van a encontrar nada. Revisaron la casa entera. A todo esto, mientras él me hacía estas preguntas, a Mary le hicieron las mismas, y ella coincidió. Además habían hecho una investigación en el vecindario, y dijeron lo mismo, que hacía mucho que no vivía ahí. De esto me enteré después. Revisaron todo. Fueron a mi cuarto en el que cada uno tenía un placard. El de él estaba lleno con su ropa, toda, toda, porque cuando venía se llevaba alguna ropa de reposición. Amén de los libros. El garaje estaba todo forrado de libros, y había un entretecho, como un altillo, y ahí él había guardado los libros de la universidad y las cosas que no utilizaba. De manera que ellos podían suponer que eran cajones de armas, así que los pobres tipos que subieron ahí deben haber quedado con ciática. Miraron, bajaron, y dijeron acá no hay nada coronel, o no sé cuánto. Habrán estado 40 minutos. No me tocaron nada, nada, dejaron todo como es taba. Se llevaron una fotografía. Me dijeron: Señora, nos llevamos una fotografía de su marido. Nunca supe cuál era porque había una caja llena de fotos. Y de ahí mismo, el que estaba a cargo llamó al comando de no sé qué, y le decía: Mi comandante, la señora tiene óptimas referencias y no se encontró nada de lo que se buscaba. Y se fueron y no tocaron nada. Nadie lo puede creer. Yo creo que era la frialdad mía porque ellos

estaban acostumbrados al susto, al terror. Y fue algo absolutamente tranquilo. Eso sí, me costó tres días de no poder moverme, sentía como las articulaciones quebradas, de la terrible sensación de nervios. Pero ahí me di cuenta cómo yo era capaz de disimular un estado de tensión que no sé si mucha gente sería capaz de soportar. Mary, impecable, tengo una deuda con esta mujer increíble, porque la lealtad de esta mujer, el cariño de esta muchacha, no se puede creer. Y nos quedamos las dos, me tiré en la cama. Al rato de irse ellos, los vecinos empezaron a entrar en desesperación porque no sabían si me habían llevado. Entonces la señora del doctor Firmat, una norteamericana, una mujer encantadora, me llama por teléfono. Elsa, ay, Elsa, estás ahí, qué alivio. Con mi marido no hubiéramos sabido a dónde ir si te llevaban. Le digo quedensé tranquilos que estamos bien. Yo no había pensado jamás irme de la casa pero frente a la humillación ante un barrio entero en el que se criaron mis hijas y en el que me querían entrañablemente, sentir que me trataran como una delincuente me pareció insoportable. Dije me voy, dejo la casa, y me fui a lo de mis padres, en la calle Huergo, y nunca más volví a Beccar. Mi vida en esa casa, en la que habíamos sido tan felices, había terminado para siempre.

34

Pablo, que desde la desaparición del Partido Autónomo había pasado a la Secretaría Política Nacional, solía trampear las normas de seguridad para verse con Héctor y reeditar el placer de la sobremesa, como un eco de lo que había quedado congelado en el

living de Beccar. Para fin del invierno, con Victoria lo invitaron a cenar a su departamento de la zona sur de la Capital, en el que la cocina era tan pequeña que habían tenido que meter la heladera adentro de un placar. Pablo no lo veía desde hacía tiempo y lo encontró muy golpeado. Incluso físicamente: parecía más encorvado y envejecido. Intentaron hablar de bueyes perdidos pero la charla siempre terminaba en el mismo lugar. Qué estaba pasando, qué estaban haciendo, qué les esperaba.

—Viejo, ¿estás seguro de seguir? Sos demasiado conocido, te pueden reconocer en la calle.

—No tengo dudas. Por supuesto que voy a seguir.

Héctor no dio lugar a la discusión. Se quedaron despiertos hasta tarde. Y, sólo por un instante Pablo lo vio enderezarse y recuperar el brillo en los ojos.

—Ninguna de las dos cantó nada.

Le dijo con la voz entrecortada. Hablaba de Beatriz y de Diana.

Y entonces Pablo pensó en los personajes del Viejo, esas personas comunes dispuestas a hacer cosas extraordinarias. Y también en la hija que esperaba, esa que se había aferrado al cuerpo baleado de su mujer y que iba a nacer dos meses después, el mismo día de su cumpleaños. Le pusieron Teresa y lo primero que hicieron cuando nació fue contarle los dedos.

Héctor no llegó a conocerla: esa noche fue la última vez que lo vieron.

El domingo 26 de septiembre Raúl llegó a Buenos Aires. Lo primero que hizo no fue reportarse orgánicamente sino visitar a su mejor amigo, Adolfo Poggio. Ese día cumplían años él y su hijo, Raulito. La aparición de Raúl —vestido, como siempre, con ese raro estilo antiguo— iba a ser una suerte de regalo. La casa estaba llena de amigos y familiares y, en medio del festejo, Irma llevó aparte a su marido.

—Raúl me preguntó si se podía quedar en casa unos días. Necesita estar tranquilo en un lugar para reorganizarse. ¿Qué le digo?

Adolfo no lo dudó. Sólo tuvieron que armar un cuento para sus padres, que vivían en la planta baja. Les dijeron que Raúl había vuelto porque quería terminar de cursar las dos materias que le faltaban para recibirse de químico. Durante los tres meses que vivió allí, la rutina siempre fue la misma. Los dos salían temprano hacia Laferrere, en el conurbano, donde Adolfo tenía su laboratorio de análisis químicos. Lo había montado después del golpe de Estado, cuando en el Instituto Nacional de Farmacología y Bromatología lo declararon prescindible por su actividad sindical, al igual que a la junta de delegados. Pasaban unas horas juntos y luego Raúl seguía con sus actividades.

En ese entonces, el centro de los pensamientos y acciones de Raúl era Diana. A pesar de que en todo momento se mostraba sosegado, a Adolfo le confesó que lo desesperaba la idea de que la estuvieran torturando. Sus esperanzas estaban puestas en Elsa: quería que ella interpusiera un hábeas corpus en Tucumán y se lo transmitió a sus padres en una carta, en la que también les pedía organizar un encuentro con su hijo. La casa de sus padres solía estar vigilada y necesitaban encontrarse en otros sitios. Lo hicieron

un par de veces en un cruce camino a Luján. En esas pocas horas que pasaba con Fernando, Raúl jugaba con él, lo besaba o simplemente lo veía dormir. Después, volvía a la casa de sus amigos transformado, casi feliz.

A Irma le gustaba recibirlo en ese estado, aunque esa alegría después se transformara en bromas infantiles que ella soportaba como una madre paciente. Le habían acondicionado una cama en el cuarto de los chicos, Santiago, su ahijado, y Raúl, el bebé de un año que llevaba ese nombre por él. Santiago tenía tres años y medio y solía despertarse por las noches para pedir una mamadera con leche. Cuando eso no pasaba, Raúl era quien lo hacía imitando la voz del niño. Hacia allá iba Irma, dormida. Hasta que se daba cuenta de lo que pasaba, lo puteaba y se volvía a su cuarto. Después se dormía con la tranquilidad de tenerlo ahí, entre ellos, vivo.

Afuera, mientras tanto, el exterminio avanzaba y Raúl se desesperaba por hacérselo saber a los mandos de conducción. Con su compañero Emerson habían convenido alertar a Campiglia de que la masacre que se vivía en Tucumán se iba a generalizar en todo el país; si no tomaban medidas, en pocos meses la propia organización iba a desaparecer. La tortura, además, estaba siendo demasiado efectiva. En ese contexto, decían, se hacía necesario planear una retaguardia real porque las casas del pueblo y de los compañeros habían dejado de serlo. Ya no quedaban espacios para resguardarse.

Campiglia elevó los argumentos de Raúl y Emerson. Pero volvió con una negativa. La Conducción consideró que el planteo era fruto de la mirada sesgada de dos militantes demasiado golpeados por sus situaciones personales. Emerson también había perdido a su

mujer, María Alejandra Niklison, embarazada de cinco meses. Emerson y Raúl desconocían si el desarrollo político en Buenos Aires y el resto de las grandes ciudades era suficiente para resistir como les decía su responsable. Ellos, de todos modos, volverían al monte. Campiglia estuvo de acuerdo. Hasta ahora, los cerros habían sido un escenario seguro y podía funcionar como base para reconectarse con los militantes sueltos. Además, podían guardar armamento, algo imposible de sostener en la ciudad. El riesgo de aprovisionarse lo iban a resolver con grandes embutes de comida que les permitieran sobrevivir un par de meses sin necesidad de bajar a la ciudad.

La tarea de Raúl era armar el grupo que subiría con ellos. Aunque sólo necesitaba reclutar a otros tres militantes y en Buenos Aires había decenas de compañeros que habían logrado escapar de Tucumán, no le resultó fácil. La mayoría buscaba reengancharse, pero casi ninguno contemplaba volver al monte. Circulaban por Flores o Retiro y se cruzaban en subtes o colectivos donde programaban citas. Una tarde llegaron a juntarse unos veinte en la calle, a plena luz del día, que saludaban a Raúl y a Emerson como si fueran veteranos de guerra. Muchos tenían los cuerpos golpeados o con heridas que todavía no habían cicatrizado y cuando se abrazaban, pedían que fuera con cuidado.

Susana Sánchez, una militante de la JUP tucumana que había estado bajo la responsabilidad de Diana y solía cuidar a Fernandito cuando vivían en Tucumán, empezó a encontrarse con Raúl una vez por semana. Eran citas de control, en las que hablaban de generalidades mientras caminaban. Tenían necesidad de contención y a veces se decían más allá de lo que permitía el tabicamiento. Así Susana supo que Diana había caído y que Raúl era su pareja. Pero

cuando le preguntaba sobre la situación, sobre los análisis que la Conducción hacía de lo que estaba pasando, Raúl se volvía extrañamente distante. No profundizaba en ninguna idea, sino que se plantaba en posturas rígidas que sonaba a eslóganes. Hasta que un día llegó con la noticia de que estaba organizando la vuelta a Tucumán y que ella estaba entre los que debían subir al monte.

—Acá tenés la lista de las cosas que tenés que comprar.

—¿Y a qué vamos? ¿Por qué a Tucumán si todo está caído?

—Las directivas son ésas y no te queda otra que seguir dentro de la orga.

—Eso está por verse.

Dijo Susana. Pero Raúl no acusó recibo. Le pasó una cita para que resolviera los detalles de la partida y dio por terminada la conversación. Susana decidió no sumarse a la comitiva, lo que le valió la baja de la organización y la prohibición de ver a sus compañeros. Estaba convencida de que hacía lo correcto. Al poco tiempo se reincorporó, pero a la zona sur. Ahí se iba a sentir un poco más contenida.

De todos modos, el operativo de regreso al monte seguía avanzando. Ya habían planificado una dieta en base a cereales, charqui, y habían comprado una pistola de aire comprimido para cazar pajaritos. Adolfo también los ayudaba con lo que podía. Se había obsesionado con encontrar una manera de camuflar las armas y pensó en meterlas dentro de damajuanas. Para eso tenían que cortar el envase de vidrio, guardar las armas, pegarle otro vidrio en el medio y llenarlas de vino. Después las cubrirían con estuches de mimbre. Adolfo había leído en la revista *Mecánica popular* que para cortar el vidrio había que embeber un piolín con querosén, colocarlo alrededor y prenderlo fuego. El calor lo cortaría. Pero

fracasaron con esa y otras técnicas y finalmente decidieron trasladarlas en las bases de arbolitos de navidad. En medio de todo esto, Raúl seguía con una certeza en su cabeza: iba a encontrar a Diana con vida.

36

Fui a Tucumán a presentar un hábeas corpus. Fue una situación muy traumática. Estuve más de tres días. No me hicieron ir a la comisaría porque en el juzgado tenían miedo de lo que podía pasarme. Me alojaron en un colegio de monjas. Una de las profesoras tenía su esposo abogado. Me atendieron, me escucharon y me dijeron que me volviera, que si había alguna novedad me iban a avisar. El secretario del juez me lo dijo: vaya a su trabajo porque acá no va a poder hacer nada y es un peligro que esté acá. Después no presenté más. Era una farsa. Lo único que recibí fue un aviso para ir a una institución militar más o menos frente al Obelisco, era un edificio de unos nueve pisos, me mandaron para que me encuentre con un representante de un organismo militar de Tucumán pero me hicieron preguntas que me llamaban la atención por lo poco importantes. No recuerdo el año, habrá sido cuando se hablaba de que iban a venir los juicios, ya en democracia, pero me acuerdo de que me dijeron usted no me conteste nada, sólo sí o no, porque todo esto es una mentira. Yo le voy a leer las preguntas. Y después se pusieron a hablar el abogado y el escribiente recordando los casos de asesinatos cercanos a sus casas, a mencionar a la gente que habían matado y yo ahí. Y

cuando se terminó la charla, me halagaban, y yo no sabía si escupirlos, insultarlos o irme. Esas cosas me tocaron a mí.

37

A Miguel Repiso, que luego sería conocido en el mundo de la historieta como Rep, le llamaba la atención las huellas que solía dejar Héctor en su camino desde la puerta de Récord hasta la pequeña oficina que ocupaba casi al final de un largo pasillo. Eran marcas de barro y él, que era adolescente, trabajaba como recepcionista y estaba atento a todo eso que los demás ni miraban, se preguntaba de dónde vendría. En la editorial pocos sabían realmente en qué andaba Héctor pero muchos sospechaban que estaba complicado. Más de una vez había dormido ahí, con el visto bueno de Scutti, el director. Un día en el que Héctor no estaba, llamaron desde una pensión para dejarle un mensaje al señor Oesterheld: habían entrado en su habitación a robar y estaba todo revuelto. Para mediados de octubre, Héctor apenas iba a la redacción. Y sus zapatos ya no estaban sucios. Juan Sin Tierra, el último compañero de Beatriz, había caído el 10 de septiembre a una cuadra de donde la habían secuestrado a ella. También marcado por un compañero, lo llevaron a Campo de Mayo con una herida de escopeta en la cabeza. Ahora Héctor boyaba de pensión en pensión: la casa del Delta ya no era un lugar seguro. Unos meses después, tampoco la editorial iba a serlo. Dos hombres, uno de civil y otro con uniforme de la Armada, entraron en Récord y pidieron entrevistarse con el director. Con pocos preámbulos, le preguntaron a Scutti si sabía en qué carajo se estaba metiendo publicando a

Oesterheld. También le pidieron alguna dirección donde encontrarlo. La misma escena se repitió en Columba. Por eso, cuando a los pocos días Antonio Presas, jefe de Redacción de Columba, lo vio entrar a Héctor, se quedó duro:

—Vayasé Oesterheld, vayasé cuanto antes, vayasé del país que lo están buscando.

38

Emerson presenció la escena azorado. Veía cómo esa gente se abrazaba y se saludaba a los gritos y se sentía en otro tiempo, en el que nadie se cuidaba de no llamar la atención. Ellos, ahora, no lo hacían: el bar estaba lleno de gente pero Estela, Marina y Héctor no podían contener la alegría de reencontrarse con Raúl. Durante los veinte minutos que duró el encuentro, los tres Oesterheld los bombardearon a preguntas, tanto a Raúl como a él. Cómo estaban, cómo se sentían, cómo era sobrevivir en Tucumán. No hablaron ni de Beatriz ni de Diana, pero Emerson percibió que estaban ahí, en cada pausa, en cada pregunta, en cada pensamiento que no se animaban a decir. Después se sorprendió de que Héctor le hubiera prestado tanta atención a él y que, al despedirse, le propusiera almorzar juntos uno de esos días. Aquel almuerzo fue el primero de unos veinte encuentros por diferentes restoranes porteños en los que Héctor solía explayarse sobre la historia del lugar y de cada comida como un sibarita. Conversaban sobre todo tipos de temas, pero siempre había un momento en el que Héctor le preguntaba sobre su experiencia en el monte. En uno de los últimos encuentros, le pidió un consejo. Le contó que había recibido una invitación para

participar de una Bienal de Historietas en Italia. Se sentía halagado porque le harían un homenaje por su trayectoria y lo conmovía el hecho de que lo hicieran sabiendo que militaba en Montoneros y de que estaba clandestino, pero tenía dudas de aceptar.

—No sé qué hacer. Quizá sirva para hacer propaganda desde allá. No sé qué pensará la Conducción si se los planteo. ¿Vos qué harías?

Emerson percibía el temor de Héctor a que el viaje fuera interpretado como una forma de escape, así que trató de convencerlo de lo contrario: de que sería mucho más efectivo afuera. A fin de cuentas, era demasiado riesgoso que estuviera en el país con su nivel de exposición.

—Ni lo dudes, Héctor, andá. Si tenés miedo a que te lo nieguen, hacé todo para salir y después les explicás desde allá.

Al poco tiempo, Emerson regresó a Tucumán. Héctor le había dado un sobre con el guión de una historieta basado en lo que le había contado sobre la experiencia en el monte. Le dijo que podían hacer lo que quisieran con eso, quizá hacerlo circular de manera clandestina. En su urgencia, Emerson se lo entregó sin leerlo a Campliglia. Nunca supo si Héctor viajó o no a Italia, pero al tiempo le preguntó a Campiglia qué había pasado con el guión.

—Lo quemé. Pasaba demasiada información al enemigo.

39

El 24 de noviembre, Pascualito se tomó un taxi para ir a una cita por Almagro. A veces se daba esos lujos. Vestido de traje —tenía uno solo, que llevaba a una tintorería de Avenida de Mayo, y

mientras lo lavaban, esperaba en calzoncillos— peinado a la gomina y con su bigotito fino y su maletín negro, miraba atentamente por la ventanilla. Su cabeza era una máquina de detectar movimientos extraños, de registrar citas cantadas y alternativas de escape. De pronto, le pidió al chofer que frenara, pagó y saltó del auto. Acababa de ver a María Inés, su mujer, caminando por la vereda. En una mano llevaba una cajita de cartón con ropa de bebé y con la otra se sostenía la panza. La última vez que se habían visto, apenas se le notaba el embarazo.

—Me parece que rompí bolsa.

Le dijo ella, sollozando, mientras se abrazaban. Pascualito no entendía, y le miró la mano, buscando una bolsa rota.

—No, no, quiero decir que el bebé está por nacer.

Le aclaró al padre primerizo. Con su mejor cara de inocente, Pascualito le preguntó a alguien que pasaba por ahí si no sabía dónde había un hospital. El hombre le indicó que a dos cuadras había uno. Era el Hospital Italiano. En ese trayecto, tenían que armar un cuento para entrar en el lugar. Como María Inés estaba con sus documentos reales, acordaron que se presentara con su nombre y dijera que era soltera. Pascualito esperó en la guardia. Estaba seguro de que su hijo iba a ser varón. Habían decidido llamarlo Mario Luis, no por él sino por Mario Luis “el Patito” Noriega, un compañero de La Plata que había muerto el año anterior en un tiroteo con la policía. Cuando uno de los médicos lo llamó y le dijo que era una nena, se quedó perplejo. No estaba en sus cálculos. Ponerse de acuerdo con el nombre sería un problema. Finalmente se llamó María, como su madre, y Fernanda, por Abal Medina. María Inés quedó internada y Pascualito, que había faltado a la cita, salió a la cita de reenganche prevista ocho horas después que la

original. Otra vez se tomó un taxi y otra vez lo paró intempestivamente. Si no fuera tan religioso —pensó mientras se tocaba la medallita de la Virgen que le colgaba del pecho— diría que es mi día de suerte. Ahí, como antes había visto a su mujer, ahora lo estaba viendo a Héctor. Se abrazaron.

—Yo estaba seguro de que vos estabas vivo, no sé por qué.

—Gracias por la fe que me tenés, Viejo. ¿Te cuento algo? Acabás de ser abuelo.

Héctor se quedó duro y lo miró desconcertado.

—¿Cómo que soy abuelo?

—Sí, la Flaca Inés acaba de ser mamá.

—Ah, la flaquita está viva, ¡no lo puedo creer!

—¿Qué hacemos, Viejo? Yo estoy yirando, la Flaca está yirando, no tenemos dónde ir.

—Mirá, en Suipacha y Corrientes hay unos departamentos de alquiler temporario que se llaman Administración Prado, yo más de una vez he alquilado, son muy buenos.

—Pero en Suipacha y Corrientes duro dos minutos… además tengo documento de City Bell, ¿qué digo si me preguntan por qué estoy acá?

—Otra cosa no tengo, pero no te preocupes que algo se me va a ocurrir para que el encargado no diga nada.

Fueron juntos y Héctor saludó amistosamente al encargado y le recordó que venía de parte de un tal Doctor Belaunde. Después bajó la voz, se acercó un poco más al hombre y le dijo que tenía que pedirle un enorme favor.

—Mi hijo y su mujer viven en La Plata y acaban de tener familia pero, como no están casados, la familia de la chica no quiere saber nada, así que ellos necesitan pasar unos días en Buenos Aires.

Usted me entiende lo delicado de la situación y con un bebé recién nacido…

—No diga más, ya mismo disponemos una habitación para estos chicos, si sabré de estos temas.

Mientras escuchaba el cuento, Pascualito comprobaba la capacidad de Héctor para armar historias. Una vez instalados, Pascualito sólo salía para comprar sándwiches de miga de la confitería Ideal, en frente. Héctor no se quedó con ellos. Les dio a entender que tenía dónde dormir y, también, que dormía bien acompañado, pero nunca les dio más detalles de su vida sentimental. A la semana, la orga le dijo a Pascualito que comprara una camioneta y una casa. La camioneta se la compró a unos gitanos en Devoto. Blanca con detalles en azul en la caja, era demasiado llamativa para su gusto, pero útil para trasladar lo que fuera necesario. La casa, por alguna razón, tenía que ser en Villa Bosch, un barrio obrero al noroeste del Gran Buenos Aires en el que también vivía Roberto Perdía. Ahí fueron, él y Héctor, y encontraron un chalet que cumplía todos los requisitos de seguridad. Tenía jardín y estaba rodeado de otras casas en las que en su interior funcionaban talleres textiles. Eso le daba movimiento al barrio.

El mayor riesgo era firmar el boleto: tenían que hacerlo con documentos falsos. El día de la operación fueron juntos a la inmobiliaria. Cuando Pascualito miró el documento que llevaba Héctor, se puso pálido y empezó a sudar.

—¿Estás bien, Julio?

—Sí, sí, es la emoción de tener una casa.

Mintió. Cuando salieron del lugar, Pascualito le preguntó si alguna vez había mirado detenidamente su documento falso.

—Es buenísimo ese documento, paso por todos lados.

Se atajó Héctor.

—Sí, pero en señas particulares ¡dice que te falta una pierna!

—¿En serio? Qué espectacular, ahora me voy a tener que hacer el rengo.

El dato le causaba tanta gracia que se estuvo riendo por un buen rato.

No bien se instalaron en esa casa, Héctor copó la mesa del comedor. Desplegó un montón de papeles con anotaciones, algunas a mano, otras hechas con una máquina de escribir portátil.

—Se viene la segunda parte de *El Eternauta*, te va a gustar.

—Qué bueno, Viejo, ¿y de qué se trata?

—Primero ponete a leer la primera y después te cuento.

El Eternauta II iba a salir publicado por primera vez en el *Libro de Oro de Skorpio*, de ediciones Récord, en diciembre de 1976. Allí estaban, nuevamente, Juan Salvo y sus amigos del chalet de Vicente López. También los Manos, los Ellos, los zarpos y los hombres robot dispuestos a exterminar a los humanos. Pero ya no se encontraban en el siglo XX sino en el XXII, y el Eternauta no era la síntesis del concepto de héroe colectivo sino un líder endurecido que llega para rescatar a un puñado de sobrevivientes, los hombres de las cuevas, que quedaron esclavos de los Ellos. Entre los sobrevivientes está María, una de las más aguerridas del grupo, tan bella como su hija Beatriz. Sin embargo, será un nuevo personaje el que concentre la mayor parte de la atención de esta segunda parte de la aventura. Uno que antes simplemente se limitaba a narrar y que ahora será protagonista: Germán, el escritor de historietas.

Como sucedía con todas las casas en ese entonces, también debieron levantar la de Villa Adelina. Marina empezó a dormir la mayoría de las noches en lo de Diego Arcos, su ex compañero de General Sarmiento. Diego era hijo de una familia aristocrática venida a menos que aún conservaba un caserón tipo quinta en Hurlingham, con pileta y hasta caballos. Allí vivía con su madre, separada, sus hermanos y su abuela Sara. En lo que había sido un garaje, con entrada independiente y apartado de la casa principal, cada noche, y sin que su familia supiera, Diego alojaba a compañeros.

Marina, en cambio, había sido adoptada como parte de la familia —sabían que era compañera de militancia de Diego— y dormía en el cuarto del hermano mayor que en ese entonces trabajaba en el campo. Algunas noches, cuando esa habitación no estaba vacía, lo hacía con la abuela. Diego estaba enamorado de Marina y rogaba que se pasara a la suya, algo que sucedió en ciertas ocasiones, a escondidas. Su madre podía arriesgarse en alojar a una militante, pero no iba a permitir que durmieran juntos en su propia casa. En ese entonces él trabajaba en una tornería. Se levantaba temprano, se afeitaba y se peinaba con gomina, mientras Marina lo observaba. Ella a veces le sacaba la espuma de afeitar y se dibujaba unos bigotes sobre el labio, como le gustaba hacer de chica mientras lo observaba a Héctor repetir ese mismo ritual de afeitarse. Diego soñaba con que la estadía de Marina se prolongara para siempre. Aunque sabía que la intensidad amorosa no era recíproca, no le importaba.

Para fin de año, ella pidió su pase a la Columna Sur. No lo hizo por una cuestión política sino sentimental. Estela le había presentado a Alberto Seindlis, el mismo que había militado a la par de ella y del Vasco en Villa Argentina, el que cargaba solo la

carretilla con materiales para reconstruir las casas, el que había estado en el descampado, junto a las vías, cuando les propusieron integrarse a FAR y ahora operaba en el mismo pelotón con el Vasco. A pesar de que al principio sólo se veían cuando Marina iba a lo de su hermana, en poco tiempo se enamoraron. Cuando la Pelo y Miguel lo supieron, insistieron para conocerlo. La cita fue en la calle y la vieron llegar de la mano, exultante.

—Les presento a mi novio.

Les dijo y los saludó con un abrazo. Parecía no entrar en el cuerpo de la emoción. Alberto era nueve años mayor que Marina, usaba barba, bigotes, tenía el cabello un poco largo y entrecano y, a primera vista, a la Pelo le pareció un hombre tranquilo. Interpretó su aplomo como un rasgo de seguridad. A Miguel, en cambio, que vivía en un estado de paranoia y alerta permanente, le pareció que tenía un aspecto un tanto hippie y un andar algo apesadumbrado, rasgos que para él eran señal de debilidad. Caminaron algunas cuadras y se despidieron. Recién cuando Miguel la vio irse, abrazada, compensó sus dudas con la certeza de que Marina estaba feliz. Él sabía de qué se trataba esa sensación de plenitud en tiempos de guerra. La había experimentado unas semanas antes cuando la Pelo le dijo que estaba embarazada.

En realidad Alberto era un cuadro que nada tenía de débil, pero sí de reservado. Hablaba sólo cuando consideraba importante lo que iba a decir y pese a que solía ser muy racional y conciso en su modo de comunicarse, también estaba atento a que el otro entendiera lo que quería decir. Eso lo volvía entrañable. Tanto lo querían en Villa Argentina que hubo una pequeña rebelión cuando, a fines del 74, lo trasladaron como responsable político a El Porvenir, una pequeña villa ubicada a pocas cuadras de ahí.

—¿Quién carajo son ustedes para venir a sacarnos a Alberto?

Un compañero increpó al Vasco, que tuvo que apelar a su dialéctica para calmarlo.

Alberto era, en definitiva, un líder moderado a quien escuchaban con especial atención. Su seriedad transmitía seguridad. Era un rasgo de la personalidad heredado de su madre Jadviga Frisch, una mujer sobreprotectora, pero con un trato más bien distante, que alimentó con su hijo un vínculo intelectual: sostenían largas conversaciones de historia y mitología griega y romana. El exceso de responsabilidad, en cambio, lo adquirió de su padre Bernardo. A sus 15 años tuvo que empezar trabajar como cadete en la misma empresa que su papá para ayudar a la familia.

Aunque lo cautivaban los fierros y solía dirigir instructivos militares, Alberto hacía hincapié en que sus compañeros debían pensar antes de actuar, seguir una estrategia más que un impulso.

—Vos tenés un gran futuro en la orga, Miguel. Pero tenés que disputar el poder donde estés. Nunca subordinarte a los vaivenes de los responsables.

Le dijo una vez a Miguel Medina, cuando compartían ámbito en Villa Argentina.

—¿Y cómo?

—Vos sabés cómo. Lo hacés sin darte cuenta. En una reunión un compañero siempre tiene que llevarse algo, aunque sea polémico. Y para eso primero hay que convencer desde el discurso.

El regreso al monte estaba planificado para los primeros días de enero pero Adolfo Poggio no lo sabía. Estaba preocupado por el tiempo que Raúl llevaba hospedado en su casa y por cómo sostener la cobertura con sus suegros. Se lo dijo.

—No te preocupes, hermano. Falta muy poco para volver a Tucumán. Hagamos un asado de despedida y digamos que me recibí.

Lo hicieron. En la cena eran unas doce personas. Todos sabían la verdad menos los suegros de Adolfo. Hubo brindis y felicitaciones durante toda la noche. A los pocos días, cuando Adolfo y su mujer Irma regresaron de trabajar, encontraron una carta en la caja fuerte, donde Raúl guardaba el dinero y la decena de cortaplumas Victorinox que llevaría al monte. Les agradecía lo que habían hecho y les deseaba suerte. En esos días, mediados de diciembre, también se despidió de su familia. Apareció de sorpresa en la casa de sus tíos, en Martínez, quienes se encargaron de convocar al resto. Contó que venía a saludarlos porque regresaría a Tucumán. Juan Bautista, su padre, le rogó que dejara la militancia y se fuera del país.

—Yo vendo la camioneta, todo, pero andate y salvate, por favor.

—No voy a hacerlo, no me lo pidan más.

Raúl le dijo a su hermano que quería saludar a su mujer, Cuqui, pero Hugo se lo negó. Estaba embarazada y quería resguardarla de las emociones fuertes, argumentó, pero lo cierto es que era un modo de castigarlo a Raúl. Lo enfurecía el sufrimiento que le causaba a sus padres y le dolía pensar en la soledad de su sobrino. Para qué traen un hijo al mundo si no lo van a cuidar, pensaba. Unos días antes, Cuqui había ido con Fernando a un acto de fin de año del colegio de su hijo. En el medio de la exhibición, estalló en

llanto mientras en el escenario los niños hacían una pantomima con armas de telgopor y sonidos de tiroteo. Cuqui no sabía cómo calmarlo, hasta que lo llevó hasta una plaza. Ahí, sentados en un banco, Fernando se quedó dormido. A Hugo, ese tipo de situaciones, lo enceguecían de ira. Por eso cuando Raúl quiso despedirlo con un abrazo como había hecho con cada uno, Hugo le extendió la mano. Algo de lo que se arrepentiría toda su vida. Fue la última vez que se vieron.

LOS DÍAS SIN TIEMPO
1977

1

Lo que Héctor le pidió a Pascualito violaba las normas de seguridad, pero lo hicieron igual. Quería que le sacara una foto con su hija, María Fernanda, de apenas dos meses. Se paró en el patio de la casa y sonrió para la cámara. La imagen de Héctor en camisa de manga corta con un bebé en brazos iba a llegar hasta Cuba. Y también iba a desaparecer allí —en un supuesto incendio de todo el archivo que Montoneros había confeccionado en la isla— junto con el legajo en el que Pascualito, en ese entonces ya mano derecha de Firmenich, daría cuenta de los meses vividos con Héctor.

Las mañanas de sábado en la casa de Villa Bosch eran de limpieza. María Inés comandaba las tareas y los hombres se arremangaban y barrían, repasaban muebles, ordenaban los papeles que Héctor dejaba desparramados por todos los ambientes. También cambiaban pañales y preparaban mamaderas. Por la tarde, a veces, hacían ejercicio.

—Qué te parece si hacemos orden cerrado.

Pedía Héctor. Y entonces los dos se cuadraban, ensayaban saludos y repetían movimientos. A Pascual le llamaba la atención la vitalidad y el buen estado físico de ese hombre al que llamaba Viejo. También memorizaban planes de escape y señales de reenganche

en caso de que alguno tuviera algún inconveniente. No querían repetir la experiencia de la casa anterior. Habían ideado diferentes mecanismos para dar la alarma de emergencia y, también, para avisar si alguno había caído. Uno era atar una cinta color rojo en la reja de un kiosco en la estación de Caseros.

—¿Justo en ese lugar hay que atar la cinta, Julito?

—¿Qué problema hay?

—Que la que atiende el kiosco es una gorda horrible. Mirá si es la última cara que veo en este mundo antes de perder.

Cada tanto, Héctor avisaba que no volvía a dormir y se iba de la casa bien vestido, perfumado y con algún regalo en la mano. Pascual sospechaba que tenía una novia. Alguien vinculado con alguna de las editoriales para las que trabajaba.

—Seguro que te vas a ver a una cuarentona.

Lo chicaneaba. Él se reía y le daba a entender que no, que todo lo contrario. Una vez le dijo que le iba a mostrar una foto. Sacó una revista de historieta y le señaló el dibujo de una chica hermosa. Pascual no supo si era realmente el boceto de la mujer con la que salía o sólo el fruto de sus fantasías, pero comprobó la admiración que a Héctor le generaba la belleza femenina, algo sobre lo que solían hablar en las sobremesas en tono jocoso. Hasta que un día Pascual le hizo una broma que no resultó tal.

—Si esta hija de la que hablás es tan hermosa, seguro salió a la madre.

A Héctor se le endurecieron los rasgos y estuvo callado por unos minutos. Después le confesó que no podía pensar en su ex mujer sin rencor porque la culpaba de la caída de una de sus hijas.

—Pero Viejo, hay que estar en esa situación, los milicos engañan a todo el mundo, seguro le dijeron que con ellos iba a estar a salvo,

sabemos que hacen esas cosas, no podés culparla, es una madre desesperada.

Después de aquella charla, no volvió a hablar del tema. Hacerlo lo ensombrecía.

A pesar de que ya no iba a las editoriales por una cuestión de seguridad, seguía enviando a Récord los capítulos de la segunda parte de *El Eternauta*. En uno de ellos, después de un combate, el propio Germán se pregunta: “¿Y María? ¿Dónde está María? Acaso… Sin alegría el triunfo, demasiados los muertos, los heridos. Doy la vuelta al tanque, un solo… nombre latiéndome en la angustia. María… María… María…”.

2

Por esos días, Solano López lo fue a ver a Scutti a la oficina de Récord y le preguntó si estaba al tanto de los guiones que le pasaba Héctor.

—Sí, sí, los leí.

—Mirá, él está haciendo militancia por la lucha armada, y yo no estoy de acuerdo con eso.

—Si querés lo llamo, pero vos sabés que anda metido en unos líos y es difícil encontrarse con él… pero trato de ubicarlo.

Héctor apareció en la oficina a las pocas horas. Solano López estaba molesto y lejos de su usual tono amable —sin muchos rodeos—, le pidió que borrara las marcas políticas explícitas. Tenía miedo y pensaba que se estaban arriesgando demasiado. De todos modos, iba a completar el trabajo. A los pocos meses y ya con los últimos capítulos de *El Eternauta II* ilustrados, Solano se exilió en

Madrid. Su hijo menor había empezado a militar en Montoneros y ése fue su modo de apartarlo de lo que él creía era una muerte segura.

Ya por esos días, principios del 77, Héctor se había convertido para sus colegas en una suerte de fantasma, alguien que cada tanto llamaba a la editorial o aparecía en la calle y simulaba no ver ni ser visto. El último encuentro de Solano con él sería en un viaje en subte. Le llamó la atención que Héctor usara anteojos negros dentro del vagón. Cuando le quiso presentar a un amigo que trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores y que viajaba en el mismo tren, Héctor le hizo un gesto de que por favor no lo hiciera. El cineasta David Lypszyc, autor junto con Oscar Masotta del *Catálogo de la historieta mundial*, se iba a sorprender al verlo cruzar la avenida 9 de Julio. Héctor llevaba sombrero de ala, barba larga y su característico sobretodo. Era inconfundible pero por las dudas, lo consultó con Scutti.

—Sí, es Héctor, ahora anda así, caracterizado.

Enrique Breccia también lo vio y le pareció que tenía el pelo teñido de oscuro. Se habían visto por última vez en un bar de Avenida de Mayo a mediados del 75 y la conversación había sido encendida porque Héctor sabía que Enrique, que había sido miltante de Guardia de Hierro, seguía apoyando al sindicalismo ortodoxo y trató de disuadirlo. A Enrique le quedaría grabada una imagen de ese encuentro: hacía frío y Héctor se había puesto dos suéteres escote en V, uno para adelante y el otro para atrás, de modo que el pecho le quedaba cubierto.

Ese deambular por la ciudad era parte de la tarea militante de Héctor. Seguía dentro de la estructura de enlaces, pero con una función específica. Desde fines del 76 y ya promocionado a oficial,

cubría las citas de Pablo Cristiano —Horacio Arrué—, a cargo de la Secretaría Política Nacional, en ese momento el nivel más alto de la organización dentro del país. Pablo Cristiano lo había pedido especialmente porque sabía que Héctor se salía del prototipo de militante y que, en la calle, corría mucho menos riesgo que cualquiera de ellos. Un mediodía de febrero, Perdía entró en el departamento en el que Pablo Cristiano vivía en ese momento, cerca de la Facultad de Derecho, y lo vio a Héctor. Si bien nunca habían tenido un vínculo dentro de la estructura, cada uno sabía quién era el otro, así que se saludaron sin necesidad de presentarse. Héctor cocinó un guiso para los tres. Después, se fue a otra habitación para que Arrué y Perdía conversaran. Para el verano del 77, Perdía era el único de la Conducción Nacional que estaba en el país. El resto se había ido al exterior, en un contexto en el que el interior del país estaba diezmado, la Columna Norte había caído casi por completo y la Sur estaba a pocos meses de sufrir su mayor golpe.

3

Sé que mucha gente lo vio, que lo vieron en la calle… incluso en una oportunidad el hermano lo vio y me dice: “Elsa me quedé paralizado, yo iba en el auto y no podía creer que era mi hermano, lo vi con bigotes, disfrazado, como si estuviera fugado”.

4

Los domingos, Héctor y Pascualito a veces hacían planes con los vecinos —la apariencia de normalidad era una clave de supervivencia— y salían en caravana en dos o tres autos a algún lugar a las afueras para hacer picnics. Pero si no había nada previsto, Héctor se iba bien temprano y volvía a la noche, entusiasmado. Le gustaba decir que su hija y su compañero eran grandes combatientes, y Pascual deducía que era a ellos a quienes visitaba.

—Me encantaría que los conocieras, Julito, se llevarían de bien.

Se refería a Estela, que en ese entonces ya se había reconciliado con el Vasco. El propio Héctor les había financiado unas breves vacaciones en una localidad de la costa siguiendo las directivas de la orga que, incluso en plena devastación, recomendaba que sus militantes se tomaran un receso para recuperar fuerzas.

Uno de esos domingos libres, Héctor volvió especialmente exaltado. Abrió la puerta y entró a los saltos. Después lo abrazó a Pascual al grito de “¡ganamos, Julito, ganamos!”.

—Qué pasó, ¿se rindieron los milicos?

—No… ¡nos hicimos ricos!

Héctor había incorporado la costumbre de jugar al prode y esa semana le había pedido a Pascual que, cuando fuera a Capital, jugara una boleta por él. A Héctor le alcanzó ver la cara de su compañero de casa para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Sos un hijo de puta, ¡no me jugaste la boleta!

—Me olvidé completamente, Viejo… pero mirale el lado positivo, nunca podríamos haber ido a buscar la plata, hubiera sido una locura.

—Ay Julito, sabés las cosas que hubiéramos hecho con esos mangos.

Esa noche Héctor se quedó despierto hasta tarde, algo bastante usual. A la madrugada, Pascual escuchó ruidos en la casa y se levantó sobresaltado. Bajó y lo vio a Héctor en el living.

—¿Qué hacés?

—Estoy leyendo.

—¿Pero pasó algo?

—No no, para nada, me distraigo un poco con esto.

Sobre el sillón se veía el diario *La Nación*, que Héctor leía rigurosamente todos los días, entremezclado con libros. Ahí podía haber de todo. Desde best sellers baratos hasta colecciones de historia. Héctor siempre aparecía con uno nuevo. Hacía poco le había traído de regalo a Pascual *La última mujer, el próximo combate*, la novela del cubano Manuel Cofiño —literatura casi obligatoria entre los militantes— que transcurría durante los primeros años de la revolución en la isla y que llevaba como título la respuesta de Camilo Cienfuegos a la pregunta sobre en qué pensaba cuando no estaba combatiendo.

Antes de volver a la cama, Pascualito le preguntó si pensaba escribir algo nuevo. Como si hubiera estado esperando esa pregunta desde hacía un tiempo, Héctor le dijo que sí. Quería traducir los intrincados documentos de la Conducción Nacional en historietas para que todo el mundo pudiera entenderlos.

5

Rehabilitados de la hepatitis, Estela y el Vasco —que nunca recuperó el tono saludable en la piel—, se mudaron a una casa por zona sur. A diferencia del tumultoso año anterior, el 77 arrancó

sospechosamente apacible. No sólo tenían dónde vivir sino que el Vasco había conseguido un empleo formal de medio turno en un estudio de contabilidad en el centro porteño. Se hacía llamar Néstor, como decía su documento falso, y se encargaba de tareas administrativas. Cruzar de provincia a Capital era un riesgo diario, pero aquel trabajo era su mejor cobertura. Había entrado recomendado por su viejo amigo de Bella Vista, Freddy Andino, que estudiaba abogacía y trabajaba en un banco en el microcentro. Su reencuentro había sido en el 73, cuando Freddy lo vio en un bar en Corrientes y Pueyrredon con un grupo de personas y entró a saludarlo. Su amigo lo abrazó y le susurró al oído que no le dijera Negro, sino Vasco, a secas. Desde ese día, se encontraron periódicamente. Podía ser en un bar en el centro pero también en lugares poco convencionales como el Luna Park. Ahí, con una Joan Báez sobre el escenario que no entendía muy bien por qué su mensaje de no violencia despertaba abucheos entre el público mientras Mercedes Sosa aparecía para rescatarla, Freddy la conoció a Estela. Después fueron a comer pizza y ella le mostró unos dibujos que había hecho. El Vasco la miraba embobado.

—No sabés Freddy las cosas que puede hacer. En su familia son todos muy talentosos.

Era 1974. Al año siguiente, volvieron a encontrarse en un recital en el que, nuevamente, Mercedes Sosa iba a estar en el escenario. Pero esa vez, el Vasco no fue con Estela sino con Miguelito, con poco más de un año. Lo llevaba sobre sus hombros y quería que Freddy lo conociera. Ya habían hablado de la paternidad en un encuentro anterior. El Vasco quería ser alguien presente, cariñoso, con quien su hijo pudiera hablar con libertad, le dijo. Tenía miedo de repetir los errores de su padre: hacía tiempo que no quería saber

nada de su familia y lo único que parecía unirlo a Corrientes era una imagen de la Virgen de Caacupé que llevaba colgada en el pecho. Freddy recordaría esa charla como una de las pocas en las que su amigo se mostró vulnerable, con esa sensibilidad que él le conocía, aunque también hablarían de la guerra revolucionaria.

—Estamos avanzando, Freddy. A pesar de que muchos no lo ven, estamos provocando cambios que desestabilizan a la dictadura. Vas a ver que tarde o temprano estos hijos de puta van a tener que, como mínimo, llamar a elecciones.

El entusiasmo del Vasco no era una pose ni un delirio personal. Sus compañeros de Sur también se sentían envalentonados en esos primeros meses del 77. Jorge Lewinger se había mudado a la casa de Lomas de Zamora de su viejo amigo Alberto "Gervasio" Camps. Ahí, una tarde que sacaron unas sillas a la vereda para tomar mate como cualquier vecino, uno se les acercó y les dijo por lo bajo: "Necesitamos más Montoneros". El Vasco se reunía con ellos una vez por mes. Y si bien Lewinger era responsable militar de todo Sur I, y Camps oficial de la zona de Lomas y a su vez responsable del Vasco, cuando se veían estaban en igualdad de condiciones. Entre ellos no importaban los rangos. Lo que importaba era que se habían dado cuenta de que, para sobrevivir, tenían que desarmar las estructuras especializadas y actuar de manera autónoma. Habían llegado a la misma conclusión que Walsh a través de dos libros del escritor soviético Alexander Beck que circulaban entre los militantes: *Los hombres de Panfilov* y *La carretera de Volokolamsk*, en los que se narraba cómo un general ruso había armado una red de grupos autónomos que hostigaban de manera sorpresiva al ejército nazi detrás de sus propias líneas. Para

ellos, esos textos funcionaron como una epifanía: ahí estaba la clave para armar una resistencia efectiva.

Cuando el propio Lewinger —a quien el Vasco regaló una boina con una estrella roja, como la del Che— salió del país a mediados de año y le llevó el planteo a su superior, Horacio Mendizábal, el jefe militar de Montoneros lo criticó duramente. Lo acusó de querer, directamente, desarmar la organización.

6

—Gordo, ¿viste lo que hizo el Vasco?

Estela escuchó la frase y se puso tensa. La que hablaba era Graciela Daleo, Viky, con quien desde marzo compartía ámbito en la Secretaría Política de Sur. El Gordo José era el responsable de las dos.

—Me contó el Negro Medina que el Vasco entró en el club con su pelotón y empezó a arengar a los viejitos para que se unieran al Ejército Montonero, está loco, ¿para qué mierda hacemos trabajo político como hormigas, sin deschavarnos?

Para marzo, Estela estaba a cargo del trabajo político en Villa Tranquila y en el barrio de Entre Vías, mientras que Graciela se repartía entre el club de Villa Argentina y una parroquia de Wilde. Se reunían una vez por semana. Un par de veces lo hicieron en lo de Estela, y Graciela se sorprendió cuando el Vasco se sumó para cenar y les dijo que había que profundizar el trabajo político. Esa noche Miguelito, de tres años, no paró de pedirle a la madre que le comprara una moto.

—Por favooor, mamita, comprame una moto, una motito chiquitita aunque sea…

No serían muchas las veces que Estela llevara a su hijo a una reunión, pero cuando lo hacía, Graciela se ponía un poco nerviosa. En general se encontraban en una casa de Monte Chingolo en la que vivía el Gordo José con sus hijos y a la que después se mudó Graciela, que con el tiempo terminaría formando pareja con él. Graciela estaba acostumbrada a los hijos del Gordo José, que sabían perfectamente lo que hacía su padre y cómo debían comportarse en cada ocasión. Miguelito, en cambio, era muy chico e inquieto y, para Graciela, un poco caprichoso. Una tarde tuvieron que interrumpir la reunión para calmarlo.

—¡Estoy todo melado! ¡Estoy todo melado!

Gritaba. Le habían dado pan con miel para entretenerlo y tenía las manos pegoteadas. Mientras Estela lo limpiaba, Graciela rogaba que los vecinos no hubieran escuchado los gritos: se suponía que ahí no debía haber tanta gente.

Esa casa, en realidad, la había alquilado Marcos —Enrique García Díaz— junto con su compañera. Muchas de las discusiones entre el Gordo José y Estela, que era más vehemente que Graciela, eran por él. Marcos provenía de una familia de profesionales de clase media y para José, de origen popular y fogueado en la militancia de territorio, siempre iba a ser un “pendejo pequebú”. Estela, en cambio, lo defendía con un argumento imbatible: ese pequebú estaba ahí, con ellos, cuando la mayoría se había abierto. Estela era la responsable directa de Marcos, que integraba un grupo de milicianos. Sus tareas políticas consistían en garantizar citas —a las que directamente llegaban con la pastilla en la boca y de las que no recogían otra información que no fuera la caída de compañeros

—, y repartir el *Evita Montonera* entre algunos referentes de la zona, que recibían la revista con tanta cara de miedo que Marcos estaba seguro de que a los dos minutos la quemaban. El resto era lo que hacían casi todos los milicianos a esa altura: apoyo armado y contención en operaciones militares de las que no tenían más información que el lugar en el que iba a suceder.

Pasara lo que pasara, Estela siempre conservaba su actitud protectora, maternal. Sólo en dos ocasiones Marcos iba a ser testigo de una dureza que no parecía encajar con su imagen. A principios de año, cuando el grupo recién se había formado, Estela le pidió que consiguiera un lugar seguro para tener una reunión. Alguien del Ejército Montonero quería transmitirles algunas cuestiones organizativas. Marcos le pidió prestado el departamento a un compañero. Era en un piso alto en el centro de Avellaneda con parquet y decoración elegante. Antes de empezar la reunión, Estela indicó hacer orden cerrado. Marcos la miró desencajado.

—¡Foooormen! Al compañero Vasco, saludo. Ahooooora, trote en el lugar… salto arriba…

Marcos no podía creer lo que estaba pasando. La miró a Estela y le imploró:

—Compañera Marcela, el ruido.

Pero ella siguió, aún más fuerte.

—¡Compañero Marcos, cuerpo a tierra!

Marcos se dio cuenta de que no tenía sentido insistir: eso significaba desautorizarla frente a un superior, el Vasco. Y él sabía que el Vasco, además, era su marido. No sólo se jugaba una cuestión de jerarquía en esa escena.

El orden cerrado no duró demasiado y los vecinos no hicieron ninguna denuncia, pero ese otro costado de Estela reaparecería

unos meses después, durante una operación armada que se había gestado, muy a su pesar, a partir de un comentario del propio Marcos. Estaban en la casa de Monte Chingolo cuando escucharon por la radio que iba a aumentar el boleto de colectivo.

—Qué hijos de puta, deberíamos quemarles todos los colectivos.

Dijo y se arrepintió. Por la cara del Gordo José, se imaginó lo que venía.

—Vamos a quemar uno. Vamos a quemarlo a Entre Vías.

Planificaron la operación durante una semana. Atacarían el primer colectivo de la jornada, que salía a las cuatro de la mañana. El día elegido, el Gordo José no apareció. Salieron igual. Eran cuatro. Estela estaba a cargo del operativo y Marcos, de los fierros. De noche, con la helada sobre el pasto, Marcos se subió a su bicicleta con un bolsito marinero cargado con tres 45. Como la ametralladora UZI no le entraba, improvisó un camuflaje con un paraguas. Así llegó a la terminal, el punto de encuentro, y así se subió al colectivo que habían elegido. Marcos debía decirle al chofer que llevara el colectivo hasta la plaza de Entre Vías; el Negro tenía que abrir todas las ventanas y rociar con nafta, Estela se iba a ocupar de los pasajeros y Alberto, el cuarto, de la contención.

—Quedate tranquilo que esto no es un asalto. ¿Sos chofer o peón?

Le preguntó Marcos al conductor mientras le apretaba la 45 contra el estómago.

—Soy peón.

—Entonces quedate tranquilo y llevate la guita que con vos no es.

Marcos le empezó a bajar línea sobre el plan económico de los militares para asfixiar a los trabajadores y estaba a punto de darle unos volantes cuando escuchó que alguien se largaba a llorar de

manera histérica. Era una chica que viajaba con su novio. Más allá había otra pareja. Eran los únicos pasajeros.

—Pero nena, ¿no te das cuenta de que a nosotros no nos van a hacer nada, que son Montoneros?

Le decía el novio en un intento de calmarla, algo que surtía el efecto contrario. En medio del llanto, el chofer se empezó a poner nervioso.

—Muchachos, me van a arruinar, les dije que era peón porque tenía miedo pero en realidad soy dueño.

En ese instante, Estela se transformó. Y Marcos vio cómo lo hacía al grito de “¡se bajan todos ya del colectivo sin decir una sola palabra y empiezan a caminar conmigo!”.

En fila, los cuatro pasajeros y el chofer caminaron unas dos cuadras con Estela detrás, apuntándolos. Incendiaron el colectivo como estaba previsto y después le devolvieron las armas a Marcos, que se montó de nuevo a su bicicleta. A las diez cuadras, se le desarmó el manubrio: era una Aurorita plegable a la que le faltaba mantenimiento. La escondió en un baldío para recogerla luego y caminó hasta la avenida Mitre, con el bolso y el falso paraguas en la mano. Ya se escuchaban las sirenas a lo lejos.

7

Después de su pase a Columna Sur, Marina volvió a verlo a Diego Arcos en Hurlingham un par de veces. Él ya había abandonado la organización, después de enterarse de que la Conducción Nacional no estaba en el país. Lo consideró una traición y fue el empujón que necesitaba para abrirse. De todos modos, se seguía encontrando

con algunos compañeros y su caserón todavía era un lugar de alojamiento de emergencia. Marina fue quien motorizó aquellas citas, en las que le pedía que le permitiera dormir en su casa o que la ayudara a gestionar algún arma. Los encuentros terminaban siempre en una pelea. Diego la veía completamente tomada por la lucha cuando varios como él pensaban que era momento de replegarse para evitar más caídas. En uno de esos encuentros, por el tono de la discusión pensó que no la volvería a ver. Pero un día de fines de abril, volvió del trabajo —acababa de ingresar a la Ford, en Pacheco— y se la encontró en la cocina de su casa. Estaba con su abuela tomando mates como si nada pasara.

—¿Qué hacés acá? ¿Cómo no me avisaste que venías?

La increpó, furioso. Pensó que podrían haberla seguido y ponía en riesgo a su familia. Una vez más, se enredaron en una discusión. Hasta que de a poco empezaron a calmarse y se abrazaron. En ese instante, Diego sintió amor e impotencia con la misma intensidad. Esa chica lo seguía deslumbrando pero lo desesperaba que no se diera cuenta de que ya no había modo de ganar. Que todo había acabado. Cuando la acompañó a que se tomara el tren en la estación, Marina rompió el tabicamiento como un último acto de intimidad.

—Estoy en Columna Sur, Pedro. Voy para allá.

8

El 20 de abril se lanzó el Movimiento Peronista Montonero (MPM) con una conferencia de prensa en el hotel Leonardo Da Vinci de Roma. Ahí estaba Firmenich, con su triple condición de primer

secretario del Partido Montonero, comandante en jefe del Ejército Montonero y ahora secretario general del Movimiento, junto con los líderes de cada rama que formarían el Consejo Superior, emulando el modelo del Movimiento Justicialista: Gonzalo Chávez por la rama sindical, Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano por la política, Lili Massaferro y Adriana Lesgart por la femenina, Galimberti y Manuel Enrique Pedreira por la juvenil, Fernando Vaca Narvaja —segundo jefe de la organización— por la de relaciones internacionales, Osvaldo Lovey por la de pequeños productores, Gelman y Bonasso por la de prensa y Rodolfo Puigross por la de profesionales, intelectuales y artistas. A Héctor le habían propuesto ser parte de esta última. Para eso, tenía que viajar a Roma como el resto. Cuando se lo comentó a Pascual, ya había tomado una decisión. No iba a irse mientras sus hijas estuvieran en el país. No podía hacerlo.

En el momento en que Firmenich lanzaba el MPM frente a unos treinta periodistas de todo el mundo con el documento titulado “Resistir es vencer” —en el que se exigía la renuncia de Martínez de Hoz, la publicación de la lista de secuestrados y la supresión de los campos de concentración, la liberación de los presos políticos, la rehabilitación de los partidos y el juicio a los torturadores, entre otros puntos— el Grupo de Tareas 2 del Vesubio, liderado por el oficial de inteligencia Gustavo Adolfo Cacivio, “el Francés”, secuestraba a Alberto Monaji, el Pelado Pedro, miembro de la conducción de Sur. Con él caería la Columna de La Plata.

Pascual esperó hasta la medianoche, en contra de las estrictas reglas de seguridad que él mismo había establecido según las cuales el límite de tolerancia eran las diez. Después de esa hora, cualquier miembro de la casa estaba autorizado a cantarla. Él lo llamaba “el reglamento Pascualito”.

—Yo sé lo que es la tortura, así que si alguien está en la casa cuando no debe, que se joda. Y que nadie sienta cargo de conciencia.

Decía. Ahora tenía la esperanza de que Héctor, que había salido a la mañana temprano como todos los días de semana, simplemente se hubiera retrasado. Cuando se dio cuenta de que estaba poniendo en riesgo a su familia, cargó la camioneta con todo lo que pudo —incluido el lavarropas—, subió a su mujer y a su hija de cinco meses y empezó a dar vueltas por la ciudad hasta que se hiciera de día y pudiera dar con una cita estanca para conseguir otro lugar.

Unos días después, volvió a la casa. Cuando la vecina de enfrente, la misma que se las había vendido, lo vio, se agarró el pecho como si le estuviera dando un ataque cardíaco.

—Qué horror, qué horror, no sabe qué horror.

Repetía, histérica. Pascual le pidió entrar en su casa, la tranquilizó y le preguntó qué había pasado.

—Eran como las cinco de la mañana y dieron vuelta todo, esto fue un infierno, me pareció verlo a su papá en un auto, no sabe, un infierno. ¿Qué pasó con la nena? ¿Está bien la nena? Desde ese día no puedo dormir, no sabe, un infierno.

—Quedesé tranquila y si la citan, diga la verdad, lo que usted sabe, que nos vendió la casa por inmobiliaria.

—¿Y qué va a pasar con la casa?

—Quedeselá usted, por el mal momento que pasó.

10

Querida Nelly:

(…) Hoy, en que la vida me pone a prueba en una forma inhumana, y en que la realidad me confirma una vez más que mi criterio era el sensato, en que ya la palabra dolor no significa nada comparado con lo que llevo en mis entrañas, creo que debo decirte algo de lo que pienso (…)

Después que estuviste en Bs. As., unos poquitos días después Diana desapareció, quedando Fernandito en la Casa Cuna de Tucumán, a donde los padres de Chiche fueron a buscarlo. Desde ese momento está aquí con los abuelos y de más está decirte en el estado síquico que quedó durante un tiempo. Pero, en fin, hoy está maravillosamente bien y, gracias a Dios, a salvo de todo. Desde ese momento empezó nuevamente el viacrucis para tratar de averiguar algo de mi hija. A través de Jorgito logré conexiones en Tucumán, todo inútil, fui allá, hablé con jueces, con abogados, sacerdotes, presenté hábeas corpus (una perfecta payasada en un país donde la ley se maneja como se quiere), me atendieron muy bien, con toda la comprensión aparente, pero de mi hija no supe más nada hasta hoy. Y pensar que yo tuve que ser testigo de todo esto, sin poder evitar que las llevaran hacia semejante aberración. (…)

En fin, Nelly, me dejo llevar por la desesperación y te digo cosas que ya no tienen sentido (…) Pero aunque te parezca imposible, esta carta tiene otro motivo más trágico, si eso es posible: hace

unos 15 o 20 días Marina me llamó por teléfono: creí morir de alegría. Me dijo que estaban todos bien, le pregunté por Estelita, el Vasco y el nene. Todo muy bien. (…) Prometió llamarme. Creí tocar el cielo con las manos. A los 3 o 4 días me escribió una carta donde me da otra noticia espantosa, me dice que a su padre lo mataron. (…)

También él se inmoló en esta locura inexplicable, y todo lo que se diga es totalmente inútil.

Voy a recordar de él solo aquello que me dio felicidad. El resto, aunque no lo olvide, trataré de justificarlo de alguna manera. (…)

Hay dos criaturitas de por medio, Miguel y Fernandito, víctimas inocentes de todo esto, que necesitarán de todos el cariño que seamos capaces de darles. Sé que ya nada será lo mismo, pero si Dios permite que se salven, es mucho lo que podemos reconstruir. Yo las necesito y ellas (aunque no lo sepan) a mí. El pasado es irreversible. (…) Todos fuimos víctimas de la fatalidad y ahora tenemos que mirar únicamente por la reconstrucción de lo que quede de esta familia, que alguna vez fue el ideal y admiración de quienes la conocían.

Por eso es esta carta, Nelly.

Aquí Mora, Jorge y los chicos son mi sostén y mi familia. Ellos me ayudan a soportar esto y me dan un apoyo enorme.

Pero me faltan mis hijas y Miguelito. Solo le pido a Dios que ampare a mis hijas.

Un beso

Elsa

Elena estaba encapuchada y engrillada en una de las cuchas cuando supo que habían traído a Héctor Oesterheld a la habitación de las mujeres. Se suponía que nadie podía hablar allí, pero luego de superar el estado de pánico en el que los dejaban las sesiones de tortura, los prisioneros del Vesubio, como en otros centros clandestinos, se las ingeniaban para comunicarse.

Militante de la JUP de odontología, a Elena la habían secuestrado el 19 de abril en su casa del barrio de Boedo. Estaba embarazada de dos meses y tenía indicación médica de reposo absoluto. A medianoche, cuatro hombres de civil entraron en su casa y la arrancaron de la cama. Esa misma tarde habían capturado en una calle de La Lucila a su compañero, Luis Alberto Fabbri, dirigente sindical y militante de OCPO. Fabbri era cordobés y su operativo de secuestro, como el de Elena, estuvo a cargo del GT4 —Grupo de Tareas 4— de la Fuerza Áerea de Córdoba, que pertenecía a la zona III pero que para operar en Capital y provincia de Buenos Aires, utilizaba el Vesubio como centro clandestino de detención. Ubicado en la intersección de la autopista Ricchieri con el Camino de Cintura, el Vesubio dependía de la Central de Reunión de Inteligencia (CRI), que funcionaba en el hospital del Regimiento 3 de La Tablada y cuyo jefe era el entonces coronel Federico Minicucci. Estaba emplazado en un predio del Servicio Penitenciario Federal que tenía tres chalets estilo colonial de tejas rojas, pileta, un quincho, un tanque australiano y un molino. Una típica postal de casa quinta de la llanura pampeana que camuflaba un campo de concentración por el que pasarían más de 1.500 secuestrados y que había empezado a funcionar en 1975 con la Triple A. En ese tiempo le decían “La Ponderosa”. En la llamada Casa 1 funcionaba la jefatura. Allí, en la gran mesa del comedor, se recibía al jefe del I

Cuerpo del Ejército, el general Guillermo “Pajarito” Suárez Mason, responsable máximo del centro. El jefe directo del Vesubio era el mayor Pedro Durán Sáenz, alias Delta. Fanáticamente católico, se había instalado en una de las habitaciones de esa casa para darle rienda suelta a su máxima perversión: el sometimiento de las detenidas, convirtiéndolas en esclavas sexuales. A algunas, las obligaría a hacer vida común con él durante los días de la semana. Los fines de semana, volvía a su casa en la localidad de Azul junto a su mujer y cuidaba de no faltar un solo domingo a misa. Para mediados de año, mudó su jefatura al Regimiento 3 de La Tablada. En ese traslado se la llevaría a Elena, como una pertenencia más: el 20 de junio la sacó del campo, la metió en su cuarto en La Tablada y la violó. El embarazo de Elena era notorio —tenía una panza de cuatro meses— y eso parecía ser una motivación extra para el represor. Después la dejó atada a la cama, desnuda, durante todo un día, sin comida ni bebida, hasta que a la noche siguiente dos guardias —Philips y Tito— la devolvieron al Vesubio. La mayoría de las prisioneras de ese centro clandestino fueron violadas o abusadas. Elena sería la primera en denunciar los delitos sexuales de los represores cuando todavía no se los consideraba de lesa humanidad. Lo hizo en su declaración en el Juicio a las Juntas en 1985.

A ella la volverían a llevar al CRI de La Tablada en otras dos oportunidades —con anteojos pintados para que no reconociera el camino—, pero como mano de obra esclava: debía desgrabar unas cintas de Montoneros. Elena lo hacía lo más lento posible porque allí le daban de comer mejor. En una oportunidad, llegó a ver un ornanigrama de la Columna Sur de Montoneros con nombres tachados con rojo como señal de que estaban muertos. Por aquel

entonces, ya no estaba en las cuchas. La habían trasladado a lo que dentro del Vesubio denominaban la sala Q (por “quebrados”), una habitación prefabricada con camas cuchetas y una mesa, en la que los detenidos podían moverse y conversar con cierta libertad y no recibían malos tratos. La habían construido durante el mes de mayo de ese año para alojar a aquellos prisioneros más antiguos que colaboraban con los represores. Como sucedía en otros campos, la estrategia de señalar al “traidor” convertía a los propios compañeros en enemigos, una herramienta efectiva para impedir lazos de solidaridad o confianza y destruir la moral militante.

A Héctor también lo pasaron a la sala Q. Fue después de un mes y medio en las cuchas —primero en el sector de mujeres, después en el de hombres—, pero no porque les sirviera como colaborador, sino porque era viejo, su estado de salud era delicado y tenían especial interés en mantenerlo con vida como cebo para sus hijas. Así se lo hizo saber el Francés, apodado así por sus gustos refinados. Se perfumaba con Old Spice, siempre estaba bien vestido, le gustaba escuchar ópera y música clásica —incluso en las sesiones de tortura— y obligaba a sus dependientes a que en los operativos robaran casetes y discos para él. Lo cierto es que ahí adentro era quien detentaba el poder real: no sólo estaba al frente de los interrogatorios, comandaba las patotas y participaba en los secuestros, sino que decidía quién iba a las cuchas o al sótano —en donde el trato era peor: los penitenciarios que hacían las guardias podían moler a patadas a los prisioneros—, quién a la sala Q y quién a los traslados. En definitiva Cacivio, que para fines del 77 iba a reemplazar oficialmente a Durán Sáenz en la dirección del campo, decidía quién vivía y quién no. En ese entonces, su mayor objetivo,

y orgullo, era destruir la Columna Sur. Y toda la inteligencia del Vesubio estaba dispuesta para eso.

A los prisioneros de la sala Q, el Francés solía visitarlos seguido, muchas veces acompañado por dos laderos que se hacían llamar Fresco —delgado y alto, con pelo negro peinado para atrás y anteojos de marco y vidrio grueso— y Batata —más retacón—, que venían de Coordinación Federal y en los operativos de secuestros jugaban a ser el policía bueno y el policía malo. Los primeros prisioneros en ocupar aquella sala, además de Elena, fueron María del Pilar García, a quien sacaban para servir la comida; Daniel Klosowski, Luciano "Lucho" Scimia, Ana María Di Salvo, a la que tenían la mayor parte del día en Jefatura y sólo volvía para dormir, Enrique "Tato" Taramasco, y el ex cura Marcelo Soler y su compañera, Graciela Moreno.

En un principio, Elena no se relacionaba demasiado con los detenidos de la sala Q. Sentía que, como era una perejil, la mantenían al margen de sus charlas o la consideraban un poco tonta. Ella prefería no contradecir esa idea como un modo de protegerse, pero ni bien Héctor entró allí, se acercó a él. Tan discreto como ella, enseguida adoptó una actitud paternal. Cuando Elena no quería comer porque el guiso quemado, a veces hasta con gusanos, le generaba repugnancia, Héctor la alentaba a que lo hiciera. Por ella y por su hijo.

—Hay que mantenerse fuerte acá adentro, Elena, y para eso lo primero de todo es la comida.

Le decía y ella lo veía separar pequeñas porciones en el plato o desmenuzar algún que otro pedazo de carne perdido en el engrudo de arroz. En la tortura le habían destrozado la dentadura y, aun así, él procuraba comer todo lo que le sirvieran aunque no pudiera

masticar. Elena sabía que tenía que comer, y también sabía lo que era retorcerse de hambre: en las cuchas, una vez les había rogado a los guardias que le dieran los restos de un asado que habían hecho. Ellos le tiraron unos huesos para que los chupara, como a un perro.

No era común que entre los secuestrados hablaran de cómo los habían torturado. Todos habían pasado por lo mismo y las marcas en el cuerpo, las rengueras, las bocas destrozadas, las pesadillas nocturnas, ya eran bastante elocuentes. Sin embargo, Héctor le contó a Elena que ahí adentro, en la sala de torturas, había tenido un ángel de la guarda.

—Ofelia fue mi salvadora.

Le dijo con la voz quebrada. Ofelia Alicia Cassano, a quien habían secuestrado el 23 de marzo, era médica. “Paren, paren acá. Si siguen el corazón de este hombre no va a resistir. Está muy débil”, les dijo a los torturadores, que la habían llevado al quirófano —así llamaban a una de las salas de tortura— para que verificara si Héctor estaba en condiciones de seguir recibiendo descargas. Extrovertida y enérgica incluso en cautiverio, fue quien le dijo en la cara a Durán Sáenz que él y sus secuaces eran todos criminales y que la historia no los iba a perdonar. Al día siguiente de hacerlo, el 28 de abril, fue ejecutada con otras dos detenidas.

Héctor también le comentó que había estado en Campo de Mayo con Juan Carlos “Cacho” Scarpati, reconocido militante montonero que había sido miembro de la resistencia peronista. Secuestrado el 2 de abril después de que le dieran nueve balazos en el cuerpo y tras recuperarse de un coma de veinte días, Scarpati se lo encontró a Héctor en la zona de las duchas del Campito. No sabía quién era pero le llamó la atención que fuera un hombre mayor. Lo notó muy

golpeado y angustiado y le preguntó si estaba bien. Héctor le contó que lo habían secuestrado en La Plata y que durante la tortura le habían mostrado fotos de sus hijas mientras le hacían comentarios obscenos sobre ellas. También que le habían dicho que habían estado en Campo de Mayo y que habían sido asesinadas. Cuando en septiembre Scarpati se escapó de un modo bastante espectacular mientras lo llevaban a reconocer una casa, la noticia llegó casi inmediatamente al Vesubio: se les había fugado a dos hombres del Francés. Como ambos centros dependían del I Cuerpo del Ejército, algunos miembros de las patotas operaban para uno y otro centro. Héctor se mostró especialmente interesado en la historia, advertido de que era el mismo detenido que lo había consolado en las duchas. Además, supo que a Scarpati lo habían sacado de Campo de Mayo y lo habían trasladado al Sheraton por unas horas, otro centro clandestino al que también a él, para ese entonces, lo habían empezado a llevar por estadías breves.

12

Cuando Marina me dice que lo habían matado al padre yo le creí porque ellas tenían más información que yo. Pero en una oportunidad, la hija de una conocida que trabajaba en Ford escuchó a dos tipos conversando frente a su escritorio que decían ¿Vos sabés que Oesterheld vive? A todo esto Marina me manda una carta después de su llamado, diciéndome que el padre había sido un héroe y no sé qué. Pero después de unos meses, en junio o julio, alguien me dijo que Pablo Fernández Long, que ya estaba en el exterior, sabía que Héctor estaba preso. Pero eran comentarios de

comentarios, y yo no sabía cuál era la realidad y seguí con esa tremenda duda.

13

23 de mayo de 1977

Si bien entre papi y vos todo lo que existía eran rencores, él fue el padre de tus hijas, y (según vos) el culpable en gran parte de lo que pasó con ellas. Es importante que sepas que también él es el culpable de lo que pasó con él, desde el momento que reconoció una realidad.

Nuestro enemigo (que vos ya sabés quién es), es el culpable de su muerte, desde el momento que decide explotar y olvidarse de la justicia en beneficio propio.

Otro beso

Marina

14

En mayo, a Graciela Daleo le dijeron que tenía que atender a una compañera que había quedado descolgada. Graciela sabía, desde un principio, que era la hermana de Estela. También sabía que Héctor había caído y por eso no le sorprendió encontrarla profundamente triste. El encuentro fue en una estación cerca de la localidad de Piñeyro, en Avellaneda. Caminaron en dirección a Valentín Alsina, mientras Graciela le hablaba de generalidades

sobre la etapa que estaban viviendo y Marina la escuchaba atenta, con la cabeza inclinada, lo que le permitía mirarla sin perder de vista lo que sucedía alrededor. Estaba embarazada pero aún no se le notaba la panza, incluso a Graciela le llamó la atención lo flaquita que era.

En ese tiempo, Marina estaba viviendo con Alberto y se refugiaba en él para sobrellevar la angustia por la destrucción de su familia. Él sabía contenerla. De algún modo, estaba pasando por una situación similar. Hacía tiempo que no podía encontrarse con sus familiares. Había visto a su mamá por última vez en octubre del año anterior, en el velorio de su hermana Mónica, que había muerto de un cáncer de ovarios y a quien no había podido acompañar durante su enfermedad. Le pesaba que la militancia lo hubiera obligado a separarse de sus seres queridos y aunque sabía que lo necesitaban —especialmente después de la muerte de su padre en 1974— contenía sus deseos de encuentro para no comprometerlos. Sólo se arriesgó una vez, varios meses después del velorio de Mónica, y armó una cita con su otra hermana Laura. Se vieron en un bar de Once, cerca de la casa familiar. Fue un encuentro tenso. Alberto temía que lo vieran y Laura se sentía más desbordada de lo que ya estaba. De ese momento, a ella le quedaría el recuerdo del alivio de haberlo visto con vida —hacía unas semanas su madre había recibido una llamada anónima para que fuera a una comisaría de Avellaneda a ver si entre los muertos estaba Alberto— y de cuánto empezaba a parecerse a su padre. Quizá porque estaba avejentado: canoso, con los dientes rotos y de aspecto descuidado. No quedaba nada del Tucho, como lo llamaban en su casa, de apenas unos años atrás, tan prolijo y engominado, que ahorraba de su sueldo para comprarse trajes y mocasines de Guido. Y a diferencia de

encuentros anteriores, esta vez Alberto le dio detalles de su vida. Le dijo que militaba en el sur del Gran Buenos Aires y que su nombre de guerra era Joaquín. Laura interpretó que era un modo de avisarle que estaba en peligro. Después se despidieron con un beso rápido y cada uno se fue por su lado.

Mientras caminaba de regreso a su casa, Laura tenía su mente en blanco, clausurada por el miedo. Recién muchos años después, cuando tomara conciencia de todo lo que les había pasado, trataría de combatir la rabia y la impotencia con el recuerdo de algún momento especial. Entonces volvería una imagen de los seis años, cuando Tucho las llamó, a ella y a Mónica, y les dijo:

—Vengan que las voy a avivar.

Las sentó en el sofá del living y les explicó en detalle cómo venían los niños al mundo.

15

Para principios de mayo, Freddy Andino recibió un llamado de Raúl Mórtola, el padre del Vasco. A Joselito, uno de sus hijos que también vivía en Buenos Aires, lo habían detenido en Devoto. Raúl iba a venir a visitarlo y también quería ver a su hijo mayor. Traía algo para él. A los pocos días, Freddy se encontró con el Vasco y juntos pensaron un modo para que su padre pudiera ir hasta su casa sin correr riesgos.

El Vasco y Estela ahora vivían en el barrio Los Álamos de Longchamps, localidad en el borde sudoeste del Gran Buenos Aires, junto con Marta —Mirta Noemí Martínez— y Pepe —José Martínez —, una pareja de colaboradores de Isla Maciel que se había

incorporado a la estructura. Tenían una hija, Gabriela, un año más grande que Miguelito. A la casa, la más humilde en una cuadra de chalets prolijos y amplios, la habían comprado a través de una inmobiliaria. Con techo de chapa y paredes sin revoque, tenía una sala pequeña, una habitación y un baño. En el jardín, que no era más que tierra dura perimetrada con alambre, había un árbol y dos perros: el del Vasco era un bulldog y el de Pepe, uno callejero al que habían bautizado Tarzán.

Raúl se alojó en un hotel en el centro porteño. El plan era que se tomara un taxi hasta una dirección que le dio Freddy. La dirección era falsa y al taxi, que apareció justo cuando salió del hotel, lo manejaba uno de los compañeros de pelotón del Vasco. Cuando Raúl llegó a la casita precaria de Longchamps, se convenció más aún de lo que venía a hacer. En el bolso traía fajos de dólares de la venta de unos terrenos en Corrientes.

—Mijo, todos se fueron, ¿por qué no te vas vos también?

—Todos los que se fueron son unos traidores, papá.

—Pero m'hijo, los están matando a todos. Dejame que te ayude a irte.

—No, grabate esto: no vamos a irnos, tenemos plata, tenemos todo, pero no vamos a irnos.

—Al menos dejame que me lleve a Martín Miguel hasta que las cosas se calmen, mirá cómo viven.

—Papá, Miguelito es lo único que tenemos, y se va a quedar con nosotros. Y si alguna vez nos pasa algo, no te preocupes que alguien se va a ocupar y un día te van a tocar la puerta y te van a decir "este es tu nieto".

—Ay, m'hijo, no puedo escuchar esas cosas.

Antes de regresar a Corrientes, Raúl los volvió a ver. Se encontraron en la Plaza de Mayo. Era un domingo soleado y de ese momento quedaría una foto. Estela con el pelo oscuro, bien corto y una pollera escocesa; el Vasco, con sus pantalones oxford y el bigote cuidadosamente recortado, que la abraza. Raúl, más alto que su hijo, canoso, lleva un gamulán y toma de la mano a su nieto, que entrecierra los ojos para proteger la mirada del sol. Tiene los dientes torcidos como el Vasco. Detrás, la Casa Rosada aparece como parte de una postal turística.

16

Susana Reyes se animó y estiró la cabeza. Como los demás, estaba encapuchada pero podía ver a través de un agujerito en la tela. Se dio cuenta de que estaba muy cerca de un pasillo que llevaba al baño. Algunos días después, cuando una compañera le consiguiera un peinecito de plástico con el que podía destrabar el grillete que la encadenaba a la pared, iba a asomarse más. Algunas mujeres le habían pedido que prestara atención a los culos de los hombres, esos que se veían cuando los ponían en fila, desnudos —como hacían también con ellas, expuestas al constante manoseo de los guardias— a la espera de una ducha congelada. Quizá por algún detalle, un lunar, la forma de pararse, ella podría identificar a los compañeros. Una de esas veces le pareció ver el de Héctor. Era el único cuerpo que ya no conservaba la turgencia de la juventud. En algún momento durante los cuatro meses de cautiverio, a su cucha iba a llegar una tira de papel con un dibujo no muy elaborado y un diálogo cómico, que Héctor había enviado a través del detenido que

servía la comida. Ella lo vería en una de las ocasiones que la sacaron de la cucha y la llevaron a la cocina para que buscara los platos. Lo distinguió a través de su capucha agujereada. Hacía un frío terrible y él estaba con un sobretodo gris y tocía.

—Viejo…

Le susurró y le agarró la mano. Él no respondió, pero le apretó la mano bien fuerte.

A los pocos días de esa escena, Oscar Guidot —cordobés y estudiante de Medicina— le comentó a Susana que a Héctor lo habían cambiado de lugar.

—Al viejo por suerte lo pasaron a la sala Q, porque está muy mal de los bronquios.

17

Amanecía y Emerson ya había camuflado el campamento detrás de unos arbustos mientras Raúl Araldi y Luis, médico y nuevo integrante de la unidad del monte, lo esperaban unos metros más arriba para salir de exploración. Estaban en una zona cercana al Siambón, en el centro de la provincia de Tucumán, y desde esa altura vieron cómo una patrulla del Ejército avanzaba al descubierto y con los fusiles en alto, en una suerte de rastrillaje a ciegas. Raúl se anticipó y disparó para ganar tiempo. Después les dio la orden a sus compañeros de seguirlo.

—Por acá.

Les señaló y se adentraron en la vegetación, con las pisadas y los disparos a pocos metros, conscientes de que la yunga sería su mejor aliada. A medida que avanzaban, la frondosidad les cortaba el

camino a sus perseguidores. En los tres meses que llevaban moviéndose de manera itinerante por ese territorio que llegaba hasta la Quebrada de Lules, habían adquirido gran conocimiento de la zona. Siguieron en silencio durante horas hasta que al atardecer y ya seguros de que no corrían peligro, se echaron a descansar en un maizal.

—¡Qué cerca que estuvimos, chango!

—Hay que ser bruto, ¿no? Cómo van a hacer tanto quilombo, así se les escapa cualquiera.

El día terminó con un festejo por haber sobrevivido. Improvisaron un pequeño fuego que no llamara demasiado la atención y asaron unos mirlos que, a pesar de que aún no estaban maduros, les parecieron un manjar. El alimento volvía a ser un problema, aunque lo más grave era haber perdido las armas —sólo cargaban unas Mauser pesadas y viejas— y el trabajo político con los lugareños. Eran pocos los que colaboraban pero fundamentales, porque a través de ellos conseguían las provisiones. Estaban casi seguros de que ninguno los había delatado. Desconfiaban, en cambio, de un hombre que dos días antes los había visto mientras caminaban a la vera del río y a quien le habían pedido que guardara silencio.

—Está bien, pero no vengan más por acá.

Les respondió, seco. Otra posibilidad era que alguien hubiera escuchado los disparos de Raúl durante la tormenta eléctrica de unas noches previas, mientras intentaba camuflar una prueba de armas con el sonido de los truenos.

En definitiva, eran errores propios que los obligaron a desplazarse hacia Villa Nogués, al sur, donde tenían un embute con armas y alimentos. Una vez allí, retomar el contacto con los locales se hizo imposible. El Ejército tenía la zona bajo control y en cada casa a la

que lograban entrar, percibían el terror en la cara de sus anfitriones. Nadie quería tener vínculo con ellos y eso los obligaba a conseguir lo que necesitaban por sí mismos. Día por medio, Emerson bajaba hasta la ruta antes de que amaneciera, se cambiaba la ropa por una muda más presentable y durante la mañana compraba provisiones en diferentes negocios para no levantar sospechas con las cantidades. De regreso en el monte, con sus compañeros, se volvía a sentir seguro. Pero también se preguntaba sobre el sentido político de lo que estaban haciendo.

—Pocho, yo veo que acá estamos a salvo pero en cuanto a lo político me pregunto si será correcto seguir aislados de todos.

—Yo pienso lo mismo, quizá sea mejor armar algo abajo, en la ciudad, aunque esté peligrosa. Pero esperemos a ver qué novedades trae Ignacio.

Cada cita con Horacio Campiglia era también la posibilidad de tener información sobre Diana. Raúl estaba convencido de que seguía viva pero también tenía la certeza de que estaba sufriendo. Y, a pesar de eso, se asombraba de su propia entereza y de cierto optimismo que cada vez tenía menos fundamentos.

—¿En qué me estaré convirtiendo que no siento desesperación? A veces me pregunto si no nos estamos pareciendo a los milicos. ¿No te pasa lo mismo, Emerson?

—También me lo pregunto. Pero nuestros objetivos son diferentes.

En mayo, Campiglia cubrió la cita. No sólo llegó sin novedades sobre Diana, también les anunció que se iba del país.

—Se decidió que la Conducción Nacional saliera al exterior y a mí también me sacan.

Mintió Campiglia respecto de los tiempos. La mayoría estaba afuera desde el año anterior.

Todo era tan vertiginoso que ni a Raúl ni a Emerson se les ocurrió juzgar la decisión. A ellos también les habían sugerido irse, antes de regresar al monte, pero no habían aceptado. Los dos tenían a sus hijos en el país y les parecía impensable. Raúl, además, no se iba a mover ni siquiera de Tucumán hasta que no tuviera noticias de Diana. La decisión final fue que bajarían. No había otro plan.

Como cierre de la etapa en el monte, Campiglia les ordenó hacer una operación de propaganda armada en una tradicional casa de té ubicada en la cima de un cerro en Villa Nougués, símbolo de la aristocracia tucumana. Había que demostrar que aún quedaban unidades activas y con poder de fuego. La hicieron de noche. Interceptaron a una parejita de adolescentes que daba vueltas en auto a las dos de la madrugada, les dijeron que se quedaran tranquilos, que sólo usarían el vehículo y se lo devolverían luego de realizar la operación. El médico se apostó en el asiento del conductor, Raúl a su lado y Emerson atrás, custodiando a la pareja que estaba paralizada de miedo. Viajaron en silencio y frenaron a unos veinte metros de la confitería. Dejaron a los chicos encerrados en el auto, caminaron hasta el objetivo, arrojaron un par de explosivos en el jardín, dispararon unos tiros a las ventanas y volvieron. En el camino de regreso, les explicaron el sentido de la acción a los jóvenes: ellos eran montoneros y ése había sido un ataque a un símbolo de la oligarquía, que explotaba a los trabajadores y apoyaba al gobierno militar.

—Perdonen si los asustamos. No fue nuestra intención.

Se disculpó Raúl. Después los devolvieron al lugar en donde los habían interceptado, les pidieron que no hicieran la denuncia y

emprendieron la caminata al monte. Habían acordado que bajarían definitivamente en junio, con las cañas de azúcar crecidas como para cubrirlos. Eran tiempos en los que el único lugar seguro para dormir era el cañaveral.

18

El centro clandestino de la comisaría de Villa Insuperable, ubicada en Tapalqué y Quintana, en el partido de la Matanza, era conocido irónicamente como “el Sheraton”: allí los secuestrados recibían trato de preso común, y eso, en comparación con la situación en otros campos, era como estar en un hotel cinco estrellas. Más allá del escándalo de gritos y de golpes que se escuchaban cada vez que la patota entraba en el lugar, y de los alaridos de los recién secuestrados a los que torturaban en el primer piso, los prisioneros antiguos se alojaban en celdas que en general permanecían con las puertas abiertas, recibían una frazada, podían conversar entre ellos y hasta caminar libremente por un pasillo que conducía al baño, en el que sólo había agua fría. Cuando a Paula Luttringer, embarazada de ocho meses, la llevaron al Sheraton tras torturarla con ferocidad, se encontró con Roberto Carri y su mujer, Ana María Caruso, secuestrados desde febrero, y con el cineasta Pablo Szir, detenido en octubre del año anterior, el ex compañero de Carri en el *Evita Montonera* que al momento de su secuestro era oficial primero de Columna Oeste. Unos meses después, fue Pablo quien le contó quién era ese hombre mayor al que habían traído aquel día.

—Se llama Héctor Oesterheld y escribe historietas. Hoy es el cumpleaños.

Era 23 de julio y Héctor cumplía 58. Ella, que había tenido a su hija dos meses antes en el Hospital de Campo de Mayo y ahora no salía mucho de la celda, dejó a su bebita en el moisés que casi no usaba porque temía que se muriera de frío —solía tenerla todo el tiempo contra su cuerpo, para calentarla—, se acercó donde estaba Héctor y le regaló una naranja: una fruta era como un diamante.

A Paula la habían secuestrado el 31 de marzo, con 21 años. Dirigente de la UES de La Plata no sabía que estaba unida a Héctor no sólo por el lugar de cautiverio sino también por una persona a los que ambos apreciaban mucho: Pascualito. Paula lo apodaba “el Papi”, había empezado a militar con él a los 15 años, y lo había dejado de ver justo cuando, en medio de la diáspora de la estructura de La Plata, a los dos los cambiaron de zona.

Nadie sabía cuál era la lógica por la cual a veces llevaban prisioneros del Vesubio al Sheraton por breves estadías, como hacían con Héctor. Quizás en esa ocasión lo habían hecho como un regalo de cumpleaños. Para Paula, su presencia significaría otra posibilidad de escape mental. Hasta el momento, la única alternativa de una realidad paralela que le permitiera sobrevivir había sido mirar por horas y horas la foto de una cabaña en la Patagonia que alguien había pegado en la pared de su celda e imaginar cómo sería la huerta que haría junto a ella, o las otras cabañas que construiría ahí cuando saliera del cautiverio.

Pocos días después de darle su naranja, se volvió a acercar a Héctor y se animó a hablarle.

—Perdón que lo moleste, ¿está haciendo una historieta?

Héctor estaba escribiendo sobre la mesa de cemento empotrada en la pared de la celda. Levantó la vista y le dijo que sí con la cabeza.

—¿Quéres ver?

Paula se sentó sobre la cama y se quedó mirando cómo escribía. Cada tanto, Héctor dejaba el lápiz, entrecerraba los ojos —no tenía lentes— y le leía. Era una historia que se desarrollaba en el siglo XIX en la que aparecía un carruaje. Después de un rato así, Paula lo interrumpió.

—¿Pero cuándo empieza a dibujar?

—No, yo soy guionista, escribo y después alguien dibuja.

—Ah, pero Hugo Pratt hace las dos cosas, yo siempre leía *Ana de la Jungla* en el Billiken.

Héctor se rio y empezó a contarle qué hacía un guionista y qué había hecho él en todos esos años. Paula lo escuchaba y sentía, que por un momento, ya no estaban ahí.

Cuando el 27 de agosto le dijeron que la trasladaban a una comisaría de Ramos Mejía para blanquearla, a Héctor ya lo habían llevado nuevamente al Vesubio. Paula se abrazó primero con los Carri y después con Pablo, a quien le dijo en el oído que ella no se quería ir, que quería morir como una montonera.

—Alguien tiene que salir para contarlo.

Le murmuró él, a riesgo de que los guardias lo escucharan. En ese tiempo, Ana María solía decirle a Paula que estaba convencida de que los iban a liberar a todos: desde hacía un tiempo, a los Carri y a Pablo les permitían escribirles cartas a sus familiares con cierta regularidad y hasta encontrarse con sus hijos. Y eso parecía ser una buena señal. Sin embargo, cuando Paula se dio vuelta para verlos por última vez, supo que Pablo no pensaba lo mismo.

No bien salió de la colimba, Ernesto Salas decidió irse de la organización. Abel y Pipi ya se habían abierto definitivamente y los tres acordaron seguir con la militancia en la Isla Maciel pero por fuera de cualquier estructura. Ernesto sabía que una decisión así implicaba que los tildaran, como mínimo, de cobardes. Pidió una cita con Estela, su última responsable. Quería decírselo personalmente a ella, que había sido su mejor compañera.

Se encontraron en una zona fabril a orillas del Riachuelo, cerca del frigorífico La Negra. Conocían bien el lugar porque más de una vez habían ido a hacer pintadas. Durante quince minutos, mientras caminaban por cuadras en las que se sucedían galpones y entradas de camiones, Ernesto trató de explicarle su decisión, que en un principio había sido intuitiva y ahora trataba de poner en palabras. Le importaba especialmente que Estela lo entendiera.

—No estoy de acuerdo con la idea de lucha de dos aparatos, me parece que no es comprendida por el pueblo peronista y que todo esto es morir al pedo, no tiene sentido.

—Negro, estamos en un combate contra la dictadura, no hay otro modo que salir que no sea con los fierros, no podemos bajarnos de ésta, de eso se trata la guerra prolongada de la que tanto hablamos.

—Yo no estoy contra la violencia, Marcela. Pero no así… perdimos todo tipo de contacto con las bases, tenemos que volver a hacer política en el barrio, volver a las sociedades de fomento, a las cocinas de los vecinos, como en la resistencia, eso quiero hacer yo como peronista revolucionario.

Estela lo miró y no dijo más nada. Se abrazaron y se despidieron.

—Entonces Emerson va hacia la zona sur; Luis, a Buenos Aires y yo, al este.

Le dijo Raúl Araldi a Felipe —Carlos Tello— el cuadro con mayor rango que había quedado en la provincia de Tucumán. Hacía un día que habían bajado del monte y el encuentro con Felipe era en unos cañaverales cercanos a Lules, 20 kilómetros al sur de San Miguel de Tucumán. La escarcha del amanecer les congelaba los pies, las manos, las orejas, pero la presencia de aquel responsable compensaba el frío. A esa altura, un compañero era también un sobreviviente. Felipe era mendocino, había sido asesor del gobernador Martínez Vaca y había llegado a Tucumán en 1975, huyendo de la Triple A. A mediados de 1976 habían matado a su mujer, Margarita Aziza Weiss, y ahora trabajaba como albañil en la ciudad de Tucumán y dormía en las mismas obras. Lo atormentaba no poder ver a su hija, que había quedado con sus suegros en Jujuy, a quienes tenían amenazados. A través de él, Raúl y sus compañeros se enteraron de que en Tucumán ya no había nada para hacer. Si hasta habían suspendido las acciones de propaganda en fincas y fábricas porque detrás de ellos iba el Ejército y tomaba represalias contra los trabajadores. Lo mejor era pasar inadvertido. También les confesó que su mayor y único acto de resistencia en ese momento era encontrarse con su compañero Lito, cuyo verdadero nombre era Julio González, en un bodegón de la ruta cercana a Bella Vista, introducir una monedita en la fonola y brindar con vino barato mientras sonaba el tango *Jamás lo vas a saber,* que le dedicaban a los milicos. “No me vas a ver tirado ni me vas a ver vencido / No me vas a ver rodando como vos te imaginas”, susurraban.

—Corten citas, no vayan a domicilios y encontrémonos cada quince días para el control.

Les ordenó. Pero la reinserción no iba a ser fácil. El trabajo en el rubro azucarero estaba bajo control directo del Ejército y la zona este, donde fue Raúl, vivía en base a trabajos vinculados precisamente con la caña. Aquella, además, era el área con menos densidad de población, con ciudades que no superaban los pocos miles de habitantes y en las que un forastero era rápidamente identificado. La más grande era la Banda del Río Salí, con unos 30.000 habitantes si se incluía la zona metropolitana, y que estaba unida a la capital por un único puente vigilado las 24 horas. Un cartel daba la bienvenida a San Miguel. “Tucumán: cuna de la Independencia, sepulcro de la subversión”, decía. En los cañaverales de los alrededores se asentó Raúl.

Como en un western, también en postes de luz, estaciones de colectivo y de tren en la provincia estaban pegadas las fotografías de Raúl, Felipe, Campiglia y Emerson con la leyenda “Buscados” y el monto de 100.000 pesos moneda nacional como recompensa.

—¡Qué poco que valemos, chango! No llegamos ni a un auto.

—Ojo que somos como un 504 usado.

Bromeaban los tres a la vera del río Lules donde se encontraban los domingos cada quince días para una cita de control, simulando ser amigos de paseo. Era el mes de julio y Raúl todavía no había conseguido trabajo. Intentaba contactarse con compañeros desenganchados y dormía en la caña. Aun así, estaba animado por el simple hecho de que los tres siguieran vivos y pudieran disfrutar de una tarde de sol bajo los árboles. Al despedirse, fijaron la siguiente cita para agosto. Se encontrarían al mediodía en el cruce de la ruta nacional 157 y el río Lules. Pero, esa vez, Raúl no llegó.

21

Para fines de septiembre, Graciela Daleo recibió la notificación de que tenía que pasar a militar en Berazategui. Ya no vivía con el Gordo José en lo de Marcos ni estaba en contacto con Estela: con la caída de Mary, de Entre Vías, y el secuestro de su hija de 12 años a quien la patota de Vesubio paseaba para que marcara militantes, tuvieron que levantarse. El 18 de octubre, mientras esperaba el subte en la estación Acoyte, una patota la secuestró. Ella intentó tomarse la pastilla pero se la sacaron a golpes. La llevaron a la ESMA. Allí, mientras el teniente de navío Antonio Pernías la torturaba, le iban trayendo compañeros. Uno de los que le pusieron frente era Mantecol, el compañero de Beatriz en la Sauce, a quien no conocía. Graciela estaba desnuda y él trataba de no mirarla.

—Decile cómo te tratamos acá.

Le ordenó el capitán Francis William Whamond, conocido como “el Duque”. Mantecol le dijo con su voz aguda y como un autómata, que antes él no tenía nada y que ahora tenía dónde dormir, qué comer y hasta trabajo. Pero no le dijo que hablara. A Mantecol lo habían secuestrado a principios de septiembre, junto con su novia, en la casa de un familiar en Don Torcuato. Rosita, aquella que había creado la UB Ramón Cesaris y militado junto a Beatriz, cayó tres semanas antes que Mantecol, el 16 de agosto, cuando salía de su casa en Paternal para hacer las compras con sus hijos. Mientras una patota comandada por Alfredo Astiz la subía al auto entre golpes y patadas, ella escuchaba por la radio los gritos de sus dos hijos, de menos de tres años, a los que también secuestraron por unas horas. Mientras la torturaban, en la sala apareció Norma Arrostito, a quien todos los militantes creían muerta. Norma, que la

conocía a Rosita, se le acercó y le dijo que resistiera porque el destino allí, de todos modos, era la muerte. A Bichi lo agarraron en la estación de Beccar el 18 de septiembre. Lo entregó un conocido del barrio que era cadete de la ESMA. Cuando Rosita lo vio en la sala de torturas, se puso a llorar. Les rogó que lo dejaran, que él no sabía nada. Los tres, Bichi, Mantecol y Rosita, serían obligados a hacer trabajo esclavo en el sótano de la ESMA. De noche, los subían a dormir a Capucha, en donde estaban con las cabezas tapadas y engrillados. Mantecol y Bichi serían los últimos prisioneros en salir con vida de ese campo de concentración. Antes, los obligarían a refaccionar una casa en la llamada Isla del Silencio, en el Tigre, comprada a la curia local en donde funcionaría un centro clandestino para los militantes que volvieron con la Contraofensiva.

Afuera, en pleno 1977, la Conducción Nacional a través de un *Evita Montonera* que ya casi ningún militante llegaba a leer, diagnosticaba desde su tapa: “El pueblo resistiendo aísla a la dictadura”.

22

Desde agosto del año anterior, cuando lo secuestraron y lo llevaron a Jefatura de Policía de Tucumán, a Juan Martín lo habían paseado por casi todos los centros clandestinos de la provincia, que por ese entonces superaban la decena. Había estado en las instalaciones del ingenio azucarero Nueva Baviera, sin actividad desde hacía diez años, y en las bases que el Ejército tenía en Lules, Bella Vista y Monteros. Siempre vendado y esposado, con cada traslado recibía nuevos tormentos. Sólo en dos oportunidades le

habían sacado la venda en ese periplo. La primera lo hizo el teniente coronel Antonio Arrechea, jefe del Comando Militar de la Zona de Operaciones, para decirle que no le importaba que le viera la cara porque no iba a salir vivo de allí. La segunda, durante un simulacro de fusilamiento en el que lo colgaron de un helicóptero con una soga atada a los tobillos. En cada uno de aquellos centros, también había escuchado cómo sus verdugos repetían que tenían que encontrar a Pocho, a Felipe y a Emerson. También lo nombraban a Campiglia, aunque sabían que ya no se encontraba en Tucumán.

—A esta altura no debe quedar nadie acá.

Pensaba Juan Martín, que advertía una disminución del ritmo de secuestros y cómo la ofensiva puramente militar había mutado a tareas más elaboradas de inteligencia. A él mismo, por esos días, lo habían dejado de torturar físicamente. Hacía ya cuatro meses que estaba en Jefatura de Policía en donde lo interrogaban de modo permanente aunque sin vendas ni golpes. Eso le daba cierta esperanza de que algunos de sus compañeros se hubieran salvado. Hasta que escuchó lo que nunca hubiera querido escuchar.

—¡Cayó Pocho! ¡Finalmente cayó el Capitán Pocho!

Lo despabiló el grito de la patota policial que celebraba la nueva baja. Cuando levantó la vista, vio que traían el cuerpo de Raúl cubierto por una manta. No podía creerlo. ¿Seguía en Tucumán? ¿Cómo había caído?, se preguntó. Lo mismo quiso saber Felipe cuando regresó de la cita fallida a la vera del río Lules. Los diarios ya no daban cuenta de las caídas y lo único que pudo saber fue que Raúl había caído en un bar de la Banda del Río Salí. Y que se había resistido. Era muy probable que no llevara la pastilla, siempre decía que prefería escapar o defenderse a los tiros. Cuando lo supo,

Emerson no podía entender cómo Pocho había incumplido la regla de oro de evitar los bares. Eran sitios poblados de servicios. Temía que esa misma audacia que lo había hecho un gran combatiente, lo hubiera llevado a pecar de inconsciente.

El 26 de ese mes de agosto, Raúl iba a cumplir 30 años.

23

El 18 de agosto, Susana Reyes escuchó que metían a alguien en la ducha del Vesubio mientras lo puteaban:

—Eh, pelotudo, ¿te tomaste la pastilla?¿Te querías matar como tu mujer?

—No, no, ella se suicidó por otra cosa, yo no tengo nada que ver.

Susana conocía la voz que había respondido. Se soltó el grillete y gateó para ver quién era. Ahí, en las duchas, desnudo, estaba su amigo y ex compañero de militancia, Rudy.

Cuando semanas después, escuchó que era él quien servía la comida en la cucha de los varones, pidió que la dejaran hacerlo a ella en la de las mujeres. Tenía la esperanza de cruzárselo en la cocina. Quería preguntarle cómo y por qué había caído. Ella sabía que desde marzo estaba desenganchado, devastado por el suicidio de su mujer, Susana “la Negrita” Varela que, enferma de depresión y por terror a la tortura, lo había dejado con su hijo de apenas un año. Ese día la vigilancia estaba a cargo de un guardia un poco más permisivo que no dijo nada cuando ella y Rudy, mientras servían los platos lentamente, se ponían al día. Él le contó que se había reenganchado en Sur, que su responsable era Mirta —María Rosa Pargas— y que había caído en una cita envenenada que tenía con

ella. A pesar de que estaban sirviendo una comida inmunda, tenían las manos y los pies congelados y lo que se contaban era bastante trágico, Rudy no podía evitar hacer chistes. De pronto, Susana se encontró conteniendo la carcajada, algo que no le había pasado desde que había llegado al Vesubio. Ella no sabía que Rudy había sido pareja de Diana y mientras terminaban de servir los platos, le contó que Oesterheld estaba ahí. Era un comentario normal entre los compañeros porque era una persona conocida. Rudy se puso serio.

—¿Y sus hijas?

—No, está solo.

24

Uno de los prisioneros de la sala Q había creado un tablero y piezas de ajedrez con pedacitos de cartón. Necesitaban combatir el tedio para no enloquecer y aquel juego se convirtió en uno de los entretenimientos preferidos de Héctor. La monotonía de la sala Q, sin embargo, se iba a quebrar con la llegada de Marcela Quiroga, de sólo 12 años.

El 6 de septiembre, Mary —María Nicasia Rodríguez— la despertó a su hija Marcela a las seis de la mañana y le dijo que se escondiera en el baño con sus dos hermanos. La casa, que quedaba en Berazategui, era prefabricada y el único ambiente de material era ése. El Ejército había rodeado el lugar y Mary y Silver —Alejandro Jaimez, un compañero que en ese entonces vivía con ellos— iban a resistir desde adentro. Mientras se escuchaban los

tiros, Marina, de un año y medio, lloraba; el pequeño Sergio, de nueve, estaba mudo, y Marcela rezaba.

Cinco años antes, Mary había empezado a ir a la unidad básica de su barrio, Entre Vías, para limpiar. Muchas veces llegaba antes o se quedaba hasta tarde para escuchar lo que se hablaba en las reuniones. En poco tiempo se convirtió en la principal referente política de la zona. Aguerrida, enérgica, siempre frontal —algunos le decían “la India Mary”, por su bravura— superaba en diez años a la mayoría de sus compañeros de militancia. Hasta el pase a la clandestinidad, su casa funcionó como centro de reunión. Alguna que otra vez la verían a Estela en su cocina, haciendo miguelitos para algún operativo. La pequeña Marcela solía estar entre ellos. Su madre no le ocultaba casi nada y tanto el mimeógrafo, las armas y el tabicamiento —desde chica sabía que no debía saber ningún nombre real— eran parte de la vida cotidiana.

Cuando aquella mañana golpearon la puerta al grito de “Abran, Ejército” y unos minutos después empezó el tiroteo, hacía dos años que Mary se había ido de Entre Vías con sus hijos mayores. Desde entonces, se había convertido en una de las militantes más buscadas de la Columna Sur, o de lo que quedaba de ella.

—Éste es el baño, ¡tiren acá!

—No, por favor, no tiren, somos chicos. Por favor, no.

Gritó Marcela desesperada del otro lado de la puerta. Había escuchado el estallido de una granada segundos antes.

—¿Cuántos años tienen? ¿Están solos?

—Sí, sí, estamos solos, por favor no tiren, no tiren.

Un grupo de hombres vestidos con uniforme militar los sacaron a la calle, descalzos. A ella y a su hermano los esposaron, frente a la vista de todos los vecinos. Primero los subieron a un patrullero,

después los pasaron a un carro de asalto y finalmente los llevaron a un lugar donde los encerraron en una celda. Allí les dieron ropa: a Marcela unas prendas de su madre que le quedaban grandes y a Sergio un pantalón de Marcela que se le caía. Para comer les tiraron un pedazo de fiambre seco. La beba se había hecho caca y lloraba de hambre. Después los separaron. A Marcela la subieron a un auto y le empezaron a hacer preguntas. Mientras en su mente resonaban las palabras de su madre que le repetía, una y otra vez, que el que cantaba era un traidor, Marcela trataba de dar nombres de personas que ya habían caído. La llevaron a Entre Vías, su antiguo barrio, donde la obligaron a señalar casas de militantes, y después al regimiento de La Tablada. En el interrogatorio no sabía qué decir e inventó: dio como referencia unas torres frente a la estación de Ezpeleta. La llevaron y lamentablemente había un grupo de militantes reunidos. Sin embargo, sus secuestradores se dieron cuenta de que había mentido y ahí mismo, en el departamento, la metieron en una de las habitaciones, le taparon la cara con una almohada, y mientras uno la golpeaba en el mentón y las costillas, otro le pellizcaba los pezones. Hacía sólo dos meses que a Marcela le había venido la menstruación.

En el Vesubio la llevaron a la sala Q. Allí conoció a Elena y a Héctor, en quienes buscó protección inmediatamente. Jugaban con ella a las cartas y le conseguían revistas de actualidad, esas que su madre no le dejaba leer porque eran frívolas. Lo primero que le preguntó Héctor era si le gustaba escribir. Para Marcela, Héctor era un abuelo con un gran bigote que le narraba historias fascinantes para mantenerla con la cabeza ocupada y a quien los demás también cuidaban. Escuchaba que a cada rato le preguntaban cómo se sentía.

—Marcelita, lo más importante es que cuando salgas de acá vuelvas a la escuela. Así que vamos a aprovechar el tiempo para que no te atrases.

Le dijo un día él y, a partir de ahí, todas las tardes le hablaba de algún tema específico de geografía o de historia y le tomaba pequeñas lecciones. Cada tanto, el clima se alteraba con la presencia de Fresco y el Francés, que a veces sólo entraban para charlar como si estuvieran de visita y otras volvían sobre lo único que les interesaba: la cacería. En ese entonces estaban obsesionados con conseguir datos para dar con el Gordo José. Esas apariciones para Marcela, además, siempre significaban una pérdida porque le sacaban los dibujitos que Héctor le hacía. No querían marcas personales allí.

25

Marina me llamó por teléfono y me dijo mamá, me casé. Ella me dijo que se había casado en la clandestinidad, no me dijo el nombre del muchacho. Mary, la chica que trabajó muchos años conmigo, me dijo la vi a Marina por el Puente Saavedra y estaba embarazada. Ahí me enteré. Cuando llego a Abuelas de Plaza de Mayo, me dicen que estaba embarazada de dos meses. No, yo tengo entendido que era de ocho meses porque Mary la vio con un embarazo avanzado. No, no, dos meses, me dijo Chicha Mariani, y yo me quedé muy sorprendida.

26

La madre de Alberto Seindlis vivía aterrada. No sólo por pensar que los militares estuvieran detrás de su hijo, sino también porque fueran a buscarla a ella. Desde que su hija Laura se había casado, vivía sola en un departamento en el barrio de Once. Jadviga no sabía con precisión dónde militaba Alberto. Durante los primeros años setenta, él no les contaba detalles para no preocupar al padre que estaba enfermo del corazón, y a medida que el tiempo pasaba no lo haría por seguridad. En 1975, después de que lo detuvieron en Coordinación Federal, se mudó de la casa familiar. Pero ahora, que sabía que no sólo su vida corría riesgo, decidió contárselo a su madre. La citó una tarde en una confitería de la avenida Córdoba, a la que llegó junto a Marina.

—Mirá mamá, vamos a tener un hijo en diciembre. Estamos en peligro y si nos pasa algo, vos vas a tener que ocuparte de ese chico.

Le dijo, casi sin preámbulos, cuando se sentaron. Marina permaneció en silencio casi todo el encuentro. A Jadviga le pareció una chica muy bonita aunque con una mirada algo triste. A su hijo, en cambio, lo encontró desarrapado, como si durmiera en la calle. Se despidieron rápidamente. Y al quedarse sola otra vez, Jadviga volvió a sentir el miedo en el cuerpo.

27

El 16 de agosto mataron a Alberto Camps en su casa de Lomas de Zamora. Iba a ser una de las últimas grandes estocadas a la estructura de Sur, que hasta ese momento mantenía cierta capacidad operativa. En un informe del 1 de septiembre elaborado

por el GT2 de Campo de Mayo, se hacía un repaso por el estado de todas las columnas: la del Litoral estaba devastada (“baja moral y muy desmilitarizada. Capacidad relativa 5/10%”) al igual que la del Norte (“no ha podido recuperarse desde los sucesivos golpes de principio de 1976”), se reconocía cierta capacidad operativa de Capital (“un 25%”) y se consignaba que la de La Plata estaba desmantelada (“en relación a su anterior potencial, es la más deteriorada del área sur, siendo su proceso solamente comparable al de Córdoba. Reducida a un 5% de su capacidad. Se conoce una resolución de la Conducción Nacional al respecto: ‘que sólo quede en la zona el que está fuerte, que el resto salga’”). Para la Columna Sur, el informe detallaba: “Disminuida, tras el exitoso accionar de las fuerzas legales de los últimos días, debe considerarse, no obstante, como una de las tres zonas más importantes del país, por su jurisdicción (grandes asentamientos fabriles) con ámplia (*sic*) receptividad potencial para trabajo político-reivindicativo y con hasta ahora elevada capacidad militar. Es además, juntamente con Rosario, base de los sectores más importantes de producción de la Secretaría Militar Nacional (Área Federal) que incluyen fabricación de explosivos, taller, etc. Capacidad relativa 30/35%”. Posteriormente se listaba el nombre real y de guerra de los responsables de la columna. Junto al de Alberto Camps, “Gervasio”, oficial segundo a cargo de la Secretaría Militar, un paréntesis aclaraba: “abatido recientemente”.

Después de la caída de Camps, el Vasco siguió como responsable de los tres pelotones que operaban en Sur. Estela se sumó al tercero. A pesar de que el contacto con los niveles superiores estaba restringido al mínimo —los responsables rotaban a la misma velocidad que caían—, aún tenían margen para actuar

de manera orgánica. A partir de los relevamientos de la Secretaría de Informaciones e Inteligencia de la columna, en julio se había elaborado un plan trimestral de ataques selectivos a la policía y, en menor medida, a blancos militares de zona sur. Los efectivos identificados según el informe que recibió el Vasco estaban vinculados con torturas, secuestros y masacres, incluso previas al golpe de Estado.

En la casa de Longchamps, Marta y Pepe funcionaban como apoyo en tareas logísticas. Marta, hasta ese momento, había sido ama de casa. Pepe, que sufría de asma y epilepsia, se las rebuscaba como podía: trabajaba con su cuñado en una pescadería y además arreglaba un poco de todo, desde electrodomésticos hasta autos. Habían integrado el grupo de la Isla Maciel como adherentes hasta el año anterior cuando el grupo se disolvió y ellos decidieron quedarse con el Vasco y Estela y sumarse orgánicamente a Montoneros.

Para los vecinos de Longchamps, en esa casa vivían dos parejas con cierto parentesco entre sí. Algunos decían que ellas dos eran hermanas, otros que ellos, y así. No los habían visto llegar —la mudanza fue de noche— pero sabían el apodo del Vasco, que pidió que lo llamaran de ese modo cuando firmó el boleto. La casa se la vendió una vecina, Hilda, la mujer más conversadora del barrio. Con ella solía charlar Marta cuando salía a hacer mandados, especialmente para comprar Coca-Cola. A Hilda le llamaba la atención que los chicos no jugaran con los otros niños del barrio: siempre se quedaban adentro, en la casa, y sólo salían con Marta cuando iba a hacer compras.

A principios de diciembre, el marido de Hilda vio que el Vasco cruzaba la calle con un lechón que le había conseguido el carnicero

del mercadito de enfrente.

—Buen día, vecino, ¿y eso?

—Qué tal, Gabriel. ¿Qué le parece? Lo vamos a hacer para Navidad.

28

Para octubre, Elena escuchó que en Jefatura se preguntaban qué iban a hacer con los de la sala Q. A ella le comentaron que quizá podían mandarla a Europa. Faltaban pocas semanas para que naciera su hijo y a pesar de que sospechaba que era más un delirio que algo real, les pidió que la enviaran con Oesterheld. Les dijo que como él había viajado mucho, la iba a poder ayudar a adaptarse a su nueva vida en el exterior con un bebé. Cuando se lo contó a Héctor, los dos se pusieron a fantasear con esa posibilidad, conscientes de que era algo tan probable como improbable, al igual que todo ahí dentro.

—Tengo un montón de amigos que allá nos pueden ayudar, como el Tano Pratt.

El entusiasmo les duró hasta que, a fines de octubre, el Francés, Fresco y Batata entraron en la sala Q y se acercaron a Héctor. Elena vio cómo se le desfiguraba la cara y el cuerpo se le encogía. Estaría así por varios días, derrumbado.

Le habían dicho que una de sus hijas estaba muerta. Era Marina.

Podía ser una mentira como otra herramienta de tortura. A Elena, sin embargo, todo le sonó verdadero. Después, escuchó que cualquier plan de largar al Viejo se había vuelto impensable después de eso. Que no les iba a perdonar lo que había pasado con la chica.

A ella la liberaron el 4 de noviembre por orden del mismo Suárez Mason, que pidió ver a algunos prisioneros y cuando llegó a ella, le preguntó si no quería dejar a su futuro hijo en manos de familias de militares.

—No señor, yo tuve una educación católica, y sé que cuando dios nos manda una carga hay que asumirla.

Le respondió con lucidez, consciente de que la apelación de la fe religiosa podía surtir efecto en el jefe mayor del centro, que dio media vuelta y le dijo a sus subalternos:

—Inmediata libertad.

Elena aún no sabía que a su compañero lo habían fusilado en mayo ni que aquella liberación no lo sería tanto. Viviría vigilada hasta que pudiera exiliarse. Cuando dejó el Vesubio, Héctor ya no estaba allí. Lo habían enviado nuevamente al Sheraton, junto con la pequeña Marcela.

29

Antes de que la trasladaran al Sheraton, Marcela le dijo a Silvia Corazza, otra detenida de la sala Q, que no quería irse. Se había encariñado con ellos y se sentía protegida. Silvia le dijo que fuera fuerte y que no demostrara que había generado un vínculo con ellos. También la aleccionó por si en el nuevo centro la interrogaban. En lugar de decir compañero tenía que decir marido, y en vez de enfretamiento, operativo policial. Después entró Fresco, que cada tanto le decía que la quería adoptar, y le permitió hacer una cartulina con recortes de revistas para que les dejara a los de la sala Q. Pero cuando ella quiso firmarla con su nombre, él le dijo que no.

—Ni se te ocurra, poné Pequitas.

Así le decían los represores ahí adentro. Pero Marcela firmó "Pecas", como un pequeño gesto de resistencia.

En el Sheraton le dieron una celda para ella sola, en la que pegó una foto de *Los Ángeles de Charly*. Sabía que su madre no lo hubiera aprobado, que le hubiera dicho que al igual que la Mujer Maravilla, eran personajes que apoyaban al Ejército y a la policía, pero a ella le gustaban esas chicas por su pelo. También recortó de una revista la publicidad de unas zapatillas Flecha en la que se veía una pareja de chicos. Estaba entrando en la adolescencia allí, en cautiverio, y era su modo de decir que ya no era una nena. En el Sheraton, Héctor compartía la celda con José "Clemente" Slavkin, estudiante de Física y de Filosofía y militante de la JUP al que habían secuestrado en septiembre y paseado por otros centros clandestinos como el Olimpo, el Atlético y el Pozo de Banfield. Cuando todos se iban a acostar, Héctor se sentaba junto a la cama de Marcela y le contaba alguna historia para ayudarla a dormir. Ella le hablaba de su mamá y de sus hermanos, y del miedo de que la nueva mujer de su padre no los quisiera. Él siempre le decía algo para tranquilizarla. Una noche le contó que tenía nietos, pero Marcela no se animó a preguntar más. La marca del tabicamiento seguía fuerte en ella.

Los Carri enseguida asumieron la responsabilidad de su estudio. Improvisaron una suerte de escuela con horarios: por la mañana le enseñaban las materias fundamentales como Lengua, Matemática y Ciencias Sociales, y por la tarde, Héctor la ayudaba a hacer la tarea y a repasar. A veces le recitaba poemas de Juana de Ibarbourou. También era el encargado de que hiciera ejercicio. Había empezado a hacer calor y les permitían salir a un pequeño patio interno.

—Vamos afuera a tomar un poco de sol, que estás muy blanca, Marcelita.

Allí, con unas maderas y una hoja de diario abollada como pelota, Héctor le enseñó a jugar al hockey.

De todos modos, el terror seguía ahí. Hubo noches en las que los compañeros la cambiaron de celda y dejaron la radio con el volumen alto —la misma con la que por las mañanas escuchaban *Rapidísimo*, el programa de Héctor Larrea y también, mucho más bajo y a escondidas, Radio Colonia— para que ella no sintiera los gritos que venían de la sala de tortura del primer piso. Marcela los sentía igual. A veces también la sacaban a "lanchear". La disfrazaban con tacos y una peluca y la llevaban a reconocer casas de militantes. A los Carri también los sacaban, pero les decían que los llevaban a declarar para poder legalizarlos. Les daban ropa limpia y ellos se preparaban para presentarse frente a un juez. De regreso, y por sus caras de desolación —a veces Ana María volvía con crisis de nervios—, Marcela deducía que eso no había sucedido, pero nunca se animó a preguntar qué pasaba en esas salidas. El Francés no solía visitarlos con la misma regularidad que lo hacía en la sala Q, pero para principios de noviembre apareció con Fresco.

—Fuimos a ver a tu papá, Pequitas.

—¿Y mis hermanos?

—Están con él. Queríamos saber si era un viejo de mierda, pero como parece que no, un día de estos te llevamos con él.

La llevaron a mediados de ese mes. En su última comida en el Sheraton, todos le insistieron con que estudiara.

—Qué bueno sería que en el secundario te dieran de leer *El Eternauta*, ¿no? Mirá si algún día sucede.

Dijo Héctor y le sonrió. Marcela le vio el pelo muy blanco.

30

Mamita, todo lo que tengo para decirte y seguro todo lo que vos tendrás para decirme a mí no se puede expresar por escrito. Quiero que sepas que Vasquito, Miguelito y yo estamos bien. Marina ya no está entre nosotros y ese dolor ya no hay nada que lo pueda mitigar, pero quiero que sepas que murió heroicamente como vivió, como viven y mueren los mejores hijos de este pueblo querido que tantos sufrimientos tiene que soportar día a día. Creo que tenemos que estar orgullosos de ella, como de Bi, de Di y de Dad, y quiero que sepas que yo estoy orgullosa de vos, que tanta herida no es en vano, aunque no parezca por los diarios y aunque esto lo interpretes como un rasgo de locura mía, el día de la victoria no está tan lejos y nosotros vamos haber tenido el profundo honor de haber ayudado a construirla.

Voy a arreglar a través de Elsa (Beriguistain) la manera de vernos. No te digo cuándo porque tenemos que armarlo bien, pero espero que sea muy prontito. Te mando el abrazo y beso más sentidos y te pido que seas fuerte (demasiado sé que lo sos). Hay mucho por dar todavía en esta vida y muchas razones para seguir adelante.

Te quiero mucho,

Estelita
14/12/77

31

Ese miércoles 14 de diciembre, Estela fue a San Isidro. Tenía la esperanza de encontrar a su primo cura, Jorgito Oesterheld. Quería pedirle que intercediera frente a la jerarquía de la Catedral de San Isidro —en ese entonces a cargo de Justo Laguna, obispo auxiliar— por la desaparición de Marina. Pero Jorge ya no estaba en el país: había viajado a Europa para especializarse en su carrera sacerdotal. Como apenas había pasado el mediodía y aún era muy temprano para volver a Longchamps —su horario de regreso era siempre con el colectivo de las siete— decidió tomar un riesgo. Fue a lo de Elsa Beriguistain, amiga de su madre, para dejarle una carta. Necesitaba contarle lo que había pasado con Marina.

En ese mismo momento, un grupo de tareas del Vesubio entraba en su casa del barrio Los Álamos y secuestraba a Marta, a Pepe, a Gabriela y a Miguelito, su hijo.

32

—¡Eh, más despacio, que esto no es el Lejano Oeste!

Gritó Miguel, el carnicero que le había vendido el lechón al Vasco y que en ese momento estaba en la vereda del negocio. Un Falcon había pasado a toda velocidad por la calle de tierra. A los pocos segundos, otros dos autos entraron igual de rápido, uno por cada esquina, y frenaron. De cada puerta salió un hombre. Estaban vestidos de civil y armados con FAL.

Miguel entró en el local y junto con los dueños del mercado se quedó detrás de la vidriera y vio cómo los hombres saltaban el

alambrado de la casa de enfrente, la de los nuevos, y se apostaban con sus armas apuntando la puerta.

Gabriela estaba a pocos días de cumplir cinco años y en su memoria quedarían imágenes como flashes. Su padre que de repente deja la radio que está arreglando, su madre que revolea la bolsa de pan que ella traía, los dos que la agarran de la mano y la tironean porque no saben hacia dónde ir, a Miguelito no lo ve, no lo escucha, pero sí escucha la voz de un hombre que desde afuera grita salgan todos o los quemamos, y entonces ellos salen, ahí afuera hay un montículo de arena, uno de los hombres que tira al piso a su padre y le apunta con un arma tiene un traje claro, ella le dice esa arma es de juguete, hay sol pero la atmósfera está pesada, húmeda, todo está borroso, ¿querés saber si es de juguete?, el arma la apunta a ella, quedate tranquila, hijita, quedate tranquila, le pide su padre mientras recibe patadas, estamos jugando, y le pegan más. A su mamá no la ve, pero sabe que también está en el piso. Ahora ella y Miguelito están solos, se toman de la mano, no quiere soltarlo. En la comisaría les dan sopa, y Coca-Cola, Miguelito juega con la cuchara, como si se hiciera el avión a sí mismo. Es de noche y los suben a un auto, ¿es un Falcon clarito o ella lo imagina?, ahí está Pepe, su papá, en el asiento de atrás con los ojos vendados y las manos y los pies atados, a su mamá no la ve. El que maneja es el mismo hombre de traje claro que vio en su casa, escuchó que le decían Fresco, o tal vez Batata, también hay uno de azul que se da cuenta de que quiere desatar a su papá y le grita pendeja, qué mierda estás haciendo, y le pone un arma en la cabeza. Ella se queda quieta, se acomoda en el hueco de su brazo, su padre baja un poco la cabeza y ella le dice que lo quiere, papito te quiero mucho, y ahí el de azul grita, salí de ahí, correte, pendeja de mierda,

pero no hay espacio, sólo queda ponerse en posición fetal, contra la otra persona que ella sabe que es su madre. Ahí en la calle, la espera su abuela, le ordenan que se baje del auto, ella no quiere, se aferra a la tela que cubre a su madre. La última imagen mental serán las luces traseras, rojas, de ese Falcon que se lleva a sus padres. Y a Miguelito.

Rodolfo García, el dueño del mercado, vio cómo los sacaban por el baldío que daba a una de las calles laterales y los subían a uno de los autos estacionados en la esquina. Reconoció a los dos chiquitos y dedujo que también llevaban a una de las parejas. Él sabía que a esa hora, ni el Vasco ni su mujer estaban en la casa. En el barrio se sabían los horarios de los vecinos. Pensó que todo terminaría ahí. Eran cerca de las once de la mañana y no habían pasado más de veinte minutos desde que esa gente había aparecido.

Pero no. Cuatro personas cruzaron la calle en dirección al negocio. No entraron: treparon por una pequeña empalizada y se subieron al techo del mercado, una losa recién terminada.

—Cómo se van a subir sin permiso.

Pensó Rodolfo, que trataba de esconder el miedo frente a su mujer y su empleado. Uno de los que se había apostado en el techo bajó por la escalera que comunicaba con el negocio y les dijo que siguieran atendiendo como siempre y que cualquier cosa, cerraran la persiana. Su tono era más de amenaza que de sugerencia. Llevaba una foto del Vasco, en la que tenía pelo largo y un gran bigote. Miguel pensó que esa imagen no se parecía mucho a la de su vecino, de aspecto más prolijo. Cerraron el negocio durante la hora de la siesta, como hacían siempre, y se quedaron adentro. Los hombres siguieron ahí, en el techo. A través de la escalera, Miguel

podía escuchar algunas de las conversaciones. Que ese tal Vasco ya se les había escapado en Monte Chingolo, que se decía que andaba en moto y que tiraba con las dos manos, que esta vez lo iban a agarrar a ese hijo de puta.

Cerca de las seis de la tarde el Vasco se bajó del colectivo en la parada de la esquina. Caminó hacia su casa pero no entró, siguió de largo. Detrás de las cortinas, los vecinos seguían cada uno de sus movimientos en completo silencio, inmóviles, como meros espectadores de una muerte anunciada. Sabían que lo estaban esperando pero ninguno iba a arriesgarse sabiendo que los verdugos estaban ahí, entre ellos. El Vasco cruzó la calle y enfiló hacia el mercado. Antes de entrar, se quedó unos segundos agarrado a la cortina de plástico que colgaba del marco de la puerta, mirando hacia su casa. Después entró en el local y le preguntó a la mujer de Rodolfo si no había visto a su señora.

—No, todavía no llegó.

Le dijo ella, mientras le abría los ojos bien grande y rogaba por dentro que se fuera lo antes posible. El Vasco sacó un billete y le pagó lo que le debía del lechón. Ella revisó el billete, que terminaba en 69 —durante muchos años le jugaría a ese número, sin suerte— y volvió a mirarlo fijo, demasiado fijo. Fue ahí cuando el Vasco reaccionó y salió corriendo. Y fue ahí cuando lo reconocieron.

—¡Es ése, es ése!

Gritó uno de los que estaba en la losa. Otros dos saltaron y empezaron a perseguirlo, mientras un tercero disparaba desde arriba. Después los vecinos sabrían que el Vasco logró dar la vuelta manzana y que, cuando estaba a punto de esconderse en una casa, un Falcon apareció por la esquina contraria y le disparó. Se dijo que lo acribillaron contra una pared.

Todo por no conocer el barrio, seguiría pensando cuarenta años después Miguel, el carnicero. Si hubiera seguido derecho, en lugar de volver a doblar, se habría metido en el descampado, y después en los establos y, quién sabe, se habría salvado.

Nadie vio qué hicieron con el cuerpo del Vasco y si realmente estaba muerto. Los hombres volvieron al negocio, una vez más, y lo encararon a Miguel.

—Diganlé a la señora que se entregue, que tenemos a su padre. Nosotros ahora nos vamos.

Pero no se fueron. Siguieron escondidos en la escalera que comunicaba con la terraza. Y también en la casa de enfrente.

Dos horas después, Estela bajó del colectivo. Hizo el mismo recorrido que el Vasco. Y cuando llegó a la puerta de su casa, se detuvo.

—¡Quedate quieta o te quemamos!

Estela corrió hacia la vereda de enfrente. En la mitad de la calle recibió el primer disparo. Siguió corriendo e intentó sostenerse en pie contra la pared del mercado, pero no pudo y cayó. Le volvieron a disparar. Cuando los tiros cesaron, Miguel y Rodolfo se asomaron desde el local y la vieron en el piso, junto a dos de los hombres.

—Che, pelotudo, para qué mierda le tiraste así, ahora no nos sirve.

—¿Y si tenía una bomba?

—¿Vos sos pelotudo? ¿Dónde la va a tener, en esa carterita?

Mientras los hombres discutían, Miguel escuchaba cómo Estela se quejaba de dolor, y se animó a preguntarles si no la iban a llevar al hospital.

—Nosotros no vamos a manchar el tapizado del coche, ¿vos la pensás llevar?

Miguel tenía un rastrojero viejo. Los dos hombres la cargaron a Estela en la caja —la tiraron como una bolsa de papas— y se subieron ellos también. Al volante se sentó Miguel y a su lado otro vecino que hacía pocos meses había abierto un negocio de compraventa junto al mercado. Salieron por la avenida Pavón hacia el hospital municipal de Adrogué, guiados por dos Falcon que abrían camino con las armas asomadas por las ventanillas, y escoltados por un Peugeot con techo corredizo: por ahí otro de los hombres sacaba un FAL. Cuando llegaron al hospital era de noche. Un enfermero se acercó con una camilla, seguido por un médico. Estela ya había muerto.

—Gracias muchachos, se pueden ir.

Les ordenaron los hombres de civil que en ningún momento se identificaron. Miguel y su compañero no preguntaron nada más y emprendieron el regreso. Cuando estaban a mitad de camino, vieron cómo los dos Falcon y el Peugeot los pasaban a toda velocidad por avenida Pavón.

Al día siguiente, en el barrio los Álamos apareció un camión del Ejército, con un teniente coronel al mando y una buena cantidad de colimbas. Era común que después de un operativo ilegal con un grupo de tareas, el Ejército se presentara para simular un procedimiento legal. Desvalijaron la casa, incluido el lechón, a pesar de que una de las vecinas se acercó un soldado para pedirle que no se lo llevaran.

—No, señora, éste nos lo llevamos para celebrar en el cuartel.

Sólo dejaron dos fotos enmarcadas, una de Miguelito y otra de Gabriela, que la dueña del mercadito conservó colgadas en una pared durante treinta años a la espera de que alguien los reconociera.

Durante mucho tiempo, los vecinos se preguntarían qué había pasado con los dos chiquitos y con el matrimonio que secuestraron. Y con ese ciruja que apareció pocos días antes del operativo, allí, en un barrio en donde nunca habían visto a alguien que durmiera en la calle. Y también con el muchacho que había puesto el local de compraventa durante tan poco tiempo, el mismo que lo acompañó a Miguel hasta el hospital y que después de ese día nunca, pero nunca, volvieron a ver.

33

El 16 de diciembre, la Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires incorporó un informe firmado por un tal comisario Salvador en el que se detallaba que el día anterior se había llevado a cabo un operativo conjunto militar y policial con personal del RI3 (Regimiento de Infantería Mecanizada) de La Tablada. Operacionalmente, Vesubio dependía de ese regimiento. En el informe figuraba que se había "apresado" a José Martínez (Pepe), Mirta Martínez López (Marta), y su hermano José Osvaldo Martínez López (quien había colaborado en algunas acciones y vivía en la Isla Maciel, adónde lo fueron a buscar al día siguiente del operativo en Longchamps). El informe seguía: "Además resultaron muertos los siguientes DS: Juan Mórtola, NG Vasco a/c de los tres pelotones de la zona sur. Marcela Osterheld (*sic*), NG Juana, responsable del pelotón N 3. En el lugar se incautó documentación de chequeos de funcionarios policiales que se adjuntan al presente".

El 23 de diciembre, los diarios nacionales publicaron en tapa —respetando hasta las comas mal puestas— la versión oficial del

Ejército: “El Comando Zona 1, informa a la población que el día 14 de diciembre siendo las 20.30 horas fueron abatidos los delincuentes subversivos Raúl Mórtola (alias Vasco) y Mónica Chesterield (alias Marcela). Como consecuencia de informes recibidos y después de una intensa actividad de inteligencia fue localizado el domicilio de los delincuentes subversivos en la localidad de Longchamps. Las Fuerzas Legales concurrieron al lugar y los intimaron para que se entregaran. Los mismos abrieron el fuego y después de un intenso intercambio de disparos se logró abatirlos”.

Abel leyó la noticia en el diario *Crónica* mientras viajaba en el tren hacia lo de sus padres en el Tigre, en donde se refugiaría por un tiempo. Graciela Daleo escuchó el comunicado a través de la radio que los guardias dejaban encendida en la Pecera, el sector de la ESMA al que la habían destinado. Ana, que después de la problemática convivencia con el Vasco no los había vuelto a ver, sabría los detalles del operativo de Longchamps dentro del Vesubio: la iban a secuestrar el 23 de febrero del 78, después de amenazar a su padre y sus hermanos para que la entregaran. Su marido, Juan, se tomó la pastilla. Ahí, al día siguiente de su secuestro, se encontró con Marta. Ella le contó lo que había pasado, le dijo que estaban ahí desde diciembre y que creía que a Pepe iban a trasladarlo en cualquier momento. Pensaba que el traslado significaba ir a prisión. Los dos están desaparecidos.

Una mañana, cuando Ana ya estaba alojada en una habitación, sola, y se decía que la iban a liberar, la puerta se abrió de un patadón y entraron Fresco y Batata. Uno de ellos se sentó en la cama y le dijo:

—Te salvaste, hija de puta.

Ana le miró la medallita que llevaba en el cuello. Era la de la Virgen de Caacupé.

—La reconocés, ¿no? Yo lo rematé a ese hijo de re mil puta del Vasco.

34

El 14 de diciembre del 77 supe todo junto: sobre mis otras dos hijas y mi marido. Yo había ido a ver a Fernandito a los de mis consuegros en Martínez, estábamos por sentarnos a cenar y escucho que mi consuegro dice en el teléfono ya vamos para allá abuela, quédese tranquila que ya vamos para allá. Mire Elsa, me dice, parece que su papá no está bien. A mí no me sorprendió porque mi papá tenía 90 años. Entonces fuimos en el auto hasta Palermo y cuando llego, en el momento que voy a entrar en mi casa se me cruza un tipo con uniforme militar, serían las nueve de la noche, y me dice señora tengo que hablar unas palabras con usted. Y ahí yo dije otra más, Estelita o Marina. Otra más, qué iba a ser. El infierno que yo viví entre el 76 y el 78 hasta que se acabó todo, todos los días esperando una muerte anunciada. Entonces yo le digo que espere y abro la puerta de mi casa y veo a mi madre, mis cuñadas, alguna amiga, todo el mundo. Entonces digo ¿Qué pasó? ¿Cayó Estelita? ¿Cayó Marina? Le digo al soldado ¿Qué pasó? Yo soy oficial y le traigo un nietito y en eso aparece otro militar con Miguel en brazos, absolutamente shockeado. Ahí empiezo a gritar, los mataron, y me dice no señora, su hija no estaba. Qué había pasado: mi amiga Elsa Beguiristain ese día había recibido una carta de Estela y me la había venido a traer, pero se había puesto de

acuerdo con mi cuñada, la madre de Jorgito, y su marido, para estar todos juntos cuando me dijeran que Marina estaba desaparecida. Claro, cuando yo vi a toda esa gente, veo al nene, pienso en Estelita, que la mataron. Entonces a mí no me dicen nada de lo de Marina porque yo me puse como loca, perdí la cabeza totalmente. Al ver al nene, igual, me dio tranquilidad, entonces este hombre me empieza a explicar: el nene estuvo con su marido y él le va a contar todo. Porque Miguel, Martín, ya tenía casi cuatro años y hablaba todo. Él le va a contar que estuvo con su abuelo toda la tarde. Su marido fue el que nos dio esta dirección. Yo no puedo decir lo que sentí en ese momento, era un estado de locura, fue una cosa de pesadilla lo que yo viví. Lo primero que le dije fue que me iba a tranquilizar a la criatura. Así que lo llevé a arriba, a mi cuarto, lo acosté, le canté un poco, se recompuso, me reconoció, una cosa insólita, y entonces este tipo subió y me dijo señora, si usted quiere yo le llevo una carta a su marido. Y le escribí, no sé ni qué le escribí, pero le escribí, qué le puse no me acuerdo. La cosa es que este tipo se la guardó en el bolsillo y así yo me enteré de que mi marido estaba vivo. Mi amiga que vivía en San Isidro me dice Elsa quedate tranquila que Estelita estuvo toda la tarde conmigo. ¿Cómo que estuvo a la tarde con vos? ¿Cómo que estuvo con usted? Nosotros estuvimos hoy a la mañana y no estaba, el marido tampoco estaba. Detuvimos al otro matrimonio y a la nena la llevamos a los abuelos y al nene se lo llevamos a su esposo, aunque teníamos orden de entregarlo como NN, me dice este tipo. Entonces yo le empecé a preguntar por él: me dijo que estaba en condiciones terribles, cómo sería para que me lo dijera. Mire señora, vive, sobrevive, se mantiene. Y no me dijo más nada. ¿Entonces es cierto que está vivo? Sí, está vivo. Después mi nieto me contó quinientas veces lo

mismo: que había estado con él, hoy se olvidó completamente de todo, me dice que lo único que se acuerda es de una puerta con un número arriba. A todo esto Marina ya había caído y me dijo de Estelita que no la habían encontrado pero que se había quedado una patrulla vigilando, así que se imaginan lo que pasó. De mi marido después no supe nunca más nada y una vez, en el banco en el que yo trabajaba, uno del directorio le comentó a la secretaria, que era amiga mía, ¿usted sabe una cosa?, que lo van a soltar esta semana a Oesterheld. Y esta chica vino y me lo dijo. Y yo me quedé helada. Entonces lo llamo inmediatamente a mi sobrino que ya había vuelto de España y estaba en el convento de los Dominicos, y que tenía contacto con altos mandos de la Iglesia y del Gobierno, como Harguindeguy, que era el ministro del Interior de ese momento. Le digo Jorgito, mirá, pasa esto, Héctor está en condiciones físicas terribles, cómo hacemos, ayudame por favor que no sé qué hacer, no lo puedo abandonar, adónde tengo que ir, qué es lo que tengo que hacer. Entonces él lo llama a monseñor Laguna, que era alguien que había estado comiendo en lo de los Fernández Long y también en mi casa, que teníamos relación, y Laguna tenía una relación conjunta con el ministro del Interior, y le preguntó si en las listas de los presos políticos que iban a soltar, porque habían publicado eso, estaba Oesterheld. El ministro le dijo que no, que no había la más mínima noticia ni de que estuviera ni de que fuera a salir. Entonces mi sobrino me llamó y me dijo no, Elsa, no es así, no está. Bueno, otra incógnita que me quedó para el resto de mi vida.

Durante mucho tiempo, el encuentro con su abuelo para Miguel sería parte de una ensoñación. Una escena difusa en la que se veía a él sentado con alguien cercano, un familiar, en un pasillo con paredes de látex brillante, frente a otra pared o puerta con números. De a poco, iría configurando que ese hombre era Héctor. Después, que ese lugar era un centro clandestino, el Vesubio. Ése sería el primer recuerdo de su vida: él sentado ahí con alguien que lo hace sentir bien. Antes de eso, nada.

A aquel recuerdo fundacional le iba a seguir la llegada a la casa de la calle Huergo en un auto y de noche. Su abuela que lo espera en la vereda y él que entra en la casa con una certeza que lo acompañaría toda su vida: a partir de ahí ya no volvería a ver a sus padres. A partir de ahí, empezaría de cero. Y si en algún momento su abuela dejaba de estar, iba a tener que empezar todo de nuevo, otra vez.

36

En ese ir y venir entre dos centros clandestinos, Héctor pasó Navidad en el Vesubio. Allí, según contaría después un sobreviviente, Eduardo Arias, pidió saludar a cada uno de los detenidos de las cuchas, a quienes les habían permitido sacarse la capucha y fumar un cigarrillo. Arias, a quien liberaron unos días después, sabía que le habían llevado a su nieto por unas horas. También, que estaba muy deteriorado físicamente. Le extendió la mano y se la apretó bien fuerte. Y ya no lo volvió a ver.

Para fin de año, Ana María Caruso de Carri les contaba a sus hijas en una carta que casi todos los días los trasladaban desde el

Sheraton hasta un cuartel en Ciudadela —se trataba del Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea (GADA) 101— en donde los obligaban a hacer tareas administrativas. *“El otro día vinieron de visita (a la oficina) seis generales, entre ellos Vaquero, Sasiain, Jáuregui y Martínez… Los que estábamos allí no éramos todos sino un seleccionado de cuatro solamente, entre los que estábamos papá y yo. …De todos modos hay algunas cosas que nos preocupan. En primer lugar, lo nuestro no sé cómo va a terminar. Este fin de año, antes de que se concretaran los pases, estuvieron hablando a ver qué hacían con nosotros; supongo que la discusión debe haber sido en la Brigada. Allí hubo tres posiciones: unos decían que ya la guerra estaba casi terminada y nosotros ya no prestábamos ninguna utilidad, por lo tanto había que matarnos; otros decían que ya no éramos útiles y que había que pasarnos a disposición del PEN y otros decían que seguíamos siendo útiles y que lo íbamos a ser por un tiempo largo y por lo tanto no podíamos seguir viviendo en esta situación por tanto tiempo. Como no hubo acuerdo, la discusión se postergó, lo cual es favorable, creo yo, porque a medida que pase el tiempo la cosa se ablanda y es más difícil matarnos”.* También les habló de Héctor: “*Aquí estamos bastante bien. Ahora está con nosotros ‘el Viejo’, que es el autor de* El Eternauta *y del* Sargento Kird *(*sic*), ¿se acuerdan? El pobre viejo se pasa el día escribiendo historietas que hasta ahora nadie tiene intenciones de publicarle (…) Paula, me parece que la SADE se ha mudado que ya no está más en la calle México ahora está en Uruguay 1351 eso debe ser más o menos Uruguay y Juncal no te olvides de ir. El Viejo me dijo que los talleres para escritores siguen existiendo y que son bastante buenos*”.

Los últimos en ver a Héctor serían Javier Antonio Casaretto, Arturo Chillida y Juan Carlos Benítez. A los tres los secuestraron en Mercedes hacia fines de 1977 y permanecieron en el Vesubio hasta el 16 de enero de 1978. Antes de irse, cada uno por su lado, lo identificaría entre los que aún quedaban en la sala Q. Los tres coincidieron en la descripción: Oesterheld tenía la cabeza vendada. Casaretto, además, pudo ver que estaba jugando al ajedrez.

Cuando a Ana, después de su paso por el Vesubio, la trasladaron al Sheraton, Héctor ya no estaba ahí. Era febrero de 1977 y ella era la única detenida en ese lugar. Uno de los guardias le comentó:

—En esta misma celda estuvo un viejo que contaba historias.

37

A los pocos años, cuando cae la dictadura y asume Alfonsín, a la Conadep se presenta un oficial que había sido destinado al interior del país, y declara que en esta famosa comisaría de Villa Insuperable a la que llamaban el Sheraton había un grupo de intelectuales que eran reclamados por organismos internacionales de derechos humanos y que por eso no podían soltarlos. Y que los mataron en Mercedes, a todos. Eso declaró. Y yo supongo que es el oficial que me trajo a Miguelito, pero es una idea mía. Se me presentó como el capitán Sanabria, pero era Sánchez de apellido. Yo lo sé porque una vez me dieron una ficha de la gente que estaba en esa comisaría y figuraba el plantel del Ejército allí, y decía el alias y el nombre. Y veo Sánchez, alias capitán Sanabria. Ahí se cerró un círculo.

En el resto del mundo ya estaban pidiendo por Héctor desde hacía bastante. El primer año de la desaparición, le otorgaron el famoso premio Yellow Kid que dan en el festival de historieta de Lucca, en Italia, y lo recibió el representante de Amnesty Internacional en Italia. Yo eso no lo supe hasta dos años después a través de los de Amnesty Bélgica, que fueron los que se contactaron conmigo. Al parecer, muchos escritores franceses y belgas estaban pidiendo a través de sus embajadas y mandando notas por la aparición de Héctor. Hergé, el de *Tintín*, llegó a escribirle al propio Galtieri pidiéndole por Héctor. En el 81 yo recibo una carta de una editorial infantil de Bruselas que me pedía guiones de Héctor y respondí. Al tiempo me escribe un señor por el mismo tema y me pregunta si era verdad lo que había pasado con Héctor y con mis hijas, y también le respondí. Eran momentos muy peligrosos, seguía la dictadura y yo tenía miedo de que fuera para sacarme cosas, pero por otro lado no podía vivir en una burbuja, me tenía que hacer oír. Y este señor me decía que fuera a Bruselas y a Francia, que me querían ayudar, y yo decía ¿por qué me quieren ayudar? ¿Quién es esta gente? Resulta que era gente de Amnesty Internacional. Entonces en el 82 me invitaron a Bruselas con Miguelito, que tenía nueve años, y también fui a Francia, donde me recibió Jack Lang, el ministro de Cultura de Mitterrand, que le quería dar la Orden de las Artes y las Letras a mi marido. También me ayudó Hugo Pratt en Italia, que conmigo se portó muy bien, al igual que Breccia, que me terminó devolviendo derechos que Héctor le había vendido en un momento de desesperación. La cuestión es que en Europa la idea era averiguar qué se estaba publicando de mi marido allá porque yo no tenía ni idea de sus derechos de autor y había que recuperarlos para poder, al menos, tener un respaldo económico. Mi sueldo en el

banco no alcanzaba. A todo esto, no les entraba en la cabeza que estuviera pasando algo así en un país como la Argentina. Así que me invitaron a dar charlas pero en ese entonces era bastante embromado porque seguían amenazando a la gente que hablaba y a mí me dio miedo por Miguel, no por mí, me daba lo mismo si me mataban, pero la criatura estaba conmigo y lo único que tenía en el mundo era yo. Cuando volví no pasó nada. Después fui a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos por indicación de Adolfo Pérez Esquivel. Tuve una entrevista con él, fui una noche tarde, tardísimo, hizo que no le pasaran comunicación, se dedicó a hablar conmigo, me contó su historia, me sentí muy acogida, y yo tenía mucho miedo con los organismos porque sabía que había espionaje, y me dijo tenés que ir a todos pero primero a la Asamblea Permanente. Después fui a la Conadep, que hizo la denuncia a Abuelas porque dos de las chicas estaban embarazadas. Yo no sabía que existía Abuelas ni Madres, estaba encapsulada en lo mío, y me llamaron una noche de Abuelas y me propusieron colaborar en la lucha para recuperar nietos desaparecidos; estuve muchos años trabajando ahí. Tenía que saber qué había pasado con los chicos, era terrible. Lo que hicieron con las madres embarazadas es uno de los crímenes más horrendos que se pueden hacer, es una aberración humana, dios mío, no puedo entenderlo, es el día de hoy, cada vez me cuesta más entender qué tipo de gente era, que tipo de Fuerzas Armadas era eso. Lamentablemente nunca tuve el más mínimo indicio de esos dos nietitos.

Los abuelos paternos de Fernando habían decidido no contarle la verdad sobre la muerte de sus padres hasta que fuera más grande. Pensaban que así iba a crecer emocionalmente sano y que en ese contexto político era menos riesgoso. Él sabía que Soledad y Juan Bautista eran sus abuelos, pero creía que sus padres habían fallecido en un accidente automovilístico. De algún modo, esa versión clausuraba cualquier pregunta. Las cosas parecían acomodarse de a poco —Fernandito no se enfermaba tanto como durante los primeros meses desde su llegada de Tucumán— y sólo hablaba del tema cuando conocía a alguien nuevo, lo que sucedió con más intensidad cuando entró en primer grado en una escuela de Pergamino, la ciudad natal de sus abuelos donde se mudaron cuando él cumplió cuatro años.

—¿Y dónde están tus papás?

—Se murieron en un accidente. Yo vivo con mis abuelos.

Con esa misma naturalidad, Fernando les contaba a sus amiguitos que tenía otro abuelo que también había muerto. Era el autor de un libro con dibujitos que se llamaba *El Eternauta.*

Elsa solía viajar a Pergamino a ver a su nieto. A veces coincidía con Cuqui y con Hugo, que lo hacían cada quince días. Miguelito iba con ella, fascinado por encontrarse, de pronto, con una familia numerosa en la que él podía ser uno más.

Desde que Raúl había partido a Tucumán después de haber vivido varios meses en la casa de su amigo Adolfo Poggio y su mujer, Irma, ninguno de los dos supo más nada de él. A principios de 1983, Irma localizó a Cuqui y combinó para ver a Fernando cuando viniera de visita con sus abuelos. La última vez que ella y Adolfo se habían visto con Soledad y Juan Bautista, había sido a mediados de 1975, en una cena de despedida cuando Diana se iba

a vivir a Salta. Fernando aún no había cumplido un mes. Ahora lo iban a ver con ocho años y estaban ansiosos, especialmente Adolfo, su padrino. Habían tomado la precaución de advertirles a sus dos hijos que no hablaran sobre Raúl delante de él. Cuando se abrió la puerta y lo vieron ahí, sonriente y tímido, los invadió una profunda sensación de amor por ese niño. También de tristeza: por él, por ellos, por todos. A Soledad la notaron abatida: quedaba poco de aquella mujer vital y charlatana que solía llamar por teléfono a Irma para saber algo sobre su hijo. En ese encuentro, en el que Hugo estuvo silencioso y Cuqui, enérgica, llevó adelante la conversación, supieron enseguida que Fernando crecía sin conocer la historia de sus padres. En el fondo, Soledad y Juan Bautista no se resignaban a la idea de que su hijo hubiera muerto y, por momentos, se abrazaban a la esperanza de volver a verlo. Pero mientras los chicos jugaban y los adultos conversaban sobre lo que podría ser lo menos inconveniente para el niño, Martín —el hijo mayor de Cuqui, con 14 años— intervino y asumió la responsabilidad:

—Si los abuelos se mueren y aún no le dijeron nada, yo le voy a contar todo a Fer.

39

Querida Nelly:

Sé y comprendo que no esperaras respuesta a tu carta. Yo también creí no volver a hacerlo. No por resentimiento porque no lo tengo en lo más mínimo, sino por abandono. (…) quedó Miguelito, que solo me tiene a mí para darle todo lo que debieron darle padre,

madre, abuelo, tías, hermanitos y todos los seres que hacen que una criaturita se sienta rodeado del amor que le hace falta y que de alguna manera también depende.

El desafío que me impone la vida es ciclópeo. De mí depende que no sea un resentido, un amargado, un ser negativo. Para eso necesito yo misma demostrarle que no soy así. Quiero que me vea como alguien capaz de infundirle alegría, ternura, confianza y, sobre todo, la seguridad que careció los años fundamentales en que su sensibilidad fue puesta a prueba de la manera más cruel para un niño. No sé hasta qué punto fue dañado. El tiempo lo dirá. Por el momento es el ser más cariñoso, alegre y tierno que se pueda imaginar. Me idolatra y después de unos días de estar en casa ya no nombró más a sus padres, integrándose totalmente a mí. Esto me facilita mucho las cosas y me ayuda en este esfuerzo increíble que todavía me exige la vida. Tal vez por eso fui capaz de resistir lo que resistí. Esta historia increíble que es mi vida todavía no terminó. Empieza otra etapa que solo Dios sabrá por qué fue así y en qué terminará. Tal vez mis nietos puedan contar el final.

Un beso,

Elsa

40

A los ocho años, Miguel le preguntó a su abuela dónde estaban enterrados sus padres. Estaban sentados en el sillón y Lala, con el mismo cuidado y sinceridad con que lo había hecho otras veces, le contó lo que había pasado con Estela y el Vasco. Sin embargo,

había algo que él no podía asimilar: la idea de que estuvieran desaparecidos. En su cabeza, se culpaba a sí mismo por no haber ido a verlos a la tumba, creía que si no lo había hecho era porque le faltaba valentía. De a poco empezó a entender que no había tumba.

Cuando tenía 10 años, murió la madre de Elsa —su padre había muerto un tiempo antes, a los 90 años— y ahí Miguel vio cómo su abuela lloraba pero con sosiego, con tranquilidad, sin perder esa fortaleza y seguridad que siempre le transmitía. Esta vez, había podido enterrar a alguien querido de modo natural.

41

Miguelito me dijo: Lala, ¿mi papá y mi mamá dónde están? ¿No los voy a ver más? Y a una criatura de tres años y medio no se le podía decir lo del tema político, así que le dije que papá y mamá habían muerto y le expliqué qué era la muerte. Me acuerdo de que en el mundial estaba loco de contento y que lo tuve que sacar a pasear por acá a festejar, eso era una tapadera monstruosa, pero lo saqué con las banderitas y yo, desangrándome. Ya en el ochenta y pico se hablaba de desaparecidos, y yo no tenía fotos de las chicas, de nada, había sacado todo y lo había guardado en la casa del fondo, tenía sólo fotos mías, de él, del abuelo. Hasta que me di cuenta de que la televisión era un fogonazo permanente y un día me dijo ¿qué son los desaparecidos? Nosotros tenemos desaparecidos en la familia, ¿no? Era un chico muy inteligente que ya había ido comprendiendo todo ese vacío familiar y por qué Fernandito tampoco tenía papá y mamá. Así que le dije sí querido, y le expliqué cómo se componía nuestra familia, lo que había pasado, estuve

charlando con él un rato muy largo, y al final le dije ¿querés ver fotos de tus papás y tías? Fuimos a los cuartos del fondo de la casa y saqué todas las fotos y le mostré: mirá, tu mami pintaba, y por eso a vos te gusta tanto el dibujo, y se quedó mucho más tranquilo porque ahora sabía.

42

Cuando Miguel entró en la pubertad, algo cambió. Aquella casa de Huergo en la que él se había sentido tan seguro, se empezó a llenar de fantasmas. Todas las noches escuchaba cómo su abuela les hablaba a sus hijas, a su marido, a sus padres. Les hablaba a los muertos. Y él, que tenía su cuarto perpendicular al de ella y oía y veía aquel ritual de letanías, no se podía dormir. Tenía miedo de que por la ventana que estaba sobre la cama de Elsa se apareciera alguno de esos fantasmas. Después comprendió que era el modo que tenía su abuela de expresar esa impotencia que había intentado controlar durante tantos años: buscaba explicaciones en un lugar en el que nadie se las podía dar. Le hacía preguntas a alguien que no podía contestar. Y en el medio de esas preguntas al vacío, estaba él.

La adolescencia se le manifestó en todas las aristas de rebeldía posibles, pero también en una fuerte conexión con el arte y el dibujo de historietas. Y empezaron a aparecer personas como puentes: primero Alberto Breccia, con quien tomó clases, y Solano López, que lo llegó a invitar a que trabajara como su ayudante en Brasil, donde él vivía, algo que nunca se concretó. También Alfredo Prior, aquel compañero de colegio y amigo de su madre que, reservado y

serio como era, de a poco lo empezó a introducir en el mundo del arte, sin saber que de ese modo también lo estaba conduciendo hacia su padre. Prior tenía su estudio en un lugar conocido como Espacio Giesso, en donde Miguel pasaba algunas horas semanales pintando con él. El edificio era de Osvaldo Giesso, también alma máter de los míticos Talleres Cangallo, esa casona en donde se había gestado el movimiento de la Nueva Figuración y en la que Miguel también había estado, muchos años antes, durante aquella vida de la que ya no tenía recuerdos.

Lo supo después de recibir un llamado inesperado.

—Hola, ¿Miguel? Soy Marcia Schvartz, la pintora.

—Ah, hola.

—Mirá, yo te quería contar que conocí a tu viejo, y otro que lo conoció mucho es Alberto Heredia y dice que te quiere ver porque siente que se va a morir.

A Miguel le sorprendió lo que escuchaba. Sabía quién era Heredia, sabía que era un personaje canónico de la escultura de los sesenta y setenta, pero no que su padre había tenido esa sensibilidad artística como para conectarse con figuras como él. Lala siempre le había dicho que su talento era herencia de Estela. El Vasco estaba borrado en ese aspecto de su vida.

Cuando Miguel —que en ese entonces estaba más acostumbrado a que lo llamaran Martín, como le decían en el colegio— entró en lo de Heredia acompañado por Marcia, se encontró con un hombre que lloraba, emocionado, mientras trataba de sostenerse en pie con un bastón. El lugar era como un museo gigante en el que no había un espacio en la pared que no estuviera recubierto con arte. El viejo se sentó en un escritorio enorme de caoba. Quería mirarlo, hablar con él. Estaba fascinado con el parecido que Miguel tenía con el

Vasco. Hasta que en un momento se levantó y le pidió que lo siguiera a su habitación. Allí, sobre la cabecera de la cama, colgaban ocho cuadritos.

—Ésos los pintó tu papá.

Fue la primera vez que Miguel se relacionó con algo que su padre había hecho. Y sintió que esos cuadros eran mucho mejores de lo que se había imaginado. No eran obras de un estudiante fugaz de Bellas Artes. Ahí había sensibilidad real, conciencia de las tendencias en pintura, formación. A medida que Heredia los iba descolgando, lloraba con más intensidad.

—Quédeselos, Alberto.

—¿Sí?

—Pero con una condición: que yo pueda venir a verlos.

A partir de ese momento, Miguel lo empezó a visitar con regularidad. Hablaban de arte, Alberto le mostraba unos catálogos razonados enormes que guardaba en sus vitrinas o iban a museos. Heredia apenas podía moverse —caminaba con bastón— pero para las salidas se vestía y peinaba especialmente. En esos encuentros, Miguel supo más de su padre, pero también de él mismo: el Vasco solía dejarlo al cuidado de Heredia, que tenía su estudio en los talleres Cangallo.

—Vos tenías dos años, y yo te enseñaba a jugar al golf.

En una de sus últimas salidas con Heredia, Miguel lo llevó a una reunión en la terraza de la casa de Javier Urondo, el hijo de Paco. Allí había pintores, escritores, hijos de desaparecidos que empezaban a organizarse, y también estaba Oscar “el Oso” Smoje, el padre de Pico, su mejor amigo. Miguel solía ir a ese tipo de reuniones con una actitud distante, con cierta desconfianza ante la posibilidad de que alguien le bajara línea, pero cuando entró con

Heredia, fue testigo de un momento mágico: todos allí lo miraron como si hubiera llegado con un dios. Heredia se convirtió en el centro de la velada, fascinado por la atención que le prestaban todos esos chicos, pero también otros artistas como el propio Smoje, que con un grabador encendido le preguntaba qué era para él el arte.

Después de la muerte de Heredia, el 23 de abril de 2000, Smoje le pidió a Miguel que lo ayudara con el diseño de una revista. Era plena crisis de 2001 y las reuniones de trabajo terminaban en cenas en las que Smoje cocinaba, tomaba vino y empezaba a soltar anécdotas. Miguel sabía algo de su historia y también que hasta el momento había sido reticente a charlar con él sobre su pasado: Smoje lo conocía a Héctor de sus años como ayudante de uno de los diseñadores de *Hora Cero*, y el propio Pratt le había puesto el apodo de Oso. También había sido el responsable del diseño del diario *Noticias*. Pero si de aquel pasado no solía hablar mucho, una de esas noches se entusiasmó cuando apareció el nombre de Heredia.

Buscó unas fotos que tenía, en blanco y negro, y se las mostró: ahí estaba él, muy joven, junto a Heredia en los famosos talleres de Cangallo.

—Cada uno tenía su taller en una habitación de esa casona. Yo a veces lo llevaba a Pico, que corría por ahí con otro nene.

Le dijo y tardó unos segundos en darse cuenta de su propia frase. Pico, su hijo, era uno de los mejores amigos de Miguel. Se habían conocido diez años antes, a los 16, mientras cursaban en el colegio Nicolás Avellaneda. Ahora Pico vivía en el exterior.

Smoje se puso pálido. Le tembló la voz.

—Vos jugaste ahí con Pico varias veces. El otro nene eras vos.

Hoy Miguel es conocido como Martín Oesterheld, es padre de tres varones, se dedica al cine y en 2013 dirigió el documental *La Multitud.* En el film, aparece un espacio geográfico delimitado por dos predios emblemáticos edificados en tiempos de dictadura: la ciudad deportiva de la Boca, obra de la época de Onganía, y el parque de diversiones Interama, construido en los últimos años de la dictadura de Videla. En el medio, ocultos para el resto de la ciudad, viven inmigrantes pobres en villas y asentamientos. La cámara va de la monumentalidad de las construcciones a la marginalidad de las voces, sin necesidad de subrayar nada.

43

En 2010, Raúl Araldi se le presentó a su hijo de diferentes maneras. El Equipo Argentino de Antropología Forense tenía casi la certeza de haber encontrado su cuerpo en el Cementerio Norte de San Miguel de Tucumán. Después de una exhaustiva investigación en la que se cruzaron datos históricos, testimoniales y científicos, concluyeron que el perfil genético del cuerpo exhumado tenía una alta correspondencia con el de Fernando. Pero no podían dejar margen de duda y debían cotejarlo con el de los padres de Raúl. Cerca de fin de año, le pidieron a Fernando que se acercara a autorizar la solicitud de la muestra genética que los abuelos —ya fallecidos— habían dejado en el Banco Nacional de Datos Genéticos de las Abuelas de Plaza de Mayo.

El equipo que siguió en detalle el caso de Raúl tuvo la certeza el 23 de diciembre. Pero, por la fecha, prefirió esperar unos días para decírselo a Fernando. Lo llamó a comienzos de enero para que se

acercara a la sede del EAAF. Cuando llegó, le dieron la novedad. Habían encontrado a su papá. Había caído en un enfrentamiento y era muy probable que la fecha de ingreso al Cementerio Norte fuera el 13 de agosto de 1977. En un sector marginal de ese cementerio los militares ingresaban sistemáticamente a NN, en general militantes que habían muerto en un enfrentamiento individual. Al resto de los secuestrados asesinados en grupo solían llevarlos a fosas comunes.

Fernando, que desde su adolescencia estaba seguro de que a su padre lo habían matado, consideraba que la noticia no lo modificaría demasiado. Pero ese día, empezó a unir hechos que se habían sucedido a lo largo de 2010, como si Raúl lo hubiera preparado para ese encuentro. A principios de ese año se había reencontrado con su padrino, Adolfo, a quien no veía desde hacía casi treinta años. Con él, empezó a completar el vacío sobre las historias militantes de su papá. También ese año, el 8 de julio, había salido la sentencia de la causa Jefatura de Policía de Tucumán, en la que se condenó a Luciano Benjamín Menéndez, “el Tuerto” Albornoz y a los policías Luis y Carlos De Cándido por la muerte y desaparición de veintidós personas ocurridas en ese centro clandestino, entre las que figuraban sus padres.

Ahora estaba en el EAAF y, de acuerdo con los procedimientos habituales, iba a pasar un tiempo hasta que pudiera efectivamente ver el cuerpo. Antes, tenía que iniciar un trámite para pedir el traslado desde Tucumán. Pero Fernando la hizo corta: a los cinco días estaba en la sede del EAAF en Tucumán, parado frente a los huesos de su padre, dispuestos de tal modo sobre una mesa que podía ver su esqueleto completo, al que sólo le faltaban unas falangetas. La responsable local del equipo atinó a dejarlo sólo unos

minutos antes de empezar a contarle el informe, pero Fernando le pidió que no lo hiciera, que se quedara y le contara todo. Supo que ese cuerpo de un metro setenta y dos que era su padre había recibido tres disparos. Uno que le rozó la mandíbula, otro en la tibia y un tercero en el pecho, que le quebró una costilla y fue fatal. Pudo imaginárselo con la ropa de invierno que llevaba en el momento de la caída y que estaba prolijamente acomodada en otra mesa: un par de medias desteñidas, partes de un cinturón y una campera azul de nylon con capucha. Y también empezó a hacerse más preguntas: dónde estaba con exactitud, cómo es que llegó a ese lugar, quién lo citó, si fue una cita envenenada, si lo sorprendieron, cuántos segundos antes de morir supo que lo iban a matar, en quién habrá pensado. Ahora esas preguntas, y las historias alrededor de ellas, tenían un cuerpo en dónde estar depositadas.

Como parte del proceso de asimilación de la noticia, le ofrecieron acompañamiento terapéutico. Fernando nunca había hecho terapia y probó. Fueron conversaciones clave. En principio, para salir del shock que se manifestó en el miedo a dormir. Para poder hacerlo, tenía que cerrar todas las puertas y cubrirse con mantas por completo. Cuando lograba conciliar el sueño, tenía pesadillas. Tampoco tenía ganas de salir de su casa. De a poco los síntomas desaparecieron. Y entonces siguió avanzando: se contactó con los compañeros de secundaria de su padre, quería profundizar en su historia. Le contaron que era un tipo alegre, que recién en la facultad se metió en política y que como no le gustaba que el pelo le creciera cerca de la sien, se rasuraba las entradas. Ahí, Fernando comprobó que el ADN va mucho más allá de la biología: él hace lo mismo. Y lo hacía desde mucho antes de saber esta manía de su padre. En

detalles como ésos empezaba a sentirse no sólo nieto, sino también hijo.

44

Pienso en la posibilidad de que aparezcan los cuerpos de mis viejos. Pienso en el tema porque no puedo dejar de hacerlo. Cuando era chico y vivía con Lala había elegido dos estrellas que representaban a mis padres, dos de las Tres Marías, las estrellas de Orión. Todas las noches les rezaba desde la ventana de mi cuarto, les decía que los quería, les pedía que no me dejaran solo, besaba la foto que tenía en la mesa de luz y me iba a dormir envuelto con ellos.

Me pregunto si aparecieran sus restos, al reencontrarlos de esa manera tan inútil, posiblemente ni siquiera juntos, cuál sería mi bronca al verlos convertidos en huesos. Y también cuánta mi tristeza si eso sucediera, por no poder compartir ese momento con mi abuela después de habernos acompañado todos estos años. Me pregunto también cómo reaccionaría mi cuerpo al acercarse nuevamente al de mis padres, si el encuentro resultaría en una clausura, si como dicen se saldaría la distancia. No sé, no lo creo. Lo que sí sé es que no hay nada que me pertenezca más que sentir la presencia constante de todos ellos y la imposibilidad de volver a abrazarlos.

45

Pasaron dos años hasta que finalmente Fernando pudo velar a su padre. En ese lapso empezó a escribir un texto que tomaba forma estimulado por lo que hablaba en terapia y guiado por uno de los amigos de la adolescencia de su madre: el poeta Arturo Carrera. De su padre tenía el cuerpo. De su madre, sus palabras, su poesía. El resultado sería su primer libro, *El sexo de las piedras* (Mansalva), en el que incluyó versos de Diana. “Se te quedó enganchado el barrilete en la cabeza cuando eras un niño, / después creciste y el barrilete se incendió en tu pelo largo”.

Recién con el punto final de su libro pudo organizar la despedida. En una ceremonia en el Cementerio de la Chacarita a la que invitó a amigos y compañeros de militancia de sus padres, depositó los restos de Raúl junto a los de sus abuelos. Era su modo, también, de hacer un acto de reparación hacia ellos: les estaba devolviendo el hijo que les habían sacado.

46

Si tuviera que decir algo de todo lo que me pasó, ahora que soy tan viejita, quisiera repetir lo que dije hace muchos años en el primer congreso que fui, de mujeres trabajadoras en San Pablo, en representación de las Abuelas. Me recibieron con un cariño desmedido, eran todas pobres, todas con hijos, y si había alguien que podía comprender mi dolor, era esa gente. Y ahí ellas provocaron una catarsis en mí y me dije: qué derecho tengo yo a encerrarme en mi dolor cuando hay gente que sigue luchando por los derechos de los demás, chicas como mis hijas. Así que leí algo que había escrito como miembro de Abuelas y después hablé

directamente por mí misma: les confesé que yo hasta ese momento no tenía esperanza de nada, pero que ahora veía que la tierra volvía a germinar. Porque si había gente como ellas en el mundo, siempre iba a volver a germinar. Y todas lloraban, y yo también. Ahora me doy cuenta de que no me equivoqué, porque hoy existe una generación de jóvenes que no es indiferente a la injusticia, que no se conforma y quiere seguir cambiando. Que es lo que querían mis hijas. Yo creo que mis bisnietos van a vivir en un mundo mejor. Y si es verdad que cuando uno se muere puede seguir viendo las cosas desde otro lado, entonces yo lo veré. Soy optimista.

EPÍLOGO

Elsa murió el 20 de junio de 2015 en su casa a los noventa años. Siempre tuvo esperanzas de que aparecieran los hijos que Diana y Marina pudieron haber tenido en cautiverio y siguió en contacto con Abuelas de Plaza de Mayo. También estaba feliz con ser bisabuela: todos los domingos, hasta el último día, almorzó con sus nietos y sus bisnietos.

Durante los últimos años, se sintió reivindicada por cada acto de reconocimiento que se les hizo a ella, a Héctor por su obra, y a sus hijas por su compromiso social. El 5 de octubre de 2010, durante las palabras de inauguración de la Feria del libro de Frankfurt, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner la invitó a que compartiera el palco y le cedió el micrófono. “Yo, que creí estar muerta, vuelvo a tener esperanzas”, dijo Elsa en el pabellón argentino en Frankfurt.

A partir de la muerte de Néstor Kirchner, la imagen del Eternauta se hizo popular como emblema de militancia, rebautizado por la agrupación juvenil La Cámpora como el “Nestornauta”. La imagen fue hecha y cedida por el propio Francisco Solano López.

El Eternauta se sigue publicando. Ya fue traducido y editado en decenas de países. En 2007, la primera parte fue incorporada como material de lectura en las escuelas secundarias de la provincia de

Buenos Aires. En septiembre de 2014, el Centro Educativo de Nivel Secundario (CENS) Nº 44, del barrio porteño de San Cristóbal, adoptó el nombre de Héctor Germán Oesterheld, elegido por los propios alumnos. Desde el 28 de agosto de 1997, la plaza ubicada entre las calles Azucena Villaflor, Macacha Güemes, Intendente Giralt y Avenida de los Italianos lleva el nombre de Héctor Germán Oesterheld. En 2014 se inauguró en el barrio La Sauce una unidad básica con el nombre María Oesterheld. El chalet de Beccar actualmente está en venta. Existe una iniciativa para que se lo declare sitio de la memoria.

El 14 de julio de 2011, en la causa conocida como “Vesubio”, el Tribunal Oral Federal 4 condenó a prisión perpetua por 156 delitos de lesa humanidad a los ex oficiales del Ejército Héctor Gamen y Hugo Pascarelli, y a penas de hasta 21 años a los penitenciarios José Néstor Maidana, Diego Salvador Chemes, Ricardo Néstor Martínez, Ramón Antonio Erlán y Roberto Carlos Zeolitti. El ex jefe del centro clandestino, Pedro Alberto Durán Sáenz, murió antes de que finalizara el proceso judicial.

El 18 de diciembre de 2004, en la causa conocida como “Vesubio II”, el mismo tribunal condenó a cadena perpetua al ex coronel Gustavo Adolfo Cacivio (alias “el Francés”), a los ex generales Jorge Raúl Crespi y Federico Antonio Minicucci, y al ex penitenciario Néstor Norberto Cendón.

En ambos juicios, Héctor Oesterheld figura entre las víctimas.

Actualmente está en curso el juicio “Vesubio III”, en el que se procesó a los penitenciarios Milcíades Luis Loza, alias “Kolinos”; Hugo Roberto Rodríguez, alias “Techo”; Florencio Gonceski, alias “Garrincha”; Eduardo David Lugo y Roberto Horacio Aguirre, alias

“Aguilar” por su secuestro y tormentos y el de Rodolfo Bourdieu, Rudy.

En septiembre de 2013, en el marco de la megacausa “Primer Cuerpo del Ejército”, el juez federal Daniel Rafecas procesó a los coroneles retirados Juan Manuel Costa, Rodolfo Godoy, Manuel Antonio Cunha Ferré y Roberto Obdulio Godoy, a Gamen nuevamente y a los comisarios bonaerenses Leopoldo Baume y Juan Battafarano por los delitos cometidos en el Centro Clandestino Sheraton, en donde Héctor también estuvo secuestrado. En junio de 2015 la causa fue elevada a juicio oral.

Diana, Estela, Marina y Héctor Oesterheld, Raúl “el Vasco” Mórtola, Rodolfo Bourdieu y Alberto Seindlis siguen desaparecidos.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a todos los que nos brindaron su testimonio o nos ayudaron para que otros lo hicieran. Especialmente a Elsa, durante el tiempo que llegamos a compartir con ella en los últimos cinco años, a Martín y Fernando que facilitaron cartas, fotos y contactos y nos ayudaron cuando lo necesitamos. A Ernesto Salas, que leyó el libro con corazón de militante y lo corrigió con rigurosidad de historiador. A Miguel Fernández Long, que nos acompañó de principio a fin, buceó en su memoria cada vez que le pedimos, hizo de puente con compañeros y nos empujó a hacernos más preguntas. A Pablo Fernández Long, que nos recibió en su casa de Misiones durante un fin de semana de recuerdos y alta gastronomía y a su mujer, Sara. A Marcela Hedman y Carlos Rodríguez, que nos abrieron su casa en Puerto Iguazú para amenizar nuestra escala con más charlas y platos exquisitos. A Nidia Fernández Long, que nos alojó en Necochea, y a Silvia di Florio, Mariana, Francisco, Cristóbal y Camila, que nos apoyaron en cada encuentro. A Victoria Vaccaro, que entre Suecia y Argentina llevó un cuadernito con anotaciones, apuntes y contactos que fueron esenciales para la investigación. A Julio César González y a su mujer Tina Gardella, que nos hospedaron en Tucumán y, entre empanadas y vino, nos ayudaron a ahondar en la lógica de la militancia y la represión en la provincia, y nos conectaron con protagonistas clave de esta historia. A Gerardo Romero, que desde

Santa Fe respondió con infinita paciencia cada una de las mil preguntas y hasta bocetó mapas de la geografía tucumana. A Patricia Traba, que nos alojó en su casa de Santa Fe y nos guió para que pudiéramos seguir atando cabos. A todos los miembros de la Ramón Cesaris, que entre asados y vino recuperaron el espíritu de la unidad básica de José Ingenieros y Rolón. A Bichi, que nos dio mucho más que su testimonio y a esta altura es nuestro amigo. A Adriana Fazzio y Carlos Cagni, que nos acercaron a los vecinos y compañeros de la Villa 21 y de Parque Patricios, nos permitieron comprender la intimidad de una época y celebraron junto a nosotras cada dato, cada relectura de esta historia. A Liliana Saro, que además de todo, ofició de traductora de los poemas y cartas con letra indescifrable de su amiga Diana. A Miguel Medina y su compañera Eva Orellano, que nos guiaron entre los recovecos militantes de la zona sur de la provincia de Buenos Aires. A Pablo Llonto, que respondió cada mail, cada duda, cada pregunta hasta último momento. A Abel Roth, que además de ayudarnos con su memoria, nos prestó viejas revistas de militancia que nunca le devolvimos. A Ricardo Grassi, que nos permitió leer el borrador de su libro *El Descamisado*. Al generoso Mariano Chinelli, archivo humano sobre la obra de Oesterheld. A Diego Fracchia, que compartió con nosotras su investigación sobre los años de Héctor como estudiante y geólogo. A Maco Somigliana, que nos recibió siempre con su predisposición infinita. A Pablo Gallo, que compartió con preciada prudencia y respeto ilimitado la información necesaria para nuestro rompecabezas. A Sibila Camps, que con su testimonio y un libro *El Sheriff: vida y leyenda del Malevo Ferreyra* nos ayudó a completar un momento valioso de esta historia. A Luciana Delfabro,

por el valioso material aportado y a Luciana Geuna, que tuvo que ver con el germen de este libro.

Muchas gracias también a: Judith Gociol, Diego Rosemberg, Comisión Provincial por la Memoria (Magdalena Lanteri), Magdalena Oesterheld, Carolina Seoane, Ariel Melman (Asociación de Ex Alumnos del Colegio Nacional de San Isidro), Alejandro Jasinski, Fabián Domínguez, Roberto Baschetti, Paula Romero Levit, Elvira Latrónico, Marcelo Noguer, Ramiro Daniel Escotorin, Lucía Villagra, Amanda Toubes, Carlos Giraudo, Alberto Torrija, Antonio Selvalli, Alejandro Lousurica, Luciano Saracino, Aníbal Esmoris, Instituto 20 de Junio, Colegio Juana Manso, Colegio Cardenal Spínola, Lila Pastoriza, Pilar Calveiro, Patricia Samek, José Massaroli, Esteban Giammalva, Sabrina García, Reynaldo Ferreras Carelli, Roberto Olivieri, Gervasio Sánchez, Alejandro Aguado, Ricardo Velasco, Carmen Pastrana, Walter Mazzariol, Pablo De Rosa Barlaro, Cecilia Falchetti, Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI), Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Abuelas de Plaza de Mayo, Emiliano Costa, Juan Gelman, Miriam Lewin, Esteban Soler, Andrea Carri, Albertina Carri, Lila Mannuwal, Susana Tenreiro, Josefina Nicolini, Daniela Morel, Laura Bruno, Magdalena Diehl, Pablo Bonavena, María Laura San Martín, José Horacio Mórtola, Hugo Santiago, Frente de Agrupaciones Peronistas, Ricardo Longhini, Daniel Merialdo, Edgardo Ibáñez, Alejandra Prior, Gerardo Salcedo, Evangelina Sánchez del Patrimonio Documental de Memoria Abierta, Marcelo Larraquy, Gonzalo Álvarez Guerrero, Nicolás Cassese.

Y especialmente a nuestra editora, Ana Laura Pérez, por mejorar el libro con su paciencia infinita, su lectura precisa, sus correcciones siempre atinadas, su aliento incansable. Y, claro, a nuestras familias y amigos por el apoyo y el tiempo concedido durante más de cinco años.

TESTIMONIOS

Elsa Sánchez de Oesterheld
Martín Mórtola Oesterheld
Fernando Araldi Oesterheld
Abel Roth
Rubén “Pipi” Masuani
Adolfo Poggio
Adriana Babich
Adriana Fazzio
Adriana Moreno
Albe Pavese
Alicia Romanutti
Amelia Vargas
Ana María Larcher
Ana Perrotta
Ana Vainstoc
Ana Villa
Ángela Etcheberry
Augusto Barreto
Beatriz Sarlo
Clara Suárez
Claudia Rojas
Leonardo Fermín “Bichi” Martínez
Camote

Camilo
Carlos Aznarez
Carlos Cagni
Carlos De Lorenzo
Carlos Tello
Carlos Muñoz
Celia González
Claudia Zoppi
Vicente (Cocho)
Cristina Breccia
Patricia Breccia
Enrique Breccia
Cristina Olivé
Mempo Giardinelli
Daniel M.
Eduardo Rotundo
Emilio Miguel Cruz
Francisca Pigretti
Francisco Arrúa
Laura Pigretti
Ernesto Bourdieu
Ernesto Melo
Ernesto Salas
Eva Piwowarski
Fabiola Lanari
Franco Quinziano
Freddy Andino
Gabriel Vecino
Gabriela Martínez

Gladys Zalazar
José Luis Cataldo
Juan Carlos Gastaldi
Juan José Cambré
Juan Martín Martín
Juan Manuel Alessandro
Juan Sofia
Germán Rodríguez
Gerardo Romero
Gerardo Bavio
Graciela Daleo
Graciela Iturraspe
Graciela Pini
Graciela Sanz
Guillermo Saccomanno
Hernán Miró
Hernán Páez
Hugo Sánchez
Hugo Montoya
Diego Arcos
Inés Ferrari
Irma Calvo
Jorge Álvarez
Jorge Anró
Jorge Juárez Peñalva
Jorge Hurst
Jorge Lewinger
Jorge Peterek
Jorge Pietra

José Armaleo
José Mórtola
José Vitar
Julia Vitar
Julio César González
Julio Richardson
Silvia Di Florio
Tino
Lalo
Raquel
Laura Alessandro
Laura Seindlis
Ricardo Lañin
Leopoldo Durañona
Leticia Bottoni
Corina Bisignani
Victoria Vaccaro
Lilian Feraud
Liliana Furlong
Lilana Mazure
Liliana Saro
Luis Bruschtein
Alfredo Ayala (Mantecol)
Magdalena Ruiz Guiñazú
María Inés Vallero
Manuel Gutiérrez
Marcelo Manrique
Marcia Schvartz
Marcos Cesarsky

Marcos Lohle
María Elena Despuy
María Prince
María Cristina Schreiber (Cuqui)
Mario Ostropolsky
Mario Dos Santos
Mario Hugo Barrios
Mario Civitarese
Marisa Miller
Mariano Pacheco
Teresa Godoy
Merdedes Joloidowsky
Miguel Fernández Long
Pablo Fernández Long
Nidia Fernández Long
Miguel Medina
Eva Orellano
Mario M.
Graciela García Moreno
Nelly Oesterheld
Norma Gómez
Martín Oesterheld
Sergio Bronstein
Osvaldo Blasco
Oscar Sznajder
Oscar Cisterna
Pablo Gallo
Lalo Verrechia
Pilar

Maco Somigliana
Pablo Masciángelo
César Vigne
César Luis Nieto
Patricia Berdichevsky
Patricia Orr
Roberto Perdía
Roberto Castro
Raúl López
Ricardo Grassi
Ricardo González Lago
Roberto Regalado
Roberto Tessi
Roberto Baschetti
Ana María Soffiantini (Rosita)
Rubén Castro
Rubén Strauss
Sabrina Novoa
Marcela Quiroga
Jorge Watts
Pablo Llonto
Sara Alvarenga
Oscar Suárez (Pirata)
Saúl Shvartzberg
Susana Reyes
Susana Sánchez
Silvia San Martín
Tristán Bauer
Jorge “Topo” Devoto

Vicente Muleiro
Alicia Lajmanovich
Ana Lajmanovich
Alberto Tinat
Kathy Barta
Mario Burgos
Miguel Canavesi
Ricardo Waismann
Paula Luttringer
Enrique García Díaz
Lucrecia Conti
Emilio Cruz
Gregorio Díaz (Goyo)
Jorge Claudio Morahin
Eugenio Zaappietro
Eduardo Stupía
Alejandra Mendé
Daniel Iglesias
Daniel M.
Adriana Robles
Gringo Alberione
Víctor Hugo Díaz (Beto)
Lilia Ferreira
Mercedes Depino
Mónica Añaño
Nicolás Passarella
Rosa de Velázquez
Maria Eva Romero
Leonarda

Mónica Mórtola
José Mórtola
Carlos Hurst
Sara Alvarenga
Alfredo Ayala (Mantecol)
Tomás Civitarese
Sabrina Novoa
Ada Gonik de Onetto
Cecilia M. Hertig

BIBLIOGRAFÍA

Libros

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La Voluntad*, tomos I, II, III, IV y V, Buenos Aires, Planeta - Booket, 2006.

Araldi Oesterheld, Fernando, *El sexo de las piedras*, Buenos Aires, Mansalva, 2014.

Ávila, Felipe Ricardo, *Oesterheld y nuestras invasiones extraterrestres,* volúmenes I y II, Buenos Aires, Deux Books, 2007.

Báez, Amelia Rosa, *Misiones: historias con nombres propios II*, Posadas, Ministerio de Derechos Humanos de Misiones, 2011.

Barreto, Augusto, *Días de dolor y gloria*, Paraguay, Telediez, 2013.

Baschetti, Roberto, *Documentos 1973-1976. Volumen II. De la ruptura al Golpe*, La Plata, De la Campana, 1999.

——, *Documentos 1976-1977. Volumen II. Resistir es vencer*, La Plata, De la Campana, 2011.

Bernetti, Jorge, *El peronismo de la victoria*, Buenos Aires, Colihue, 2011.

Bertoletti, Julieta, *Montoneros: de la movilización a la organización*, Rosario, Laborde Editor, 2011.

Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, 2010.

——, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Cáceres, Germán, *Oesterheld*, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 1992.

Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

Caraballo, Liliana y otros, *Documentos de historia argentina. 1955-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

Cesarsky, Marcos, *Alberto Heredia, memorias de un objetista* (inédito).

Chinelli, Mariano y Hadis, Martín (comps.), *H.G. Oesterheld, Más allá de Gelo*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

Cosse, Isabella, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2010.

Diana, Marta, *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta - Booket, 2007.

Escotorin, Ramiro Daniel, *Salta Montonera*, Buenos Aires, CTA Ediciones, 2007.

Esquivada, Gabriela, *Noticias de los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Feinmann, José Pablo, *La sangre derramada*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

——, *Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina* (tomo I), Buenos Aires, Planeta, 2010.

——, *Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina* (tomo II), Buenos Aires, Planeta, 2011.

Fernández, Laura Cristina, *Historieta y resistencia,* Mendoza, Ediunc, 2012.

Galasso, Norberto, *Perón*, tomos I y II, Buenos Aires, Colihue, 2001.

Gillespie, Richard, *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Giussani, Laura, *Buscada. Lili Massaferro: de los dorados años cincuenta a la militancia montonera*, Buenos Aires, Norma, 2005.

Gociol, Judith; Bitesnik, Esteban; Ríos, Jorge y Etchemaite, Fabiola, *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina,* Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2007.

Gociol, Judith y Rosemberg, Diego, *Oesterheld (Rey de Reyes)*, Madrid, Ediciones Sinsentido, 2007.

Godoy, Teresa, *La generación dispersa*, Asunción, Servilibro, 2012.

Grossman, Vasili, *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.

Gutman, Daniel, *Sangre en el monte*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Hobsbawn, Eric, *Años interesantes*, Buenos Aires, Crítica, 2003.

Horowicz, Alejandro, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, 2001.

Jozami, Eduardo, *Rodolfo Walsh*, Buenos Aires, Norma, 2006.

La Bañadera del Cómic, *Oesterheld en Primera Persona*, Buenos Aires, Ediciones La Bañadera del Cómic, 2005.

——, *Oesterheld en Tercera Persona*, Buenos Aires, Ediciones La Bañadera del Cómic, 2008.

Lanusse, Lucas, *Cristo Revolucionario*, Buenos Aires, Vergara, 2007.

Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto, *Galimberti,* Buenos Aires, Aguilar, 2002.

Larraquy, Marcelo, *Fuimos soldados*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.

——, *López Rega*, Buenos Aires, Aguilar, 2011.

Lewin, Miriam y Wornat, Olga, *Putas y guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 2015.

Lorenz, Federico, *Algo parecido a la felicidad*, Buenos Aires, Edhasa, 2013.

Ludueña, María Eugenia, *Laura: vida y militancia de Laura Carlotto*, Buenos Aires, Planeta, 2013.

Masotta, Oscar, *La historieta en el mundo moderno*, Buenos Aires, Paidós, 1982.

Mattini, Luis, *Hombre y mujeres del PRT-ERP*, La Plata, De la Campana, 1995.

Maunás, Delia, *Boris Spivacow*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

Medina, Miguel y Orellano, Eva, *Villa Argentina, paredón y después*, Buenos Aires, Hombre Nuevo, 2003.

Méndez, Eugenio, *Confesiones de un montonero*, Buenos Aires, Planeta, 1988.

Mochkofsky, Graciela, *Timerman*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Montero, Hugo y Portela, Ignacio, *Rodolfo Walsh Los años montoneros*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2010.

Oesterheld, Héctor Germán, *Sargento Kirk. Muerte en el desierto*, Buenos Aires, La Isla, 1974.

——, *Ernie Pike, Cuatro décadas*, Buenos Aires, Doedytores, 2007.

Oesterheld, Héctor Germán y Solano López, Francisco, *El Eternauta*, Buenos Aires, Doedytores, 2007.

——, *El Eternauta II*, Buenos Aires, Doedytores, 2007.

——, *El Eternauta*, Buenos Aires, Biblioteca Clarín de la Historieta, 2004.

——, *El Eternauta II*, Buenos Aires, Biblioteca Clarín de la Historieta, 2004.

——, *El Eternauta*, Buenos Aires, Ediciones Récord, 1976.
——, *El otro Ernie Pike*, *Vol. II*, Buenos Aires, Ancares Editora, 2004.
Oesterheld, Héctor Germán; Breccia, Alberto y Breccia, Enrique, *Vida del Ché*, Buenos Aires, Doedytores, 2007.
Oesterheld, Héctor Germán y Breccia, Alberto, *Sherlock Time*, Buenos Aires, Biblioteca Clarín de la Historieta, 2006.
Oesterheld, Héctor Germán y Durañona, Leopoldo, *Latinoamérica y el imperialismo. 450 años de guerra*, Buenos Aires, Doeyo y Vinegra Editores, 2004.
Oesterheld, Héctor Germán y Pratt, Hugo, *Ticonderoga*, Buenos Aires, Biblioteca Clarín de la Historieta, 2004.
Oesterheld, Héctor Germán y Zanotto, Juan, Wakantanka, *Suplemento Skorpio*, Buenos Aires, Ediciones Récord, 1991.
——, *Sargento Kirk / Ernie Pike*, Buenos Aires, Biblioteca Clarín de la Historieta, 2006.
Perdía, Roberto, *Montoneros*, Buenos Aires, Planeta, 2013.
Reato, Ceferino, *Operación Traviata*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
Robles, Adriana, *Perejiles*, Buenos Aires, Colihue, 2005.
Sadi, Marisa, *El caso Lanuscou*, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2009.
Sasturain, Juan, *El aventurador: una lectura de Oesterheld*, Buenos Aires, Aquilina, 2010.
——, *Breccia, el Viejo: conversaciones con Juan Sasturain*, Buenos Aires, Colihue, 2013.
——, *Buscados vivos*, Buenos Aires, Astralib, 2004.
Seoane, María y Muleiro, Vicente, *El dictador*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

Urondo Raboy, Ángela, *¿Quién te creés que sos?*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

Smerling, Tamara y Zak, Ariel, *Un fusil y una canción*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Trillo, Carnos y Saccomano, Guillermo, *Historieta Argentina*, Buenos Aires, Récord, 1980.

Vázquez, Laura, *El oficio de las viñetas: la industria de la historieta argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Buenos Aires, *Página/12* - Sudamericana, 2006.

Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

Vignollés, Alejandra, *Doble condena*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Walsh, Rodolfo, *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, De la Flor, 2003.

Watts, Jorge Federico, *Memoria del infierno*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2009.

DIARIOS Y REVISTAS

Diario *Noticias*. Colección completa en www.ruinasdigitales.com (última consulta: septiembre de 2015).

La Nación, *Clarín*, *Crónica*, *La Razón* de 1971 a 1977. Consultados en el archivo de la Biblioteca Nacional.

“Los expulsados de San Isidro”, en *Primera Plana*, Nº 275, 2/4/1968.

Revistas *Cristianismo y Revolución*, *El Descamisado*, *El Peronista*, *La Causa Peronista*, *Evita Montonera*, *El Auténtico*. Colección completa en www.ruinasdigitales.com (última consulta: septiembre de 2015).

ARTÍCULOS Y FUENTES AUDIOVISUALES

Almirón, Fernando, "Campo Santo, testimonios del ex Sargento Víctor Ibáñez", en desaparecidos.org (última consulta: septiembre de 2015).

Archivo Histórico Héctor Germán Oesterheld en http://archivohgo.blogspot.com.ar/ (última consulta: diciembre de 2015).

Biblioteca Popular Héctor Germán Oesterheld en http://bibliotecaoesterheld.blogspot.com.ar/ (última consulta: diciembre de 2015).

Bonavena, Pablo Augusto, "¿Centros de estudiantes o cuerpos de delegados? La génesis del 'doble poder' estudiantil en Buenos Aires durante la década del 70", Ponencia para las IV Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano, 2012.

——, "¿Centros de estudiantes o cuerpos de delegados? Las experiencias de los Cuerpos de Delegados de las Facultades de Derecho y Arquitectura de la UBA y en las Escuelas de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón y Manuel Belgrano en 1971".

HGO, Víctor Bailo y Daniel Stefanello, documental, 1999.

Lenin, V. I., *¿Qué hacer?*, en https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm (última consulta: septiembre de 2015).

“Lesa humanidad: el juez Rafecas elevó a juicio oral una causa por crímenes en el centro clandestino Sheraton”, publicado el 23/6/2015 en cij.gov.ar (última consulta: septiembre de 2015).

Raimundo, Marcelo, “En torno a los orígenes del peronismo revolucionario. El Movimiento Revolucionario Peronista (1964-1966)”, en http://fcp.uncuyo.edu.ar/upload/El_Movimiento_Revolucionario_Peronista_1964-1966.pdf (última consulta: septiembre de 2015).

Salas, Ernesto, “El errático rumbo de la vanguardia montonera”, en http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/pdf/foco.pdf (última consulta: julio de 2014).

——, “Del foco a la infección: Montoneros y los movimientos sociales”, en http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/pdf/foco.pdf (última consulta: julio de 2014).

Scarzanella, Eugenia, “Entre dos exilios: Cesare Civita, un editor italiano en Buenos Aires, desde la Guerra Mundial hasta la dictadura militar (1941-1976)”, Facultad de Ciencias Políticas, Universidad de Bolonia, Italia, en http://revistadeindias.revistas.csic.es (última consulta: noviembre de 2013).

Sin perder la ternura jamás, documental. Alumnos del CNSI en http://vimeo.com/64603504

Testimonio de Elsa Oesterheld en el archivo de Memoria Abierta (consultado en agosto de 2011).

Vázquez, Laura, “El Cordobazo en historietas: ‘la invasión’ gráfica y experimental en gente”, ponencia en licsociales.blog.unq.edu.ar (última consulta: diciembre de 2015).

Documentación oficial y fallos judiciales

Carpeta Mórtola Raúl, consultada en Archivo Comisión de la Memoria, ex DIPBA.

Carpeta Oesterheld Estela, consultada en Archivo Comisión de la Memoria, ex DIPBA.

Carpeta Oesterheld Beatriz, consultada en Archivo Comisión de la Memoria, ex DIPBA.

Sentencia y fundamentos en la causa “Vesubio”, dictados por el TOCF 4 el 14/7/11 en cij.gov.ar (última consulta: septiembre de 2015).

Sentencia y fundamentos en la causa “Vesubio II”, dictados por el TOCF 4 el 18/12/14 en cij.gov.ar (última consulta: septiembre de 2015).

Testimonio de Elsa Sánchez de Oesterheld en el Juicio a las Juntas en desaparecidos.org (última consulta: diciembre de 2015).

Testimonios incorporados a la causa Martínez López, Marta Noemí-Martínez José s/ averiguación tramitada en la Cámara Federal de Apelaciones de La Plata en el marco de los juicios de la verdad, expediente N° 2.360.

Héctor (der.) y su amigo José Santos Gollán, en la Pampa de Achala, Córdoba, cuando eran estudiantes de geología, junio de 1939.

Héctor —tercero de izquierda a derecha— trabajó como pasante de YPF y recorrió la Argentina. Acá, con compañeros de trabajo.

Héctor y Elsa Sánchez se conocieron en el Club Arquitectura de Núñez, donde a él lo conocían como Sócrates, por su enorme cultura.

Héctor y Elsa se casaron en 1947 e hicieron la fiesta en la confitería Ritz

Elsa en el jardín.

Héctor y Elsa en una escena de felicidad conyugal.

Héctor y Elsa con sus cuatro hijas en el jardín de la casa en Beccar.

Diana a la izquierda, Beatriz en el medio y Estela a la derecha.

Elsa y sus niñas.

Diana en su cumpleaños de 4.

Beatriz con 3 años.

Estela, Beatriz y Diana.

Vacaciones en Villa Gesell, 1959.

Elsa en el chalet de Beccar, adonde se mudaron cuando quedó embarazada de Diana.

En la comunión de Estela y Diana, capilla del colegio San Marín.

Héctor fiscaliza los resultados de un campeonato de tenis.

Marina y Beatriz en Plaza de Mayo, circa 1967.

Héctor con Diana (izquierda) y Beatriz (al centro) en Plaza San Martín.

Arriba, Beatriz y Marina. Abajo, Estela y Diana.

Héctor en el jardín de Beccar.

Estela.

Diana.

Beatriz con remera de Marina.

Marina.

Beatriz saluda desde su ventana en la casa de Beccar como si fuera Perón. En esa misma habitación Héctor escribió *El Eternauta*.

Marina.

Diana y Marina con unos pichoncitos de pato en la casa de Beccar, noviembre de 1973.

GENTILEZA LILIANA SARO

Diana comiendo naranjas en su viaje de estudios al NOA, 1971.

Beatriz en el jardín de la casa de Miguel Fernández Long, en ese entonces su novio (noviembre de 1972).

Beatriz y Miguel en lo de Miguel, diciembre de 1972.

Pablo Fernández Long (primero de la izquierda) y Estela en la casa de los de La Riestra (primos de los Oesterheld), en Rosario. El viaje lo hicieron con Héctor y Diana en una avioneta que piloteó Pablo (1971).

Estela.

El Vasco, Raúl Mórtola, y Estela. Se pusieron de novios en 1972 y se casaron a los pocos meses.

Contactos de fotos en el jardín de Beccar. Estela, el Vasco, Beatriz, Héctor, Marina y Miguel F. Long.

Misma secuencia: Marina y Elsa asomando desde la casa.

GENTILEZA LILIANA SARO

Diana y Rudy, Rodolfo Bourdieu, en la foto que usaron como invitación para su casamiento, en mayo de 1972.

Diana y Rudy con los padres de Elsa.

Carta con dibujo que les manda Estela a Beatriz, Marina y Miguel mientras pasaban sus vacaciones en Necochea y ella estaba en Buenos Aires, enero de 1973.

GENTILEZA MIGUEL FERNÁNDEZ LONG

Miguel, Beatriz y Marina junto a Elsa y Nidia Fernández Long, en la playa de Necochea.

Festejo de casamiento de Beatriz y Miguel en el jardín de los Oesterheld. Los novios con sus respectivos padres.

Beatriz posa junto a una casilla de colectivo con una pintada que ella y Miguel habían hecho, 1972.

Una de las últimas fotos familiares de Elsa, con sus cuatro hijas y sus dos nietos. Diana con Martín —Miguelito de niño, en brazos—, Marina y Elsa, de pie. Debajo, Beatriz y Estela con Fernando, de meses, en enero de 1976.

Elsa y su madre con Martín y Fernando en brazos.

Estela con Martín sobre sus rodillas y el Vasco a su lado en la casa de Beccar.

Martín.

Raúl Araldi y Diana embarazada de Fernando, 1975.

Raúl (sentado a la derecha) cuando estudiaba en la universidad.

Raúl y Diana con Fernando, en octubre de 1975 cuando se mudaron a Salta.

Raúl con Fernando en los hombros.

Bautismo de Fernando, en abril de 1976. Fernando en brazos de su madrina Teresa Godoy mientras su padrino Adolfo Poggio sostiene una vela; detrás Elsa mira la escena.

Diana acompaña sosteniendo a Martín.

Las cuatro hermanas en el Delta, a orillas del río. Martín y Fernando están entre ellas; también Raúl Araldi que sostiene una caña de pescar y Carlos Della Nave, alias Juan Sin Tierra, novio de Beatriz. Abril de 1976.

Carlos Della Nave juega con Fernando a orillas del río.

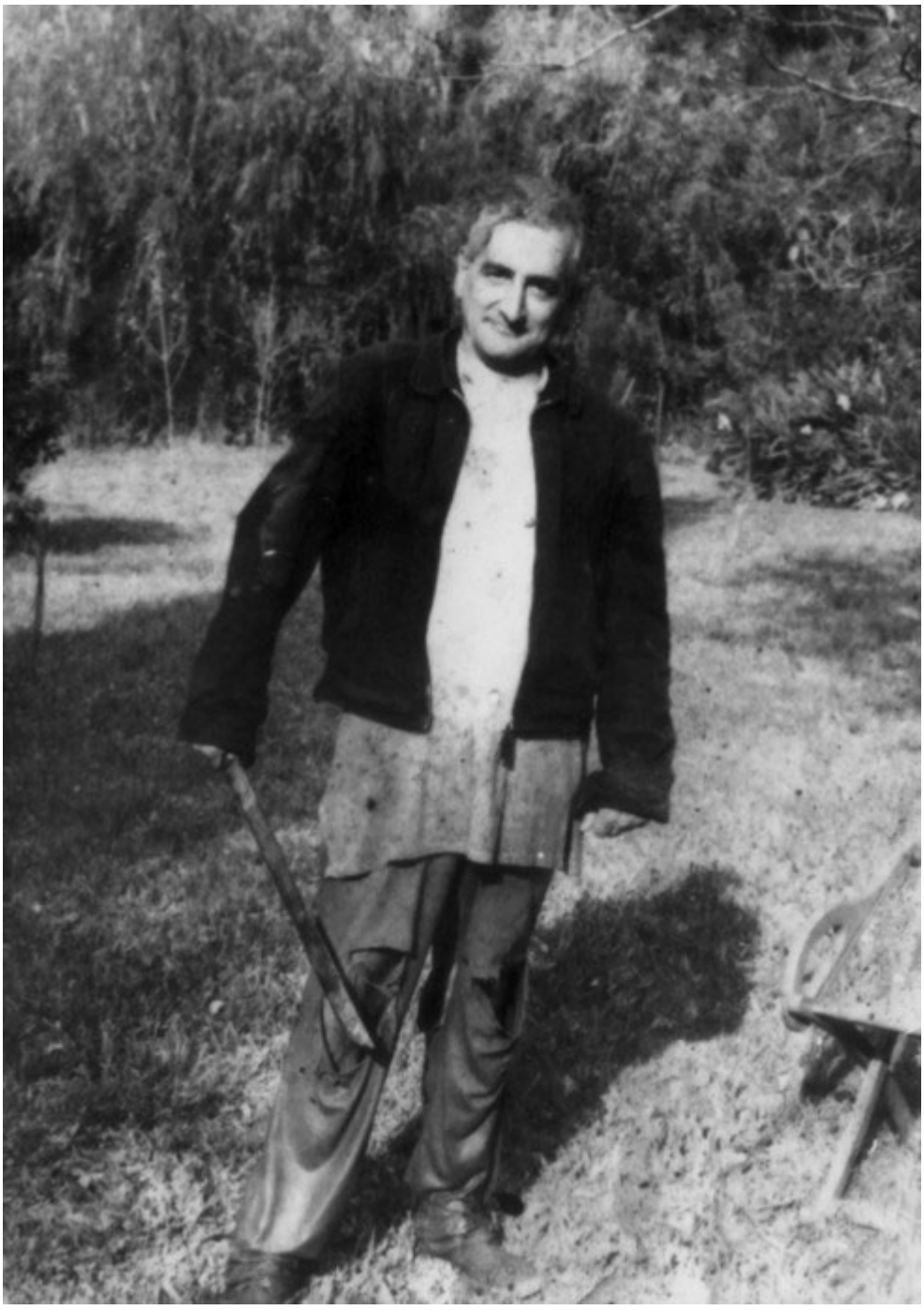
Marina y Martín, abril de 1976.

GENTILEZA LUCÍA CAPOZZO

Héctor, en el departamento de Guillermo Saccomanno, durante la entrevista que él y Carlos Trillo le realizaron en 1975. Lucía Capozzo tomó la imagen.

GENTILEZA PATRICIA BRECCIA

Mensaje en una servilleta que Héctor le regaló a Patricia Breccia, hija de Alberto.



Héctor podando con un machete.

GENTILEZA LAURA SEINDLIS

Alberto Seindlis, en 1975. Un año después formó pareja con Marina.

GENTILEZA LAURA SEINDLIS

Alberto con su madre Jadviga Frisch y hermana Laura Seindlis,
en la casa familiar. Septiembre de 1974.

Martín y Fernando, de cumpleaños.

TÉLAM

Elsa cuando fue nombrada Personalidad Destacada de la Ciudad de Buenos Aires, el 5 de octubre de 2011. Aquí, junto a la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, en la Legislatura porteña.

A veces, la historia de un país descarga toda su violencia contra una familia. Esa fue la fatalidad que signó la vida del célebre historietista Héctor Oesterheld, sus cuatro hijas, sus tres yernos y dos de sus cuatro nietos, secuestrados y desaparecidos durante la última dictadura.

¿Cómo fue que el creador de *El Eternauta*, guionista reconocido en el mundo, se convirtió en correo de Montoneros? ¿Qué llevó a sus hijas, alumnas destacadas de colegios bilingües de elite, a involucrarse en el trabajo de base y la lucha revolucionaria?

De las tertulias en el chalet de un barrio privilegiado de Buenos Aires al trabajo territorial en villas del conurbano. De las asambleas universitarias, el teatro experimental, la bohemia artística y las redacciones periodísticas a las campañas en el monte del Norte argentino y la clandestinidad. Esta biografía coral muestra cómo, con el plan de aniquilación que incluyó a Héctor y sus hijas, la represión buscó destruir también la brillante vida cultural y política del país.

Los Oesterheld es una investigación excepcional que llevó años de entrevistas y búsquedas en archivos y que tiene el invalorable mérito de recuperar en detalle la intimidad de una familia cuya tragedia irradia la suerte de toda una sociedad y su época.

FERNANDA NICOLINI

Nació en 1979 en Morón, y vivió hasta los 18 años en Mar del Plata. Estudió abogacía y periodismo. Trabajó en las revistas TXT y *Noticias* y en el diario *Crítica de la Argentina*. Colaboró con *Página/12*, *Clarín*, *Veintitrés*, *Gatopardo* y *Anfibia*, entre otros medios. Actualmente es directora de la revista *Brando*. Publicó una novela escrita en colaboración con Mercedes Halfon, un libro de poesía, y cuentos en diversas antologías. Vive en Villa Urquiza.

ALICIA BELTRAMI

Nació en 1976 en Las Varillas, Córdoba. Es licenciada en Comunicación Social y magíster en periodismo. Trabajó como periodista en los diarios *Perfil*, *Crítica de la Argentina* y *BAE*. También publicó en *La Nación*, *Página/12* y en la revista *Acción*, entre otros. Hizo producción periodística, investigación y entrevistas para series documentales del Canal Encuentro y la TV Pública.

Nicolini, Fernanda
Los Oesterheld / Fernanda Nicolini y Alicia Beltrami. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016
(Biografías y Testimonios)
EBook.

ISBN 978-950-07-5603-7

1. Biografía. I. Alicia Beltrami. II. Título
CDD 923

Fotografías: Gentileza Fernando Araldi Oesterheld y Martín Mórtola Oesterheld

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: julio de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5603-7

Índice

Los Oesterheld
Epígrafe
Dedicatoria
La casa de Beccar. 1971
El origen de la militancia. Del living a la calle. 1972
La revolución y la identidad peronista. La incorporación a Montoneros. 1973
Ser parte de una orga. Entre verticalismos y disidencias. 1974
Clandestinos. La vida bajo las reglas de la lucha armada. 1975
La represión. El comienzo de las caídas. 1976
Los días sin tiempo. 1977
Epílogo
Agradecimientos
Testimonios
Bibliografía
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre las autoras